El Imperio Socialista de los Incas



Zig-Zag

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO
SISTEMA INTEGRADO DE BIBLIOTECAS
FACULTAD DE MEDICINA


Universidad de Chile Facultad de Ciencias de la Salud
Valparaíso

El Imperio Socialista de los Incas

Universidad de Chile Facultad de Ciencias de la Salud
BIBLIOTECA CENTRAL
Valparaíso

Historia y Documentos

DIRECTOR: PROF. ALEJANDRO RÍOS VALDIVIA

Es propiedad. Derechos exclusivos de edición y traducción para todos los países de habla española. Inscripción N.o 7872. Copyright by Empresa Editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1940.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A

SANTIAGO DE CHILE / 1943.

Incas - Política económica 939.9
B338i
1940

Louis Baudin
PROFESOR DE LA FACULTAD DE DERECHO DE DIJON



El Imperio Socialista de los Incas

(L'Empire socialiste des Inka)

traducción del
DR. JOSÉ ANTONIO ARZE

979

Zig-Zag

N · 11495

portada de MAURICIO AMSTER



R 3468

Introducción

"Ellos (los indios) eran soberbios,
leales y francos
ceñidas las cabezas de raras plumas,
¡ojalá hubieran sido los hombres
blancos
como los Atahualpas y Moctezumas!"

(Rubén Darío, A Colón.)

Origen desconocido E° 40.—

La conquista del Perú por los españoles no es solamente uno de los dramas más impresionantes que el historiador pueda evocar; es también el más extraño espectáculo que se haya ofrecido jamás al economista. Dos civilizaciones, dos sistemas sociales, dos concepciones de vida chocaron entre sí, y ese choque determinó el derrumbamiento de un imperio.

Ese imperio es el de los incas.

Varios autores, tales como Lorente, Martens y Reclus, lo califican de socialista, *porque la tierra en el Perú era objeto de un derecho de propiedad colectivo de los habitantes; otros, por el contrario, como Payne, Cunow y Latcham, consideran erróneo ese epíteto, porque estiman que los soberanos peruanos se habían limitado a mantener esas comunidades agrarias que se encuentran en la aurora de todas las civilizaciones y que forman las células de las sociedades primitivas.*

La palabra socialismo *se presta, en verdad, a confusión; hemos abusado de ella de tal manera en nuestros días, que se ha hecho para muchos una etiqueta muy vaga,*

25-7-1972

aplicable a teorías sumamente diferentes unas de otras. Precisaremos, pues, colocándonos estrictamente en el punto de vista económico, que el socialismo, opuesto al individualismo, comporta la sustitución de un plan racional de organización al equilibrio espontáneo obtenido por la acción del interés personal y el libre juego de la concurrencia, siendo establecido el plan conforme a cierto ideal de igualdad de hecho y mediante la supresión de la propiedad individual.

Racionalización de la sociedad, anonadamiento del individuo, tendencia a la igualdad y supresión de la propiedad privada; tales son las características del socialismo que pedimos al lector admitir como un postulado.

Veremos que el Perú de los incas no es, en manera alguna, un Estado socialista puro, conforme a esta definición, sino que recuerda, por ciertos aspectos, a otros Estados de la antigüedad, especialmente al Egipto. De hecho, no existe socialismo puro, como no existe individualismo perfecto. Lo absoluto es un caso-límite que encuadra la vida económica y que merece ser estudiado, en razón de su simplicidad, como primera aproximación a la realidad.

La realidad misma es mucho más compleja, y diremos, anticipándonos a nuestras propias conclusiones, que ha habido en el Perú, a la vez, colectivismo agrario y socialismo de Estado, *el uno muy anterior a los incas, el otro establecido por estos conquistadores; el uno resultado de una larga evolución, el otro creación del genio humano.*

Esta superposición de las comunidades agrarias y del socialismo de Estado permite resolver las contradicciones que encontramos en un gran número de obras, y el verdadero problema tal como se presenta a nuestros ojos es investigar cómo esa superposición ha podido realizarse en la práctica. No debemos perder de vista el hecho fundamental de que la dominación incaica se había extendido progresi-

vamente a las diferentes tribus sudamericanas sólo poco tiempo antes de la llegada de los españoles; en consecuencia, varias regiones formaron parte del imperio durante muy corto número de años. Además, los soberanos incas tenían por regla respetar en la más amplia medida las costumbres de los pueblos conquistados. El sistema que establecían era, pues, aplicado de diferentes maneras, según el tiempo y el lugar. Para comprenderlo, hay que representarse a las tribus indígenas como constituyendo una serie de comunidades sobre las cuales los incas echan el marco de una organización socialista, *pero este marco no es, en manera alguna, rígido, como se lo han imaginado la mayor parte de los autores;* es, por el contrario, extremadamente flexible y se adapta más o menos a las organizaciones preexistentes. *Es esta desigual adaptación lo que ha inducido a ciertos escritores a negar la unidad del imperio. El marco es flexible, y solamente a la larga, para las tribus de la región central del Perú, conquistadas desde hacía mucho tiempo, termina por encajar exactamente en el substrato antiguo.*

Tres consideraciones hacen particularmente interesante el estudio de este imperio: en primer lugar, su aislamiento. Si una influencia cualquiera venida del Viejo Mundo se hizo sentir en América antes de la llegada de Colón, ella remonta a tiempos tan lejanos, que puede ser considerada como de escasa importancia. Las grandes civilizaciones mediterráneas se han condicionado unas a otras, pero los pueblos de los Andes no han recibido de nadie la llama sagrada, y han debido hacer brotar la luz por sí mismos. Se comprende fácilmente el estupor de los españoles al descubrir, más allá de los mares, ciudades, templos, palacios, caminos, almacenes públicos llenos de riquezas, todo un pueblo admirablemente administrado y que, sin embargo, no conocía ni la rueda, ni el hierro, ni el vidrio, ni la mayor parte de los

útiles usados por entonces en Europa; que no tenía o tenía apenas animales domésticos y que ignoraba la escritura.

En segundo lugar, el estudio de la América del Sur en tiempos de los incas no nos remonta a las épocas brumosas de la prehistoria, y ni siquiera tendría por qué ser comparado con el de Egipto o de Asiria. Fué en el momento del descubrimiento del Nuevo Mundo cuando el imperio incaico alcanzó su apogeo, es decir, a fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI. Si este Estado nos parece tan antiguo que debemos hacer esfuerzos para recordar la elemental verdad que acaba de enunciarse, es en razón de su mismo aislamiento. El alejamiento en el espacio equivale a un retroceso en el tiempo.

En fin, aunque de época reciente, la última gran civilización andina precolombina permanece todavía en el misterio. Numerosos son ya los que han investigado en el pasado para arrancarle sus secretos, pero más con la preocupación de reconstituir la cadena de los hechos que de profundizar en el carácter de las instituciones. El historiador ha cumplido su obra; ha abierto nuestro camino, pero no utilizaremos el fruto de sus investigaciones sino en una medida restringida. Recordaremos en dos palabras la sucesión de los acontecimientos para situar nuestro tema, sin tratar en modo alguno de tomar posición en las controversias que se han suscitado con respecto a las genealogías reales o a las fechas exactas de las conquistas.

Numerosas dificultades nos esperan ya en el umbral de este trabajo. No es que se carezca de documentación, como se pudiera creer a primera vista; por el contrario, la documentación es superabundante; pero su análisis deja en el espíritu un conjunto de nociones confusas. Los antiguos cronistas relatan hechos contradictorios con la más perfecta inconsciencia, y los escritores modernos los reprodu-

cen sin comentarios con la mayor desaprensión. Uno declara que el comercio no existe, y, más lejos, describe ferias y mercados; otro nos representa a las tribus andinas anteriores a la conquista incaica como sumidas en la barbarie, y habla en seguida de sus métodos de cultivo y de su organización. Y así otras tantas pruebas de las incertidumbres que subsisten en el espíritu de los autores. Por eso, decepciona el resultado de las lecturas y de las investigaciones. El imperio de los incas nos es representado, alternativamente, como el desarrollo normal de una sociedad anterior o la realización del plan concebido por un soberano; como el régimen tiránico más atroz que el mundo haya conocido jamás o una organización ideal cuya ruina debe arrancarnos lágrimas; como un sistema perfeccionado de esclavitud o una morada idílica. Cada escritor, antiguo o moderno, según sus gustos, sus aspiraciones, sus ideas, sus pasiones, ha presentado un Perú a su manera, y el crítico imparcial se pregunta con sorpresa qué extraño imperio es ese que algunos han podido considerar como un infierno mientras otros lo consideran como un paraíso.

Verídica en exceso es la melancólica frase que Menéndez pone a la cabeza de su "Manual de Geografía y Estadística del Perú": "Ninguno de los Estados europeos que formaron parte de la monarquía española fué objeto de tantos estudios como el Perú, pero ninguno ha sido tampoco la fuente de tantas inexactitudes y tantos errores".

No es solamente el economista quien puede sacar provecho al estudiar la organización incaica: el historiador, el sociólogo, el arqueólogo, el etnólogo tienen interés en conocerla bien para orientar sus investigaciones. Por otra parte, nosotros tendremos que interrogarlos a todos, sea para esclarecer el pasado a base de los vestigios que las investigaciones han sacado a la luz del día, sea para revelar en el

presente las supervivencias capaces de explicarnos las antiguas costumbres de las que son el último reflejo.

Por desgracia, no nos ha sido posible ni a nosotros mismos confinarnos en el dominio económico, como lo habríamos deseado. La insuficiencia de trabajos relativos a la América del Sur precolombina nos ha obligado a estudiar y a exponer ciertas cuestiones de historia o de sociología, cuyo conocimiento es indispensable a la inteligencia de nuestra obra. Pero, por lo menos, hemos procedido a efectuar ese estudio lo más brevemente posible.

¿Será necesario decir que el objeto de este trabajo es puramente científico? Las comparaciones entre sistemas económicos establecidos en épocas diferentes deben ser hechas siempre con la mayor prudencia, y subrayaremos las exageraciones de los autores que buscan en la experiencia peruana coyuntura para hacer la apología o la condenación del socialismo moderno. Para medir la distancia que separa la sociedad incaica de la nuestra, basta con observar que la élite *del imperio estaba constituída por una casta, la cual fué destruída por los indios mismos en el curso de las guerras civiles y por los españoles en tiempos de la conquista.*

Y aun cuando nos hiciéramos ilusiones sobre el interés que pudiera ofrecer a nuestros contemporáneos ese estudio del pasado, no creemos que sea inútil examinar ese imperio singular, desmontando sus rodajes complicados, despojándolo de todos los hechos políticos y militares, de todas las anécdotas y de todas las leyendas, prescindiendo de la atormentadora maraña de los nombres y de las fechas. No calumniamos a los economistas al declarar que ignoran casi completamente el Perú antiguo; si, gracias a nosotros, algunos de ellos piensan en estudiarlo con mayor penetración, no daremos por perdido el tiempo empleado en el intento de hacer revivir en estas pocas páginas la extraordinaria aventura de los incas.

Capítulo primero

LAS FUENTES

COMO los indios ignoraban la escritura, no poseemos ningún documento redactado en la lengua quichua que se hablaba en la meseta en tiempos de la conquista. Los primeros cronistas españoles han reproducido como pudieron, en su propia lengua, los sonidos que oían; resulta de ello que encontramos la misma palabra escrita de tres o cuatro maneras diferentes, lo que impide, por supuesto, la simplificación de las investigaciones (1). Aun los autores modernos han adoptado ya una ortografía, ya otra, animados de la más grande fantasía. Así, para zanjar controversias, hemos decidido adoptar aquí la escritura fonética internacional, conforme a la tabla de notación de Meillet y Cohen (2), lo que permitirá a todos los lectores, cualquiera que sea el país a que pertenezcan, pronunciar las palabras quichuas de la misma manera (3).

(1) B. de las Casas, por ejemplo, parece que se ha dedicado a estropear las palabras quichuas; escribe *padica* por *pachaca, hemo* por *hunu, tocrico* por *tucricuc;* Benzoni escribió *Chito* por *Quito, Cassiamalca* por *Cajamarca, ingui* por *inca.*

(2) Meillet y Cohen, "Las lenguas del mundo". París, 1924.

(3) Las palabras en lengua quichua no tienen s en el plural. Nosotros ortografiaremos los nombres de las tribus conforme a las reglas de la

A falta de documentos escritos, los españoles no pudieron informarse sino verbalmente. Los indios disponían, es cierto, de una especie de prontuario, el quipo, formado por cordelillos anudados, de los que hablaremos ulteriormente, pero era éste un instrumento bastante imperfecto. Sin embargo, gracias a él, en tiempos de los incas, los historiadores oficiales del imperio retenían los acontecimientos pasados y trasmitían su relato a sus sucesores. Sabemos, además, que cada provincia tenía sus historiadores particulares, sin que sea fácil precisar si estos últimos eran funcionarios especiales o simplemente los jefes de las tribus. Sarmiento de Gamboa cuenta que el inca Pachacutec los reunió a todos en la capital, los interrogó largamente, e hizo pintar los acontecimientos principales que habían señalado el reinado de sus antecesores sobre grandes planchas ornamentadas de oro que colocó en una sala del Templo del Sol, donde sólo él y los sabios designados por él podían penetrar; luego encargó a algunos indios cuidar de esta biblioteca de género tan original (1).

La prueba de la imperfección de este sistema se pone de manifiesto en el hecho mismo de que los indios, en la época de la conquista, habían olvidado completamente la

escritura fonética y escribiremos los nombres de lugares tal como figuran en las cartas geográficas. Conservaremos igualmente la ortografía española para las palabras quichuas españolizadas, pasadas a la lengua corriente actual (ejemplos: *chicha, charqui*). La pronunciación no es siempre idéntica en las diferentes regiones de la meseta andina; a menudo sucede que dos letras cuyos sonidos son parecidos pueden ser indiferentemente empleadas la una por la otra, así *b* por *p*, *g* y *h*, *o* y *u*. (Ejemplos: *bamba* o *pampa, guanaco* o *huanaco, tampu* o *tambo*.)

NOTA DEL EDITOR: En esta edición, para facilitar su lectura, no hemos adoptado la transcripción fonética, sino que hemos preferido el empleo de la ortografía castellana.

(1) "Estuviesen como librerías" (Sarmiento, *"Geschichte des Inkareichs"*, cap. 9). Cristóbal de Molina y Bernabé Cobo hacen alusión a estos documentos, pero indican que las pinturas estaban hechas sobre tejidos de lana. Según Steffen, los dibujos del manuscrito de Poma de Ayala, encontrados en Copenhague y aun inéditos, serían copias de pinturas de este género (Hans Steffen, "Anotaciones a la historia índica del capitán Pedro Sarmiento de Gamboa". Anales de la Universidad de Chile, t. CXXIX).

existencia de las civilizaciones antiguas que nos han revelado las investigaciones arqueológicas en Tiahuanaco (Bolivia), en Huamachuco (Perú), en Chordeleg (Ecuador). Esto no tiene nada de sorprendente; la memoria colectiva de los pueblos no se extiende a más de doscientos o trescientos años (1), y los cordelillos son verosímilmente de fecha reciente, porque no se los encuentra en las tumbas anteriores a los últimos siglos (2). Aun reconociendo, con Markham, que los indios tenían una excelente memoria, se concibe que hayan ignorado los hechos anteriores al advenimiento de los incas (3).

Junto a la historia así establecida, cuyo conocimiento estaba reservado a la sola *élite*, y que se enseñaba en las escuelas del Cuzco, como lo veremos más adelante, existía otra historia, un poco diferente, que era divulgada por los poetas oficiales encargados de componer cantos y repetirlos en los días de fiesta. Las crónicas nos enseñan, en efecto, que, a la muerte del soberano, se reunía un consejo de altos funcionarios y de sabios y examinaba la vida del difunto. Si estimaba que había sido provechosa al imperio, hacía llamar a los poetas y les mandaba conservar el recuerdo de los actos del monarca desaparecido para trasmitirlos a la posteridad; en caso contrario, el solo nombre del soberano era mencionado, sin ningún comentario. Jamás historia oficial alguna fué establecida con mayor rigor. Una vez que la *élite* había pronunciado su veredicto, el recuerdo del inca

(1) De Gennep. *Internationale Wochenschrift für Wissenschaft, Kunst und Technik* Berlín, 1909, t. III, p. 136.

(2) M. Uhle, "Los orígenes de los incas". 17.o Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires, 1910.

(3) Markham, "Introduction a la deuxieme partie de la Crónica de Cieza de León". Cristóbal de Molina exagera cuando pretende que, gracias a los cordelillos, los indios se acordaban de todos los acontecimientos de la historia del Perú desde más de 500 años ("Relación de las fábulas y mitos de los incas". Lima, 1916, p. 24). Entre los chibchas de Colombia era peor aún. Los indios no conocían absolutamente nada su historia. (Restrepo, "Los chibchas antes de la conquista española". Bogotá, 1895, cap. 16.)

era mantenido o abolido; el pueblo ignoraba en adelante a aquellos de sus soberanos que no habían sabido mantenerse a la altura de su tarea: el olvido era la sanción de las acciones que se juzgaban mal cumplidas por un jefe al que, aun ya muerto, ningún indio tenía derecho de maldecir.

Por ejemplo, el inca Urco, convicto de cobardía por haber desertado ante los chancas, fué destronado, y su reinado fué envuelto en el silencio por los indios (1). He ahí un procedimiento ingenioso para presentar a la posteridad una lista de soberanos digna de admiración. Si adoptáramos en nuestros días un sistema semejante, la historia contemporánea quedaría sorprendentemente compendiada (2).

Así se yuxtaponían en el Perú dos historias: una documentada y mantenida en secreto; la otra, expurgada, para el uso del pueblo.

No es esto todo: los indios fueron interrogados en exceso por los conquistadores europeos, pero no siempre suministraron respuestas satisfactorias, porque permanecían a menudo confusos en sus explicaciones y sabían callar muy bien lo que querían ocultar (3). Se sabe que los españoles, deseosos de conseguir mercurio para tratar la plata, descubrieron por casualidad, y solamente en 1563, las minas de Huancavelica, que eran, sin embargo, conocidas de los indígenas (4).

(1) Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, Cap. XXXIX.

(2) "Los incas han destruído toda la historia prehistórica del Perú" (Hutchinson, *"Two years in Peru"*, vol. I., p. 70).

(3) Jijón y Caamaño y Carlos Larrea, "Un cementerio incásico", p. 61.

(4) J. de la Espada, "Relaciones Geográficas", p. 110, nota d. Son numerosas las leyendas relativas a los filones escondidos. M. Sobreviela y Narciso y Barceló nos han dado a conocer la de la mina de Condoroma: españoles disfrazados de diablos penetran en la choza de un indio de quien suponían que conocía una mina y lo acusan de haber entregado esta mina a hombres de raza blanca; el indio, asustado, conduce a sus acusadores hasta el lugar del filón para convencerlos de que éste no ha sido explotado. De ahí el proverbio: "Para descubrir secretos, los diablos de Condoroma". ("Viajes al Perú", t. II, p. 161.)

Por eso, deberemos corregir y completar las indicaciones de los escritores europeos, apelando frecuentemente tanto a la arqueología como a la etnología.

Lo cierto es que las crónicas de los siglos XVI y XVII siguen siendo las fuentes más importantes de la historia de la América precolombina, pero es necesario indicar de antemano con qué espíritu conviene abordar su estudio.

Los españoles tuvieron, a no dudarlo, muchas dificultades para comprender a un pueblo tan diferente del suyo; nosotros tendremos que tomar en cuenta su mentalidad. Evitaremos así, a la vez, criticar con ligereza instituciones peruanas que los cronistas han explicado mal, y formular sobre estos cronistas mismos juicios sumarios desfavorables. Recordaremos, por ejemplo, que las comunidades agrarias existían en España en tiempos de la conquista, y que, en consecuencia, los conquistadores debían trasladar su sentido al Perú; por el contrario, el sistema incaico de estadísticas y de reparto les era completamente desconocido. Desde ese punto de vista, hay que señalar diferencias esenciales entre los historiadores, según la extensión de sus propios conocimientos. El tosco soldado o el monje crédulo no podían apreciar las instituciones sociales como el jurisconsulto que ejercía funciones de corregidor en el Cuzco o en Potosí. Deberemos, pues, atribuir a cada autor un coeficiente de instrucción. Pero esta instrucción misma no deja de presentar inconvenientes: la manía de las comparaciones con los griegos y los romanos es tan exagerada en ciertos cronistas, que falsea a veces su juicio. Es vano intento el de querer medir la civilización americana en la escala de nuestras civilizaciones mediterráneas (1).

A los obstáculos nacidos de la incomprensión se agre-

(1) Esta manía ha persistido largo tiempo: en 1825, O. Leary, secretario de Bolívar, escribía refiriéndose al Cuzco: "Manco-Cápac fué su Rómulo; Viracocha, su Augusto; Huáscar, su Pompeyo; Atahualpa, su César; Pizarro, Almagro, Valdivia y Toledo son los hunos, los godos y

gan los que provienen de los sentimientos personales del autor. Las pasiones religiosas, políticas o sociales han sido siempre causa de errores, antes como ahora. Deberemos clasificar a los escritores antiguos y modernos según sus tendencias y guardar fielmente en nuestra memoria el recuerdo del lugar ocupado por cada uno de ellos. Algunos son favorables a los civilizadores españoles y hostiles a los incas, "tiranos indios", como Sarmiento, el abate de Pauw, Ricardo Cappa; otros son hostiles a los destructores españoles y favorables a los mártires indios, como Benzoni o Las Casas; algunos dan a su hostilidad respecto de los españoles un sello de anticlericalismo, como Hanstein. Además, un gran número de autores, al calificar el imperio incaico de socialista, alaban o critican sistemáticamente todas las instituciones peruanas, según sean ellos partidarios o adversarios del socialismo. En fin, no hay que olvidar que, entre los primeros cronistas, unos son partidarios del inca legítimo Huáscar, como Garcilaso de la Vega, y los otros sostienen a su adversario Atahualpa, como Santa-Cruz Pachacutic y Cavello Balboa (1). Deberemos, pues, asignar a cada historiador un segundo coeficiente, el coeficiente de veracidad.

A pesar de la divergencia de sus ideas, la mayor parte de los autores se han copiado unos a otros, y se podría establecer una clasificación pintoresca relacionando cada obra con la anterior que le ha servido de fuente casi exclu-

los cristianos destructores; Tupac-Amaru es un Belisario que dió un día de esperanza, y Pumacahua es un Rienzi y último patriota" (Paz Soldán, "Diccionario geográfico-estadístico del Perú". Lima, 1877, Pal. Cuzco).

(1) Cuando un autor tiene que defender opiniones diferentes que no están de acuerdo entre sí, su situación se hace difícil. Así el abate Raynal considera al Perú antiguo como un Estado socialista; es a la vez hostil al socialismo y favorable a los indios. Un Estado socialista debe, según él, desaparecer en la anarquía, pero los incas, por el contrario, eran bastante más civilizados que los conquistadores europeos. Raynal desarrolla una explicación tan singular que seguramente no comprendió él mismo. ("Historia Filosófica", t. 2, lib. 7.) V. el Apéndice.

siva: así se obtendrían cadenas cuyo primer anillo estaría constituído por cada trabajo original. Por ejemplo, la mayoría de los autores del siglo XVIII, entre los cuales el más famoso es Marmontel, se inspiran casi exclusivamente en Garcilaso, quien copió a su vez a Blas Valera, cuyo manuscrito se ha perdido; igualmente, varios escritores ecuatorianos reproducen a Velasco, quien declara haber tomado mucho de Marcos de Niza, cuya obra se ha perdido también. Esta clasificación podría extenderse a los autores modernos; pero con la diferencia de que estos últimos mencionan a los autores antiguos a quienes toman por guía, mientras que los cronistas españoles no se tomaban el trabajo de hacerlo y erigían el plagio a la altura de un principio. Se encuentran en las obras de algunos de ellos pasajes enteros de sus precursores sin ninguna referencia. Herrera reproduce fragmentos de Ondegardo y de Cieza de León sin citar a estos autores, de modo que el investigador, después de haber creído por un instante que ha encontrado una nueva fuente, comprueba con decepción que está bebiendo siempre en la misma corriente. Es así como se recibe, a veces, la sorpresa de encontrar en trabajos del siglo XX errores que remontan al siglo XVI y que han sido fielmente reproducidos por toda una sucesión de narradores.

Finalmente, esta clasificación *vertical* podría ser completada por una clasificación *horizontal,* estando unido cada escritor no ya a sus antecesores, sino a sus contemporáneos, con los cuales es arrastrado por la misma ola de ascenso o de depresión. En efecto, todos sufren la influencia de su época, y el movimiento cíclico que se desarrolla en todas las ramas de la actividad humana no ahorra la historia. Después de una era de entusiasmo, en que los incas fueron elevados hasta las nubes, en los siglos XVII y XVIII, advino, en la Europa no española, la era de crítica, en que fueron severamente juzgados, a fines del siglo XIX y a

comienzos del siglo XX. Al mismo tiempo, ciertos autores antiguos, hasta entonces considerados como excelentes, pasaron a segundo plano, mientras que otros, tenidos por sospechosos, volvieron a gozar de un nuevo crédito. Hoy día, Garcilaso está en baja y Montesinos en alza.

Hay en todos estos movimientos una gran exageración. *Plantearemos, en principio, que ninguna obra, por sospechosa que parezca, debe ser rechazada a priori;* todas pueden encerrar una parte de verdad. Deberemos, pues, tener en cuenta las indicaciones que contienen, pero cuidando de pesarlas conforme a las ideas generales que acabamos de indicar (1).

Entre las bibliografías relativas a la América indicaremos, en primera línea, la "Bibliography of the Anthropology of Peru", *de G. Dorsey (Chicago, 1898), y la "Biblioteca Hispano-Americana", de J. Toribio Medina (Santiago de Chile, 1898), que reproduce y completa las indicaciones contenidas en la "Biblioteca Americana", de León Pinelo (1807); la* "Bibliotheca Americana Vetustissima", *de H. Harrisse (1866-1872); la "Biblioteca Peruana", de René Moreno (1896). Como bibliografías de segundo orden, citaremos el* "Catalogue des ouvrages relatifs à l'Amérique de Ternaux-Compans" *(París, 1837), la* "Bibliotheca Americana", *de J. Sabin (Nueva York, 1868); el boletín* "Americana" *(París, 1876-1901, continuado desde 1888 por el* "Bibliophile Américain"); *la* "Bibliographie Péruvienne", *de C. A. Pret, que ha quedado inconclusa (París, 1903) (1).*

(1) El lector comprenderá fácilmente que las ideas emitidas por los autores de estas narraciones dan la impresión de un verdadero caos. Se encuentran en ellas las más curiosas contradicciones: Ulloa, De Pauw y Robertson de una parte y D'Orbigny de otra, no están de acuerdo con el tipo físico del indio. Para el primero la raza está degenerada, debilitada; para el último es "hercúlea". Se podría construir toda la gama de opiniones entre los autores que han tratado de los incas y distinguir en una misma opinión todos los matices: la piedad, por ejemplo, sincera en Montaigne, se torna escéptica en Marmontel, amarga en Raynal y desdeñosa en Acosta.

(2) En su bibliografía, Pret menciona la "Biblioteca americana", de

Los manuscritos más importantes que han llegado hasta nosotros han sido impresos, los unos como obras separadas, los otros en colecciones. Señalamos entre estas últimas la "Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los Archivos del Reino, y muy especialmente del de Indias" (Madrid, (1864-1884), que consta de 42 volúmenes (1); la "Colección de documentos inéditos para la historia de España" (Madrid, 1842), en 103 volúmenes; la "Colección de libros españoles raros o curiosos", en 24 volúmenes, y la "Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú", en 2 series, la segunda de las cuales está todavía en vías de publicarse. Varias obras de los primeros cronistas españoles han sido reunidas en los 4 tomos de los "Historiadores primitivos de Indias", que forman parte de la "Biblioteca de autores españoles", publicada a partir de 1846 en Madrid (2).

Clasificaremos aquí a los autores de la manera siguiente, respetando en sus grandes líneas el orden cronológico:

1.º Los que han visto el imperio incaico. La época de la conquista.

Los datos de orden económico que encontramos en los primeros cronistas españoles son raros, pero, en cambio, debemos considerarlos como muy importantes. En efecto, estos conquistadores se hallan sobre todo preocupados por los he-

J. Díaz de la Calle (1646); la "Biblioteca americana", de Barros Arana (París, 1862-1864); la "Biblioteca americana", de J. Brown (Providencia, 1865-1871). Dorsey cita las bibliografías americanas de Ebeling (Leipzig, 1777), de A. Alcedo (Madrid, 1807), de B. de Souza (México, 1816-21), de B. de la Richarderie (Londres, 1835-46), de H. Stevens (Londres, 1857), de A. Castaing (París, 1880).

(1) Para abreviar, designaremos esta colección con el nombre de "Colección de documentos del Archivo de Indias".

(2) Algunas crónicas han sido traducidas al inglés en la colección Hakluyt y un número muy pequeño al francés por Ternaux-Compans.

chos militares, y sus obras son, en buena parte, verdaderos diarios de ruta, llenos de breves descripciones de ciudades, de relatos de combates, de enumeraciones de botines. Pero cuando ellos anotan una observación interesante para nosotros, debemos tenerla por exacta, precisamente porque no comprenden su alcance y no tienen interés ninguno en inducirnos a error. Por ejemplo, debemos admitir, ya que ellos lo afirman en varios pasajes, que encontraron puentes de peaje, aunque el sistema de peaje implica una organización económica que se concilia mal con la centralización socialista y la ausencia del comercio.

Sin embargo, ha habido críticos implacables que, para mostrarse severamente críticos, han pretendido que los conquistadores se habían dejado llevar de un entusiasmo excesivo, que habían exagerado de modo grosero, tomando casuchas por palacios, pistas por grandes rutas y aldeas de adobe por ciudades imperiales. La arqueología se ha encargado de probar que esas censuras son infundadas, y que aun la descripción de los tesoros vistos en los templos no era un sueño. Por otra parte, ¿cómo suponer que numerosos narradores hayan podido entenderse entre sí para repetir los mismos errores, y que los jurisconsultos del tiempo de los virreyes, encargados de levantar una investigación sobre el imperio de los incas, hubiesen podido recoger en las diferentes provincias datos idénticos que serían falsos? El abate Raynal lo ha hecho notar: "un pirronismo a veces exagerado", para emplear sus propias expresiones, ha tratado de fábulas los relatos referentes a los incas; pero los "bandidos españoles", ¿podían inventar fábulas tan bien combinadas? (1).

(1) Raynal, *"Histoire philosophique"*, t. II, p. 144. Además, sobre todos los temas que concernían a la conquista, los españoles ejercían un control severo sobre sus propios historiadores. Habiéndose permitido Herrera emitir ciertas apreciaciones desprovistas de indulgencia sobre Pedrarias, gobernador del Darien, fué objeto de vivas críticas por parte

Los primeros europeos que pudieron contemplar el extraño Imperio del Sol fueron Pizarro y sus compañeros.

Francisco de Jerez, de Sevilla, secretario de Pizarro, partió de Sanlúcar en enero de 1530, a la edad de 15 años, entró al Perú junto con el conquistador, se batió valerosamente y asistió a la captura de Atahualpa en Cajamarca; volvió en 1534 a Sevilla, donde escribió sus impresiones de viaje bajo el título: "Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla, conquistada por Francisco Pizarro", obra publicada el mismo año ("Biblioteca de autores españoles", tomo XXVI, "Historiadores primitivos de Indias", tomo II. Madrid, 1853). Esta obra es del mayor interés, desde el punto de vista de la historia de los hechos, pero tenemos pocas cosas que espigar en ella (1). Engloba el relato hecho por otro soldado de la conquista, Miguel Estete, que fué el primero en bordear la costa del Perú, con un puñado de hombres, por orden de su jefe, penetrando en el célebre Templo de Pachacámac. Estete es sobre todo conocido en la historia por haber sido el que se apoderó del inca en Cajamarca y le arrancó la insignia imperial. Se encontrará el texto completo de su relato en el "Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos", de 1918.

El breve manuscrito de Juan de Sámanos, descubierto en la Biblioteca Imperial de Viena, merece figurar igualmente en los comienzos de esta lista de obras, porque tiene

de un descendiente de éste; se abrió, por orden del rey, una información, y después de una larga controversia, se designó un árbitro que dió razón al cronista (V. los numerosos documentos relativos a este asunto en el tomo 37 de la "Colección de documentos sacados de los Archivos de Indias", p. 75 y siguientes).

(1) Ha sido traducida al francés, en Lyón; y al alemán en 1534; al italiano, en Venecia, en 1535. Jerez es también probablemente el autor de un relato muy breve titulado "La conquista del Perú llamado la Nueva Castilla" (Sevilla, 1534). Quiso, sin duda, escribir esta exposición breve, a su vuelta de España, para satisfacer la curiosidad pública, mientras viese la luz su "Verdadera relación" (Toribio Medina, "Biblioteca hispano-americana", t. I, p. 142).

relación con las primeras expediciones españolas a la costa del Perú (1).

Muy corta también, pero importante, es una carta de Fernando Pizarro fechada en noviembre de 1533: Carta a los magníficos señores, los señores oidores de la Audiencia Real de S. M., que reside en la ciudad de Santo Domingo; este documento ha sido traducido al inglés y figura en "Reports of the Discovery of Peru" *(Londres, Colección Hakluyt, 1872) (2).*

Cristóbal de Molina, que siguió a Pizarro al Perú y luego a Almagro a Chile, vivió en el Cuzco y en Lima, se hizo sochantre de la catedral de Santiago de Chile en 1551 y murió en 1578; escribió hacia 1552 una "Relación de la Conquista y Población del Perú", publicada en nuestros días en la "Colección de libros referentes a la historia del Perú", que contiene pocos datos capaces de interesarnos.

Por el contrario, Juan de Betanzos, que vino a América con Francisco Pizarro, nos será de una gran utilidad. Casado con una hermana de Atahualpa, en posesión del quichua, intérprete oficial del gobierno, ha dejado una "Suma y Narración de los Incas que los Indios llamaron Capaccuna, que fueron Señores de la Ciudad del Cuzco y de todo lo a ella subjeto", historia muy vivida del antiguo Perú, desgraciadamente incompleta, fechada en 1551, editada en Madrid en 1880 en la "Biblioteca Hispano-Ultramarina" (tomo 5).

Pedro Sancho de la Hoz ha sido, después de Jerez, secretario de Pizarro y cronista oficial de la conquista. Su relato forma la continuación del de su antecesor y ha sido termi-

(1) "Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, sacada del códice número CXX de la Biblioteca Imperial de Viena". "Colección de documentos inéditos para la historia de España". Madrid, 1844, t. V.

(2) Francisco Pizarro mismo escribió en 1532 una carta anunciando la captura de Atahualpa, carta que, según Dorsey, ha sido traducida a partir de 1534 al francés, al italiano y al alemán.

nado en Jauja el 15 de julio de 1534 (1); publicado en el tomo 5 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú" (Lima, 1917), contiene una descripción del Cuzco que ha sido frecuentemente reproducida, pero que es para nosotros de poco interés.

Diremos otro tanto del relato de Pedro Pizarro, que se ocupa sobre todo de los acontecimientos posteriores a la conquista (2).

Mencionemos, en fin, una historia muy breve de la conquista del Perú, atribuída a Marcos de Niza, monje que vino a México en 1531 y al Perú hacia 1535. Ternaux-Compans nos ha dado una traducción de este escrito en los "Nouvelles Annales de Voyages" *(1842, tomo 4).*

2.º Los que, llegados inmediatamente después de la conquista, no han contemplado el imperio de los incas en todo su esplendor, pero han visto sus vestigios. La época de transición.

Cinco nombres solamente figurarán aquí: los de cuatro españoles y el de un italiano.

Agustín de Zárate, enviado al Perú hacia 1543 como "tesorero de la Corona", vuelto a España hacia 1549, escribió su relato en secreto y lo hizo publicar solamente en

(1) "Relación para S. M. de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla y de la calidad de la tierra, después que el Capitán Hernando Pizarro se partió y llevó a S. M. la relación de la victoria de Caxamalca y de la prisión del cacique Atabalipa". Pedro Sancho, sobre quien tenemos muy pocas informaciones, no era ya secretario en 1535 y volvió a España en 1536. Vuelto en 1539 al Perú, tomó parte en la expedición de Chile y, habiendo complotado contra Valdivia, fué decapitado por orden de éste en 1547. Su obra ha sido publicada por primera vez, en italiano, en la colección Ramusio: *"Navigationi et viaggi"*, tomo 3, 1556.

(2) "Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú y del gobierno y orden que los naturales tenían, y tesoros que en ella se hallaron y de las demás cosas que en él han subcedido hasta el día de la fecha" (1571). "Colección de documentos inéditos para la historia de España", tomo 5. Madrid, 1844.

1555 en Amberes. Detalla las costumbres de los habitantes con complacencia; pero ignora el quichua y se muestra muy superficial (1).

Pedro de Cieza de León es, a no dudarlo, uno de los más ilustres cronistas de la América Latina. Aun cuando haya visitado el imperio poco después de la conquista, no podemos hacerle figurar entre los que han tenido una visión directa. En efecto, describe ya las ruinas acumuladas por los españoles, y hace notar que, en el espacio de algunos años, el país había cambiado de aspecto. Es el magnífico pintor de esa época que llamamos de transición, entre la de las grandes luchas del comienzo contra los indios y contra los españoles mismos, y la de la organización metódica de la colonia por los virreyes.

Nativo de Sevilla, partió de España a la edad de 13 años apenas y recorrió el Nuevo Mundo como simple soldado durante 17 años; nos ha dejado una obra de sorprendente riqueza: "La Crónica del Perú", en tres partes. La primera parte, terminada hacia 1550, al volver el autor a España, publicada en Sevilla en 1553 y en Amberes en 1554, consiste en una descripción extremadamente precisa de la ruta seguida por el escritor, del Norte al Sur del imperio. Todos los pueblos, todos los centros de aprovisionamiento, todos los caminos son mencionados allí; hasta las distancias de pueblo a pueblo están cuidadosamente indicadas: es un Baedeker *o un* Joanne *del Perú de ese tiempo. La segunda parte, largo tiempo ignorada, y que Prescott atribuyó*

(1) "Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú, y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el venimiento de Gonzalo Pizarro y sus secuaces, que en ella se rebelaron contra Su Majestad" ("Biblioteca de autores españoles", tomo 26, "Historiadores primitivos de Indias", tomo 2.o, Madrid, 1853). Una segunda edición ha sido publicada en Sevilla en 1577, una traducción italiana ha aparecido en Venecia en 1563, una traducción inglesa en Londres en 1581, una traducción francesa en Amsterdam en 1700 y en París en 1706. Los títulos de las dos primeras ediciones españolas difieren ligeramente del de la edición de 1853 que damos aquí.

erróneamente a Sarmiento, es un estudio histórico y social de los incas; publicada solamente en 1880 en la "Biblioteca Hispano-Ultramarina" (Tomo 5, Madrid), será una de nuestras principales fuentes. La tercera parte, que vió la luz en 1887, se refiere a acontecimientos sobrevenidos durante el período colonial. Cieza de León, que cuenta simplemente lo que vió y repite lo que oyó, sin objeto interesado, es uno de los autores en quienes se puede tener mayor confianza (1).

Diego Fernández de Palencia, que sirvió en el Perú contra Pizarro, publicó en Sevilla, en 1571, su "Primera y segunda parte de la historia del Perú". Ignorando la lengua de los indios, trata sobre todo de la historia posterior a la conquista, sirviéndose de los relatos de Pedro de la Gasca, y con tal parcialidad que la obra fué prohibida por el Consejo de Indias (2). Solamente al final del volumen resume, en algunas páginas, la historia de los incas, y uno se sorprende al descubrir, en esas breves notas, datos originales que no se encuentran en ninguna parte (3).

P. Gutiérrez de Santa Clara, soldado también, mestizo, nacido en las Indias entre 1518 y 1524, sirvió alternativamente a Francisco Pizarro, al virrey Núñez Vela, a Gonzalo Pizarro, al presidente La Gasca, cambiando de partido con una desenvoltura sorprendente, situándose siempre al lado del vencedor. Su obra, publicada bajo el título "Historia de las guerras civiles del Perú y otros sucesos de las Indias", en Madrid, en 1904, en 4 volúmenes, ha debido ser escrita a medida que se desarrollaban los acontecimientos. Gutiérrez de Santa Clara abandonó el Perú para seguir a México antes de 1590. Es una gran lástima que se haya mostrado

(1) La primera parte ha sido traducida al italiano, en Roma, en 1555; en Venecia en 1556 y 1560; y al inglés, en Londres, en 1709; la segunda parte al inglés, en Londres, en 1883.

(2) Markham, "Apéndice a la historia de los incas de Sarmiento de Gamboa". Cambridge, 1907, p. 276.

(3) La Biblioteca Nacional de París posee un bello ejemplar de esta obra con la cifra de Gastón de Orléans.

tan poco curioso de la historia precolombina, porque su relato es animado, sus personajes muy vivos y su estilo literario brillante. Desgraciadamente, no consagra a los incas más que un pequeño número de capítulos que nos serán poco útiles (tomo 3, cap. XLIX y siguientes) (1).

Girolamo Benzoni, nacido en Milán, desembarcó en Guayaquil en 1547, pero fué obligado a dejar al Perú en 1550, pues el gobernador P. de la Gasca había decidido expulsar a todos los extranjeros. Después de haber permanecido enfermo durante cuatro años en Nicaragua, volvió a su tierra natal y publicó en Venecia, en 1565, la "Historia del Mondo Nuovo", *reimpresa en 1572. Hostil a los españoles, poco instruído, pero de espíritu curioso, Benzoni habla del Perú en su tercer libro solamente; y todavía se limita en él a contar la historia de la conquista, en que él no participó, y a hacer algunas breves observaciones sobre las provincias que recorrió, en particular sobre la de Quito. Su obra está ilustrada por imágenes ingenuas (2).*

3.º Los que, no habiendo ido al Perú, recogieron los relatos de los primeros conquistadores.

El más conocido de los autores que merecen figurar bajo esta rúbrica es Bartolomé de las Casas, obispo de Chiappa, cuyo nombre fué durante varios siglos más célebre en Europa que el de otro cualquiera. Campeón de los indios, apareció a los ojos de varias generaciones como el símbolo mismo de la piedad y la caridad (3). Hoy, que podemos juz-

(1) Sobre este autor, ver la introducción de Manuel Serrano y Sanz a la edición precitada de 1904.

(2) Ha sido traducida al latín en Ginebra, en 1578; al alemán en Basilea y al francés en Lyón, en 1579; al holandés, en Harlem, en 1610. Figura una buena traducción inglesa en la colección Hakluyt (Londres, 1857).

(3) Todavía en nuestros días, Pereyra ve en él a un "cristiano primitivo y un político de fuego, un teólogo de la Edad Media y un

garlo con toda imparcialidad, debemos señalar en él, al lado de sentimientos muy nobles y generosos, una fastidiosa tendencia a la exageración; se deja arrastrar por su pasión, y es responsable en gran parte de los innumerables errores que circularon y circulan todavía en Europa sobre la colonización española en América (1). A fuerza de presentar a los indios como mártires, el eminente eclesiástico llega a hacernos considerar a los españoles únicamente como verdugos. Es sectario, violento, de espíritu estrecho, y su parcialidad manifiesta perjudica mucho a la causa misma que defiende; además, no fué jamás al Perú, contrariamente a lo que muchos han creído durante largo tiempo (2). Todas sus informaciones son de segunda mano y plagia sin rubor a Cieza de León, Cristóbal de Molina, Francisco de Jerez. En fin, su lectura es muy penosa; fuera de numerosas repeticiones y de la elección de planes defectuosos, se obstina en entreverar sus relatos con largas digresiones sobre la antigüedad griega o romana y citas latinas que no vienen al caso. Si todos los filósofos e historiadores franceses o ingleses que celebraron antes los méritos del obispo de Chiappa se dieron verdaderamente el trabajo de leer atentamente sus libros y tomaron interés en ellos, debemos reconocer que nuestros antecesores eran gente muy heroica.

La más conocida de las obras de Las Casas es su "Brevísima relación de la destruyción de las Indias", presentada al emperador en 1542 y publicada en 1552, panfleto lleno de errores, inutilizable para un trabajo científico cualquiera. Tendremos, por el contrario, que servirnos de su "Apo-

maestro de las filosofías igualitarias" ("La obra de España en América", traduc, francesa. París, 1925, p. 241). El más célebre de los poetas ecuatorianos, Olmedo, ha cantado al "divino Casas". ("Canto a Bolívar".)

(1) "En cosas de Indias muy apasionado y en lo más sustancial dellas muy engañado", dice Ondegardo ("Copia de carta...", p. 426).

(2) Ondegardo pretende que Las Casas intentó en dos ocasiones dirigirse al Perú, pero sin éxito ("Copia de carta...", loc. cit.).

logética historia sumaria" (1) que figura en la "Nueva biblioteca de autores españoles" ("Historiadores de Indias", tomo I, Madrid, 1909), y de la cual Jiménez de la Espada ha desglosado 27 capítulos para formar con ellos el tomo 21 de la "Colección de libros raros o curiosos", bajo el título de "Las antiguas gentes del Perú" (2).

Francisco López de Gomara, nacido en Sevilla hacia 1510, eclesiástico, antiguo estudiante de la Universidad de Alcalá, capellán de Hernán Cortés, espíritu cultivado y muy crítico, escribió una gran obra titulada "Primera y segunda parte de la historia general de las Indias", aparecida en Zaragoza en 1552. El autor manifiesta en ella una tal parcialidad con respecto a Cortés, sobre quien trató de hacer recaer toda la gloria de la conquista de México, que su libro fué condenado por el Consejo de Indias. Su estilo es agradable, cosa rara entre los cronistas, pero han sido observados en sus relatos graves errores, y Garcilaso de la Vega señala ya algunos. El conjunto de su obra figura en la "Biblioteca de autores españoles", tomo 22 ("Historiadores Primitivos de Indias", tomo I, Madrid, 1852), bajo el título

(1) El título completo es el siguiente: "Apologética historia sumaria quanto a las cualidades, dispusición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, maneras de vivir e costumbres de las gentes destas Indias occidentales y meridionales, cuyo imperio soberano pertenece a los Reyes de Castilla". Primera edición. Sevilla, 1552.

(2) El título de la primera traducción del folleto sobre la destrucción de las Indias que apareció en francés muestra bien el estado de espíritu de los enemigos de España: *"Tyrannies et cruautés des Espagnols perpétrées és Indes occidentales qu'on dit le Nouveau Monde, briévement descrites en langue castillane par l'éveque Don Frére Barthelemy de las Casas"*. Amberes, 1579. El título de la traducción inglesa es todavía más tendencioso: *"The tears of the Indians: being and historical and true account of the cruel massacres and slaughters of above twenty millions* (sic) *of innocent people"* (Londres, 1656). El mismo folleto ha sido traducido, además, al holandés, en 1578; al francés, en París en 1582, en Lyon en 1594; al alemán, en Francfort, en 1597; al latín, en esta misma ciudad, en 1598; al italiano, en Venecia, en 1626; de nuevo al francés en Ruan, en 1630 y en Lyon, en 1642. Pocos autores fueron tan populares en Francia como Las Casas; su apología fué leída en el Instituto Nacional, el 22 floreal, año VIII.

"Hispania Victrix", *en dos partes: "Historia General de las Indias" y "Conquista de México" (1).*

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, nacido en Madrid en 1478 y que partió de España en 1514 como Inspector de la Corona, permaneció en Santo Domingo y murió en Valladolid en 1557. Ha escrito una "Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Oceano", publicada de 1526 a 1547, que comprende cuatro enormes volúmenes, en los cuales el lector tiene que navegar muy trabajosamente (2). Es un escritor capaz, que hizo sólidos estudios en su juventud y es muy concienzudo; pero, no habiendo ido al Perú, no hace siempre una distinción muy acertada entre lo verdadero y lo falso de los relatos que le fueron hechos, acumula las observaciones sin clasificarlas, abusa de los recuerdos latinos y menciona a Plinio y Virgilio donde no tienen nada que hacer.

Antonio de Herrera, cronista del rey de España, es el tipo del compilador. Plagiando con desvergüenza a sus antecesores escribió en 1554 la inmensa "Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas i tierra firme de el Mar Océano", aparecida de 1601 a 1615 en 4 volúmenes en Madrid y dividida en 8 décadas (3).

Por último, un poco más tarde, en 1575, un español, que

(1) Ha sido traducida al italiano, en Roma, en 1556; en Venecia, en 1557; al francés, en París, en 1569; al inglés, en Londres, en 1578. El título completo de la primera edición es el siguiente: "Primera y segunda parte de la historia general de las Indias, con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se gañaron asta el año de 1551".

(2) Citamos la edición de Madrid de 1851-1855. Esta obra ha sido publicada por fragmentos sucesivos, bajo diversos títulos, en Toledo, en 1526; en Sevilla, en 1535; en Salamanca, en 1547; ha sido traducida al francés, en París, en 1556.

(3) Citamos la edición de Madrid de 1730. Herrera se esfuerza en seguir el orden cronológico, lo que perjudica mucho a la claridad de la exposición. Una traducción francesa de la primera parte ha aparecido en 1622 en Amsterdam, al mismo tiempo que una traducción latina; la obra entera ha sido traducida al francés en 1659, en París; y al inglés, en 1725, en Londres.

se da por cronista de la Orden de San Agustín, J. Román y Zamora, publicó en Medina del Campo una obra en dos volúmenes, "Repúblicas de Indias", que forma un interesante estudio de conjunto (1).

4.º Los que han recogido en el terreno los relatos de los descendientes de los incas. La era de la colonización.

Entramos en el período de la documentación y de la síntesis. Los disturbios han terminado, pero ya el mundo de los incas pertenece a tiempos pasados. Fué en el curso de la segunda mitad del siglo XVI cuando españoles del más alto valor efectuaron las primeras investigaciones destinadas a hacer luz sobre el imperio desaparecido. Los virreyes mismos, ordenando encuestas oficiales, han sido los iniciadores de este gran movimiento científico.

Garcilaso de la Vega ocupa el primer lugar entre los historiadores de esta época. Nacido en el mismo Cuzco, en 1540, mestizo, hijo de un español venido al Perú con Pedro de Alvarado y de una india de sangre real, sobrina de Huayna-Cápac, se dió el nombre de inca —sin ningún derecho, por otra parte, ya que descendía del soberano peruano por las mujeres y sólo la descendencia masculina podía llevar este título—. Pasó su juventud en medio de los últimos sobrevivientes de los incas, hablando el quichua y recogiendo en su memoria las historias y las leyendas que sus

(1) Mencionemos como memoria el tratado religioso en latín de un viajero holandés: *"Levinus Apollonius, De Peruviae regionis inter Novi Orbis provincias celeberrimae, inventione et rebus in eadem gestis"* (Amberes, 1566, traducido al alemán, en Basilea, en 1567). El autor consagra algunas páginas apenas al examen de la situación del Perú en el momento de la conquista; los historiadores modernos no están de acuerdo sobre el hecho de saber si ha residido en América o si murió en las Canarias antes de haber llegado al Nuevo Mundo. En todo caso, no penetró jamás al interior del Perú; basta para convencerse de ello con echar una ojeada al mapa que figura a la cabeza de su obra: "¡Quito está situado al Sur del Cuzco!"

abuelos le contaban. Abandonó el Perú a la edad de 20 años y, después de haber vivido durante varios años la movida existencia de capitán en los ejércitos españoles, se retiró a Córdoba hacia 1590, y allí escribió la historia de su país de origen bajo el título de "Comentarios reales que tratan del origen de los incas, reies que fueron del Perú, de su idolatría, leies y govierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fué aquel imperio y su república antes que los Españoles pasaron a él" (1). Muy fiel debía ser la memoria de este peruano, porque cita no menos de 320 nombres de ciudades y no se equivoca en cuanto a su emplazamiento (2). Fué ayudado solamente en cierta medida por cartas de sus corresponsales de América, pues siempre mantuvo relaciones con sus antiguos amigos del Cuzco y conoció, además, el manuscrito, hoy perdido, del jesuita mestizo Blas Valera, que parece haber sido de gran importancia (3). Murió en España en 1616.

Considerado largo tiempo como el más grande historiador del Perú, comparado todavía en nuestros días con Herodoto y Jenofonte (4), Garcilaso ha perdido, no obstante, una parte del crédito de que gozaba en razón de su parcialidad demasiado evidente. No le reprochemos, sin embargo, como algunos lo han hecho con cierta ligereza, el inclinar la cabeza ante los conquistadores y "lamer las manos de los

(1) Primera parte publicada en 1609, en Lisboa; segunda parte, en 1617, en Córdoba; Garcilaso había dado ya a luz en 1605 la "Florida del Ynka", relato de las hazañas de Hernando de Soto, en Florida. Los "Comentarios" han sido traducidos al francés, en 1633, en París, por Baudouin; y al inglés, en Londres, en 1688.

(2) Markham. Introducción a *"Narratives of the rites and laws of the Incas"*, P. XV.

(3) El manuscrito de Blas Valera se perdió durante el sitio de Cádiz por los ingleses en 1596. El padre Maldonado de Saavedra, profesor de teología en Córdoba, había dado algunas hojas de este manuscrito a Garcilaso. Blas Valera pertenecía a la misión de Juli, a orillas del lago Titicaca; una parte de su obra ha sido utilizada igualmente por Montesinos; escribió entre 1568 y 1591.

(4) Discursos pronunciados el 22 de abril de 1916 en la Universidad de Lima, en honor del tercer centenario de Garcilaso.

que mataron a los suyos" (1); hablar de esa manera es no comprender nada de la mentalidad de los indios. Garcilaso era partidario de Huáscar, descendiente legítimo del inca, y consideraba a los españoles como a libertadores que habían destronado al usurpador Atahualpa.

Ante todo, el escritor peruano permanece como admirador de los incas; antes que él, nadie habló de ellos con tanto entusiasmo y piedad filial; por eso se esfuerza en velar los actos de crueldad de sus antepasados, y algunos de sus relatos deben ser tenidos por sospechosos. Pero sus exageraciones y sus mismas lagunas voluntarias son instructivas, porque muestran el estado de espíritu de los indios, que vivían en perpetua nostalgia del pasado. Garcilaso tiene el gran mérito de sintetizar admirablemente a su raza, y sus comentarios son el perfecto "reflejo del alma de los pueblos vencidos" (2).

Su obra es muy larga, frondosa, pero llena de datos del más alto interés; se lee con agrado porque el estilo es sencillo y claro. Por el contrario, el plan es muy defectuoso; las indicaciones de orden económico y social están esparcidas aquí y allá, según el capricho del autor; la descripción de las vías de comunicación o la del sistema fiscal están colocadas entre la historia política y militar de los dos reinos.

Pedro Sarmiento de Gamboa contrasta con Garcilaso. Español puro, hombre de ciencia, buen observador y funcionario de gran mérito, muy apreciado por el virrey, que le permitió en dos oportunidades escapar de la Inquisición, Sarmiento fué también un gran capitán que descubrió las islas Salomón en 1567, bajo las órdenes de Alvaro Mendaña, inventó instrumentos náuticos y persiguió los buques

(1) Reclus, *"L'Homme et la Terre"*, t. IV, pág. 431.
(2) Menéndez y Pelayo, "Antología de poetas hispano-americanos". Madrid, 1894, tomo III, p. CLXIII.

ingleses de Drake más allá del Estrecho de Magallanes, que él exploró (1). Hombre rudo y recto, no manifiesta ninguna piedad por los indios ni ningún pesar por la ejecución del último inca en 1571. Su trabajo, escrito hacia 1572, ha sido descubierto en Gotinga en 1893 por el profesor W. Meyer y publicado en Berlín en 1906, por R. Pietschmann, bajo el título: "Geschichte des Inkareichs" *(2), es del mayor interés, pero sospechoso en muchos aspectos, porque el autor es demasiado parcial. Esta parcialidad no es sorprendente, porque este trabajo fué escrito por orden del mismo virrey, que quería borrar el efecto producido en Europa por la publicación de la obra de Las Casas, completamente llena de los relatos de horrores cometidos por los españoles (3). Por eso Sarmiento insiste en la crueldad de los incas, a quienes trata de tiranos bárbaros por cualquier motivo, y aun sin motivo ninguno; el virrey creyó todavía necesario reforzar esa tendencia e interpoló en el manuscrito frases destinadas a denostar todavía más a los soberanos peruanos. Sin embargo, prescindiendo de esos pocos pasajes y teniendo en cuenta la tendencia del autor, la obra está científicamente construída, es el resultado de largos viajes y pacientes investigaciones y ha sido leída en el Perú mismo a 42 indios notables, convocados especialmente para este efecto, y ellos la han declarado conforme a la verdad.*

Los historiadores eclesiásticos, aunque inclinados sobre todo al estudio de las cuestiones de orden religioso, que aquí nos interesan sólo muy indirectamente, nos suministran incidentalmente indicaciones preciosas sobre las sociedades precolombinas. Miguel Cavello Balboa, llegado a América en

(1) Markham, *"Narratives of the voyages of Pedro Sarmiento de Gamboa to the Straits of Magellan"*, Hakluyt Society. Londres, 1895.
(2) El título del manuscrito español es: "Segunda parte de la historia general llamada índica". Ha sido traducido al inglés en 1907 en la colección Hakluyt.
(3) "Colección de documentos del Archivo de Indias", tomo VIII, p. 263.

1566, vivió en Bogotá, luego en Quito, donde escribió entre 1578 y 1586 su "Miscelánea Austral". Abrazó la causa de los quiteños y se mostró resuelto partidario de Atahualpa; enviado en misión donde los chunchos, al Noroeste del Cuzco, en 1594, vivió después en Lima. Según informes que nos ha suministrado M. Means, el manuscrito atribuído a Balboa, que se encuentra actualmente en la Biblioteca Pública de Nueva York, es una simple copia, probablemente falsificada, hecha a comienzos del siglo XVIII, y el original existiría en un convento español. La tercera parte de la "Miscelánea" ha sido traducida al francés por Ternaux-Compans bajo el título "Histoire du Pérou" *(París, 1840), pero esta traducción es muy imperfecta, pues han sido omitidos capítulos enteros y otros mutilados. Una traducción española, hecha según el modelo de la traducción francesa, figura en el tomo 2 de la segunda serie de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú"; sería divertido confrontar ese texto con el original el día en que este último sea encontrado.*

Cristóbal de Molina, homónimo de aquel de quien hemos hablado más arriba, y que fué durante mucho tiempo confundido con él, capellán del Hospital Español de Lima, luego cura, probablemente mestizo como Garcilaso, y que hablaba el quichua, escribió entre 1572 y 1591 una "Relación de las fábulas y ritos de los Incas", publicada en 1916 en la "Colección de libros referentes a la historia del Perú" y que nos suministra pocos datos.

Mucho más interesante es el padre J. de Acosta, jesuíta, profesor de teología, quien, después de haber permanecido en el Perú de 1570 a 1586, sobre todo en Juli, nos ha dejado una "Historia natural y moral de las Indias", publicada en Sevilla en 1590, anterior, por consiguiente, a los "Comentarios", de Garcilaso, y que consta de dos volúmenes. Los pasajes instructivos que encontramos en esta obra

Universidad de Chile Facultad de Ciencias de la Salud
BIBLIOTECA CENTRAL
Valparaíso

están, desgraciadamente, ahogados en medio de relatos ingenuos y de controversias fútiles (1).

Llegamos, en fin, a los jurisconsultos y altos funcionarios españoles que constituirán nuestra principal fuente de documentación. El rey de España, deseoso de ser exactamente informado, hizo efectuar visitas en Nueva Granada, y quedó tan satisfecho del resultado, que dió una orden idéntica al virrey del Perú, por carta del 7 de noviembre de 1537. Jiménez de la Espada ha publicado en Madrid, de 1881 a 1897, bajo el título "Relaciones geográficas de Indias", las respuestas dadas por los funcionarios de las diferentes provincias a un cuestionario muy preciso elaborado por la administración superior. Ciertas cuestiones concernientes al estado del territorio antes de la conquista nos interesan directamente. Por otra parte, varias de esas respuestas se asemejan sorprendentemente; se diría que los funcionarios interrogados se pasaron recíprocamente los documentos para facilitar su tarea. Un poco más tarde, Francisco de Toledo, virrey de 1569 a 1581, confió a Sarmiento la tarea de escribir la historia justificativa de que hemos hablado. Recogió en esta época informes que han sido agrupados sumariamente en el tomo 16 de la "Colección de libros españoles raros o curiosos", bajo el título de "Informaciones acerca del Señorío y Gobierno de los Ingas, hechas por mandado de Don Francisco de Toledo, virrey del Perú, 1570-1572" (Madrid, 1882). Por último, res-

(1) Citamos la edición de Madrid de 1792. Esta obra, cuyos primeros libros han sido publicados en latín, en Salamanca, a partir de 1588, bajo el título *"De Natura novi orbis libri 11 et de promulgatione Evangelii apud Indos sive de procuranda Indorum salute libri VI"*, ha tenido un gran éxito. Ha sido traducida al italiano, en Venecia, en 1596; al francés, en París, en 1598; al holandés, en Enckhuysen, en 1598; al alemán y al latín, en Francfort, en 1601 y 1692; al inglés, en Londres, en 1604. Los mejores capítulos de la "Historia natural y moral" se relacionan con la fauna y la flora americanas. Acosta ha sido llamado el Plinio del Nuevo Mundo (Toribio Medina, "Biblioteca hispano-americana", t. I., p. 497). Murió en 1600, siendo rector de la Universidad de Salamanca.

pondiendo a una invitación dirigida por el rey en la cédula de Badajoz, del 23 de septiembre de 1580, se abrió una encuesta que concluyó en la redacción de una serie de informes.

Entre los documentos que se establecieron en estas diferentes fechas, mencionaremos especialmente los siguientes, que contienen algunas informaciones de orden económico:

"Relación general de la disposición y calidad de la provincia de Guamanga", por Damián de la Bandera (1557), que fué corregidor de Potosí ("Relaciones Geográficas", tomo 1).

"Relación y declaración del modo que este valle de Chincha y sus comarcanos se gobiernaban antes que hobiese Ingas y después que los hobo hasta que los cristianos entraron en esta tierra", por Fray Cristóbal de Castro y Diego de Ortega Morejón. Este informe, en extremo importante desde el punto de vista de la administración de los incas, está perdido, en medio de una multitud de otros documentos, en el tomo 50 de la "Colección de documentos inéditos para la historia de España". Está fechado en 1558.

"Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los incas", por Fernando de Santillán, magistrado en Lima, luego presidente de la Audiencia de Quito, muerto en Lima en 1576, obra capital desde el punto de vista administrativo y llena de generosos sentimientos de piedad hacia los indios, escrita hacia 1555, publicada por J. de la Espada en "Tres relaciones de antigüedades peruanas", en Madrid, en 1879.

"Descripción de la Ciudad de Quito y vecindad de ella", por el licenciado Pedro Rodríguez de Aguayo (1576, "Relaciones Geográficas", tomo 3).

Los documentos principales son los que debemos a la pluma de Juan Polo de Ondegardo, corregidor de la Plata, en la provincia de Charcas, luego del Cuzco, buen administrador y jurisconsulto avisado, que llegó al Perú en fecha

anterior a 1545 y permaneció allí hasta su muerte, acaecida en 1575. Fué un gran admirador del sistema administrativo del Perú precolombino e intentó impedir que el virrey hiciese ejecutar al inca Tupac-Amaru (1). Su primer informe, que se encuentra manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid y que está fechado en 1560, se llama "Relación del linaje de los Incas y cómo extendieron ellos sus conquistas" (tomo 4 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú); ha sido traducido por las diligencias de Markham en su libro "Narratives and laws of the Yncas" *(Londres, 1873) (2). El tomo 17 de la "Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias" contiene un segundo informe capital, la "Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulte de no guardar a los indios sus fueros", informe fechado el 26 de junio de 1571, seguido de un escrito anónimo, titulado "De la orden que los Yndios tenyan en dividir los tributos é distribuyrlos entre sí", que ha sido igualmente atribuído a Ondegardo. Hay que añadir a estos trabajos esenciales una "Relación de los Adoratorios de los Indios en los cuatro caminos que salian del Cuzco", reproducida en el tomo 4 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú", y que Cobo se apropió en su "Historia del Nuevo Mundo", sin citar el nombre del autor, y un tratado titulado "Los errores y supersticiones de los Indios", reproducido en el tomo 3 de la misma colección. Además, según Carlos Romero, habría que atribuir al mismo escritor otros dos textos, uno titulado "Copia de carta que según una nota se hallaba en el Archivo General de Indias, y que hemos rectificado...", que figura en el tomo 13 de la "Colección de documentos inéditos para la historia de Es-*

(1) Carlos Romero, "El licenciado Polo de Ondegardo". "Revista Histórica de Lima", 1913, p. 452; del mismo autor: Introducción al tomo 3 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú", p. XXIII.

(2) Citaremos a menudo esta excelente traducción designándola bajo el nombre de *"Report"*.

paña" (Madrid, 1848, pág. 425), y en el tomo 4 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú"; el otro, que lleva por título "Copia de unos capítulos de una carta del licenciado Polo para el doctor Francisco Hernández de Liébana", publicado en el tomo 6 de la "Nueva colección de documentos inéditos para la historia de España" (Madrid, 1896, pág. 274), reproducido en el tomo 4 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú". La primera de estas cartas es una defensa en favor de la legitimidad de la soberanía española en las Indias; la segunda tiene relación con las medidas administrativas que son ya objeto de otros informes (1).

La lectura de las obras de Polo de Ondegardo es de las más instructivas, pero es también de las más penosas, en razón de la ausencia de parágrafos, de acápites y aun de cortes cualesquiera. Hemos reparado, en el primero de estos documentos, en una frase que cubre no menos de cuatro páginas y media, y no es la única de su especie.

Pondremos junto a este escritor a dos especialistas de cuestiones jurídicas y sociales: el licenciado Francisco Falcón, que, en su "Representación hecha en concilio provincial sobre los daños y molestias que se hacen a los Indios", en 1582, reproducida en el tomo 2 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú", defiende con vigor la causa de los indios, y Juan de Matienzo, que formó parte de la Audiencia de Charcas, en Potosí, hacia 1560, que gozó de una gran reputación de jurisconsulto, y tomó en su manuscrito la contrapartida de Las Casas, mostrando a los in-

(1) V. la introducción de Carlos Romero al tomo 3 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú", p. XXVIII. En la Biblioteca Nacional figura, en la Colección Angrand, una obra titulada: "Ocho artículos desprendidos de los nuevos Anales de Viajes", en la cual se encuentra la traducción, por Ternaux-Compans, de un relato que éste, en una nota, atribuye a Ondegardo, sin dar ninguna otra indicación. Esta traducción lleva por título: "Del estado del Perú antes de la conquista".

cas, como lo había hecho Sarmiento, bajo los rasgos de tiranos usurpadores, y calificando a los indios de mentirosos, perezosos, crueles y pusilánimes. Se encontrará la obra de Matienzo, "Gobierno del Perú", en las "Publicaciones de la sección de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires", de 1910 (1).

5.º Los historiadores españoles del siglo XVII.

Nos alejamos de la época heroica de la conquista; las informaciones se hacen cada vez más difíciles de recoger, y, sin embargo, encontramos todavía, después del año 1600, autores de primer orden. Todos son eclesiásticos, salvo Juan de Santa-Cruz Pachacuti Yanqui Salcamayhua, indio, como su nombre lo indica, cuya obra, fechada en 1620, "Relación de antigüedades deste reyno del Pirú", ofrece poco interés para nosotros, aunque el autor sepa muy bien el quichua (2).

Fray Reginaldo de Lizárraga, dominicano, en su "Descripción breve de toda la tierra de Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile", que figura en los "Historiadores primitivos de Indias" (Nueva biblioteca de autores españoles, tomo

(1) Pietschmann estima que el manuscrito de Matienzo, conservado en el British Museum, no es obra de este funcionario (Pietschmann, *"Aus den Gottingischen gelehrten Anzeigen"*, 1912, número 12). Una interesante memoria de Matienzo sobre el trabajo en las minas figura en el tomo 24 de la "Colección de documentos del Archivo de Indias", p. 149.

(2) Esta relación ha aparecido en Madrid, en 1879, en la obra titulada: "Tres relaciones de antigüedades peruanas". Ha sido traducida por Markham en su libro: *"Narrative of the rites and the laws of the Yncas"* (Londres, 1873), bajo el título *"An account of the antiquities of Peru"*. En el mismo volumen se encuentra la traducción de un relato de F. Dávila, fechado en 1608, titulado: "Tratado y relación de los errores, falsos dioses y otras supersticiones y ritos diabólicos en que vivían antiguamente los indios de la provincia de Huarochiri, Mama y Chaclla, y hoy también viven engañados con gran perdición de sus almas". (En inglés: *"A narrative of the errors, false gods and others superstitions and diabolical rites in which the Indians of the province of Huarochiri lived in ancient times"*). Es uno de los raros trabajos que dan algunas indicaciones, muy vagas por otra parte, sobre la antigua civilización de los chimúes.

14), obra escrita hacia el año 1605, no nos suministra indicaciones. Nos será más útil el padre Martín de Morua, cuya vida es poco conocida, pero cuya obra es muy importante. Perteneciendo a la Orden de la Merced, Morua residió largo tiempo en el Cuzco y en Capachica, a orillas del lago Titicaca. Terminó, en 1590, su "Historia del origen y geneología real de los Reyes Incas del Perú, de sus hechos, costumbres, trajes y manera de gobierno", vasta crónica y la única en que el lector encuentra la historia de las reinas y la de los grandes capitanes. Este texto ha sido reproducido en la "Colección de libros referentes a la historia del Perú" (segunda serie, tomo 4). Morua nos habla del régimen económico y social de los incas, pero se repite a veces, se contradice, y varias de las informaciones que suministra son evidentemente erróneas.

De menor importancia para nosotros es Fray Antonio de la Calancha, agustino, nacido en Chuquisaca (Bolivia), conocedor de la lengua del país, buen observador, pero parcial y crédulo en exceso; nos ha dejado una "Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú con sucesos ejemplares vistos en esta monarquía", aparecida en Barcelona en 1638, y que, según las expresiones de De la Riva-Agüero, es un "revoltijo monstruoso de disertaciones devotas, de glosas, de rasgos de ingenio a lo Góngora, de geografía, de historia y de hechos conventuales" (1). Pocos libros hay ciertamente tan fastidiosos como éste, aun en la literatura hispano-peruana. Las notas ingenuas y los interminables sermones cansan al lector más valeroso (2).

(1) De la Riva-Agüero, "La historia en el Perú", Lima, 1910. René Moreno, en "Bolivia y Perú" (Santiago de Chile, 1905), compara a Calancha con Betanzos; éstos dos escritores son, sin embargo, muy diferentes en todos los aspectos, siendo el segundo muy superior al primero.

(2) Un religioso francés ha tenido la ingeniosa idea de traducir a Calancha abreviándolo considerablemente: *"Histoire du Pérou, partie principale des Antipodes et du Nouveau Monde"*, por un padre de la provincia de Tolosa, de la orden de San Agustín, 1653. Se ha publicado una traducción parcial, en latín, en Amberes, en 1651.

El padre Pablo José de Arriaga, venido al Perú en 1585, rivaliza en extensión con Calancha en su obra "Extirpación de la idolatría del Perú", aparecida en 1621 en Lima, y no se ocupa más que de temas religiosos (1).

Más breve y más documentado es el padre Anello Oliva, jesuíta napolitano, que vivió largo tiempo en el Perú y que pretende haber tomado sus relatos de un indio llamado Catari, guardián de quipos en tiempos de los últimos incas (2). Su manuscrito, fechado en 1631), se titula "Vida de varones ilustres de la Compañía de Jesús de la provincia del Perú"; nos interesa solamente la primera parte, que trata de la historia del Perú. Ha sido traducido por Ternaux-Compans en París, en 1857, y publicado en español en Lima, en 1895.

Es también un jesuíta quien ha escrito entre 1615 y 1621 la "Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Pirú", obra anónima cuyo texto ha sido reproducido por J. de la Espada en sus "Tres relaciones de antigüedades peruanas" (3).

En fin, el padre Alonso Ramos Gavilán, en la primera parte de su "Historia de Nuestra Señora de Copacabana", publicada en Lima en 1621, trata de las costumbres antiguas y casi exclusivamente de las idolatrías (4).

(1) Arriaga residió largo tiempo en Arequipa y volvió a Europa hacia 1601 (Carlos Romero, "El Padre Pablo José de Arriaga". "Revista Histórica de Lima", 1919).

(2) Anello Oliva ha vivido en el Perú entre 1597 y 1642, según Dorsey *("Bibliography");* pero estas fechas son refutadas por Jijón y Caamaño y Carlos Larrea ("Un cementerio incásico en Quito". Quito, 1918, p. 64, N.o 2).

(3) Son también anónimas: la "Información de las idolatrías de los Incas e Indios...", reproducida en la "Colección de documentos del Archivo de Indias", en el tomo 21, y la "Relación de la religión y ritos del Perú, hecha por los primeros religiosos agustinos que allí pasaron para la conversión de los naturales", que figura en el tomo 3 de la misma colección y en el tomo 11 de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú".

(4) "Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros e invención de la Cruz de Carabuco". La segunda

¡Todos estos religiosos deben ser pasados por la criba de una crítica particularmente estricta, porque son de una extremada ingenuidad, dispuestos a creer todo, a invocar el milagro en toda ocasión (1).

Hacia mediados del siglo encontramos dos escritores de gran mérito: Montesinos y Cobo.

El padre jesuíta Fernando Montesinos es, sin disputa, el autor más discutido del Perú. Sus cronologías extravagantes y sus afirmaciones audaces han sido, por mucho tiempo, objeto de irrisión; pero he aquí que hoy vuelve a ganar lentamente el favor de la opinión y, por una reacción natural, va convirtiéndose, como lo afirma Fidel López, en "uno de los historiadores más probos y más instruídos del Perú" (2). Montesinos es, en efecto, uno de los primeros autores que han afirmado que los peruanos conocían en tiempos antiguos la escritura y que habían existido grandes civilizaciones antes de la de los incas. Si la primera afirmación no ha podido ser comprobada (3), la segunda, por el contrario, se ha visto plenamente confirmada por los descubrimientos arqueológicos. Ciertas excavaciones recientes llegan hasta a probar la veracidad de algunas informaciones de detalle. Es así como objetos de origen chileno, encontrados en el Ecuador, han permitido comprobar que Montesinos está en lo cierto cuando relata que el inca empleó, para conquistar las provincias del Norte, tropas reclu-

parte es relativa a los milagros de la virgen cristiana de Copacabana. Citamos de esta obra la edición de 1867 (Lima).

(1) Mencionemos el manuscrito de Poma de Ayala, que se encuentra en la Biblioteca Real de Copenhague y que todavía no ha sido publicado. Terminado probablemente hacia 1613 e ilustrado con dibujos burdos, es de poca importancia desde el punto de vista histórico, según Means, pero puede servir para el estudio de las costumbres y usos del Perú antiguo. Puede decirse que el autor toma la historia desde sus orígenes, porque comienza en Adán y Eva (P. Ainsworth Means, *"Some comments on the inedited manuscript of Poma de Ayala"*. *"American Anthropologist"*, vol. 25, N.o 3, julio 1923).

(2) *"Les races aryennes du Pérou"*. Introducción, p. 24.

(2) Pablo Patrón, "La veracidad de Montesinos". "Revista Histórica de Lima" 1906.

tadas en las regiones situadas al Sur del imperio. De la Riva-Agüero pretende que Montesinos ha sido "demasiado rehabilitado" (1); nos inclinamos a pensar de la misma manera, porque se encuentran en su obra muchas "leyendas absurdas" (2). No debemos ni creer en él a ojos cerrados, ni rehusar el consultarlo. Desgraciadamente, se ha ocupado de la historia de los hechos más que de la historia de las instituciones.

Montesinos, aunque llegó tarde, ha debido poseer, ciertamente, informaciones preciosas, porque compró manuscritos compuestos bajo la dirección de F. R. Luis López, obispo de Quito, y conoció probablemente una parte de la obra hoy perdida de Blas Valera, de quien hemos hablado; recorrió durante más de quince años el Perú, donde fué cura de Potosí y tuvo en dos ocasiones inspecciones a su cargo. Se ufana de haber atravesado sesenta veces los Andes; eclesiástico, aventurero y especulador a la vez, duro para los indios, a quienes catequiza por la fuerza, es una de las figuras más características de la época colonial.

Sus "Memorias antiguas historiales y políticas del Perú", escritas en 1652, han sido publicadas en Madrid en 1882, en el tomo 16 de la "Colección de libros españoles raros o curiosos", y traducidas al francés por Ternaux-Compans, desde 1840 (3).

Muy diferente de él es el padre Bernabé Cobo, jesuíta, que carece de originalidad y roba conscientemente a sus antecesores, pero que nos aporta una gran cantidad de in-

(1) J. de la Riva-Agüero, "Examen de los Comentarios Reales". "Revista Histórica de Lima", 1906-7.

(2) Prescott, *"Histoire de la Conqueté du Pérou"*. Traducción francesa, t. 2, p. 228.

(3) Montesinos critica a Las Casas y a Garcilaso, cuya gloria ha contribuído a eclipsar; por el contrario, alaba a Gomara, Zárate, Cieza de León y sobre todo a Herrera. La traducción francesa de Ternaux-Compans es, desgraciadamente, a menudo defectuosa. El manuscrito español ha sido publicado en la "Revista de Buenos Aires", en 1870 (tomos XX, XXI y XXII).

formaciones sobre el estado económico y social del antiguo Perú. Habiendo vivido 57 años en las Indias de Castilla, de 1596 a 1653, sobre todo en México y en Lima, nos informa abundantemente sobre esos países que conoce admirablemente. Su defecto más grande es haber llegado muy tarde, cerca de un siglo después de la conquista. Su "Historia del Nuevo Mundo" ha sido publicada en Sevilla, de 1890 a 1895, y forma cuatro gruesos volúmenes.

6.º El período de transición.—El siglo XVIII.

Pocos son los que, habiendo vivido en el Perú en el siglo XVIII o habiéndolo recorrido, han estudiado a los indios y su historia. Este es un período de recogimiento; ha pasado el tiempo de las encuestas, y el de la crítica moderna no ha nacido todavía. Los mismos cronistas religiosos son poco numerosos; no podemos citar entre ellos sino a Juan José del Hoyo, cura de Tarma en 1772, que describió las costumbres de los indios de su tiempo en su "Estado del catolicismo, política y economías de los naturales del Perú que se dicen Indios y medios simplísimos de corregir" ("Colección de libros referentes a la historia del Perú", tomo 4) (1).

Las obras más importantes son las de los viajeros europeos, pero son sobre todo descriptivas y no tendremos que recurrir a ellas sino para descubrir supervivencias. A. Frézier, autor de una "Relation du Voyage de la mer du Sud aux côtes du Chily et du Pérou" *(París, 1716), y Durret, divertido narrador de un* "Voyage de Marseille à Lima" *(París, 1720), no penetraron en el interior del país (2). Jorge*

(1) Entre las *"Lettres édifiantes et curieuses écrites des missions étrangéres par quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus"*, publicadas en París a partir de 1717, hay una que trata del Perú, la del padre Morghen, fechada en 1755; y en ella se trata, además, solamente de ciudades de la costa.

(2) La relación de Frézier ha sido traducida al alemán, en Leipzig, en 1747; y al español, en Santiago de Chile, en 1902.

Juan y Antonio de Ulloa, que fueron al Perú con la primera misión geodésica francesa, nos han dejado en 1748 una "Relación histórica del viaje a la América meridional hecho de orden de S. M. para medir algunos grados de meridiano terrestre" (Madrid, 5 volúmenes), seguida de una historia del Perú, extraída de Garcilaso, todo lo cual no tiene gran valor (1). Se podía esperar más de sabios que dejan, muy a menudo, libre curso a su imaginación y manifiestan, con respecto a los indios, una hostilidad vecina de la ferocidad. Hay que reconocer, sin embargo, el efectivo interés de sus "Noticias secretas de América" (Londres, 1826), que redactaron para el rey de España y que arrojan mucha luz sobre la colonización española. P. Bouguer, que formó parte de la misma misión, no habla de los incas en su relato titulado "La figure de la terre" *(París, 1749). W. Bayer da algunas indicaciones sobre el Cuzco y el lago Titicaca en su* "Reize naar Peru" *(Amsterdam, 1783, capítulos 11 al 15).*

En cuanto a los trabajos relativos al Perú, escritos en Francia o Inglaterra antes del siglo XIX, por autores que no pasaron el océano, nos informan menos sobre la historia de los indios antiguos que sobre el estado de espíritu de los europeos de este tiempo. Los estudiaremos en un anexo a esta obra y no retendremos aquí más que los nombres de cinco escritores notables:

El abate de Pauw, sacerdote filósofo, admirado por Voltaire, se entretiene en sus "Recherches philosophiques" *(Berlín, 3 vol., 1768-1769) en tomar la contrapartida de Rousseau, denigrando sistemáticamente a los americanos. Ha sido vivamente criticado por el conde J. R. de Carli, quien, por una reacción natural, escribió una verdadera apología de los incas:* "Delle Lettere Americane" *(Florencia,*

(1) Ha aparecido una traducción francesa en Amsterdam, en 1752.

2 vol., 1780, traducidos al alemán en 1785 y al francés en 1788) (1).

El abate Raynal, en su "Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes" *(París, 1770), prescindiendo de su sensiblería enervante, de sus digresiones y sus contradicciones, nos ofrece muchas observaciones interesantes que no justifican el descrédito en que ha caído. Haremos la misma observación en cuanto a* "L'influence de la découverte de l'Amérique sur le bonheur du genre humain" *(París, 1787), del abate Genty. Por el contrario, la obra de W. Robertson,* "The history of America" *(1777), parcial y superficial, está lejos de merecer el éxito que ha obtenido (2).*

7.º Los tiempos modernos.—El siglo XIX.

El siglo XIX nos suministra una gran variedad de obras de todo género y de toda calidad. La arqueología y la etnología nos aportan un concurso precioso, pero estas ciencias están tan íntimamente mezcladas a la historia política y económica, que no es a menudo tarea fácil decir si los autores son arqueólogos, etnólogos, historiadores o sociólogos.

La obra de J. Skinner, "The present state of Peru" *(Londres, 1805), compuesta según artículos del "Mercurio Peruano", es de un mediocre interés para nosotros, pero su traducción francesa está acompañada de una importante*

(1) También apologético, pero más ingenuo y mucho más breve que la obra de De Carli, es un ensayo de otro italiano, el conde Algarotti: *"Saggio Sopra l'imperio degl'Incas"* (Liorna, 1764). Nosotros lo mencionamos aquí porque ha sido dos veces traducido al francés: en abril de 1760, en el *"Mercure de France"*; y en 1769, en Londres, a continuación de las *"Lettres sur la Russie"*, del mismo autor.

(2) Un decreto del 23 de diciembre de 1768 ordena a las autoridades españolas secuestrar todos los ejemplares de esta obra. Se ha publicado una traducción alemana en Leipzig, en 1777, y una traducción francesa en París, en 1768 (4 vols.). Existe una edición inglesa, en un volumen, que data de 1828.

descripción de las provincias de la meseta andina, escrita por misioneros a fines del siglo XVIII ("Voyages au Pérou faits dans les années 1791 à 1794 par les PP. Manuel Sobreviela et Narcisso y Barselo" (París, 1809, 2 vol.).

A. de Humboldt y A. Bonpland relatan su "Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent" (París, 3 vol. in-fol., 1814-25, y París, 13 vol., 1816-31), que tienen anexos dos atlas, uno geográfico, el otro pintoresco reimpreso bajo el título: "Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique" (París, 1816-24, 2 vol.) (1).

En París, Alphonse de Beauchamp publica en 1812 su "Histoire de la conquête et des révolutions du Pérou", en 2 volúmenes, el primero de los cuales contiene una historia muy superficial de los incas; y el Caballero de Propiac da, en 1824, sus "Beautés de l'histoire du Pérou", tratado ingenuo, ilustrado con dibujos que hacen honor a la imaginación de su autor. John Rankins escribió en Londres en 1827 sus "Historical researches on the conquest of Peru, Mexico, Bogota, Natchez and Talomeco in the thirteenth century, by Mongols", con un suplemento en 1831, obra de una divertida fantasía. Alcide d'Orbigny, estudiando "L'homme américain" (París, 1839), no consagra a los incas más que un pequeño número de páginas y sigue exactamente a Garcilaso y a Acosta; J. M. de Córdoba y Urrutia, en "Las tres épocas del Perú" (Lima, 1844), es muy somero.

La fuente más importante de esta época es la obra de W. Prescott, "History of the conquest of Peru" (Londres, 1847), concienzuda, clara, inspirada sobre todo por los "Comentarios", de Garcilaso, y por la segunda parte de la crónica de Cieza de León, pero que está ya anticuada hoy y

(1) Esta obra ha sido traducida al alemán en Weimar, en 1808. El "Mercurio Peruano", fundado en 1791, fué prohibido por el gobierno español en 1795.

tiene lagunas. Una buena traducción francesa de esta obra ha aparecido en 1861 en París, en 3 volúmenes.

Es en Prescott y Garcilaso donde H. Spencer tomó sus informaciones, pero el filósofo inglés no quiso estudiar al Perú antiguo; buscó simplemente en la historia de este Estado confirmaciones a sus tesis. En sus famosos "Principles of Sociology" *(1879), toma al imperio incaico como tipo de una sociedad militar, y formula cierto número de errores que tendremos ocasión de señalar ulteriormente.*

En América misma, Sebastián Lorente, español de nacimiento, profesor en el Perú de 1842 a 1884, en su "Historia Antigua del Perú" (Lima, 1860) nos da una visión sumaria de la antigua civilización de este país, sin ninguna referencia, casi únicamente inspirada por Garcilaso, pero escrita en un estilo tan elegante que el lector queda encantado. Es el tipo de la obra de divulgación.

En la segunda mitad del siglo XIX, gran número de escritores emprenden al Perú viajes que son a menudo verdaderas exploraciones, y comienzan a escudriñar en la costa y en la meseta. La influencia de Garcilaso, que acabamos de anotar, disminuye progresivamente.

M. E. de Rivero y J. D. von Tschudi en sus "Antigüedades Peruanas" (Viena, 1851) (1), traducidas en Londres en 1853 y en París en 1859, nos suministran un gran número de datos, algunos de los cuales son erróneos. Von Tschudi se creyó en el deber de declarar que no tomaba la responsabilidad de las hipótesis "desprovistas de toda base científica" que figuran en esta obra, cuyo texto es la labor exclusiva de Rivero (2). Más instructivo es el trabajo del mismo Tschudi

(1) La primera parte, por De Rivero, ha aparecido en Lima en 1841.
(2) Carta dirigida a F. López en "Dos cartas a propósito de arqueología peruana", Buenos Aires, 1878. V. Tschudi, ha escrito otras obras menos interesantes para nosotros: *"Peru, Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842"* (St.-Gallen, 1846). *"Die Kechua-Sprache"* (Viena, 1853). *"Organismus der Kechua-Sprache"* (Leipzig, 1884).

titulado "Kultur historische und sprachliche Beiträge zur Kenntnis des alten Peru", *publicado en el tomo 39 de las "Memorias de la Academia Imperial de Ciencias de Viena", en 1891; publicado en español en la "Colección de libros referentes a la historia del Perú", bajo el título de "Contribuciones a la historia, civilización y lingüística del Perú antiguo", y en el cual cierto número de términos quichuas están largamente explicados.*

Fidel López, que sostuvo una controversia con los dos autores precedentes, puede ser calificado de fantástico sin temor ninguno de equivocación. En su libro "Les races aryennes du Pérou" *(París, 1871) trata de probar el origen europeo de los pueblos sudamericanos, anotando ciertas analogías. Considera a Garcilaso parcial, y otorga gran crédito a Montesinos.*

Entre los franceses que han explorado científicamente el Perú no encontramos ningún sabio de primer orden. De Castelnau ha relatado su "Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud", *cuya tercera parte contiene una serie de planchas litografiadas relativas a las antigüedades de los incas (París, 14 vol., 1850-1859), y P. Angrand merece un lugar especial, menos a causa de sus publicaciones —aun cuando su carta sobre las* "Antiquités de Tiaguanaco" *sea muy interesante* ("Revus Générale de L'Architecture et des Travaux Publics", *1867)— que en razón de su notable colección de obras sobre la América que se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional de París y que es nuestra más preciosa fuente de informaciones. Un poco más tarde, C. Wiener emprendió las grandes exploraciones relatadas en su voluminoso trabajo titulado* "Pérou et Bolivie", *en 1880. Desgraciadamente, es sospechoso por más de un concepto; no solamente se apoya en Montesinos con complacencia, sin controlarlo, cometiendo múltiples errores, sino que, lo que es peor todavía, inventa. Según Bandelier, habría llegado*

hasta a contar expediciones que no hizo (1). Podemos comprobar por nosotros mismos que demostró poco sentido crítico y mucha fantasía en otra de sus obras que nos interesa particularmente: "Essai sur les institutions politiques, religieuses, économiques et sociales de l'Empire des Incas" *(París, 1874). Sin embargo, Wiener no merece ser silenciado; sabe observar con inteligencia y nos ofrece observaciones vivas.*

Por el contrario, el folleto de J. de Neltray: "Fouilles et voyages au pays des Incas" *(Sens, 1886), está desprovisto de interés.*

Los escritores franceses de la segunda mitad del siglo XIX que no se movieron del continente se limitan, en su mayor parte, a resumir a Garcilaso. Recordemos solamente a: E. Desjardins, "Le Pérou avant la conquête espagnole" *(París, 1858); A. Castaing,* "Le communisme au Pérou" ("Archives de la Société Américaine de France", *París, 1884, nueva serie, t. 3, parte I); C. A. Pret,* "Les institutions sociales et la législation du Pérou avant la conquête" ("Bulletin de la Société de Ethnographie", *abril, 1901); H. Castonnet des Fosses,* "La civilisation de l'ancien Pérou" ("Revue des religions", *Angers, 1896). Por el contrario, encontramos análisis penetrantes, pero parciales y muy incompletos, en el tomo 18 de la* "Géographie Universelle" *(París, 1893), y el tomo 4 de* "L'Homme et la Terre" *(París, 1905), de E. Reclus. En fin, entre los arqueólogos franceses, citemos al Marqués de Nadaillac, que ha estudiado la* "Amérique préhistorique" *(París, 1883).*

En la misma fecha que el "Essai", *de Wiener, aparecen en español, en Lima, el "Diccionario histórico-biográfico" de M. de Mendiburu, que trata del imperio de los incas en un apéndice, simple resumen de los comentarios de Garcilaso*

(1) *"The Islands of Titicaca and Coati"*, cap. 1, N.os 13 y 46.

(1), y los tres volúmenes titulados "El Perú", de A. Raimondi, una de las obras más completas que existen sobre el Perú moderno, pero poco documentada sobre el Perú antiguo (3 vol., 1874-1879). Más tarde, M. Lafuente, en su "Historia General de España" (Barcelona, 1888, tomo 8), se contenta con ofrecernos un sumario burdo, y Ricardo Cappa demuestra una parcialidad excesiva en su "Historia del Perú" (Lima, 1885) y en sus "Estudios criticos acerca de la dominación española en América" (Madrid, 1889-91).

En lengua inglesa, en Londres, W. Bollaert nos da en 1854 sus "Observations on the history of the Incas of Peru, on the Indians of South Peru and on some indian remains in the province of Tarapaca"; *en 1860, sus* "Antiquarian ethnological and other researches in New-Granada, Equador, Peru and Chili"; *en 1805, su* "Introduction to the palaeography of America"; *A. Helps, en 1855-61,* "The spanish conquest in America and its relations to the history of slavery and to the government of colonies" (2); *J. Huchinsons, en 1873,* "Two years in Peru"; *D. Adam, en 1885,* "The land of the Incas and the City of the Sun, or the story of Francisco Pizarro and the conquest of Peru", *trabajos todos poco instructivos para nosotros. En Nueva York, E. G. Squier publica, en 1877, su importante* "Peru", *resultado de investigaciones concienzudas y que ha sido utilizado por un gran número de escritores posteriores. E. J. Paine da en Oxford, en 1892, los 2 volúmenes de su* "History of the New World", *muy poco conocidos a juicio nuestro y que están llenos de reflexiones juiciosas; por ejemplo, en lo que*

(1) A. de Alcedo había publicado ya en 1786-89, en Madrid, un "Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América" (5 vols.), traducido al inglés en 1812-15. Posteriormente a su diccionario, Mendiburu ha dado sus "Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco" (Lima, 1902), que relatan una serie de acontecimientos muy refutables.

(2) Citamos la edición de 1902, en 4 volúmenes. El autor habla de los incas en el libro 16 del tomo 3.

concierne a la influencia ejercida por el medio sobre el indígena sudamericano.

En Alemania, los americanistas se dividen claramente en varias ramas. Primero, los compiladores: A. Bastian, "Die Kulturländer des alten Amerika" *(Berlín, 3 vol., 1878-1889 (1); R. Brehm,* "Das Inka-Reich" *(Jena, 1885); G. Brühl,* "Die kulturvölker alt-Amerika's" *(Nueva York, 1877); R. Cronau,* "Amerika" *(Leipzig, 2 vol., 1892); F. Ratzel,* "Völkerkunde" *(Leipzig, 3 vol., 1885-1888); en seguida, los viajeros preocupados de arqueología: E. W. Middendorf,* "Peru" *(Berlín, 1893); W. Reiss y A. Stübel,* "Das Todtenfeld von Ancon, in Peru" *(Berlín, 1880-1887) Reiss, Stübel, Koppel y Uhle,* "Kultur und Industrie Südamerikanischen Völker" *(Berlín, 1889); D. Seler,* "Peruanische Alterthümer" *(Berlín, 1893); por último, los sociólogos: el Dr. O. Martens,* "Ein sozialistischer Grosstaat vor 400 Jahren" *(Berlín, 1895, resumen superficial que ha sido traducido al francés bajo el título* "Un grand Etat socialiste au XV^e^ siècle". *París, 1910); y un verdadero jefe de escuela, H. Cunow,* "Die soziale Verfassung des Inkareichs" *(Stuttgart, 1896). La tesis de Cunow es, en síntesis, la siguiente: los emperadores peruanos no crearon jamás sino un lazo ficticio entre las tribus; no han añadido nada a las instituciones preexistentes y se han limitado a apropiárselas; el imperio constituía, no un Estado verdadero, sino una aglomeración de pueblos, unidos por la fuerza bajo un mismo cetro. La única institución fundamental que formaba unidad social era el clan* (aylly). *Intentaremos demostrar, en el curso de esta obra, que esa teoría, expuesta con mucho vigor y que contiene una parte de verdad, es insuficiente.*

(1) Entre las otras obras, de menor importancia, escritas por Bastian, mencionamos: *"Die Rechtsverhaeltnisse bei verschiedenen Voelkern der Erde"* (Berlín, 1872) y *"Kulturhistorische und sprachliche Beitrage zur Kenntniss des alten Peru"* (Viena, 1891).

8.º Los tiempos modernos (continuación).—Siglo XX.

En el siglo XX abundan los autores que se han ocupado de la América del Sur, sin que ninguno de ellos haya, sin embargo, dado luz completa sobre el estado social de los incas. La mayor parte no trata más que incidentalmente esta cuestión, y los mejores, aventurándose con temor en este terreno difícil, guardan un silencio prudente sobre gran número de puntos (1).

Los sociólogos de lengua francesa que aluden a las instituciones peruanas merecen apenas mención. C. Letourneau, en varias de sus obras, especialmente en "L'évolution de commerce" *(París, 1897) y en* "La condition de la femme dans les diverses races et civilisations" *(París, 1903), sigue inspirándose casi únicamente en Garcilaso, d'Orbigny y Prescott. De Greef, en su* "Sociologie" *(Bruselas, 1908, tomo 2), intenta conciliar las teorías de Spencer y Cunow. Admite que el Perú es una asociación de tribus con ideas igualitarias y pacíficas; pero, al mismo tiempo, por una extraña contradicción, explica que esa federación debía emprender guerras necesariamente. En su* "Evolution des croyances et des doctrines politiques" *(Bruselas, 1895) estudia el Perú sin conocer a ninguno de los autores españoles del siglo XVI, salvo Garcilaso. Vilfredo-Pareto mismo, que es, sin duda alguna, uno de los primeros economistas de nuestro tiempo, habla de los incas en términos que prueban su ignorancia y su parcialidad* ("Les systèmes socialistes", *París, 1902). En nuestros días, en 1914, Capitan y Lorin dan a luz en París un folleto sobre un tema particular:* "Le travail en

(1) Las *"Histoires Générales"* de lengua francesa no contienen sino exposiciones sumarias y sin interés para nosotros, aun cuando estén cuidadosamente redactadas (por ejemplo, la de A. Moireau, en el tomo IV de la *"Histoire Générale"* de Lavisse y Rambaud. París, 1894).

Amérique avant et après Colomb", *y en 1924 G. Rouma publica en Bruselas un trabajo de divulgación:* "La civilisation des Incas et leur communisme autocratique", *excelente, pero desgraciadamente muy somero.*

Dos arqueólogos de lengua francesa merecen ser mencionados: Eric Boman, "Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama" *(París, 1908, 2 vol.), y sobre todo H. Beuchat, que condensa en su* "Manuel d'Archéologie Américaine" *(Paris) todos los datos obtenidos hasta ese día; obra notable que fija la extensión de nuestros conocimientos hasta 1912, fecha de su publicación, pero que forzosamente es muy incompleta desde el punto de vista social, en razón misma del dominio inmenso que abarca.*

En lengua española no tenemos que citar sino monografías: "El Perú antiguo y los modernos sociólogos", de A. Belaúnde (Lima, 1908); "El Ayllu", de Bautista Saavedra (París, 1913); "Las civilizaciones primitivas del Perú", de C. Wisse (Lima, 1913); "El comercio precolombiano", de Ricardo Latcham (Santiago de Chile, 1909), que pone de relieve las relaciones comerciales existentes entre los pueblos anteriores a los incas; "La existencia de la propiedad en el antiguo Imperio de los Incas" (Santiago de Chile, 1923), estudio concienzudo del mismo autor, pero que carece de referencias; la tesis de Pedro Irigoyen, "Inducciones acerca de la civilización incaica" (Revista Universitaria de Lima, noviembre de 1909, enero de 1910), inspirada por Spencer; "Las comunidades de indígenas en el Perú", de Bustamante Cisneros (la misma revista, segundo y tercer trimestre de 1919); "Observaciones sobre la organización social de Perú antiguo", de E. Zurkalowski ("Mercurio Peruano", mayo de 1919); "Régimen de la propiedad durante los Incas", de C. Valdez de la Torre (la misma revista, noviembre de 1920).

En lengua portuguesa no conocemos más que un solo libro que trate de la antigua civilización del Perú, el cual

carece de valor: "O imperio dos Incas no Peru e no Mexico", de Domingos Jaguaribe (Sao Paulo, 1913).

Por el contrario, los escritores de lengua inglesa dignos de ser citados son numerosos. C. Markham escribió en Londres su muy interesante volumen "The Incas of Peru" (1910) y una serie de introducciones a las traducciones de los cronistas españoles, que hace aparecer en la Colección Hakluyt (1). Markham es, incontestablemente, uno de los mejores americanistas de nuestra época. J. Joyce ("South-American Archaeology", Londres, 1912) nos ofrece una excelente vista de conjunto de la América precolombina (2); el norteamericano H. Bingham es menos interesante en su "Inca-land" (Nueva York, 1922), pero tiene el mérito de haber puesto a la luz del día, en el Perú, la antigua ciudad de Machu-Pichu, refugio de los jefes peruanos durante la conquista española y tal vez también durante los tiempos turbulentos y mal conocidos que precedieron al establecimiento del imperio de los incas. Su compatriota C. Mead ha publicado en 1924, en Nueva York, un pequeño opúsculo de divulgación, "Old Civilisation of Inca-land", más divertido por sus grabados que instructivo por su texto.

En Alemania, O. von Hanstein sigue a Brehm; su obra "Die Welt des Inka" (Dresden, 1923) está manifiestamente destinada al gran público; es poco documentada, carece de referencias, es parcial, sistemáticamente hostil a los españoles y, sobre todo, a la Iglesia católica. Contiene, además, ciertos errores que tendremos ocasión de señalar. Ha sido traducida al inglés (3). Por el contrario, Hermann

(1) Citemos además entre las obras de Markham: *"Cuzco and Lima"* (Londres, 1856); *"Travels in Peru and in India"* (Londres, 1862); *"Contribution towards a grammar and dictionary of quichua"* (Londres, 1864).

(2) *"Archaeology of the South-American Continent, with special reference to the early history of Peru"*.

(3) Como arqueólogo de lengua alemana, mencionemos a A. Baessler, que ha publicado en Berlín una serie de estudios. El más importante ha sido traducido al inglés *"Ancient peruvian art"*. Nueva York, 1902).

Trimborn, en dos artículos notables de la revista "Anthropos" (julio-diciembre de 1923-1924, Der Kollektivismus der Inkas in Peru), *se inspira en Cunow, pero completándolo en forma muy feliz. Para él, toda la civilización incaica deriva del clan local, y el título mismo de su estudio debe ser tomado en sentido irónico (1).*

La etnología ha aportado una contribución importante al estudio del Perú antiguo. El observador descubre supervivencias no solamente en las regiones poco accesibles, sino también en los círculos cerrados, de familia o de tribu, de todo el territorio andino. No es que el indio resista al blanco; acepta leyes y decretos, pero deformándolos poco a poco, adaptándolos a sus condiciones de vida ancestrales. La civilización del Perú antiguo sigue viva; en la lucha empeñada contra la civilización europea, ella permanece hasta el presente victoriosa, por lo menos en la meseta (2).

Si las costumbres antiguas persisten así, es sin duda porque los incas habían sabido imponer sus reglas con una energía poco común. La máquina fué puesta en movimiento en forma tan magnífica que, una vez muerto el mecánico, continuó caminando sola. Ondegardo hacía notar ya que los indios se obstinaban en trabajar las tierras del inca y en depositar las cosechas de esas tierras en los graneros imperiales después de la conquista española (3). Existen todavía hoy indígenas que se casan entre sí, viven en comunidad e invocan sus antiguos ídolos (4). Los modos de cultivo descritos por los primeros cronistas se encuentran

(1) Trimborn se separa de Cunow en cierto número de puntos, de orden secundario para nuestro tema.

(2) Los habitantes de la costa se han europeizado, en parte, al contacto de las civilizaciones extranjeras. Para volver a encontrar al antiguo Perú, hay que atravesar la cordillera.

(3) "Relación", p. 41.

(2) De Créqui-Montfort, *"Exploration en Bolivie". "Bulletin de la Société de Géographie"*, 1902, p. 84. Boman, *"Antiquités de la région andine"*, tomo 2. p. 434.

en ciertas regiones del interior (1); los pastores cuentan sus ganados con ayuda de los antiguos quipos (2); los obreros, para ahuecar las piedras, como Cieza de León lo cuenta, las hacen todavía estallar caldeándolas y regándolas en seguida con agua fría (3), y son numerosos los bebedores que no se atreverían a llevar a sus labios un vaso de la bebida nacional, la chicha, sin verter previamente algunas gotas en tierra, en ofrenda al gran dios Pachacámac. Aun subsisten, en varios lugares, sociedades secretas (4). En el dominio artístico, particularmente, las supervivencias forman un verdadero folklore (5), y en el dominio jurídico constituyen un derecho consuetudinario que deberemos tener en cuenta (6). Entre los estudios más interesantes desde este punto de vista anotaremos: "The Islands of Titicaca and Coati", *de A. Bandelier (Nueva York, 1910);* "The agrarian communities of Highland Bolivia", de *Mc. Bride (Nueva York, 1921); un artículo,* "Wallalo", *de J. C. Tello y Miranda, en la revista "Inca", de abril de 1913, y los numerosos folletos de M. Nordenskiöld.*

9.º Los historiadores del reino de Quito.

Hemos pasado en silencio, para agruparlos en conjunto, a los autores que se han ocupado del reino de Quito, anexionado solamente en época tardía al imperio de los incas, y que ha conocido tal vez una civilización indígena anterior

(1) Bingham, *"Inka Land"*, p. 122.
(2) De Rivero y Tschudi, *"Antiquités péruviennes"*, traducción francesa, p. 232.
(3) Rouma, *"La civilisation des incas"*, p. 31 y 54.
(4) Bingham, *"Inka Land"*, p. 107. Bandelier, *"The Island of Titicaca and Coati"*, p. 123.
(5) R. y M. d'Harcourt, *"La musique des Incas et ces survivances"*, París, 1925.
(6) V. Guevara, "Derecho consuetudinario de los Indios del Perú y su adaptación al derecho moderno". "Revista Universitaria de Cuzco". tomo VIII, N.o 44.

a esta anexión. Tal era, al menos, la opinión sostenida por Velasco en el siglo XVIII.

El padre Juan de Velasco, nacido en Riobamba (Ecuador) en 1727, jesuíta, residió en Italia, expulsado por orden del gobierno de Madrid en 1767, y durante este destierro redactó en honor de su patria perdida su "Historia del Reino de Quito". Esta obra, que se ha hecho rara (1), es la primera en que se ha narrado la historia de los caras, pueblo que vivía en el Ecuador antes de la conquista incaica y que había alcanzado cierto grado de civilización. Velasco, si ha de darse crédito a sus afirmaciones, habría conocido un manuscrito, perdido hoy, de ese Marcos de Niza de quien hemos hablado antes; sin duda alguna, recogió también informaciones sobre el terreno antes de su partida del Ecuador, pero la ausencia casi completa de vestigios de un imperio cara hace a este autor sospechoso para la mayor parte de nuestros contemporáneos; algunos, como Jijón y Caamaño, lo condenan definitivamente (2). Es cierto que las "Relaciones", hechas en 1576 por orden del rey de España, sobre la Audiencia de Quito, no mencionan la existencia de una civilización cara (3). Sin embargo, no parece conveniente rechazarlo todo en la historia que nos cuenta Velasco; este autor, como muchos escritores concienzudos pero ingenuos, ha relatado lo que se le ha dicho, sin tratar de distinguir lo verdadero de lo falso, y su patriotismo exaltado le ha impedido quizá reducir los hechos a sus justas proporciones. Debemos, en consecuencia, ser prudentes cuando nos referimos a él.

P. Fermín Cevallos, en su "Resumen de la historia del

(1) Una traducción francesa ha aparecido en París, en 1840, y una edición española en Quito, en 1844.

(2) "Examen crítico de la veracidad de la historia del Reino de Quito del P. Juan de Velasco". "Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de estudios históricos americanos", 1918, tomo I, p. 62.

(3) J. de la Espada, "Relaciones geográficas de Indias", t. 3.

Ecuador desde su origen hasta 1845", en 6 volúmenes (Quito, 1886-1889), se ha limitado a divulgar a Velasco. Por el contrario, González Suárez, obispo de Quito, escritor elegante y crítico avisado, contradice las afirmaciones del padre jesuita ecuatoriano. Su "Historia General del Ecuador", en dos partes, ha visto la luz en 1890-1892, en Quito.

Encontramos pocas indicaciones concernientes a nuestro tema en los libros de F. Hassaurek, "Four years among Spanish-Americans" *(Nueva York, 1867, traducido al alemán en Dresden, en 1887) y de T. Wolf, "Geografía y Geología del Ecuador" (Leipzig, 1892). La segunda parte de la obrita de Jijón y Caamaño y Carlos Larrea, "Un cementerio incásico en Quito", suministra mayores indicaciones; pero las más preciosas se encuentran en el tomo 6 de la publicación de la misión del Servicio Geográfico del Ejército para la medida de un arco de meridiano ecuatorial en América del Sur, cuyo primer fascículo se titula* "Ethnographie ancienne de l'Equateur", *por los doctores R. Verneau y P. Rivet, y cuyo segundo fascículo encierra una excelente bibliografía (París, 1912-1922). Es incontestablemente el trabajo más científico y más importante a que podemos referirnos en lo que concierne al reino de Quito.*

Las costas del Ecuador, cuya historia parece ser bastante diferente de la de la meseta, han sido estudiadas por un arqueólogo norteamericano, Marshall Saville, en "The antiquities of Manabi, Ecuador" *(Nueva York, 1910).*

Para completar esta lista de obras no falta más que la enumeración de los artículos notables, pero el lector los encontrará indicados en el curso de nuestro estudio. Mencionaremos aquí solamente las revistas cuya consulta nos ha sido particularmente provechosa: en Francia, el "Journal de la Société des Américanistes de Paris", *al cual añadiremos los informes presentados a los congresos internaciona-*

les de americanistas; en América, el "Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos" de Quito, continuado por el "Boletín de la Academia Nacional de Historia", la "Revista Histórica" de Lima, la "Revista Inca", la "Revista Universitaria" de Lima, el "Mercurio Peruano" y la "Revista Universitaria" del Cuzco. En estas revistas encontramos estudios firmados por eminentes americanistas, tales como Verneau, Rivet, de Créqui-Montfort, Berthon, Nordenskiöld, Hrdlichka, Max Uhle, Otto von Buchwald, Ainsworth Means, Jijón y Caamaño, De la Riva-Agüero, González de la Rosa, H. Urteaga, Debenedetti, C. Ugarte, etc.

Y ahora que hemos enumerado a los autores que han hablado de los incas, nos quedaría por citar a los que debieran haber hablado de ellos y que no lo han hecho: Durkheim, Giddings, Ward, Bouctot, Sudre, Sagot, Altamira, Adler, Conrad, Pohlman mencionan apenas a los peruanos. Entre los economistas, Vilfredo-Pareto y Joaquín Costa se han dignado consagrarles algunas páginas; Nicholson, algunas líneas.

Este silencio se explica si se piensa en las dificultades que presenta el estudio de las instituciones sociales del Perú precolombino. La masa enorme de documentos de desigual valor, sobre los que hemos lanzado una breve ojeada, desanima al investigador; entre los antiguos autores, muchos son desesperantes por su extensión y desoladores por su ingenuidad; entre los modernos, muchos evitan profundizar las cuestiones económicas o sostienen tesis preconcebidas. Sin embargo, nosotros encontraremos en todo algo que espigar; sus mismas contradicciones e incertidumbres nos pondrán sobre la vía de la verdad.

¿No es paradójico que en nuestro tiempo se persista todavía en tomar como ejemplos de socialismo de Estado o de colectivismo agrario a la Esparta de Licurgo o a los

antiquísimos germanos, cuando el imperio incaico data del siglo XV, y que se continúe citando a Tácito sin querer mencionar jamás a los cronistas españoles? (1)

(1) Para no recargar las notas indicaremos en abreviatura los títulos de las obras a que hacemos referencia cuando éstas figuran en el presente capítulo; el lector no tendrá más que remitirse a ellas para encontrar las indicaciones completas.

Existe además una fuente de informaciones de que no hablamos en el texto: es la *videncia lato sensu*, sea videncia directa, sea regresión de memoria, pero este método de investigación histórica no ha entrado todavía en el dominio científico. Sin embargo, hemos descubierto a un autor que lo ha aplicado al estudio del Perú antiguo: Leadbeater, en una serie de artículos titulados "El Perú antiguo del Loto Azul", en 1901 y 1902. ¿Hasta qué punto debemos otorgar crédito a los dichos del célebre teósofo? Esto es imposible saberlo. El autor comienza situando su descripción del Perú en una época fijada aproximadamente en 12 mil años (digamos doce mil años) antes de la era cristiana, pero sería de mal gusto regatear con él sobre este punto, ya que se sabe que los fenómenos de videncia se desarrollan fuera del tiempo y que las fechas para un médium pierden toda significación. Mencionaremos, en notas, en el curso de nuestro estudio, algunos de los hechos referidos por Leadbeater, a título de curiosidad. La idea general directriz del escritor es que la civilización peruana es una pálida copia de una organización anterior atlántica, mucho más perfecta.

Entre los trabajos que nos han llegado cuando nuestro manuscrito estaba casi enteramente redactado, pero que todavía hemos podido utilizar, citaremos un excelente artículo de Ainsworth Means, *"A study of ancient andean social institutions"*, aparecido en las *"Transactions of the Connecticut Academy of arts and sciences"*, septiembre de 1925, vol. 27, p. 407; una pequeña obra de divulgación de R. d'Harcourt", *"L'Amérique avant Colomb"* (París, 1925), y un trabajo concienzudo, pero muy superficial sobre los puntos que nos interesan, del conde G. M. Perrone, "Il Peru" (Roma, 1926).

Capítulo segundo

LA HOSTILIDAD DEL MEDIO

"Más allá de la escalera de las rí-
[gidas cordilleras,
Más allá de las brumas frecuentadas
[por águilas negras,
Aun sobre las cimas vaciadas en embudo
Donde bulle el flujo sangriento de las
[lavas familiares..."
(Leconte de Lisle, "El sueño del
[cóndor".)

EN situación embarazosa pondría el ejemplo de los incas a esos deterministas que quieren explicar a viva fuerza las sociedades humanas por su medio; no encontrarían aquí los elementos esenciales que, según ellos, permiten el nacimiento de las grandes civilizaciones (1). La cuna del imperio es un territorio situado lejos del mar, sin río navegable, de clima rudo, de suelo ingrato, entrecortado por montañas y torrentes, cercado por desiertos y selvas vírgenes. Ningún país en el mundo parece haber merecido mejor que esa altiplanicie perdida en el centro del inmenso continente el elogio que se ha creído necesario aplicar a Europa: allí todo era inferior, excepto el hombre.

Para comprender el atractivo que ejerce esa naturaleza avara, hay que haber visto esa región de la América, tan lejana y tan poco conocida, que el viajero no la recorre sin

(1) "Casi todas las civilizaciones antiguas han nacido en climas cálidos donde se necesita poca cosa para vivir..., se han formado a menudo a orillas de un gran río..." (Marshall, *"Principles of Economics"*, 4.a ed., 1898, cap. 2, párrafo 1). La mayor parte de los autores razonan según los ejemplos suministrados por el Viejo Mundo. V. Brunhes, *"La géographie humaine"*, París, segunda ed., 1912, p. 73. Metchnikoff, *"La civilisation et les grandes fleuves historiques"*, París, 1889, etc.

vacilación, pero donde descubre tan maravillosos horizontes que no puede sustraerse sin pesar a su contemplación, permaneciendo obsesionado por su recuerdo durante mucho tiempo después de haberlos abandonado.

Someramente, el Perú se compone de tres bandas de territorio que van de Norte a Sur y que están separadas entre sí por las dos cadenas paralelas de los Andes. Se las llama la costa, a lo largo del Pacífico; la sierra, entre las dos cordilleras; la montaña, que cubre el Brasil actual. Así, el viajero que, partiendo del océano, se dirige hacia el Atlántico, debe atravesar las dos cadenas de los Andes, cuyos picos más accesibles están raramente situados a menos de 4.000 metros de altura y cuyas cimas más elevadas alcanzan cerca de 7.000 metros. En consecuencia, pasará por todas las alturas y encontrará paisajes, climas, faunas y floras sorprendentemente diferentes. Por el contrario, si el viajero, partiendo de la Colombia actual, marcha hacia el Sur, a lo largo de la meseta interandina, entonces, durante meses y meses, gozará de la misma temperatura, contemplará el mismo espectáculo y se nutrirá de los mismos alimentos. Así, en el primer caso, la impresión dominante será la variedad; en el segundo, la monotonía (1).

Examinemos cada una de estas zonas.

La costa peruana está totalmente privada de lluvias. La corriente fría llamada "de Humboldt", que viene de las regiones polares del Pacífico, corre de Sur a Norte, a lo largo de la orilla del mar; hace el mar más frío que la tierra, y quita a las brisas marinas su humedad, permitiendo condensarse a los vapores acuosos (2). Por otra parte, los

(1) Y he aquí por qué, entre los autores, unos, como Squier ("Peru", p. 6), insisten sobre el primer carácter; otros, como Bandelier, sobre el segundo (*"The Islands of Titicaca"*, p. 7), dejando al lector muy perplejo.

(2) La temperatura de la corriente de Humboldt varía de 14 a 18° C. (R. Murphy, *"The oceanography of the Peruvian littoral with refe-*

vientos que llegan del Este, cargados de vapor de agua, se resuelven en lluvia sobre la región amazónica, chocan contra las cordilleras, donde pierden su humedad bajo la influencia de la temperatura glacial y dan nacimiento a esos inmensos ríos que vuelven al Atlántico al través del Brasil. Apenas, en ciertas épocas, un tenue rocío baña las colinas peruanas vecinas al mar y permite nacer a la vegetación, pero ese rocío cesa muy rápidamente, las plantas mueren y el sol borra sobre el suelo árido las últimas huellas de esta efímera primavera. Por el contrario, más al Norte, la corriente de Humboldt se desvía al Oeste hacia las islas Galápagos, el mar se hace más caliente que la tierra, las lluvias caen sobre la costa y una exuberante vegetación tropical se desarrolla en las provincias marítimas de la actual República del Ecuador. Asi, la larga costa peruana no ofrece centros de vida sino a lo largo de las corrientes de agua que descienden de la cordillera; se presenta bajo la forma de una serie de ricos valles transversales, separados en su nacimiento por los contrafuertes de los Andes y luego por desiertos que tienen a veces más de cien kilómetros de longitud. Por estos motivos es por lo que no se ha construído todavía en el Perú en nuestros días un ferrocarril longitudinal como en Chile. Sin embargo, en algunos puntos, como en Trujillo (Chimú), hay varios valles próximos unos a otros y son mayores las posibilidades de existencia. El clima, a pesar de la latitud, permanece templado, a causa de los vientos del Sudoeste que refrescan constantemente la atmósfera.

La costa no ha sido conquistada por los incas sino con posterioridad a su establecimiento en el interior. El imperio ha nacido sobre la meseta interandina, situada a una altura de 1.500 a 4.000 metros: se ha formado, no como lo imagina erróneamente Spencer, al dulce calor de los trópi-

rence to the abundance and distribution of marine life". "The geographical review", enero de 1923, p. 67).

cos, sino más bien al soplo helado que viene de las cordilleras.

Esta meseta se presenta a primera vista como un corredor encerrado entre los dos bastiones de los Andes, pero es un corredor que no siempre es fácilmente practicable, porque está entrecortado por ramificaciones que unen las dos cadenas a anchos intervalos. Estos "nudos", según la expresión local, semejan, sobre el mapa, los escalones de una escala gigante, en la que las dos cordilleras formarían los montantes, y dividen el Perú en cuencas netamente distintas (1). Los mismos ríos, de los que ninguno es navegable y cuyas orillas son muy escarpadas, separan todavía más las regiones habitables. No se dirigen hacia la costa; corren hacia el Norte o hacia el Este en dirección de las selvas, aislando así completamente el interior. Ninguno de ellos atraviesa la cordillera occidental, mientras que seis de los más importantes cortan la cordillera oriental; contrariamente a lo que pudiera creerse, la meseta peruana mira hacia el Atlántico.

Las selvas de la vertiente oriental de los Andes forman la tercera región y levantan al Este del imperio una barrera tan difícil de franquear como los desiertos y las nieves, tan misteriosa como el océano. Extienden su masa de verdura y de lodo a distancias que los antiguos indios de la meseta no podían ni siquiera imaginar. Los españoles, a pesar de que no retrocedían ante nada, no pudieron atravesarlas durante largo tiempo; Gonzalo Pizarro, que fué el primero en aventurarse en esas regiones inhospitalarias en busca de la canela, erró allí durante dos años y medio, perdió más de la mitad de sus hombres, y cuando volvió a la meseta

(1) Los más importantes de estos nudos son los de Porco, entre Chile y Bolivia; de Vilcañota, entre los Andes bolivianos y el Perú central; de Pasco, en el centro del Perú, de donde parten los dos mayores afluentes del Amazonas: el Marañón y el Huallaga; de Loja, al Norte del Perú; luego, en el Ecuador, los de Tinajillas, del Azuay, de Tiocajas, de Sanancajas, de Tiopullo, de Mojanda.

estaba tan cambiado, cuenta el cronista, que los habitantes no lo reconocieron (1).

No existe, a decir verdad, línea fija de demarcación entre las zonas: la sierra comienza allá donde cae la lluvia, y la montaña allá donde crece la selva; de hecho, uno se da cuenta del paso de la costa a la sierra por el cambio de los tejados, planos en la primera, inclinados en la segunda (2).

Como se ve, la característica de toda esta parte de la América del Sur es el enclaustramiento. Las regiones habitables están alejadas unas de otras y separadas a menudo por obstáculos difíciles de franquear. Son éstas condiciones contrarias al establecimiento de un Estado unificado y favorables al regionalismo y al conservantismo social. Se concibe que en las diferentes hondonadas hayan podido nacer civilizaciones, que hayan podido producirse migraciones y que por las brechas de las montañas hayan podido ejercerse influencias, pero es difícil comprender cómo pudo constituirse un imperio.

Detengámonos sobra la altiplanicie que fué el centro de este imperio. Encontramos en ella, según la altura, valles (bolsones, cabeceras, quebradas) de clima templado y extensiones frías: la puna. Más arriba de los 4.500 m., la puna brava se remonta estéril hasta las nieves eternas.

Así, fuera de los amenos valles diseminados aquí y allá, la meseta ofrece el espectáculo más conmovedor y más desolado que pueda concebirse. Hacia el Norte y hacia el Sur se extiende, hasta el infinito, un océano de hierbas raquíticas, entrecortado por coladas de lava enfriada y sembrado de piedras arrojadas por los volcanes.

(1) Gutiérrez de Santa Clara, "Historia de las guerras civiles del Perú", t. 3, cap. 58.
(2) Martinet, *"L'agriculture au Pérou"*, París, 1878, p. 8.

Al Este y al Oeste, las dos cordilleras prolongan hasta el horizonte sus baluartes de rocas y de nieves. Nada anima esas soledades: ningún hombre, ningún árbol; apenas algunos achaparrados arbustos resinosos; pocos animales; algunos chorlitos y patos a las orillas de las lagunas, halcones y el cóndor que describe su círculo, allá muy alto, en el aire helado.

A veces se yergue, cerrando el horizonte, un nudo montañoso, agrietado por los temblores; a veces se extienden desiertos de arena, donde crece una vegetación disforme y arisca de cactos gigantes, de euforbios, de áloes enormes, grotescos, blandiendo sus agujas y sus puntas de lanza y mostrando sus muñones hendidos que babean una savia negruzca; otras, se escalonan cumbres onduladas, cubiertas de hierba, donde cae una lluvia fina que empapa el suelo como una esponja y que vela las montañas con una bruma transparente; y de nuevo las inmensidades grises se extienden hasta perderse de vista, hacia el Norte, en dirección de Quito, entre los gigantes de los Andes que forman una triunfal avenida, bordeada de volcanes, en torno a la actual capital del Ecuador.

Todo es grandioso, sobrecogedor y misterioso. Los ríos mismos corren hacia horizontes desconocidos. Contrariamente a los egipcios, que no pudieron descubrir las fuentes del Nilo, los peruanos vieron nacer en su territorio unos ríos, sin saber qué lejana mar recibía sus aguas.

Nada viene a matizar este paisaje severo; la alternativa de las estaciones se marca apenas, y el día y la noche, en estas latitudes, tienen durante todo el año la misma duración; las hierbas secas mezclan, sin desaparecer, su tinte amarillento al verde de los retoños nuevos, y dan al suelo un tinte uniformemente gris. No hay aquí ni invierno, ni primavera, ni verano: es el país del eterno otoño.

Ninguna palabra podría expresar la intensa poesía de

estas soledades cuando cae la brusca noche de los trópicos sobre el paisaje descolorido. La vida y la muerte parecen perder toda significación en esta inmovilidad serena y silenciosa, donde nada está hecho para el hombre, donde las montañas son barreras y los ríos torrentes.

¿Qué hay de sorprendente en que semejante país sea pobre? (1).

Entre los raros valles fértiles que se abren en la meseta, hay uno estrecho, de 30 a 40 Km. de longitud, situado entre los cañones del Apurímac y del Urubamba, a 3.480 m. de altura, rodeado de pampas calcáreas y dominado por cimas que no sobrepasan los 5.300 m. Allí se eleva el Cuzco, la antigua capital de los incas, el *ombligo del mundo*. Reina allí un clima salubre, análogo al del Mediodía de Francia; caen las lluvias de diciembre a marzo y reina una estación seca de mayo a noviembre. Aunque aislada en el fondo de esta depresión, la ciudad se encuentra verdaderamente en el centro de la meseta. Lima, la capital actual del Perú, sobre la costa, está separada de las provincias del interior por la barrera de los Andes, tan alta que una sola vía férrea la atraviesa todavía hoy: la de la Oroya, la más elevada del mundo (2). Lógicamente, la capital debía ser una ciudad de la meseta, como Quito, en el Ecuador. Lima ha sido elegida por Pizarro para mantener más fácilmente relaciones directas con la madre patria, pero es una ciudad orientada hacia el exterior, más internacional que peruana por su situación y más capital de colonia que capital de un Estado independiente.

Más al Sur se extiende otra región igualmente célebre, la del lago Titicaca. Es difícil imaginarse que ella haya podido ser el centro de una gran civilización desaparecida.

(1) El Ecuador no es más que la prolongación del Perú; allí también el terreno falta; más de la mitad del suelo es incultivable (Wolf, "Ecuador", p. 447). La puna se llama páramo en el Ecuador.
(2) Esta línea pasa a 4,774 m. de altura.

El clima es allá tan rudo que el maíz no llega a su madurez; la vegetación es tan rara que sólo el olivo salvaje merece el nombre de arbusto; el agua del lago es tan fría que el hombre no podría bañarse en ella sin peligro. Lluvias torrenciales, sol ardiente, noches heladas se suceden allí, aun cuando la presencia de una masa acuosa disminuye un poco las variaciones de temperatura y hace que el clima de las orillas del lago sea más uniforme que el de la puna.

Tal como es, este país ejerce una singular atracción sobre el que lo ha conocido. Como el desierto, como el océano, la puna cautiva el alma de sus habitantes.

Si el medio no ha *determinado* a la sociedad, ha marcado, sin embargo, al hombre con su sello. La contemplación de los grandiosos paisajes de la meseta ha hecho al indio grave y pensativo; el gris de los tonos y el infinito de los horizontes han compuesto su carácter triste y soñador. Si el peruano es hoy dulce y sumiso, es verosímilmente a causa del régimen político y social que ha sufrido; si es indolente, es tal vez a causa de su origen amazónico, todavía incierto, por otra parte; pero si no tiene la noción del tiempo y si guarda en su corazón el respeto a los dioses antiguos de la naturaleza, es, sin duda alguna, porque durante generaciones y generaciones ha conducido sus ganados de llamas a través de las soledades de los Andes, en medio del silencio gris.

Los caracteres sociales que derivan del medio, la dispersión y el tradicionalismo, han reaparecido después de la conquista española. A mediados del siglo XVII, el padre de Villagomes, autor de una obra sobre la religión peruana, en un curioso capítulo titulado "Cómo la disposición de los lugares es causa de las idolatrías", explicaba que, en razón de las montañas, puna, desiertos y barrancos, los indios no tenían relaciones entre sí, y que el demonio tenía, por con-

siguiente, facilidades para tentarlos (1). Todavía ahora, esos hábitos de aislamiento son un gran obstáculo a los esfuerzos de unificación intentados por el gobierno de Lima. Hoy como ayer, sólo los comerciantes y los funcionarios llegan a liberarse del encarcelamiento geográfico, pero los grupos de cultivadores, distantes unos de otros, permanecen sombríos y hostiles, y se esfuerzan en perpetuar la anarquía peruana.

Ahora bien, hubo un tiempo en que todos estos indios estaban estrechamente unidos bajo una denominación común; Cieza de León lo comprueba con melancolía, hablando ya del pasado: "Se precisaba una gran sabiduría para gobernar naciones tan diversas en terreno tan accidentado" (2). Existió un imperio a despecho de la hostilidad del medio, y esta simple comprobación nos permite ya medir su poderío.

(1) P. de Villagomes, "Exortaciones e instrucción acerca de las idolatrías de las Indias del arzobispado de Lima". "Colección de libros referentes a la historia del Perú", t. 12, Lima, 1919.
(2) "Crónica". Segunda parte, cap. 13.

Capítulo tercero

EL INDIO Y SUS ORIGENES

En lo físico, el indio de la meseta, el quichua, tiene un tipo muy característico. De pequeña talla, rechoncho, *macizo,* según la expresión de D'Orbigny (1); de color no rojo, como se dice de él, ni bronceado, como escribió Humboldt (2), sino *moreno oliváceo;* de piel dura, rostro oval y ancho, cabeza grande, frente ligeramente abombada, boca grande, maxilares fuertes, labios delgados, dientes muy blancos y bien alineados, las cejas negras, arqueadas, los ojos negros, pequeños y hundidos, la córnea amarillenta, las pestañas largas, pómulos salientes, nariz bastante larga, fosas nasales muy abiertas, cabellos negros, espesos, lisos y largos, la barba rala, ofrece una fisonomía regular, pero desprovista de finura. Sus músculos salientes, su pecho amplio, sus hombros perfilados le dan una apariencia de fuerza un poco pesada, no obstante la pequeñez de los pies y de las manos y la estrechez de los tobillos.

(1) *"L'homme américain"*, t. I., p. 108.
(2) *"Voyage aux régions équinoxales"*, t. III, p. 364. El indio no es de color cobrizo, como lo afirma P. Bouguer (*"La figure de la terre"*, p. 101).

Estructuradas según el mismo modelo, las mujeres carecen de gracia y de flexibilidad y rivalizan mal con las indias de las selvas, más altas y más esbeltas; por el contrario, hombres y mujeres dan una impresión de salud; son raros entre ellos los gibosos, los patizambos o los calvos (1).

¿De dónde vino este indio? Problema importante, porque las sociedades no se construyen en un día, y la que nos proponemos estudiar ha sido precedida por una larga evolución que la explica al menos parcialmente; problema difícil de resolver, en razón de la ignorancia de los indios mismos y los errores acumulados por los cronistas españoles. Estos, con excepción de Montesinos y de Román y Zamora, han limitado toda la historia del Perú a la de los incas. Antes del establecimiento de este imperio no había, según ellos, sino tribus dispersas, sin lazos comunes, bárbaras e idólatras. Algunos, como Garcilaso, ennegrecen todavía más el cuadro para valorizar más la civilización de los incas: los indios antiguos eran corrompidos y caníbales, se regalaban con la sangre y la carne de sus enemigos (2), estaban perpetuamente en lucha unos contra otros (3), no conocían jefes, sino capitanes que elegían para dirigir las guerras (4); y la misma palabra vuelve siempre a la pluma de los escritores: las agrupaciones de indígenas eran verdaderas behetrías (5). Se designaba en España con el nombre de behetrías a los burgos libres cuyos habitantes tenían el privilegio de elegir su señor, sea entre los miembros de una

(1) D'Orbigny, *"Lhomme américain"*, t. I., p. 117 y siguientes. Ferris da las medidas de los indios en su obra: *"The Indians of Cuzco and the Apurimac"*, s. 1, 1916).

(2) "Comentarios", lib. I., cap. 9.

(3) Santillán, "Relación", par. 4. Cieza de León, "Crónica". 1.a parte, cap. LXXIX.

(4) Cieza de León, "Crónica", 2.a parte, cap. 4, J. de la Espada, "Relaciones geográficas", t. I., p. 84.

(5) Sarmiento. *"Geschichte"*, cap. 8. Morua. "Historia", 1. I, cap. 1. Cieza de León califica todavía de behetrías a las tribus que existían en la costa del Ecuador cuando hizo su viaje. "Crónica", 1.a parte, cap. L.

familia determinada (behetría de linaje), sea a su antojo (behetría de mar a mar). Esta palabra significa, pues, que los indios no obedecían sino a jefes elegidos por sí mismos (1). Los cronistas, por otra parte, se muestran poco claros: unos hablan de soberanos elegidos, otros de monarcas hereditarios, algunos de caciques o curacas, sin precisar los términos (2). Muchos insisten en el desorden que reinaba entre las tribus. Herrera hace notar que en su tiempo la situación no ha cambiado a este respecto en Chile, Nueva Granada y Guatemala (3), y Ulloa compara a los indios de la época preincaica con bestias feroces (4).

Este error fundamental de los primeros historiadores ha sido la fuente de numerosas inexactitudes en los autores posteriores.

En el curso de estos últimos años, la arqueología ha sacado de la sombra todo un pasado que apenas se sospechaba y cuyas grandes líneas vamos a trazar muy someramente, sin entregarnos a una crítica que nos haría salir del marco de nuestra obra y simplemente para situar la civilización de los incas.

El primer punto, que no constituye ya objeto de duda hoy, es *el origen asiático o australiano de los indios;* Holmes, Brinton, Boule, Verneau, Rivet, Hrdlichka y otros más, se

(1) Markham (*"The Incas of Peru"*, cap. XI) protesta contra la designación de behetría como si fuese forzosamente despectiva. Lo era a menudo, en efecto, en la pluma de los cronistas; sin embargo, las behetrías eran muy admiradas por un gran número de escritores españoles; fué solamente al declinar éstas cuando la libertad degeneró en anarquía y estallaron disturbios que desacreditaron completamente a esta institución (Cárdenas. "Ensayo sobre la historia de la propiedad territorial en España". Madrid, 1873, t. I., p. 227. López de Ayala Alvarez, "Memoria". Madrid, 1896, p. 243, n. 1).

(2) "Relaciones geográficas", t. I., p. 149-188; t. 3, p. 96. Herrera explica que los reyes se hacían servir como dioses y que trataban a sus súbditos como a bestias y que esto era porque muchas tribus no querían soberano y vivían en behetrías ("Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 6).

(3) Herrera. "Historia General". Loc. cit.

(4) "Historia de los Incas", p. 212.

han pronunciado en este sentido. Los rojos son los hijos de los amarillos, y no por la casualidad de un naufragio, como afirma la teoría pintorescamente llamada del *junco encallado*, porque en este caso los peruanos hubiesen sido buenos navegantes, y es bien sabido que no dispusieron nunca más que de barquichuelos muy imperfectos (1), sino por la vía de las grandes migraciones que habrían pasado el istmo de Behring y descendido del Norte al Sur de América en tiempos antiquísimos (2). Atestiguan este parentesco los objetos sudamericanos de origen melanesio, tales como el propulsor, la hamaca, la cerbatana, el tambor de señales, la flauta de Pan, la maza con puño de piedra estrellada y, sobre todo, las semejanzas de lengua (3).

Esta lenta invasión humana no siguió simplemente las orillas del Pacífico, por lo menos en América del Sur. Los grandes centros de civilización de la América Central han irradiado en todas las direcciones y en épocas diferentes. Parece que los primeros hombres llegaron, no a lo largo de las costas, donde eran rechazados por los vientos alisios que soplan de Sur a Norte y por la corriente de Humboldt, sino por las Antillas y por los territorios de Venezuela y del Bra-

(1) Joyce. *"South-American Archaeology"*, p. 189.

(2) El Dr. Rivet piensa que elementos melanesios pudieron llegar hasta la América del Sur caminando "a lo largo del Continente antártico", hacia aproximadamente 6,000 años (Comunicación presentada al 22.o Congreso Internacional de Americanistas, en Roma, el 27 de septiembre de 1926).

(3) Nordenskiold. *"Une contribution a la connaissance de l'anthropogéographie de l'Amérique"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1911. H. Vignaud. *"Le probléme du peuplement initial de l'Amérique"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1922. El Dr. Rivet ha podido relacionar recientemente dos grupos de lenguas americanas con las lenguas australianas y malayo-polinesias (Lengua *hoka* de California y lengua de los patagones. *"Les origines de l'homme Américain"*. *"L'Antrophologie"*, t. XXXV, 1925, N.o 3). Estas migraciones asiáticas remontan, lo más temprano, a fines del período cuaternario; por consiguiente, no han podido utilizar la vía de tierra pasando por algún continente desaparecido. P. Irigoyen, en sus "Inducciones acerca de la civilización incaica" (p. 807), pasa revista a las hipótesis que han sido emitidas respecto a los habitantes del Viejo Continente que habrían sido los primeros en desembarcar en América: marinos del rey Salomón, cartagineses, romanos, egipcios, fenicios, mongoles.

sil, remontando los ríos hasta sus fuentes (1). Así se explicarían esas huellas de invasión amazónica que se observan en épocas remotas. El hacha, por ejemplo, revela una influencia oriental muy antigua en el Ecuador, porque la pipa, que data de la época precolombina en Brasil y en Venezuela, no llegó hasta la meseta (2). La arqueología, la astropología y la lingüística están de acuerdo hoy para reconocer en los uros, pueblo que vive a orillas de los lagos Titicaca y Poopó, a los descendientes de los antiguos amazónicos arawac, que fueron, sin duda, los primeros habitantes de la meseta. Los uros han seguido siendo pescadores y cazadores, como sus antepasados; su lengua, el puquina, contiene un gran número de raíces arawac, y hasta su vestido y su habitación recuerdan el tipo amazónico. Antiguamente se extendían hasta las orillas del Pacífico y en la época de la conquista su lengua se hablaba todavía en una gran parte de la meseta (3).

(1) Nos es difícil representarnos hoy las dificultades que las barcas encontraban para descender a lo largo de las costas del Pacífico. Parece, al mirar el mapa, que los marinos podían dirigirse fácilmente de la América Central al Perú. Nada más instructivo a este respecto que el relato de Benzoni, que necesitó no menos de tres meses para ir de Panamá a Caracas (Bahía de Caracas), pueblo situado al Noroeste de la República actual del Ecuador, debajo de la línea ecuatorial. Su navío debía echar el ancla cada noche y permanecía a veces semanas enteras sin poder avanzar, a causa de los vientos y de las corrientes contrarios (*"Historia del Mondo Nuovo"*, traducción inglesa, p. 238). Indudablemente, en ciertas épocas las brisas son favorables a la navegación, pero sólo una larga experiencia podía instruir a los marinos sobre este particular. En las costas peruanas, el océano mismo parecía rechazar a los buscadores de aventuras y a los inmigrantes que venían del Norte.

(2) Sino en la región diaguita y en el Chile septentrional, en la época incaica. Rivet *"Les éléments constitutifs des civilisations du nord-ouest et de l'ouest sud-américain"*. *"21.e Congrés international des Américanistes"*. Goteborg, 1924, p. 5. Verneau et Rivet. *"Ethnographie ancienne de l'Equateur"*, p. 240.

(3) Ocupaban una región comprendida sobre la meseta entre el Norte del lago Titicaca y la frontera actual de la República Argentina; y sobre la costa, entre Arequipa y el grado 28 de latitud Sur (Rivet. *"Les éléments constitutifs"*, ob. cit., p. 2. De Créqui-Montfort y Rivet. *"L'origine aborigénes du Pérou et de la Bolivie"*. Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Cuenta dada en las sesiones del año 1914. Sesión del 27 de marzo. De Créqui-Montfort y Rivet. *"La langue uru ou pukina"*. *"Journal de la Société de Américanistes de Paris"*, 1925. p. 211).

Parecerá sorprendente que esas civilizaciones hayan podido venir de la cuenca amazónica, y, sin embargo, se descubren hoy vestigios de aglomeraciones en esas regiones inhospitalarias, especialmente en el Alto Mamoré, el Sumany y la cuenca del Beni. Así, no fueron los hombres de la árida meseta los que habrían descendido a los llanos amazónicos en busca de tierras fértiles, sino, por el contrario, los pueblos de los llanos los que habrían subido al asalto de la meseta.

Que esta llegada del hombre a la América sea muy antigua, podemos afirmarlo observando las patatas y las llamas, porque las diferencias que existen entre el precioso tubérculo tal como los indios lo obtenían y el que se encuentra en estado salvaje suponen siglos de cultivo, y han sido precisos varios siglos también para transformar los guanacos y las vicuñas, medrosos e indóciles, en apacibles llamas y alpacas, de lana y color diferentes e incapaces de vivir sin la ayuda del hombre (1).

La invasión humana venida del Norte y del Este no fué la única; se ha desplegado por oleadas sucesivas que han recubierto poco a poco todo el continente. Así, según el doctor Rivet, una migración posterior a la de los uros habría superpuesto a estos elementos amazónicos nuevos y les habría enseñado el uso del *labret,* del propulsor, de la flauta de Pan y de las cabezas humanas-trofeos; luego, una tercera oleada de origen caribe (Guayana) habría llegado solamente hasta Colombia, y una cuarta oleada oriental habría penetrado por el Ecuador y traído a la meseta las tres formas de hacha: la empulgada, la de orejas y la de hoja semicircular. Entre la tercera y la cuarta oleada es donde habría que intercalar una migración directa centro-

(1) H. Urteaga. "El antiguo Perú a la ley de la arqueología y de la crítica". "Revista Histórica de Lima", 1909, cap. 1.

americana, venida por Colombia y que habría ganado el Ecuador (1).

Pero los indígenas que habían descendido del Norte emigraron a su vez en otras direcciones, y algunos tomaron el camino seguido por sus antepasados en sentido inverso. Después del flujo vino el reflujo. "La América del Sur es como un frasco de cuello angosto; se llena naturalmente por la parte de arriba, pero, cuando hay exceso de líquido, sale por el mismo orificio" (2). Una gran incertidumbre reina todavía sobre toda esta prehistoria americana; por eso, sin tratar de tomar posición en controversias cuya solución pertenece a los arqueólogos y a los etnólogos, y sin intentar suministrar fechas, nos limitaremos a enumerar las diferentes civilizaciones que han nacido de la superposición de las influencias amazónicas y centroamericanas, y que se han sucedido en esta parte de la América donde los incas fundaron después su imperio (3).

EL FLUJO

1.º *La civilización de la meseta ecuatoriana,* de origen colombiano (4). Se encuentran sus huellas tanto en la provincia de Imbabura, al Norte del Ecuador (5), como en las de Chimborazo y Tuguragua, al centro (6), y la de Cañar,

(1) Rivet. *"Les éléments constitutifs"*, ob. cit., p. 2 y siguientes.
(2) Otto von Buchwald. "Migraciones sudamericanas". "Boletín de la Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos", 1918, p. 236.
(3) Según los trabajos de Max Uhle aparecidos en el "Boletín de la Academia Nacional de Quito" y la "Revista Histórica de Lima" y los del Dr. Rivet, ya citados.
(4) Beuchat y Rivet. *"Affinité des langues du Sud de la Colombie et du Nord de l'Equateur". "Le Museon"*, Lovaina, 1910. Verneau y Rivet. *"Ethnographie ancienne de l'Equateur". Passim.*
(5) Jijón y Caamaño. "Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura de la República del Ecuador". "Boletín de la Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos", 1920, t. 4, p. 223.
(6) Jijón y Caamaño. *"Puruha"*. "Boletín de la Academia Nacional de Historia". 1921, t. 2, p. 27.

al Sur (1). Excavaciones recientes han probado que los inmigrantes colombianos eran, ante todo, agricultores, y que habían aprendido a trabajar el oro, pero que desconocían la plata y el bronce.

2.o *Las civilizaciones de Nazca y de Ica.* Los habitantes de estas ciudades antiguas no sabían trabajar los metales, pero su cerámica de dibujos convencionales es de una bella riqueza decorativa; desgraciadamente, en razón de su carácter sobre todo religioso, nos da pocos datos sobre la vida de la población (2).

3.o *La gran civilización Chimú o Yunga* (Trujillo) (3). Este Estado estaba todavía floreciente en tiempo de los incas, que lo conquistaron hacia mediados del siglo XV; se extendía hacia el Este por los contrafuertes de los Andes occidentales (4) y por la costa del Parmunca al Sur, hasta Túmbez al Norte (5). La capital era una ciudad importante, cuyos vestigios cubren un territorio considerable (6); en Pachacámac se alzaba el principal templo, lu-

(1) G. Suárez. "Historia General de la República del Ecuador". Segunda parte, p. 18, y primera parte, p. 148.

(2) Beuchat. *"Manuel"*, 4.a parte, cap. 6. Hrdlichka. *"Some results of recent anthropological exploration in Peru"*. Washington, 1911. A. Means. *"A study"*, p. 426.

(3) Preferimos designar esta civilización con el nombre de chimú más bien que con el de yunga, toda vez que esta última palabra se emplea de manera general para indicar todas las regiones cálidas, tanto en la costa peruana como en la vertiente oriental de los Andes.

(4) D. Francisco de Avila. *"A narrative of the errors..." Passim.* Los chimúes habían avanzado hacia la meseta, y, para detenerlos, los incas habían tenido que construir fortalezas al Oeste de su imperio (Montesinos. "Memorias", cap. 9). Las ruinas de la ciudad de la costa han sufrido a causa de los temblores y sobre todo de las lluvias, tanto más temibles cuanto que son muy raras (Otto Holstein. *"Chan-Chan, capital of great Chimu"*. *"The Geographical Review"*, enero de 1927, p. 50). Según la forma y el color de la cerámica, se distinguen varios períodos en la civilización chimú, unos de desarrollo local, otros de influencia extranjera (Tiahuanaco).

(5) Calancha. "Crónica moralizada", lib. 3, cap. 1.

(6) La capital de los chimúes recuerda, según Kimmich, el origen asiático de sus habitantes; el cerco se parece a la gran muralla de China, más ancha en la parte baja que en la alta, hecha de piedras en la base y de ladrillos en la cima; las casas, pequeñas y de techos inclinados, reproducen las disposiciones adoptadas en los países de lluvia, y

gar de peregrinaciones, y la fortaleza de Parmunca impedía el acceso al reino por la parte del Sur. Para informarnos sobre la vida social, no tenemos más que los dibujos de las telas y de las cerámicas. Las telas, tejidas a la manera de las tapicerías de altos lizos, están sobre todo decoradas por figuras geométricas y animales estilizados; pero los vasos de alfarería, bien cocidos, coloreados a menudo de rojo obscuro, llevan dibujos que nos revelan la existencia de una civilización ya muy avanzada: una corte fastuosa, funcionarios, artesanos, servidores, toda una jerarquía social. Ellas nos enseñan, al mismo tiempo, que las prácticas inmorales no eran raras y que la higiene no existía en absoluto (1).

4.o *La civilización de la costa ecuatoriana.* Los bajos relieves encontrados por la misión Saville atestiguan su importancia, pero la vida social parece haber sido muy primitiva; los pueblos estaban formados de casas de madera, cubiertas de hojas de palmeras (2). La región fué conquistada por los incas hacia fines del siglo XV.

Esta civilización, ¿sumergió en parte la meseta vecina del Ecuador? Velasco cree que sí; según él, los habitantes de la costa emigraron hacia los Andes a fines del siglo X y fundaron el imperio cara (3).

con la circunstancia de que en la costa peruana llueve rara vez ("Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana". Barcelona, 1924, palabra Perú). Se han encontrado en Chimú huellas de canales. Los habitantes de la ciudad de Eten hablan todavía la antigua lengua de los chimúes, diferente del quichua (Squier, *Peru*, p. 169). F. de la Carrera ha publicado en Lima, en 1644, una gramática y en 1680 un diccionario de esta lengua: "Arte de la lengua yunga de los valles del obispado de Truxillo del Perú. Arte y vocabulario de la lengua de los Chimu". V. Paz Soldán. "Arte de la lengua yunga". Lima, 1880. E. W. Middendorf. *"Die einheinmischen Sprachen Perus"*. Leipzig, 1892, libro 6.

(1) A. Means. "La civilización precolombina de los Andes". "Boletín de la Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos", 1919, p 217.

(2) Beuchat. *"Manuel"*, 4.a parte, cap. 5. H. Saville. *"The antiquities of Manabi"*. *"Final Report"*.

(3) Velasco. "Historia", p. 156. González de la Rosa. *"Les Caras de l'Equateur"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1908. Quizá los fundadores de esta civilización de la costa ecuatoriana hayan venido, excepcionalmente, por la vía marítima; inducirían a creerlo leyendas locales relativas a desembarcos de gigantes. Los incas conquistaron esta

EL REFLUJO

Fué sobre la meseta peruana donde se dejó sentir el reflujo; pero aquí tropezamos con una dificultad particular: el clima lluvioso de la sierra ha destruído la mayor parte de los vestigios de tiempos pasados.

Como hemos visto, los primeros inmigrantes parecen haber sido los pueblos amazónicos uros. Estos han sido sometidos posteriormente por una nación de agricultores y pastores de origen obscuro, los aimaraes (1), fundadores de la misteriosa Tiahuanaco.

Las ruinas de Tiahuanaco se encuentran a orillas del lago Titicaca, en uno de esos lugares del globo donde es difícil imaginar que haya podido existir una ciudad si no se admite una modificación del medio. En efecto, en tiempos muy antiguos, los Andes eran menos elevados que hoy; dejaban pasar las nubes cargadas de agua, y las costas peruanas eran, en consecuencia, húmedas y boscosas. En cuanto al lago Titicaca, su caudal se vertía por el umbral en que se asienta La Paz. Rodaba hacia el Amazonas y "el más grande lago de la tierra alimentaba al más grande río" (2). *Pero es inútil remontarnos tan lejos en el pasado: en el*

region; pero no se instalaron en ella; por eso, en el mapa que se encuentra al final del presente volumen no comprendemos la costa ecuatoriana en los límites del imperio.

(1) Este nombre es completamente impropio; fué tomado por los jesuítas establecidos a orillas del lago Titicaca a una fracción de la tribu quichua. Lo conservamos porque está admitido por todos los escritores, aunque Markham haya protestado contra su empleo (*"On the geographical position of the tribes which formed the Empire of the Yncas"*. *"Journal of the Royal Geographical Society"*, 1871, p. 327).

(2) Reclus. *"Géographie universelle"*, t. 18, p. 641. Posnansky pretende que el lago Titicaca bañaba en otro tiempo las murallas de Tiahuanaco ("El clima del altiplano y la extensión del lago Titicaca". La Paz, 1911). "Recorriendo las mesetas heladas de Bolivia y la región desolada que ha sido la cuna histórica de los quichuas, me ha parecido siempre imposible que las civilizaciones cuyas huellas veía hubiesen tenido su nacimiento en semejantes soledades, elevadas a más de 4,000

Norte argentino, entre San Juan y Mendoza, el lago de Guanacache, hoy de pequeña dimensión, era antiguamente muy grande, y los indios conducían allá sus barcas como sobre el lago Titicaca (1); *la región situada entre las provincias de Rioja y Catamarca, en la República Argentina, actualmente arenosa y desértica, estaba, en el siglo XVII, recubierta de bosques de prosopis; en el desierto de Atacama, el minero desentierra, a veces, raíces de árboles; y el territorio situado entre el Huasco y el Loa, en Chile, hoy árido, era todavía boscoso en el momento de la llegada de los españoles* (2). *Sacudidas sísmicas y erupciones han transformado igualmente algunas regiones en estos países volcánicos que forman el "círculo de fuego" del Pacífico. Las provincias ecuatorianas de León y de Tunguragua, antes fértiles, han sido devastadas en el siglo XVIII por una serie de erupciones.*

No sabemos nada de la vida social de los habitantes, sino que la mayor parte eran cultivadores, porque su lengua es rica en términos agrícolas; que sabían trabajar la piedra, fabricar objetos de cobre, de bronce y alfarería; que comerciaban con la costa: se han encontrado vasos aimaraes en el Ecuador, ornamentos a orillas del Pacífico, y el tráfico se extendía tal vez a la América Central.

No sabemos nada de la capital misma, sino que levanta todavía en medio de un país desierto su célebre puerta monolítica del sol y que conserva sus cimientos de piedra escondidos en el suelo donde apenas se empieza a descubrirlos (3). Seguramente era un gran centro a la vez polí-

metros sobre el nivel del mar". (F. Angrand, *"Lettre sur les antiquités de Tiahuanaco"*, p. 7.) V. Markham, *"The land of the Yncas"*. *"Geographical Journal"*, octubre de 1910.

(1) Moreno. *"Notes on the anthropogeography of Argentina"*. *"Geographical Journal"*, 1901, p. 574.

(2) R. Latcham. "El comercio precolombiano", p. 10.

(3) Stübel. *"Die Ruinenstatte von Tiahuanaco"*, Berlín, 1892. Bandelier. *"The ruins at Tiahuanaco"*. *"Proceeding of the american antiquarium society"*. *"News series"*, vol. XXI, 1911, p. 218.

tico y religioso, porque las excavaciones han sacado a luz esqueletos, utensilios y vasos procedentes de toda la América (1).

Otras ciudades debían formar parte, además, del imperio; pero apenas podemos señalar, aquí y allá, las huellas de sus murallas ciclópeas; en Taraco, a orillas del lago Titicaca; en Ollantaytambo, en el Perú; en Pachacámac, bajo las ruinas del templo de la época de los chimúes, que es ya posterior a la de los aimaraes; por último, en Bolivia, en la provincia de Carangas (2).

No sabemos nada tampoco del imperio aimará, salvo que se extendía sobre un territorio muy vasto, ya que se encuentran hoy nombres de lugares aimaraes en la Argentina septentrional (3) y dialectos aimaraes en la provincia de Huarochiri, en el Perú; y en la región de Arica, sobre el litoral, y ya que su estilo ha impregnado las artes locales de la costa, la cerámica y la industria textil (4). Este estilo convencional nos da solamente la impresión de que el pueblo capaz de darle nacimiento debía plegarse ya a reglas de vida rígidas y estaba probablemente sometido a un poder central absoluto y teocrático.

Lo que nos queda de los aimaraes es su lengua. El profano pensará que eso es poca cosa; se equivoca; la lengua es la expresión viviente de un pueblo; rica en términos abstractos, ella nos prueba una alta cultura intelectual; abun-

(1) Posnansky, *"Die autertümer von Tiahuanacu. Zeitschrift für Ethnologie"*, 1913, t. 45, p. 176.

(2) Julius Nestler. *"Beitrage zur Kennits der Ruinenstatte von Tiahuanaco, Mitteilungen der K. K. geographischen Gesellschaft in Wien"*, 1913, p. 226. Posnansky. "Nuevas investigaciones en Carangas", *"21.e Congres International des Américanistes"*, Goteborg, 1924.

(3) M. Uhle. "Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina". *"17.e Congrés International des Américanistes"*. Buenos Aires, 1910.— Debenedetti. "Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del Noroeste argentino". "Revista de la Universidad de Buenos Aires", 1912, t. 17, p. 326.— R. Leviller. "El Perú y el Tucumán en los tiempos prehispánicos", Lima, 1926, p. 61.— B. Brandt, *"Südamerika"*, Breslau, 1923, p. 57.

(4) Joyce. *"South-American Arquaeology"*, p. 184.

dante en palabras técnicas, es el índice de un desarrollo económico avanzado; compleja y diestramente dispuesta, atestigua una larga evolución; cuando una palabra expresa una idea, es que la idea ha sido plenamente concebida, y cuando una palabra designa un lugar, es que el lugar ha sido ocupado. Cada palabra señala, en un dominio diferente, una conquista del hombre.

Ahora bien, la lengua aimará es extremadamente rica; posee afijos formativos que permiten modificar las raíces verbales, y encierra una cantidad de sinónimos capaces de señalar los más delicados matices del pensamiento, a tal punto que Max Uhle la encuentra superior a la misma lengua quichua (1).

La civilización de Tiahuanaco zozobró en algún cataclismo, invasión, epidemia o temblor de tierra (2), y después de ella reinó una era de desorden y de perturbaciones hasta el día en que apareció el segundo movimiento de reflujo, el de los quichuas bajo sus jefes incas, cuyo origen es tan misterioso como el de los aimaraes (3). Sin duda, los quichuas y los aimaraes asemejan en muchos respectos, y es natural que D'Orbigny y Markham se hayan visto tentados a declarar que los unos provienen de los otros. Existen, sin embargo, ciertas diferencias entre ellos. En lo físico, el

(1) M. Uhle. "Los orígenes de los Incas", ob. cit.— D'Orbigny, *"L'homme américain"*, p. 223.— B. Saavedra. "El *ayllu*", p. 130. En los comienzos del siglo XVII, un jesuíta italiano, L. Bertonio, que vivió en el Perú, en la misión de Juli, de 1581 a 1625, escribió tres obras sobre la lengua aimará: "Arte breve de la lengua aymará para introducción del arte grande de la misma lengua" (Roma, 1603), "Arte y grammática muy copiosos de la lengua aymará" (Roma, 1603), "Vocabulario de la lengua aymará" (Juli, 1612). Poco después, D. Torres Rubio publicó un "Arte de la lengua aymará" (Lima, 1616). Existe una obra que lleva el mismo título de Diego Gualdo (1612-, s. l.).

(2) Posnansky, González de la Rosa y Means pretenden que ha habido dos imperios aimaraes sucesivos.

(3) Rivero y Tschudi (*"Antiquités Péruviennes"*, trad. franc., p. 42) y H. Vignaud (*"Le problème du peuplement initial de l'Amérique"*, ob. cit., p. 53) sostienen que los incas vienen de los aimaraes. En el curso de esta obra, llamaremos al emperador o rey el inca; y a los indios de sangre real, que formaban parte de la casta superior, los incas.

rostro de los aimaraes es más ovalado, rombal, el busto más elevado proporcionalmente a la talla, ésta un poco más alta, y entre ellos se encuentra mayor número con ojos oblicuos que entre los quichuas (1). En lo moral, los aimaraes son más taciturnos, más desconfiados, menos sumisos y menos suaves que sus vecinos.

Hay un hecho más sorprendente todavía: las lenguas habladas por estos dos grupos étnicos contienen un 40% de palabras comunes, pero tienen entre sí diferencias de sintaxis inexplicables si se admite que una deriva de la otra.

Actualmente, el límite entre los aimaraes y los quichuas está situado al Nordeste del lago Titicaca, en Cojata, y al Noroeste de este lago, en Puno (2).

Como dice Angrand, los incas son verosímilmente otra cosa que "el último suspiro y la última luz de esa civilización sin nombre, sin pasado, sin historia conocida, que no tiene para nosotros otras manifestaciones visibles que las ruinas silenciosas de Tiahuanaco" (3).

De ellos tendremos que hablar aquí. Sin embargo, antes de abordar su estudio, y para ser completos, deberemos añadir al cuadro somero que acabamos de diseñar: las civilizaciones de los pueblos ecuatorianos como los caras, los puruhas, los cañaris, sobre los cuales tenemos pocas indicaciones (4); y el grupo chileno de los chinchas-atacamas, que alcanzó una gran prosperidad entre los siglos XII y XIV (5). En cuanto a los chinchas de Colombia, que han teni-

(1) De Créqui-Montfort. *"Exploration en Bolivie"*, ob. cit.— A. Chervin. *"Aymaras and Quichuas"*. *"18.e Congrés International des Américanistes"*. Londres, 1912, t. 1. p. 63.

(2) Nordenskiold. *"Exploration Scientifique au Pérou et en Bolivie"*. *"Bulletin de la Société de Géographie"*, 1905, p. 289. Squier escribe que los aimaraes y los quichuas difieren tanto unos de otros como los franceses de los alemanes *("Peru"*, p. 570).

(3) *"Lettre sur les antiquités de Tiaguanaco"*, p. 9.

(4) G. Suárez. "Historia General", t. 1., p. 34. Los esmeraldas no han sufrido la influencia incaica; hablaron una lengua de la familia chibcha.

(5) M. Uhle. "La arqueología de Arica y Tacna". Boletín de la Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos", 1919.

do una organización social interesante, su territorio ha permanecido siempre fuera de la acción de los incas. Por otra parte, tal vez hubo todavía otros centros de vida importantes, pero que no son bastante conocidos para que podamos hablar de ellos aquí (1).

Esta rápida ojeada nos permite desprender algunas observaciones esenciales:

Primeramente se ve cuán erróneo sería considerar a los incas como un pueblo *primitivo;* antes de ellos, alternaron ya períodos de prosperidad y de depresión. Nadie sabría decir si el indio del siglo XV era superior o inferior al de la época de Tiahuanaco. El progreso no es una línea recta, y la idea de una evolución continua o intermitente hacia un estado mejor es un postulado que ya no se encuentra más que en los manuales escolares.

En seguida, la civilización peruana no ha sufrido ninguna influencia mediterránea; las hipótesis sobre inmigraciones judías o egipcias deben ser rechazadas, porque los indios, en la época de la conquista, no conocían ni el hierro, ni la rueda, ni el vidrio, ni el trigo, y se sabe hoy que habían descubierto por sí mismos el cobre y el bronce (2). Estamos, pues, en presencia de civilizaciones autóctonas, lo que aumenta singularmente el interés que ofrece su estudio (3).

(1) Especialmente en las partes últimamente exploradas de la gran selva oriental. Al Noreste de Bolivia, huellas de habitaciones revelan la existencia de una población antes numerosa y diferente de la de la meseta (Nordenskiold. *"Exploration Scientifique au Pérou et en Bolivie"*, loc. cit.).

(2) Rivet. *"Les origines de l'homme Américain"*, ob. cit.

(3) Los investigadores impacientes por descubrir la verdad corren mucho el riesgo de atribuir a migraciones y a influencias lo que es el simple resultado de un desarrollo paralelo del progreso. Numerosos objetos precolombinos son idénticos a los que las excavaciones sacan a luz en el Viejo Mundo; los vasos encontrados por Schliemann en el emplazamiento de Troya son semejantes a los del Perú (G. Suárez, "Historia General", 2.a parte, p. 121). Los incas y los faraones se asemejan en más de un punto, y ciertos autores se han complacido en establecer listas

En tercer lugar, los obstáculos naturales, por poco franqueables que fueran, no impidieron que se produjesen numerosas migraciones. Sería un error pensar que el enclaustramiento haya tenido por consecuencia fijar a los pueblos para siempre en valles de donde no salían. Es hasta sorprendente que hayan podido efectuarse tantos desplazamientos. Porque, fuera de aquellos de que hemos hablado, se originaron movimientos secundarios, aquí y allá, en la América del Sur. Así, los habitantes de Atacama emigraron hacia el Norte y hacia la sierra (1), y grupos de guaraníes venidos del centro de la América del Sur se establecieron en el Norte de la República Argentina actual; más tarde los rechazaron las tribus de los Andes, que luego volvieron a su punto de partida (2).

En cuarto lugar, ha existido en América del Sur un substrato común, de origen amazónico; la similitud de instrumentos complicados descubiertos en regiones diferentes y fabricados con materia prima local prueba "un parentesco entre las civilizaciones andinas" (3); se trata en realidad

de analogías de las que concluyen en el origen ario de los indios (Fidel López. *"Les races aryennes du Pérou"*). Pero la marcha del proceso es desigual: ciertos pueblos llevan la delantera, otros van con retraso, y las formas de este progreso distan de ser idénticas. Es verdad que la escritura ha sido inventada dos veces: en Egipto y en la América Central (Amelja Hertz, *"L'Egypte sous les quatre premieres dynasties et l'Amérique Centrale"*. *"Revue de synthése historique"*, Junio, 1923), pero no existía en el Perú, cuyo desarrollo era, sin embargo, comparable al de México. Si la concepción de la realeza era la misma entre los incas y los faraones, la organización social de sus pueblos era absolutamente diferente. Guardémonos, pues, de caer en los dos extremos: es igualmente exagerado concluir, de una identidad de concepciones o de productos, en una influencia recíproca, y descuidar esta identidad so pretexto de que todos los progresos son inevitablemente paralelos.

(1) M. Uhle, "Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna". "Boletín de la Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos", 1919.

(2) Boman. *"Migration précolombienne dans le Nord-Ouest de l'Argentine"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1905. Nordenskiold ha estudiado una migración guaraní que vino de las orillas del Paraná y del Paraguay a comienzos del siglo XVI y que fué rechazada por los incas *("The guarani invasion of the inca Empire in the sixteenth ventury"*. *"The Geographical Review"*, agosto de 1917, p. 103).

(3) Verneau y Rivet. *(Ethnographie ancienne de l'Equater"*, p. 240. 240.

de una misma civilización que ha evolucionado diferentemente según los lugares, ya se trate de los caras, al Norte, o de los calchaquías, al Sur (1).

Esta homogeneidad de cultura, que reaparece bajo las diferencias locales, ayuda a comprender cómo los incas conseguían asimilar rápidamente las tribus conquistadas.

Como se ve, M. Uhle no se equivoca al calificar de "ingratos" a esos soberanos que, habiendo heredado la cultura de sus antepasados, ocultaron cuidadosamente el origen de lo que habían recibido (2).

La historia misma de esta gran dinastía es extremadamente confusa en muchos respectos, y trataremos de hacerla más clara. Los nombres de los hombres y la fecha exacta de los hechos nos son indiferentes; la naturaleza y el orden de estos hechos y el desarrollo de las instituciones es lo único que nos interesa. Sin embargo, para fijar las ideas, indicaremos en algunas líneas cuál parece haber sido la genealogía de los incas.

La mayor parte de los cronistas españoles, Garcilaso entre ellos, llaman al primer soberano Manco-Cápac, y al segundo, Sinsi-Roca. Además, Montesinos y Acosta hacen remontar a los incas hasta un soberano posterior llamado Inca-Roca (3). ¿Dónde está la verdad? Como hemos visto, después que la civilización de Tiahuanaco hubo brillado en todo su esplendor, se produjo un largo eclipse. Entonces los *sinsi* tomaron la dirección de las diferentes tribus (4). Estos *sinsi* eran jefes temporales nombrados por los grupos primitivos de población *(ayllu)*, con un objetivo de caza, de

(1) Boman. *"Migration Précolombienne"*, ob. cit.
(2) Uhle. *"Ancient South-American Civilizations"*. *"Harper Magazine"*, octubre, 1923.
(3) Garcilaso. "Comentarios", lib. 1, cap. 22.— Sahuaraura Inca. "Recuerdos de la monarquía peruana". París, 1850.— Montesinos. "Memorias", cap. 14.
(4) Ondegardo. "Copia de carta", p. 449.

pesca o de guerra; sin duda, convertidos en permanentes, fueron éstos los primeros soberanos. Se comprende entonces que exista hoy la tendencia de considerar a Manco-Cápac y Sinsi-Roca no como a dos individuos, sino como a dos dinastías, como a seres míticos. Confirma esta interpretación el carácter legendario atribuído al primero de ellos por los mismos cronistas (1).

Es cierto que, en un momento dado de la historia, los incas se establecieron, de grado o por fuerza, en el valle del Cuzco, ya poblado, y se convirtieron de repente en una clase dominante. Desde entonces comenzó la conquista de la meseta, y, paralelamente, se estableció una organización cada vez más sabia. Las grandes luchas contra las tribus rivales: los collas primero, los chancas en seguida, fortalecieron el poder central y permitieron a la casta superior liberarse definitivamente del marco geográfico primitivo, acrecentar sus conocimientos y aumentar sus medios de acción. Así, cada vez más, la *élite* se desprendió de la masa.

No se sabe cuánto tiempo reinaron los incas: si de 500 a 600 años, según Blas Valera; 300 a 400, según Ondegardo y Acosta; más de 500, según Balboa; cerca de 1,000, según Sarmiento. Garcilaso da una lista de trece monarcas, pero algunos están, probablemente, repetidos, porque se encuentra menor número en Balboa y en Montesinos.

He aquí cuál ha sido aproximadamente la sucesión de soberanos. No mencionaremos las fechas de sus reinados, porque varían según los autores; indicaremos solamente en

(1) Jijón y Caamaño y Carlos Larrea. "Un cementerio incásico en Quito", p. 65.— G. de la Rosa. "Ensayos de Cronología Incana". "Revista Histórica de Lima", 1909, p. 43.—J. de la Riva-Agüero. "Examen de los Comentarios", ob. cit., p. 559.—Wiener admite, inspirándose en Montesinos, la existencia de reyes-pontífices Pirhua y luego de pontífices-reyes Amauta antes de la invasión incaica. (*"Essai sur les institutions"*). "Garcilaso, escribe Fidel López, ligando Sinsi-Roca a Manco-Cápac, suprimió de una plumada cuatro mil años de la historia del Perú". (*"Les races aryennes"*, p. 279). Es posible, como lo cree Castonnet des Fosses, que los cuatro primeros incas tengan carácter mítico. (*"La civilisation de l'ancien Pérou"*, p. 12).

qué siglo hay que situarlos verosímilmente (1) (ver el cuadro de la pág. 94).

Contrariamente a la costumbre, Huayna-Cápac, el último soberano, había dividido su imperio, que se había hecho demasiado grande, entre dos de sus hijos, uno legítimo, Huáscar, el otro bastardo, Atahualpa; a la muerte del monarca estalló una guerra civil entre estos dos hermanos enemigos, y Atahualpa, vencedor, hizo asesinar a Huáscar y a su familia. Los españoles llegaron justamente a tiempo para aprovechar el desorden y establecerse como amos. En aquel momento, el imperio se extendía sobre más de 4,000 kilómetros de longitud: desde el río Ancasmayo, a dos grados al Norte del Ecuador, hasta el río Maule, a 35 grados al Sur de esta línea, y su superficie era aproximadamente igual a seis veces la de Francia (2).

Examinaremos aquí la organización social que existía en aquella época. Antes del siglo XV, el sistema no había alcanzado su perfección; después de 1525 subsistía todavía, pero las perturbaciones interiores habían dañado su aplicación. En realidad, toda la historia de los incas se ha desarrollado en el espacio de cuatro siglos: los siglos XII y XIII, durante los cuales los soberanos no son más que jefes de una tribu o de una confederación de tribus como otros muchos (Chachapoya, Huánuco, Chincha, Chanca, etc.); el siglo XIV, siglo de preparación, y el XV, siglo de apogeo (3).

(1) Castaing observa que el hábito contraído por los soberanos de asociar su hijo mayor al ejercicio del poder es quizá la causa de las divergencias que se encuentran entre los historiadores con respecto a la duración de los reinados de los últimos incas. (("*Le communisme au Pérou*", p. 17).

(2) Pacheco Zegarra da al imperio una superficie de 6 millones de Km. cuadrados (*"Introduction á Ollantay"*. París, 1878, p. XIII), pero hace entrar en ella 2 millones de Km. cuadrados de territorio argentino, lo que parece muy exagerado.

(3) Ondegardo ("Copia de carta", p. 456) comprueba que los incas han reinado durante un corto período de tiempo antes de la ocupación española; concluye de ello que su poder, nacido de la conquista, no estaba todavía legitimado por la prescripción y que, en consecuencia, el rey de España tenía fundamento para destronarlo, razonamiento singular y muy característico de la mentalidad de los juristas de la época.

El imperio no ha durado verdaderamente más que dos siglos; bien poca cosa para establecer sobre cimientos sólidos una organización tan vasta, y, sin embargo, los indios brillaron con tal resplandor, que hasta nuestros días los historiadores, deslumbrados, no han divisado en su sombra las grandes civilizaciones que les precedieron, y han señalado tan profundamente a los pueblos con su sello, que el curso de los siglos no ha podido todavía borrarlo y el etnólogo lo encuentra a cada instante en el indio de hoy.

Soberanos	*Epocas* (1)	*Principales conquistas*	*Observaciones*
Manco-Cápac			Personajes míticos
Sinsi-Roca			
Loque-Yupanqui.	Fines del siglo XII o comienzos del XIII.	Sumisión de los cañas, colas.	
Mayta-Cápac	Siglo XIII.	Al Oeste, hacia Moquegua, Arequipa; al Sur, hacia Tiahuanaco. Sumisión de los chumbivilcas, de los pacasas.	
Cápac-Yupanqui.	Siglo XIII	Sumisión de los aimaraes, de los lucanas. Al Oeste, hacia Nazca; al Sur, hacia Potosí.	
Inca-Roca	Comienzos del siglo XIV.	Al Sur, hacia Chuquisaca; al Norte, hacia Andahuaylas. Guerra de los chancas.	El primer Sapa-Inca (inca supremo).
Yahuar-Huacoc.	Siglo XIV.	Sumisión de los quillacas.	Derrotado por los chancas, abdica.
Viracocha	Siglo XIV.	Guerra de los chancas (continuación). Al Norte, hacia Huamanca; al Sur, hacia Tucumán.	

(1) Según G. de la Rosa y A. Means. Fernández Nodal ha confeccionado un divertido árbol genealógico, pero sin ningún carácter científi-

(El hijo de Viracocha, el bastardo Urco, declarado heredero por su padre, no ha tomado quizá el poder; o, si ha reinado realmente, como lo sostienen Herrera y Cieza de León, su reinado ha sido muy breve.)

Pachacutec	Comienzos del siglo XV.	Al Norte, hacia Tarma, Huamachuco, Cajamarca; en la costa, hacia Pachacámac, Parmunca. Conquista del reino de los chimúes.	Garcilaso, seguido por Markham, intercala aquí a un cierto inca Yupanqui, que en realidad se confunde con Pachacutec.
Tupac-Yupanqui.	Segunda mitad del siglo XV hasta 1485, más o menos.	Al Norte, hacia Chachapoyas, Muyubamba. Al Sur, hacia el río Maule: sumisión de los cañaris. Guerra de los caras.	
Huayna-Cápac	De 1485 más o menos a 1525.	Al Norte, sumisión de los caras. Al Este, rechazo de los guaraníes.	

fico, que puede encontrarse en la Biblioteca Nacional de París, bajo el título: "Los Yncas del Imperio Tahuantinsunyo", París, s. d. Mitchel Humphreys llama nuestra atención sobre las divergencias que existían entre los autores, pero no da la lista probable de los soberanos. (*"Dauer und Chronologie der Inkaherrschaft", Rostock*, 1903).

Capítulo cuarto

EL FUNDAMENTO ECONOMICO DEL IMPERIO. EL PRINCIPIO DE POBLACION

"Existen pocos países donde no se observe un constante esfuerzo de la población para crecer más allá de los medios de subsistencia."
(Malthus, "Ensayo sobre el principio de población".)

NINGUN país ofrece tan bella ilustración de la Ley de Malthus como el imperio de los incas; el aumento de la población en relación con los medios de subsistencia ha sido uno de los factores dominantes de la política imperial, y las conquistas, los progresos técnicos, la organización social traducen el esfuerzo continuo de los quichuas para extender e intensificar el cultivo de la tierra.

Es verdad que las estadísticas faltan, y no porque no hayan existido, pues, por el contrario, veremos que habían alcanzado un alto grado de perfección, sino porque ya no sabemos leer los quipos que las registraban. Sin embargo, el aumento de la población antes de la conquista española resalta, a la vez, del examen de los hechos y de las declaraciones de los cronistas. Ondegardo explica que el número de los indígenas se había acrecentado "de una manera maravillosa" bajo el reinado de los incas, y que, en las montañas, había pocos distritos cuyos habitantes pudiesen subsistir sin buscar en otras partes aquello que necesitaban. Sarmiento anota que en tiempos de Pachacutec las tierras de cultivo faltaron alrededor del Cuzco, y que el inca se vió

obligado a "transportar" a gran distancia la población establecida en un distrito de dos leguas en torno a la ciudad para poder dar tierras a los habitantes de ésta. Ya la extensión del imperio chimú habría tenido por causa, si hemos de creer a Balboa, la falta de suelo cultivable; también la agricultura había alcanzado ya en la costa un gran desarrollo, siempre por el mismo motivo, sin que nada permita afirmar, como lo hace Cunow, que los chimúes hayan sido mejores cultivadores que los incas (1).

En la época de la conquista, la población del imperio era verosímilmente de 11 a 12 millones de hombres (2); esta cifra disminuyó en tiempos de los españoles en razón de la degeneración de la raza (trabajos de minas, alcoho-

(1) Ondegardo. *"De l'état du Pérou avant la conquéte"*, trad. franc., cap. 12, p. 349.— Sarmiento, *"Geschichte"*, cap. 32.— Means. *"A study"*, p. 425.— Cunow. *"Die Soziale Verfassung"*, p. 27. Por otra parte, Sarmiento habla del enorme crecimiento de población de los chancas *("Geschichte"*, cap. 26). Fernando Pizarro observa que los valles de la costa son muy poblados ("Carta", trad. ingl., p. 122; igualmente C. de Castro, "Relación", p. 217).

(2) Bollaert. *"Antiquarian ethnological"*, p. 133.— Rivero y Tschudi. *"Antiquités péruviennes"*, trad. franc., p. 205. Si se toman por base de cálculo las cifras suministradas por el doctor Rivet (en *"Langues du Monde"*, de Meillet y Cohen, ob. cit., p. 600), según las estadísticas americanas, se encuentra, para los tres países sometidos a los incas, Ecuador, Perú, Bolivia —Chile y la Argentina no tenían más que un pequeño número de rojos—, un total actual de cerca de cinco millones de indios; además, se admite que la parte del continente situada al Norte de México contaba, en el momento del descubrimiento, con un millón ciento cincuenta mil indios, de los cuales quedan hoy cuatrocientos mil, es decir, aproximadamente un tercio; aplicando esta misma relación a los indios de la América del Sur, se tiene para el imperio incaico un total de quince millones de habitantes, pero, naturalmente, nada autoriza a creer que la relación establecida en el primer caso sea correcta en el segundo. El doctor Rivet avalúa, además, en cuarenta o cuarenta y cinco millones de habitantes la población total para el conjunto del continente americano antes de la conquista. M. V. Sapper, en una interesante comunicación enviada al 21.o Congreso Inernacional de Americanistas, en La Haya, en 1924 *("Die Zhal und die Volksdichte der indianischen Bevolkerung in Amerika"*, p. 95), llega a la misma cifra que el doctor Rivet. Fundándose en las posibilidades de alimentación de los antiguos indios, evalúa la población andina en doce o quince millones de habitantes a fines del siglo XV. Observemos que la población del Egipto, bajo el imperio tebano, no pasó de ocho millones de habitantes (Moret, *"Le Nil et la civilisation égyptienne"*, París, 1926, p. 547, n. 3).

lismo), las guerras civiles y sobre todo las epidemias (sarampión, viruela) (1); alcanzaba más o menos a 8 millones en 1580, según un censo levantado en ese año bajo el reinado de Felipe II (2). Más tarde se produjo un nuevo crecimiento, pero lento y gracias al aporte de los elementos extranjeros de raza blanca (3). Hoy día tenemos estadísticas, pero están lejos de ser perfectas. Volveremos sobre este punto. Anotemos en seguida que, en la víspera de la guerra de 1914, la población total, de todos los colores, comprendida en los límites del antiguo imperio peruano, no era superior a la que vivía bajo el cetro de Huayna-Cápac (4).

La existencia de grandes ciudades atestigua la importancia de la población del antiguo Perú; pero hay que guardarse de calcular el número de los habitantes según la extensión de las ruinas, porque muy a menudo las ciudades englobaban en sus murallas campos cultivados.

(1) Véase *infra*, cap. XV. Las epidemias parecen haber ya diezmado la población en diversas ocasiones antes de la conquista española. Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 68. Montesinos, "Memorias", cap. 12 y 15.— Sarmiento, *"Geschichte"*, cap. 52.

(2) Juan de Ulloa Mogollón ("Relación de la provincia de los Coyaguas para la descripción de las Yndias que S. M. manda hacer". "Relaciones Geográficas", t. II, p. 42) sostiene que los indios eran menos numerosos antiguamente que en su tiempo, en razón de las numerosas pérdidas sufridas por los ejércitos del inca. Esto es un error: las provincias que han visto disminuir el número de sus habitantes bajo el reinado de los incas son únicamente las que han servido de campo de batalla; el Cañar, por ejemplo. El resultado final no es dudoso y la mayor parte de los españoles lo reconocen. Cieza de León, en la primera parte de su crónica, menciona un gran número de valles despoblados desde los tiempos de la conquista. Marcos de Niza habla de territorios cuya población habría descendido de 80,000 a 4,000 habitantes ("Relación", trad. franc., p. 275); estas cifras son fantásticas, pero el hecho de la despoblación es efectivo.

(3) La población india ha continuado decreciendo durante muy largo tiempo. Según Sobreviela y Narciso y Barcelo, habría descendido a 4 millones a fines del siglo XVIII *("Voyages au Pérou"*, t. II, p. 181).

(4) Según las cifras dadas por la revista "Teérica" (t. I, 1924, p. 163), la superficie de los cuatro países —Bolivia, Perú, Ecuador, Chile— alcanzaría actualmente a 4 millones de kilómetros cuadrados y su población sería de 16 millones de habitantes, lo que parece ser un máximum, porque a comienzos del siglo esta última cifra no era más que de 12 millones. Pero el imperio incaico no englobaba todo el territorio de estos Estados, porque las partes orientales de los tres primeros y la parte meridional del último se le escapaban; por el contrario, comprendía la región andina Noroeste de la República Argentina.

Este predominio del factor demográfico no debe sorprendernos. El inca, asegurando la paz y la seguridad en el interior de las fronteras y estatuyendo reglas morales severas, favorecía el desarrollo de la población. El infanticidio y el adulterio eran severamente castigados; la prostitución casi completamente suprimida, y el matrimonio era obligatorio. Cada año, o de dos en dos, o de tres en tres años, en fechas fijas, las jóvenes de 18 a 20 años y los muchachos de 24 a 26 eran solemnemente casados. El delegado de los incas distribuía a las jóvenes de las *casas de vírgenes*, de las que volveremos a hablar, a título de dones del soberano. Hacía alinear a los jóvenes y a las jóvenes, unos delante de otros, y decía simplemente: "Tú tomas a ésta; tú, a aquélla" (1); pero el número de los matrimonios así contraídos era mínimo y la mayor parte se hacían, no por vía de la autoridad, sino según la regla usual en la provincia. *Encontramos aquí esa dualidad que pondremos en claro ulteriormente y sin la cual no se puede explicar el sistema incaico; por una parte, el plan racional; por otra parte, la costumbre, ambas coexistentes.* Aquí como en otras partes la costumbre variaba con los lugares; sin embargo, en general, el indio deseoso de casarse con una muchacha la compraba haciendo regalos al padre y al jefe curaca, y el representante del monarca no hacía más que registrar el acuerdo de las partes (2). Así se superponía el matrimonio por donación al matrimonio por compra, sin que el uno perjudicara en forma alguna al otro, pudiendo el mismo individuo obtener mujer en recompensa de sus servicios aun cuando ya poseyera una. En resumen: el indio debía casar-

(1) Cristóbal de Castro, "Relación", p. 212. El inca daba a los gobernadores el derecho de repartir las mujeres entre los principales funcionarios de la provincia. Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 33.

(2) Cristóbal de Castro, "Relación", p. 212.— F. de Santillán, "Relación", par. 17. Entre los chibchas, el matrimonio se efectuaba por compra.—Restrepo. "Los chibchas", op. cit., p. 11.

se con una sola mujer, pero podía recibir otra de manos del soberano.

Los autores españoles, describiendo únicamente una u otra de estas dos formas y generalizándola, han podido representar, según sus tendencias, al inca como un tirano que designaba de oficio a los esposos o como un buen padre de familia que se limitaba a sancionar la elección de sus súbditos (1). Es cierto que en la mayor parte de la meseta el poder de los padres era muy grande, y podemos creer que los hijos eran a veces casados por sus progenitores sin saberlo (2). El matrimonio celebrado sin el consentimiento de los padres era mirado como nulo, a menos de ratificación ulterior de éstos (3). En cuanto a la dote, es decir, al precio de compra de la mujer, su valor era proporcional a la calidad de las partes en causa, desde el simple vaso de arcilla hasta los objetos de oro y de plata y las cabezas de ganado (4).

Lo que sí parece incontestable es que el célibe empedernido, es decir, el que no se había decidido a los 25 ó 26 años, era casado de oficio.

De hecho, la elección de un esposo permanecía extremadamente limitada, ya que no se ejercía sino en ciertas condiciones de edad, de casta y de lugar. Toda unión fuera de la comunidad estaba prohibida (5).

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 8.— Betanzos, "Suma y Narración", cap. 13.— Las Casas. "Apologética", cap. CXL.— Montesinos, "Memorias", cap. 6.

(2) Morua, "Historia", p. 196-197.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 36. Antes de la conquista incaica, en varias provincias, la mujer tenía relaciones con el hombre antes del matrimonio: "Relación de la provincia de Pacajes", por P. de Mercado de Peñalosa, "Relaciones Geográficas", t. 2, p. 60. Esta costumbre del "tiempo de prueba" subsiste en ciertas regiones de la meseta (J. Escobar, "La condición civil del indio". "Revista Universitaria de Lima", 1925, p. 576).

(4) Morua, "Historia", p. 193.— C. de Castro, "Relación", p. 212.

(5) Garcilaso es muy claro: "No era lícito casarse..., sino todos en sus pueblos y dentro de su parentela" ("Comentarios", lib. 4, cap. 8).

El matrimonio era indisoluble, salvo en caso de adulterio de la mujer, que, en ciertas provincias, podía dar lugar a repudiación, bajo reserva de la autorización del inca si se trataba de una mujer de curaca, o del curaca si se trataba de la mujer de un indio ordinario. En general, el adulterio del hombre o de la mujer era castigado con la pena de muerte (1).

La poligamia no se practicaba más que por los altos funcionarios o jefes locales que comandaban a más de mil familias y era, sobre todo, atributo del inca soberano (2). Para los primeros, era la consagración de una costumbre comúnmente admitida en todas las tribus americanas sometidas o no a los peruanos, principio que puede formularse así: todo hombre tiene el número de mujeres que puede sustentar; en consecuencia, la mayor parte de las veces no tiene más que una (3).

Esta costumbre existía entre los caras (4), los puruhas

Igualmente Montesinos, "Memorias", cap. 19. Si la ley de exogamia, como lo dicen Durkheim y Giddings, domina la organización primitiva del matrimonio, no aparece en el Perú sino excepcionalmente; Santillán hace alusión a ello ("Relación", par. 82); todavía hoy, el indio se casa rara vez fuera de su clan. (V. Guevara, "Derecho consuetudinario...", ob. cit.). El matrimonio exogámico parece presentarse solamente como un medio de asegurar en el antiguo Perú la paz entre dos clanes. El inca hacía casar a los mancebos de un grupo con las muchachas del otro (Bentanzos, "Suma y Narración", cap. 13). Es posible que esta forma de matrimonio haya existido antes de la conquista y que haya desaparecido bajo la influencia de los invasores; para éstos, en efecto, la endogamia era una regla absoluta, destinada a mantener la pureza de la raza.

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 36.— P. de Mercado de Peñalosa. "Relación", loc. cit.— Anónimo, "Relación de las costumbres...", en J. de la Espada. "Tres relaciones...", p. 200.— Acosta, "Historia Natural", t. II, lib. 6, cap. 18.— Levinus Apollonius, *"De Peruviae regionis"*, p. 27.

(2) Ondegardo, "Relación", p. 60.— D. de la Bandera, "Relación" ("Relaciones Geográficas", t. I, p. 100). El primitivo era frecuentemente monógamo; la existencia de la poligamia no indica absolutamente nada desde el punto de vista de la civilización.

(3) Esta regla está muy claramente indicada en Santo Domingo: "Relación anónima de las costumbres e usos de los Yndios de Sancto Domingo", sin fecha: "Colección de Documentos del Archivo de Indias", t. 35, p. 566.

(4) G. Suárez, "Historia General", t. I, p. 91.

(1), los cañaris (2), los chibchas (3). Todavía hoy los jíbaros de las selvas vírgenes de la vertiente oriental de la cordillera ecuatoriana son polígamos (4).

En cuanto al inca mismo, la poligamia era una necesidad política. Su familia, que en buena parte componía la clase dirigente, debía ser bastante numerosa para asegurar un reclutamiento suficiente de jefes militares y de administradores civiles. Si el número de las mujeres de los jefes locales podía llegar a cinco o seis, el de las mujeres del inca era ilimitado (5).

Esta poligamia se señala a menudo como una causa de crecimiento de la población (6); tenía, sin embargo, forzosamente, su contrapartida, porque debía hacer escasear las mujeres en el mercado conyugal, aun teniendo en cuenta las pérdidas de hombres que comportaban las guerras sostenidas por los soberanos (7).

Semejante concepción del matrimonio nos parece hoy sorprendente; sin embargo, los españoles mismos adoptaron el principio de la obligatoriedad poco tiempo después de la conquista, para intentar poner término a la inmoralidad que reinaba entre los blancos. Una ordenanza real de 1551 manda a los encomenderos —cuyas funciones veremos

(1) G. Suárez, "Historia General", t. I, p. 105.— Jijón y Caamaño, "Puruha". Boletín de la Academia Nacional de Historia", 1923.

(2) G. Suárez, "Historia General", t. I, p. 126.

(3) Restrepo, "Los chibchas...", p. 110. Entre los chibchas, los jefes podían tener varias centenas de mujeres, y los particulares podían poseer dos o tres, según su propia riqueza.

(4) Wolf, "Ecuador", p. 534.

(5) J. de Matienzo, "Gobierno del Perú", cap. 7. Era preciso, además, que la casta superior no se hiciese muy numerosa con relación a la masa de la población. Era para limitar el número de sus miembros, sostiene Perrone, para lo que los incas habrían condenado al celibato a las vírgenes del sol. Así el equilibrio de las castas estaba asegurado por el doble juego de la poligamia y de la vida conventual *"Ocoreva limitare il numero del membri della casta incasica eliminando alcune delle sue donne in una satra castita"*. (Perrone, *"Il Peru"*, p. 335).

(6) "Relaciones Geográficas", t. I, p. 82.

(7) "Descripción de la tierra del repartimiento de los Rucanas Antamarcas". "Relaciones Geográficas", t. I, p. 207. Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 3.

más tarde, así como las de los conquistadores o sus descendientes—, manda, decimos, casarse en el plazo de tres años, so pena de perder su encomienda, que constituye su único medio de existencia (1). Aun en los tiempos modernos, en circunstancias muy excepcionales, los jefes de Estado han recurrido a medidas análogas: los primeros franceses establecidos en el Canadá en el siglo XVII como colonos debían, bajo amenaza de penas severas, tomar mujer entre las solteras enviadas de Francia por el Gobierno (2).

Puede decirse, por eso, que la obligación del matrimonio es completamente lógica en un sistema socialista. El socialismo, definido como una absorción del individuo por el Estado o la ciudad, debe tener por fatal consecuencia el acoplamiento oficial, así como el comunismo debe llevar fatalmente a la comunidad de las mujeres (3). El Estado socialista, al organizarlo todo conforme a principios racionales planteados en abstracto y aplicados por vía de autoridad, no puede dejar al capricho individual el cuidado de proveer a su antojo al futuro de la raza. Las leyes de Licurgo privaban al célibe de sus derechos de ciudadano; Platón lleva esta idea a su límite extremo, cuando prevé uniones anuales solamente entre parejas escogidas para perfeccionar la raza, y Campanella, en su famosa Civitas Solis, *no se limita a casar a los individuos de oficio, en fecha determinada, sino que exige que los ayuntamientos conyugales se efectúen en días fijados por la autoridad, conforme a las indicaciones de los astrólogos y de los médicos. Los incas,*

(1) "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 18, p. 17. Las mujeres que habían quedado en España debían juntarse con sus maridos, o bien éstos debían volver a España. Benzoni hace alusión a estas medidas al final de su "Historia" (lib. III).

(2) Carta de Colbert a Talon, del 20 de febrero de 1668, Sumner Maine, *"Etudes sur l'ancien droit et la coutume primitive"*, trad. franc. París, 1884, p. 310.

(3) En la "Utopía", de Moro, y en el "Código de la Naturaleza", de Morelly, el matrimonio es obligatorio.

a pesar de la minuciosidad de su reglamentación, no organizaron semejante "yeguada humana", y, en definitiva, en toda esta materia, se han limitado a consagrar en la más amplia medida la costumbre existente. No les interesaba que la población creciese, porque las tierras eran escasas (1); pero tampoco querían verla disminuir, porque era una de las fuerzas de su imperio (2).

Otra causa del crecimiento de la población era, sin duda alguna, el régimen de trabajo, que tendremos que estudiar. El indio se hacía ayudar por su familia en el cumplimiento de la tarea que le designaba la ley; en consecuencia, tenía tendencia a considerar a sus hijos como "capitales", tanto más buscados cuanto que las otras formas de capitales eran raras. Por eso se llamaba ricos con mucha lógica a aquellos cuyas uniones eran fecundas, y pobres a aquellos cuyas mujeres permanecían estériles (3). Podría advertirse hoy un sentimiento análogo, aunque muy atenuado, en nuestro propio territorio francés, donde el mejor freno que existe para la despoblación en algunas regiones agrícolas en que predominan los sistemas de arriendo y de aparcería es la dificultad, para el cultivador, de encontrar criados y obreros agrícolas, y la necesidad de tener hijos, para que puedan ayudarle en los trabajos de campo, al menos hasta cierta edad (4).

(1) La prueba de ello es que las viudas no estaban obligadas a volver a casarse, ni las mujeres estériles a separarse de sus maridos para permitir a éstos tomar otra mujer.

(2) Después de los incas, la obligación al matrimonio ha desaparecido rápidamente, pero el control del jefe de clan sobre las uniones conyugales ha subsistido hasta el siglo XVII en las regiones vecinas al lago Titicaca (Bandelier, *"The islands of Titicaca and Coati"*, p. 86).

(3) V. Guevara, "Derecho consuetudinario...".— Brehm, *"Inka-Reich"*, p. 230.

(4) Es imposible saber cuál era la importancia de la mortalidad en el Perú. El clima es salubre en la meseta, pero lo es menos en ciertas regiones de la costa y de la vertiente oriental de la cordillera. Wiener señala el gran número de niños de tierna edad que encontró en las tum-

No hemos visto todavía más que un dato del problema angustioso que se había planteado a los soberanos incas. *La población crecía: ¿cuáles eran sus medios de subsistencia?* Puede uno imaginarse que distaban mucho de ser suficientes, según la descripción que hemos hecho de la meseta peruana. Las tierras eran allí, lo más a menudo, escasas y pobres; los valles mismos, como el del Cuzco, eran incapaces de alimentar grupos moderadamente prolíficos. Por eso la población estaba desigualmente repartida; en las regiones fértiles había alcanzado una gran densidad, y es por este motivo que Squier compara el Perú con la China (1). Para economizar el suelo los indios llegaban al extremo de construir sus ciudades exclusivamente sobre terrenos estériles: así, el Cuzco y Ollantay están edificados sobre declives rocosos; Pachacámac y Chincha, en la costa, están situados fuera del territorio que las aguas de los ríos pueden fecundar (2).

La base de la alimentación era suministrada por el *maíz*. Esta planta conviene notablemente a terrenos pobres y a procedimientos de explotación primitivos, porque, en razón misma de su desarrollo, es escaso el número de pies que pueden brotar en un espacio dado y el cultivo se ve así facilitado. Para obtenerlo, es inútil labrar concienzudamente toda la superficie del campo: basta con hacer agujeros a distancias convenientes y sepultar en ellos la semilla. Ningún cereal produce un rendimiento semejante al suyo, y su tallo da un forraje superior al de la paja de trigo. Es

bas de Parmunca (*"Pérou et Bolivie"*, p. 75); por el contrario, Hrdlichka observa la rareza de las osamentas de niños en Chimú (*"Some results of recent anthropological exploration in Peru"*, ob. cit.).

(1) Squier, *"Peru"*, p. 14.— Cunow. *"Die soziale Verfassung..."*, p. 24. Squier anota que los indios, para reemplazar antiguos edificios por nuevas construcciones más apropiadas a las necesidades, sin perder una pulgada de terreno, han demolido los primeros y construído las segundas en los mismos emplazamientos, y ve en esto una de las causas de la desaparición de los monumentos del antiguo Perú. (*"Peru"*, p. 575).

(2) A. Means. *"A study"*, p. 437.

de mejor calidad en las regiones frías, donde su período de nutrición es largo, que en los cálidos valles de la costa; sin embargo, a una altura superior a 2.900 metros no llega a la madurez, por ejemplo sobre las orillas del lago Titicaca. El maíz es la planta sagrada del Nuevo Mundo; es, como lo quiere la graciosa leyenda norteamericana, el regalo del "amigo de los hombres" (1).

Gomara pretende que las tierras de cereales son fértiles en el Perú, pero eso no sucede sino en un pequeño número de localidades privilegiadas; Ondegardo nos dice que tres años de cada cinco las cosechas son malas y que en ciertos pueblos, especialmente en el Collao, los indios no obtienen ni la quinta parte de lo que les es necesario para vivir; agrega que, en muchas regiones, las cosechas se hacen de seis en seis o de siete en siete años (2).

Después del maíz, las legumbres jugaban un papel importante en la alimentación peruana. La patata, que nos era desconocida y que se encuentra todavía en estado salvaje en los montes de Ancach y en el valle del río de Santa, la oca (Oxalis tuberosa), el apichu o patata dulce, amarilla, blanca, roja o violeta, el fréjol, la calabaza, la mandioca, el tomate, el pimiento, la quinua (quenopodio), llamada arrocillo por los españoles, a causa de la forma de su grano, crecen en terrenos pobres más allá de los 3.500 metros. Ser-

(1) G. Collins. *"The origin and early distribution of maize". "American anthropologist, new series"*, t. XXIII, 1921, p. 503.— Payne. *"History of the New World"*, t. I, p. 321. El maíz tiene su misterio, como todas las cosas de América. Su prototipo silvestre es desconocido; es el único cereal cuyo origen se haya perdido. Fué cultivado en el Nuevo Mundo, probablemente en Mexico. Recordamos el bello poema de Longfellow: *"The song of Hiawatha"*, 5.a parte. El indio Hiawatha encuentra al amigo de los hombres, lo mata y lo entierra; entonces, sobre su tumba, cuidadosamente desembarazada de hierbas por el vencedor, bañada por el sol y regada por la lluvia, crece una planta divina: el maíz. Es curioso que en el Viejo Mundo no hayamos descubierto desde hace mucho tiempo nuevas plantas que cultivar.

(2) Gomara. "Historia", cap. CXCV.— Ondegardo, "Relación", p. 25 y 84. Según Tschudi, hay que contar en la meseta un año bueno cada tres ("Contribuciones", p. 221).

vían además de alimento a la población gran cantidad de hierbas; "todas son buenas para los indios", hace notar Garcilaso (1).

En los valles cálidos y en las regiones fértiles de la costa, el alimento esencial era la yuca, y en el Ecuador, los frutos sabrosos que todavía hacen hoy las delicias de los viajeros (2).

La sal se encontraba en abundancia en el Perú, tanto cerca de Túmbez como cerca del Cuzco (3). La miel escondida en el hueco de los árboles de la sierra era reputada, pero los indios no sabían establecer colonias de abejas (4).

Los animales salvajes, el guanaco, la vicuña, el ciervo, la perdiz, el pato y otros, abundaban en la meseta, pero únicamente gracias a las medidas de protección tomadas por los incas; como más adelante veremos, la caza estaba severamente reglamentada.

Los animales domésticos eran raros. Los indios tenían una especie de pato (5), numerosos cobayas —los únicos animales de la costa— y perros. Algunas tribus del Norte del Perú apreciaban la carne de estos últimos, pero en las provincias centrales los perros eran más bien considerados como una carga que como animales útiles, pues era necesario alimentarlos, y por ese motivo se les encuentra sólo en pequeña cantidad en la América precolombina, mientras que se les ve multiplicarse rápidamente después de la

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 7, cap. 15.
(2) El plátano o banano, que actualmente es el alimento por excelencia de los indios de la costa ecuatoriana, es originario del S. E. del Asia; fué introducido en América solamente después de la llegada de Colón, aunque Humboldt haya sostenido lo contrario.
(3) Cieza de León, "Crónica". Primera parte, cap. CXIII.— Cobo, "Historia", lib. I, cap. 4. Los indígenas de la costa ecuatoriana tenían procedimientos para purificar la sal marina. G. Suárez, "Historia General", t. I, p. 166.
(4) Cieza de León, "Crónica". Primera parte, cap. XCIX.— Herrera, "Historia", dec. 8, lib. 2, cap. 16.
(5) Garcilaso, "Comentarios", lib. 7, cap. 19.— *Contra:* Wolf. "Ecuador", p. 467.

conquista española (1). El gato doméstico era desconocido (2). En fin, los habitantes de la meseta comían ciertos roedores (abrocoma, lagidium, agutí) y ciertos marsupiales (oposums), cuyos huesos han sido encontrados en las tumbas de Machu-Pichu (3).

Todos estos animales eran de bien escasa importancia si se les compara al auchenia, del cual vivían dos especies en estado salvaje (huanaco, vicuña), y del cual había también dos especies domésticas: la llama y el paco o alpaca. Estos últimos no solamente eran utilizados como bestias de carga, sino que además su lana servía de materia prima para la fabricación de tejidos; su carne, de artículo alimenticio, y sus excrementos, de combustible. *La llama constituía, con el maíz, la base de toda la economía de la meseta.*

Los conquistadores españoles tuvieron dificultad en dar nombre a este animal que no conocían; lo llamaban unas veces el gran ternero y otras el pequeño camello. Esta última denominación es bastante acertada, pues la llama se contenta con la hierba de la puna *(ychu)* por toda comida y puede pasarse sin alimento y sin agua durante varios días; no hay necesidad de herrarla, pues tiene el pie hendido, ni de ponerle albarda, pues su espeso pelaje la protege; no la molesta el frío y le agradan las grandes alturas. Se la encuentra raramente al Norte de la línea ecuatorial, donde falta el *ychu* (4). Como animal de transporte, es bastante mediocre; no puede transportar ni 50 kilos en un recorrido diario de 20 kilómetros. El hombre es demasiado

(1) Tschudi, "Contribuciones", p. 55. Pal. Al'xo.

(2) Leadbeater va verdaderamente un poco lejos cuando sostiene que los antiguos peruanos tenían una cantidad de animales domésticos y que habían obtenido éxito en la crianza de gatos de color azul. *("Le Pérou antique"*, p. 410).

(3) G. Taton, *"Food animals of the Peruvian highlands"*, 21.o Congreso Internacional de Americanistas. Goteborg, 1924.

(4) Antes de la conquista incaica no existía ninguna especie de auquenia en los territorios de la actual República del Ecuador. G. Suárez. "Historia General", p. 194.

pesado para ella, no se puede "montar en llama". Los indios tienen siempre el cuidado de hacer seguir las bestias cargadas por un cierto número de bestias no cargadas, destinadas a reemplazar a sus camaradas fatigadas. Cuando uno de estos cuadrúpedos es maltratado, se defiende escupiendo al rostro de su enemigo; cuando la llama se cansa, se acuesta y nadie podría obligarla a continuar la ruta. No es muy inteligente, pues una cuerda colocada bajo su cuello basta para impedirle avanzar sin que se le ocurra retroceder un poco y bajar la cabeza para evitar el obstáculo; esto permite manejar fácilmente rebaños enteros. Come solamente en el día y rumia por la noche. Después de los 12 años, pierde su valor y sólo sirve su carne, como comestible.

La alpaca o paco, cuya lana está formada de mechones más largos y más sedosos que los de la llama, puede ser aún más fácilmente utilizada como bestia de carga (1).

La clase dirigente poseía en tiempos del inca grandes rebaños que llegaban con frecuencia hasta 500 cabezas. En el pueblo, cada jefe de familia tenía un par de llamas; tenía derecho a matar y a comer las crías que la pareja le daba, y obtener, además, cuartos de carne con ocasión de las cacerías reales: pero eso era, como se ve, una asignación muy escasa (2). La leche de la llama no era consumida por los indios; estaba reservada a las crías.

Nadie sabe si la llama ha evitado realmente el canibalismo, como algunos pretenden (3), pero este cuadrúpedo es ciertamente la bendición del pobre quichua de la meseta:

(1) Colpaert, *"Des betes a laine des Andes et de leur acclimatation en Europe"*, París, 1864. Raynal ha dado del paco una descripción pintoresca: "El paco es a la llama lo que el asno es al caballo, una especie derivada y pequeña, con patas más cortas, un hocico más recogido, pero de la misma naturaleza, de las mismas costumbres, del mismo temperamento que la llama". *("Histoire philosophique"*, t. 2, p. 217).

(2) Salvo excepciones, véase cap. VI: El reparto del ganado.

(3) Payne, *"History of the New World"*, t. 2, p. 548.

constituye un artículo de cambio de primer orden y permite a los habitantes de las regiones muy frías obtener por este medio el maíz que les falta. Por eso, el indio le da muestras de su afecto en mil formas conmovedoras. A veces, todavía hoy, cuando una llamita es bastante grande y fuerte para comenzar a trabajar, se da una fiesta en su honor, se la adorna, se danza alrededor de ella y se le prodigan "mil caricias" (1). No sin fundamento los cronistas veían en la llama una manifestación de la bondad divina. "Dios —dice Acosta— proveyó a los indios de un animal que les sirve a la vez de oveja y de yegua, y El quiso que este animal no les costase nada, porque El los sabía pobres" (2). Ciertos españoles mal intencionados no han dejado de ridiculizar el afecto del hombre por la bestia: "La consideración de los indios hacia la llama —escribe Ulloa— sobrepasa todos los límites de la razón y descubre su ignorancia" (3).

La llama no es solamente útil, es también graciosa. Ya Cieza de León gustaba de mirar por las noches a los habitantes de las aldeas del Collao volver con sus bestias cargadas de leña (4). Es, en efecto, un espectáculo encantador el de un rebaño de estos animales, siempre dignos y flemáticos, con su cabeza fina y sus orejas móviles, caminando con paso lento y regular a lo largo de los caminos de la cordillera. La llama transporta hoy, sin duda, muchas mercancías que los incas desconocían; pero el animal mismo, así como su conductor, el perfil de las montañas y el horizonte de la meseta, no han cambiado desde la época precolombina. Sigue siendo el compañero que conviene al indio, dulce, calmoso, grave y un poco triste como él.

En suma, los medios de subsistencia del peruano eran

(1) A. de Ulloa, *"Mémoire philosophique"*, trad. franc. París, 1787, t. I, p. 159.
(2) Acosta, "Historia Natural", t. I, cap. XL.
(3) A. de Ulloa, *"Mémoire philosophique"*, loc. cit.
(4) Cieza de León, "Crónica". Primera parte, cap. CXI.

muy restringidos. En la costa, el pescado ocupaba, naturalmente, un gran lugar en la alimentación; pero en la meseta era muy raro, pues los ríos son demasiado torrenciales para permitir su existencia (1).

La alimentación era, pues, sobre todo vegetal (2). A fines del siglo XVIII, Del Hoyo observa que los indios comen poca carne (3), y esto sucede todavía hoy en muchas regiones (4). Durante largo tiempo después de la llegada de los españoles, los indígenas del Perú, y sobre todo los de Chile, no han utilizado más que el cuero y el sebo del ganado importado de Europa, sin consumir su carne (5).

Garcilaso, que intenta enumerar todo lo que faltaba a los peruanos, se ve obligado a anotar una lista de longitud impresionante (6). Jamás ninguna gran civilización de la antigüedad tuvo a su disposición medios tan reducidos. Desiertos de hierbas, de rocas o de arena, falta de agua en la costa, falta de calor en la meseta, escasez de animales, todo constreñía a una lucha perpetua al hombre que quería vivir y crecer. Solamente la conquista exterior y una organización interna que no daba lugar al despilfarro podían permi-

(1) El Océano Pacífico es rico en pesca en la costa peruana, gracias a la corriente de Humboldt, débilmente salada y de una temperatura uniforme. Es en razón de la abundancia de peces que los pájaros también son muy numerosos en estos parajes y que sus excrementos forman verdaderas colinas de guano, riqueza del Perú. Se ha calculado que en la gran isla de Chincha hay alrededor de 5 millones y medio de pájaros y que éstos comen cada día más de 1,000 toneladas de peces (R. Murphy, *"The oceanography..."*, ob. cit., p. 79). El lago Titicaca contiene seis especies de peces pertenecientes a dos familias (Bandelier. *"The Islands of Titicaca"*, cap, I, n. 4). En el Ecuador, entre 2,000 y 3,000 metros vive en los lagos un solo pez, la preñadilla, y por encima de 3,000 metros no se encuentra ninguno (Wolf, "Ecuador", p. 462).

(2) "Comían poca carne" (Morua, "Historia", p. 54). "Rara vez comen carne" (Ondegardo, "Copia de carta...", p. 166). Los habitantes de las islas flotantes en la Utopía de Morelly, la *Basiliada*, son vegetarianos (Ed. de 1753. Mesina, t. I, p. 9).

(3) "Estado del Catolicismo...", p. 166.

(4) Rivet, *"Etude sur les Indiens de la région de Riobamba"*, *"Journal de la Société des américanistes de Paris"*, 1903, nueva serie, t. I.

(5) Pereyra. "La obra de España en América", trad. franc., p. 95.

(6) "Comentarios", lib. 9, cap. 16.

tir la subsistencia de un pueblo en tales condiciones. Gran error sería, sin duda, el creer, con los marxistas, que los factores económicos lo explican todo: porque la época turbulenta que sobrevino a la desaparición de la civilización de Tiahuanaco habría podido prolongarse; el excedente de población, desaparecer en guerras intestinas o a consecuencia de hambrunas multiplicadas, y los españoles habrían encontrado todo el país en el estado en que hallaron las costas del Darién o de la Nueva Granada. Pero, desde el momento en que se afirmaba un jefe inteligente y ambicioso, tenía que comenzar la lucha contra la naturaleza. La presión de la población sobre los medios de subsistencia ha sido uno de los elementos determinantes de la política peruana, y la sentimos actuar a través de todas las fases del drama que representaron los incas (1).

(1) Actualmente la superficie de las tierras sembradas en el departamento de Cajamarca cubre 51,250 hectáreas, de las cuales 38,600 están asignadas al cultivo del trigo en una superficie total de 3.248.000 hectáreas; en el departamento del Cuzco, la primera de estas cifras no sobrepasa de 22,825 hectáreas, sobre un total de 14,434.400 hectáreas; y, finalmente, en el departamento de Apurimac, 2,338 hectáreas solamente están sembradas sobre más de 2 millones. ("Extracto estadístico del Perú", Lima, 1924). Se ve cuán reducida es todavía en nuestros días la extensión de las tierras cultivadas.

Capítulo quinto

EL FUNDAMENTO SOCIAL DEL IMPERIO. EL PRINCIPIO DE JERARQUIA

"¿Cuáles son las viejas verdades, ya secas, de que hacemos nuestro alimento?... Es ese axioma según el cual la clase baja, la gran masa del pueblo, sería la élite de la nación, el pueblo mismo; que el hombre del pueblo, que todos esos seres imperfectos e inexperimentados tendrían el mismo derecho a juzgar, dirigir y gobernar que los pocos hombres verdaderamente nobles de espíritu."
(Ibsen, "Un enemigo del pueblo". Acto IV.)

MUCHO antes de que los incas hubiesen establecido su poder, la presión de la población había obligado a los indios a perfeccionar sus métodos de cultivo mediante trabajos ejecutados en común, irrigaciones y terraplenes. Ella había exigido, de este modo, una labor constante y concertada, y había favorecido una centralización de la que encontramos ejemplos en Chimú y en Tiahuanaco. Hace falta un jefe a las tribus que carecen de tierra y que deben unir sus esfuerzos para obtener su subsistencia de un suelo ingrato; la obediencia pasiva es su condición de vida.

Cuando el *sinsi*, primer jefe temporal, se hizo permanente, encontró hombres dispuestos a aceptar su ley. Rompiendo los marcos geográficos, sometió a los pueblos vecinos, de grado o por fuerza, y arrancó a la tierra una fracción de sus propios súbditos para hacer de ellos funcionarios, primer núcleo de la casta que iba a ser su sostén (1). Se puede

(1) La clase dirigente puede ser llamada casta, ya que gozaba, como lo veremos, de un estatuto personal diferente, en ciertos respectos, del de la masa y repugnaba los contactos y las mezclas con ésta.

suponer, así, que el principio de jerarquía ha sido, en cierta medida, un corolario del principio de población.

La sociedad incaica fué sorprendentemente jerarquizada, y este punto basta para distinguirla de todos los sistemas socialistas modernos, construídos sobre ideas de nivelación. La igualdad no existe en el Perú sino entre individuos del mismo rango social; es el sistema militar en el cual todos los soldados son iguales entre sí.

El jefe supremo, el inca, toma un título divino que acrecienta su prestigio y facilita sus conquistas, "cosa que todas las naciones del mundo han hecho, por bárbaras que hayan sido" (1). *Es el hijo del sol.* En la costa misma del Perú, antes de los incas, había reyes que se hacían adorar por sus súbditos (2). He ahí por qué todos los historiadores han insistido sobre el carácter teocrático del Estado peruano. Nada es más cierto, si nos colocamos desde el punto de vista del hombre del pueblo, del *hatunruna,* pero no hay que olvidar que, en el Perú, a las diferencias de situación social corresponden diferencias de concepción.

Tomemos primeramente este *hatunruna,* modesto habitante de una ciudad de la meseta. Para él, el inca es infalible y adorable, sus órdenes son absolutas, las luchas que emprende son guerras santas. "Los incas —dice Velasco— construyeron su trono sobre las potencias del alma y no sobre la sangre de sus vasallos" (3).

Después de los fundamentos económicos del imperio, he aquí sus fundamentos religiosos. Es un hecho seguro que la organización social es "paralela al dogma" y revela una unidad esencial, siendo considerados los hechos naturales como una expresión del poder divino (4); pero es exageración comparar a los quichuas con los discípulos de Maho-

(1) Cobo, "Historia...", lib. 12, cap. 22.
(2) Herrera, "Historia General", dec. 4, lib. 9, cap. 3.
(3) Velasco, "Historia", t. 2, p. 43.
(4) P. Angrand, *"Lettre sur les antiquités..."*, p. 12.

ma (1) o con los cruzados que iban a combatir al infiel, como lo hace Prescott (2); o escribir que los "incas eran una clase de hombres entre misioneros y conquistadores; ¡predicaban espada en mano y combatían con el catecismo bajo el brazo!" (3).

El sentimiento de la jerarquía era llevado a tal extremo, que lo descubrimos hasta en materia de religión. Al lado de las creencias populares existían las crencias de la *élite*, y si los autores han vacilado a menudo en calificar la religión de los quichuas, es tal vez porque no han hecho siempre esta distinción (4). Por otra parte, es natural proporcionar conocimientos a la inteligencia de los súbditos. En el Perú, el vulgo adoraba las fuerzas de la naturaleza y, ante todo, el sol. ¿Cómo el indio, después de la larga noche gélida pasada en la puna, no se había de prosternar ante ese astro que vertía sobre él a torrentes la luz, el calor, la alegría y la esperanza? El sol era el principio y el fin del mundo; la luna era a la vez su hermana y su mujer; las estrellas, sus servidoras; el inca, su hijo; el rayo, su maldición.

El culto no era solamente solar: los indios veían una manifestación divina en todo, un milagro en todo fenómeno y tenían por sagradas las *huaca*, término con el que designaban todo lo que salía de lo ordinario: una alta cumbre, una bestia extraña, una flor rara. Sólo en la ciudad del

(1) Como lo escribe Letourneau en su *"Evolution de la morale"*. V. Belaúnde, "El Perú Antiguo", cap. 8, p. 73.

(2) Prescott, *"Histoire de la conquete du Pérou"*. Trad. franc., t. I, p. 94.

(3) Algarotti, *"Saggio sopra l'imperio degl'Incas"*. Trad. franc. del *"Mercure de France"*, 1760, t. 2, p. 92. Para corregir en cierta medida lo ridículo de esta frase, el traductor de la edición de 1769 escribió: "Ellos predicaban espada en mano y predicaban con el báculo pastoral". *("Lettres sur la Russie"*, p. 304).

(4) Ejemplo de esta confusión: Payne, *"History..."*, t. 2, p. 548. Wiener es uno de los que han visto más justo *("Bolivie et Pérou"*, p. 714), con Markham *("The Incas of Peru"*, p. 98), y A. Reville (*"Histoire des Réligions"*, París, 1885, t. 2, p. 369).

Cuzco se contaban hasta 340 *huaca* (1). No quiere decir esto, sin embargo, que las concepciones fuesen puramente materiales. Lejos de eso, los indios admitían, como Platón, que toda cosa creada tiene su esencia espiritual; hasta representaban este arquetipo por medio de imágenes groseras, que eran objeto de su veneración: la esencia del maíz y la esencia de la llama ocupaban el primer lugar en este culto (2). La *élite* creía en un ser supremo abstracto: Pachacámac; ella sabía que el espíritu creador no podía ser representado bajo forma visible y concebía el elemento divino como irreductible para el hombre (3).

De ese fundamento religioso sacaba la ley su poder (4). La ley era la voluntad del inca; no tenía, por consiguiente, ningún elemento de estabilidad en sí misma, pero el notable espíritu de continuidad que demostraron los soberanos suplía la ausencia de textos; cada uno de los jefes seguía tan perfectamente la política de su predecesor, que un mismo hombre, que hubiese vivido dos siglos, no habría obrado de otra forma. Por esto, las decisiones de los soberanos estaban, por decirlo así, codificadas por los guardianes de los

(1) Morua, "Historia", p. 20.

(2) Markham, *"The Incas of Peru"*, cap. 8. Los indios pensaban que una fuerza cósmica universal penetraría todo el universo y se acumulaba en ciertos objetos, que se volvían entonces *huaca* (Capitán, *"Les huacas des tombes péruviennes"*, *"21.e Congres International des Américanistes"*. Goteborg, 1924).

(3) El elemento espiritual parece ser, sobre todo, un aporte de la civilización de los chimúes. Beuchat imagina que el dios Viracocha, originario del país aimará, y el dios Pachacámac, originario de la costa, tomaron lugar simplemente al lado del sol, como las otras divinidades de las naciones conquistadas (*"Manuel"*, p. 616). Por el contrario, Markham estima que Pachacámac formó parte de la religión de los incas (Introducción a *"Reports on the discovery of Peru"* Londres, 1872). La interpretación que damos al texto parece la más verosímil dada la diferencia de facultad de comprensión que existía entre la *élite instruída* y la masa ignorante. No es uno de los menores méritos de los incas haber seguido siempre la escuela de los vencidos. Tomaron mucho, desde el punto de vista material, del reino de Quito: tomaron también bastante quizá, desde el punto de vista espiritual, del reino de los chimúes.

(4) "Entre los griegos y los romanos, como entre los hindúes, la ley fué ante todo una parte de la religión". F. de Coulanges, *"La Cité Antique"*, 4.a edic. París, 1872, p. 221.

quipos, que las conservaban mediante sus cordelillos, y los amautas o sabios estaban encargados de interpretarlos (1). Wiener, en su "Ensayo sobre las instituciones políticas, religiosas, económicas y sociales del imperio de los incas", pretende "reconstituir" el Código quichua, según Blas Valera y Garcilaso; Brehm, fielmente reproducido por Hanstein, enumera 24 leyes de los incas (2); pero se trata de listas hipotéticas.

Al lado de las reglas promulgadas por el inca, subsistían las costumbres locales: "No había nada —observa Ondegardo— que fuese tan fijo que la voluntad del inca no pudiese cambiarlo..., pero esta voluntad no modificaba jamás la costumbre para dar a uno lo que era de otro" (3). Tocamos aquí un principio importante de la política peruana: *el respeto de las instituciones establecidas*. Los soberanos han tratado siempre de modificar lo menos que les ha sido posible los modos de existencia de las tribus que sometían, pero les imponían, sin embargo, ciertas reglas comunes, destinadas a unificar el imperio. Con ello demostraron ser grandes jefes de Estado. Por otra parte, su tarea fué facilitada por la homogeneidad de cultura de todos los pueblos andinos, resultado de su identidad de origen, por ese substrato étnico de que hemos hablado. En las reglas consuetudinarias ancestrales se injertaban las reglas establecidas

(1) Por ejemplo, la ley sobre la embriaguez había sido interpretada por los amautas en el sentido de que sólo los ebrios que llegaban al punto de perder la razón debían ser castigados. "Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú". "Tres Relaciones", J. de la Espada, p. 200.

(2) Brehm, *"Inka-Reich"*, p. 201.— Hanstein, *"Die Welt des Inka"*, p. 30. Brehm se ha inspirado en la relación anónima precitada que figura en las "Tres Relaciones" de J. de la Espada, p. 200.

(3) "Carta para el doctor de Liébana", p. 153. Los autores españoles que tuvieron conocimiento de las leyes del inca, como Garcilaso, han afirmado su carácter de generalidad; por el contrario, los que han estado sobre todo al corriente de las costumbres locales han quedado sorprendidos por su diversidad y han llegado hasta a negar la existencia de leyes del imperio. Es así como Santillán escribe: "No parece que los incas hayan tenido leyes determinadas para cada cosa" ("Relación", par. 12).

por los conquistadores peruanos, y el ajuste de unas en otras se realizaba con mucha prudencia y moderación, dejando al tiempo hacer su obra.

La tolerancia religiosa de los incas ha sido una consecuencia de este principio. Los dioses de los vencedores no reemplazaban a los dioses locales, sino que se superponían a ellos. Los ídolos de las provincias conquistadas eran enviados al Cuzco, al Templo del Sol, especie de "panteón romano" (1), donde al mismo tiempo servían de rehenes, y sus adoradores quedaban en libertad de continuar venerándolos, a condición de venerar también al sol.

Siendo la ley divina, debía ser obedecida. Spencer lo ha observado muy justamente, apoyándose sobre la autoridad de Prescott y de Garcilaso (2): toda violación de la ley se convertía en sacrilegio, y el Código Penal, basado sobre esta idea, era de un implacable rigor.

En cuanto a la publicación de las leyes, estaba asegurada por los funcionarios que proclamaban las decisiones del soberano en las plazas donde los indios tenían costumbre de reunirse.

EL JEFE

> "Verdaderamente que le hace falta una fuerza divina a aquel que ha rehusado los móviles ordinarios de los hombres y que ha osado erigirse en amo él mismo."
> (Emerson, "Ensayo sobre la confianza en sí mismo").

En la cima de la jerarquía: el jefe, el inca.

Numerosos relatos han popularizado la silueta de este hombre-dios que resume el imperio entero (3). El soberano

(1) Ondegardo, "Relación", p. 64.
(2) *"Principes de sociologie"*, trad. franc. 1891, 2.a edic., t. 3, p. 695.
(3) Hamy. *"Notes sur six anciens portraits d'Incas du Pérou conservés au Musée d'Ethnographie du Trocadéro"*. Cuenta dada a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, 1897.

lleva vestidos de la más fina lana de vicuña: una chambra que le cae hasta las rodillas; una casaca que le sirve de manto; sus pies están calzados de sandalias de lana blanca; a su lado cuelga una bolsa llena de coca; una trenza multicolor se enrolla cinco o seis veces alrededor de su cabeza; sobre su frente se destaca la insignia del poder, el *lautu*, o borla de los españoles, angosto cordón rojo, sujeto a las sienes, a ambos lados (1); enormes joyas penden de sus orejas, y sobre sus cabellos, cortados muy cortos, se levantan dos plumas del pájaro *curiquingue* (2). Nunca se pone dos veces el mismo vestido, nunca bebe dos veces en el mismo vaso; sólo sus mujeres y sus hermanas se consideran dignas de servirle. La vajilla es de oro; el trono, de oro macizo, reposa sobre una gran mesa de oro, y la litera está cubierta con placas de metal precioso.

Para formarse una idea de la corte del Cuzco es preciso leer en las antiguas crónicas el relato de la llegada de Atahualpa y de su séquito a Cajamarca, donde Pizarro los esperaba: guerreros con vestido azur y oro; nobles envueltos en telas brillantes y engalanados con ornamentos de plata y oro; el inca, en fin, sobre su trono de oro, llevando al cuello un collar de esmeraldas y sobre la cabeza las plumas del pájaro sagrado: ¡algo verdaderamente mágico! (3).

Nadie se atrevía a mirar al inca de frente; nadie podía aproximarse a él sin tener los pies descalzos y sin llevar so-

(1) R. Falb, en un curioso capítulo, trata de demostrar que la borla era el símbolo de la serpiente (*"Das leind der Inca, in seiner Bedeutung für die Urgeschichte der Sprache und Schrift"*, Leipzig, 1883, p. 195).

(2) Garcilaso declara que este pájaro es muy raro y Prescott repite esta afirmación; podemos asegurar que no lo es, pues lo matamos con nuestras propias manos en los páramos de Cotopaxi.

(3) De Rivero y Tschudi estiman que la corte del inca podía contar hasta 8,000 personas, pero ignoramos sobre qué documentos basan esta cifra fantástica que Cevallos reproduce sin comentario (Rivero y Tschudi, *"Antiquités péruviennes"*, trad. franc., p. 207; Cevallos. "Resumen...", p. 126). Encontramos mención de un superintendente de vestidos en una "Información hecha en el Cuzco el 13 de mayo de 1571" ("Colección de libros españoles raros o curiosos", t. 16, p. 211).

bre la cabeza un fardo, en señal de sumisión. ¡Qué espectáculo más conmovedor el de ese general indio, yendo a ver por la primera vez a su soberano, prisionero de los blancos! Descalzo, con una carga sobre los hombros, cae de rodillas y no puede contener sus lágrimas, mientras que el inca permanece digno e impasible, como conviene a un monarca (1).

Los españoles han rendido homenaje, en varias ocasiones, al carácter de aquellos incas que pudieron conocer. Atahualpa, aunque bastardo y poco digno de ser tomado como tipo de soberano, suscita, sin embargo, la admiración de sus verdugos por su bravura, su sabiduría y su majestad (2). Más tarde, el inca Manco se muestra valeroso e inteligente en su lucha contra los invasores.

El inca aparece así al pueblo, magnífico y formidable; su inmenso poder reposa menos sobre la fuerza material de sus ejércitos que sobre la fuerza moral de la religión y de la ciencia. No es solamente el jefe, es un sabio, porque ha seguido los cursos de los amautas que profesan en el Cuzco, gusta de conversar con ellos, a veces enseña él mismo (3). Es el padre espiritual de sus súbditos, por los cuales debe ser temido y amado a la vez; "su autoridad llegaba hasta la conducta más secreta, hasta el pensamiento mismo del individuo" (4).

Lo más sorprendente es que el inca no haya abusado de su poder; sin duda, mira a su pueblo con alguna conmise-

(1) F. de Jerez, "Verdadera Relación", p. 335. Zárate, "Historia", cap. XI.— Las Casas, "Apologetica", cap. CCLV. El mismo ceremonial se hallaba en uso entre los chibchas de Colombia. Joyce, *"South-American Archaeology"*, p. 18.— Oviedo y Valdés, "Historia General", 2.a parte, lib. 26, cap. 23.

(2) F. de Jerez, "Verdadera Relación", p. 335.— Pedro Pizarro, "Relación", p. 247.— Gomara, "Historia", cap. CXX.— Oviedo y Valdés, "Historia General", p. 4, cap. 9.— Morua, "Historia", p. 84.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 7, cap. 10.

(4) Prescott, *"Histoire"*, trad. franc., t. 2, p. 136.

ración, algo así como "un amo mira a sus animales" (1), pero se ven malos amos que martirizan a las bestias confiadas a sus cuidados; el inca no es de éstos, y es gran mérito suyo el no haber obrado con crueldad, porque los jefes de la mayor parte de las tribus vecinas, tiranos sanguinarios, le dan mal ejemplo: en la costa existía la sodomía; en los bosques orientales y en la meseta misma reinaba la antropofagia (2); Garcilaso cuenta que los caranquis se rebelaron contra el inca porque no podían comer carne humana, mataron a los peruanos y los devoraron (3); según otros cronistas, el tirano de la isla de Puna reducía a sus enemigos a la esclavitud, hacía guardar a sus mujeres por eunucos y se entregaba a actos de canibalismo (4). En Colombia los jefes chibchas tenían esclavos y ahorcaban en masa a sus súbditos (5). Por el contrario, en el Perú, el asesinato, el robo, el adulterio, eran tan severamente castigados que no existían, por decirlo así, en el imperio. Cabet, cuando describía en su "Icaria" una sociedad donde el crimen era desconocido, no sospechaba que su sueño había sido una realidad (6).

El mayor mérito del inca es haber dado a su pueblo una

(1) Prescott, *"Histoire"*, trad. franc., t. 1, p. 169.
(2) "Varias noticias curiosas sobre la provincia de Popayán". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 5, p. 487.
(3) "Comentarios", lib. 9, cap. XI.
(4) Zárate, "Historia", lib. 1, cap. 6.— Gomara, "Historia General", primera parte, p. 227.—Herrera, "Historia General", dec. 4, lib. 7, cap. 10.
(5) Restrepo, "Los Chibchas", p. 92, 113, 210.
(6) Verosímilmente, los sacrificios humanos no habían desaparecido enteramente, porque todos los autores hablan de ellos, salvo Garcilaso, muy sospechoso a este respecto; pero se habían hecho muy raros. Entre los chibchas, ciertos niños eran especialmente criados para el objeto de ser sacrificados. Es muy posible, como lo sostiene el autor de la relación anónima ("Tres Relaciones", p. 144), que los animales hayan reemplazado un poco en el Perú a los hombres en el altar de los sacrificios. Hasta el feroz monje Vicente de Valverde reconoce que los peruanos no sacrificaban seres humanos, salvo en algunas provincias. ("Carta a Carlos V", Cuzco, 2 de abril de 1539, M. S., en: Helps, *"The Spanish Conquest"*, t. 3, p. 343). Sobre el sentido de estos sacrificios, las opiniones difieren. V. R. Karsten, *"The Civilization of the South-American Indians"*, Londres, 1926, p. 404 y siguientes.

moral (1). Sin duda que él mismo no obedecía a esa moral. Aquí juega, como en todo, el principio de jerarquía. La clase dirigente tiene su moral propia, como tiene su religión, y el inca mismo, a los ojos del pueblo, parece estar verdaderamente situado más allá del bien y del mal.

¿Qué elogio más bello del imperio puede hacerse que el contenido en este testamento de uno de los soldados de la conquista, atormentado de remordimiento: "Los incas gobernaron a sus pueblos de tal manera que no había ni un ladrón, ni un hombre vicioso, ni un ocioso, ni una mujer adúltera o de mala vida..."? (2).

Como se ve, el inca no tiene nada del tirano que algunos han imaginado. Varios rasgos testimonian la grandeza de su carácter y la nobleza de su pensamiento. En medio de las guerras más sangrientas, está siempre listo a escuchar las proposiciones de paz; respeta las costumbres de los habitantes y conserva a sus jefes en el poder; colma de regalos a sus antiguos enemigos para atraérselos; exige que las tierras de las viudas, de los viejos y de los enfermos sean cultivadas por las comunidades indígenas; y, sobre todo, es justo: ningún culpable, grande o pequeño, puede esperar escapar al castigo. Quiere que las leyes sean respetadas; sabe que toda debilidad con respecto al culpable es un peligro para el inocente y que es, a menudo, más meritorio castigar que perdonar.

Ciertamente, para el pueblo, como el novelista lo ha dicho del faraón, el inca era el "dios, próximo a la eternidad"; pero, ¡qué diferencia entre los dos monarcas! Mien-

(1) Esta moral, a base de prohibición, tomaba su fuente en la reglamentación incaica y no en la conciencia individual; se confundía con el derecho penal. (Ver más adelante cap. X).

(2) *"Testament de M. S. Leguizamo"*. Calancha, "Crónica moralizada", lib. 1, cap. 15, p. 98: "En cuanto a la devoción, observancia de las leyes, bondad, liberalidad, lealtad, franqueza, nos ha servido mucho no haber tenido tanto como ellos (los peruanos): ellos se perdieron por esta ventaja y fueron vendidos y traicionados por sí mismos". (Montaigne, "Ensayos", lib. 3, cap. 6).

tras que el rey de Egipto reducía a sus enemigos vencidos a la esclavitud y hacía a su país objeto de pillaje, el soberano del Perú daba grandes fiestas en su honor y les enviaba sus ingenieros para enseñarles el cultivo de la tierra.

A los ojos del pobre indio de la meseta, ¿no había verdaderamente en la conducta del inca algo de divino?

Pero el pueblo, ¿juzgaba justamente a su amo? Nada más dudoso. ¿No disfrazaba el inca bajo una hábil política una ambición desmesurada? Es muy probable. ¿Tenía el poder absoluto? Brehm, Lorente, Buschan, Martens, y otros más, insisten sobre el "poder infinito del inca". Prudentemente, H. Trimborn califica este poder de "casi absoluto" (1). En efecto, existían límites al poder del soberano, pero no eran aparentes para la masa. La *élite* de la nación controlaba los actos del jefe. C. de Castro explica que Huayna-Cápac, antes de abandonar el Cuzco para una expedición lejana, reunió a las Cortes (tuvo Cortes), les explicó la necesidad y el objeto de la guerra que emprendía y designó un heredero (2). Cieza de León habla de un Consejo al que el inca consultaba antes de tomar decisiones importantes y cuenta, además, cómo el inca Urco, que había huído ante los chancas, fué depuesto y reemplazado por Pachacutec (3). Estos testimonios concuerdan con el de Anello Oliva, según el cual los más viejos y los más hábiles de entre los jefes

(1) Brehm, *"Das Inca-Reich"*, p. 39.— Lorente, "Historia Antigua", p. 21.— Buschan, *"Illustriert Volk kundes"*, Stuttgart, 1922, t. I, p. 384.— Trimborn, *"Der Kollektivismus..."*, p. 996. Reproduciendo los términos de que se sirve Tschudi, J. Friederici trata a los incas de *Autokraten vie die Geschichte keine absoluteren Kennt, Tyrannen im wahsten Sinne des Wortes ("Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europaer"*. Stuttgart, 1925, t. I, p. 242). Sin embargo, Martens reconoce a los orejones cierta independencia. *("Un Etat socialiste"*, p. 59).

(2) "Relación", p. 210.

(3) "Crónica", segunda parte, cap. 39. Urco no se había hecho probablemente todavía emperador del Cuzco, pero había sido designado como heredero del trono por su padre.— Markham, *"The Incas of Peru"*, p. 82.— Sarmiento, *"Geschichte"*, cap. 29.

formaban una especie de senado que Huayna-Cápac consultaba en ocasiones difíciles (1). Morua hace alusión a un "Consejo de orejones", compuesto por los principales caciques, lo que quiere decir, sin duda, de los grandes personajes, y que dirigía los negocios hasta tanto el inca no hubiese recibido la borla. Más lejos, explica claramente que este Consejo estaba formado por cuatro orejones, los cuales seguían al inca a todas partes, cosa que repite Cobo; estos orejones estaban asignados cada uno a una parte del imperio y uno de ellos tenía poder superior a los otros, siendo como una especie de "Presidente de Consejo" (2). Es, pues, evidente que el monarca no era en absoluto libre de obrar a su antojo. Reglas tradicionales se imponían al mismo hombre-dios. Fidel López ha acertado tal vez en esta cuestión: "La voluntad del soberano —escribe— se encontraba limitada por un ritual de corte y por una especie de iniciación casi masónica, cuyas reglas y fórmulas sacramentales garantizaban el derecho de los diversos cuerpos del Estado y el de los particulares" (3). Esta iniciación de que habla F. López formaba parte integrante de la instrucción muy completa que recibía el soberano, porque éste, lejos de ser educado en el lujo y el ocio, era, por el contrario, tratado durante su juventud más duramente que todos los otros muchachos de sangre real.

Este control del poder no era inútil, porque el inca, aunque hijo del sol, no por eso dejaba de ser hombre y podía ser estúpido o malo, tal como el inca Urco, cobarde y vicioso, a quien ya hemos citado (4). Divino a los ojos de la multi-

(1) *"Histoire du Pérou"*, trad. franc., p. 57.
(2) Morua, "Historia", p. 98, 99, 117, 121, 131.— Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 25. Hablando del séquito del inca, Montesinos menciona a los consejeros ("Memorias", cap. 22).
(3) *"Les races aryennes du Pérou"*, p. 307.
(4) Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. I, cap. 12.

tud, el soberano no lo era a los ojos de los suyos (1), y si se encontraba colocado fuera de la moral común, y aparecía al pueblo como el símbolo mismo del bien, no estaba, sin embargo, por encima de toda moral (2).

El poder así definido era hereditario, pero todavía aquí se hacen necesarias ciertas aclaraciones. El inca tenía varias mujeres, jerarquizadas también como todos los habitantes del imperio: primero la hermana mayor, la *coya,* con quien el inca se casaba, como el faraón de Egipto, para mantener la pureza de sangre de su raza (3); luego las concubinas de sangre real, las *pallas,* y, en fin, las concubinas extrañas a la familia, las *mamakunas* (4). El heredero legítimo debía ser un hijo de la mujer legítima, es decir, de la hermana, pero no era el hijo mayor el que ascendía de oficio al trono; el soberano reinante elegía a aquel de sus hijos que le parecía más capaz, dejando así cierto lugar al mérito (5). A falta de hijo de la *coya,* se designaba a uno de sus bastardos (6).

Las Casas nos cuenta el apuro de Pachacutec, que, habiendo elegido a uno de sus hijos y no habiendo podido instruirlo en las cosas del gobierno y de la guerra, lo reem-

(1) Morua sostiene que los indios bebían en vasos de cierta madera preciosa que tenía la propiedad de servir de antídoto a los venenos ("Historia", p. 115), pero ningún autor confirma este hecho.

(2) Erróneamente escribe Garcilaso: "Los incas mismos no cometen delito porque no tienen ocasión de cometerlo" ("Comentarios", lib. 2. cap. 15). El mismo error en Perrone, *"Il Peru"*, p. 345.

(3) Esta costumbre, según Cobo, no dataría sino de Tupac-Yupanqui. "Historia", t. 3, lib. 12, cap. 14.

(4) D. Fernández de Palencia da a este respecto datos que ningún otro historiador confirma. Según él, los incas no se casaban jamás con una hermana de la misma madre, sino con otra hermana que debía ser la primera mujer y que se convertía en la *coya*. "Historia", segunda parte, lib. 3, cap. 5.

(5) Morua, "Historia", p. 139.— Santillán, "Relación", par. 18.— "Siempre se tenía en cuenta con el que era más hombre y para más". Castro, "Relación", p. 216.

(6) Todavía aquí, Fernández de Palencia se aparta de los demás autores. Según él, cuando la *coya* no tenía hijo, los principales del reino elegían un heredero entre los hijos de las otras mujeres del inca y la *coya* lo tomaba por hijo, "Historia", loc. cit.

plaza por otro, y Garcilaso nos explica cómo el inca Yahuar-Huacoc, inquieto por la mala índole de su hijo mayor, que se complacía en atormentar a los niños de su edad, encierra al pequeño perverso en un parque donde lo condena a guardar los rebaños del sol, y elige a otro heredero (1).

El único ejemplo que conocemos de violación de la regla sucesoria es el de Huayna-Cápac, que se casó con la hija del rey vencido de Quito y colocó sobre el trono de este reino al hijo que tuvo de esta unión, dejando al heredero legítimo el resto del imperio. Esta violación fué malaventurada para los peruanos, ya que constituyó la fuente de las guerras civiles que favorecieron la conquista española.

A la muerte del inca se efectuaban grandes demostraciones en todas las ciudades, mujeres y servidores se inmolaban voluntariamente para seguir al difunto al más allá. En tales momentos, para evitar que un usurpador se aprovechase del desorden, varias centenas de guerreros montaban la guardia alrededor del palacio real (2). Luego, el cuerpo del muerto, momificado como en Egipto, era depositado en el Templo del Sol, en el Cuzco, y un nuevo inca venía a presidir los destinos del imperio (3).

(1) Las Casas, "De las antiguas gentes...", p. 215.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 20. En el antiguo drama *"Ollantay"* encontramos la significativa escena siguiente: Pie ligero (Indio del pueblo): ¿Quién tomará, pues, el lugar dejado por Pachacutec? Si Tupac-Yupanqui le sucede, muchos otros serán despojados. Este inca es menor y hay otros mayores.

El astrólogo: Todo el Cuzco lo ha elegido y el rey le ha legado su corona y su maza de mando. ¿Se podría elegir a otro? (Escena IX. Traducción Pacheco-Zegarra).

El término "elegido" debe ser tomado en el sentido de "escogido", designado; y "por todo el Cuzco" el astrólogo designa el conjunto de los orejones, de estirpe real en su mayoría, que formaban la mayor parte de la población de la capital. Este pasaje indica cuán grande era la influencia de la *élite*.

(2) Marcos de Niza, *"Relation"*, trad. franc., p. 303.

(3) Cinco de estas momias, perfectamente conservadas, han sido descubiertas por Ondegardo, por entonces corregidor del Cuzco. La impresión producida en el Perú por la muerte de Atahualpa, aunque éste fuera un usurpador, fué enorme: numerosos indios se suicidaron para

LA ELITE

"La civilización avanza gracias a los hombres superiores, no a las multitudes."
(V. Duruy, "Historia de los romanos", tomo 6, pág. 392).

Lo antes expuesto ha permitido ya medir el abismo que separa la *élite* de la masa. Sin una *élite* fuertemente constituída, no podría nacer ninguna civilización ni podría existir ningún imperio. Por eso los incas, con ese espíritu de método que los caracteriza, aportaron todos sus afanes a la formación física, intelectual y moral de los que debían ser el sostén de su trono.

En el Perú, *la instrucción estaba reservada solamente a la élite:* "No hay que enseñar a las gentes humildes —decía el inca Roca— lo que no debe ser sabido más que por los grandes personajes" (1).

Esta medida nos da el sentido de la política incaica. Nadie puede mandar si no es instruído. Pero, ¿para qué instruir a aquellos que deben solamente obedecer? ¿Para qué lanzar al mundo un ejército de semisabios, como Europa ha visto tantos, cuya soberbia reduce al silencio y mantiene en la oscuridad a los verdaderos pensadores?

Las escuelas se hallaban en el Cuzco en la plaza principal, en la proximidad de los palacios reales de Roca y de

seguir al monarca al otro mundo. Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 5.

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 19. En la Rusia bolchevique, la instrucción tiende también a ser reservada a ciertas clases sociales. No son admitidos en las Universidades sino los candidatos presentados sea por el partido, sea por el sindicato, y previa encuesta. Los hijos de burgueses no tienen acceso a la enseñanza superior (C. Gide, *"La Russie Soviétique"*, *"La Flèche"*, 1924, p. 9). Pero hay una diferencia considerable entre el sistema ruso y el sistema incaico: los bolcheviques apartan a los candidatos aplicando un criterio de orden político, arbitrario; los incas no admiten en sus escuelas sino a los jóvenes que pertenecen a una clase superior a las otras por las cualidades intelectuales y morales de sus miembros.

Pachacutec. Los profesores eran esos famosos amautas, guardianes celosos de la ciencia, quienes, según Montesinos, detentaron antaño el poder y conservaron entre sus manos la antorcha de la civilización en Tampu-Toco, la ciudad misteriosa escondida en medio de inaccesibles montañas, mientras las invasiones extranjeras desolaban el país (1). Los amautas enseñaban ciencias profanas y religiosas a la vez; ninguno de los conocimientos adquiridos en su tiempo les era extraño: matemáticas, astronomía, estadística, teología, historia, política, poesía, música, cirugía y medicina; componían tragedias y comedias que eran representadas por ellos mismos, y estaban encargados de interpretar la ley (2). Quizás hasta llenaban las funciones de ingeniero, dirigiendo la construcción de los canales, los caminos, las fortalezas y las ciudades, y fabricaban ciertos ornamentos del culto y ciertos objetos preciosos destinados a los grandes dignatarios.

Según Morua, el primer año estaba sobre todo consagrado al estudio de la lengua; el segundo, al de la religión y de los ritos; el tercero, al de los quipos; el cuarto, al de la historia (3). Toda la enseñanza se dirigía hacia un examen de carácter militar, llamado *huaracu,* que se efectuaba todos los años o cada dos años en el Cuzco y que permitía a los incas asegurarse de que los futuros miembros de la *élite* eran capaces de ser jefes de ejército. Los candidatos eran sometidos primero a un régimen de agua pura y de maíz crudo, sin pimienta ni sal, durante seis días; luego eran convenientemente restaurados y tomaban parte en una carrera, a las puertas de la ciudad y a la vista de las familias,

(1) Montesinos, "Memorias", caps. 14 y 15.— Bingham, *"Inca-land"*, p. 310.

(2) Tschudi, "Contribuciones..." Pal. *Amauta.*— De Beauchamp escribe que los amautas eran esencialmente poetas. *"Histoire de la Conquete"*, t. 2, p. 238.

(3) Morua, "Historia", p. 123.

que los alentaban con sus gritos, exaltando a los vencedores y censurando a los retardatarios. En seguida, divididos en dos campos, combatían unos contra otros con tanto ardor, que algunos de entre ellos resultaban a veces heridos o muertos. Los ejercicios físicos terminaban con la lucha y el tiro al arco o a la honda. Las pruebas morales venían después: el candidato debía permanecer diez noches seguidas de centinela, recibir golpes sin proferir una queja, permanecer impasible cuando un jefe hacía ademán de romperle el cráneo con una maza o pincharle la cara con la punta de una lanza. Tenía que probar, en fin, sus conocimientos técnicos, fabricando un arco, una honda y un par de sandalias (1).

El aspirante que en un momento cualquiera manifestaba alguna fatiga o algún temor, era bochornosamente eliminado; por el contrario, aquel que había sido juzgado como instruído, hábil, valeroso y dotado de una fuerza de resistencia suficiente ante el dolor, era recibido por el inca, que le perforaba en persona el lóbulo de las orejas, en el curso de una magnífica ceremonia. Desde ese momento, el joven tenía derecho a llevar aretes enormes, cuya dimensión era proporcional a su rango especial. He ahí por qué los españoles llamaban orejones a los nobles peruanos (2).

El carácter que esta enseñanza confería era común a la

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. VI, cap. 25.— Louis Baudin, *"La formation de l'élite et l'enseignement de l'Histoire dans l'Empire des Inka"*. *"Revue des Etudes Historiques"*, abril 1927.

(2) Rouma anota que los dioses japoneses de la felicidad se distinguen por el desarrollo exagerado del lóbulo de las orejas, observación que el probable origen asiático de los indios hace particularmente interesante (*"La civilisation des Incas"*, p. 25, n. 2). La prueba de que esta costumbre era anterior a los incas es que el hecho de llevar aretes era acordado a ciertas tribus, a título de recompensa, por ejemplo, en el valle del Yucay (Joyce, *"South-American Archaeology"*, p. 129), y entre los chibchas de Colombia (Piedrahita, "Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada". Amberes, 1688. Primera parte, libro II, cap. 4). Igualmente en México, los jefes daban aretes a los guerreros que se distinguían en los combates (S. Blondel, *"Recherches sur les bijoux des peuples primitifs"*, París, 1876, p. 38).

élite entera y al inca mismo; ese carácter es tal como lo describe el único drama precolombino que ha llegado hasta nosotros: orgullo de casta, espíritu caballeresco, amor filial, humanidad con el vencido, magnanimidad real. Por eso esa clase social merece más bien el nombre de *élite* que el de nobleza, porque nadie podía formar parte de ella si no sobresalía sobre los indios del pueblo por la inteligencia, el saber y la virtud (1).

Esta *élite,* cuya formación era objeto de cuidados tan diligentes, era reclutada en principio entre los jóvenes de sangre real, pero otros elementos se agregaban también a ella, por lo cual conviene establecer categorías:

Primero, los incas propiamente dichos: eran los descendientes de los primeros conquistadores y eran muy numerosos, ya que, gracias a la poligamia, los soberanos tenían a veces varias centenas de mujeres (2).

Vienen después los *incas por privilegio,* a quienes cita Garcilaso (3). Fernández de Palencia habla de ellos en términos muy precisos: "Había en el reino —dice— otras personas, en gran número, a quienes se tenía por incas y que llevaban las orejas perforadas, pero que no gozaban de la misma consideración que las otras. Eran servidores, obligados y amigos de los señores, capitanes y servidores del inca a quienes se perforaban las orejas" (4).

(1) Esta formación notable de la *élite* no es especial a los incas; se encuentra una forma de iniciación curiosa entre los chibchas; los jóvenes destinados a convertirse en caciques eran condenados a una reclusión de 5 a 7 años, todo comercio con las mujeres les estaba prohibido y sufrían ciertas pruebas antes de ser reconocidos como jefes (Piedrahita, "Historia General". Primera parte, lib. I, cap. 5. Restrepo, "Los chibchas...", p. 98).

(2) Ignoramos por qué motivo C. Mead escribe que el tipo físico de los incas era diferente al de los otros indios; este autor no suministra ninguna referencia. (*"Old Civilizations..."*, p. 19).

(3) "Comentarios", lib. 7, cap. 1. Prescott duda de su existencia, pero De la Riva-Agüero la confirma. "Examen de los comentarios", ob. cit., p. 554. V. Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 27.

(4) "Historia", 2.a parte, lib. 3, cap. 5. Lorente supone que los

Todos estos orejones, salvo los que ocupaban altos puestos en provincias, habitaron en el Cuzco o en sus alrededores inmediatos, dando así a la capital más lustre todavía (1). Entre ellos se reclutaban los principales funcionarios civiles y militares.

Los gobernadores y los generales tenían privilegios del mismo orden, rodeándose cada uno de un séquito de servidores y artesanos, con el permiso expreso del inca. El general Calicuchima, al decir de Estete, tenía a su disposición sirvientes encargados de aprovisionar su casa, hábiles obreros para trabajar la madera, tres o cuatro porteros y gran número de otros indios para servirle (2). Volveremos a encontrar a los altos funcionarios civiles cuando hablemos de la organización administrativa peruana.

La jerarquía religiosa era absolutamente distinta de la jerarquía civil, aunque en la cima las dos jerarquías se confundiesen en la persona del inca. El jefe de la religión, el gran sacerdote, siempre tío o hermano del soberano, era un amauta que vivía en eterna contemplación, sin comer jamás carne ni beber más que agua. En los días de fiesta, este pontífice llevaba sobre la cabeza una tiara adornada con un sol de oro, cubierta de placas de oro y de joyas y con plumas de ave en la parte superior; bajo su barba pasaba una media luna de plata; sobre su vestido de lana blanca, bordado de rojo, brillaban piedras preciosas y ornamentos de oro; brazaletes del mismo metal se enrollaban alrededor de sus brazos; tenía bajo sus órdenes un gran número de sacerdotes, muchos de los cuales residían en provincia y

incas por privilegio son los descendientes de los primeros compañeros de los conquistadores ("Historia Antigua", p. 236).

(1) Betanzos, "Suma y Narración", cap. 16. Según Marcos de Niza (*"Relation"*, trad. franc., p. 286), habría habido antiguamente dos especies de orejones: unos que se rasuraban la cabeza, los otros que se dejaban crecer los cabellos; los primeros habrían triunfado de los segundos a raíz de una guerra civil. Ningún autor confirma estas indicaciones muy vagas.

(2) Estete, en Jerez, "Verdadera Relación", p. 341.

oficiaban por turno durante cierto número de días. Finalmente, en un grado inferior de la jerarquía, estaban los adivinos, que permanecían en los vestíbulos de los templos, y los guardianes de los lugares sagrados (1).

Igualmente jerarquizadas, como lo hemos visto, estaban las mujeres del inca. La soberana en título, la *coya,* llevaba en las ceremonias oficiales un vestido casi tan magnífico como el de su esposo; iba cubierta con una gran capa de colores diversos, del tejido más fino, prendida por un gran alfiler de oro cincelado, y su cabeza estaba adornada de una diadema de oro y de flores. Nadie debía aproximarse a ella sin prosternarse y nadie debía mirarla de frente; un gran número de servidores la rodeaba, y, para evitarle todo contacto con el suelo, se tendían en tierra ante ella alfombras que eran retiradas después (2).

Es en esta parte donde debemos mencionar una institución que parece haber sorprendido mucho a los españoles, la de las *Vírgenes del Sol.* Estas jóvenes, elegidas por su belleza por los gobernadores en todas las provincias, eran reunidas en casas donde pasaban cierto número de años. Estaban divididas en seis categorías, según su clase social: la primera estaba formada por las hijas de grandes personajes; la segunda comprendía las hijas de dignatarios menos importantes, y éstas hilaban y tejían para el inca; en la

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. 9; lib. 5, cap. 8.— Markham, *"The incas of Peru"*, cap. 8.— Arriaga, "Extirpación de la idolatría", *passim*. Ciertos sacerdotes estaban encargados de la conservación de los templos; otros, de los sacrificios; quizá existían congregaciones religiosas y ermitas ("Relación Anónima", en "Tres Relaciones...", p. 172). Había para el clero un modo especial de reclutamiento: entraban al servicio de los templos todos los individuos que presentaban algún carácter singular, sea en su persona (epilépticos), sea en razón de circunstancias particulares de su nacimiento o de su vida (niños que habían sacado primero los pies al nacer o que habían sido paridos durante una tormenta; gemelos, estropeados de nacimiento, indios tocados por el rayo sin haber sido matados). Se encuentra en esto la concepción que forma la base del culto de los *huaca* de que hemos hablado: la divinización de las anomalías.

(2) Morua, "Historia", lib. 1, p. 39, 45.— Markham, *"The Incas of Peru"*, cap 8.

tercera estaban agrupadas las hijas de orejones; la cuarta estaba compuesta por cantoras; en la quinta estaban reunidas las hijas más bellas de los indios ordinarios; en la sexta se encontraban las muchachas que no eran del Cuzco, encargadas de trabajar las tierras del inca (1). Estas vírgenes vivían en palacios rodeados de jardines, donde recibían una instrucción práctica, costura y cocina, así como religiosa, conservación de los templos y orden de la ceremonia. Transcurrido su tiempo de estudios, algunas eran consagradas al sol, es decir, enclaustradas en el Cuzco. Se convertían entonces en esposas de este astro y no debían ver jamás ningún hombre, ni siquiera al inca; eran servidas por muchachas de alto rango y pasaban sus días ofreciendo sacrificios al sol, hilando vestidos para el monarca, preparando los panes y las bebidas destinados a los oficios de los días de grandes fiestas. Los cronistas las califican de religiosas y llaman a su casa convento (2).

Las jóvenes que no eran consagradas al sol eran tomadas por el inca en calidad de concubinas o donadas por él en matrimonio a los grandes dignatarios: las vírgenes de la primera clase, a los personajes más importantes; las de la segunda, a jefes menos considerables, y así sucesivamente.

Había, pues, dos categorías de casas, que los autores confunden a veces (3): por una parte, las del noviciado, con un objeto a la vez religioso y profano; y, por otra, el convento del Cuzco, puramente religioso (4). Sólo las pri-

(1) Morua, "Historia", p. 199 y siguientes.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, caps. 1 y 2. "Relación de la religión y ritos del Perú". "Colección de libros referentes a la historia del Perú", t. XI, p. 39. V. Pareto, *"Traité de Sociologie Générale"*, París, 1917, t. I, p. 416.
(3) Por ejemplo, Hanstein, *"Die Welt des Inca"*, p. 59. V. R. Karsten, *"The civilization of the South-American Indians"*, ob. cit., p. 396. Las casas de vírgenes se componían de una serie de celdas que daban a un patio central; se han encontrado vestigios de ellas en Pachacámac y en la isla Coati (G. Buschan", *"Illustrierte Volkerkunde"*, ob. cit. p. 406).
(4) Tal vez había otras casas de esposas del sol en ciertas grandes ciudades del imperio (F. Pizarro, "Carta", trad. inglesa, p. 121).

meras pueden calificarse de *almacenes de mujeres*, como lo hace Bandelier con cierto desprecio (1).

Finalmente, hay que distinguir las religiosas enclaustradas de que acabamos de hablar de las *oellas*, mujeres sujetas a voto de castidad, pero que vivían en sus casas y eran muy respetadas por sus semejantes. Tales votos no debían ser hechos con ligereza: a la menor falta, la culpable era quemada viva. En cuanto a las mujeres del sol que perdían su honor, eran enterradas vivas, su cómplice ahorcado y destruída la ciudad misma donde el desdichado vivía (2).

Otra categoría social que debe figurar en la *élite* y que, sin embargo, no pertenece al tronco incaico, es la de los gobernadores locales o curacas, impropiamente llamados por los españoles *caciques*, palabra tomada del vocabulario de Santo Domingo. Respetuosos con las instituciones establecidas, los incas mantenían en sus puestos a los jefes que habían aceptado su dominación, incluso después de largas guerras (3). Había, pues, en cada provincia dos categorías de agentes superiores regionales: por una parte, los que eran nombrados por el poder central, y por la otra, los curacas, muchos de los cuales eran hereditarios, como lo veremos más adelante. Estos últimos funcionarios no diferían de los primeros sino por su origen; estaban englobados en la misma jerarquía administrativa, de modo que eran ejercidas funciones idénticas, según las circunscripciones, ya por indios procedentes de la capital, ya por indios originarios de esas mismas circunscripciones. Sólo en las provincias cercanas al Cuzco, que formaban la cuna del imperio, los curacas habían desaparecido (4). Ciertos autores españoles

(1) *"The Islands of Titicaca and Coati"*, 4.a parte, n. 67.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, caps. 3 y 7.
(3) Falcón, "Representación...", p. 153. Castaing dice humorísticamente: "Los curacas bien pensantes recibían la investidura". (*"Le Communisme au Pérou"*, p. 19).
(4) De la Riva-Agüero, "Examen de los Comentarios", ob. cit.

han confundido a estos personajes; Cobo, por ejemplo, y aun Santillán (1). El virrey F. de Toledo ha llevado esta confusión a su colmo, tratando de establecer que el inca nombraba y revocaba a su antojo a los curacas; considerando al rey de España como sustituto del monarca desaparecido, contaba con aprovecharse de ello para reemplazar a los jefes indios por españoles y destruir así todo vestigio de autonomía regional (2). A su vez, los gobernadores nombrados antaño por el inca trataron, en el momento de derrumbarse el imperio, de hacerse pasar por curacas, a fin de convertirse en hereditarios; los curacas, por su parte, intentaron eliminar a los gobernadores y reconquistar el poder de que gozaban antes de haber sido sometidos por los incas. Se comprende que, en este caos, los investigadores españoles, primero, y los historiadores modernos, después, hayan tenido dificultades para orientarse.

Los datos suministrados por los primeros cronistas sobre los curacas, aunque especifican claramente su carácter, son vagos y contradictorios con respecto a sus atribuciones. Nada hay de sorprendente en esto: todos esos jefes debían gozar de poderes diferentes según el ramo que ocupaban en la administración. Sin embargo, existían reglas que les concernían especialmente. Todos los años, o cada dos años, según la distancia a que se encontraban del Cuzco, estaban obligados a dirigirse a esa capital, y sus hijos debían residir allí con el fin de recibir una educación especial (2). Además, el inca daba a cada uno de ellos una mujer de su raza. Eran

(1) "Relación", par. 19.

(2) Las "Informaciones" traducen esta preocupación (tomo 16 de la "Colección de libros raros o curiosos", p. 189). Con este mismo objeto Sarmiento sostiene que los curacas han sido desposeídos por los incas y reemplazados por funcionarios (*"Geschichte"*, cap. 50).

(2) Servían al mismo tiempo de rehenes. Por este motivo, el faraón llevaba también frecuentemente consigo un hijo de señor y lo educaba junto a sus propios hijos (Maspero, *"Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique"*, París, 1895, t. 1, p. 300).

medidas de asimilación muy hábiles y que, en general, parecen haber tenido éxito.

En cuanto a la sucesión de los curacas, se regulaba diferentemente según los países. Cobo escribe que pasaba al hijo mayor, o al segundo hijo si éste era incapaz, o al hermano a falta de hijo. Herrera indica como orden de sucesión el hermano y luego el hijo mayor; o bien el hijo mayor y en seguida el menor. En la región de La Paz, el sucesor era un hermano o si no un sobrino (1). A veces los súbditos mismos elegían al hijo del curaca a quien preferían, caso muy raro en que el pueblo era llamado a pronunciarse (2). Garcilaso escribe que Pachacutec confirmó el sistema hereditario "conforme a la antigua costumbre de cada provincia". Igualmente, en el Norte del imperio, según A. Bello Gayoso, "el orden de sucesión de los caciques varía según la provincia: ya hermanos, ya hijos, ya sobrinos" (3). Hagamos observar, sin embargo, que el inca intervenía personalmente a menudo; en la provincia de Huamaca, elegía a uno de los hijos o, a falta de éste, a un pariente cercano (4). Betanzos refiere que el heredero era designado entre los hijos de la mujer dada por el inca al curaca difunto (5). Tal vez también en ciertas provincias el inca había juzgado necesario no tener en cuenta reglas consuetudinarias y suprimir la herencia de los cargos, como lo afirma Sarmiento (6). En suma, parece que en general el inca desig-

(1) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 25.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 1 y cap. 3.— D. Cabeza de Vaca, "Descripción y relación de la ciudad de La Paz". "Relaciones Geográficas", t. 2, p. 72.

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 9, cap. 10.

(3) Garcilaso, "Aprobó las Erencias de los Estados y señoríos, conforme a la antigua costumbre de cada provincia o reyno..." ("Comentarios", lib. 6, cap. 36.— Bello Gayoso, "Relación que envió a mandar S. M. se hiziese desta ciudad de Cuenca y de toda su provincia". ("Relaciones Geográficas", t. 3, p. 217).

(4) Damián de la Bandera, "Relación", p. 101.

(5) Betanzos, "Suma y Narración", p. 77.

(6) Sarmiento, *"Geschichte"*, caps. 50 y 52.

naba al sucesor del curaca, pero respetando la costumbre local.

EL PUEBLO

Estudiaremos en el curso de este trabajo la condición de la gente del pueblo, de los *hatunruna*. Algunos de entre ellos se encontraban colocados en la jerarquía social un poco por encima de la masa de los contribuyentes: eran los pequeños funcionarios que formaban un embrión de clase media (1) y quizás los fundidores, plateros, lapidarios y otros obreros artistas a quienes Velasco llama "ciudadanos de honor" (2). Pero la gran mayoría de la población estaba formada por agricultores.

LOS YANACONAS

Esta categoría de indios se encuentra colocada al margen de la sociedad incaica: comprende a individuos que son verdaderos esclavos y a otros que se convirtieron en grandes dignatarios. Hay aquí un estado de cosas completamente anormal en la sociedad estratificada del antiguo Perú.

El primer sentido de la palabra yanacona fué evidentemente despectivo. Con ocasión de una conjuración conducida contra Tupac-Yupanqui por uno de sus hermanos, seis mil indios convictos de haber fabricado armas para los revoltosos fueron reunidos en el pueblo de Yanayaco, para sufrir allí un castigo ejemplar. La hermana y esposa del monarca hizo una petición de gracia para ellos y el inca perdonó, pero condenó a los culpables y a sus descendientes

(1) Means, "La civilización precolombina de los Andes", ob. cit., p. 230.
(3) "Historia", t. 2, lib. 2, par. 8.

a servir a los vencedores (1). Como lo dice Cieza de León, los yanaconas eran "domésticos hereditarios", criados perpetuos (2).

Este es el único caso en el Perú en que una tribu haya sido reducida a la esclavitud y todavía se trata aquí de una medida de humanidad, porque los conjurados y sus cómplices se habían hecho merecedores de la pena de muerte. Si los soberanos se mostraban llenos de mansedumbre para los enemigos vencidos, no tenían piedad ninguna para los revoltosos.

Se dirá quizás, es verdad, que si no existía esclavitud en el Perú, es porque la población entera era esclava. Pero hay que confesar que en un sistema casi socialista la diferencia entre el hombre libre y el esclavo es a veces difícil de establecer.

Por otra parte, sucedió que estos indios se entremezclaban con los otros servidores suministrados a título de tributo al monarca, como lo explicaremos, no difiriendo al parecer de estos últimos sino por el carácter hereditario. Todos fueron llamados yanaconas; en consecuencia, su número aumentó tanto más cuanto que cada nuevo inca tenía derecho a una servidumbre, y que se dió el mismo nombre a los servidores de los curacas y de los grandes funcionarios. El soberano distribuía yanaconas, así como mujeres o mercancías, a guisa de regalos a sus súbditos (3).

Los yanaconas no dependían de los jueces ordinarios

(1) Balboa, *"Histoire du Pérou"*. Trad. franc., cap. 9.— Sarmiento cuenta una historia análoga, pero más resumida. *"Geschichte"*, cap. 51.

(2) "Crónica", segunda parte, cap. XVIII. En quichua, *yana* quiere decir servidor, y *cona* es la marca del plural. Gomara, en su "Historia General", confunde a los yanaconas con los mitimaes, y Bruchat igualmente. *"Manuel"*, p. 601.

(3) Ondegardo, "Relación", p. 96.— C. de Castro, "Relación", p. 213.— Balboa, *"Histoire du Pérou"*, loc. cit. V. Pareto califica erróneamente a los yanaconas de siervos, y cree, erróneamente también, que existía una gran cantidad de ellos (*"Les systemes socialites"*, París, 1902, t. I, p. 189 y siguientes: *"Cours d'Economie Politique"*, Lausana, 1897, t. 2, p. 361).

y no estaban adscritos a ningún organismo local; no se los contaba en las estadísticas, porque no eran contribuyentes; su trabajo pertenecía exclusivamente a su amo (1). En los ejércitos, acompañaban a las tropas para transportar los equipajes (2); algunos de ellos eran empleados en el servicio de los templos (3).

La evolución no se detuvo ahí; un poco de la gloria del inca se reflejó sobre los que lo rodeaban, y el servir al hombre-dios fué considerado como un honor. Las provincias le enviaron como tributo, en calidad de yanaconas, los mejores jóvenes. Todavía más, los servidores adjuntos a la persona de un alto funcionario o de un príncipe real terminaban por formar parte de la casa, por ganar la confianza del amo, por obtener favores y prerrogativas. Algunos de ellos se convertían así en personajes considerables; el inca los nombraba gobernadores y les daba mujeres (4). De esta manera que a veces, por una singular paradoja, los que ocupaban los puestos más modestos llegaban a romper las barreras que separaban a las castas entre sí y a elevarse a las más altas situaciones.

Si los yanaconas, aun *lato sensu,* se contaban en número restringido en tiempos de los incas, en relación con la masa de los agricultores, se hicieron, por el contrario, extremadamente numerosos en la época de la dominación española. Es verdad que el sentido de la palabra se amplía todavía. Los conquistadores llamaron yanaconas a los indígenas que se decían voluntariamente ligados a la persona de los españoles o a un dominio, por oposición a los mitayos o traba-

(1) Santillán, "Relación", par. 11.
(2) Tal el padre Alonso Cuxi Illa, interrogado por los encuestadores españoles en 1571 ("Información hecha en el valle de Yucay". "Colección de libros españoles raros o curiosos", t. 16, p. 216).
(3) Cieza de León, "Crónica". Segunda parte p. 61 y 63.
(4) Es así como un servidor de Tupac-Yupanqui se hizo funcionario en Huallpa, cerca del Cuzco ("Información hecha en el valle de Yucay", loc. cit., p. 215).— Santillán, "Relación", par. 34 y 36.— Trimborn, *"Der Kollektivismus..."*, p. 999).

jadores forzados, y en consecuencia designaron bajo el nombre de yanaconas a todos los servidores. "Los indios de servicio llamados anaconas", dice una instrucción real del 16 de agosto de 1569 (1), y Balboa escribe: "Se llaman yanaconas a todos los indios empleados en el servicio doméstico que no son ni jornaleros ni mitayos" (2). Según el autor anónimo de la "Relación sobre el servicio personal de las Indias", los yanaconas son criados que cultivan los campos, reciben un pedazo de tierra, el alimento y el vestido, pero no pueden abandonar el dominio (3). Matienzo distingue cuatro clases de yanaconas: los que sirven a los españoles en su casa, los que trabajan en las minas de Potosí y Porco, los que cultivan la coca y los que explotan tierras por su propia cuenta (4). En el Paraguay, la palabra designa de nuevo a los vencidos de guerra que han merecido un castigo y han sido constituídos en servidores hereditarios; recobra así, después de una larga vuelta, su sentido primitivo (5).

La condición de los yanaconas empeoró mucho después de la conquista. A menudo los obispos han denunciado la verdadera esclavitud que se imponía a estas pobres gentes (6). Los españoles hacían yanaconas a su antojo, y "como no los tenían en cuenta, los perdían, los volvían a recuperar, de manera que todos tenían yanaconas, hasta

(1) "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 25, p. 241.
(2) *"Histoire du Pérou"*, loc. cit.
(3) "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 6, p. 221.
(4) "Gobierno del Perú", cap. 8.
(5) Lugones, "El Imperio Jesuítico", 2.a edic. Buenos Aires, 1908, p. 135.— Pablo Fernández, "Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús". Barcelona, 1913, t. 2, p. 93. No hablamos sino de errores manifiestos como el de aquel editor que en la nota a un artículo de A. Ugarte, explica a los lectores que el yanacona es un lote de tierra atribuído al *yana ("Inter-America"*, oct. 1923, p. 36. n. 5).
(6) "Carta del obispo de Cuzco". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 3, p. 92. Oficialmente la esclavitud de los indios fué abolida en 1542 y nuevamente en 1553; fué nombrado un funcionario especial para que velara por la aplicación de esta medida.

los negros" (1); fueron castigados por ello, porque crearon así una servidumbre viciosa, dispuesta a todos los crímenes, especializada en la práctica del espionaje, que fué la plaga del Perú y de la que no supieron cómo deshacerse. Muchos de estos servidores que habían abandonado a sus amos vivían de oficios inconfesables, llegando "hasta a robar las lámparas de las iglesias" (2), constituyendo un grupo de desclasados y miserables.

En la sociedad precolombina, los yanaconas nos ofrecen el ejemplo de indios que lograban pasar de una casta a otra. Parece que este caso no era único. Velasco afirma que varios individuos "de pequeñas orejas", según su divertida expresión, fueron designados por Huayna-Cápac para desempeñar altos puestos civiles en el Ecuador, y cita un cañari llamado Chapera, que llegó a gobernador de provincia, a pesar de no ser orejón (3).

La jerarquía militar ofrecía igualmente a los individuos ciertas posibilidades de ascenso social. El general Calicuchima, nativo de la provincia de Puruha, no era orejón (4).

El soberano permitía, pues, a veces, a los indios del pueblo que se distinguían por su mérito, elevarse al nivel de la *élite*. Pero estos casos fueron muy raros y pueden considerarse excepcionales. El principio es el de una separación rigurosa entre las castas, no entre la de los vencedores y los vencidos, ya que los jefes de las naciones sometidas forma-

(1) Santillán, "Relación", par. 83.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 10, cap. 8.

(2) Matienzo, "Gobierno del Perú", p. 74. Las ordenanzas de tambos de 1543 aluden a los daños ocasionados por los yanaconas en los tambos situados sobre los caminos ("Revista Histórica de Lima", 1908, p. 496).

(3) Velasco, "Historia General", t. 2, p. 45.

(4) Velasco, loc. cit. Cobo exagera cuando dice, hablando del ejército: "Era el único título para adelantarse en puestos honorosos, y apenas había otro camino que éste por donde viniesen a subir y valer", "Historia", lib. 14, cap. 9).

ban parte de la casta superior, sino entre la de los dirigentes y la de los dirigidos.

El sello de la casta residía en el vestido: los *hatunruna* debían llevar vestidos idénticos, y sólo el sombrero variaba de provincia a provincia; ésta fué una verdadera innovación de los incas, porque los dibujos de cerámica encontrados en la costa atestiguan que anteriormente se dejaba una gran libertad a los habitantes en el uso de vestidos y sombreros (1). La *élite* llevaba signos distintivos visibles: corte de cabellos, cintas sobre la frente, vestidos especiales. Las gentes del pueblo podían obtener el derecho a llevar pendientes en las orejas, pero éstos debían ser de una materia ordinaria: madera, lana, junco, y no sobrepasar de ciertas dimensiones. El agujero perforado en las orejas debía ser siempre inferior a la mitad del agujero perforado en las orejas del inca (2).

Los incas ocupaban un lugar aparte en la *élite* misma. Acaso tenían hasta una lengua especial, distinta del quichua impuesto al pueblo; Garcilaso, por lo menos, lo pretende así. Es en extremo lastimoso que quedemos reducidos a conjeturas sobre este punto, porque el conocimiento de la lengua de los conquistadores peruanos arrojaría una gran luz sobre sus orígenes (3). Lo que es evidente es que sólo ellos podían llevar adornos de oro o de plata, piedras preciosas, plumas de pájaros y vestidos de lana de vicuña; pero

(1) Joyce, *"South-American Archaeology"*, p. 129.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. I, cap. 22.
(3) Garcilaso anota 11 palabras del idioma especial de los incas y declara ignorar el significado de 10 de ellas. Markham no cree en la existencia de dicho idioma y supone que el error de Garcilaso provenga del uso que hacen los incas de algunas palabras en un sentido diferente del ordinario. *("On the geographical positions of the tribes wich formed the Empire of the Yncas"*, ob. cit. p. 292). Tschudi y Brinton niegan igualmente la existencia de este idioma *("Organismus der Khetsua-Sprache"*, Leipzig, 1884, p. 65. *"The American race"*, Nueva York, 1881, p. 204). Sin embargo, los canas, establecidos al Este de los Andes bolivianos y conquistados por los guaraníes, conservaron un idioma secreto, el mismo de antaño, el arawak (Rivet en: *"Les langues du monde"*, ob. cit., p. 692).

el soberano concedía frecuentemente algunos de estos derechos a grandes personajes, a título de recompensa (1).

Como se ve, en general las castas permanecen muy separadas, y la extensión de los conocimientos, así como el modo de vida, difieren según el rango social. Una jerarquía exacta prosigue paralelamente en todos los dominios. El poder viene siempre de arriba, y los dirigentes son instruídos de modo que puedan ejercerlo para el mayor bien de todos. Sobre estos principios fecundos se edificó la fortuna del imperio (2).

En el antiguo drama quichua "Ollantay", el inca responde en estos términos a un general lo bastante presuntuoso para pedirle la mano de una princesa: "Recuerda que eres un simple súbdito. Cada uno en su lugar. Tú has querido subir demasiado alto" (escena III).

Desgraciadamente esta *élite*, objeto de tantos cuidados, fué destruída en pocos años, primero por Atahualpa, ese usurpador que, para estar seguro de reinar, hizo una gran matanza entre los incas; luego por los españoles, que mataron a Atahualpa mismo. Entonces el equilibrio social se rompió, los conocimientos cayeron en el olvido y el pueblo, habituado a obedecer, erró como un perro sin amo.

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 35.

(2) ¿Cuál es exactamente la importancia numérica de esta raza? Lo ignoramos. Las familias de los altos funcionarios polígamos y, sobre todo, de los incas, eran considerablemente más numerosas que aquellas de los *hatunruna*. Means avalúa la clase dirigente en 100,000 personas, pero este número es hipotético (Means, "*A study*", p. 457).

Capítulo sexto

EL ELEMENTO ANCESTRAL O LA COMUNIDAD AGRARIA

BASE de toda la organización regional, la comunidad agraria, anterior a los incas, reviste tal importancia, que Cunow y sus discípulos ven en ella el fundamento mismo del sistema social del imperio (1). Esta comunidad se nos aparece como el resultado de una evolución secular; su nacimiento se pierde en la prehistoria y la volvemos a encontrar todavía hoy en varias regiones de América sin que su fisonomía haya sido sensiblemente alterada. Por ella el imperio incaico sumerge profundamente sus raíces en el pasado y continúa viviendo en el presente, al margen de las legislaciones modernas.

La célula social primitiva del Perú es el *ayllu,* plan formado por el conjunto de los descendientes de un antepasado común, real o supuesto. Cada *ayllu* tiene su totem (pacarisca=ser que engendra). Garcilaso refiere que el

(1) Cunow, *"Die Sozial Verfassung..."* En el mismo sentido, Félix Cosio, "La propiedad colectiva del *ayllu*". "Revista universitaria de Cuzco", sept. 1916, p. 21.— J. Friederici, *"Der Charakter der Entdeckung"*, ob. cit. p. 250.

vulgo cree descender de animales: puma, cóndor, serpiente (1); y las cerámicas de Nazca representan a las bestias estilizadas de tal manera que parecen humanas (2); pero los totems no son solamente seres animales; a veces consisten en seres inanimados: montañas, ríos; a veces en fenómenos: el trueno, el relámpago (3).

Para el indio, los indios, como los animales, los vegetales y los minerales están divididos en *ayllu* (4).

Markham, Cunow, Joyce, Bandelier, Saavedra están de acuerdo en pensar que el *ayllu* es muy antiguo y reposa sobre una base religiosa. Este grupo tiene sus dioses protectores, *huaca,* distintos de los de la familia propiamente dicha; *conopas,* y sus antepasados propios que no se confunden ni con los de la familia ni con los de la tribu o grupos de *ayllu* (5). Estos antepasados son por sí mismos divinidades, y sus momias son objeto de culto. El carácter religioso del *ayllu* y la veneración de los indios por los difuntos y los ancianos son rasgos que volvemos a encontrar hoy en la meseta interandina. Así, actualmente, ceremonias rituales preceden el trabajo en común en la provincia de Huarochiri, región de Casta (6), y los europeos se sorprenden de la autoridad de los ascendientes y del respeto inspirado por los viejos, hechos que comprueban en el Alto Perú, "contrariamente a lo que se realiza en tantos campos" (7).

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. I, cap. 15.

(2) Joyce, *"The clan-ancestor in animal form as depicted on ancient pottery of the Peruvian coast".* Man. 1913, p. 113.

(3) "Cada *ayllu* tiene su principio". Arriaga, "Extirpación...", cap. 7., p. 40.

(4) Cúneo-Vidal, "El concepto del *ayllu".* "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", 1914. Beuchat traduce *ayllu* por clan en su *"Manuel d'archeologie américaine"* (parte 4, cap. 7), y Trimborn, por Sippe *("Der Kollektivismus...").*

(5) Tello y Miranda, *"Wallalo",* cap. 3.

(6) Tello y Miranda, *"Wallalo",* cap. 5.

(7) M. Monnier, *"Des Andes au Para",* París, 1890, p. 267. En el mismo sentido, P. Walle, *"Le Pérou économique",* París s. d., p. 74. "Los antiguos peruanos, dice Spencer con algo de exageración, eran sometidos a un sistema social rígido, basado sobre un culto de des-

¿Es de esta comunidad de familia, de esta *gente* de la que ha salido la comunidad de aldea? Saavedra lo sostiene (1). Según él, ya antes de la época incaica el *ayllu* de linaje se modifica lentamente y, esfumándose cada vez más su carácter personal, tiende a volverse territorial. Cuando una asociación de familias se hace sedentaria, el suelo reemplaza a los lazos de sangre como fundamento de la organización social (2). En aimará, el *ayllu* designa tanto la asociación familiar como la asociación territorial, pero el lazo creado por el lugar no ha borrado el lazo creado por la sangre, porque la familia aimará comprende dos clases de miembros: los miembros originarios que forman el antiguo *ayllu,* y los miembros adoptados. Así, en tiempos antiguos, tal vez en la época de Tiahuanaco, el *ayllu* es ya una asociación económica territorial. Hay que admitir, sin embargo, que los incas constituyen una excepción; sus *ayllu* han permanecido, en efecto, como grupos puramente consanguíneos, lo que es natural, si se considera que su territorio comprendía el imperio entero y siendo una de sus preocupaciones esenciales el mantenimiento de la pureza de la sangre. Pero este *ayllu* de los incas se multiplica según una regla que le es propia. El heredero se desprende del tronco común en el momento que toma el poder y funda un nuevo *ayllu.* Dicho de otro modo, cada inca da su nombre a un *ayllu,* que comprende a sus descendientes, salvo el heredero, que forma, a su vez, un *ayllu* de su nombre. Es por estos motivos que los bienes del soberano difunto pasan a su *ayllu* y no al heredero reinante, que debe

cendencia tan complicado que se podía creer que los vivos eran los esclavos de los muertos". *("Principes de sociologie".* Trad. franc., t. I, p. 583).

(1) En su obra *"El Ayllu".*

(2) "Los clanes son en su origen asociaciones de parientes y terminan por ser un conjunto de gente que ocupa el suelo en común". (Vinogradoff, *"Principes historiques du Droit".* Trad. franc., París, 1924, t. I, p. 222). Los clanes peruanos son análogos a los nomes del antiquísimo Egipto.

hacerse construir un nuevo palacio y obtener en tributos o en presentes los objetos que le son necesarios (1).

Si esta evolución del *ayllu* parece verosímil, diga lo que diga Ugarte (2), reinan, por el contrario, grandes incertidumbres por lo que respecta a la *marka,* palabra aimará idéntica, por una sorprendente casualidad, a la palabra alemana que designa un objeto análogo. Para Saavedra, la *marka* se presenta como la última fase de la evolución del *ayllu;* es el *ayllu* concentrado en aldea. Payne piensa lo mismo (3), contrariamente a Ugarte, que ve en la *marka* una asociación de *ayllu,* en número de dos lo más a menudo (4), y de Markham, para quien la *marka* es la tierra cultivable de la comunidad (5). En cuanto a Cunow, identifica el *ayllu* con la centuria incaica *(pachaca),* de que hablaremos ulteriormente, y llama *marka* a su circunscripción territorial (6).

Resulta, de la multiplicidad de expresiones emplea-

(1) Sarmiento, *"Geschichte"*, cap. 19.— Cobo, "Historia...", t. 3, lib. 12, cap. 4. La lista de los descendientes de los *ayllu* incas, extraída de los documentos de los Archivos de Indias, figura al final del 1.er t. de la "Colección de libros referentes a la historia del Perú". Según Sarmiento, había 10 *ayllu* de los antiguos compañeros de los primeros conquistadores, y otros 11 de estirpe real, aparecidos posteriormente. Cunow criticó a Sarmiento sobre este punto, pero M. Uhle refuta las críticas de Cunow. ("Los orígenes de los Incas", ob. cit. p. 302). Según Fernández de Palencia, 4 *ayllu* eran considerados incas puros; "Aña Cuzco, Hullin Cuzco, Tambo, Maxca" ("Historia". Segunda parte, lib. 3, cap. 5). Pero ésos son grupos territoriales, y no de linaje, como debían ser los *ayllu* incas. Sarmiento nos refiere, además, que cada inca elegía un ídolo particular: un halcón, un pescado, una imagen de oro, el rayo *("Geschichte"*, caps. 25, 31, 47, 54, 62).

(2) "Los antecedentes históricos del régimen agrario peruano". "Revista universitaria de Lima", 1923, p. 336. Los cronistas traducen *ayllu* por pueblo; ahora bien, por incierto que sea el significado de esta palabra, indica siempre una aglomeración o una circunscripción territorial y no una *gens.* El clan está, pues, localizado.

(3) *"History"*, t. II, p. 44.

(4) "Los antecedentes...", ob. cit., p. 350.

(5) *"The Incas of Peru"*, cap. II.

(6) *"Das Fundament der alten organisation war die ayllu oder plachaca. Sie bildete niest zugleich eine Dortschaft die einen Theil des Stammesgebietes als ihr Eigen in Besitz hatte. Ein solcher Hundertschatsbezirk wurde marca genannt".* *("Die Soziale Verfassung"*, p. 39).

das por los cronistas para traducir la palabra *marka,* que el sentido de esta palabra es muy próximo al de la palabra *ayllu,* pero no se confunde con él. Nosotros admitiremos que la *marka* designa la aldea y su territorio, sea que esta aldea comprenda uno o varios *ayllu* (1).

No es dudoso que la división en *ayllu* exista en las ciudades; cada uno de estos grupos se establece en un cuerpo de construcciones particulares, en uno de esos grandes recintos cuadrados que contienen una serie de patios y habitaciones que De Rivero y Tschudi tomaron por palacios (2). En Machu-Pichu, cada *ayllu* se aloja en grupos de seis a diez casas, y cada grupo de casas se caracteriza por una particularidad, especialmente por la talla de las piedras (3).

La asociación de un gran número de *ayllus* forma una tribu (4).

Finalmente, en el interior del *ayllu* las familias subsisten. La organización incaica, que ha respetado la comunidad, no ha destruído en modo alguno la familia, aunque lo piense así Suárez (5). Veremos que los hijos ayudan a los padres con exclusión de los otros miembros del grupo; que los repartimientos se hacen siempre por hogares; que el jefe de familia es la unidad estadística. El lazo familiar aparece todavía en las reglas consuetudinarias: de los huérfanos de poca edad se hace cargo el hermano mayor,

(1) Mc. Bride llama *marca* el territorio ocupado por una comunidad de varios *ayllu*. (*"The agrarian communities"*, p. 5). En la meseta interandina los nombres de ciudades y aldeas que terminan en marca son muy frecuentes.

(2) Cunow, *"Die Soziale Verfassung"*, p. 45.

(3) Bingham, *"In the wonderland of Peru"*. *"The National Geographic Magazine"*, abril, 1913, p. 468.

(4) Es el jefe de un grupo de *ayllu* que se convirtió en Sinsi (Means, "La civilización precolombina de los Andes", ob. cit., p. 229).

(5) "Historia General", t. I, p. 333. Sin embargo, para encuadrar con el sistema administrativo decimal inca, la comunidad fué algunas veces completada con elementos extraños o seccionada en algunos de sus propios elementos. (V. *infrá,* cap. VII).

o, a falta de hermano, el pariente más próximo (1); la viuda es confiada a los cuidados de su hijo, o, a falta de hijo, a los de su cuñado (2).

El *ayllu* subsiste después de la conquista española, pero permanece territorial; es esencialmente una comunidad agraria, y su régimen especial, es decir, la apropiación colectiva del suelo, se vuelve su característica. Cuando un *ayllu* se desplaza, toma el nombre de la localidad de que es originario; por ejemplo, existe en Coni un *ayllu* Tiahuanaco (3).

Es este régimen agrario el que nos proponemos estudiar aquí.

Como es natural, en un país cuyo suelo es pobre y cuya población no cesa de crecer, la agricultura presenta una gran importancia en el Perú. El inca mismo toma en ciertos días el arado en sus manos, como lo hacía el Emperador de la China, y ara, acompañado de un séquito numeroso, el campo de Colcampata consagrado al sol; cada funcionario provincial imita este ejemplo (4). En el calendario peruano, varios períodos de tiempo llevan nombres que son alusiones a los trabajos agrícolas (5). Cuando el indio muere, se deja a su lado un pequeño saco que contiene granos, que le permitirán sembrar su campo en el otro mundo. "Lo que los indios aman por encima de todo es la tierra", escribe F. de Toledo (6), y Cobo se maravilla de ver que

(1) Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 3.
(2) Damián de la Bandera, "Relación", p. 100.
(3) Dandelier, *"The Islands of Titicaca"*, p. 82.
(4) Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 19.— Las Casas, "Apologética...", cap. CLXXXI.
(5) Los peruanos contaban por lunas; el primer concilio de Lima, que fijó el orden de los meses, conservó los nombres quichuas. *Hatun pocoy* (22 de febrero al 22 de marzo) significa madurar, porque durante esta época el maíz madura mucho; *ayrihua* (22 de abril al 29 de mayo) significa cosecha.
(6) "Memorial dado al rey". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 6, p. 533.

los artesanos de su tiempo, a pesar de las reprimendas de los españoles, no resisten al placer de ir a ayudar a sus vecinos a trabajar la tierra al llegar la época de la labranza (1).

¡Si los fisiócratas hubiesen conocido el Perú, es indudable que lo habrían alabado todavía más que a la China!

LA PROPIEDAD COLECTIVA DEL SUELO

La forma jurídica de propiedad del suelo corresponde al grado de individualización del grupo; al clan como célula social corresponde la propiedad colectiva del clan. La calidad de las tierras en el Perú asegura la cohesión de este clan, porque, para obtener productos, es preciso efectuar trabajos en común y especialmente grandes obras de irrigación. El mismo hecho ha producido en Java las mismas consecuencias: la comunidad de familia javanesa, *dessa*, existe todavía hoy en razón de la necesidad de emprender trabajos para regar los arrozales, y éstos son propiedad común. Por esto, no hay que imaginarse el sistema agrario incaico como un régimen forzosamente provisional.

El modo peruano de apropiación del suelo es calificado de *comunista* por varios autores, pero no merece este epíteto. Conviene, en efecto, distinguir tres clases de organizaciones colectivas territoriales: la primera consiste en un cultivo en común y una distribución de los productos según las necesidades; generalmente, se supone que los miembros de la comunidad tienen necesidades iguales y tienen derecho, en consecuencia, a una parte igual de cosecha. Este sistema existía todavía a fines del siglo XIX

(1) "Historia", lib. 14, cap. 8. La tierra estaba divinizada bajo el nombre de *"Mama cocha"*, la "madre tierra", como entre los aztecas (V. D. G. Brinton, *"Religions of primitive people"*. Nueva York, 1897, p. 145). El culto del sol es en sí mismo un culto de agricultores, ya que es el astro del día el que ordena los trabajos del campo.

en algunas regiones de España, especialmente en el Noroeste de la provincia de Zamora y en el Alto Aragón. Este es el verdadero comunismo.

El segundo modo de organización consiste en el reconocimiento de un derecho de disfrute vitalicio de los lotes de tierra, en provecho de los miembros de la comunidad; éstos pueden disponer de los frutos de su trabajo a su antojo y, en consecuencia, nacen desigualdades entre ellos, según su poder y su voluntad de trabajo o su espíritu de previsión. Este es el tipo de ciertas *allmende* suizas.

Finalmente, la tercera forma consiste en una distribución periódica del suelo con explotación individual de los lotes, por cuenta y riesgo de cada uno. Es el tipo del *mir* ruso (1), de la tierra colectiva marroquí; es también el de la comunidad india. Se ve que está lejos de ser comunista. Esta organización comporta forzosamente la sumisión a un jefe o a un consejo encargado de mantener el orden; es también la fuente de ciertas desigualdades, en razón de las diferencias que nacen entre las familias laboriosas y económicas, por una parte, y por otra las que trabajan poco o mal y que derrochan desigualdades limitadas, sin embargo, gracias a los repartos periódicos.

De manera general, entre los peruanos, antes del establecimiento del sistema centralizador incaico, se encontraban a la vez bienes que eran objeto de una apropiación

(1) La experiencia rusa actual de la socialización de tierras ha fracasado completamente. La utilización colectiva de las tierras cultivables en la República de los Soviets no representan más que el 0,7 por ciento de la superficie sembrada, y aun estas organizaciones comunales no son creadas más que para aprovechar ventajas considerables acordadas por la ley ("Pravda", 21 de noviembre, 1924). M. Pittard habla erróneamente del "comunismo" de los incas, que considera análogo el de la Rusia actual (*"Les races et l'histoire"*, París, 1924, p. 551-556). Montesinos, en una breve frase, nos refiere que el inca Roca ordenó poner los productos en común, pero que esta regla fué más tarde violada. ¿Habría existido, en un determinado momento, una tentativa de establecimiento de un verdadero régimen comunista? No poseemos ninguna indicación al respecto. (Montesinos, "Memorias", cap 19).

individual (casa, cercado, árboles frutales de plantación y bienes mobiliarios) (1), y bienes colectivos, de propiedad del *ayllu*, y que eran explotados, sea en común (pastos y bosques), sea por cada familia, constituyendo el objeto de una repartición periódica (tierras de cultivo). Había, además, bienes comunes a todos los indios, verdaderos bienes mostrencos: sal marina, pescados, frutas de árboles salvajes, fibras de plantas vegetales.

Este sistema era análogo al que existió en muchos pueblos antiguos. Una parte de la *marka* germánica era común, y otra parte, formada de tierras arables, era dividida en lotes atribuídos a las familias. En las islas Hébridas, en Irlanda, en Escocia, en Rusia, en Africa del Norte, en las Indias Inglesas, en México, se encuentra esta distribución periódica de las tierras colectivas. En ciertas regiones de la Italia del Norte, las tierras laborables comunes son repartidas en intervalos fijos de tiempo y divididas en tres partes: una distribuída en lotes iguales entre todas las familias; otra en lotes iguales entre los hombres aptos; una tercera, en fin, en lotes proporcionales al monto total

(1) Bandelier no cree que los indios hayan plantado árboles. (*"The Islands of Titicaca"*, Parte IV, n. 58). La multiplicidad y variedad de las costumbres locales impiden fijar reglas absolutas. Las indicaciones que referimos en el texto de esta obra son exactas en la mayoría de los casos; así, todavía hoy, en una parte del Atacama, los terrenos pertenecen a las comunidades y las casas a los individuos; pero puede ser también que, en algunas regiones, las habitaciones construídas por la comuna hayan quedado como propiedad colectiva. La relación de Castro, sobre la cual se apoya M. Trimborn para sostener la apropiación individual de casas, no concierne más que al valle de Chincha ("Relación", p. 216; Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 587). Es también posible que en algunas regiones las tierras hayan sido objeto de propiedad individual, como lo veremos más adelante.

Es natural que las reglas de transmisión, cualquiera que fuese su consistencia, varíen con los lugares. En el mismo valle de Chincha, el indio deja su haber en manos del hijo que considera más capacitado, con cargo de hacer beneficiar a los demás miembros de la familia; la mujer nunca puede heredar. (Castro, "Relación", loc. cit.). En la provincia de Huamanca, el curaca elige su heredero entre sus hijos y le lega la mayor parte de sus bienes; los demás hijos se reparten el resto en partes iguales. (D. de la Bandera, "Relación", p. 101).

del impuesto pagado por cada uno (1), disposición particularmente curiosa que permite al contribuyente cumplir holgadamente sus obligaciones para con el Fisco.

Tal vez la política incaica haya sido determinada también en cierta medida por una idea fiscal; tal vez las comunidades agrarias han sido respetadas por los monarcas peruanos, porque eran excelentes colectores de tributos, gracias a la responsabilidad solidaria de sus miembros. Esta razón ha sido bastante poderosa en ciertos pueblos para incitarlos a mantener agrupaciones amenazadas de desaparición, como hicieron los turcos con el *zadrouga* yugoeslavo, y aun para inducirlos a crear de una sola pieza asociaciones, como ocurrió en la provincia de Kaga, en el Japón, en la época feudal de Tokugawa, o en Rusia, cuando los señores generalizaron el *mir* bajo el reinado de Pedro el Grande.

En el Perú, al menos, si bien los soberanos pedían a sus súbditos tributos muy pesados, trataban primero de ponerlos en situación de soportar su peso. Para obtener impuestos abundantes hay que comenzar por acrecentar la materia imponible. Es ésta una verdad que debe recordarse en todos los tiempos.

Exigir el menor tributo a grupos que vivían a duras penas en un suelo ingrato hubiera sido condenarlos a muerte. El principio de población es la base de la política agraria de los incas.

LA POLITICA AGRARIA

Para comprender esta política, pongámonos nosotros mismo la *cusma,* o camisa india, y sigamos a uno de los úl-

(1) C. de Stefani, *"Di alcune propieta collective nell'Appennino et degli ordinamenti relativi". "Archivio per l'antropologia e la etnologia",* vol. XVIII, fasc. I, Florencia, 1888.

timos incas, que acaba de conquistar una provincia de la meseta y que, después de haber fraternizado con los vencidos en grandes fiestas, anuncia que va a organizar su territorio de manera que sea tan rico y tan próspero como los otros países ya sometidos a su poderío.

Al principio nada cambia: el curaca o jefe local sigue en sus funciones, los *ayllu* conservan sus bienes, pero un enjambre de funcionarios llega del Cuzco y se pone al trabajo. Antes de distribuir las tierras, estos funcionarios deben aumentarlas en extensión: es la lucha contra el medio, que continúa, que se intensifica.

Los agentes del inca comienzan por agrupar en aldeas a aquellos indios que se han retirado a lugares aislados, a los pucarás o emplazamientos fortificados, sea por temor, sea por encontrarse en la proximidad de algún lugar venerado (1); es la misma operación que los españoles intentarán acometer nuevamente más tarde, bajo el gobierno de F. de Toledo, y que designaran con el nombre de *reducción de los pueblos de naturales* (2). Luego los geómetras proceden, por medio de cuerdas y de piedras, a medir las tierras cultivables, y los estadísticos, al empadronamiento de los habitantes. Los hombres, las mujeres, los niños, los animales, las habitaciones, los bosques, las minas, las salinas, las fuentes, los lagos, los ríos, todo es debidamente anotado y contado, y se levanta un mapa en relieve (3).

A la vista de estos documentos el inca y su consejo deciden si ha lugar a enviar al país colonos, instructores, materiales o semillas y qué trabajos conviene efectuar. En segui-

(1) Ondegardo, "Relación", p. 16.— Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 24.— Balboa, *"Histoire du Pérou"*, cap. 9.— Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 24.

(2) J. de la Espada, "Relaciones geográficas", t. I, app. Introducción N.o 3. V. un orden de reducción: "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 18, p. 514.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 14. Damián de la Bandera, "Relación", p. 98.

da los ingenieros reúnen a los indígenas y les hacen efectuar los trabajos de nivelación y construir canales. A lo largo de los declives de las montañas hacen nivelar la tierra por medio de terraplenes sostenidos por muros de piedra no cimentados, de dos a tres metros de altura y de un metro de espesor, ligeramente inclinados hacia atrás, de manera que puedan resistir mejor la presión de las tierras que sostienen. Edifican de ese modo una especie de terrazas escalonadas, los *sucres* de los quichuas (*andenes* de los españoles), que se comunican entre sí por escaleras de piedra (1).

No solamente los indios aumentan así la superficie cultivable, sino que, además, evitan los efectos devastadores de las lluvias que arrastran la semilla. Indudablemente este procedimiento de cultivo es anterior a la época incaica, ya que se le encuentra en los países malayo-polinesios y en América misma, en regiones donde los soberanos del Cuzco no han penetrado jamás y donde este procedimiento parece remontarse a tiempos muy antiguos; pero los terraplenes debidos a los incas están mejor construídos que todos los demás (2). Esta construcción, cuando las cuestas son empinadas, exige una gran habilidad (3); Alonso Ramos cuenta que los terraplenes elevados en el lago Titicaca para plantar allí coca se derrumbaron sepultando las plantaciones (4). Todavía hoy es un objeto de admiración para el viajero ver cómo la menor parcela de tierra era utilizada y también cuán gigantescos trabajos se acometieron a veces para llevar el agua hasta campos minúsculos.

En efecto, no basta disponer de una tierra; precisa procurarse el agua necesaria para hacerla fecunda. Se com-

(1) Se hallan excelentes fotografías de estas terrazas en Bingham. *"In the Wonderland of Peru"*, ob. cit., p. 515. V. también M. Schmidt, *"Die Materielle Wirtschaft bei den Naturvolkern"*, Leipzig, 1923, p. 49.
(2) Bandelier, *"The Islands of Titicaca..."*, parte 3, n. 64.
(3) Cerca de Salamanca, por ejemplo, Isaiah Bowman. *"The Andes of Southern Peru"*. Londres, 1920, p. 59.
(4) "Historia de Copacabana", p. 8.

prende cuál era la importancia de la hidráulica cuando se piensa que, para regar las terrazas superiores en el flanco de altas montañas, el líquido debía ser transportado de muy lejos a lomo de hombres, en cántaros (1).

Los trabajos de regadío ejecutados por los indios son de tal naturaleza, que nos parecen fantásticos. Los canales, cuya longitud sobrepasa a veces de cien kilómetros, están excavados en la roca, pasan por túneles, franquean los valles sobre acueductos de una longitud de 15 a 20 metros; a menudo son alimentados por depósitos, tal como el de Nepeña, formado por un dique de piedra construído a través de una garganta y que mide 1.200 metros de largo por 800 metros de ancho. Sobre el monte Sipa, frente a Pasacancha, unos canales subterráneos forman un sistema de vasos comunicantes (2).

También aquí los indios habían comenzado a canalizar las aguas mucho antes que los incas. Los calchaquíes y los caras parecen haber sido muy expertos en esta materia, lo mismo que los chimúes, ya que los incas, para reducirlos, se vieron obligados a destruir algunos acueductos (3).

El uso del agua así traída, con grandes gastos, estaba severamente reglamentado; cada indio debía beneficiar del precioso líquido durante cierto tiempo y en un momento fijado de antemano; era castigado si descuidaba el hacerlo

(1) Joyce, *"South-American Archaeology"*, cap. 10.

(2) Joyce, *"South-American Archaeology"*, cap. 10.— Wierner, *"Pérou et Bolivie"*, p. 543.

(3) Las Casas, "De las antiguas gentes", p. 112. Bastian, *"Die Kulturlander..."*, t. 2, p. 69.— Hutchinson, *"Two years in Peru"*, ob. cit. t. 1, p. 125. Wiener refiere que un viajero, habiendo observado huellas de cultivos antiguos a algunas leguas de Trujillo, en un país desierto, buscó el canal de irrigación, descubrió sus restos, los hizo reconstruir y se hizo multimillonario *("Pérou et Bolivie"*, p. 107). Los resultados de una buena irrigación en los países cálidos de la costa han sido sorprendentes; el valle de Nazca ha sido transformado en un verdadero paraíso en tiempos muy antiguos (Markham, *"The Incas of Peru"*, cap. 12). Se encuentran todavía hoy en este valle canalizaciones subterráneas cuya huella se ignora (A. Villar y Córdova, "La educación incaica". "Revista Universitaria de Lima", 1926, p. 498).

(1). Esta reglamentación recuerda la de las comunidades de aguas españolas. "No lo hay mejor en Murcia", exclama Acosta (2).

Las canalizaciones no se encontraban solamente en países secos; existían también en países lluviosos, donde estaban destinadas a evitar los desgastes causados por los torrentes. Al exigir trabajos ejecutados en común y una reglamentación rígida, el agua era, por doquiera, un factor de solidaridad.

Una vez aumentada la superficie cultivable y regadas las tierras, se procedía al amojonamiento. Para evitar toda confusión, los expertos enviados por el inca daban nombres a cada relieve del suelo o confirmaban los que existían ya; luego delimitaban el territorio de cada comunidad colocando mojones (3). Después no les quedaba más que distribuir las tierras.

EL REPARTO DEL SUELO

En principio, el territorio de cada comunidad estaba dividido en tres partes: la primera era atribuída al sol, la segunda al inca, la tercera a la comunidad misma. Semejante división se encuentra igualmente en otros pueblos. En España misma existían en ciertas provincias tierras reales y señoriales de los habitantes debían cultivar (4) y tierras

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 4.

(2) "Historia Natural", t. 1, lib. 3, cap. 18. Recuerda también la que los mormones aplicaban a orillas del Gran Lago Salado; pero entre estos últimos cada miembro de la comunidad estaba autorizado a proveerse de agua en cantidad proporcional al trabajo que había realizado al efectuarse la construcción del canal: éste simple detalle permite medir la diferencia que existe entre el sistema autoritario de los peruanos y el sistema cooperativo de los norteamericanos (Hamilton Gardner, *"Cooperation among Mormons"*. *"Quarterly Journal of Economics"*, 1917).

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 14.— Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 24.— Betanzos, "Suma y Narración", cap. 12.— Las Casas, "De las antiguas gentes", p. 173.

(4) "Fuero general de Navarra", lib. III, título 4, cap. 6.

consagradas al culto (hermandades o cofradías de tierras), trabajadas por los miembros de las comunidades y cuyos productos servían para cubrir los gastos de las fiestas religiosas, para decir misas y para pagar los entierros (1).

Esta división tripartita es efectiva. Ha sido por error por lo que algunos autores, como Reclus, Wiener, Lorente, Pret, hablan de cuatro partes, añadiendo a las que acabamos de indicar, sea el territorio atribuído a los enfermos, viudas y huérfanos, sea el atribuído a los jefes locales (2). Pero estas partes, ¿son iguales entre sí? Algarotti, Marmontel, Spencer, Markham, Lindner, creen en su igualdad (3); Martens, más circunspecto, admite que son de igual importancia "más o menos" (4); Reclus afirma que las cuatro partes son iguales y que "el inca era, por consiguiente, el propietario real de la mitad del territorio nacional" (5). Estos juicios nos parecen erróneos.

Refirámonos ante todo a las fuentes: Ondegardo afirma que las partes variaban según la calidad de la tierra y el número de los habitantes (6); Cobo repite las afirmaciones de Ondegardo (7).

(1) J. Costa, "Colectivismo agrario en España", Madrid, 1898, p. 556.

(2) Reclus, *"Géographie Universelle"*, t. 18, p. 539; *"L'Homme et la Terre"*, t. 4, p. 431.— Wiener, *"Essai"*, cap. 4.— Lorente, "Historia Antigua...", p. 241.— Pret, *"Les Institutions sociales"*, ob. cit.

(3) Algarotti, *"Saggio sopra l'imperio degl'Incas"*. Trad. franc., p. 307.— Marmontel, *"Les Incas"*, París, 1777, p. 30.— Spencer, *"Principes de Sociologie"*. Trad. franc., t. 3, p. 774.— Markham, *"The Incas of Peru"*, cap. XI, e "Introducción a Sarmiento", p. XV.— Th. Lindner, *"Weltgeschichte seit der Volkerwanderung"*. Stuttgart, 1901-1905, t. 4, p. 423.— Hanstein declara que cultivos y cosechas estaban divididos en tres partes iguales (*"Die Welt des Inka"*, p. 34).

(4) *"Un Etat Socialiste au XVe. siecle"*, p. 62.

(5) *"Géographie Universelle"*, t. 18, p. 540. Es curioso comprobar que el gran geógrafo es uno de los autores que peor han comprendido el espíritu de las instituciones peruanas. Wiener se ha engañado completamente en su exposición del régimen agrario y es lastimoso que Reclus y varios otros autores contemporáneos hayan aceptado estas afirmaciones a ojos cerrados.

(6) "Relación", p. 18 y 32. Y también: "Carta al doctor de Liébana". "Colección de libros referentes a la historia del Perú", t. 4, p. 154.

(7) "Historia", lib. 12, cap. 28.

En segundo lugar, la desigualdad de las tres partes está en conformidad con el espíritu del sistema incaico. La primera preocupación del soberano es, en efecto, atribuir a cada comunidad un territorio suficiente para permitirle vivir, y, en consecuencia, en los países de población abundante, donde la esterilidad del terreno no permite aumentar la superficie de las tierras cultivables, las partes del sol y del inca son pequeñas; en el caso contrario, son importantes. Acosta es muy explícito: "El inca daba a la comunidad la tercera parte de las tierras. Ahora bien, aunque no puede decirse en verdad si esta porción era mayor o menor que las del inca y del sol, lo cierto es que se cuidaban de que pudiese asegurar una alimentación abundante a los habitantes de cada aglomeración" (1).

Finalmente, la desigualdad de las partes se deduce de la manera de dividir aquella que se atribuye a la comunidad. La extensión de terreno que se considera suficiente para alimentar a un hombre casado y sin hijos es una unidad económica llamada *tupu,* palabra aimará que significa medida. Se procede, pues, a un reparto según las necesidades, suponiendo que dichas necesidades sean uniformes; pero este reparto se aplica a los medios de producción y no a los productos. El indio recibe un *tupu* el día que toma mujer y ya no es alimentado por sus padres; recibe otro por cada hijo, uno por cada servidor, y solamente medio *tupu* por cada hija (2).

¿Qué es exactamente un *tupu*? Prescott señala que, según Garcilaso, el *tupu* equivale a una fanega y media, y re-

(1) "Historia Natural", t. II, lib. 6, cap. 15. Citado por Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 5.

(2) En el antiguo Japón el emperador repartía las tierras entre sus súbditos; cada hombre tenía derecho a un lote de determinada superficie, y cada mujer a los dos tercios de ese lote, la familia *(ko)* explotaba en común el conjunto de lotes pertenecientes a sus miembros (Tokuzo Fukuda, *"Die gesellschaftliche und wirtschaftliche Entwickelung in Japan"*. Stuttgart, 1900).

presenta la extensión de tierra que puede sembrarse con un quintal de maíz (1); Beuchat escribe que el *tupu* es una medida de superficie igual a una fanega española, o sea, 0,64 de área (sic) (2); J. de la Espada y Markham dan al *tupu* 60 pasos de largo por 40 de ancho (3); Castonet de Fosses le avalúa en 58 áreas; Perrone, en 64 áreas (4). Si se tienen en cuenta estos datos, el *tupu* parece ser algo bastante elástico y, según nosotros, lo era, en efecto (5). Estamos persuadidos de que los esfuerzos de los historiadores para apreciar la superficie del *tupu* son vanos, porque esta medida debía ser variable. Hubiese sido absurdo uniformar las superficies de los lotes en países diferentes unos de otros; una extensión de terreno que bastaría a una familia para subsistir en una región fértil es completamente insuficiente en una región estéril. *El tupu es simplemente el lote de tierra necesario al mantenimiento de un matrimonio sin hijos,* como lo hemos dicho, y ninguna cifra debe definirlo. Por otra parte, es ésta la razón por la que Ondegardo escribe simplemente que los lotes no excedían en mucho a lo que era necesario para

(1) Prescott, *"Histoire"*. Trad. franc., p. 63, n. 1.
(2) *"Manuel"*, p. 605, n. 1.
(3) J. de la Espada, "Biblioteca hispano-ultramarina", vol. 5., p. 53.— Markham. Trad. de la segunda parte de la "Crónica", de Cieza de León. Londres, 1883, p. 43, n. 1.
(4) Castonet de Fosses, *"La civilisation de l'ancien Pérou"*, p. 26. — Perrone, *"Il Peru"*, p. 352.
(5) La fanega, de origen árabe, nunca tuvo en España un valor idéntico en todos los lugares, sea considerándola como medida de capacidad o de superficie. Examinando cuidadosamente los diferentes valores, se nota que las diferencias de la fanega considerada como unidad de capacidad son muy inferiores a las diferencias de esta misma fanega considerada como medida de superficie. Con cerca de tres excepciones, en las provincias donde se utiliza la palabra fanega en los dos sentidos a la vez, el valor de la fanega medida de capacidad varía entre 54 y 56 litros, mientras que la fanega medida de superficie varía —aun exceptuando las 3 provincias— entre 19 y 67 áreas. Resulta entonces que la fanega es una medida de capacidad y que es usada accesoriamente como medida de superficie. Equivale aproximadamente a 55 litros, e indica por extensión la superficie necesaria para producir 55 litros de granos, superficie forzosamente variable según los lugares. Hagamos notar, además, que el *tupu* en el Perú indica una superficie y no una capacidad. La medida precolombina india de capacidad era la *poca*.

subsistir (1). Encontramos una confirmación en nuestra manera de ver en el sistema adoptado en nuestros días en la región de Casta, del Perú. El objeto del trabajo, en este caso un canal, es dividido en un número de *tupu* igual al de trabajadores, pero de extensión variable según las dificultades del terreno y según la edad y las fuerzas de cada uno. No se trata, pues, de una medida fija (2).

Este modo de distribución por *tupu* muestra que, en realidad, la comunidad es atendida primero, ya que su parte debe ser igual al número de sus miembros multiplicado por la superficie del *tupu* necesaria para hacer vivir a cada uno de ellos. El sol y el inca obtienen el resto: el excedente del suelo disponible. Hay en esta política agraria una curiosa analogía con la política que aplicamos nosotros en Marruecos y que puede ser considerada como la última palabra de la colonización moderna (3). El reparto entre el sol y el inca, del excedente así obtenido, se efectúa, a lo que parece, sin reglas precisas, inspirándose en las circunstancias. Por ejemplo, en los alrededores de los templos, el culto recibe la mayor parte; por el contrario, en la vecindad de las plazas fuertes, es el Estado el que resulta favorecido.

Garcilaso anota que la parte del inca consiste, siempre

(1) "De la orden que los Indios tenyan...", p. 102.

(2) Tello y Miranda, *"Wallalo"*, p. 533. Mc. Bride estima que el lote actualmente atribuído al jefe de familia al hacerse los repartos periódicos en las comunidades bolivianas es de 24 acres más o menos (*"The agrarian communities"*, p. 6). En la tentativa socialista realizada en China en el siglo XI, las tierras se repartían anualmente, recibiendo un lote cada grupo compuesto de 10 familias (Caubert, *"Un essai de socialisme en Chine au XIe. siecle". "Séances et travaux de l'Academie des Sciences morales et politiques"*, 1895, p. 763).

(3) Los funcionarios del protectorado calculan en cada provincia el terreno necesario a la subsistencia de una tienda; cuentan por término medio 10 hectáreas de terreno cultivable y 10 hectáreas de terreno de cañada: esto es el equivalente del *tupu* de los quichuas, y, notémoslo, es una unidad variable según el grado de fertilidad del terreno. Multiplicando esta unidad por el número de tiendas de la tribu, se obtiene la superficie de territorio que esta tribu ha de conservar obligatoriamente. Sólo el excedente queda disponible y puede ser comprado por el Protectorado (L. Baudin, *"Le régime des terres au Maroc et la colonisation francaise". "Revue des sciences politiques"*, abril de 1926, p. 203).

que es posible, en tierras que se han hecho cultivables gracias a los terraplenes, construídos bajo la dirección de los conquistadores; sabia medida que muestra hasta qué punto el soberano trata de no aparecer ante sus súbditos como un expoliador (1).

Queda por saber cómo se efectúa el reparto por *tupu* entre los miembros de la comunidad. Cuando los terrenos son de naturaleza variada, el *tupu* consiste en varios lotes separados, de modo que cada uno de los copartícipes tenga tierras de calidades diferentes que cultivar. Sucede así en nuestros días en las orillas del lago Titicaca, donde cada indio obtiene al mismo tiempo una parcela situada a orillas del lago, donde siembra trigo, otra en la falda de las colinas, donde madura la quinua, y otra en la cima, donde sólo se producen las patatas (2).

El reparto que se hace entre los miembros de la comunidad es un reparto de usufructo solamente. Se efectúa cada año entre todos los jefes de familia, aptos o no, es decir, entre los que son capaces de consumir, y no entre los que son capaces de producir. Sin embargo, si todos los autores están de acuerdo en reconocer que los lotes no pueden ser, en el Perú, ni vendidos, ni donados, ni cambiados, ya que sus detentadores no son más que usufructuarios, algunos de entre los escritores modernos no han admitido que el reparto haya sido anual. Prescott, en particular, ha querido adelantar una evolución que le ha parecido inevitable, emitiendo una hipótesis que nada justifica: "Es probable —dice— que, bajo la influencia de ese amor del orden y de ese horror al cambio que caracterizaban a las instituciones peruanas, cada nuevo reparto del suelo confirmase generalmente al ocupan-

(1) "Comentarios", lib. 5, cap. I.
(2) Mc. Bride, *"The agrarian communities"*, p. 6. Análogamente, en la región de Casta cada familia posee dos lotes o más, con el fin de poder cosechar a la vez productos de tierras frías y productos de tierras templadas (Tello y Miranda, *"Wallalo"*, p. 506).

te en su posición y el tenedor anual (*tenant for a year*) fuese convertido en propietario vitalicio *(proprietor for life)"* (1). Pero los antiguos cronistas son terminantes. "Se repartían todos los años las tierras de la comunidad", dice Acosta (2). Ondegardo lo repite, añadiendo que, en su tiempo, esos repartos anuales de los lotes se efectúan todavía "en la mayor parte del reino (3). En el mismo sentido se pronuncian Herrera y Garcilaso (4); Cobo dice haber asistido a tales repartos en ciertas provincias (5). No hay que sorprenderse de esta costumbre en un país de barbecho prolongado; ¿qué interés podía tener el indio, en efecto, en recuperar, para cultivarlo de nuevo, exactamente el mismo lote que le había sido asignado 4 ó 5 años antes?

Tampoco aquí el sistema peruano difiere mucho del que ha existido en un gran número de pueblos antiguos; en Germania, las distribuciones de tierras eran anuales, pero cada familia obtenía la superficie que deseaba, porque la población era poco numerosa (6). En la España del siglo XIX se encuentran todavía repartos periódicos de tierras colectivas en intervalos de tiempo muy aproximados; por ejemplo, cada dos o tres años en el distrito de Sayago (provincia de Zamora) (7). En Marruecos, la asamblea de tribu *(djemáa)* reparte las tierras cada cuatro o cinco años entre los aduares,

(1) *"History..."*, ed. ingl., 1847, t. I, p. 39. En el mismo sentido: Helps, *"The Spanish Conquest"*, t. 3, p. 352.— C. Ugarte, "Los antecedentes históricos", 1923, p. 354.— Latcham, "La existencia...", p. 43.— B. Cisneros, "Las Comunidades...", p. 451.— García Calderón, *"Le Pérou contemporain"*, París, 1907, p. 18, n. 1.— Wiener declara que los individuos eran usufructuarios vitalicios de los terrenos concedidos *("Essai..."*, cap. 4). F. Cosio supone que la repartición se aplicaba solamente a los lotes atribuídos cada año a las familias nuevas formadas por matrimonio ("La propiedad colectiva del *ayllu"*, ob. cit.).

(2) "Historia Natural", t. II, lib. 6, cap. 15.

(3) "Relación", p. 32.— "Copia de carta...", p. 458.

(4) Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 2. Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 5.

(5) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 28.

(6) César, *"De Bello Gallico Comentarii"*, lib. 6, par. 22 y lib. 4 par. 1. Tácito, *"De moribus Germanorum"*, par. 26.

(7) J. Costa, "Colectivismo agrario", p. 340.

y cada asamblea de aduar las reparte a su vez todos los años entre los jefes de familia.

Cuando la población aumentaba, ¿dónde se tomaba el suplemento de *tupu* necesario? Trimborn, que ve en los incas únicamente conquistadores, pretende que las comunidades estaban reducidas en este caso a desbrozar o a intensificar el cultivo de sus propias tierras. En un país de población creciente como lo era el Perú, semejante sistema habría llegado a hambrear rápidamente a los habitantes. Los incas dieron por doquier demasiadas pruebas de su deseo de permitir que la población viviese, para que podamos creer en esa hipótesis, ya que, en caso de falta de alimentos, los habitantes eran nutridos con las reservas acumuladas en los graneros del inca. ¿Qué beneficio sacaría éste con impedirles obtener las tierras necesarias cuando aquella falta amenazaba con ser permanente? Por eso, preferimos atenernos a Garcilaso y creer que los nuevos *tupu* se sacaban de la parte del soberano (1).

Era probablemente la comunidad misma la que efectuaba el reparto de las tierras entre sus miembros (2). Una vez indicados los *tupu*, eran marcados mediante cercados de piedra (3).

EL REPARTO DEL GANADO

Las reglas que se aplican al ganado son análogas a las que acabamos de indicar, pero el número de cabezas dejado

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. I. Es también opinión de De Carli, *"Delle lettere americane"*. Trad. franc., t. I, p. 230; de Propiac, *"Beautés de l'histoire du Pérou"*, p. 43, y de Beuchat, *"Manuel"*, p. 605. V. Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 586.

(2) Santillán sostiene que el gobernador estaba a cargo de estas tareas, lo que es inverosímil. Este alto funcionario desempeñaba funciones importantes que no le permitían perder su tiempo en operaciones de esa especie (Cunow, *"Die Soziale Verfassung"*, cap. 5. Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 585).

(3) Bastian, *"Die Kulturlander"*, t. 2, p. 565.

al indio es mínimo, mientras que el número de que disponen el soberano y el clero es considerable. Las tierras de cañada se dividen entre el sol, el inca y las comunidades, siendo esta última parte menos extensa que las otras dos (1). Cada jefe de familia recibe una pareja de llamas para su crianza, a las cuales no puede matar, salvo cuando estos animales se hacen viejos. Sin embargo, en el Collao, donde el número de bestias ha sido siempre muy grande, esta prohibición no existe y los habitantes pueden preparar e intercambiar carne seca (2). Además, algunas comunidades conservan rebaños no sujetos a reparto y cuya lana se distribuye entre sus miembros. En ciertas épocas, algunas bestias de estos rebaños son sacrificadas y su carne consumida (3).

No concluyamos con ligereza de este examen que el inca se haya reservado la parte del león, sobre todo en lo que concierne al ganado, porque eso sería desconocer completamente el carácter del sistema. El conjunto de las disposiciones que exponemos constituye, hablando propiamente, el *mínimum de existencia* del indio, y el excedente atribuído al inca no es consumido únicamente por éste; vuelve en gran parte al indio mismo por dos vías diferentes: la de las donaciones y la de las distribuciones de reservas. Volveremos a encontrar estos dos modos de circulación de riquezas, pero los indicamos aquí para evitar que el lector tenga una impresión falsa. Así, el inca da a los curacas, o a las personas de mérito, rebaños, que se denominan *rebaños pobres,* por oposición a los *rebaños ricos* del soberano (4). Estos últimos son, en realidad, rebaños del Estado, asignados a las necesi-

(1) Ondegardo, "Relación", p. 23.— Acosta, "Historia Natural", t. 2, lib. 6, cap. 15.— Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 29.

(2) Latcham, "La existencia...", p. 61.— Prescott exagera al decir que en principio las llamas pertenecían únicamente al inca. V. *supra* cap. IV.

(3) Cunow, *"Die soziale Verfassung"*, p. 86.

(4) Ondegardo, "Relación", p. 29.

dades de la población entera; *son empresas nacionales de crianza*.

Los rebaños se distinguen unos de otros por su color; cuando en uno de ellos un cordero no tiene el mismo tinte que su madre, se lo pone en un rebaño de color correspondiente. El matiz del cordelillo del quipo debe ser el del rebaño.

La meseta cubierta de hierba sirve de tierra de pasto, y toda la tierra regable es cultivada.

LA EXPLOTACION DEL SUELO

Una vez efectuados los trabajos de valorización y divididas las tierras, comienza la explotación. A partir de fines del mes de julio, el indio de la meseta ara; luego, en octubre, siembra, y en este momento todos los demás trabajos se suspenden, a fin de que nadie sea distraído de esta tarea. La cosecha se efectúa en mayo; para ser cosechadas en la misma fecha, la quinua y la patata deben haber sido sembradas en agosto o en septiembre. Finalmente, en junio se guardan las cosechas en las casas y en los graneros públicos (1).

En principio, cada familia de indios cultiva sus *tupu*, pero sus vecinos le aportan su concurso en caso de necesidad. Esta ayuda mutua (*minka*) se ha perpetuado hasta nuestros días (2). Por el contrario, las tierras del soberano y del culto son cultivadas por el conjunto de los miembros de la comunidad bajo la dirección y conforme a las prescripciones de su jefe. Pero debe observarse que este trabajo en común da lugar a un reparto de las tareas por individuo, reparto indispensable para evitar que cada uno no descanse en el trabajo de los otros. "Cuando varios grupos de indios em-

(1) Falcón, "Representación...", p. 152.— Bandelier, *"The islands of Titicaca"*, p. 87.

(2) Félix Cosio, "La propiedad colectiva del *ayllu*", cap. 5.— De Rivero y Tschudi, *"Antiquités Péruviennes"*, trad. franc., p. 212.— Falcón, "Representación", p. 152.

prenden una obra —dice Ondegardo—, comienzan por repartirse la tarea, que es subdividida en seguida entre cada individuo; la parte de cada uno se llama *suyo*. El que primero acaba no ayuda a los otros, pues entonces éstos no harían nada, ya que, contando cada uno con la ayuda del vecino, avanzaría lo más lentamente posible" (1).

Los *suyo* o *suyu* consisten, pues, en estrechas y largas bandas de terreno paralelas, asignadas a los *hatunrunas* en las tierras del inca y del sol. Estos lotes no deben ser confundidos con los *tupu* tomados sobre la tierra común y cuyos productos pertenecen a los que los explotan.

Uno de los grandes méritos del inca es haber hecho de este trabajo de la tierra un verdadero placer. "Los incas habían dispuesto y reglamentado este servicio de tal manera que los indios lo tuvieran por recreo y partida de placer", dice Cobo; y más adelante: "El trabajo de las tierras era una de las mayores distracciones que ellos tenían" (2). En particular, el cultivo de las tierras del soberano tomaba el aspecto de un verdadero regocijo público; los indios lo realizaban en traje de fiesta, y mientras trabajaban cantaban alabanzas al monarca. Se comprende la sorpresa de los españoles, poco habituados a mirar el trabajo como un placer. Nunca más perfecta expresión en este mundo encontró el "trabajo atrayente" soñado por Fourier (3).

(1) Ondegardo, *"De l'Etat du Pérou"*, trad. franc., cap. 12. Cobo explica que los indios se reparten el trabajo por porciones de terreno, y efectuada esta repartición, llaman a sus mujeres e hijos para ser ayudados ("Historia", lib. 12, cap. 28).

(2) "Historia", lib. 14, cap. 8.

(3) Sin embargo, F. Xavier Peñaranda nos representa el trabajo en España como una fiesta en las tierras comunales, y Juan Costa anota que este autor famoso habla de este trabajo absolutamente en los mismos términos que el padre Cobo habla de los peruanos en las tierras del inca. (Peñaranda, "Resolución universal sobre el sistema económico y político más conveniente a España". Madrid, 1789. J. Costa, "Colectivismo agrario...", p. 189). Cabet, en su *"Voyage en Icarie"* (1840), hace grandes esfuerzos de imaginación para hacer el trabajo agradable en los talleres; pero jamás en nuestros días los instrumentos serán suficientemente perfeccionados y el ambiente bastante agradable para que el obre-

EL ORDEN DE LOS CULTIVOS

El orden de los cultivos indicado por Garcilaso es el siguiente (1):

1.o *Las tierras del sol.* La divinidad ocupa el primer término. Esto es normal y es a esa divinidad a la que las tierras están reservadas y no a los sacerdotes, porque éstos no pueden usar de las cosechas del sol sino durante el tiempo en que están de servicio en el templo; y, como lo hemos visto, ese servicio se efectúa por turno. Cuando los sacerdotes no ofician, deben trabajar sus propias tierras y reciben a este efecto lotes como los demás indios.

Las tierras del sol deberían llamarse correctamente tierras del culto o de la religión, porque el sol no es el único beneficiario; toda clase de dioses secundarios, de ídolos locales, de *huaca,* tienen su parte de productos (2).

2.o *Las tierras de los incapaces,* de aquellos a quienes los españoles llaman impedidos, es decir, viudas, huérfanos, enfermos, ciegos, soldados que se han enrolado en los ejércitos.

ro halle atractivo en su trabajo. La única solución es la de los incas; es una solución de orden psicológico. El indio se sentía dichoso al sufrir en el trabajo de las tierras del monarca a quien veneraba.

M. D'Harcourt emite una hipótesis curiosa: el cultivo de los terrenos se efectuaba en medio de fiestas y cantos porque clausuraba la serie de trabajos (*"L'Amérique avant Colomb"*, p. 41). Había, en consecuencia, motivo para estar contento por haber terminado todas las operaciones agrícolas. Pero los cronistas no han compartido semejante opinión y nosotros mismos no estamos seguros, como lo veremos más adelante, de que las tierras del inca hayan sido realmente cultivadas en último lugar.

(1) "Comentarios", lib. V, cap. 2.

(2) Beuchat (*"Manuel"*, parte IV, cap. 7) escribe que los campos situados en cierto distrito alrededor del Cuzco, la ciudad santa, eran considerados tierras del sol, lo que es inverosímil. Por el contrario, Betanzos nos dice que el territorio que rodeaba al Cuzco había sido distribuído a los orejones de la capital, lo que parece ser la verdad ("Suma y Narración", cap. 12). Solamente la terraza de Colcampata, cerca del Cuzco, era consagrada al sol y cultivada por los incas. Pero es también posible que en algunas aldeas todo haya pertenecido al sol (como en Arapa, al Norte del lago Titicaca. Ondegardo, *"Report"*, p. 156) o al inca (J. de la Espada, "Relaciones geográficas", t. II, p. 18).

Estas tierras consagran el *derecho a la asistencia* de todos los que aun no pueden o no pueden ya trabajar. Ciertos indios designados en cada comunidad tienen la carga de estas tierras; cuando juzgan oportuno el momento, suben sobre cualquier lugar elevado y, tocando la trompeta, invitan a los habitantes a concurrir al trabajo.

3.o *Las tierras de los indios capaces,* es decir, de los súbditos aptos para trabajar.

4.o *Las tierras de los curacas, jefes militares y altos funcionarios.*

5.o *Las tierras del inca.* Este trabajo constituía el principal tributo pagado al soberano; no era una innovación, porque los antiguos *sinsi* lo exigían en general de sus súbditos (1).

Este orden de los cultivos es muy notable, ya que antepone los inválidos a los aptos, y los indios del pueblo a los jefes y al monarca; pero varios cronistas no están de acuerdo con Garcilaso. Ondegardo pretende que los indios trabajan sus tierras después de las de los dioses y del soberano, y Cobo repite la misma afirmación. Suárez, por el contrario, escribe que las tierras de los particulares son cultivadas antes de las del inca y del sol. Estas divergencias no nos permiten llegar a conclusiones (2).

Durante el tiempo en que se cumplen estos trabajos, los trabajadores son alimentados a expensas del beneficiario. Este principio es absoluto y lo volveremos a encontrar en to-

(1) A. de Vega, "Descripción que se hizo en la provincia de Xauxa". "Relaciones Geográficas", t. I, p. 84.

(2) Ondegardo, *"De l'Etat du Pérou"*, trad. franc., p. 301.— Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 28.— Suárez, "Historia General", t. 1, p. 218. Suárez no revela dónde adquirió esas informaciones. Garcilaso narra que un funcionario fué condenado a muerte por haber hecho cultivar las tierras de un curaca antes de las de una viuda ("Comentarios", lib. V, cap. 2 y 8). Varios autores se contentan con confirmar fielmente las afirmaciones de Garcilaso; por ejemplo, Helps, *"The Spanish Conquest"*, t. 3, p. 353; G. Buschan, *"Die Inka und ihre kultur im altem Peru"*, "La cultura latino-americana", 1915-1918, p. 424.— Beuchat, *"Manuel"*, p. 659.

dos los dominios de la producción. Cualquiera que trabaje para un tercero, aun cuando éste sea un dios, debe ser mantenido por este tercero.

LOS MODOS DE CULTIVO

Los incas se esfuerzan no solamente por extender el cultivo, sino también por intensificarlo. Cuando someten una provincia, prescriben que sea investigada la naturaleza de la tierra, para saber qué cultivo le conviene más. Desgraciadamente, el suelo ingrato de la meseta debe permanecer a menudo en barbecho durante muy largo tiempo; actualmente, en la región del lago Titicaca, las tierras descansan tres, cuatro, siete o diez años (1). En el distrito de Carangas, en Bolivia, estas cifras alcanzan 20 y hasta 30 años (2).

Los instrumentos agrícolas son muy primitivos: la reja del arado *(taclla)* consiste en un pedazo de madera duro, de cerca de un metro de longitud, achatado en una de sus extremidades, cerca de la cual están fijos dos palos en cruz. El labrador pone el pie sobre estos palos para hundir la parte achatada en el suelo. Como lo hace notar Beuchat, se trata en realidad de una especie de azada (3). La *laya* que utilizan los vascos españoles es semejante a este instrumento aratorio, exceptuando el hecho de que la *laya* es de metal (4).

(1) Bandelier, *"The Islands of Titicaca..."*, p. 80.

(2) Mc. Bride, *"The agrarian communities"*, p. 7. Resulta de ello que hacía falta una gran superficie de terreno para alimentar un número escaso de habitantes, y no hay que basarse sobre los numerosos vestigios de cultivos que se encuentran, para concluir que la población era muy densa, como declaran algunos observadores (Latcham, "La existencia...", p. 37).

(3) *"Manuel"*, p. 659. Durret habla de "algunas palas, afiladas *("Voyage de Marseille a Lima"*, p. 207). En su manuscrito inédito, Poma de Ayala representa al inca Viracocha cultivando la tierra con un instrumento de este género y a su mujer desmenuzando los terrones. (A. Means, *"Some comments"*, loc. cit.).

(4) J. de la Espada en Cobo, "Historia...", ed. de 1890, t. 3, p. 190, n. 1.

La mujer sigue al labrador quitando los guijarros y rompiendo los terrones, sea a mano, sea con una estaca encorvada, sea con una maza de piedra o de metal. Los indios con su *taclla* no trazan un surco; como lo dice el padre Cobo, abren *camellones* (1), expresión pintoresca y muy conocida por todos los que han recorrido las selvas vírgenes sudamericanas: se llama *camellones* a los hoyos regulares y profundos hechos por las pisadas de las bestias a lo largo de las pistas húmedas; son para el animal lo que es la rodada para el carruaje. El indio alínea, pues, una serie de hoyos con una habilidad que sorprende a los españoles (2).

Este trabajo, como la mayor parte de los trabajos en el Perú, se hace cantando; la melodía ritma con el movimiento; el golpe con que se hunde el aparato en el suelo marca la medida. Cuando los indios aran juntos, se ponen todos en una misma fila, cada uno en su *suyo*, si hay lugar, y hunden sus estacas cadenciosamente. Bingham nos traza el cuadro de este laboreo en común tal como lo ha visto cerca de la Raya, en el Alto Perú: "Los hombres trabajan al unísono y están colocados en una larga línea, armado cada uno de una azada primitiva o arado de pie *(foot plough)*, en el mango de la cual van fijos puntos de apoyo para los pies; se lanzan adelante con un grito, a una señal dada, y hunden sus azadas en el suelo. Frente a cada pareja de hombres hay una mujer o una muchacha que da vuelta a los terrones con la mano (3).

(1) Cobo, "Historia...", lib. 14, cap. 8. Friederici protesta con justa razón contra el nombre de arado atribuído a dicho instrumento agrícola por varios cronistas, nombre que ha inducido a error a algunos historiadores *("Der Charakter der Entdeckung"*, ob. cit., p. 285).

(2) P. Rodríguez de Aguayo, "Descripción", p. 95. Los caras del Ecuador usaban una pala de madera dura, con una muesca en el medio, que servía de mango (Verneau y Rivet, *"Ethnologie ancienne de l'Equateur*, p. 16).

(3) Bingham, *"Inca-Land"*, p. 122. Los indígenas del litoral chileno removían la tierra con una estaca larga y pesada, afilada en su extremo. En el centro y Sur de Chile las mujeres rompían los terrones con una

Los otros trabajos agrícolas: aporcadura de las patatas, escarda de los campos sembrados, se hacen a mano con una especie de azadón (1).

Sólo los hombres de 25 a 50 años son obligados al trabajo agrícola, excepción hecha de los orejones, curacas y yanaconas. Los hijos tienen la misión de proteger los sembrados ahuyentando a los pájaros. Para defenderlos de los animales salvajes, los indios rodean sus campos de un cerco de quinua, y para evitar la helada queman hojas y plantas secas, de manera que el viento extienda el humo sobre todo el cultivo (2).

Los antiguos peruanos no ignoran el uso de los abonos. Los excrementos humanos y el estiércol del ganado servían primero para fecundar el suelo; pero, cuando los incas conquistaron las orillas del Pacífico, tuvieron a su disposición los famosos guanos, todavía tan apreciados hoy, y los explotaron con ese espíritu de método y ese cuidado de prevenir el futuro que les caracterizan y que se encuentran tan raramente entre los gobernantes actuales. Las islas Chinchas, donde se encuentra el precioso guano de ave, son distribuídas entre las diferentes provincias del imperio, de manera que ningún monopolio pueda establecerse en provecho de alguna de ellas. Está prohibido, bajo pena de muerte, ma-

maza hecha de piedra perforada y fija en un palo. No hablamos de los métodos de cosecha usados en el Perú, porque no ofrecen ninguna particularidad; se sacaban las patatas con un bastón cuya punta estaba cortada en forma de cincel, se desgranaba el maíz con la mano, se cortaban los tallos de quinua con cuchillos de sílex (R. Latcham, "La organización agraria de los antiguos indígenas de Chile". "La Información", diciembre 1926, p. 359).

(1) Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 8. En la costa existe otro cultivo importante, el del algodón, pero igualmente muy sencillo. Basta cavar agujeros para enterrar la semilla y luego regar (Payne, *"History..."*, t. 1, p. 370).

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 7, cap. 5.— Santillán ("Relación", par. II) sostiene que los niños cosechaban la coca, lo que es dudoso, puesto que esta planta se desarrolla únicamente en las regiones insalubres (Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 594). Durante los dos primeros meses del crecimiento del trigo, había guardianes que vigilaban los campos (Buschan, *"Die Inka und ihre Kulture"*, ob. cit., p. 438).

tar a los pájaros y hasta molestarlos, yendo a las islas en la época de la postura (1).

Otro abono muy usado en las provincias costeras es el pescado, que se encuentra en abundancia a lo largo de las orillas (2). El cultivo se hace entonces haciendo excavaciones profundas, hasta encontrar una capa de humedad; se mantiene la tierra mediante muros de ladrillos y se siembra, haciendo con una estaca delgada agujeros, en cada uno de los cuales se entierran dos o tres granos de maíz y algunas cabezas de pescado (3).

LAS HUELLAS DE PROPIEDAD INDIVIDUAL

Tal es en su conjunto este sistema agrario que el conde De Carli y Florez Estrada consideran como el mejor sistema conocido y que no es en manera alguna comunista, como lo han afirmado tantos autores (4). Más valdría calificarlo de

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 3. Caído en el olvido el guano, fué nuevamente utilizado en el siglo XIX; su exportación a Europa empezó en 1835 a iniciativa de un francés (Middendorf, "Perú", t. 2, p. 178). Después de un largo período de explotación agotadora, el gobierno peruano volvió a obrar a principios del siglo XX. Desde el año 1908 hace evacuar las islas durante períodos de 30 meses como mínimum para permitir a los cormoranes y a los pelícanos volver y aumentar los depósitos (R. Murphy, *"The sea coast and islands of Peru"*. *"Brooklyn museum quarterly"*, 1920. Del mismo, *"Bird islands of Peru"*, Nueva York, 1925).

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 3.— Cieza de León, "Crónica". Primera parte, cap. LXXIII. "Para comprender esta costumbre, hay que saber que el mar arroja sobre la arena de las playas, varias veces por año, millares de pescados, del tamaño de las sardinas, por término medio, enfermos o muertos a consecuencia de sacudidas sísmicas submarinas seguidas de escapes de gases deletéreos (D'Harcourt, *"L'Amérique avant Colomb"*, p. 139).

(3) M. Schmidt llama a este procedimiento de cultivo: "El cultivo en profundidad", *("Tiefkultur")*. *"Die materielle Wirtschaft bei den Naturvolkern"*, ob. cit., p. 37.

(4) M. de Tezanos Pinto, "El impuesto único y la exención de impuesto a las mejoras". Buenos Aires, 1923, p. 44. "El sistema que acabo de presentar es indudablemente el mejor de todos los que se han podido imaginar en nuestro hemisferio, porque no solamente los ciudadanos debían ser felices con aquel sistema, sino que aun era necesario que lo

colectivista, ya que el indio posee privativamente la cosecha de su *tupu*.

Los otros bienes que eran objeto de propiedad privada son la casa, el cercado, los árboles frutales, algunos animales domésticos y los muebles, que consisten sobre todo en utensilios domésticos. La propiedad inmobiliaria, limitada a la habitación y al jardín adyacente, se encuentra entre muchos pueblos antiguos, en la Roma antigua, entre los germanos, en Java, en Rusia (1).

Todos estos bienes no forman sin duda sino un miserable peculio, como lo dice Lorente (2); pero por la voluntad del soberano pueden añadirse a ellos otros más importantes.

La principal fuente de propiedad individual consiste en las donaciones del inca. Sólo el soberano puede injertar en los regímenes existentes, que no ha modificado, un modo nuevo de poseer que es su obra. Estos donativos consisten en mujeres, tierras, llamas, vestidos, objetos preciosos; están destinados a recompensar servicios prestados, brillante conducta en la guerra o construcción de grandes trabajos (3); pueden tener también un objeto político cuando son hechos

fuesen a pesar de su propia voluntad". (De Carli, *"Delle lettere americane"*. Trad. franc., t. 1, p. 233). Este sistema es calificado de comunista por Morua ("Historia", p. 114), Prescott ("El pueblo no tenía nada que mereciere el nombre de propiedad". *"Histoire"*. Trad. Franc., p. 172). Cronau *("Amerika"*, t. II, p. 101), Suárez ("Historia General", t. 1 p. 218), Brehm *("Das Inka-Reich"*, p. 40), Moireau, *("Histoire générale"*, t. IV, p. 961), Castaing *("Le communisme al Pérou)*, Reville, *"Histoire des réligions"*, t. 2, p. 285), Villar y Córdova ("La educación incaica", ob. cit., p. 520), J. Prado y Ugarteche ("Estado social del Perú durante la dominación española", Lima 1894, p. 150), Friederici *("Der Charakter der Entdeckung"*, ob. cit., p. 250). "El *ayllu* no era un falansterio donde se conservaban los productos en común para que todos gozaran de ellos igualmente". (F. Cosio, "La propiedad colectiva del *ayllu"*, loc. cit.).

(1) Los economistas dedujeron de esto la regla de que la propiedad inmobiliaria se manifiesta primeramente bajo esta forma (Colson, *"Cours d'Economie Politique"*. Ed. déf., París, 1918, t. 3, p. 34. Leroy-Beaulieu, *"Le collectivisme"*, París, 1893, p. 114).

(2) "Historia Antigua", p. 247.

(3) Ondegardo, "Relación", p. 37.— P. Pizarro, "Relación", p. 271. También fué el inca Pachacutec el que, según Morua, adoptó el sistema de las donaciones ("Historia", p. 137).

a los curacas (1). Las tierras recibidas en donación son inalienables; son transmisibles por herencia, pero no pueden ser divididas entre los herederos; éstos las poseen colectivamente; uno de ellos está encargado de la dirección de los bienes, y es el que "representa al difunto", como lo dice Ondegardo (2), y el que reparte los productos por cabeza, de manera que cada descendiente tenga una parte igual. Este modo de transmisión es característico (3). Los hijos del difunto son considerados como personas con derechos iguales, pero no por esto los bienes son divididos en partes iguales y distribuídos; todo permanece en común; sólo los frutos son distribuídos, y lo son obligatoriamente, aunque los descendientes se hagan tan numerosos que cada uno no obtenga nada más que una espiga de maíz. Este sistema no implica, por otra parte, infracción a la regla que establece que *nadie puede aprovechar de un fruto que no ha contribuído a producir,* salvo las excepciones previstas por la ley del inca. El que está ausente en la época de las siembras no tiene derecho a ninguna porción de la cosecha (4).

(1) Frecuentemente, en las tribus primitivas, la aceptación de un don por un individuo que no lo retribuye haciendo a su vez una donación señala la subordinación del donatario al donador.

(2) *"De l'Etat du Pérou"*, trad. franc., p. 37. Por otra parte, Ondegardo refiere que este heredero representa el *ayllu* (*"Report"*, p. 162), pero en este caso la palabra *ayllu* es interpretada en un sentido particular: indica el conjunto de los descendientes del donador, considerado como el jefe de una dinastía; hemos visto que el inca constituye un *ayllu* en estas condiciones, y tal vez por analogía los cronistas usaron la misma palabra para indicar la familia descendiente del donador y colectivamente propietaria de los bienes que este último ha recibido. Este *ayllu* sui generis nada tiene que ver con el verdadero *ayllu*, cuyo donatario, como también toda su familia y descendientes, forma parte de él. Preferible es usar esta palabra sólo en este último sentido, para evitar confusiones.

(3) Las reglas aplicables a las donaciones eran las mismas, sea tratándose de terrenos como de ganado. Los animales donados por el inca no podían ser alienados y quedaban como propiedad común de los herederos del donatario (Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 29). Según Matienzo, los incas habrían donado tierras en propiedad perpetua a los indios encargados de cultivar la coca (Latcham, "La existencia de la propiedad", p. 51).

(4) Ondegardo, *"Report"*, p. 162, copiado por Cobo, "Historia", lib, 12,

Como el inca era sobre todo muy generoso para con sus orejones, que habitaban en su mayor parte en el Cuzco, resultaba de ello que la tierra estaba tanto más individualizada cuanto más se aproximaba uno a la capital. Los incas no tenían, pues, ninguna simpatía particular por el colectivismo agrario.

El sistema peruano, a la inversa del sistema platónico, reservaba el derecho de propiedad a la *élite*.

Es posible que la propiedad privada haya tenido otra fuente. Entre los indios modernos, como entre los germanos, el que desbroza una tierra inculta y no apropiada tiene el derecho de gozar de ella a título privativo (1). Pero esta constitución de propiedad individual por vía de ocupación ha debido ser rara en el Perú, donde faltaba el suelo cultivable. Los cronistas no hablan de ella. Latcham la anota como supervivencia actual del pasado (2). Finalmente, según el mismo autor, habría comenzado a constituirse una propiedad territorial individual en provecho de los curacas, antes de la conquista de los incas; ella habría subsistido, naturalmente, bajo la dominación de estos soberanos.

La propiedad procedente de donaciones es una perfecta propiedad individual; pero se presenta con caracteres especiales que la distinguen de la propiedad quiritaria del derecho romano, ya que no es absoluta. Es, sin embargo, muy diferente a la propiedad colectiva: las tierras que son objeto de ella son sustraídas a los repartos periódicos y transmitidas a los descendientes del propietario.

Hay dos escollos que evitar cuando se examina la historia del derecho de propiedad en el Perú; uno, el de querer

cap. 28. De Carli alude a la nota que nosotros mencionamos en el texto, y el autor de la traducción francesa de sus *"Lettres américaines"* escribe en nota: "Hemos desconocido siempre esta justicia en las operaciones de servicio personal" (corvées). (T. I, p. 242, n. 1).

(1) Esmein, *"Cours élémentaire d'histoire du droit public francais"*. París, 1921. 14.a ed., p. 42.

(2) Latcham, "La existencia de la propiedad", p. 39, n. 1.

a toda costa descubrir en los hechos una aplicación de la ley clásica de evolución: propiedad común, colectiva, familiar, individual, sucediéndose una forma a la otra armoniosamente; y el otro, el de negar la existencia de tal ley bajo pretexto de que no se cumple claramente ni siempre. A todas luces, parece que esta evolución es exacta en su conjunto, pero que se realiza a saltos, que es susceptible de retrocesos parciales (1). V. de la Torre, defensor de la tesis clásica, anota que en la provincia de Huánuco el derecho de herencia estaba más extendido que en las provincias del Cuzco o de Charcas (2). ¿Qué quiere decir esto, sino que en la primera de estas regiones, conquistada tardíamente por los incas, ciertas instituciones habían continuado evolucionando, mientras que esta evolución se encontraba interrumpida en los otros territorios sometidos a la dominación de los soberanos peruanos?

La tendencia a la individualización fué detenida por la aplicación del sistema socialista incaico, y la "cuasi propiedad" constituída por donaciones permaneció como una excepción (3).

Para confirmar este punto de vista sería interesante establecer qué otros pueblos sudamericanos de la meseta habían alcanzado la etapa de la propiedad individual. El régimen incaico aparecería entonces como una regresión. Desgraciadamente, carecemos de documentos.

Velasco pretende que las tierras eran propiedad individual y que se transmitían por herencia entre los caras del

(1) Así en el Japón, en el siglo XVII, a la propiedad individual sucedió la propiedad colectiva.

(2) V. de la Torre, "Régimen", p. 405.

(3) Según V. de la Torre, los incas, habiendo sometido a pueblos que conocían ciertas formas de propiedad individual, han debido sufrir su influencia ("Régimen", p. 400). No opinamos lo mismo. Los vencedores sufrieron la influencia extranjera en los aspectos en que eran inferiores a los vencidos, pero en manera alguna en materia jurídica y administrativa.

Ecuador, pero se limita a afirmarlo en dos ocasiones sin dar ninguna explicación. Consideramos esta información como sospechosa. El autor, visiblemente, no se ha dado cuenta de la importancia de sus afirmaciones; trata de establecer contraste entre los caras y los incas. He aquí los dos pasajes: "El derecho de propiedad era habitual y los muebles e inmuebles se transmitían por herencia". "En el reino de Quito las tierras eran antiguamente objeto de apropiación y se veían en esto las mismas desigualdades y las mismas miserias que en el mundo entero; he ahí por qué los habitantes se conformaron con la nueva institución, no solamente sin repugnancia, sino con placer" (1). Le segunda parte de esta última frase es manifiestamente tendenciosa, porque los ecuatorianos opusieron, por el contrario, una encarnizada resistencia a los incas y no se habían reconciliado con ellos ni siquiera en tiempos de la conquista; por eso es verosímil que la primera parte sea tan carente de fundamento como la segunda. Por lo demás, si la propiedad había sido individual entre los caras, los incas no la habrían hecho colectiva, ya que dejaban subsistir las costumbres locales. Los quiteños no habrían tenido, pues, que "conformarse a una nueva institución".

Cevallos (2) y Suárez reproducen las afirmaciones de Velasco, pero el primero carece en general de sentido crítico y la actitud del segundo puede explicarse por la confusión que hace entre el colectivismo agrario y la organización socialista establecida por los últimos soberanos del Cuzco. Opina que los caras, antes de la conquista incaica, debían naturalmente ignorar todo del sistema socialista organizado por estos últimos, y que, a falta de pruebas contrarias, debemos creer en la existencia de la propiedad privada entre ellos. Es así, al menos, como nos explicamos el adverbio "in-

(1) "Historia", t. 2, págs. 7 y 53.
(2) "Resumen de la historia", t. 1, p. 28.

dudablemente", que contiene la frase del eminente historiador(1).

Según V. Restrepo, la propiedad individual de las tierras existía entre los chibechas de Colombia; los muebles e inmuebles se transmitían por herencia a las mujeres y a los hijos, y sólo los bosques eran comunes (2). Piedrahita agrega que el soberano de Bogotá heredaba bienes pertenecientes a aquellos de entre sus súbditos que morían sin herederos legítimos (3); pero estas indicaciones son insuficientes, porque los historiadores españoles, como lo observa Beuchat (4), no se ocupan más que de los caciques, y el derecho de propiedad individual y de herencia podía muy bien no haber existido más que en la casta superior.

En ciertas regiones de Chile se había constituído, antes de la conquista incaica, una cierta especie de propiedad territorial; pero no era absoluta, porque el propietario no podía vender sus tierras sino a otro miembro de la comunidad. Latcham cita curiosas declaraciones de testigos, con ocasión de un proceso que tuvo lugar hacia 1560, y que se relacionaba con enajenaciones efectuadas anteriormente a la llegada de los españoles. Esta propiedad se había mantenido, como las otras instituciones locales, bajo el reinado de los incas (5).

Este sistema peruano en su conjunto es muy complejo. Los españoles no debieron sorprenderse al encontrar tierras

(1) "El comunismo sofocante de los incas no estaba establecido entre los caras y los individuos gozaban sin duda alguna del derecho de propiedad, poseyendo sus bienes y legándolos a sus sucesores" (Suárez, "Historia General", t. 1, p. 91). Suárez no distingue entre la reglamentación socialista, efectivamente "sofocante", y el sistema de las comunidades agrarias; la primera es propia de los incas; la segunda, al contrario, se encuentra en todos los pueblos; los caras ignoraban una, pero no la otra.

(2) Restrepo, "Los Chibchas", cap. XI.

(3) Piedrahita, "Historia General", primera parte, libro 2, cap. 4.

(4) *"Manuel"*, pág. 553.

(5) R. Latcham, "El estado económico y comercial de Chile prehispánico". "La Información", octubre de 1925, pág. 252. "El régimen de la propiedad entre los indios de Chile". "La Información", febrero de 1927, pág. 101.

colectivas en América, ya que las había entre ellos en esa época, pero han debido quedar a veces desconcertados, al principio al menos, ante esa multiplicidad de derechos. Cierto número de entre ellos se han preguntado si, en definitiva, no era el inca el verdadero propietario de todas las tierras del imperio, el que retenía el *dominio eminente* y concedía el *dominio útil.* Esta teoría tenía la ventaja de permitir al gobierno español considerar, después de la muerte del inca, todas las tierras como bienes *vacantes* y, en consecuencia, disponer de ellas según su leal saber y entender. Esa opinión ha sido naturalmente sostenida por F. de Toledo, y está expuesta en los resultados de la encuesta que este virrey hizo llevar a cabo (1). Un gran número de autores la han reproducido simplemente porque cuadraba bien con su concepción de un Estado autocrático; tal sucede con Anello Oliva, Beuchat y Brehm. Hanstein escribe que "toda tierra, toda propiedad, todo producto del suelo pertenecían al inca"; e igualmente Ch. Mead: "Todo en el imperio pertenecía al inca" (2). Pero otros escritores, cuidadosos de mostrar que los derechos anteriores subsistían y que el inca tenía por único objetivo percibir tributos, estiman que los verdaderos propietarios de todo el suelo peruano eran los *ayllu;* tal sucede con Cunow y Trimborn (3).

Parece, en primer lugar, que *las tierras comunes* per-

(1) "Informaciones". "Colección de libros raros o curiosos", t. 16, pág. 202.

(2) Beuchat, *"Manuel"*, parte 4, cap. 7.— A. Oliva, *"Histoire du Pérou"*. Trad. franc., p. 40. Según este autor, Manco-Cápac habría decretado por una ley que todo, terrenos, animales y plantas, era de su propiedad personal. Ningún otro escritor repite esta extraña afirmación. "Toda tierra, dice Brehm, todo bien, todo producto, toda fuerza productiva, pertenecía al inca; él era el principio y el fin de todo" (*"Das Inka-Reich"*, pág. 220).— Hanstein, *"Die Welt des Inka"*, p. 33.— C. Mead, *"Old civilizations"*, p. 59.— Según Perrone, toda la tierra habría sido considerada como propiedad del sol. (*"Il Peru"*, p. 348).

(3) Cunow, *"Die Soziale Verfassung"*, p. 96. M. Trimborn observa irónicamente que Cunow se apoya sobre un pasaje de Santillán que tiende a probar exactamente lo contrario (*"Der Kollektevismus"*, p. 583).

tenecían al *ayllu*. Cobo piensa que el inca tiene la propiedad y el pueblo el usufructo solamente de estas tierras (1). Pero el licenciado Falcón es completamente afirmativo: "Se equivocan —escribe— los que pretenden que el inca daba y retiraba las tierras a quien quería"; y más adelante, el mismo autor anota que si las comunidades indígenas no hubiesen sido propietarias de sus tierras, no habría habido conflicto entre ellas a este propósito ni procesos sostenidos ante los jueces del inca (2). Ondegardo hace observar igualmente que en los primeros tiempos de la conquista surgían conflictos relativos a la propiedad territorial entre las comunidades populares (3).

En cuanto a las otras tierras, encontramos, en segundo lugar, una indicación muy clara en la relación de Damián de la Bandera. Según él, las tierras llamadas del inca no pertenecían en modo alguno al monarca; eran propiedad de las comunidades populares (4). P. Rodríguez de Aguayo declara que los tributos pagados al inca no eran debidos en razón de una propiedad legítima del soberano, porque éste no era propietario del suelo, el cual pertenecía a los caciques y a los indios (5). Ondegardo afirma igualmente que las tierras cuyos productos servían para pagar tributo eran propiedad de los habitantes, y declara injusta la adjudicación de estas tierras a los españoles (6).

Fué solamente con ocasión de la llegada de los europeos cuando la cuestión de saber si existía en provecho del inca

(1) Cobo, "Historia", libro 12, cap. 28.
(2) Falcón, "Representación", p. 148-149.
(3) "Relación", p. 33.
(4) "Esos lotes de terrenos en los que se sembraba para el inca son los que los indios y los españoles llamaban del inca, pero, en realidad, no eran del inca, sino de las comunidades, de las mismas aldeas, que los consideraban y guardaban como bienes propios desde su creación" ("Relación", p. 102). En el mismo sentido, Acosta, "Historia Natural", tomo 2, libro 6, cap. 15.
(5) "Descripción", p. 96.
(6) "*Report*", p. 157.

una especie de dominio eminente podía presentar algún interés. Mientras reinaban los soberanos del Cuzco, su derecho de propiedad, si existía, era tan teórico como en Inglaterra el principio de que toda la tierra pertenece a la corona. Sin duda que ese derecho ni siquiera estaba definido, y, en consecuencia, las controversias sobre este punto corren el riesgo de ser banas (1).

En resumen, coexistía una triple propiedad inmobiliaria, siendo la tercera la menos importante:

1.ª *Propiedad nacional* (del Estado): edificios públicos, tierras, pastos, selvas en países poco boscosos, plantaciones de coca, minas.

2.ª *Propiedad colectiva* (de las comunidades), sea con explotación común (tierras de cañada, bosques en países muy boscosos), sea con explotación familiar (tierras cultivables) (2).

3.ª *Propiedad privada:* casa, cerco y tierras provenientes de donaciones (3).

(1) Según Latcham, aun el soberano no debía considerarse sino como el "propietario nominal" de las tierras ("La existencia de la propiedad", p. 34). Means declara, junto con V. de la Torre, que los jefes en una época anterior a la de los incas usurparon poco a poco el "derecho del dominio eminente", convirtiéndose los habitantes en simples usufructuarios (Means, *"A study"*, p. 438.— V. de la Torre, "Régimen", p. 403).

(2) Cuando varios *ayllu* habitaban en un mismo pueblo, es muy probable que los bosques, y tal vez también las tierras del trayecto, fueran comunes a todos esos *ayllu*, en la *marka* (Garte, "Los antecedentes", 1923, p. 356.— Zurlalowski. "Observaciones", p. 490).

(3) Trimborn se pregunta dónde tomaba el inca las tierras con que hacía donaciones, y contesta con lógica: en su propia parte (*"Der Kollektivismus"*, p. 588). Esta parte, como lo hemos visto, era apartada en lo posible de los terrenos que se habían hecho cultivables por los cuidados de los agentes del soberano; sin embargo, algunas veces esta porción debía extenderse sobre una fracción del terreno ya trabajado por la comunidad y comprendía los bienes de los curacas desposeídos por los incas o de los habitantes trasladados y no reemplazados. Por esta razón, estallaron conflictos en el momento de la conquista española, entre los indios que recordaban haber poseído una tierra antes de la llegada de los incas y pretendían hacer revivir su derecho y los que se decían legítimos propietarios de la misma tierra, como si la hubiesen recibido del monarca peruano. (Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 2).

LA COMUNIDAD AGRARIA DESPUES DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

En el momento en que Pizarro descubría el Perú, se constituía en España una escuela que trataba de hacer reconocer un derecho eminente del Estado sobre todo el territorio dependiente de la Corona. Gregorio López, Pedro Belluga, Jacobo Cáncer, admitían el derecho de expropiación por el soberano, sin indemnización; Sepúlveda, Herrera, Cevallos, aplicando sus doctrinas a las nuevas posesiones de ultramar, proclamaban que la tierra peruana era propiedad del rey de España; y fué en vano que Covarrubias, Acosta y Las Casas hiciesen notar que la bula del papa Alejandro VI confería a los españoles el derecho de convertir a los indios, pero no el de desposeerlos de sus bienes (1).

El rey, propietario de toda tierra, conforme a las disposiciones de la cédula del 1.º de noviembre de 1591, dictó, sin embargo, reglas de una gran moderación. En principio, conservó los dominios del inca y entregó a la Iglesia Católica los del sol, división que ha subsistido hasta nuestros días en el departamento de Puno, bajo el nombre de *aymas* del Estado, *aymas* de la Iglesia (2). En cuanto a las tierras y pastos de las comunidades, fueron dejados a éstas (3).

(1) Cárdenas, "Ensayo sobre la historia de la propiedad territorial en España", ob. cit., t. 2, págs. 201-208. Sobre la controversia entre Las Casas y Sepúlveda v. Toribio Medina, "Biblioteca Hispano-Americana", t. 1, p. 245.

(2) Quiroga, "La evolución jurídica de la propiedad rural en Puno", Arequipa, 1915.

(3) "Recopilación de las leyes de las Indias", lib, 4, tít. 12. "Ordenanza real de 1541". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 18, p. 5. El sistema de explotación colectiva de tierras asignadas a los incapaces inspiró la organización de una de las más importantes instituciones de América Latina, la de las Cajas de comunidad. Estas cajas, encargadas de mantener los hospitales, socorrer a los pobres y afrontar los gastos de las misiones, recibieron las tierras dadas en encomienda y restituídas a la muerte de los encomenderos y las hicieron explotar colectivamente. La

Fué la institución de los repartimientos lo que vino a trastornarlo todo. El rey de España repartió las tierras entre sus súbditos, con encargo de que éstos las hiciesen cultivar por los indígenas.

Desde antes del descubrimiento del Perú, este sistema fué reemplazado por el de la encomienda, cesión hecha por el rey de sus derechos y de sus deberes a ciertos privilegiados, a título de recompensa. La encomienda era una verdadera colaboración entre el español y el indígena; el primero debía instruir al segundo en la fe católica, defenderlo y dirigirlo; el segundo debía trabajar para el primero. Esta delegación real era temporal, no podía durar más que en vida del titular y la de su heredero: "la encomienda era por dos vidas", se decía, y no debía ser atribuída sino a personas de mérito (1). El encomendero debía residir en el territorio que le era asignado, y su privilegio le era retirado si maltrataba a los indios (2). Este sistema, importado al Perú en tiempos de la conquista, fué mantenido durante el

opulencia de dichas cajas fué considerable durante la época colonial (Viñas y Mey, "El régimen de la tierra en la colonización española". "Humanidades", La Plata, t. 10, 1925, p. 85 y siguientes).

(1) Instrucción al licenciado de la Gasca, 10 de febrero de 1546. "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 23, p. 510.— Helps, *"The spanish conquest in America"*, t. 4, p. 102, 236, 239.— Herrera, "Historia General", dec. 8, lib. 10, caps. 18, 19, 102, 236, 239. No hay que olvidar que los conquistadores corrían grandes peligros, para ellos mismos y para el capital que habían invertido en sus empresas; la encomienda era para ellos la recompensa. He aquí cómo Solórzano define la encomienda. "Un derecho concedido por merced real a los beneméritos de las Indias para percibir y cobrar para sí los tributos de los indios, que se les encomendaron por su vida y la de un heredero, conforme a la ley de la sucesión, con cargo de cuidar del bien de los indios en lo espiritual y temporal y de habitar y defender las provincias donde fueren encomendados y hacer de cumplir todo este homenaje o juramento particular". ("Política Indiana", Madrid, 1648, lib. III, c. 1). La historia de la encomienda es la historia de la lucha entre los colonos y el poder real. Las encomiendas fueron primeramente asignadas a los beneficiarios por la duración de su vida solamente; luego, en 1536, por "dos vidas" (ley de sucesión). Su abrogación en 1542, a instancias de Las Casas, provocó la revuelta de Pizarro y fueron restablecidas en 1545. Los colonos obtuvieron la concesión de "una tercera vida", en 1629, y el sistema no desapareció sino en el siglo XVIII.

(2) "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 16, p. 390-400; t. 18, p. 201; t. 19, p. 97.

siglo XVI, a pesar de las dos abolíciones momentáneas de 1523 y 1542. De hecho, los encomenderos abusaban de su situación para reducir a los indios a la servidumbre, a despecho de las medidas protectoras tomadas por la corona y los esfuerzos del clero. Francisco Pizarro dió a Gonzalo, su hermano, en repartimiento, el distrito entero de Charcas, que comprendía las minas de Porco y Potosí; de ahí las órdenes de los reyes de España relativas a reducir los repartimientos de exagerada importancia (1). El encomendero tendía a tener la plena propiedad de la tierra; los indios eran asimilados a bienes muebles que se alquilaban con ella (2). En consecuencia, las comunidades eran absorbidas por los grandes propietarios españoles y veían su derecho de propiedad transformarse en un derecho de usufructo colectivo (3); pero dichas comunidades subsistían y permanecían ligadas al suelo que las había visto nacer (4).

Sin embargo, sucedía frecuentemente que el encomendero se aprovechara de su situación para apoderarse de una fracción del dominio colectivo, apartando completamente a los legítimos propietarios; no dejaba de hacerlo cuando un indio moría sin heredero, costumbre que se perpetuó a pesar de las disposiciones formales de la cédula del 12 de julio de

(1) "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 16, p. 389.

(2) V. las ordenanzas reales que prohibían vender indios, ya solos, ya con tierras o con minas ("Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 18, p. 231 y 301; t. 19, p. 19 y 158.— F. Cossio, "La propiedad colectiva del *ayllu*", cap. 4).

(3) "Tierras usufructuadas mancomunadamente", dice J. Frisancho ("La propiedad agraria y el caciquismo Inca", abril 1923).

(4) No hay que confundir este repartimiento con un procedimiento que tenía el mismo nombre y que consistía en una distribución de mercaderías hecha por los alcaldes principales a los indios. Estos últimos estaban obligados a recibir las mercaderías a un precio elevado y debían pagarlas por despachos de productos cotizados a bajo precio. Carlos III abrogó esos repartimientos. (Colmeiro, "Historia de la economía política en España", Madrid, 1863, cap. LXXVIII). M. Sobreviela y Narcisso y Barcelo toman la palabra repartimiento en este último sentido en su obra *"Voyages au Pérou"* (t. II, p. 180).

1720. En este caso, las usurpaciones de los blancos podían llegar hasta a un desmembramiento de la comunidad.

Más destructor ha sido el sistema de la *mita,* que consistía en el establecimiento de un servicio personal obligatorio, por turno, de donde proviene su nombre de *mita,* que en quichua quiere decir vez. En principio, un habitante por cada siete, y algunas veces uno por cada seis o cinco, podía ser empleado por turno durante un año, como máximum (1). El mitayo servía en las minas, las postas, las plantaciones de coca; no podía ser empleado a más de cierta distancia de su domicilio y debía ser pagado y devuelto una vez cumplido su tiempo; pero a menudo se le guardaba abusivamente bajo cualquier pretexto; su salario era absorbido por el precio excesivo del alimento suministrado por el empresario —lo que llamaríamos hoy *truck-system*—, y resultaban de ello las peores consecuencias: mortalidad exagerada en las minas, fuga de los indios, despoblación y destrucción de la comunidad agraria (2).

(1) Juan y Ulloa, "Noticias Secretas", p. 267. "Relación del Marqués de Montesclaros". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 6, p. 209.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 6, cap. 10.

(2) Los soberanos españoles no ignoraban estos males, que les fueron señalados en varias ocasiones, y dieron vanamente instrucciones para ponerles remedio. V. las cartas del rey a L. Velasco, del 12 de julio de 1600 y del 24 de noviembre de 1601 ("Colección de documentos del Archivo de Indias", tomo 19, p. 121 y 151). Al comienzo, la *mita* formaba parte del tributo de la encomienda; se desprendió de ésta al abolirse el servicio personal (v. p. 303, n. 2). Juan y Ulloa, en sus famosas "Noticias Secretas", nos traza un impresionante cuadro de la angustia del mitayo. En el Paraguay llamaban mitayos a los indios sometidos voluntariamente y que, a guisa de tributo, trabajaban dos meses al año por cuenta de los españoles, sin ser remunerados (Lugones, "El Imperio Jesuítico", ob. cit., p. 135). Un manuscrito inédito de los Archivos de Indias en Sevilla titulado "Descripción geográfica, histórica, física y política de la Villa Imperial y Cerro Rico de Potosí y de los Partidos de Porco, Choyanta, Chichas o Tarija, Lipez y Atacama", fechado en 1789, da la cifra de 418 mitayos por relevo de un séptimo para la mina de Porco (cap. IX) y de 14,248 mitayos por relevo de un tercio en la mina de Potosí (cap. VI), en 1578, bajo el virreinato de F. de Toledo. Respecto a la fuga de la *mita* y la decadencia de esta institución, v. "Memorias de los virreyes que han gobernado en el Perú durante el tiempo del coloniaje español". Lima, 1859, p. 240-245.

La *mita* cayó bastante rápidamente en decadencia, a causa de la negligencia de los funcionarios españoles, pero los virreyes se esforzaron siempre en mantener esta institución, que juzgaban de una importancia vital. El marqués de Montesclaros, en 1608, exigió que los corregidores enviaran al jefe de cada grupo de mitayos que abandonaban su circunscripción una lista de estos mitayos firmada por ellos a fin de permitir el control.

A pesar de todo, la comunidad subsistió bajo la dominación española. El virrey F. de Toledo la reconoció en 1581 (1).

Ha sido la República peruana la que ha asestado al sistema indígena los golpes más rudos. Una extrema tendencia individualista se hizo patente desde la época de las guerras de la independencia, y las comunidades fueron abolidas por Bolívar (decretos del 8 de abril de 1824 y de 4 de julio de 1825), pero el gran hombre de Estado americano no ignoraba los peligros que implicaba tal medida. El indígena bruscamente libre de tutela, imprevisor y deslumbrado por su propia fortuna, es una presa fácil para el especulador extranjero. Todos los repartos han probado que, al lado de los espíritus reflexivos que encuentran en la propiedad un motivo de esfuerzo y un medio de progreso, figuran los débiles, los indolentes, los incapaces, que venden sus lotes y, una vez desarraigados del suelo, parten a la deriva en la vida, como navíos que han roto sus amarras. La propiedad individual, como la libertad, exige un aprendizaje y no puede más que provocar desastres en los pueblos que no se hallan preparados para recibirla (2).

(1) "Recopilación de leyes de las Indias", libro IV, título 12, ley 18.— B. Saavedra, "El *ayllu*", p. 161.— O. von Buchwald, "Propiedad rústica. Sociedad jurídico-literaria" (de Quito), enero 1920.

(2) Louis Baudin, *"Le régime des terres au Maroc et la colonisation francaise"*, ob. cit., p. 196.

Por eso Bolívar limitaba el derecho de propiedad de los indios, prohibiéndoles enajenar la tierra durante 25 años, medida análoga a la que hemos aplicado hoy en Marruecos, después de haber pasado por crueles experiencias en Argelia (1). Pero los peruanos no comprendieron cuán prudentes eran las disposiciones del Libertador; una ley del 23 de marzo de 1828 declaró que los indios que supiesen leer y escribir podían vender sus tierras libremente, y el Código Civil de 1852 estableció la propiedad quiritaria y el reparto igual de las herencias. Así, no dejaron de producirse abusos, provocando quejas y aun amenazas de revuelta. Hay que reconocer que a este respecto los virreyes de España han sido infinitamente más sabios que las asambleas republicanas del Perú.

Por fortuna, la fuerza de la tradición en la América del Sur es tal, que las comunidades han subsistido a despecho de los textos que las condenaban a desaparecer. A fines del siglo XIX, la ley continuaba ignorando estas agrupaciones, pero el gobierno no se empeñaba ya en destruirlas. Por eso ha podido formarse un derecho consuetudinario indígena, que los juristas han estudiado: la familia ha quedado como empresa de trabajo colectivo, en la cual los hijos, aun los mayores, dependen del padre mientras son célibes.

Sin embargo, poco a poco las teorías han debido ceder ante los hechos; las comunidades de indígenas han recibido el beneficio de juicios favorables. (Sentencias de la Corte Suprema de fechas 31 de marzo de 1909, 1.º de julio de 1911, 2 de abril de 1912, 6 de diciembre de 1917, 1.º de mayo de 1918); leyes especiales las han tenido también en cuenta (artículo 235 del Código de Aguas); finalmente, el artículo 58 de la Constitución de 1920 ha reconocido su existencia,

(1) En Marruecos los lotes no pueden ser vendidos ni hipotecados durante 10 años.

y el artículo 41 del mismo texto ha declarado la imprescriptibilidad de sus bienes (1). Desde entonces, las medidas que les conciernen se han multiplicado: un decreto del 24 de junio de 1925 ha ordenado proceder al establecimiento de planes catastrales de las propiedades colectivas; un decreto del 28 de agosto del mismo año ha establecido un registro oficial de las comunidades, y un decreto del 8 de enero de 1926 ha reglamentado la irrigación de las tierras pertenecientes a estas agrupaciones (2). Ningún texto, sin embargo, ha previsto todavía la representación legal de éstas; una acción contra la comunidad debe ser dirigida contra todos los que la componen y ningún miembro debería obligarse a contrato por cuenta de los otros: por ejemplo, nadie debería obtener un préstamo hipotecario que tenga por prenda la tierra común. En consecuencia, cuando un desacuerdo surge entre los miembros, el grupo se encuentra paralizado y se suscitan querellas intestinas, de las que los extraños intentan aprovecharse para apropiarse de los lotes de terreno (3).

Por una reacción completa contra la política anteriormente seguida, el gobierno actual trata de reconstituir los dominios colectivos reincorporando las fracciones individualizadas. Llega al extremo de expropiar haciendas para repartirlas entre las comunidades (4). Asistimos así a una curiosa vuelta a la economía primitiva.

(1) Art. 58: "La nación reconoce la existencia legal de las comunidades de indígenas y la ley declarará los derechos que les corresponden". Art. 41: "Los bienes... de comunidades de indígenas son imprescriptibles y sólo podrán trasferirse mediante título público, en los casos y en la forma que establezca la ley".

(2) Todavía es preciso que los textos no queden como letra muerta. Ugarte sostiene que "el sistema agrario peruano es un catálogo de leyes inaplicadas" (*"The agrarian policy of Peru"*. "Inter-América", oct. 1923).

(3) F. Ponce de León, "Representación en juicio de las comunidades indígenas". "Revista Universitaria de Cuzco", 1926, N.o 49, p. 52.— Cisneros, "Las Comunidades...", ob. cit., p. 484.

(4) F. Cosio, "Algunos síntomas de transformación jurídica". "Revista Universitaria de Cuzco", 1926, n. 51, p. 18.

El fundamento de estas comunidades sigue siendo el *ayllu*, que, aunque manteniendo su carácter propio, ha sufrido una cierta evolución interna en razón de la extensión del principio electivo (1). Se trata, lo más a menudo, de autoridades elegidas que reparten cada año las tierras, pero reservando a veces ciertas fracciones para objetos nuevos, como para cubrir los gastos de los procesos, por ejemplo. Los lotes no siempre son iguales, adjudicándose los más importantes a los copartícipes que han prestado servicio a la comunidad. Todos son cultivados por el jefe de la familia, ayudado por su mujer y sus hijos, y, si es preciso, por sus vecinos *(minca)*. Muy a menudo, en ocasión de los repartos, el indio pide cultivar el mismo lote que le había sido anteriormente adjudicado, y se constituye así una especie de usufructo vitalicio, a veces transmisible a los herederos; pero la comunidad guarda siempre el derecho de propiedad.

Cisneros estima que el número de estas agrupaciones, en todo el territorio de la república, es de cerca de 1.500, y que, de 616.000 peruanos que forman la población de doce departamentos de la sierra, 219.000, o sea, más de un tercio, viven hoy en comunidad (2).

En Bolivia las comunidades han sido igualmente abolidas en 1866, pero la ley fué letra muerta en muchos distritos. Mc. Bride calcula que el 67% de los indios de la meseta de Bolivia —es decir, de los cinco departamentos: La Paz, Potosí, Oruro, Cochabamba y Chuquisaca— viven en comunidad y que cultivan la vigésima parte del territorio de la república (3).

A orillas del lago Titicaca, en la región aimará, el jefe

(1) Sin embargo, en la región de Casta, el *ayllu* es dirigido hoy día por un consejo de ancianos que delegan sus poderes en aquellos de sus miembros que se distinguen por su inteligencia (Tello y Miranda, *"Wallalo"*, cap. 3).
(2) Cisneros, "Las Comunidades...", p. 475 y 477.
(3) Mc. Bride, *"The agrarian communities"*, p. 22.

de familia transmite a sus herederos su lote de tierra, que permanece indiviso entre ellos (1). En Susques (Atacama), la tierra es propiedad de la comunidad, pero ésta tal vez fué una creación de los jesuítas (2). Bandelier cuenta que cada familia indígena de la isla Titicaca recibe del cacique un lote de tierra que cultiva durante un año y que se deja luego en barbecho durante varios años (3). Mc. Bride comprueba la existencia de comunidades que cultivan la tierra en común, al Noroeste del lago Titicaca, y señala en la Coyana, cerca de La Paz, en un sitio poco accesible, una agrupación cuyo régimen territorial es idéntico al que acabamos de estudiar: tierras comunes para el pasto, repartición periódica de las tierras laborables (4). Según Tello y Miranda, en la región de Casta, el ayllu *permanece vivo, pero el* tupu, *llamado* churca, *es hereditario por familia. La reparación de los canales se hace en común, los habitantes se reúnen, encabezados por un grupo de músicos, en traje de fiesta, y el trabajo es entrecortado por danzas y cantos (5). En el distrito de Coporaque, a orillas del Apurímac, las tierras son repartidas por rotación cada cinco, ocho, diez o doce años, según su calidad (6). En suma, encontramos en la meseta toda una serie de modos de apropiación, correspondientes a etapas diferentes de evolución, escalonándose desde el colectivismo al individualismo (7).*

¿Quiere decir esto que el sistema de las comunidades

(1) B. Saavedra, "El *ayllu*", p. 148.
(2) Boman, "*Antiquités de la région andine*", t. 2, p. 434 y 468.
(3) "*The Islands of Titicaca*", p. 80.
(4) "*The agrarian communities*", p. 13 y 14. El descubrimiento de estas supervivencias invalida definitivamente la hipótesis de Prescott sobre la no periodicidad del repartimiento de tierras de que hemos hablado más arriba.
(5) "*Wallalo*", caps. 3 y 4.
(6) Angélica Alvarez, "*Anccoccahua*". "Revista Universitaria de Cuzco", 1925, N.o 47.
(7) Los jesuítas mantuvieron las comunidades en las Reducciones, pero no las consideraron como definitivas porque trataron de acostumbrar a los indios a la propiedad individual (Gothein, "*Der christlich-sociale Staat des Jesuiten in Paraguay*", Leipzig, 1883, p. 34).

agrarias sea superior a cualquier otro? De ninguna manera. En el Perú mismo, los terrenos pertenecientes a las colectividades son siempre peor cultivados que los que constituyen objeto de propiedad privada (1). El proverbio "Bien comunal, bien condenado" es verdadero en todas partes. Los poseedores temporales no mejoran los lotes que reciben, se muestran poco cuidadosos de construir terraplenes o de abrir canales de que aprovecharán otros. El sistema de comunas favorece mucho la pereza natural de los indígenas; mantiene en el ocio a una parte de la población, mientras la industria sudamericana carece de brazos. Esta consecuencia es tanto más temible cuanto que el indio que ha llegado, por el trabajo y el ahorro, a constituirse un pequeño capital, se ve obligado a soportar los gastos de las fiestas religiosas (2). Privadas del estímulo del interés personal, las comunidades permanecen atrasadas, incapaces de adoptar un sistema de cultivo moderno, y se perpetúan, sobre todo en los países pobres, en la puna. Pero estos argumentos no nos autorizan a establecer la superioridad de la propiedad individual sobre la propiedad colectiva en los países sudamericanos, porque hay que tener en cuenta la mentalidad de las poblaciones. Los indios, entregados a sí mismos, no saben defenderse, y la propiedad colectiva ofrece la gran ventaja de impedirles caer en el proletariado. Sólo ella es capaz de detener las usurpaciones de los blancos y sobre todo de los mestizos, siempre prestos a aprovechar la inexperiencia y la negligencia del indígena para arrebatarle su pedazo de tierra; es una garantía de vida y de independencia para el campesino de la meseta. "La cuestión indígena en el Perú —dice Means— es la de la comunidad indígena" (3). Todos los autores reconocen que el sis-

(1) Cesareo Vidalón, "El problema indígena". "Revista Universitaria de Lima", 1922, p. 207.
(2) Cisneros, "Las Comunidades...", p. 37.
(3) *"Indian Legislation in Peru". "Hispanic historical review"*, nov. de 1920, p. 524.

tema comunitario presenta inconvenientes, pero todos admiten que sería imprudente suprimirlo llana y simplemente y que los virreyes de España estuvieron bien inspirados al mantenerlo (1). Uno se siente tentado a repetir, a propósito del Perú, lo que decía Sumner Maine de las comunidades que existen en las Indias inglesas: "Las conquistas y las revoluciones parecen haber pasado sobre ellas sin perturbarlas ni desplazarlas, y los sistemas de gobierno más bienhechores para la India han sido siempre los que las han tomado como base de su administración" (2). Los incas lo han logrado de otro modo, pero la cuestión no se planteaba de la misma manera en su tiempo; los inconvenientes de la propiedad colectiva, fomento de la pereza, agotamiento del suelo, no existían en una época en que el trabajo era obligatorio y estaba estrictamente vigilado; estos males son consecuencia de un régimen de libertad.

Reconozcamos, pues, la sabiduría de la política agraria de los antiguos soberanos del Perú. En vano Cunow trata de arrebatar a los incas un poco de su gloria, explicando que los fundamentos de su tan mentada organización existían antes de ellos; gran mérito es, por el contrario, haber mantenido en el marco de un imperio las instituciones establecidas en sociedades restringidas.

Pero hay algo más que esa supervivencia en el sistema peruano.

(1) García Calderón, *"Le Pérou contemporain"*, París, 1907, p. 329.
(2) Summer Maine, *"L'ancien droit"*. Trad. franc., París, 1874, p. 245.

Capítulo séptimo

EL PLAN RACIONAL. EL SOCIALISMO DE ESTADO

"La esencia del Estado es ser el poder de la razón expresada por la ley, y no el del hombre pervertido por la fantasía."
(Dupont-White, "El individuo y el Estado". Introducción).

En razón de la existencia de las comunidades agrarias un gran número de autores ha creído deber llamar *socialista* al imperio de los incas. Sin duda, la comunidad es una agrupación de apariencia colectivista, ya que implica una utilización en común de los factores de producción, pero se presenta como la resultante de una larga evolución natural cuyo origen se pierde en la prehistoria. Es una formación espontánea y no una creación racional; es un sistema soportado y no un sistema querido.

Por el contrario, la obra que vamos a examinar ahora lleva la huella propia del socialismo, porque *es un ensayo de racionalización de la sociedad*. Es el hombre quien es su autor, es él quien ha concebido su plan y quien lo ha impuesto, *y ese plan tiende a realizar una verdadera absorción del individuo por el Estado,* hallándose el bienestar del primero asegurado en forma tal que no sirva sino para contribuir a la grandeza del segundo.

Si hemos escogido el título de *Socialismo de Estado,* es para caracterizar una organización de conjunto, conforme a cierto ideal y aplicada por vía de autoridad. La doctrina del

socialismo de Estado, en verdad, no tiene un gran rigor teórico; tal como ha sido enseñada por Rodbertus, La Salle o Wagner, es variable y se presenta sobre todo como una reacción contra la escuela de Manchester; pero, a despecho de sus incertidumbres, reposa sobre una "acción reguladora de un poder central en las relaciones sociales" (1). Nunca esta acción se dejó sentir con más fuerza que en el Perú, donde la demanda es estrictamente calculada gracias a una implacable fijación de las necesidades, la oferta determinada por una reglamentación minuciosa de la producción, y la adaptación de la oferta a la demanda asegurada por un sistema de estadísticas y de reservas.

En Europa, los socialistas de Estado modernos entienden respetar el orden existente, es decir, la propiedad privada y la iniciativa individual; algo de esto hubo también en el Perú, donde los incas mantienen a las comunidades agrarias que representan el orden existente de su tiempo. Así, transpuesto a América, el socialismo de Estado toma una forma mucho más acusada que en nuestros países de propiedad individual, ya que reposa sobre un fundamento de sociedad colectiva; por otra parte, ésta ha podido facilitar en cierta medida el establecimiento de un socialismo de Estado, porque el anonadamiento del individuo en el interior del grupo restringido lo ha preparado para dejarse absorber por el Estado (2). Sin embargo, no puede aplicarse llana y simplemente al régimen peruano la etiqueta de socialista; el elemento igualitario no es absoluto, y los soberanos no solamente respetan los islotes de propiedad que existen, sino que contribuyen con sus donaciones a formar otros. Es más bien, como lo dice Rist hablando del socialismo de Estado,

(1) Gide y Rist, *"Histoire des doctrines économiques"*, París, 1909, lib. 4, cap. 2.

(2) Tarde anota, citando precisamente a los incas, que el hecho de contar por familia, como es de uso en los países de propiedad colectiva, con repartos periódicos del suelo, es prueba de la nulidad originaria del individuo. (*"Les transformations du Droit"*, 8.a ed., París, 1922, p. 74).

una "noción particular de que hay un interés general", el sentimiento de que el Estado tiene una función de "civilización y de bienestar" (1); de hecho, un intervencionismo extremado, un verdadero despotismo concebido no solamente en interés del soberano, sino en interés del pueblo entero.

Que haya podido construirse un imperio racional y geométrico con todas sus piezas a comienzo del siglo XV, en un país de regiones aisladas, con sociedades cerradas, he ahí lo que es singular y lo que da una alta idea del fundador, el inca Yupanqui, cuyo sobrenombre es Pachacutec, es decir, *el reformador del mundo (pacha,* mundo*; cutec,* modificado, cambiado) (2). El papel jugado por este soberano no es dudoso; su fisonomía domina toda la historia del Perú precolombino, y su nombre es repetido por todos los cronistas: "Los indios habían tenido tal respeto y tal afecto por los incas —escribe Garcilaso—, que no han podido olvidarlos hasta nuestros días" (3).

Hemos visto ya precedentemente que el inca Pachacutec había intervenido en el régimen agrario, haciendo delimitar los territorios, confiando a diversos funcionarios el cuidado de reunir y contar a los indios, hacer cultivar las tierras descuidadas, construir canales y terrazas y levantar los planos de las provincias y de las ciudades. Según Betanzos, el reparto de las tierras y la construcción de los graneros públicos exigieron cinco años, al final de los cuales

(1) Gide y Rist,*"Histoire des doctrines économiques"*, loc, cit.

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 36. Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 9.— Betanzos, "Suma y Narración", cap. XI y siguientes.— Balboa, *"Histoire..."*, cap. 8.— Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 12. Uno de los que mejor han puesto de relieve el reino de Pachacutec es Román y Zamora ("Repúblicas de Indias", t. 2, p. 24). Esta importancia se manifiesta en las mismas exageraciones y las inexactitudes de los autores: Santillán hace de Pachacutec el primer inca que reinó en el Perú, como si su gran figura hubiese bastado a sumergir en la sombra a todos sus antepasados ("Relación", par. 3). Sarmiento le atribuye la invención de los terraplenes agrícolas, lo que es ciertamente falso (*"Geschichte"*, cap. 30).

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 36.

el inca distribuyó regalos a los principales personajes y fijó las reglas del trabajo obligatorio y de la preparación militar. Un año después mandó llamar a los curacas al Cuzco, ordenó grandes fiestas y se preocupó del vestuario de los indios: número, calidad, formas de los vestidos, depósitos, tributos; luego estableció el matrimonio obligatorio. El escritor español cuenta, además, cómo Pachacutec constituyó la orden de los orejones, reformó el calendario, hizo reconstruir el Cuzco, y cómo se ocupó de extender los límites de su imperio por medio de grandes expediciones militares. Según Garcilaso, fué también este inca quien ordenó hablar quichua, dictó leyes suntuarias, reglamentó el comercio, reformó el ejército, fundó ciudades e hizo elevar templos. Su prodigiosa actividad parece haberse extendido a todas las cosas (1).

La manera como se operó la reconstrucción del Cuzco caracteriza bien la mentalidad del soberano. Este hizo primero levantar un plano en relieve de la ciudad futura, tal como la deseaba; luego hizo salir a los habitantes y los estableció en las provincias circunvecinas. Una vez acabados los trabajos, reunió a los jefes de familia en una llanura vecina a la capital y adjudicó a cada uno una residencia sobre el plano, declarando que ningún otro indio podría establecerse en el Cuzco, a fin de que esta ciudad quedase como "una ciudad insigne" (2). El inca obró en cuanto al imperio del mismo modo que en cuanto a la capital: elaboración de un programa racional abstracto, teórico; aplicación de este programa por vía de autoridad; establecimiento, en fin, de reglas propias para apartar toda causa perturbadora y convertir la organización en definitiva. Se con-

(1) Garcilaso, "Comentarios", loc. cit. Betanzos, "Suma y Narración", loc. cit.
(2) Betanzos, "Suma y Narración", cap. 16.

cibe que este sistema lógico, al adaptarse a las realidades, debía chocar con obstáculos. Veremos cómo estos obstáculos fueron vencidos por una adaptación progresiva de los pueblos nuevamente sometidos y por una paralización de su evolución natural, por una cristalización económica.

Analicemos punto por punto la obra de Pachacutec, el "Sesostris" peruano (1).

Antes de condenar a los individuos a no ser más que números, hay que hacerlos tan semejantes como sea posible los unos a los otros, tarea ingrata en un país donde cada pueblo tenía su dialecto (2). El primer cuidado de todo reformador, deseoso de edificar una obra durable, es evitar la suerte de los constructores de la torre de Babel; por eso Pachacutec exigió que todos los indios hablasen una sola y misma lengua, la del Cuzco, el quichua.

El quichua, la *lengua general,* como la llaman los cronistas (3), se prestaba maravillosamente al papel civilizador que le estaba confiado, porque es muy rica y sumamente armoniosa: dispone de un gran número de afijos que, al modificar el sentido de las raíces verbales, permiten expresar todos los matices del pensamiento, hasta las ideas más abstractas, y se presta a un ritmo muy particular que resulta, no de la alternativa de las breves y de las largas ni

(1) H. Urteaga, 'El antiguo Perú", ob. cit. pág. 222. Sesostris habría dividido la tierra entre los egipcios, dando a cada uno un lote igual y cuadrado (Moret, "El Nilo y la civilización egipcia", ob. cit., p. 309).

(2) "Hay tanta multitud de lenguas entre ellos, que casi a cada legua y en cada parte hay nuevas lenguas." (Cieza de León, "Crónica". Primera parte, cap. CXV). En el distrito de Lima había una aldea que tenía 7 *ayllu,* cada uno con su lengua distinta (Cobo, "Historia", lib. 11, cap. 9). Algunas veces en una sola aldea se hablaban tres o cuatro lenguas diferentes, en tal forma que los habitantes no se comprendían entre sí (Anello Oliva, "Historia del Perú", trad. franc., p. 19). Las mismas constataciones hay en Benzoni, "Historia", lib. III (p. 247 de la trad. inglesa).

(3) Quichua es impropio; es el de un grupo de *ayllu* próximo al Cuzco; ha sido empleado por primera vez en el vocabulario de D. de Santo Tomás, aparecido en Valladolid en 1560.

de la acentuación, sino de un cambio simétrico de las vocales (1). Para extender su uso, Pachaputec ordenó que se

(1) Esta lengua ignora algunos de nuestros sonidos; pero conoce otros que nosotros no tenemos; consta de cinco géneros; sus subtantivos y sus verbos se conjugan, pero sus adjetivos son invariables; no tiene artículo, pero tiene un plural y un dual, y el plural de sus verbos tiene dos personas, exclusiva e inclusiva de la que habla; encierra palabras encantadoras que forman imágenes: *huahua* indica el angelote o niño rollizo cuyo balbuceo se cree oír, y *alau*, el vivo daño que nos hace gritar. Por otro lado, puede desconcertar fácilmente a los europeos, pues es aglutinante y una sola de sus palabras ocupa, a veces, toda una media línea. He aquí algunos ejemplos de afijos: *cunca* significa una localidad (*una*= agua, *unacunca*= fuente o cuenca), la *a* denota afecto; *masi*, camaradería; *siqui*, costumbre (*hillu*= alimento, *hillusiqui*=glotón); *cay* significa una idea abstracta (*runa*=un hombre, *runacay*=humanidad); *cacu* indica atención (*cahua*=mirar, *cahuacacu*=examinar).

Citaremos, entre las obras relativas a la lengua quichua: D. de Santo Tomás: "Gramática ó arte de la lengua general de los Reynos del Perú" (Valladolid, 1560); "Lexicón o vocabulario de la lengua general en el Perú" (id); Anónimo: "Arte y vocabulario de la lengua general del Perú, llamada quichua, y en la lengua española" (Lima, 1586); D. de Torres Rubio: "Gramática y vocabulario en la lengua general del Perú, llamada quichua, y en la lengua española" (Sevilla, 1603, reimpresa varias veces); "Arte de la lengua quichua" (Lima, 1700); J. Martínez: "Vocabulario en la lengua general del Perú, llamada quichua, y en la lengua española" (Lima, 1604); D. González Holguín: "Vocabulario de la lengua general de todo el Perú, llamada quichua" (Lima, 1586); "Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua quichua ó lengua del Inca" (Lima, 1607, reimpresa varias veces); Anónimo: "Arte y vocabulario en la lengua general del Perú, llamada quichua, y en la lengua española" (Lima, 1614); A. de Huerta: "Arte de la lengua quichua general de los Yndios de este reyno del Perú" (Lima, 1616); D. de Olmos: "Gramática de la lengua general del Cuzco" (Lima, 1633); J. Roxo Mexia y Acón: "Arte de la lengua general de los Yndios del Perú" (Lima, 1648); E. Sánchez de Melgar: "Arte de la lengua general llamada quichua" (Lima, 1691); V. Tschudi: *Die Kechua-Sprache* (Viena, 1853); H. Mossi de Cambiano: "Gramática de la lengua general del Perú, llamada comúnmente quichua" (Sucre, 1857), "Diccionario quichua-castellano" (Sucre, 1860); Fernández Nodal: "Elementos de gramática quichua ó Idioma de los Yncas" (Cuzco, 1872); J. D. Anchorena: "Gramática quechua" (Lima, 1874); R. Falb: *"Das Land der Inca"* (Leipzig, 1883, ob. cit.); Onffory de Thoron: *"Grammaire et dictionnaire francais-quichua"* (París, 1886); J. de Arona: "Diccionario de peruanismos" (Lima, 1887-88); A. Carli: "Compendio de gramática quichua" (Santiago de Chile, 1889); M. Mossi: "Manual del idioma general del Perú" (Córdoba, 1889); Middendorf: *"Worterbuch des Runa Simi oder Keshua Sprache"* (Leipzig, 1890); Luis Cordero: "Breves nociones gramaticales concernientes al idioma quichua" (Quito, 1894); R. P. Raurich: "Elementos de gramática quechua" (Sucre, 1901); M. Navarro: "Vocabulario Castellano-Quechua-Pano" (Lima, 1903); Algunos Religiosos Franciscanos: "Vocabulario poliglota incaico" (Lima, 1905); P. E. Hengvart: "Gramática de la lengua quichua" (Lima, 1907); C. Markham: *"Contribution towards a grammar and dictionary of Quichua"* (Lon-

enviasen maestros a cada provincia y decidió que ninguna dignidad sería conferida al que no hablase quichua. Por otra parte, ya los hijos de los curacas de las provincias sometidas debían ser educados en el Cuzco, donde aprendían, junto con la lengua, los usos de la corte. Sin embargo, como una gran parte del imperio fué conquistada solamente poco tiempo antes de la llegada de los españoles, los pueblos de estos países no olvidaron su propia lengua, y como, además, los incas establecían frecuentemente en las regiones sometidas a tribus que venían desde muy lejos y que no habían perdido el uso de su propio idioma, resultaba de ello, en ciertos lugares, una triple superposición de dialectos. Así, en la provincia de Puruha coexistían la lengua indígena, el quichua obligatorio y el aimrá de los *ayllu* trasplantados (1). Los más grandes propagadores del quichua han sido, en realidad, los misioneros católicos, quienes, no pudiendo aprender cien idiomas diferentes para predicar la fe, enseñaban el catecismo en la lengua del Cuzco (2). Calancha cuenta que, en ciertos pueblos de la costa, casi cada

dres, 1864), y *"Vocabularies of the general language of the Incas of Peru"* (Londres, 1908); Mariano Rodríguez: "Gramática de la lengua quechua" (Cuzco, 1921); Octavio Cordero: "El quechua y el cañari" (Cuenca, 1924); R. P. Julio Paris: "Gramática de la lengua quichua" (Cuenca, 1924); J. de Vega: "Arte ó rudimentos de gramática en la lengua indígena del Perú" (Lima, sin fecha).

(1) Suárez, "Historia General", t. I, p. 193.

(2) El encomendero debía enseñar el castellano a los indígenas (cédulas reales de 1554 y de 1596, "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 18, p. 472 y 555), pero se continuaba hablando el quichua. En 1576 se creó una cátedra de quichua en la Universidad de San Marcos, de Lima, se exigió el conocimiento de la lengua quichua en los exámenes de bachillerato y de licenciatura, y en 1680 se prohibió la ordenación de todo sacerdote que ignorara esta lengua. El tercer concilio de Lima decidió que se impartiría la enseñanza a los indios en su propio idioma; Solórzano y Matienzo protestaron contra esta medida; ellos habrían querido obligar a los indígenas a hablar el castellano, así como los incas los habían obligado anteriormente a hablar el quichua; pero su opinión no prevaleció sino en 1770, año en que se suprimió en la Universidad de Lima la cátedra de quichua. A los misioneros se debe el que el quichua penetrara en las regiones que habían escapado a la dominación incaica; por ejemplo, en la región colombiana de Tolima.

familia tenía un lenguaje propio, a tal punto que los predicadores se veían reducidos al silencio, y ve en esto un artificio ingenioso del demonio (1). El quichua continúa luchando hoy contra el español, y se habla todavía en toda la meseta interandina (2).

Debía ser más fácil obtener la uniformación de las necesidades que la unificación de la lengua, ya que los recursos suministrados por el suelo eran muy limitados y que todas las poblaciones de la meseta se entregaban a ocupaciones agrícolas. El hombre estaba ya habituado a la sobriedad; el inca no tenía más que completar la obra de la naturaleza. "Es increíble lo poco con que viven esas gentes", hace notar Del Hoyo (3). Pachacutec dictó leyes suntuarias, prohibiendo al *hatunruna* los platos raros, los vestidos de lana fina, los ornamentos y las joyas (4). Así, los indios del pueblo debían tener la misma lengua, el mismo alimento, los mismos vestidos, el mismo modo de vida, la misma religión; insignias exteriores, diferentes según las provincias o según el rango social, eran lo único que rompía esta uniformidad. Se trataba de una verdadera nivelación de la masa de la población.

(1) "Corónica moralizada", t. 3, cap. 2. "Las mujeres de los cañas consideran una vergüenza expresarse en otro idioma que no sea el suyo." (M. Sobreviela y Narcisso Barcelo, *"Voyages au Pérow"*, t. II, p. 157).

(2) Según la "Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana" (ob. cit., Pal. *Peru*), solamente en el Perú, 2 millones de habitantes hablan el quichua. Según el "Vocabulario poliglota incaico" (ob. cit. Introducción), los cuatro quintos de la población peruana saben el quichua. Esta lengua es aplicada en la actualidad corrientemente en la meseta situada entre 3º de lat. Norte y 22º lat. Sur, y al Este de los Andes, en el alto Madeira y el alto Marañón (G. Buschan, *"Illustrierte Volkerkunde"*, ob. cit., t. I, p. 335).

(3) "Estado del Catolicismo...", p. 165. Volveremos a encontrar este asunto en el cap. VIII.

(4) Igualmente Nemekene, en los chibchas, "limitó las vestimentas y las joyas de la gente común, para formar jerarquías entre sus vasallos" (Piedrahita, "Historia General", lib. 2, cap. 4).

LA ADMINISTRACION

"Mientras que la producción individualista puede ser obra de hombres ordinarios, la organización colcetivista no puede funcionar con hombres imperfectos, porque el papel de los administradores es aquí mucho más difícil y temible que el de los productores de la sociedad actual."
(Bourguin, "Los sistemas socialistas y la evolución económica", página 51.)

La organización incaica exigía, como toda organización socialista, una poderosa administración (1). Apenas se conquistaba una provincia, su población era inmediatamente jerarquizada y los funcionarios se ponían a la obra (2). "El sistema (colectivista) entero —escribe Bourguin— reposa sobre funcionarios encargados de dirigirlo o de regentar, dando órdenes, los servicios de la estadística, de la producción, de la distribución y de la continuidad" (3). La lista somera de las principales funciones que debe llenar el administrador en un régimen colectivista abarca cerca de dos páginas en el libro de Bourguin (4). Es sorprendente que la administración incaica haya llegado a llenar esas funciones, aun reconociendo que la sociedad peruana no era puramente colectivista y que era infinitamente más simple que nuestra sociedad actual, ya que el imperio era un Estado aislado, al abrigo de las complicaciones de orden internacional, que no conocía la gran industria y que, sobre todo, las necesidades del pueblo habían permanecido elementales

(1) En la "Copia de carta...", dice Ondegardo que "Topa Inca", padre de Huayna-Cápac, creó toda la administración del imperio (p. 447). Esta afirmación es manifiestamente exagerada; nos prueba, sin embargo, que el sistema administrativo no alcanzó su completo desarrollo sino con los últimos soberanos.
(2) Ondegardo, *"Report"*, p. 155.
(3) Bourguin, "Los sistemas socialistas y la evolución económica", París, 1906, p. 51.
(4) Ob. cit. p. 20.

y poco numerosas, gracias, es verdad, en gran parte a la habilidad política del soberano.

El imperio se llamaba *Tavantinsuyu*, es decir, las *cuatro partes del mundo*, y su capital se llamaba Cuzco, es decir, *el ombligo*. Estas cuatro partes eran: el Norte *(Chinchasuyu)*, el Sur *(Collasuyu)*, el Este *(Antisuyu)*, el Oeste *(Contisuyu)*, cada una bajo la dirección de un funcionario que los españoles han llamado virrey. Los cuatro virreyes constituían quizás ese consejo superior del imperio de que ya hablamos.

Los cronistas hablan siempre de *provincia* o de *valles* como de circunscripciones administrativas esenciales: designan con estas palabras los centros de población, las cañadas de la sierra y los vallecillos de la costa. Estas son expresiones puramente geográficas de las agrupaciones naturales a las que los incas han tratado de aplicar mejor o peor un sistema decimal racional (1).

En cada parte del imperio, los jefes de familia o *puric*, tributarios, es decir, los que se hallaban entre los 25 y 50 años de edad y estaban, en consecuencia, casados o eran viudos, se dividían en grupos de a diez (2). Uno de ellos, el decurión *(chunca-camayu)*, tenía poder sobre los otros nueve (3); cinco decuriones eran colocados bajo la autoridad de un decurión superior *(pichca-chunca-camayu)*; dos grupos de cinco decurias formaban una centuria *(pachaca)* bajo la dirección de un centurión *(pachaca-camayu)*, asistido de un suplente. Cinco centurias *(pichca-pachaca)* de-

(1) Emplearemos la palabra provincia en lo que sigue de esta obra en el sentido que le dan los españoles de "gran circunscripción administrativa", cuando los documentos no nos permitan precisar más. Actualmente, en el Perú, la provincia es una subdivisión del departamento.

(2) Tello y Miranda y Castaing suponen que la familia estaba compuesta de 10 personas, y Means habla de 5 a 7 personas en promedio. (Tello y Miranda, *"Wallalo"*, p. 508.— Castaing, *"Le communisme au Pérou"*, p. 20.— Means,*"A study..."*, p. 456). Todas estas cifras son arbitrarias.

(3) De Carli llama decenero al jefe de 10 familias y decurión al jefe de 5 decenas (*"Delle lettere americane"*. Carta XIV).

pendían de un capitán, para emplear el término de que se sirve Garcilaso (1), y dos grupos de cinco centurias *(varanca)*, es decir, mil familias, de un jefe especial *(varanca-camayu)*. Por encima de este último, el *hunu-camayu* mandaba a diez mil familias *(hunu)* y el gobernador *(tucricuc*, es decir, *el que todo lo ve)* a cuatro *hunu*. Finalmente, el gobernador dependía directamente del virrey (2).

El inca nombraba a los virreyes y a los *tucricuc*, éstos nombraban a los jefes de *hunu* y de *varanca*, los jefes de *varanca* nombraban a los de *pachaca* y los funcionarios subalternos, bajo reservas de reglas consuetudinarias locales de herencia o de elección que continuaban aplicándose a los curacas o jefes locales, tanto menos cuanto que no arriesgaban llevar al poder a individuos incapaces, inmorales o políticamente sospechosos (3). Estos curacas se encontraban englobados en la jerarquía en el lugar determinado por la importancia numérica de su tribu; ya eran *pachaca-camayu* ya *varanca-camayu*, tal vez hasta *tucricuc* (4), es posible que, en la práctica, por extensión, se haya llamado curaca a todos los funcionarios, como lo pretende Zurkalowski; pero mantener este último sentido sería exponerse a confusiones (5).

Se requerían ciertas condiciones de edad. Era preciso

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. XI.

(2) Sarmiento habla de dos gobernadores generales, *suyoyoc apo*, uno de los cuales habría residido en Jauja y el otro en Tiahuanaco (*"Geschichte"*, cap. 52). Probablemente designa con este nombre a los virreyes de Chinchasuyu y de Collasuyu.

(3) "Informaciones". "Colección de libros españoles raros o curiosos", t. 16, p. 218. Es posible que en ciertas regiones, una especie de elección, supervivencia de alguna costumbre antigua, haya desempeñado un cierto papel en el nombramiento de los funcionarios subalternos, pero este modo de nombramiento tendía a desaparecer, si es que existía aún en la época de los incas. Decimos una especie de elección, porque probablemente no había voto propiamente dicho. El jefe se imponía por sí mismo por sus cualidades. Aun ocurre otro tanto en algunas regiones. Por ej., con el Mayoral de la provincia de Riobamba. (Rivet, *"Etude sur les Indiens de la région de Riobamba"*, ob. cit. p. 64.)

(4) Means, *"A study..."*, p. 454.

(5) "Observaciones...", p. 344.

tener 26 años por lo menos para ocupar un cargo inferior, 50 para ser *tucricuc* (1).

Todos estos funcionarios tenían atributos extremadamente extensos. De manera general, debían establecer las estadísticas o facilitar su establecimiento, pedir para su grupo los objetos y efectos necesarios: semillas, alimentos, lana, etc.; repartir los productos obtenidos, reclamar ayuda y asistencia en caso de necesidad, vigilar la gestión de sus inferiores y dar cuenta de todo a sus superiores. Su acción era facilitada por los administrados, quienes debían dejarlos penetrar en sus casas a todo instante, permitirles inspeccionarlo todo —"hasta los utensilios de cocina"— e incluso comer "a puertas abiertas" (2).

El decurión, llave maestra del sistema, era, según las expresiones españolas, procurador y fiscal, es decir, que debía no solamente vigilar el trabajo y asegurar la mantención de los trabajadores, sino que, además, estaba obligado a denunciar los delitos y reclamar los castigos. Trabajaba como sus administrados y con ellos, adjudicaba las fajas de tierras a los indios en ocasión de los trabajos en común, distribuía las semillas, aseguraba la entrada de las cosechas en los graneros.

Los funcionarios superiores debían, particularmente, vigilar la percepción de los tributos. El gobernador o *tucricuc* elegía los hombres para el ejército y las mujeres para las casas de vírgenes, estaba obligado a visitar al inca de tiempo en tiempo para exponerle la situación de su provincia, mandaba a los mitimaes, de quienes hablaremos más adelante, y hasta podía organizar un ejército, en caso necesario, para ahogar una revuelta (3).

El control estaba asegurado por inspectores orejones

(1) Montesinos, "Memorias", cap. 6.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 11.
(3) Santillán, "Relación", par. 10.— Cieza de León, "Crónica", Segunda parte, caps. 18 y 20.— Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 25.

que hacían giras generales cada tres años (1) y por agentes secretos del inca, llamados por los españoles veedores o pesquisidores, que se presentaban de incógnito en todos los distritos y estaban encargados de observar, escuchar las quejas, darse cuenta de todo, pero no de asegurar la represión (2). Así es como varios hermanos del inca Tupac-Yupanqui fueron sucesivamente nombrados inspectores (3). Finalmente, había funcionarios de todos los órdenes encargados de levantar las estadísticas de población, realizar los matrimonios, castigar los delitos (4). El inca ejercía personalmente el control supremo; viajaba a través del imperio en su litera de oro, y durante todo el tiempo que duraban sus visitas —muy largas, ya que permanecía a veces tres o cuatro años ausente— oía las reclamaciones y hacía justicia (5).

En total, sin contar a los virreyes, los gobernadores, los inspectores, los suplentes y los funcionarios especiales, obtenemos la suma de 1,331 funcionarios para diez mil hogares (6).

A todas luces, esta división aritmética tiene algo de sorprendente. Aun admitiendo que ella haya podido ser exactamente operada en una fecha dada, los matrimonios y las muertes habrían debido destruirla al cabo de poco tiempo. Para Cuno, como para Trimborn, todas estas categorías ad-

(1) Damián de la Bandera, "Relación", p. 100.

(2) Ellos son los que quiere señalar sin duda el licenciado Falcón cuando habla de jueces "tucuiricos que eran de fuera de la provincia" y que se asemejaban a visitadores ("Representación", p. 147).— Santillán, "Relación", par. 14.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. 14.— Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 18.

(3) Sarmiento, *"Geschichte"*, cap. 52, p. 99.

(4) Los funcionarios encargados de imponer los castigos eran especialmente temidos, lo que creeremos sin gran dificultad. C. de Castro, "Relación", p. 212.

(5) Garcilaso, "Comentarios", lib. 7, cap. 13, y lib. 9, cap. 4.

(6) Las familias de los altos funcionarios polígamos eran forzosamente más numerosas que las de los *hatunruna;* resulta de ello que la proporción de la clase de los funcionarios con respecto a la masa del pueblo debía de ser mucho mayor que lo que indican las cifras del texto.

ministrativas no eran más que la transposición de las antiguas agrupaciones de indios: el *hunu* correspondía a la tribu, la *varanca* a la fratría, la *pachaca* al *ayllu*, y las cifras que caracterizaban estas divisiones recordaban su importancia primitiva; pero en el momento de la llegada de los españoles no tenían ya ninguna relación con la realidad (1). Esta opinión nos parece exagerada. Indudablemente, las estadísticas de población se mantenían al día y los funcionarios podían tomar como base de sus cálculos las cifras reales así establecidas y no las cifras ficticias que, al decir de los autores alemanes, servían de etiqueta a la división administrativa. Sin embargo, los repartos de trabajo, de servicios, de materias primas, de efectos alimenticios o de productos fabricados no podían efectuarse fácilmente en este inmenso imperio sin que las diferencias entre grupos de un número dado permaneciesen comprendidas en estrechos límites. La armoniosa organización de los incas exigía que eso fuese así, y tenemos dos testimonios formales en este sentido, el de Santillán y el de C. de Castro. El primero de estos autores afirma que la centuria no podía contar con más de cien indios tributarios y que en caso de crecimiento se procedía a su división (2). El segundo explica que el funcionario encargado de establecer las estadísticas tomaba yanaconas y mujeres para el inca y el sol de las agrupaciones de población creciente y que, si eso no bastaba, pedía la creación de otra agrupación (3). El soberano podía además, mediante el traslado de los mitimaes o la modificación de los límites de una circunscripción, obtener los mismos resultados: encuadrar la población en las necesidades de la estadística y no la estadística en las de la población. Más explícitamente, O. von

(1) Cunow, *"Die Soziale Verfassung..."*, p. 107.— Trimborn, *"Des Kollektivismus"*, p. 993.
(2) Santillán, "Relación", par. 11 y 15.
(3) C. de Castro, "Relación", p. 213. "De manera que como iba multiplicando la gente, iban haciendo señores."

Buchwald nos dice que, en la provincia de Imbabura, los incas no se acomodaron a las antiguas comunidades, sino que dividieron la población en *pachaca* y *varanca* y completaron las *pachaca* deficitarias con familias tomadas a otras agrupaciones (1).

La comunidad agraria podía así, a veces, recibir elementos extraños o perder algunos de sus propios miembros (2). *A fortiori,* el sistema decimal debía aplicarse en todo su rigor en los países de alta civilización recientemente conquistados, como los chimúes, donde las formaciones tribales antiguas habían desaparecido (3).

Es curioso observar que el *pagus* germánico era una centuria, es decir, originariamente un grupo de cien jefes de familia, como el *pachaca.* Además, el número de cien fué exacto solamente en los orígenes, a raíz de ser establecido por vez primera, y varió verosímilmente en lo sucesivo, aunque el nombre de la agrupación se mantuviese. Contrariamente a esto, leemos en Tomás Moro, que en la isla de *Utopia* "se incorporan a las familias que no tienen el número prescrito los supernumerarios que se encuentran en las otras. Cuando todas las familias de una ciudad están completas, se hace pasar el excedente de los jóvenes a las ciudades que experimentan alguna pérdida de población", y "el equilibrio se establece colmando los vacíos de las ciudades desgraciadas, por la superabundancia de las ciudades más favorecidas" (4).

Los incas evitaron estos dos extremos. Trataron de disminuir la distancia existente entre el número de familias con que contaba cada agrupación y el número que servía para

(1) O. von Buchwald, "La lengua de la antigua provincia de Imbabura". "Boletín de la Academia nacional de historia", 1920, p. 180.
(2) V. de la Torre, "El régimen...", p. 411.— Zurkalowski, "Observaciones...", p. 482 y 492.
(3) Zurkalowski ,"Observaciones...", p. 495.
(4) Tomás Moro, *"Du meilleur gouvernement possible ou la nouvelle isle d'Utopie".* Trad. franc., 2.a edic., París, 1789, p. 133 y 166.

designar esa agrupación, pero no llegaron a hacer estos dos números iguales el uno al otro. *Se acomodaron a uno de ellos, aproximadamente* (1).

A la división administrativa que acabamos de examinar se superpone otra, pero ésta permanece muy obscura. Todos los habitantes del imperio, y en particular los del Cuzco, estaban repartidos en dos partes, lo alto y lo bajo, *hanan* y *hurin;* los *hanan* eran considerados como superiores a los *hurin*. Esta división remontaría, según C. de Castro, a Tupac-Yupanqui; según Las Casas, a Pachacutec; según Montesinos, a un cierto Inti-Cápac-Yupanqui, hijo de Sinsi-Cosque (2). Si se cree a Sarmiento, tenía por objeto en los comienzos facilitar el establecimiento de las estadísticas; según el mismo autor, el inca Roca, viendo que sus antepasados habían vivido siempre en la parte baja del Cuzco, ordenó que sus sucesores tuviesen que vivir en la parte alta y creó así el partido de los *hanancuzco;* he ahí por qué los últimos incas son todos *hanancuzco* (3). Esta explicación no es satisfactoria. Las Casas y Montesinos atribuyen las creaciones de las partes al deseo de facilitar a la vez las cuentas y los empadronamientos, y al de excitar la emulación entre los dos barrios así formados en el Cuzco (4). Como agrega a este deseo el de dividir las opiniones y evitar así las sediciones, ya que cada parte vigilaba y denunciaba a la otra (5).

Quizás haya que ver en esta dualidad una supervivencia

(1) Es exagerado decir que este sistema numérico no existía sino en las estadísticas (Tello y Miranda, *"Wallalo"*, p. 508). La opinión más razonable parece ser la de M. d'Harcourt, que estima que la división en 10 y 100 familias no debía ser rigurosa, sino que debía servir de base cómoda para la repartición, y que se trataba de hacerla encuadrar con el estado de cosas existente (*L'Amérique avant Colomb"*, p. 39). Hanstein escribe que cada funcionario tenía bajo sus órdenes "exactamente el mismo número de personas", lo que es ciertamente inexacto. (*"Die Welt des Inka"*, p. 28.)

(2) C. de Castro, "Relación", p. 208.— Las Casas, "De las antiguas gentes", cap. 17.— Montesinos, "Memorias", cap. 6.

(3) Sarmiento, *"Geschichte"*, caps. 18 y 19.

(4) Las Casas, "De las antiguas gentes", cap. 17.— Montesinos, "Memorias", cap. 6.

(5) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 24.

de las fratrías que componían la tribu primitiva (1). Es posible también que los *hanan* sean originarios del Cuzco y los *hurin* hayan sido formados por inmigrantes llegados en época lejana, lo que explicaría la preeminencia de los primeros sobre los segundos (2). En un estudio reciente sobre el distrito de Tacna, Cúneo Vidal observa que los *hanan* son los primeros ocupantes, que disponían de las mejores tierras, y que los *hurin* son los que llegaron más tarde, permaneciendo en la parte baja del valle (3). Dado el caso de que los *hurin* hayan tenido antiguamente la preeminencia, como lo quiere Sarmiento, el paso del poder de una fracción a otra ha debido ser más bien el resultado de una revolución que la consecuencia de una orden del inca cuyo motivo se nos escapa.

LA ESTADISTICA

"Merece ser ridiculizado aquel que, sin saber contar por nudos, pretende contar las estrellas."
(Máxima del inca Pachacutec. Garcilaso, "Comentarios", libro VI, capítulo 36.)

La estadística es la base de todo sistema socialista. Tiene que ser irreprochable; el cálculo del hombre sustituye

(1) Durkheim, *"Les formes élémentaires de la vie réligieuse"*, París, 1912, p. 158.— Bastian, *"Die Kulturlander"*, t. 2, p. 62.

(2) Uhle, "Los orígenes de los Incas", ob. cit., p. 302.— G. Buschan estima que las parcialidades *hanan* y *hurin* eran antiguamente grupos exógamos en el interior de las antiguas tribus. (*"Illustrierte Volkerkunde"*, ob. cit., t. I, p. 385.— V. Uhle, "El *ayllu* peruano". "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", 1911). Zurkalowski cree que esta división, muy antigua en la meseta, ha sido impuesta a los pueblos de la costa por los incas, lo que explica la diferencia de opinión de los cronistas, ya que unos han extraído sus informaciones en el litoral y otros en la sierra ("Observaciones", p. 493). Means ve en los *hanan* a los vencedores, que se reservan la parte del león, y en los *hurin* a los vencidos, a quienes se les tolera en las tierras menos buenas (*"A study..."*, p. 43). G. de Santa Clara pretende que Tupac-Yupanqui, cuando sitiaba el Cuzco, construyó a las puertas de la ciudad codiciada otra ciudad destinada a servir de lugar de ataque ("Historia", t. 3, p. 433), más o menos así como Abou Yakoub hizo edificar en Mansoura una ciudad sobre el emplazamiento de su campo, a principios del siglo XIV, cerca de Tlemcen, a la que quería embestir. Después, las dos ciudades habrían formado las dos parcialidades.

(3) "El cacicazgo de Tacna". "Revista Histórica de Lima", 1919, p. 311.

al juego de la oferta y la demanda; la adaptación de la producción al consumo se realiza por vía de autoridad en lugar de efectuarse naturalmente por el delicado mecanismo de los precios. El menor error puede implicar una catástrofe, determinar la superabundancia o carestía de los productos necesarios. Cuando se ven las inexactitudes que encierran las estadísticas de la Europa contemporánea, por ejemplo las que se relacionan con la agricultura o el comercio internacional, uno no puede dejar de sorprenderse al comprobar el grado de perfección a que los incas habían llegado. Todo era contado, hasta las bestias salvajes capturadas en las cacerías, hasta las piedras de honda depositadas en los almacenes públicos (1).

El sistema de numeración era decimal, como lo hemos visto ya a propósito de las divisiones administrativas, hecho notable si se piensa que tanto entre los chibchas, al Norte del imperio, como entre los mayas de la América Central, estaba en vigor el sistema vigesimal.

El instrumento de las estadísticas consistía en un cordelillo con nudos, llamado quipo. ¿Existió en otros tiempos una verdadera escritura? Montesinos pretende que los antiguos peruanos escribían sobre las piedras y sobre hojas de árboles y que el uso de las letras fué prohibido por un soberano en una época anterior a la de los incas (2). Un amauta que inventó caracteres habría sido quemado vivo. Salvo Wiener, Brehm, Lorente e Irigoyen (3), los autores modernos dudan mucho de la exactitud de la afirmación de Montesinos (4).

(1) Las Casas, "Apologética", cap. CCLVII.

(2) En el cap. 4 de las "Memorias", Montesinos afirma que los amautas escribían en hojas de plátano, pero en los cap. 12 y 15 se muestra más prudente y habla solamente de hojas de árboles.

(3) Wiener, *"Essai..."*.— Brehm, *"Das Inka-Reich"*, p. 413.— Lorente, "Historia...", p. 290.— Irigoyen, "Inducciones", p. 38.

(4) M. Posnansky ha reunido entre los indígenas documentos ideográficos fabricados por los misioneros poco después de la conquista para

Hemos visto que, según Sarmiento, existían en los templos, en tiempo de los incas, pinturas que servían para registrar los hechos históricos, y que habría sido una vez más Pachacutec quien tuvo la idea de formar estas colecciones.

Finalmente, subsiste un misterio respecto de la verdadera naturaleza de cierto palo de que habla Balboa y sobre el cual Huayna-Cápac, antes de morir, habría dibujado rayas de diversos colores que marcaban su última voluntad (1).

El quipo no era peculiar a los peruanos. Los colombianos de Popayán, los caribes de Orinoco, los mejicanos antes del uso de los códices, ciertas tribus de la América del Norte, los chinos, los habitantes de las islas Marquesas, lo co-

transcribir ciertas partes del catecismo. Pretende que esta escritura es de origen precolombino ("Guía general ilustrada para la investigación de los monumentos prehistóricos de Tiahuanaco e Isla del Sol y la Luna", La Paz, 1912, p. 78). Es verdad que los antiguos peruanos trazaban signos; pero, ¿eran verdaderos jeroglíficos o simples figuras? No se sabe. (Bollaert, *"On ancient peruvian graphic records"*, s. l. n. d.). Si los indios hubieran querido emplear escritura, no les habría faltado la materia prima, puesto que el agave era abundante en la meseta. Morua cuenta que los españoles, desprovistos de papel y de tinta, escribían a menudo con el jugo de ciertas frutas sobre cáscaras o cortezas. ("Historia", p. 179). Según Humboldt, un franciscano habría encontrado, sobre las márgenes del Ucayali, cuadernos de pinturas, formados por hojas de tela de algodón, unidas por un hilo de pita (agave). Este misionero habría enviado un ejemplar de éstos a Lima, en donde se habría extraviado. (*"Vues des cordilléres"*, t. I, p. 203). Por otra parte, algunos autores creen poder identificar las inscripciones que figuran en los objetos chimúes con los caracteres chinos; este pueblo habría conocido, pues, la escritura ideográfica, y los incas, al someterlos a su vasallaje, habrían prohibido su empleo. (Vélez López, "¿Existió la escritura entre los Yungas?" *"21.e Congrés International des Américanistes"*, 1924, p. 87). En cuanto a la escritura maya, no habría podido penetrar en la América del Sur con los mismos inmigrantes mayas, porque en esta época remota los signos jeroglíficos mayas servían solamente de adorno (Spinden, *"Notes on the Archaeology of Salvador"*. *"American Anthropologist"*, 1915). Los chibchas, más cercanos a la América Central que los quichuas, no conocían la escritura (Restrepo, "Los Chibchas", cap. 15).

(1) *"Histoire du Pérou"*. Trad. franc., cap. 14. Tal vez sería preciso relacionar a este bastón con aquellos forrados de láminas de oro y plata con rayas y figuras que han sido encontrados en Chordeleg, aunque esta ciudad haya desaparecido ya por completo en la época incaica (Suárez, "Historia General", t. I, p. 174). Suárez supone que los cañaris escribían en palos. Huayna-Cápac, nacido en Tomebamba, habría podido conocer en ese caso este modo de escritura. Las Casas refiere que los correos imperiales llevaban un bastón en el cual aparecían ciertas marcas que daban autenticidad a los mensajes ("Apologética", cap. CCLIII).

nocían. En cambio, naciones muy próximas, como los caras, lo ignoraban (1). Estos últimos juntaban pedazos de madera, en los cuales tallaban muescas y colocaban en ellas piedrecillas de forma y color diferentes, según la idea que querían expresar (2). Los caras han sido siempre célebres por su habilidad para tallar las piedras.

Los cañaris del Ecuador, tardíamente sometidos por los incas, se servían también de piedrecillas dispuestas en los casilleros de un aparato particular. Wiener, que ha encontrado un objeto, de piedra, de este género, lo llama *contador*.

He aquí cómo los doctores Verneau y Rivet describen uno de esos aparatos (3): Se trata de un objeto de madera, formado de una placa rectangular de 33 cm. de largo por 27 cm. de ancho; en la cara superior hay ahuecados 12 compartimientos cuadrados y 2 rectangulares, conservando en el centro un espacio libre octogonal. En cada extremidad se destaca una saliente prismática de 123 mm. de lado, cuya punta presenta una casilla análoga a las precedentes, y en la cual existe una saliente secundaria de 73 mm. de lado, de igual forma (4). Según Wiener, la contabilidad se hacía con granos, habas o guijarros. El guijarro colocado en el campo pequeño (es decir, en la pequeña casilla) indicaba una unidad; doblaba de valor en un campo más grande, triplicaba en el campo central, sextuplicaba en un campo si-

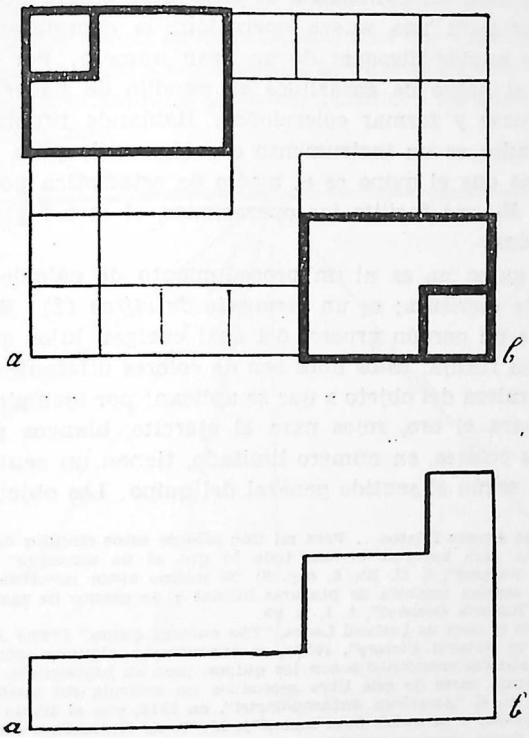
(1) Bollaert, *"Antiquarian, ethnological and other researches"*, p. 5, n. 3.— Para los chinos, véase Bastian, *"Die Kulturlander"*, t. 2, p. 75.— Anello Oliva pretende que el quipo ha sido inventado por un favorito de Mayta-Cápac (*"Histoire"*, tr. fr., p. 44). Esta información es sospechosa y preferimos creer con Calancha que el empleo del quipo es inmemorial ("Corónica moralizada", cap. 14).

(2) Velasco, "Historia", t. 2, p. 7.— Cevallos, "Resumen...", t. I, p. 28.

(3) "Etnografía antigua", p. 244.

(4) El original de este contador, encontrado en la provincia de Cañar, se ha perdido; existe un modelo en Berlín, en el "Museum für Volkerkunde" y otro en el Museo de Santiago de Chile. Dibujos de contadores se pueden encontrar en Cronau, "América", t. 2, p. 111; en el "Atlas Geográfico" de Suárez (pl. 3), que forma la segunda parte de su "Historia General"; en Verneau y Rivet, *"Etnographie ancienne"*, p. 246; en Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 776.

tuado en el primer piso y tenía doce veces su valor cuando era puesto sobre una de las plataformas superiores. El color de los guijarros indicaba la naturaleza del objeto contado (1).



Esquema de un contador.

(1) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 776. Las cifras 1, 3, 6, 12, dadas por Wiener son hipotéticas. Acosta alude a la costumbre que tenían algunos indios de expresar sus ideas por medio de piedras. "Es una cosa maravillosa ver a los ancianos aprender el Pater Noster con un círculo de piedras y con otro el Ave María y con otro el Credo, y saber cuál piedra significa: quién fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y cuál otra: quién

Lo cierto es que, contrariamente a lo que pretende Suárez (1), el quipo de cordelillos es infinitamente superior al sistema de piedrecillas. En efecto, los guijarros dispuestos en el contador para indicar un resultado en cifras cualesquiera deben ser cambiados de sitio si se quiere utilizar el contador para una nueva operación; la complicación del aparato impide disponer de un gran número. Por el contrario, el quipo de cordelillos es sencillo de hacer, puede conservarse y formar colecciones. Hablando propiamente, el contador es un instrumento que sirve sólo para contar, mientras que el quipo es el medio de estadística por excelencia. El uno facilita las operaciones, el otro registra los resultados.

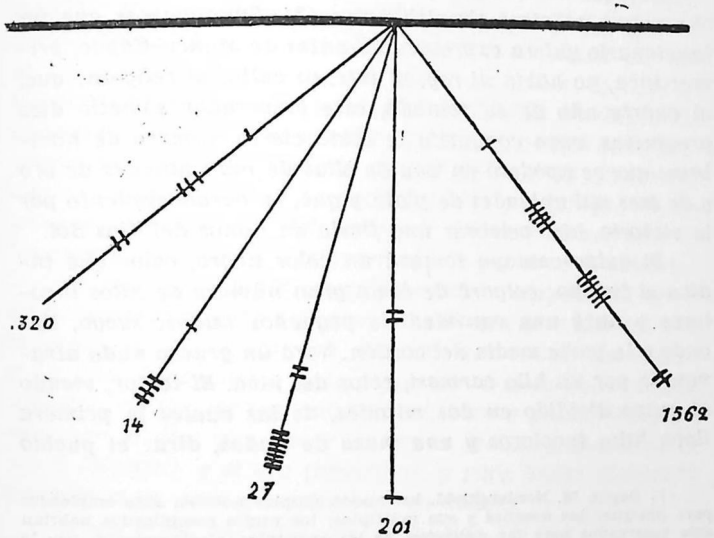
El quipo no es ni un procedimiento de cálculo ni un modo de escritura; es un *memento de cifras* (2). Se compone de un cordón grueso, del cual cuelgan hilos que forman una franja; estos hilos son de colores diferentes según la naturaleza del objeto a que se aplican; por ejemplo, amarillos para el oro, rojos para el ejército, blancos para la paz; los colores, en número limitado, tienen un sentido diferente según el sentido general del quipo. Los objetos pri-

sufrió bajo Poncio Pilatos... Para mí uno solo de estos círculos de piedras bastaríame para hacerme olvidar todo lo que sé de memoria" (Acosta, "Historia Natural", t. II, lib. 6, cap. 8). El mismo autor recuerda que los indios se servían también de pinturas burdas y de granos de maíz.

(1) "Historia General", t. I, p. 99.

(2) En la obra de Leeland Locke, *"The ancient quipu"* (*"The American Museum of Natural History"*, 1923), se encontrarán algunos extractos de antiguos autores relacionados con los quipos, pero su bibliografía presenta lagunas (una parte de este libro reproduce un artículo del mismo autor aparecido en el *"American Anthropologist"*, en 1912, con el título de *"The ancient quipu, a peruvian knot record"*). M. T. de Guimaraes estima que el quipo debía expresar palabras y conceptos. Para M. Uhle, por el contrario, el quipo era un simple apoyo nemotécnico, al que se completaba por signos particulares en los nudos, por cuentos en prosa o por poesías breves ("Algo sobre los quipos". "Revista Histórica de Lima", 1907). Según M. L. Cipriani, el quipo descubierto en Ancón, que se encuentra actualmente en el Museo Nacional de Antropología y de Etnografía de Florencia, y que difiere de los otros quipos recogidos hasta ahora (desdoblamiento de las cuerdecillas entre los nudos, extremidades en forma de bucles, etc.), habría servido para expresar ideas (*"Communication faite au 22e Congrés International des Américanistes"*. Roma, septiembre de 1926).

vados de color o que se prestan a confusión son ordenados por su calidad; así, para una estadística de armas, el primer cordelillo indica el número de lanzas, ya que se tiene a éstas por las más nobles; luego vienen las flechas, los arcos, los dardos, las mazas, las hachas, las hondas. A menudo los cordelillos mismos llevan otros hilos delgados que representan subdivisiones. Atados a un cordelillo de estadística, demográfica, por ejemplo, los hilos anexos se refieren a los viudos y a las viudas del año.



Esquema de un quipo.

Los cordelillos llevan nudos que indican unidades, decenas o múltiplos de diez, según el lugar que ocupan. La extremidad inferior del hilo corresponde a la unidad, la extremidad superior a las diez mil unidades. Cada intervalo

entre las decenas, las centenas, los millares..., debe ser suficiente para poder colocar nueve nudos simples intermediarios o un nudo único, formado pasando la cuerda dos, tres, cuatro..., nueve veces a través de la hebilla del nudo simple (1).

Algunas veces el cordón principal indica, mediante nudos situados en su extremidad, el total de los cordelillos; en otros casos un hilillo suplementario totaliza los otros formando "como una especie de libro de doble entrada" (2).

He aquí un ejemplo que nos suministra A. de la Calancha y que nosotros simplificamos (3). Supongamos que un funcionario quiera expresar que antes de Manco-Cápac, primer inca, no había ni rey, ni jefe, ni culto, ni religión; que, al cuarto año de su reinado, este emperador sometió diez provincias, cuya conquista le costó cierto número de hombres; que se apoderó en una de ellas de mil unidades de oro y de tres mil unidades de plata y que, en agradecimiento por la victoria, hizo celebrar una fiesta en honor del dios Sol.

El quipo-camayu tomará un color negro, color que indica el tiempo; colgará de él un gran número de hilos incoloros y hará una cantidad de pequeños nudos; luego, llegado a la parte media del cordón, hará un grueso nudo atravesado por un hilo carmesí, color del inca. El lector, viendo el quipo dividido en dos mitades, de las cuales la primera lleva hilos incoloros y una maza de nudos, dirá: el pueblo

(1) Según M. Nordenskiold, los nudos simples habrían sido empleados para designar las decenas y sus múltiplos; los nudos complicados habrían sido reservados para las unidades; se les encuentra efectivamente, por lo general, a estos últimos en la parte inferior de los quipos. No hay que confundir con ellos los nudos muy pequeños situados en la extremidad de las cuerdecillas y destinados a impedir que se deshilachen (*"Le calcul des années et des mois dans les quipus péruviens". "Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1926, p. 53).

(2) C. Mead, *"Old civilizations"*, p. 99. Según Rivero y Tschudi (*"Antiquités péruviennes"*, trad. fr., p. 231), sería necesario tomar en cuenta aún la manera de entrelazar los nudos, torcer los hilos y la distancia de los hilos al nudo principal. Morua pretende también que el tamaño de los nudos tenía un significado. ("Historia", p. 178).

(3) "Corónica moralizada", t. I, cap. 14 (p. 90 de la edic. de 1638).

antes del primer soberano (hilo carmesí), durante un tiempo muy largo (gran número de hilos y de nudos), no tenía monarca, ya que ninguno de los hilos es carmesí; ningún jefe, ya que ninguno es violeta obscuro; ninguna religión, ya que ninguno es azul; ninguna división administrativa, ya que ninguno ostenta colores variados; y deducirá de esto la nada.

Sobre el hilo carmesí el quipo-camayu hará cuatro pequeños nudos, para explicar que los acontecimientos relatados se suceden en el curso del cuarto año del reinado, y fijará en el nudo central un hilo gris, sobre el cual se escalonarán diez pequeños nudos, indicando las diez provincias conquistadas. A cada uno de estos últimos atará un hilo verde, que llevará, siempre por medio de nudos, la cifra de los adversarios muertos, y añadirá cordelillos de diferentes colores para indicar sus provincias natales, porque cada provincia se expresaba por una mezcla de matices diferentes. De la misma manera, atará un hilo rojo, color que designaba el ejército imperial, haciendo conocer el número de los guerreros muertos y la provincia de que eran originarios.

En cuanto al botín, el quipo-camayu suspenderá en el nudo correspondiente a la provincia de que se trata un hilo amarillo, color del oro, con un nudo que indica un millar, y un hilo blanco, color de la plata, con tres de estos nudos. Añadirá, en fin, un cordoncillo azul, blanco y amarillo para designar al dios que vive en el cielo (azul), y que crea la plata (blanco) y el oro (amarillo), y para hacer comprender que se ha dado una fiesta en su honor.

El quipo es, en suma, un jeroglífico (1).

(1) El traductor anónimo de Tolosa, cuyo estilo está lleno de sabor (véase más arriba, cap. 1), resume este pasaje de Calancha, pero cometiendo algunos errores; traduce notablemente mal la frase relativa a los nudos que cuentan las pérdidas sufridas por el enemigo. Termina con estas palabras: "Pues bien, ahora, aquellos que hayan visto la mitad inferior de este cordón, con tan numerosos hilillos de tantos colores y tantos nuditos, y la otra mitad superior solamente con hilillos como de paja, y un millar de nudos sin color, habrán dicho: este pueblo no tenía rey antes

El partido que los indios sacaban de estos quipos ha maravillado a los cronistas, aun a los más hostiles a los indígenas y a los más dispuestos a denigrarlos (1); pero los autores modernos, comparando los quipos con los sistemas usados por otros pueblos, se muestran menos entusiastas (2).

A pesar de que el primer concilio de Lima de 1583 había ordenado quemar los quipos en razón de las fórmulas mágicas que contenían, muchos ornamentan nuestros museos (3); pero, habiéndose encontrado la mayor parte de ellos en las tumbas, constituyen probablemente objeto de adivinación y calendario, porque es dudoso que se hayan sepultado con los cadáveres documentos administrativos.

de Mancocápac, puesto que no hay hilillo de escarlata: no eran civilizados, puesto que no hay hilillos grises: ni eran redactados (sic) en provincia, puesto que no hay cordones de diferentes colores: no tenían guerras (sic), puesto que no hay hilillo rojo: no se les entregaba ni oro ni plata, puesto que no hay hebra blanca ni amarilla. En una palabra, vivían sin religión, puesto que no hay cordón blanco, amarillo y azul. De manera que por la falta de colores, de nudos o de hilillos tratarían por negación de conocer lo que no había existido y por los quipos lo que se había hecho" (P. 24).

(1) Cieza de León, escéptico, viendo a un indio de Jauja darde cuenta, por medio de un quipo, de todo lo que había dado a los españoles, exclama: "En verdad yo quedé espantado dello" ("Crónica", segunda parte, cap. 12). Lo mismo dice Gomara, "Historia", cap. CXCV.— Las Casas, "Apologética", cap. CCLVII.— G. de Santa Clara, "Historia", t. 3, p. 549.— Sarmiento, *"Geschichte"*, cap. 9. "Todo lo que los libros pueden contener de historias, de leyes, relatos de fiestas y cuentos, todo es reemplazado por los quipos... Así como nosotros, combinando nuestras 24 letras de diferentes maneras, formamos una infinidad de frases, así también los indios, con sus nudos y con sus colores, expresan los innumerables significados de las cosas" (Acosta, "Historia Natural", t. 2, lib. 6, cap. 8). Morua confiesa también su estupefacción viendo a un viejo indio emplear su quipo "como si fuera papel y tinta" ("Historia", p. 178).

(2) Squier, *"Peru"*, p. 571. De Pauw no cree en la existencia de los quipos (De Carli, *"Delle lettere americane"*, Carta XXII).

(3) Hay uno de ellos en el museo de etnografía del Trocadero. La opinión extendida entre los misioneros españoles de que los quipos contenían fórmulas mágicas viene a apoyar la teoría de Nordenskiold, quien, habiendo observado que la cifra 7 desempeña un papel importante en los quipos y que los números astronómicos figuran en ellos frecuentemente, dedujo de ello que muchas de estas cuerdecillas eran objetos de adivinación y calendarios. (*"The secret of the peruvian quipus. Comparative etnographical studies"*. Goteborg, 1925). V. Luis Baudin, *"La statistique au temps des Inka"*, *"Revue politique et parlementaire"*, 10 de septiembre de 1927, p. 463.

Todavía hoy, en la puna peruana, los pastores cuentan sus rebaños con ayuda del quipo. El primer cordelillo representa a los toros, el segundo las vacas lecheras, el tercero las vacas estériles, el cuarto los terneros, en seguida el ganado lanar, el número de zorros muertos, los gastos de sal (1), etc.

En la región de Casta, con ocasión de los trabajos de reparación de los canales, los funcionarios se sirven de pequeñas planchas de madera, sobre las cuales se inscriben los nombres de los obreros; al lado de cada nombre se perfora un agujero atravesado por hilos de color que indican la cantidad y la calidad del trabajo efectuado, el número de los instrumentos empleados, incluso el entusiasmo de cada uno (2).

Las estadísticas, en el Perú precolombino, permitían al inca y a los funcionarios superiores conocer exactamente la situación económica del imperio y obrar en consecuencia. La masa de la población tenía, en verdad, menor interés que la *élite* en la conservación de estos documentos, ya que su mínimum de existencia estaba asegurado (*tupu*, pareja de llamas), pero este mínimum mismo podía desaparecer a consecuencia de una causa accidental, tal como una sequía anormal o una invasión, y la administración intervenía entonces, como lo veremos ulteriormente.

Entre las estadísticas, las más importantes, sin duda alguna, eran las de la población. Para levantarlas, se dividían los indios en diez grupos, según sus edades: mayores de 60 años (indios que no trabajaban y que eran llamados algunas veces para dar consejos a los jefes locales), de 50 a

(1) Rivero y Tschudi, *"Antiquités péruviennes"*. Trad. Franc., p. 232.
(2) Tello y Miranda, *"Wallalo"*, cap. 5. Así es posible que los antiguos quipos hayan tenido por objeto no solamente elementos cuantitativos, sino aun elementos cualitativos. Bastaba para esto atribuir a cada individuo un coeficiente proporcional a su grado de inteligencia, capacidad o buena voluntad.

60 años (indios adscritos a trabajos ligeros, tales como plantaciones de legumbres), de 25 a 50 años (*hatunruna* tributarios), de 20 a 25 años (los menores de 25 años ayudaban a sus padres), 16 a 20 años, 8 a 16 años, 6 a 8 años, 4 a 6 años, 2 a 4 años, y menores de 2 años. Estos empadronamientos eran anuales (1).

Tres categorías de funcionarios estaban encargados del servicio de las estadísticas: las autoridades administrativas ordinarias suministraban los elementos necesarios para dicho servicio, contadores especiales las levantaban y otros las conservaban. A base de la jerarquía, los decuriones daban cuenta cada año de los nacimientos y de las defunciones (2) y llevaban la contabilidad completa de su grupo. Estos datos eran comunicados a los jefes de 50 familias, luego a los centuriones, y así sucesivamente, hasta los *tucricuc*. Junto a éstos, había contadores superiores que centralizaban las informaciones suministradas por los funcionarios subalternos y levantaban los quipos generales para grandes unidades administrativas. Los *tucricuc* llevan estos quipos generales al Cuzco, cuando visitan al inca para hacerle su informe anual y para celebrar la gran fiesta del Raymi (3). Finalmente, en la capital, los guardianes de quipos recogían las estadísticas de todo el imperio y se esforzaban por conservar en su memoria lo que el cordelillo no indicaba más que imperfectamente. Cada uno de ellos tenía su especialidad: uno, los quipos de guerras; otro, los de fiestas; un tercero, los de población, etc. Eran muy considerados, no pagaban ningún tributo y el inca los alimentaba. Este era el *servicio de la estadística general* y, al mismo tiempo, el de los *archivos nacionales*.

(1) Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 19.— C. de Castro da una división incomprensible. ("Relación", p. 208).

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. 14. Means escribe que estas rendiciones de cuentas se efectuaban todos los meses. (*"A study..."*, p. 455.— Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 776).

(3) Ondegardo, *"Report"*, p. 155.

La exactitud de las estadísticas estaba asegurada por sanciones severas; el *quipo-camayu* que ignoraba lo que habría debido saber, o que mentía, era castigado con la pena de muerte, "sin remisión", dice Calancha (1), y el indio que se escondía para no ser empadronado era muerto a mazazos que se le propinaban sobre los hombros (2). El control era ejercido por enviados especiales del inca, que reunían, para contarlos, a todos los indios del pueblo, "aun cuando se encontrasen en artículo de muerte" (3).

LOS DESPLAZAMIENTOS DE POBLACION

Para que semejante estadística pudiera servir de base a las operaciones administrativas, era preciso que permaneciese inalterable. No es por simple humorismo por lo que los grandes utopistas han prohibido a los habitantes de sus ciudades ideales el viajar a su antojo (4). Los desplazamientos de población perturban las cuentas de la producción y del reparto y falsean todo el mecanismo: las materias primas asignadas a una provincia excederán de las necesidades, mientras la provincia vecina carecerá de dichas materias; tal granero no recibirá la cantidad de maíz prevista, mientras que tal otro desbordará de cereales; los contingentes de tributos asignados a cada unidad administrativa serán demasiado débiles o demasiado elevados, según que la cifra de los habitantes aumente o disminuya; las estadísticas mejor hechas no llegarán jamás a ponerse al día y

(1) "Corónica moralizada", cap. 14.— Las Casas, "De las antiguas gentes", p. 213.

(2) Esto no impide que ciertos curacas, para reducir su porción en la repartición tributaria, tratasen de ocultar indios en subterráneos, según lo que cuenta C. de Castro ("Relación", p. 213). Es verdaderamente desesperante el tratar de obtener alguna vez estadísticas rigurosamente exactas.

(3) C. de Castro, "Relación", p. 213.

(4) Tomás Moro, *"Du meilleur gouvernement possible ou la nouvelle isle d'Utopie"*, ob. cit., lib. 2, cap. 6.

la administración de esta sociedad móvil será de una inexplicable complicación. Por eso, el inca, en su sabiduría, tomó la única medida conciliable con su programa de gobierno: *la prohibición de circular sin autorización especial.* La fantasía individual no debe perturbar el orden socialista. Mucho tiempo después de la conquista, Ondegardo y Santillán, sorprendidos por las dificultades que encontraban los españoles para percibir los impuestos de partición sobre colectividades que cambiaban incesantemente de número, pedían que se volviese a la regla antigua (1). En el Perú, el indio debía vivir y morir allí donde había nacido (2).

El control de esta reglamentación estaba asegurado de la manera más sencilla. Los indígenas de cada provincia tenían un signo distintivo, que no debían modificar, bajo pena de muerte. Por ejemplo, los colcas llevaban el gorro de lana que han conservado hasta nuestros días, y los cañaris, una corona de madera delgada (3). Se encontraban a la entrada de las ciudades funcionarios especiales que anotaban a todos los indios que pasaban; otros, a la cabeza de los puentes, debían asegurarse especialmente de que los transeúntes tenían autorización para circular (4). En el Cuzco no se podía entrar en la ciudad ni salir de ella después de la puesta y antes de la salida del sol (5).

Por el contrario, el inca no vacilaba en desplazar familias o grupos de familias cuando lo consideraba necesario. Estas agrupaciones transportadas han sido llamadas por los

(1) Ondegardo, "Relación", p. 50.— Santillán, "Relación", par. 82.
(2) En el Paraguay los jesuítas habían prohibido también a los indios cambiar de aldea (Lugones, "El Imperio Jesuítico", ob. cit., p. 221). Un decreto del Soviet de Petrogrado en 1920 prohibió a los hombres de 18 a 50 años y a las mujeres de 18 a 40 abandonar la ciudad (Zagorsky, *"La République des Soviets"*, París, 1921, p. 323).
(3) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 24.— Rouma, *"La civilisation des Incas"*, p. 8.
(4) Morua, "Historia", p. 182. Estete, en Jerez, "Verdadera Relación", p. 341.
(5) Las Casas, "Apologética", cap. CCLVIII.

españoles mitimaes, según la palabra quichua *mitmac*, que quiere decir *hombre enviado a otra parte* (1). Pero como este término designaba varios objetos diferentes, nos vemos obligados a definir aquí todas las acepciones que tenía, aun a riesgo de usurpar temas a los capítulos futuros.

Existían cuatro clases de mitimaes:

1.º Los puestos militares establecidos en la frontera para defender el imperio contra las invasiones. Los destacamentos que ocupaban estos puestos eran elegidos entre las tribus más seguras y más valientes, y eran objeto de favores especiales. Recibían del inca objetos preciosos, vestidos, mujeres. Su función militar no les impedía en manera alguna cultivar las tierras y participar en la construcción de las obras públicas. El capitán que los mandaba era de raza inca, y estaba bajo las órdenes del gobernador (2).

2.º Las colonias de indios enviados de un país superpoblado a un país despoblado, a fin de ajustar la población a los recursos del territorio. Ya en los tiempos antiguos, colonos aimaraes, ahuyentados por la falta de subsistencia, se habían establecido en la costa y habían conservado relaciones comerciales con sus antiguos compatriotas (3).

A menudo estos mitimaes estaban encargados de avituallar su país de origen. Antes de los incas, los chibchas y los chimúes disponían en la sierra de tierras donde algunos de ellos apacentaban sus rebaños de llamas, cuya lana servía para la fabricación de vestidos (4). Más tarde, los so-

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 7, cap. I.— Markham escribe mitimac (*"Vocabularies..."*, ob. cit.), González Holguín: mitimac ("Vocabulario...", ob. cit.), el R. P. Raurich: mitimai ("Elementos de gramática...", ob. cit.), Middendorf: mitma (*"Worterbuch..."*, ob. cit.).

(2) Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 22.— M. Rouma ha visitado en Samaipata, en Bolivia, las ruinas de una de estas guarniciones fronterizas (*"La civilisation des Incas"*, p. 12).

(3) Por ejemplo, los mitimaes collas de la región de Tacna (Cúneo-Vidal, "El cacicazgo de Tacna", ob. cit., p. 321, y "El Collasuyo de los Incas", "Revista chilena de Historia y Geografía", 1914, p. 170).

(4) Latcham, "La existencia...", p. 23, n. 2.

beranos del Cuzco adjudicaron a la mayor parte de las regiones de tierras fría, dominios situados en tierras cálidas, a veces muy alejados (1).

Estos mitimaes eran objeto de privilegios destinados a facilitar su establecimiento y, especialmente, estaban exentos de impuesto durante largo tiempo. Permanecían sometidos a sus propios jefes y escapaban a la dominación de los jefes del territorio donde se les había establecido (2); indios de su país de origen venían a ayudarlos en el tiempo de la labranza y de las siembras (3). Ondegardo señala cuán grande fué el error de los españoles al no respetar esta organización. El marqués de Cañete, después de una encuesta, ordenó devolver a la provincia de Chucuito los territorios que poseía antiguamente en la costa y de donde obtenía su alimentación (4). Claro que en este caso los indios estaban constreñidos a vivir en un clima diferente al de su país de origen, contrariamente a la regla general seguida por los incas; pero también era éste uno de los principales medios de que disponía el soberano para precaver el déficit de la producción de ciertas regiones del imperio.

Para distinguir estas colonias de las otras, las llamaremos *suyu,* como lo hace Ondegardo (5).

3.º Ciertos cambios de población eran operados con objeto de obtener una mejor producción. Era entonces la calidad de los individuos y no la cantidad lo que importaba. El poder central enviaba familias de cultivadores hábiles a las regiones que carecían de ellos y retiraba familias de artesanos de entre las que poseían demasiado número de éstos (6). Es posible que individuos o grupos pertenecientes a los pueblos conquistados hayan sido enviados al Cuzco y

(1) Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 17.
(2) Ondegardo, "Relación", p. 43.
(3) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 23.
(4) Ondegardo, "Relación", p. 46.
(5) "*Report*", p. 163.
(6) Román y Zamora, "Repúblicas de Indias", t. II, p. 31.

a las provincias vecinas de la capital para ejercer allí el oficio de instructores (1).

4.º Las verdaderas movilizaciones. El inca operaba cambios de población, no ya con un objeto económico, sino con un objeto político, para asegurar el orden y hacer reinar la paz en el imperio. Desplazaba de oficio tribus fieles y las instalaba en las provincias recientemente conquistadas, en lugar de tribus turbulentas que venían a ocupar los territorios dejados por las primeras. En este caso, los mitimaes eran completamente separados de sus compatriotas y pasaban bajo el dominio directo del *tucricuc* del territorio que ocupaban. Los lazos con el país de origen eran rotos.

Los recién llegados que se establecían en el país conquistado servían, a la vez, de instructores para los indígenas, de elementos seguros, capaces de ahogar las revueltas, de vigilantes y espías por cuenta del inca. Este no les escatimaba sus favores: vestidos, joyas y mujeres, y tenía siempre cuidado de enviarlos a un país de clima análogo al de su provincia natal (2).

Nada nos da mejor idea del poder del inca y de la habilidad de su política que este procedimiento bárbaro, pero eficaz, que conocieron en el Viejo Mundo los judíos de Palestina y los sajones de tiempos de Carlomagno. ¡Cuán penosa debía ser para esos agricultores la obligación de abandonar la tierra de sus antepasados para ir a vivir en medio de pueblos hostiles! Algunos murmuraban, otros se sublevaban (3), pero el inca, inflexible, continuaba rigiendo todas las cosas conforme a las indicaciones de su razón,

(1) Se habrían establecido chimúes en la meseta para enseñar allí su arte a los quichuas (Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 742).

(2) "Relación de la religión y ritos del Perú". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 3, p. 31. Esta relación trata de la provincia de Huamachuco, en donde existían mitimaes que venían del Cuzco.

(3) Los habitantes de la provincia de Chillhue y de Chillcaras se negaron a abandonar su región para ir a colonizar otros territorios (Anello Oliva, "Historia del Perú". Trad. franc., p. 52). La población indígena

sacrificando el interés particular al interés general para la mayor gloria del imperio (1).

Estos mitimaes eran muy numerosos. "Apenas —dice Cobo— si existe un valle o un pueblo en todo el Perú donde no haya un *ayllu* o una *parcialidad* de mitimaes" (2). Los incas, por ejemplo, habían transportado tribus fieles al reino de los caras (3), y por eso se encuentran todavía hoy en Zambiza, cerca de Quito, indios aimaraes, cuyos antepasados fueron traídos de la frontera de Bolivia.

Es curioso observar que, a pesar de todo, los indios transportados no se habían ligado a sus nuevas tierras como los otros indios lo estaban en general a las suyas. Ondegardo observa, en efecto, que los mitimaes abandonan su país con más facilidad que los otros peruanos para servir a los españoles (4).

A estos traslados de tribus enteras agregaremos los traslados de pequeños grupos, operados con el mismo espíritu, pero que afectaban solamente a algunas familias, elegidas con cuidado, que tenían una misión de vigilancia que llenar. Estos mitimaes debían aprender la lengua de los indígenas sin olvidar el quichua y tenían derecho a entrar de día y de noche a las casas para avisar al gobernador más cercano de cualquier tentativa de revuelta (5).

miraba naturalmente con desconfianza y desprecio a los mitimaes (Cunow, *"Die Soziale Verfassung..."*, p. 69.— Suárez, "Historia General", t. I, p. 66).

(1) La invención de este procedimiento tiránico es atribuida por Sarmiento a Pachacutec (*"Geschichte"*, cap. 39).

(2) "Historia", lib. 112, cap. 23. Cieza de León señala varios mitimaes en la primera parte de su crónica (por ej., en Latacunga, cap. 41; en la provincia de Chincha, cap. 74; en Cajamarca, cap. 77). Anello Oliva pretende que para poner fin a las revueltas, Yahuar Huacoc resolvió mezclar todas las naciones que formaban el imperio, y ordenó que los dos tercios de la población de cada aldea se dirigiesen a otras provincias, cuyos habitantes vendrían a reemplazarlos (*"Histoire du Pérou"*, trad. franc., p. 51); pero ningún otro autor hace alusión a una medida de esta especie, que es del todo inverosímil.

(3) O. von Buchwald, *"Die Kara"*. *"Globus"*, 1908, p. 123.

(4) "De la orden que los Yndios...". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 17, p. 113.

(5) Según Alonso Ramos, el inca, después de deportar a los habitantes

En una palabra, el inca reglamentaba todos los desplazamientos; instalaba buenos agricultores allí donde hacían falta, daba instructores a los indios que carecían de ellos, colocaba a las tribus inquietas y orgullosas cerca de las tribus sometidas, distribuía a sus súbditos con mano soberana en las diferentes regiones del territorio, como si se tratara de peones sobre un tablero de ajedrez, y manipulaba con los pueblos a su antojo para unificar el imperio (1).

de Copacabana, ribereños del lago Titicaca, pobló esta península con familias escogidas en las diferentes tribus del imperio ("Historia de Copacabana", p. 11). Esta medida singular parece haber tenido una causa religiosa; la parte Sur del lago Titicaca, costa e islas, era especialmente venerada por los indios.

(1) Han podido ocurrir emigraciones temporales por causa de una sequía excepcional o por una escasez provisional de mano de obra en un territorio de pequeña densidad de población. Evidentemente, en este caso los emigrados permanecían sometidos a sus jefes primitivos (Ondegardo, "Relación", p. 137.— Bastian, *"Die Kulturlander..."*, t. 2, p. 546.— Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 600).

Capítulo octavo

EL SOCIALISMO DE ESTADO (Continuación)
LA LIMITACION DE LA DEMANDA

"El capitalismo no podrá ser seriamente amenazado sino por un gran movimiento ascético que penetrase en las masas y las desprendiese de los vicios y los lujos a que están habituadas desde hace un siglo."
(Ferrero, "Discurso a los sordos".)

POR perfectas que sean las estadísticas, no bastan, en un régimen socialista, a suplir el mecanismo de los precios, si la demanda no está simplificada al extremo. Precisamente, en el Perú, las necesidades de la población eran muy reducidas, y los incas se las habían ingeniado para impedir su crecimiento (1).

En materia de alimentación, los indios no sólo se contentaban con poco, sino que, además, su cocina era de las más primitivas, y les estaba prohibido modificarla. El maíz se comía tostado o cocido, algunas veces sazonado con yerbas y pimiento rojo; excepcionalmente servía para hacer el pan y los pasteles destinados a las fiestas y a los sacrificios (2). Para moler los granos, las mujeres los colocaban sobre una ancha losa y los aplastaban con una piedra pesada, larga y estrecha, de forma semicilíndrica,

(1) Hoy día los socialistas no tratan de limitar en ningún modo la demanda; admiten que los deseos y las necesidades de los consumidores deben ser el principal factor determinante de la producción (Webb, *"Industrial Democracy"*, Londres, 1897, t. 2, p. 818). Pero también esta libertad del consumidor da a su sistema un carácter utópico.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 9.

que sostenían por los dos extremos y que hacían girar ya a un lado, ya a otro. Las hojas de maíz eran también utilizadas como legumbres, y los granos no maduros daban una especie de aceite.

Carne fresca no se consumía sino en los días de fiesta; en general, se la cortaba en lonchas y era salada y puesta a secar al sol para conservarla, llamándola charqui.

La patata se comía a veces cocida o asada, pero lo más frecuentemente se la conservaba gracias a un procedimiento todavía en uso en nuestros días. El indio la riega, la expone alternativamente a la helada de la noche y al calor del sol y la tritura; la harina así obtenida se llama chuño, y puede ser conservada muy largo tiempo (1).

Las hojas de quinua servían para hacer sopas, y con los granos de esta planta se hacía igualmente una harina. Los tubérculos de la oca eran secados al sol y cocidos. Las otras legumbres se comían sazonadas con pimiento, que se usaba mucho y del que había diversas variedades. Se ponía rara vez sal en los alimentos; los indios tenían a su lado un pan de sal que lamían de vez en cuando (2). Sin embargo, uno de los platos más comunes, el chupe, se componía de agua, sal, pimiento y, a veces, patatas (3).

Los indios obtenían también conservas de legumbres cociendo yerbas amargas en dos o tres aguas y haciéndolas secar en seguida al sol (4). De este modo, la mayor parte de los alimentos —charqui, chuños, legumbres— podían ser conservados y se hacía fácil uniformar la demanda en el año, evitando las variaciones de las estaciones (5).

(1) "Con un puñado de esta harina y un poco de charqui disueltos en agua hirviendo se obtiene un caldo excelente." Monnier, *"Des Andes au Para"*, p. 277, n. 1.

(2) Cobo, "Historia", lib. I, cap. 4.

(3) Tschudi, "Contribuciones", p. 64.— Bushan, *"Die Inka und ihre Kultur"*, ob. cit., p. 434. Sin papas, éste debía ser un caldo muy mediocre.

(4) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 6.

(5) No se trataba aún de aquel alimento curioso del que habla Leadbeater, que se haría de harina de maíz comprimida y del que bastaba

El alimento era preparado en cada casa en un pequeño horno de arcilla, cuya parte superior tenía dos o tres agujeros, donde se colocaban las ollas de barro (1). El fuego se obtenía por el frotamiento de dos palos. Los peruanos nunca partían de viaje sin llevar consigo algunos de estos fósforos primitivos.

Para comer, los indios se servían de cucharas; desconocían el tenedor; sus utensilios domésticos se reducían a vasos, ollas, jarros de barro, morteros de piedra, fuentes de calabazas. Las comidas se efectuaban dos veces por día, en la mañana y a la puesta del sol; nunca había otras. Los españoles mismos quedaron sorprendidos de tal sobriedad. "Es increíble que esas gentes lleguen a alimentarse con tan poca cosa —escribe Ondegardo—: una docena de patatas mal cocidas, un poco de maíz medio tostado, sin otro condimento, bastan para alimentar a toda una familia durante una jornada" (2). Y todavía era obligatorio, en ciertas circunstancias, un ayuno severo, cuya duración variaba desde algunos días a un año entero; se imponía, por ejemplo, a los guardianes de los campos de maíz, a los padres que habían engendrado dos gemelos, a las familias de los candidatos que soportaban las pruebas del *huaraco*.

La bebida nacional era idéntica a la chicha actual, y se llamaba entonces *aca*. Algunos granos de maíz masticados por las mujeres y por los viejos eran macerados en agua escogida de preferencia en los pantanos y recogida en vasijas que se guardaban al calor enterrándolas (3).

una tajada delgada para alimentar a un hombre durante un día entero (*"Le Pérou antique"*, p. 409).

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 14.

(2) Ondegardo, "Copia de carta", p. 165. Y sin embargo, en España, en la misma época, la masa de la población se contentaba con poco. Algunas frutas y un pedazo de pan bastaban al campesino de la huerta de Valencia.

(3) Zárate, "Historia", cap. 8. Durret refiere que al principio del siglo XVIII se contrataban hombres y mujeres para mascar los granos de maíz;

Como la *aca* se agriaba al cabo de ocho días, debía ser preparada cada semana (1). Los indios, desgraciadamente, abusaban de esta bebida; la embriaguez ha sido siempre su vicio dominante. Todos los cronistas nos hablan de ella (2), y desde el establecimiento de la República el mal no ha hecho más que empeorar. Los mismos incas, a pesar de todos sus esfuerzos, no llegaron a hacer desaparecer esta plaga; pero por lo menos pusieron raya a su avance, poniendo al alcance de los indios sólo las bebidas más inofensivas, tales como aquella de que acabamos de hablar o las que se fabricaban con granos de quinua, granos de mulli u hojas de maguey (3). Habían prohibido las bebidas peligrosas, como la *sora* o *vinapu,* y castigaban a los que se emborrachaban hasta perder la razón (4).

El uso de la coca estaba igualmente prohibido, en principio; sabia medida, porque es el abuso de esta planta lo que ha contribuído a embrutecer hoy a los aimaraes. Sólo el inca podía distribuir hojas de coca, a título de recompensa. Estas hojas, previamente desecadas, eran apiladas en canastos y el indio las mascaba mezclándolas con *lypta* (5). El tabaco era conocido, pero no se utilizaba sino como planta medicinal.

agrega: "Este (el brebaje), que se hace con agua estancada (agua mansa), es considerado más fuerte y mejor que si se confeccionara con agua corriente, como se practica en Flandes, con las cervezas que allí se hacen con agua estancada y maloliente, y que son mucho más estimadas para este uso". (*Voyage de Marseille á Lima,* p. 192).

(1) Cobo, "Historia", lib. 14., cap. 4.

(2) Gomara, "Historia General", cap. CXCV.— "Relación anónima" (en "Tres Relaciones"), p. 190.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 12 y 13.

(4) Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 9.— "Relación anónima" (en "Tres Relaciones"), p. 200, ley X.— El inca Roca ordenó a los indios que se reunieran en un lugar público para beber, pues temía los excesos provenientes de estas orgías y podía prevenirlos de esta manera en mejor forma (Morua, "Historia", p. 16).

(5) "La coca desarrolla sus cualidades esenciales cuando se la mezcla con carbonato de sodio; es lo que hacían los quichuas al mezclarla con la *lypta*" (Segunda carta de F. López al Dr. von Tschudi, en *"Deux lettres a propos d'archéologie péruvienne".* Buenos Aires, 1878). Las distan-

Las necesidades de vivienda eran tan restringidas como las de alimentación. Las habitaciones de los indios eran antes lo que son hoy: simples casuchas de piedra, de ladrillo o de barro, con techo de paja, sin ventanas; a veces, un tabique interior de ladrillo o de caña separaba de la pieza central un reducto destinado a servir de dormitorio o de cocina (1). En ciertas regiones, los indios habitaban chozas redondas, cubiertas de ramas y de tierra (2). Todas estas residencias eran, antes como ahora, pequeñas, obscuras y sucias; los conejillos de Indias vivían allí en promiscuidad con los habitantes (3).

El mobiliario era de lo más sencillo (4); los vestidos se colgaban de una saliente del muro o del techo, o se colocaban sobre cuerdas tendidas al través de la pieza, o bien se guardaban en tinajas (5); cobertores de lanas o de pieles extendidos en el suelo —entre los curacas, sobre la paja— servían de camas; en la costa se utilizaba la hamaca; no había asientos más que en las casas de los altos personajes; el indio vulgar se ponía de cuclillas en el suelo, con las piernas plegadas, los pies juntos y las rodillas levantadas hasta la altura de la boca (6).

cias se miden aún en cocadas, tiempo empleado en masticar una bolita de coca.

(1) Squier, *"Peru"*, p. 74. No olvidemos que en la misma época las habitaciones obreras y campesinas tenían también en Europa dimensiones minúsculas.

(2) D'Orbigny, *"L'homme américain"*, t. I, p. 131. En las regiones secas de la costa, las casas eran construídas frecuentemente con cañas y ramajes (F. Pizarro, "Carta". Trad. ingl., p. 122). Se reducían a veces a simples cobertizos, formados por un techo inclinado que descansaba sobre pilares, y adosado a un muro o a una roca. Así es como se las presenta en algunas vasijas.

(3) Del Hoyo, "Estado del Catolicismo", cap. 2, par. 59.— Lorente, "Historia Antigua", p. 332.

(4) ¿De dónde ha sacado Brehm que las gentes del pueblo tenían mesas, sillas de madera y vivían en casas cuya puerta se cerraba con llaves dentadas? (*"Das Inka-Reich"*, p. 85). Hanstein repite lo que dice Brehm (*"Die Welt des Inka"*, p. 55).

(5) Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 4.

(6) Pueden permanecer de esta manera un día entero sin levantarse (Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 5).

Como objeto de *toilette*, podemos citar espejos de pirita o de obsidiana para las mujeres (1), alfileres de metal, cuchillos de sílex para cortarse el cabello, peines de madera. Finalmente, con mencionar algunos pendientes de piedra, de metal, de granos, de copos de lana y algunas figurillas religiosas, especialmente el *enca* o pequeña llama de piedra hueca, en la cual se depositaba una ofrenda de coca o de alcohol y que es característica de la civilización incaica (2), agotamos el inventario de todo el mobiliario del indio.

Entre las gentes ordinarias, cada uno recibía el día de su matrimonio dos vestidos de lana o de algodón sacados de los depósitos (3): uno para los días ordinarios, otro para los días de fiesta, más una manta de trabajo de cabuya, destinada al transporte de los materiales. Debían guardar estos vestidos hasta su desgaste completo; "evitaban así las preocupaciones de tener un guardarropa bien provisto", hace notar Ondegardo (4). El poncho, hoy tan extendido —al punto de que uno no puede imaginarse a un habitante de la meseta privado de esa prenda—, es posterior a la conquista española (5). Antiguamente, el

(1) Sólo la familia real usaba espejos de plata (Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. 28). Los espejos eran en general convexos, porque esta forma les permitía, a pesar de sus pequeñas dimensiones, reflejar toda la cara. Las damas de hoy usan también espejos de bolsillo convexos para que ocupen el menor espacio posible en sus maletines (Nordenskiold, *"Miroirs convexes et concaves en Amérique"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1926, p. 107). "La Condamines asegura que los espejos estaban tan bien hechos como si esas gentes hubieran tenido los instrumentos más perfectos y como si hubieran conocido las leyes más precisas de la óptica" (De Carli, *"Delle lettere americane"*. Trad. fr., t. I, p. 353).

(2) Verneau y Rivet, *"Etnographie ancienne"*, p. 187.

(3) Betanzos, "Suma y Narración", cap. XIII. Las vestimentas de plumas de aves, tan notables y que se ven en los museos, sólo las llevaban los grandes personajes. En cuanto a las vestimentas de pelo de murciélago, de que habla Garcilaso, no se han hallado trazas de ellas en ninguna parte.

(4) "De la orden...", p. 104.

(5) Varios autores hablan equivocadamente de ponchos en la época de los incas; por ej., C. Mead, *"Old Civilizations..."*, p. 19, 33, y G. Buschan, *"Illustrierte Volkerkunde"*, ob. cit., t. I, p. 393.

indio llevaba la *cusma;* era una "pieza de tela doblada sobre sí misma, con los bordes cosidos hasta diez o quince centímetros del pliegue, en forma de dejar dos orificios por donde pasaban los brazos; en la parte de arriba una hendidura perpendicular al borde superior cortaba los dos espesores del tejido y permitía el paso de la cabeza" (1). La *cusma* era, pues, una especie de camisa sin mangas. Sobre ella se ponía la *yacolla,* que servía de capa (2). Durante el trabajo, las dos puntas de esta capa se ataban juntas sobre el hombro izquierdo.

Las indias llevaban el *anaco,* túnica que caía hasta los pies, sujeta por un alfiler de gruesa cabeza (*tupu*), y la *licla,* manta o chal, puesto sobre los hombros, cruzado sobre el pecho y sujeto también por un alfiler. A veces enrollaban alrededor de su vientre una ancha banda de tela, el *chumpi* (3).

Hombres y mujeres caminaban descalzos; los personajes importantes calzaban sandalias (*usuta*), cuya suela, trenzada en cuero o fibra de maguey (agave), iba sujeta por dos correas. Para dormir, los hombres se quitaban solamente la *yacolla,* y las mujeres, la *licla* (4).

En suma, los indios se satisfacían con poco. "El sol los calienta, el río les quita la sed, la tierra les sirve de lecho", dice Morua (5). Impidiendo, mediante leyes suntuarias, la multiplicación de estas necesidades tan poco numerosas, los incas facilitaron grandemente su tarea y

(1) Sra. A. Barnett, *"A propos des cushma péruviennes". "Journal de la Société des Américanistes de Paris",* 1914.
(2) "Como capa", dice Las Casas ("Apologética", cap. CCLVII).
(3) Zárate, "Historia", lib. I, cap. 8.
(4) Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 4. Sabemos que los peinados diferían según las provincias. (V. p. 144.)
(5) "Historia", p. 114.— P. de Ribera y A. de Chaves, "Relación de la ciudad de Guamanga". "Relaciones Geográficas", t. I, p. 113.— D. Cabeza de Vaca. "Descripción y relación de la ciudad de La Paz", ob. cit., p. 72.

permitieron que la producción, que amenazaba con ser insuficiente, se adaptara a un consumo estrictamente limitado (1).

(1) De Carli ha estado acertado en este punto: "Los incas, dice, lograron... sobre todo hacer desaparecer esas necesidades ficticias que se convierten en los agentes destructores de toda sociedad civil" (*"Delle lettere americane"*. Trad. franc., t. I, p. 258). Se ve cuán audaz es Nicholson cuando habla del "alto grado de confort material" de los antiguos peruanos (*"The revival of marxism"*, Londres, 1921, p. 67).

Capítulo noveno

EL SOCIALISMO DE ESTADO *(Continuación)* LA REGLAMENTACION DE LA OFERTA

SI uno de los objetivos del socialismo es organizar el trabajo humano como en una "fábrica única" y "suprimir toda competencia nacional e internacional" (1), el sistema incaico es muy socialista a este respecto. Todo está aquí reglamentado por vía de autoridad, sea que ésta innove, sea que se limite a consagrar una costumbre anteriormente establecida.

LA OBLIGACION DE TRABAJAR

El trabajo era obligatorio, pero esta palabra se tomaba en su sentido más amplio; las castas superiores realizaban un trabajo intelectual, de dirección, de organización o de vigilancia. Todos los incas trabajaban, porque todos ocupaban puestos en la administración, el clero o el ejército; nadie podía vivir en el ocio. Sólo los viejos, los enfermos u otros incapaces estaban exentos del trabajo.

El principio era aplicado de manera tan extensa que los

(1) Blum, *"L'idéal socialiste"*. *"Revue de Paris"*, 1.o de mayo de 1924.

niños, desde la edad de cinco años, debían cumplir alguna tarea en relación con sus fuerzas; y las mujeres, al visitarse unas a otras, llevaban su huso para hilar mientras caminaban o conversaban; las princesas hacían llevar su huso las unas a casa de las otras cuando iban a verse (1). Hasta los ciegos eran empleados en desgranar el maíz (2).

La obligación de trabajar permitía evidentemente intensificar la producción, pero no era ésta su única razón de ser. Tenía por mira, ante todo, combatir la pereza. Es un punto de vista diametralmente opuesto a nuestro punto de vista actual, y que hace del sistema incaico una economía *no-euclidiana,* como diríamos hoy (3). *El trabajo se consideraba como un fin, más que como un medio;* su papel era asegurar, ante todo, la salud física y moral del trabajador (4). El inca tenía por máxima, dice Acosta, "que era preciso tener siempre a los indios ocupados" (5). Mientras que hoy el legislador trata de acrecentar los ocios de la masa de la población, aun con detrimento de la producción, el soberano peruano llegaba al punto de hacer ejecutar trabajos inútiles antes que dejar a los hombres ociosos (6). Sabía que es

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 13. La costumbre de hilar al andar se conserva aún en nuestros días en las mujeres viejas peruanas y ecuatorianas, llevando a menudo al hijo sobre la espalda. (Bingham, *"In the Wonderland of Peru"*, p. 401.— Rivet. *"Etude sur les Indiens de la région de Riobamba"*, ob. cit., p. 72).

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 13. Lib. 5, caps. 11 y 12.

(3) Luis Baudin, *"La loi économique"*. *"Revue d'économie politique"*, julio de 1924, p. 641.

(4) Pedro Pizarro, "Relación", p. 276.

(5) "Historia Natural", t. 2, lib. 6, cap. 12.

(6) "Lo que se prueba cerca de las costumbres de las Indias". "Colección de libros españoles raros o curiosos", t. 16, p. 196. Prescott recuerda que, según ciertos autores, la plaza del Cuzco habría sido rellenada con tierra traída de las márgenes del Pacífico (*"Histoire"*, tr. fr., t. I, p. 173). Betanzos pretende que Pachacutec hizo reconstruir el Cuzco para hacer trabajar a los indios, y que recomendaba hacer ejercicios militares para evitar la ociosidad entre los hombres. ("Suma y Narración", caps. 12 y 16). Las ceremonias religiosas ocupaban mucho tiempo, dado el número considerable de divinidades (Ondegardo, *"Report"*, p. 155). En el Paraguay, al contrario, los neófitos disfrutaban de grandes ocios, puesto que el trabajo se detenía a mediodía (Sagot, *"Le communisme au Nouveau Monde"*. Dijón, 1900, p. 69).

malo dejar en el ocio a los que son incapaces de utilizarlo inteligentemente. El mismo daba el ejemplo. Los orejones que visitaban el palacio, cuenta Betanzos, encontraron al monarca pintando y dibujando (1). Los primeros mendigos que aparecieron en la época colonial fueron escarnecidos y despreciados.

Evitar la pereza, tal ha sido una de las preocupaciones dominantes de los soberanos del Cuzco, esa pereza que parece natural en el indio, y que ha reaparecido después de la caída del imperio, para gran desesperación de los españoles (2).

No hay que creer, sin embargo, que el trabajo exigido a los indios haya sido incesante y penoso. Primeramente, había reposos que lo entrecortaban, las fiestas eran numerosas: "se daban la mano unas a otras", dice donosamente Suárez (3). Tschudi cuenta ciento cincuenta y ocho fiestas por año, no comprendidas las que se dan en honor de los *conopa* y de los acontecimientos de familia (4). Los ocios eran, pues, numerosos, pero su empleo estaba sustraído a la iniciativa individual; los indios, en los días de fiesta, debían tomar parte en las reuniones populares: banquetes, canciones y danzas.

Por otra parte, los soberanos del Cuzco velaban por impedir que los trabajadores sobrepasaran los límites de sus fuerzas; tenían en cuenta la edad, el sexo y la constitución

(1) "Suma y Narración", cap. 17.

(2) Del Hoyo, "Estado del Catolicismo", p. 165.— Santillán, "Relación", par. 59.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. IV, cap. 2. "La pereza era su estado habitual". (Raynal, *"Histoire philosophique"*, t. 2, lib. 7, p. 208). Robertson, *"Histoire de l'Amérique"*, t. I, p. 270. "Pasan días enteros en el mismo lugar, sentados sobre sus talones, sin moverse, sin decir palabra." (P. Bouguer, *"La figure de la terre"*, p. 102). Lo mismo se puede constatar en los guaraníes (M. Fasbinder, *"Der Jesuitenstaat in Paraguay"*. Halle, 1926, p. 90).

(3) "Historia General", t. I, p. 239. Desde Pachacutec, había un día de fiesta cada nueve días (Garcilaso, "Comentarios", lib. VI, cap. 35).

(4) "Contribuciones...", p. 34.

física del indio, y también la naturaleza del trabajo. Jamás un jefe de Estado fué más cuidadoso de la salud de sus súbditos; la busca del mercurio, que da "temblores y contracciones de nervios", estaba prohibida (1); la pesca de las perlas lo estaba igualmente (2); sólo un pequeño número de indios era enviado a las plantaciones de coca, situadas en tierra cálida y malsana, y por añadidura debían ser siempre originarios de tierras cálidas. Los españoles, que no siguieron esta última regla, hicieron perecer tribus enteras (3).

Para los trabajos penosos, pero necesarios, se estableció un turno, en virtud de la regla que Garcilaso llama "del trabajo alternativo" (4), y que fué más tarde el principio de la mita española.

Había dos categorías de trabajo obligatorias para los hombres aptos de 25 a 50 años: el trabajo agrícola y el servicio militar (5).

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 25. Durante la dominación española, los soberanos tomaron medidas para evitar que los indios fuesen empleados demasiado tiempo en las minas de mercurio, lo que arruinaba su salud (Ordenanza del 24 de nov. de 1601. "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 19, p. 174).

(2) También el rey de España prohibió la pesca de perlas, o por lo menos especificó que el indio no debía ser empleado en esta pesca contra su voluntad y, más aún, que no debía emprenderse ninguna pesca si había peligro de muerte ("Códice de leyes y ordenanzas para la gobernación de las Indias". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 16, p. 387). Más tarde, sólo los negros quedaron autorizados para realizar esta clase de pesca ("Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 19, p. 163).

(3) Santillán, "Relación", par. 115. Sin embargo, el rey de España, al igual que los incas, había prohibido emplear indios en regiones cuyo clima era diferente del de su región de origen y había reglamentado con extremada minuciosidad el trabajo en las plantaciones de coca, con el objeto de proteger la salud de los indígenas ("Recopilación de leyes de las Indias", lib. 6, tít. 12, ley 29). Que la coca no se desarrolla sino en regiones malsanas es evidente porque, como lo anota un anónimo ingenioso, es una hierba inventada por el demonio ("Provehimientos generales y particulares del Pirú", s. f. "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. XI, p. 51).

(4) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 10.

(5) En la época de los incas, según Cabeza de Vaca, los indios del distrito actual de La Paz trabajaban en la forma siguiente: Sobre los 50 años laborando la tierra, de 30 a 50 años servían en los ejércitos, de 25 a 30 años en las obras públicas, de 20 a 25 conservando los caminos y los

En los trabajos efectuados por cuenta del Estado se fijaban por los jefes ciertas tareas que debían ser escrupulosamente ejecutadas con las materias primas suministradas por la Administración. Nadie tenía derecho de hacer menos ni más que su tarea, porque en el primer caso habría permanecido ocioso, y en el segundo habría permitido a otro el estarlo (1). Por el contrario, la regla de ayuda mutua que hemos visto ya aplicada al régimen de las tierras estaba erigida a la altura de una ley que Garcilaso llama: Ley de fraternidad (2). Cuando un trabajador era incapaz de llevar a buen término su obra, sus vecinos debían ayudarlo, con cargo de compensación.

Las provincias del imperio estaban agrupadas de dos en dos, debiendo una de ellas acudir, de oficio, en auxilio de la otra, en caso de necesidad: así, los conquistadores europeos vieron en ciertos territorios acudir a los indios deseosos de ayudar a sus compatriotas a reconstruir los pueblos destruídos por la guerra.

Más tarde, los soberanos españoles, comprobando la tendencia de los indios a vivir en la ociosidad apenas se les dejaba cierta libertad, recomendaron a los virreyes obligar a sus súbditos a trabajar. Se ve que no dieron semejante instrucción sino después de muchas dudas, porque sabían que la coacción serviría de pretexto para ejercer una tiranía y para reducir a los indios a la esclavitud si no era aplicada por encomenderos conscientes de sus deberes; por eso, precisaron que la obligación al trabajo debía ejercerse "por los más suaves medios" (3).

campos, de 10 a 20 cazando pájaros, de menos de 5 años ensartando piojos con un cabello, a fin de que, agrega el autor, nadie permanezca desocupado ("Descripción y relación de la ciudad de La Paz", ob. cit., p. 71).

(1) Hanstein, *"Die Welt des Inka"*, p. 35.

(2) "Comentarios", lib. 5, cap. XI.

(3) "Por los más suaves medios". Ordenanza del 24 de nov. de 1601, "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 19, p. 163.

LA DIVISION DEL TRABAJO

"Plutarco se equivoca cuando dice que no hay nadie que no tenga necesidad de la ciencia del vecino."
(Cobo, "Historia", t. III, lib. 14, cap. 15.)

La economía familiar reinaba todavía entre los quichuas, y los incas la mantuvieron. El imperio ofrecía el curioso espectáculo de una civilización que permanecía hostil a la división del trabajo. Esta existía, es verdad, entre los sexos, especializándose la mujer en el hilado y en los trabajos domésticos, pero *la regla era que cada uno debía producir todo lo que le era necesario*: alimento, vivienda, vestidos, armas. Los hijos de los primeros personajes y los del inca mismo, aunque llamados a especializarse más tarde en el trabajo de dirección, debían saber también cultivar y fabricar. Los maestros se aseguraban de que los jóvenes poseían estos conocimientos antes de admitirlos en la casta superior; a este efecto, con ocasión de las grandes pruebas de la iniciación (*huaraco*), los candidatos eran invitados, como lo hemos visto, a fabricar armas, al menos aquellas que no exigían el auxilio del fundidor, y sandalias con un pedazo de cuero de llama o de fibras trenzadas (1).

No había en el imperio ni sastres, ni zapateros, ni armeros (2).

Existían, sin embargo, artesanos, en número reducido, a quienes estaban confiados los trabajos que exigían conocimientos particulares. Como dice Acosta, sólo las artes y oficios que no eran indispensables a la vida tenían sus obreros profesionales; orfebres, pintores, ceramistas, tejedores de telas finas (3). Era la industria de lujo de la época, y eso expli-

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 25.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 13.
(3) "Historia Natural", t. 2, lib. 6, cap. 16.

ca por qué estos obreros trabajaban en su totalidad únicamente para el inca (1).

¿Cómo se reclutaban los artesanos? Probablemente, como lo afirma Garcilaso, por vía de herencia. El hijo hacía su aprendizaje ayudando a su padre, como lo quería la ley del inca, y se hacía así apto para reemplazarlo más tarde (2).

Pachacutec parece haber intervenido para especializar a algunas tribus en las artes u oficios que eran particularmente capaces de ejercer; de manera que ciertas localidades adquirieron una gran reputación en todo el imperio (3).

LAS MEDIDAS DE PREVISION

Pocos monarcas han tenido el sentido de la continuidad de las generaciones tan aguzado como los incas (4). Habitando un país pobre, trataron de asegurar el porvenir de sus pueblos, perpetuamente amenazados en su existencia. Contrariamente a los españoles, que mataban las bestias por placer y vaciaban los depósitos de víveres sin necesidad; contrariamente a los Estados modernos, que agotan sus riquezas

(1) Con excepción de los forjadores de bronce. (Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 602).

(2) "Este rey estableció muchas leyes, entre las cuales dice... que convenía que los hijos de la gente común... les enseñasen los oficios de sus padres, que les bastaban." (Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 19). — Prescott, *"Histoire"*, trad. franc., t. I, p. 156.— En el mismo sentido, De Carli, *"Delle lettere americane"*, trad. fr., t. I, p. 240.— De Greef, *"Sociologie"*, t. 2, p. 40.— Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 602. "Los oficios manuales pasan de padre a hijo en el Perú, como en el antiguo Egipto y en la Roma del siglo IV", escribe Spencer (*"Principes de Sociologie"*, tr. fr., t. 3, p. 621). El carácter hereditario de la función existe en la mayor parte de los pueblos antiguos (Durkheim, *"La division du travail social"*, París, 1893, p. 341). En la "Utopía", de Moro, los miembros de una misma familia ejercen el mismo oficio. En el Paraguay, el Estado asignaba a cada uno su oficio (Sagot, ob. cit., p. 83).

(3) Román y Zamora, "Repúblicas de Indias", t. 2, p. 30.

(4) No es preciso decir que las medidas de previsión son el sello de los Estados civilizados, e imaginarse, como lo hace Bücher, que las tribus primitivas son imprevisoras (*"Die Enstehung der Volkswirtschaft"*, Tübingen, 1922, p. 18). Nunca ha sido mayor el derroche que en nuestras sedicentes sociedades civilizadas.

naturales y socavan por sí mismos los fundamentos de su poder, los incas pensaron siempre en el mañana, y, refrenando los apetitos inmediatos, construían para la eternidad.

Hemos visto cuán cuidadosos eran los soberanos del Perú de la salud de la población; vamos a ver ahora cómo se preocuparon también de proveerla de recursos (1).

En los países donde los árboles eran escasos, el uso de la madera estaba reglamentado y vigilado por los *tucricuc*, sabia disposición destinada a evitar esa desforestación de que tanto han sufrido pueblos antiguos y modernos (2).

Los animales domésticos eran protegidos. No se mataba jamás a las hembras, a fin de favorecer la multiplicación del ganado. Aun los animales salvajes eran objeto de medidas de protección; nadie podía cazar sin permiso del inca, ni fuera del territorio de su comunidad (3).

He aquí cómo estaba regulada la cacería del inca (4):

(1) La explotación del guano nos ha dado ya la prueba de ello. Tal vez el horror al derroche ha llegado hasta el punto de determinar la política religiosa del soberano; para disminuir probablemente el número de sacrificios es por lo que los incas desanimaron el culto de los *huaca* (Santa Cruz Pachacuti, "Relación", en "Tres Relaciones", p. 244.— Payne, *"History"*, t. I, p. 543).— "Los *huaca* eran tan numerosos que los sacrificios habrían podido dar ocupación a los indios, aun cuando éstos no hubieran tenido otra cosa que hacer" (Ondegardo, *"Report"*, p. 155).

(2) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 29.— Ondegardo, "Relación", p. 56.

(3) Ondegardo, "Relación", p. 26 y 54.

(4) Las grandes cacerías reales se efectuaban sólo una vez cada cuatro años en la misma parte del país (Prescott, *"Histoire"*, trad. fr., t. I, p. 150), porque el vellón de las vicuñas exige un plazo de cuatro años para alcanzar una belleza completa (Hanstein, *"Die Welt des Inka"*, p. 45), pero Herrera declara que estas cacerías tenían a menudo por escenario la selva de Huamachuco ("Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 10). En Jauja, el inca Manco dió una gran cacería en honor de Pizarro (Prescott, *"Histoire"*, trad. fr., t. 2, p. 178). Los autores no están de acuerdo sobre la extensión del derecho de caza de los miembros de la comunidad en su propio territorio. Cunow anota que Garcilaso se contradice (*"Die Soziale Verfassung..."*, cap. 5). Trimborn razona por analogía y distingue entre regiones abundantes de caza y regiones no abundantes, así como se distinguía entre regiones boscosas y no boscosas, siendo los animales salvajes propiedad de la comunidad en los primeros, del soberano en los segundos (*"Der Kollektivismus"*, p. 592). Middendorf (*"Peru"*, p. 47) y Beuchat (*"Manuel"*, p. 657) suponen una prohibición absoluta y general de cazar. Latcham estima que, fuera de las grandes cacerías del inca, los indios

varios millares de indios (1), colocados en línea, a corta distancia unos de otros, rodeaban un vasto territorio y se dirigían hacia un punto central ojeando la caza delante de ellos, a gritos. Los animales, encerrados en este círculo infernal que iba estrechándose cada vez más, acababan por ser apresados a mano, con redes. Se mataba a las bestias peligrosas. Si se capturaba una cantidad de vicuñas y de guanacos saltando y escupiendo al rostro de los cazadores, eran contados, esquilados y puestos en libertad, salvo un pequeño número de machos, a los que se sacrificaba. Estos últimos, así como todas las bestias heridas, eran destinados al consumo. Las hembras, como las de los animales domésticos, se conservaban; no se las ofrecía jamás en sacrificio (2).

Recientemente todavía, las batidas se hacían en la meseta según las costumbres antiguas; sólo los círculos eran más estrechos, y, para suplir la insuficiencia del número de los cazadores, se tendía una cuerda de un centenar de metros adornada con banderolas rojas, a través de un desfiladero. Las vicuñas, enloquecidas por los gritos de los ojeadores, venían a dar contra la cuerda que las espantaba, pero era necesario que no se encontrase un guanaco entre ellas, porque este animal, más atrevido, franqueaba la cuerda y todas las vicuñas lo seguían (3).

cazaban una vez al año, en el territorio de su *ayllu*, empleando el mismo procedimiento del círculo de que hablamos en el texto, pero no dice sobre qué documentos reposa su afirmación ("La existencia...", p. 62). Este autor habla también, según Matienzo, de cazadores de profesión que habrían existido en ciertas provincias (ob. cit., p. 64). Es extraño que los otros cronistas lo ignorasen. La caza parece haber sido muy apreciada entre los atacamas, pues en sus tumbas se han encontrado arcos y flechas en cantidad. (Buschan, *"Illustrierte Volkerkunde"*, ob. cit., t. I, p. 413).

(1) Zárate dice 4 ó 5.000, Garcilaso 20 ó 30.000, Cieza de León 50 ó 100.000 (Zárate, "Historia", lib. I, cap. 8.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 6.— Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 16).

(2) Ondegardo, "De los errores y supersticiones". "Colección de libros referentes a la historia del Perú", t. 3, p. 37. Durret, en 1720, hace una descripción análoga: "Las mujeres, dice, y los niños forman parte de esta caza y no son los que menos contribuyen a hacerla buena con los gritos y aullidos que lanzan" (*"Voyage de Marseille á Lima"*, p. 207).

(3) Colpaert, *"Des betes a laine des Andes et de leur acclimatation en*

Gracias a este sistema previsor, la caza pululaba en tiempos de los incas, los ciervos se hallaban en tan gran número que entraban a las aldeas, si ha de creerse a Garcilaso, y que un soldado del ejército conquistador podía matar con su arcabuz seis o siete cada día (1).

Cuando se piensa en los animales que han sido exterminados por nuestros contemporáneos, tales como los búfalos, los elefantes, las aves del paraíso, los castores, las ballenas, las focas; cuando se piensa en la destrucción de la caza en nuestra Francia moderna, por una caza furtiva desvergonzada, hay que reconocer que los incas tenían un alto concepto de su misión. Muy a duras penas se trata hoy de reaccionar reglamentando la caza o constituyendo parques nacionales de reservas.

No existían para la pesca disposiciones análogas a las que concernían a la caza. Los pescados eran contados por funcionarios especiales, que apartaban cierto número para el inca, adjudicándose algunos como retribución de su trabajo (2).

Europe", París, 1864, p. 34. Tschudi pretende que el nombre de Chaco viene de la palabra quichua *chacu*, que designaba el cerco de los animales por los cazadores (*"Die Kechua-Sprache"*, ob. cit.). En efecto, los españoles estrechaban el cerco de sus conquistas en América del Sur rechazando ante sí a los indios hacia los territorios llamados desde entonces Gran Chaco.

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 17.— S. de Villasante, "Relación general de las poblaciones españolas del Perú" en "Relaciones Geográficas", t. I, p. 21.

(2) La abundancia de pesca en la costa hacía superflua toda medida de previsión. La pesca se hacía con anzuelo y con red; la pesca con linterna también era conocida: los indios embarcados en almadías, con linternas en la noche, mataban a flechazos a los peces atraídos por la luz. Según G. de Santa Clara, el sistema empleado para capturar la caza se habría utilizado también para la pesca: Los indios nadaban en línea hacia la tierra metiendo gran alboroto, y los peces, espantados, se lanzaban a las redes dispuestas a lo largo del río. Pero este procedimiento, llamado "pesca real", encerraba sus peligros, dado el número considerable de tiburones que habitan en esos parajes ("Historia", t. 3, cap. 61).

LA TECNICA INDUSTRIAL

"Creo que se pondría en apuros al más hábil artesano de Europa si se le encargara hacer semejantes obras con un pedazo de cobre o de piedra sin permitirle emplear ninguna otra herramienta."
(A. de Ulloa, "Viaje histórico a la América meridional", trad. franc., p. 385.)

El utillaje general.— La imaginación queda confundida cuando se ven los resultados que los peruanos obtuvieron con los medios primitivos de que disponían. Ulloa mismo, siempre dispuesto a denigrar a los americanos, no disimula su sorpresa. Los indios no conocían ni la sierra, ni las tenazas, ni el berbiquí, ni el tornillo, ni el clavo, ni la barrena, ni la lima, ni el cepillo, ni las tijeras, ni los fuelles, ni la cola, ni el vidrio, ni siquiera la rueda. Sus únicos útiles eran el martillo de piedra, el cincel de bronce, el hacha de cobre y el pincel de plumas. Tubos de cobre hacían el oficio de fuelle; las cuerdas reemplazaban a los clavos; espinas o astillas de madera dura servían de agujas (1). Ni siquiera el martillo merecía este nombre: era una piedra o maza de bronce con los extremos redondeados, más o menos grande, alargada, pulida y sin mango, que se tomaba con la mano y con la cual se golpeaba (2). Todavía hoy, el indígena de la isla Titicaca prefiere servirse de una piedra que de un martillo propiamente dicho; ata más bien que cose; ciertos indios de Bolivia se cortan los cabellos con un sílex (3), y los colorados de las selvas vírgenes occidentales del Ecua-

(1) Se utilizaban también agujas metálicas.
(2) Eran muy apreciados ciertos guijarros llamados *hihuana*, que servían de martillo a causa de su dureza (Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. 28).
(3) Bandelier, *"The Islands of Titicaca..."*, 3.a parte, n. 54.— Rouma, *"La civilisation des Incas"*, p. 54, n. 1.

dor juntan las maderas blandas que forman la armazón de sus cabañas mediante trozos de madera dura (chonta) a guisa de clavos (1).

Los útiles servían a veces para varios usos, ya que su especialización no estaba tan avanzada como hoy; se transformaban poco a poco para adaptarse mejor al fin perseguido, siendo su evolución más rápida en el Sur del imperio que en el Norte (2).

Tales son los instrumentos con los cuales los indios han construído palacios, trazado rutas y tendido puentes sobre los torrentes. La fuerza humana sola ha realizado este prodigio; el animal mismo era incapaz de aportar un concurso útil. El abate Raynal comprueba, con razón, que "el trabajo, el tiempo y la paciencia suplían, para los peruanos, los útiles que les faltaban" (3).

El indio, en tiempos de los incas, parece haber sido, a la vez, poco inventivo y muy hábil. No descubría útiles muy sencillos, que habrían facilitado enormemente su trabajo, pero supo sacar muy buen partido de los que tenía a su disposición. Además, utilizó plenamente algunos de los recursos que la naturaleza le ofrecía. Ciertas plantas suministraban a la vez el alimento, la bebida y materias primas para la construcción de las casas y la fabricación de los vestidos. Tal el maíz que daba el pan, la legumbre y la bebida, y también el maguey, cuyo jugo servía para curar las heridas; las hojas, para confeccionar un brebaje; las fibras, para fabricar el hilo y la cuerda; las raíces, para lavar la piel y para hacer brotar los

(1) Rivet, *"Les Indiens Colorados"*, *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*. Nueva serie, 1905.

(2) Verneau y Rivet, *"Etnographie ancienne..."*, p. 240.

(3) *"Histoire philosophique"*, t. 2, lib. 7, p. 150.—El abate Genty escribe igualmente: "Sus diversos monumentos y todas las producciones de sus artes se debían solamente a esfuerzos prodigiosos de paciencia y de industria". (*L'influence de la découverte de l'Amérique*", p. 29).— "La paciencia ha triunfado sobre la dureza de la materia y la naturaleza ha cedido ante el poder del número." (E. Grandidier, *"Voyage dans l'Amérique du Sud"*, París, 1861, p. 84).

cabellos, y el tallo, para construir las armazones de las habitaciones —¿no merecería ser llamado el "árbol de las maravillas", como lo hace Acosta? (1)—, y Las Casas exagera apenas cuando dice que se sacaban de esta planta el pan, el vino, el vinagre, la miel, el azúcar, los vestidos, las sandalias, las agujas de coser, la leña, la madera para construir y el techo de las casas (2).

La habilidad de los peruanos era cosa reconocida en la época colonial. En 1533 el licenciado Espinosa pedía que se le enviasen a Panamá dos mil indios del Perú para construir allá rutas y monumentos (3).

Las minas y la metalurgia.— Los peruanos conocían el cobre, el bronce, la plata y el oro; desconocían el hierro o no querían explotarlo (4).

Geográficamente, se hace precisa una gran división entre el país con predominio de cobre (Ecuador y costa del Perú) y el país con predominio de bronce (Alto Perú y Bolivia) (5). El centro de producción del bronce estaba, naturalmente, situado en una región productora de estaño, por consiguiente, en Bolivia. Este metal ha debido aparecer posteriormente a la época de Tiahuanaco, probablemente durante el período intermediario, ya que los ganchos de las

(1) "Historia Natural", t. I, lib. 4, cap. 23.
(2) "Apologética", cap. LIX.
(3) Carta del licenciado Espinosa al Comendador Francisco de Los Cobos, secretario del emperador. Panamá, 1.o de agosto de 1533 ("Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 42, p. 85).
(4) Suárez ("Historia General", t. I, p. 307) pretende que los incas conocían el hierro, pues existe una palabra quichua para designarlo, pero que los soberanos no hacían explotar este mineral por causa del trabajo excesivo que habría requerido una explotación de esta especie. El platino era conocido por los habitantes de la costa del Ecuador y trabajado al fuego; se le hallaba en los minerales auríferos, y sin la presencia del oro, que bajaba considerablemente la temperatura de fusión de estos minerales, probablemente los indios no habrían podido aislar el metal. Los españoles no desconocían el platino; pero lo creían inutilizable y lo explotaron solamente en el siglo XIX (Wolf, "Ecuador", p. 641, n. 33).
(5) Boman, *"Antiquités andines"*, p. 861.— Verneau y Rivet, *"Etnographie ancienne,* p. 133 y 341.

murallas de la gran ciudad aimará son de cobre puro (1), y fueron los incas quienes extendieron su uso en las regiones ribereñas del Pacífico y en el Ecuador (2).

La industria del oro, nacida en la meseta peruana, ha debido ser igualmente enseñada por los conquistadores quichuas a las gentes de la costa, pero ya éstos trabajaban el metal con procedimientos importados de las Guayanas; así, se convirtieron, gracias a esta superposición de técnicas, y gracias también al descubrimiento que hicieron de la plata, en los más grandes metalúrgicos de la América del Sur (3).

Las minas de oro se encontraban en Carabaya, Zamora, Parinacocha (4), y en el valle de Curimayo, cerca de Cajamarca; las minas de plata, en Porco y Andacaba; pero el oro era extraído sobre todo por el lavado de las arenas auríferas (5).

La famosa mina de Potosí fué descubierta por los españoles. Según una leyenda peruana, el inca conocía Potosí, pero no quiso explotar esta mina, porque los primeros indios encargados de comenzar el trabajo habrían oído una voz que les decía: "No extraigáis la plata de esta colina, está destinada a otros amos" (6). Los ecuatorianos empleaban el

(1) Nordenskiold, *"The copper and bronze ages in South-America"*, *"Comparative etnographical studies"*, Goteborg, 1921, t. 4.

(2) Jijón y Caamaño, "Los tincullpas y notas acerca de la metalurgia de los aborígenes del Ecuador". "Boletín de la Academia Nacional de Historia", 1920, p. 40 y sig. H. Bingham ha encontrado objetos de estaño casi puro (*"The Inca peoples and their culture"*. *"Proceedings of the XIXth international Congress of Americanists"*, Washington, 1917, p. 256). Carabuco, en Bolivia, era uno de los principales centros de producción de estaño.

(3) Rivet, *"Les éléments constitutifs"*, p. 13, n. 1.

(4) Santillán, "Relación", par. 114.

(5) F. Carranza, "Sinopsis histórico-científica de la historia minera en el Perú a través de los períodos incaico y colonial". "Revista Universitaria de Lima", 1923, vol. 2, p. 205.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 15.— Frézier describe un lavadero de oro en Chile (*"Relation..."*, p. 100).

(6) Quesada, "Crónicas potosinas", París, 1890, t. I.

oro en tres regiones principales: entre los cañaris, al Sur; entre los pastos, al Norte, y entre los esmeraldas, sobre la costa Noroeste (1). Wolf, hablando de los lavaderos de oro del Azuay, en el Ecuador, observa que su riqueza era en otro tiempo la misma de hoy, pero que los incas tenían una mano de obra más numerosa y más paciente que la mano de obra actual (2). No es necesario recurrir, para explicarse la abundancia de las riquezas en los templos y los palacios del Perú antiguo, a las leyendas de las minas escondidas. Es el hombre el que ha cambiado y no la naturaleza. Los únicos secretos del inca eran la disciplina y el trabajo, y éstos se han perdido, efectivamente, hoy.

La extracción del mineral se hacía abriendo galerías a martillazos y a golpes de cincel (3). Para fundir el mineral de cobre, se lo colocaba en crisoles de tierra cocida, encima de un fuego que ocho o doce indios atizaban, soplando al través de tubos (4). Este procedimiento no podía ser empleado para la plata, que no se funde cuando se la calienta. Los indios descubrieron que este metal se fundía cuando se cuidaba de agregarle cierta cantidad de plomo, de donde procedió el nombre de éste: *garuchec*, esto es, "el que hace fluir" (5).

La fusión se hacía de la manera siguiente: los minerales eran triturados con ayuda de una piedra y colocados en hornos, guairas, en forma de macetas agujereadas. Se ponía carbón vegetal en el depósito, con el mineral encima;

(1) Verneau y Rivet, *"Etnographie ancienne"*, p. 341 y sig.— Verneau, *"Les collections antropologiques équatoriennes du Dr. Rivet"*, *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, Nueva serie, 1907.— H. Saville, *"The antiquities of Manabi, Ecuador"*. *"Final Report"*.

(2) Wolf, "Ecuador", p. 639.

(3) Rouma, *"La civilisation des Incas"*, p. 52.— Beuchat, *"Manuel"*, p. 685.

(4) Está claro que para obtener cobre por este medio era necesario servirse sólo de mineral fácilmente fusible. (Oxicloruro, silicato).

(5) Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 25. Acosta, "Historia Natural", t. I, lib. 4, cap. 10.

el metal, al fluir, caía en un recipiente de tierra que se encontraba debajo. Estos hornos eran situados en las cimas de las colinas donde soplaba un viento violento, y era, a creer a los cronistas, un espectáculo de magia el de los doce o quince mil fuegos que iluminaron, en la noche, la montaña, cuando los españoles comenzaron a explotar las minas de Potosí (1).

Para separar el plomo era preciso proceder en seguida a una serie de fusiones ulteriores, pero éstas debían efectuarse en las casas. Se colocaba la plata en pequeños hornos formados de una bóveda de tierra cocida; se colocaba una mufla agujereada, y el espacio que quedaba libre entre esta mufla y la pared de la bóveda se llenaba con carbón de leña (2). Para sacar el metal del fuego, a falta de tenazas, se tomaba con varillas de madera o de cobre y se echaba en tierra húmeda, donde se le movía hasta que pudiera ser cogido con las manos.

Por regla general, las minas pertenecían al inca, que fijaba cada año la cantidad de metal que debía extraerse; sin embargo, algunas habían sido dadas a ciertos curacas. El trabajo se hacía por turnos, por períodos correspondientes a nuestros trimestres, a razón de un indio de cada ciento en las provincias mineras; los obreros debían ser siempre casados, a fin de que sus mujeres pudiesen ocuparse de su alimentación (3).

(1) Garcilaso, "Comentarios", loc. cit.— F. de Palencia, "Historia", parte I, lib. 2, cap. XI. "Así como el viento es provechoso para navegar por el mar, lo es en este lugar para secar la plata." (Cieza de León, "Crónica", primera parte, cap. CIX).

(2) Beuchat, *"Manuel"*, p. 686 y sig. Este sistema fué el primero aplicado por los españoles para trabajar los minerales argentíferos de Potosí ("Relaciones Geográficas", t. 2. App. 4); el procedimiento de la amalgama fué empleado por primera vez en América por B. de Medina, en 1554, introducido hacia 1567 en el Perú por F. de Velasco, y perfeccionado en 1582 por C. Corso de Leca ("Descripción geográfica...". Manuscrito inédito citado, cap. III).

(3) Santillán, "Relación", par. 42.— Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 18.

El mercurio era igualmente conocido por los peruanos, pero hemos visto que no era explotado en razón de la nocividad de los vapores que desprende. Sin embargo, el inca toleraba la busca del bermellón (cinabrio), obtenido aplastando el mineral y lavándolo en seguida (1). Las princesas se servían de este afeite para maquillarse la cara (2) y J. de la Espada pretende que las indias de las provincias vecinas al lugar de explotación lo utilizaban igualmente (3). La mina principal de mercurio del Perú era la de Huancavelica, que los españoles descubrieron sólo en 1564, pues los indios no habían revelado su existencia (4).

El trabajo de la madera, el hueso y la piedra.— Siendo escasa la madera blanca, los indios se servían de la chonta, que es muy dura, para fabricar armas y utensilios domésticos. La trabajaban, como la trabajan todavía hoy, con gran habilidad (5). Desgraciadamente, la humedad ha destruído la mayor parte de los objetos depositados en las tumbas de la meseta.

El hueso servía para la fabricación de instrumentos de música y de algunos alfileres.

El trabajo de la piedra exigía una paciencia particular; el indio elegía con preferencia rocas de grano fino, resistentes y pulimentables (6); las aserraba con un hilo de pla-

(1) "Memorial y relación de las minas de los azogues del Pirú" (sic). "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 8, p. 422.

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 25.

(3) "Relaciones Geográficas", t. I, p. 110, n. d.

(4) Azogues, en Ecuador, debe su nombre a sus minas, hoy día agotadas. Huancavelica no fué suficiente para trabajar la plata de Potosí (V. la carta del marqués de Montesclaros, "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 6, p. 319). Se hizo venir de Almaden (España) mercurio, que se debió transportar a lomo de mula de Arica a Potosí ("Descripción geográfica", Manuscrito inédito citado, cap. IV).

(5) Fidel López protesta contra las afirmaciones de Rivero y Tschudi, que pretenden que los indios trabajaban poco la madera (Fidel López, "Las razas arias del Perú", p. 303.— Rivero y Tschudi, *"Antiquités péruviennes"*, tr. fr., p. 120). Se han encontrado numerosos objetos de madera en la región de los atacamas.

(6) "La elección juiciosa de la materia prueba por sí sola a qué grado de maestría había llegado el artesano de la piedra" (Capitan y Lorin, *"Le travail en Amérique"*, p. 130).

ta y las martilleaba con un sílex; las pulía frotándolas con una piedra y agua mezclada de esmeril; las perforaba haciendo girar rápidamente un pedazo de junco o de hueso cubierto de arena fina y dura humedecida. Para hacer un mortero, practicaba una serie de agujeros unos junto a otros, luego rompía las paredes que separaban los agujeros e igualaba el fondo de la cubeta frotándola con un guijarro duro (1). Hacía también estallar las piedras calentándolas y vertiendo en seguida sobre ellas agua fría, procedimiento que se emplea todavía en nuestros días (2).

La construcción.— Los procedimientos de construcción diferían según las regiones. En la costa, los indígenas elevaban muros de adobes, hechos de tierra crasa arcillosa, mezclada con paja picada y desecada al sol; a veces, en lugar de preparar ladrillos, levantaban en el terreno una armazón con cañas atadas entre sí por cuerdas, y vertían la materia arcillosa en el molde así formado.

Las habitaciones importantes tenían cimiento de *pirca* (arcilla mezclada con guijarros y hojas de maíz), hasta una profundidad que variaba de 60 a 90 cm. por debajo del suelo y a una altura aproximada de 60 cm. por encima del nivel de la calle (3). Su superestructura se hacía luego de adobes.

En la meseta, los adobes y la *pirca* eran empleados en la construcción de las habitaciones ordinarias, pero, para los edificios importantes, era la piedra la que servía de materia prima. A veces los muros se hacían de losas de roca dura: granito, pórfido, diorita, encajadas unas en otras mediante muescas con un cuidado tan maravilloso que no

(1) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 570.
(2) Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 15.— Rouma, *"La civilisation des Inca"*.— P. Walle, *"Le Pérou économique"*, p. 163. Los peruanos sabían también tallar las piedras preciosas, sobre todo las esmeraldas.
(3) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 469.

se podía deslizar entre ellas ni la lámina de un cuchillo. "Que no parecían sino todas unas, tan juntas estaban", dice Las Casas (1). El ajuste se realizaba por frotamiento, después de haber colocado entre las paredes una capa de arena humedecida. Pocos espectáculos provocaron más la admiración de los europeos. "Es —dice Monnie— un verdadero trabajo de joyería" (2).

No olvidemos que los arquitectos peruanos no conocían ni la escuadra ni el compás. Una enorme piedra del muro del palacio del inca Roca, en el Cuzco, que se encajonaba por doce cavidades o salidizos, era llamada por los indios la "piedra de las doce cuñas". En Machu-Pichu, las casas están construídas sobre la roca por simple superposición de bloques no cimentados, aun cuando la pendiente de esta roca llega a 40° (3). A menudo las piedras, ligeramente abombadas en medio de la cara exterior y talladas planas hacia las junturas, recuerdan las de ciertos palacios florentinos (4). Los ángulos de las murallas de las fortalezas están "tan abaluartados que las líneas se gobiernan y se sostienen mutuamente", y Fergusson se entusiasma ante una "perfección que

(1) "Que no parecían sino todas una, tan juntas estaban" (*"Apologética"*, cap. LVI). Las Casas habla de piedras negras que habían servido para edificar las casas reales y el Templo del Sol, en Tomebamba. Garcilaso menciona también estas piedras negras al describir el templo de Cacha, al Sur del Cuzco. ("Comentarios", lib. 5, cap. 22).

(3) *"Des Andes au Pérou"*, ob. cit., p. 210.

(3) Bingham, *"In the Wonderland of Peru"*, p. 448. Un bloque de porfirio de Ollantaytambo mide 2,18 m. por 3,77 m. (Grandidier, *"Voyage"*, ob. cit., p. 93). "No construían con piedras menores de 10 pies cuadrados" (Montaigne, *"Essais"*, lib. 3, cap. 6). Es difícil diferenciar los monumentos que pertenecen a la época de los incas de los que han sido construídos anteriormente. Sin duda las murallas ciclópeas son frecuentemente muy antiguas y Humboldt se equivoca cuando toma las ruinas de Tiahuanaco como tipo de la arquitectura inca (*"Vues des Cordilleres"*, t. I, p. 309); pero no siempre es así, pues los incas eran imitadores y, según Pablo Chalon, la fortaleza del Cuzco sería una copia relativamente reciente de Tiahuanaco ("Los edificios del antiguo Perú", Lima, 1884, p. 93). Ciertos bloques de esta fortaleza alcanzan 5,80 m. de altura.

(4) Squier, *"Quelques remarques sur la géographie et les monuments du Pérou"*. *"Bulletin de la Société de Géographie"*. Enero de 1868.

no alcanzaron jamás ni los griegos, ni los romanos, ni los ingenieros de la Edad Media" (1).

Otras veces, los bloques eran ajustados por medio de *pirca* que hacía las veces de cemento; tales son las murallas que subsisten en Curampa, cerca de Abancay, y en Viracochabamba.

Finalmente, los muros de sostén de las terrazas estaban hechos, a menudo, de piedras chatas superpuestas y algunos de ellos alcanzaban una gran altura (2).

Se pregunta uno cómo se las arreglaban los indios para transportar las pesadas rocas que formaban las murallas. Cada uno de esos bloques era, sin duda, arrastrado con la ayuda de cables y empujado a mano; a veces uno de ellos resistía a todos los esfuerzos y, después de oscilar, caía sobre los obreros y los aplastaba; frecuentemente otros debían ser abandonados en una cuesta por la que no se lograba hacerles subir, constituyendo entonces una de esas "piedras cansadas" que se muestran hoy a los viajeros. A pesar de todo, el desplazamiento de estas masas enormes permanece en el misterio, y cabe preguntarse si los indios no utilizaban para efectuarlo algún procedimiento perdido después; por ejemplo, un sistema hidráulico.

Tal vez podría admitirse, como lo hace Déchelette para los dólmenes, que se levantaban las piedras por medio de palancas y de terraplenes hechos por debajo; que se las hacía deslizar en seguida, y que se llegaba a hacerlas cami-

(1) J. Fergusson. *"History of architecture"*, Londres, 1865-67, t. 2, p. 775.— F. López. *"Les races aryennes du Pérou"*, p. 316. Se encuentran en varias obras excelentes fotografías de murallas. Citemos en particular las de Bingham, *"In the Wonderland of Peru"*, p. 416, y las de Middendorf, *"Peru"*, t. 3, p. 477.

(2) Wiener pretende que algunos de estos muros tenían 8 a 9 metros de altura en Ollantaytambo, 12 en Viracochabamba, 18 en Huamachuco (*"Pérou et Bolivie"*, p. 480 y sig.).

nar repitiendo varias veces la misma operación (1). G. de Santa Clara explica que, para colocar las piedras, se las elevaba mediante terraplenes sucesivos hasta la altura deseada, empujándolas en seguida sobre los otros bloques ya colocados (2).

Uno de los bloques destinados a la fortaleza de los Saxahuaman, en el Cuzco, fué, si ha de darse crédito a Garcilaso, transportado por veinte mil indios, pero habiendo perdido el equilibrio aplastó a dos o tres mil. A consecuencia de esta catástrofe, los indios se habrían sublevado y habrían dado muerte, según Morua, al infante Urco, hijo de Viracocha, que había ordenado el transporte de la roca (3).

¿Y cómo eran desprendidos estos bloques de las montañas? Puede suponerse, con Joyce, que los indios practicaban agujeros en la piedra, para introducir en ellos cuñas de madera, luego los llenaban de agua, y la dilatación de la madera hacía estallar la roca (4).

En cuanto a la tierra y a las piedras de pequeñas dimensiones, eran transportadas en piezas de tela de cabuya distribuídas a este propósito por la diligencia del inca y cuyo borde se anudaba alrededor del cuello. Este procedimiento se halla todavía en práctica en algunas ciudades bolivianas (5).

Las paredes exteriores de ciertos muros así construídos

(1) *"Manuel d'archéologie préhistorique"*, París, 1908, p. 387.

(2) "Historia", t. III, p. 551. La misma cuestión se ha planteado para las colosales estatuas de la Isla de Pascua. Mrs. Routledge la ha tratado con mucho cuidado en un libro reciente (*"The mistery of Easter Island"*, Londres, s. f., p. 197). Admite que estas masas de piedra hayan podido ser sacadas de las canteras y levantadas sobre terraplenes por medio de levantamientos de tierra, pero no se explica cómo se podía trasportarlas a distancias considerables, aun suponiendo el empleo de rodillos y de cuerdas. Esto sigue siendo un misterio.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. VII, cap. 27.— Morua "Historia", p. 65.

(4) *"South-American Archaeology"*, p. 138.

(5) Betanzos, "Suma y Narración", cap. 13.— Rouma. *"La civilisation des Incas"*, p. 45, n. I.

eran revestidas de arcilla mezclada con lana y jugo de cactos, y las paredes interiores eran frecuentemente recubiertas con una especie de estuco rojo (1).

Los edificios eran todos bajos, de un piso, o excepcionalmente de un reducido número de pisos, como en Viracochabamba, Huamachuco o Machu-Pichu (2); presentaban el máximum de resistencia a los temblores y se han conservado mejor que las casas construídas por los europeos (3). Pero cierto número de esos edificios han sido destruídos por la mano misma del hombre: así, la gran ciudad de Tomebamba, donde nació el inca Huayna-Cápac, fué arrasada por Atahualpa antes de la llegada de los blancos.

Se admite generalmente que los indios no conocían las bóvedas, y Acosta habla de la sorpresa de ellos a la vista del primer puente abovedado construído por los españoles. Todos esperaban que el puente se derrumbase (4). Las ventanas debían considerarse como excepcionales; los indios del Ecuador las desconocían (5) e igualmente los habitantes de la costa (6), pero se encuentran algunas en el interior, en Huamachuco, Tarmatambo, Vilcabamba, Viracochabamba, Machu-Pichu (7). Las puertas eran generalmente angostas, muy altas en los palacios, de modo que permitiesen el paso

(1) Betanzos, "Suma y Narración", p. 109.— Suárez, "Historia General", 2.a parte, p. 168 y sig.

(2) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 150 y sig.— Bingham, *"In the Wonderland of Peru"*, p. 486.

(3) Prescott, *"Histoire"*, trad. fr., t. I, p. 164.

(4) "Historia Natural", t. 2, cap. 14.— Morua, "Historia", p. 161. Squier señala un arco en Pachacámac (*"Peru"*, p. 70), pero Uhle afirma que es de construcción española (Jijón y Caamaño. "Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura", ob. cit., p. 115). Al contrario, se encuentran a menudo falsas bóvedas de arco bastardo, formadas de piedras en escalera y que no llevan claves de bóveda. Velasco pretende que los caras usaron la bóveda ("Historia", t. 2, par. 9).

(5) Suárez, "Historia General", t. I, p. 155.

(6) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 486 y sig. y 503 y sig.

(7) Según Bingham (*"In the Wonderland of Peru"* e *"Inca-land"*, p. 331), esta última ciudad no sería otra cosa que el lugar de refugio de los amautas durante la época intermedia, y la cuna de los incas, Tampu-Toco. *Toco* quiere decir ventana. Las Casas habla de ventanas que habrían

de la litera real, y siempre en forma de trapecio, a la manera egipcia, es decir, que el dintel era sensiblemente más corto que el umbral y podía estar constituído, sea por una sola losa, sea por dos losas para la puerta falsa; esta disposición volvía a encontrarse en las ventanas y los nichos. El batiente estaba hecho a veces de vigas de madera fijadas al muro por cuerdas que pasaban por piedras huecas (1), pero en varios edificios públicos y en todas las casas ordinarias, el modo de cerrar consistía simplemente en una estera o cortina que disimulaba la entrada y que se sujetaba en caso necesario con algunas piedras (2).

Los techos de los antiguos monumentos han desaparecido (3); sabemos, gracias a los dibujos de las cerámicas, que eran de dos declives y estaban sostenidos por vigas de madera y, según Jerez, que estaban hechos de paja y de madera (4). Indudablemente existían diferencias según las re-

servido para alumbrar los *tambos* edificados a lo largo de los caminos por orden de los soberanos; es ciertamente un error, como lo observa J. de la Espada ("De las antiguas gentes", p. 191, n. 1). Incluso allí donde se habían hecho aberturas en los muros, se habían reducido al mínimo indispensable, pues dejaban pasar tanto el aire frío como la luz, puesto que los peruanos no conocían el vidrio (Squier, *"Peru"*, p. 438).

(1) Bingham, *"In the Wonderland of Peru"*, p. 467. Se encontrará en la página 485 de esta obra la fotografía de una puerta muy bella de dintel monolítico. En Middendorf (*"Peru"*, t. 3, p. 118), hay también una reproducción de una bella puerta monolítica de Huánuco Viejo. Según las observaciones hechas en Incapira (provincia de Cañar), en donde se han perforado dos agujeros en la parte baja de cada pie derecho y que se comunican entre sí por el interior de la piedra, las puertas debían levantarse y bajarse como puentes levadizos y amarrarse por cuerdas. "Como estas últimas pasaban por el canal practicado en la piedra, podían agarrar la parte baja de la puerta y funcionar como bisagra." (Verneau y Rivet, *"Etnographie ancienne"*, p. 83 y sig.).

(2) Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 4. No se sabe si las cerraduras de clavija descubiertas en Bolivia y que figuran en los museos etnográficos de Neuchatel y de Berlín son anteriores o no a la conquista (Van Gennep, *"Etudes d'ethnographie sud-américaine"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*. Nueva serie, 1914, t. 2). Cuando el indio dejaba su vivienda se contentaba a menudo con poner una estaca atravesada en la entrada para indicar que nadie debía entrar (Calancha, "Corónica moralizada", t. I, lib. I, cap. 15).

(3) Con excepción tal vez del techo de hierbas cortas y de cañas de la torrecilla de Azángaro (Reclus, *"Géographie Universelle"*, t. 18, p. 607).

(4) "Verdadera Relación...", p. 330.

giones y debían de emplearse tanto la paja (hierbas, cañas) como las hojas de maguey impermeables como la piedra; en la costa, las casas debían estar a menudo a cielo abierto, en razón de la falta de lluvia (1).

En general, simples y concebidos según modelo uniforme, los edificios diferían, sin embargo, según su objeto y su importancia. Los templos ocupaban, naturalmente, el primer lugar; los más famosos eran los de la isla Titicaca, del Cuzco y de Pachacámac, pero existían muchos otros en Vircañota, Cacha, Vilcas, Coropuna, Tomebamba y en otras partes. Lo que los cronistas cuentan del gran templo del Cuzco, construído por Pachacutec, es tan prodigioso que nos sentiríamos tentados a no creerlos; sin embargo, todos ellos emiten las mismas afirmaciones. El edificio principal era, como dice Prescott, una verdadera "mina de oro" (2); sus muros estaban revestidos de placas de oro y de plata; en el interior y sobre el circuito exterior corría un friso de oro; una imagen áurea del sol brillaba sobre el altar y en torno a ella estaban alineadas, como una guardia de honor, las momias de los reyes difuntos. Afuera y en una cara del muro se encontraban dos bancos de piedra incrustados de oro y esmeraldas (3). Al lado de este edificio se levantaban cinco pabellones; la luna, representada por un disco de plata, figuraba en el primero; las momias de las reinas le hacían escolta y placas de plata cubrían los muros. El mismo metal adornaba las paredes del segundo pabellón, que habitaban el planeta Venus y las estrellas, sirvientas de la luna, mien-

(1) Tal vez tenían una galería interior abierta, formando atrio, (Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 505). Herrera pretende que la paja de que estaban hechos los techos estaba tan bien amontonada, que duraba varios años cuando el fuego no la consumía ("Historia General", dec. 5, lib. 5, cap. I). ¿Cómo puede decir Joyce, siguiendo las huellas de Cieza de León, que tales techos de paja no podían arder, cuando los indios los incendiaron durante el sitio del Cuzco? (*"South-American Archaeology"*, p. 134).

(2) *"Histoire"*, tr. fr., t. I, p. 106.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 3, cap. 20 y 21.— Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 27.— Betanzos, "Suma y Narración", cap. XI.

tras que el oro reaparecía de nuevo en el tercero y cuarto pabellón, consagrados respectivamente al rayo, sirviente del sol, y al arco iris; el quinto pabellón contenía la sala de audiencia de los sacerdotes. En las paredes externas, los edificios tenían cavidades para nichos en forma de tabernáculos, con laminaduras de oro e incrustaciones de piedras preciosas. Más allá de los edificios se extendía el jardín, que ofrecía un espectáculo más sorprendente todavía. Todo era aquí de oro: los árboles y sus frutos, los pájaros colocados sobre las ramas, las espigas de maíz, las gramíneas, los reptiles, los insectos, un rebaño de llamas con su pastor; oro, oro por doquiera, como si la naturaleza misma, en virtud de alguna operación mágica, hubiese sido súbitamente transformada en metal. ¿Cómo no iban a quedar enloquecidos los conquistadores ante semejante visión? (1).

Los palacios no cedían en magnificencia a los templos, pero eran más imponentes que bellos y más espaciosos que confortables. La ausencia de columnas, de cornisas, de esos motivos arquitectónicos que ponen tan feliz variedad en la fisonomía de nuestros edificios europeos, debía hacer a los edificios peruanos tristes y monótonos y armonizarlos con el paisaje de la puma (2). Los únicos detalles notables de las murallas eran nichos y piedras que formaban salientes. Los nichos interiores desempeñaban, en general, el papel de armario, y algunos de ellos estaban adornados por figuritas de animales de metal precioso (3). Los nichos exteriores, grandes a menudo, servían tal vez de garitas a los centine-

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 3, cap. 24.— Como descripciones interesantes de templos citemos además la del templo de Vilcas, por Cieza de León ("Crónica", primera parte, cap. LXXXIX), al cual se entraba por dos escaleras de piedra, resguardada cada una por 40 porteros, y la del templo de Viracocha, en Cacha, a 16 leguas del Cuzco, por Garcilaso ("Comentarios", lib. 5, cap. 22).

(2) Suárez dice que los palacios del inca debían ser tristes, obscuros y aun de feo aspecto ("Historia General", segunda parte, p. 181). Pablo Chalon pretende que los de los chimúes eran superiores ("Los edificios del antiguo Perú", ob. cit., p. 93).

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. I.

las (1). Las piedras que formaban salientes eran verosímilmente percheros.

F. de Jerez ha descrito un palacio, situado en Cajamarca. Cuatro piezas rodeaban un patio interior, adornado por un estanque alimentado por dos conductos, uno que conducía agua fría y el otro agua caliente natural de una fuente de la sierra. El inca permanecía durante el día en una de estas piezas, que daba sobre un jardín, y dormía en la habitación vecina, que recibía la luz por una ventana abierta al patio. Las paredes estaban cubiertas de una capa roja, brillante, y la armazón del techo estaba pintada del mismo color. Cerca de esta residencia había otro estanque, rodeado de escaleras de piedra, donde el inca acostumbraba bañarse (2).

En Tomebamba, las paredes interiores del palacio estaban ornamentadas con trabajos de marquetería de "mullu", especie de concha, cuyo color se asemeja al del coral (3).

El número de estos palacios era muy grande, ya que el inca poseía uno en cada ciudad importante y que jamás heredaba las residencias de su predecesor (4). Sin embargo, ciertos viajeros parecen haber exagerado; vieron palacios en todas las construcciones muy vastas, cuyas ruinas descubrían; pero esas edificaciones pueden muy bien haber sido simples casas colectivas, como ya lo hemos anotado.

(1) Se habían cavado nichos en los muros de sostén o de recintos en Pucara y en Cona (isla Titicaca). ¿Servían éstos de refugio para los indios y de protección para las cosechas cuando sobrevenían lluvias torrenciales, o albergaban ídolos destinados a presidir los trabajos campestres? No se sabe (Bandelier, *"The Islands of Titicaca"*, parte IV, p. 235).

(2) F. de Jerez, "Verdadera Relación...", p. 334.

(3) Balboa, *"Histoire du Pérou"*, trad. fr., cap. XI. Entre las descripciones de palacios, mencionemos las de Callo, cerca de Latacunga y de Hatun-Cañar, por A. de Ulloa (*"Voyage de l'Amérique méridionale"*, tr. fr., p. 387-389). Morua describe un palacio en que vivía la mujer del inca Roca; palacio que habría contado con más de 100 piezas, 20 puertas y 4 grandes patios ("Historia", p. 47), pero no habla sino de oídas.

(4) Tal vez esta costumbre tenía un fundamento de orden religioso. Los indios creían que las almas de los muertos volverían un día a tomar posesión de sus cuerpos y que se sentirían felices entonces al encontrar su vivienda.

La disposición general de estas casas era la siguiente: un corredor conducía de la puerta de entrada, abierta en el cerco, a un patio cuadrangular sobre el cual se abrían piezas cuadradas, sin ventanas. Estas piezas no comunicaban unas con otras y tenía cada una su techo particular. Del primer patio, otro corredor conducía a veces a un segundo patio rodeado de habitaciones, y así, sucesivamente, no teniendo todas estas residencias más que una salida: la puerta de entrada del cerco (1).

Tales habitaciones no se encontraban más que en las ciudades. Por lo demás, el alojamiento de las familias indígenas consistía generalmente en casuchas aisladas unas de otras, construídas con barro o ladrillo, como lo hemos indicado ya; este material resistía bien a las intemperies, aun en las regiones lluviosas (2).

Las aldeas eran irregulares y no poseían plaza pública (3); por el contrario, las ciudades importantes estaban edificadas según un plano de conjunto. Como todo en el imperio, los palacios, los templos, las casas, los depósitos de mercaderías, las escaleras monumentales y las terrazas estaban ordenados con simetría. Cajamarca tenía una gran plaza (4), un Templo del Sol, depósitos, fortalezas; Vilcas tenía una plaza que podía contener varios millares de hombres (5); Huánuco, posición estratégica de primer orden entre el Norte y el Sur, base de operaciones contra los quite-

(1) Middendorf, *"Peru"*, t. 3, p. 519. Buschan ve en estas habitaciones precolombinas el prototipo del corral boliviano de hoy día (*"Illustrierte Volkerkunde"*, ob. cit., t. I, p. 399).

(2) La pared del templo de Viracocha en Racche es de ladrillo (Bingham, *"Inca-Land"*, p. 129).

(3) Cobo, "Historia", lib 14, cap. 3.— Garcilaso, "Comentarios", lib. I, cap. 12.

(4) Jerez, "Verdadera Relación", p. 333. El cuadro que se ofrece a las miradas de los conquistadores se les hace tan pronto familiar, que la mayoría de ellos no intenta describirlo. Como lo observa Helpes, es Jerez el que nos proporciona la mejor descripción de ciudad (*"The Spanish Conquest"*, t. 3, p. 358, n. 1).

(5) 20.000 hombres, según P. de Carabajal. "Descripción fecha en la provincia de Vilcas-Guaman", "Relaciones Geográficas", t. I, p. 166.

ños y los chimúes, tenía plazas, termas, parques de llamas (1); Incatambo o Coyor, a poca distancia de Cajamarca, construída sobre una roca de granito por temor a las inundaciones, tenía una forma circular y estaba dividida en cuatro barrios casi iguales, por cuatro muros que partían del centro.

En la periferia de la plaza rocosa de Coyor las casuchas habían sido dispuestas en círculo, y en el círculo que había quedado vacío en medio de ellas se habían construído mausoleos; luego, una vez enteramente ocupado el cementerio y en vista del crecimiento de la población, el circo había desaparecido y los mausoleos se elevaban a la altura de las habitaciones; entonces, sobre este singular terraplén, se habían erigido nuevas casas, y en medio de ellas se habían construído nuevos mausoleos, y así las residencias de los vivos se habían superpuesto a las de los muertos, hasta el día en que, estrechándose los círculos, poco a poco, no había quedado más que una angosta plataforma, siendo la pirámide casi perfecta (2). He ahí el más bello ejemplo que pueda encontrarse de una economía de tierra llevada a sus más extremos límites y de un plan racional de construcción seguido por generaciones de hombres, sin que ninguna fantasía haya venido a perturbar su ordenación.

Varias de estas ciudades servían al mismo tiempo de plazas fuertes, y volveremos sobre ellas al hablar de la organización defensiva del imperio. Estaban situadas en tales casos en lugares poco accesibles y encerradas en cercos muy estrechos.

No hemos mencionado más que ciudades de la meseta, pero las grandes ciudades de la costa conquistadas por el

(1) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 211.
(2) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 132.

inca no eran menos florecientes. Ahí estaba Túmbez, la comerciante, cuyas balsas surcaban el estuario del Guayas; estaba Chimú, célebre por sus artistas; estaba Pachacámac, que veía afluir a los peregrinos en torno a su ídolo famoso.

Pero ninguna de estas ciudades podía ser comparada al Cuzco, cuya reconstrucción fué obra de 50.000 obreros que trabajaron durante veinte años (1). Esta metrópoli agrupaba sus casuchas de ladrillo y de adobe, tristes y obscuras, en torno de los palacios de piedra y de los templos con frisos de plata y de oro. Estaba atravesada por un torrente bien canalizado, el Huatanay, cuyas orillas estaban ligadas por puentes formados por anchas losas (2). Sus calles eran estrechas, pero regulares, cortándose en ángulo recto, y estaban generalmente pavimentadas; se habían construído cinco plazas, dos de ellas ornadas de fuentes (3); la principal de dichas plazas se extendía ante los palacios del inca Roca y de Pachacutec y ante las escuelas donde profesaban los amautas; era muy grande y servía para las solemnidades, como lo prueba su nombre: *aucaypata*, que significa lugar de regocijo; el torrente la cortaba por la mitad, pero éste estaba enteramente recubierto. Un gran cerco, formado por un terraplén mantenido entre dos murallas, rodeaba la ciudad, y la sombría e imponente fortaleza de Saxahuaman la dominaba desde sus gigantescos bloques de piedra. Más allá de la ciudad, en el valle, se espaciaban las casas de reposo de los principales personajes y los graneros o almacenes del Estado (4).

(1) Betanzos, "Suma y Narración", cap. 16.
(2) L. Valcárcel, "El Cuzco precolombino". "Revista Universitaria de Cuzco", 1924, N.o 44. Un segundo torrente, el Tullumayu, de menor importancia, atravesaba igualmente al Cuzco.
(3) R. de Lizarraga, "Descripción", cap. LXXX. V. de Contreras y Valverde, "Relación de la ciudad del Cuzco". "Relaciones Geográficas", t. 2, p. 180.
(4) Pedro Sánchez, "Relación", p. 192.—Garcilaso, "Comentarios", lib. 7, cap. 8.

El Cuzco era el punto de partida de las grandes rutas del imperio. La de oriente y la de occidente cortaban la ciudad en dos partes, las dos partes fundamentales de que hemos hablado: *hurin* y *hanan,* la alta y la baja. Todo indio que llegaba al Cuzco debía alojar obligatoriamente en el barrio correspondiente a la situación de su provincia en el imperio; por ejemplo, si era de una provincia alejada del Noroeste, debía elegir domicilio en la extremidad Noroeste de la ciudad. El Cuzco era un microcosmos.

Los cronistas pretenden que doscientos mil indios habitaban la capital en tiempo ordinario, pero esta cifra debe ser aceptada con muchas reservas (1); digamos solamente que el Cuzco les hizo el efecto de una gran ciudad. Ciertamente, cuando cada año, en el día de la fiesta del sol, los altos funcionarios llegaban a la capital con su séquito, la afluencia debía de ser inmensa.

Pero, ¡qué singular espectáculo para nosotros, europeos, el de esa urbe de casas bajas donde alternaban el granito, el pórfido y el barro, y donde grandes riquezas estaban abrigadas bajo techos de paja!

La hilatura y el tejido.—Las mujeres hilaban y tejían la lana en la meseta, y en la costa el algodón, que es de bella calidad (2). El huso consistía en una aguja de madera, de 20 a 30 cm. de longitud, redondeada, y que llevaba en su tercio inferior una hembrilla cilíndrica de made-

(1) Nada es más difícil que estimar a ojo la población de una aglomeración. Lima cuenta precisamente hoy día 200.000 habitantes y el Cuzco tiene solamente 40.000. Recordemos que París, en tiempos de Felipe el Hermoso, no alcanza a 250.000 habitantes (Levasseur, *"La population francaise"*, París, 1889, t. I, p. 154 y 170).

(2) Este algodón es muy puro, casi siempre libre de arena y de polvo; pero su calidad es inferior a la del algodón asiático. V. C. Larrabure y Correa, *"Bref apercu sur l'état financier et économique du Pérou"*, Bruselas, 1914, p. 9.

ra (1). D'Harcourt explica que la hilandera estiraba y torcía la fibra para convertirla en hilo y enrollaba este hilo en el huso que sostenía en la mano por una extremidad y que servía de simple bobina (2). Existía en el Perú un telar compuesto de palos paralelos fijos en el suelo que servían para tender el hilo, pero el tejedor no podía fabricar de este modo sino trozos de tela muy cortos; tenía que coser las bandas ejecutadas en el telar para obtener un tejido.

A pesar del carácter primitivo de estos útiles, los indios llegaron a hacer maravillas (3); basta, para convencerse de ello, con mirar las piezas que figuran en el Museo de Etnografía del Trocadero. Cieza de León escribe que las tapicerías de los naturales de la provincia de Cajamarca equivalen a las de Flandes y están tan bien hechas que parecen seda. En varias partes señala ciudades donde los tejidos son particularmente notables; por ejemplo, en Chachapoyas y en Pomatambo, cerca del Cuzco (4).

Si los útiles eran simples, la técnica era muy sabia. Se encuentran ciertos tejidos calados a rombos, que semejan el trabajo del *fil tiré* (5). Ordinariamente el tejido se obte-

(1) La hembrilla es un anillo cilíndrico o de forma de tronco de cono, de 2 a 5 cm. de diámetro, que impide que el hilo resbale en el huso. Según D'Harcourt, el principio de la romana y su movimiento rotativo no fueron utilizados en el Perú, tan grande era la incomprensión de la rueda entre los americanos (*L'Amérique avant Colomb*, p. 124, y *"Les tissus indiens du vieux Pérou"*, París, 1924, p. 9).

(2) D'Harcourt, *"Les tissus indiens du vieux Pérou"*, ob. cit., p. 9.— Beuchat. *"Manuel"*, parte 4, cap. 10.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 13.

(3) "Es el desarrollo más extraordinario de la industria textil que se ha comprobado en un pueblo prehistórico" (Murphy, *"Textile industries"*, en Mead, *"Old Civilizations"*, p. 37). Holmes señala la analogía de los tejidos egipcios y de los tejidos de los primeros siglos de la era cristiana (*"Textile fabrics in ancient Peru"*, Washington, 1889, p. 7). V. Crawford, *"Peruvian textiles"* y *"Peruvian fabrics"*. *"Anthropological papers of the american museum of natural history"*, vol. XIII, partes 3 y 4, 1916. *"The loom in the New World"*. *"The american museum Journal"*, vol. XVI, N.o 6, oct. de 1916.

(4) "Crónica". Primera parte, cap. LXXVII-XCIV.

(5) Mme Barnet, *"Etude technologique d'un tissu péruvien antique"*, *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1909.

nía levantando alternativamente los hilos de urdimbre, que eran siempre del algodón, por medio de un "largo cuchillo ancho", que el indio introducía entre los hilos, "tomando uno sí y otro no". Este cuchillo levantaba, pues, la mitad de los hilos de la urdimbre y permitía echar a la lanzadera los hilos de trama (1). A veces, como lo explican Capitan y Lorin, "la urdimbre doble era de un color y de una calidad diferentes a los del hilo de trama; además, éste, en lugar de ser único, era frecuentemente múltiple y de coloraciones variadas. Por otra parte, con una habilidad increíble, el tejedor pasaba sus hilos de trama de maneras muy variadas alrededor del hilo de urdimbre, cambiando, además, frecuentemente, sus hilos. Se concibe fácilmente que por este hecho obtenía los más variados efectos de aspecto de tejido y de coloración. Es, en suma, el método de fabricación de los tapices de lizos altos, como los de los Gobelinos y Beauvais. En efecto, ciertos tejidos peruanos, mostrados por nosotros a artistas de los Gobelinos, han sido reconocidos por ellos como un trabajo idéntico al suyo y a veces hasta más fino. Y los mismos autores añaden: "A menudo los tejidos han sido rebordados a trechos, con una gran habilidad que, según los especialistas, no podría ser sobrepasada hoy" (2). En ciertas telas se han podido contar al microscopio hasta ciento doce hilos de trama por centímetro cuadrado (3).

Hay que mencionar aparte los tejidos de plumas que

(1) D'Harcout, *"Les tissus indiens du vieux Pérou"*, ob. cit., p. 14.

(2) *"Le Travail en Amérique"*, p. 149 y 152. Véase también *"La Renaissance de l'Art francais"*, número especial, de agosto de 1926, p. 442.

(3) "Los peruanos habían encontrado y aplicado el principio del brocado; se sabe que éste consiste en superponer a una trama regular una segunda más caprichosa, que aparece y desaparece al pasar de una cara a la otra, según las exigencias del dibujo formado" (D'Harcourt, *"L'Amérique avant Colomb"*, p. 127). Este descubrimiento se debería, según Sarmiento, al inca Viracocha (*"Geschichte"*, cap. XXV). La tapicería india no tiene revés, y las dos caras a menudo son tan perfectas la una como la otra D'Harcourt, *"Les tissus indiens du vieux Pérou"*, ob. cit., p. 15).

figuran entre los más notables. Cada pluma aplastada y doblada en lazo se halla sujeta por una presilla de hilo de algodón y dispuesta sobre un cañamazo de algodón también, de manera que las hileras sucesivas se cubren unas a otras, como un plumaje de ave (1).

La tintorería.—Los peruanos habían llegado igualmente a una gran perfección en el dominio de la tintorería; el color se fijaba al frío o al calor por inmersión, o sobre un mordente de alúmina. "Salvo estos últimos años, en que las investigaciones de la química nos han dotado de colorantes nuevos muy sólidos, puede decirse que los precolombinos llevaron los progresos de la tintorería tan lejos como era prácticamente posible hacerlo" (2). Las telas que figuran en nuestros museos tienen todavía colores muy vivos. El rojo era suministrado por la cochinilla, el amarillo por el ocre y el azul por el índigo.

La peletería.—En este dominio, por el contrario, los peruanos habían conservado procedimientos demasiado primitivos. Extendían las pieles sobre el suelo, las hacían secar y las cortaban para hacer de ellas sandalias. A veces las dejaban macerar en vasijas o en agujeros llenos de tierra y de orina, luego las golpeaban (3).

La industria de la cuerda.—La cuerda servía para hacer puentes colgantes, hamacas, redes; permitía sujetar las armazones y sacar las piedras; por eso, su importancia era muy grande. Los indios la fabricaban de cabuya, fibra de

(1) Hamy, *"Galerie américaine du musée d'ethnographie du Trocadéro"*, París, 1897, lámina LI.
(2) Valette, *"Note sur la teinture de tissus précolombiens du Bas-Pérou". "Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1910.
(3) Rouma, *"La civilisation des Incas"*.—Rivero y Tschudi, *"Antiquités péruviennes"*, trad. franc., p. 128.

maguey o henequén *(agave americanum)*, que sumergían en el agua de los ríos, golpeaban y hacían secar. Trenzando varias cuerdas, hacían los cables más gruesos. Se encuentran todavía hoy, en varias regiones de la meseta, indios, y sobre todo indias, que se dedican a preparar fibras (1).

La cerámica.—No conociendo los indios el torno, hacían vasos de tierra cocida con moldes, generalmente en varias piezas que después unían. Cuando los moldes constaban de dos partes, se las juntaba como las valvas de una concha, y se advierten en muchos vasos las señales de las junturas (2). Para evitar que la arcilla se agrietase al cocerse o al secarse, el obrero la mezclaba con ceniza de grafito o con paja de maíz picada en polvo (3).

Las ollas tenían frecuentemente una base redondeada como para poder ser hundidas en el suelo (vasos llamados *aryballes)*.

(1) Por ejemplo, en la región que se extiende al Este de Riobamba, en Ecuador. Cada planta de maguey puede dar un promedio de 7 Kg. de fibras (P. Walle, *"Le Pérou économique"*, p. 201). Hablaremos de la industria de las armas cuando tratemos del ejército.

(2) Hebert, *"Quelques mots sur les techniques des céramistes péruviens"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, t. 4, 1903. Hoy día aun la mayoría de los alfareros de la meseta siguen ignorando el torno.

(3) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 625.

Capítulo décimo

EL SOCIALISMO DE ESTADO *(Continuación)* EL EQUILIBRIO DE LA OFERTA Y LA DEMANDA

En un Estado socialista, el cambio, acto privado, no existe: la compra, la venta, la moneda, son cosas desconocidas. La única circulación de productos que es posible consiste en operaciones de transporte y de almacenamiento reguladas por la administración central; "la forma mercancía de los bienes no es más que una categoría histórica" (1). Hay productos y no mercancías, hay depósitos y no mercados. Deberíamos, pues, creer, como lo hace Nicholson (2), que no existía en el Perú ningún sistema de cambio, y clausurar este capítulo apenas abierto.

Empero, la lectura de los cronistas nos revela la existencia de cambios privados, de ferias y de mercados. Nos encontramos aquí en presencia de un problema difícil de resolver, pero cuyo examen nos permitirá penetrar más en

(1) Schaeffle, *"La quintessence du socialisme"*, trad. fr. Biblioteca socialista, París, sin fecha, pág. 65.

(2) *"Revival of marxism"*, ob. cit., pág. 67. A. Villar y Córdova escribe igualmente hoy que en el Perú no existía el comercio libre ("La educación incaica", ob. cit., pág. 500). De Carli fué más lejos aún al declarar que el comercio era *proibité (Delle lettere americane"*, trad. fr., t. I, pág. 357).

la organización del imperio, haciéndonos comprender cómo se aplicaba el sistema socialista.

Refirámonos, ante todo, a la época anterior a los incas. Ya los cambios eran considerables, y esto no debe sorprendernos, porque, contrariamente a lo que piensan muchos autores, las tribus primitivas, aun viviendo en comunidad, tratan frecuentemente de dar salida al excedente de su producción.

Los medios que estas tribus emplean son muy conocidos: el que quiere trocar su mercancía la deposita en un sitio determinado, a la vista de un grupo extraño, y se retira; un individuo del grupo extraño se aproxima a la mercancía y, si ésta le conviene, deposita en la proximidad un producto de su trabajo; el primer cambista vuelve y se lleva este producto si lo encuentra a su gusto, dejando su propia mercancía en el terreno. Tal ha debido ser la primera forma del cambio en la América del Sur, "un comercio mudo", según la expresión consagrada. Encontramos una supervivencia de este sistema en una descripción muy curiosa que nos da Cobo de un mercado en el Perú de su tiempo. La india deseosa de vender se pone de cuclillas en tierra y coloca delante de si su mercancía —pongamos por caso frutos— en pequeños montones de valor igual y mínimo. La india que desea comprar esta mercancía se sienta a su vez en tierra ante la vendedora y erige un pequeño montón de un producto de consumo corriente que transporta en su bolsa, en este caso, granos de maíz. Si la vendedora de frutos encuentra el montón de maíz insuficiente, se hunde en su ensoñación sin ocuparse de la india sentada frente a ella. Entonces, ésta agrega granos a su montón, poco a poco, hasta que se retira, cansada, o hasta que la vendedora, juzgando el montón suficiente, extiende la mano y lo toma. Entonces la compradora se apodera a su vez de un montón de

frutos. Todo esto sin una palabra; es un comercio mudo y perfeccionado (1).

El comercio comenzó primero, a lo que parece, por ser *vertical,* desarrollándose los cambios a lo largo del corredor interandino, entre las regiones agrícolas y las regiones de crianza de ganado, y recayendo sobre los dos artículos alimenticios esenciales: el maíz y la llama; luego, se hizo *horizontal,* y su desarrollo ha debido ser, indudablemente, mucho más rápido, a pesar de las dificultades que presentaba el paso de la cordillera, porque los pueblos de la meseta, teniendo en su mayor parte necesidades análogas y medios semejantes para satisfacerlas, trataban de procurarse sobre todo los productos de los países donde el clima era diferente del suyo. Un tráfico de mercancías complementarias se había establecido así entre la costa, la sierra y la selva amazónica. La primera daba el algodón, las frutas, los pescados, las conchas; la segunda, los metales, la lana, el maíz, la patata, la fibra de maguey; la tercera, la madera, las plumas y la coca. Por ejemplo, entre los pescadores de la costa chilena y los agricultores del interior los cambios parecen haber sido activos. Toda clase de objetos de metal y de tejidos de lana de origen diaguita (Argentina) han sido encontrados entre Arica y Valparaíso (2).

En cuanto al comercio lejano, era forzosamente, como lo ha sido siempre en los tiempos antiguos, un comercio de objetos de lujo: tejidos finos, piedras preciosas, metales, obsidiana. El cobre era un instrumento de cambio entre la sierra y las selvas amazónicas más alejadas (3), y también entre la sierra, el Noroeste argentino y el Gran Chaco (4). Sucedió que la meseta sirvió de lugar de tránsito y que

(1) Cobo, "Historia", lib. XI, cap. 7.
(2) Latcham, "El comercio precolombiano", pág. 21 y 26.
(3) Jijón y Caamaño, "Los tincullpas y notas", ob. cit., pág. 37 y 38.
(4) Nordenskiold, *"And ethnogeographical analysis of the material*

productos de las selvas brasileñas llegaron hasta las orillas del Pacífico (1).

Más tarde, se desarrolla otro comercio, a lo largo de las costas, en balsas. Especialmente, han sido encontradas en tumbas peruanas conchas llegadas de ciertas regiones de la América Central (2), y se han descubierto objetos mexicanos hasta en Argentina (3). Inversamente, productos de la industria metalúrgica de la costa han sido transportados por mar a México (4). El Darién era entonces ya, como lo determina su posición geográfica, un gran depósito donde se cambiaban los productos de las dos Américas.

En la época de Tiahuanaco el comercio era general; las cerámicas de Bolivia iban hasta el Ecuador actual; la costa recibía buena cantidad de adornos de plumas de pájaros tropicales; arcos de chonta llegaban desde las selvas orientales (5), así como piedras: obsidiana, sílex, cristal de roca, originarias de la meseta; y, en fin, tejidos y cerámicas finas, cuyas formas y dibujos eran del estilo llamado de Tiahuanaco (6).

Este desplazamiento de las mercancías no implica forzosamente un desplazamiento de los hombres. En muchos casos el producto ha debido pasar de mano en mano y recorrer así grandes distancias sin que los individuos mismos lo hayan seguido, por estar limitado el comercio a las tribus vecinas (7). Tal sucede también frecuentemente en

culture of two Indian tribes in the Gran Chaco", Goteborg, 1919, pág. 247.

(1) M. Uhle, "La esfera de influencia del país de los Incas". "Revista histórica de Lima", 1909, pág. 9.

(2) M. Uhle, "*Ancient South-American civilization*", ob. cit.

(3) Latcham, "El comercio precolombiano", pág. 21 y 26.

(4) Rivet, "*Les éléments constitutifs...*", pág. 13.

(5) M. Uhle, "La esfera de influencia...", pág. 11.

(6) Means llega a decir que los constructores aimaraes prestaron sus elementos de cultivo a las gentes de la costa por medio del comercio ("Las relaciones entre Centro-América y Sud-América en la época prehistórica". "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", 1917).

(7) "No trataban muy lejos de sus pueblos." Román y Zamora, "Repúblicas de Indias", t. I, pág. 326.

nuestros días: el conductor de llamas lleva su mercancía al valle más próximo y espera adquirir otra mercancía para llevarla consigo a su valle natal (1). Es efectivo, sin embargo, que algunas tribus se especializaron en el ejercicio del comercio; tal es el caso de ese pueblo nómada que vivía en la región, entonces fértil, comprendida entre el Huasco y el Loa, al Norte de Chile. Un empeoramiento rápido del clima dispersó a estos comerciantes, que se hicieron pescadores en la costa o agricultores en los valles. Numerosos ganchos de carga de madera encontrados en las sepulturas prueban hasta qué punto su actividad fué considerable en tiempos antiguos (2). Más al Sur, los pehuenches, que habitaban la cordillera de Mendoza, recorrían el territorio situado entre los dos océanos y practicaban el comercio de la sal, las conchas, los cueros, el pescado seco y las puntas de flechas (3). Finalmente, en Colombia, los chibchas han sido traficantes que llevaban hasta la residencia de los caras de Quito piedras preciosas y, sobre todo, sal (4).

Estos cambios se hacían por vía de trueque, pero ya ciertos productos de gran consumo jugaban el papel de intermediarios y eran aceptados en pago, como el maíz o la coca (5).

No solamente los pueblos de América del Sur disponían de moneda-mercancía, sino que algunos tenían incluso mo-

(1) "En la montaña, raramente se conocían más de dos valles. Means, *"A study"*, pág. 442.

(2) M. Uhle, "Los indios atacameños". "Revista Chilena de Historia y Geografía", 1913, t. 5, p. 105 y siguientes.

(3) Latcham, "El comercio precolombiano", p. 28 y 34.

(4) Joyce, *"South-American Archaeology"*, p. 23. Según Friederici, los comerciantes de la meseta habrían alcanzado las márgenes del río de la Plata y descendido al valle del Amazonas hasta cerca de la confluencia de este río con el Yapurá (*"Der Charakter der Entdeckung"*, ob. cit., p. 241).

(5) El maíz y la coca respondían a la regla que se formula en economía política de la siguiente manera: Si una mercadería es empleada por lo general en tales condiciones que su utilidad-límite para el que la da o la recibe en cambio no es afectada por las transacciones de poca importancia que se refieren a ella, entonces esta mercadería es apropiada para

neda-signo. Para los chibchas, el hecho está probado; discos de oro servían para comprar objetos o para pagar tributo; sólo que no eran empleados más que para los cambios interiores (1). Por el contrario, *las hachas y las conchas* parecen haber sido una verdadera moneda-signo internacional. Las hachas, que se han encontrado en lugares extremadamente distantes unos de otros, como en la provincia de San Pablo, en el Brasil; en la de Manabi y en la isla de Puná, en el Ecuador; en la ciudad de Oaxaca, de México, son placas de cobre en forma de T, demasiado delgadas para haber sido utilizadas como lo son las hachas ordinarias y que sirvieron tal vez, en los comienzos, de gong en los templos (2). Las conchas han tenido un carácter sagrado y han jugado, como sucede a menudo, un papel religioso antes de llenar una función económica. Servían de ofrenda a la divinidad, en razón de su rareza y de su belleza (3), y eran muy apropiadas para convertirse en instrumentos de cambio a causa de su gran valor y de su pequeño volumen. Estas conchas coloreadas, *spondilus pictorum* y *conus fergusoni,* de las que han sido descubiertas grandes cantidades en Copan (América Central), son originarias de los mares tropicales, y no se encuentran en las aguas frías que bañan las costas del Perú. Cierto número de ellas ha sido encontrado en Ancón,

servir de medio de cambio y de moneda en las operaciones poco extensas de las comunidades primitivas (Marshall, *"Money, credit and commerce"*, Londres, 1923, p. 273).

(1) Joyce, *"South-American Archaeology"*, p. 23.— Restrepo, "Los Chibchas", p. 126.

(2) Verneau y Rivet, *"Ethnographie ancienne..."*, p. 273.— Toribio Medina, "Monedas usadas por los Indios de América al tiempo del descubrimiento". 17e *Congrés International des Américanistes*, Buenos Aires, 1910. Dorsey, *"Archaeological investigations on the Island of la Plata"*, Chicago, 1901, p. 259.

(3) Ondegardo refiere que todavía en su época los indios ofrecían conchas en sacrificio ("De los errores y supersticiones...", p. 39). Las conchas desempeñaban el mismo papel en Malayo-Polinesia (Rivet, *"Les origines de l'homme américain"*. *"L'Anthropologie"*, 1925, ob. cit.). Se encontrarán reproducciones de conchas rosadas y blancas en M. Uhle, *"Kultur und Industrie in Sudamerikanischer Volker"*, Berlín, 1889, lámina 20, N.o 57, 58 y 59.

en Trujillo, en Chordeleg (Ecuador) y hasta en la meseta andina. Suárez piensa que se las ensartaba y formaban así una especie de collares (1). Era una moneda contante.

Finalmente, en el Perú y sobre todo en Chile, ciertas piedras raras (obsidiana, calcedonia, cristal de roca) hacían igualmente oficio de moneda. Si no presentaban ningún carácter religioso, eran, por el contrario, utilizadas como puntas de flechas y lanzas, y eran por este concepto objeto de una demanda constante, que sostenía su valor (2).

Nos vemos forzados, pues, a admitir para la América, como uno está obligado a admitirlo hoy para el Viejo Mundo, que las mercancías y algunas veces los hombres se desplazaban con una facilidad increíble, a pesar de la falta de vías de comunicación. Como el jade del Tibet, la seda de la China, el ámbar del Báltico, el estaño de la Gran Bretaña iban de Asia a Europa o de Europa a Asia, los metales, las conchas y las plumas de ave atravesaban de Norte a Sur y de Este a Oeste el inmenso continente americano.

Ahora bien, las mercancías han servido siempre de base a las ideas; el comercio ha establecido un lazo entre los pueblos y constituído el modo más eficaz de expansión del pensamiento. Ha sido éste, tal vez, en definitiva, su papel más importante. Podemos explicar así cómo las noticias se propagaban a través de llanos y montañas con una rapidez sorprendente y por qué los pueblos de América, a pesar de lo que se ha creído, no se ignoraban entre sí. El imperio de los incas era conocido en el Darien, donde los españoles oyeron hablar de él (3); inversamente, los países de la

(1) "Historia General", t. I, p. 160.
(2) Las malaquitas originarias de la región de Copiapó servían también de moneda; estas piedras eran agujereadas y ensartadas como las conchas (Latcham, "El estado económico y comercial", ob. cit., p. 254).
(3) Gomara, "Historia General", p. 226. Pascual de Andagoya tuvo conocimiento del Birú cuando visitó la provincia de Cochama ("Noticia biográfica del adelantado Pascual de Andagoya". Anónimo, sin fecha. "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 39, p. 552).

América Central no podían ser ignorados por los peruanos.

Prescott supone que Huayna-Cápac conoció la primera expedición conducida en 1517 por Pizarro y Almagro cuando estos últimos tocaron el río de San Juan, a 4 grados al Norte aproximadamente (1). Por otra parte, Nordenskiöld ha estudiado una emigración de indios guaraníes que, procedentes de los países regados por los ríos Paraguay y Paraná, penetraron en 1526 en la meseta y entraron en el imperio de los incas por el oriente de la ciudad actual de Sucre (Chuquisaca). Todos los cronistas españoles hablan de esta invasión que los ejércitos imperiales rechazaron. Pues bien, con los guaraníes llegó un blanco, un portugués llamado Alejo García. El fué el primero, antes que el mismo Pizarro, en descubrir el imperio (4).

Es muy posible que ciertas profecías atribuídas a los últimos incas por cronistas españoles —profecías concernientes a la llegada de extranjeros— hayan sido simples informaciones recibidas por los soberanos del Cuzco y de las cuales sólo la élite *se hallaba enterada, ya que era peligroso que se perturbase la quietud de la masa de la población; así la predicción atribuída a Huayna-Cápac, con ocasión de su muerte en 1525 (3).*

El conocimiento que los Estados de América tenían unos de otros permanecía, sin embargo, bastante vago. Prueba de ello es que los primeros conquistadores llamaban "viejo Cuzco" al inca difunto y "joven Cuzco" al inca reinante; tomaban al Pirée *por un hombre. Por otra parte, es claro*

(1) *"Histoire"*, trad. franc., t. I, p. 329.

(2) Nordenskiold, *"The Guarani invasión of the Inca Empire in the sixteenth century"*, ob. cit., p. 103.— Sarmiento, *"Geschichte"*, cap. 61.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 9, cap. 15. Otras profecías permanecen, por el contrario, inexplicables, si se las considera exactas; especialmente aquella que atribuye Garcilaso al inca Viracocha, que vivió mucho antes del descubrimiento de América ("Comentarios", lib. 5, cap. 22).

que si los peruanos hubiesen conocido los procedimientos de conquista de los españoles en América Central, no habrían acogido a Pizarro con tanta cordialidad (1).

Representémonos, pues, a la América del Sur precolombina como una yuxtaposición de centros de cultura, no completamente aislados, aunque tampoco en comunicación constante entre sí, pero atravesados en todos los sentidos por migraciones humanas poco frecuentes e intermitentes corrientes de mercancías y de ideas.

Fué a estas sociedades a las que el inca aplicó su plan de socialismo, destructor del comercio, pero siempre con el cuidado de respetar las instituciones locales. Vamos a ver, en efecto, cómo el establecimiento del sistema peruano implicó una disminución progresiva de los cambios; las corrientes comerciales subsistían en las provincias recientemente conquistadas mientras desaparecían en las otras.

EL COMERCIO LOCAL

Después de haber declarado que el Estado reglamentaba la producción y la distribución, ciertos cronistas nos hablan de ferias; Estete, al entrar a Jauja, encontró en la plaza principal un mercado muy animado (2), y, según Sarmiento, Pachacutec había ordenado que estas reuniones se efectuasen, en ciertas ciudades, los días de fiesta, es decir, cada nueve días (3).

(1) Helps, *"The Spanish Conquest"*, t. 3, p. 320.
(2) En Jerez, "Verdadera Relación", p. 341.
(3) *"Geschichte..."*, p. 99.— Balboa, *"Histoire du Pérou"*, tr. fr., cap. 9.— Herrera, "Historia General", dec. 8, lib. 2, cap. 16.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 35. Estas ferias han subsistido en las ciudades de la meseta. Su origen parece haber sido a menudo religioso; cuando los habitantes se reunían en un lugar sagrado trocaban allí sus mercaderías. Hoy día las grandes ferias de la meseta peruana se verifican en Huari, en el lago Poopó, en Bolivia, y en Huancayo, en el Perú, entre Lima y el Cuzco. (Wrigley, *"Fairs of the central Andes"*. *"The Geographical Review"*, t. 7, 1919, p. 65).

Uno se pregunta qué objetos podían ser susceptibles de cambio; pero hay que pensar, ante todo, que si bien los bienes donados por el inca eran inalienables, los productos suministrados por éstos, tales como el maíz o la lana, no lo eran. El comercio se mantenía en la medida en que subsistía la propiedad individual. Por otra parte, sabemos que cada familia tenía un derecho exclusivo a la cosecha obtenida sobre *tupu*. De ello resultaban desigualdades según el sexo de los miembros de esta familia (1), su ardor para el trabajo, su habilidad, y como los *tupu* eran calculados de manera que subviniesen a su alimentación, quedaba a veces un excedente disponible. En un régimen de comunismo agrario no puede haber comercio, pero en un sistema de colectivismo agrario sólo los medios de producción están socializados y los productos pueden ser cambiados.

Las variaciones en el rendimiento de las cosechas según los territorios, en razón de las circunstancias climatéricas, hacían nacer nuevas desigualdades y, en consecuencia, nuevas fuentes de cambio entre las comunidades; pero como los excedentes suministrados por el *tupu* eran mínimos (2) y las necesidades eran limitadas, todos estos cambios debían ser muy reducidos. Es esto lo que comprueba Cobo (3). Las ferias, sobre cuya frecuencia no debemos hacernos ilusiones, eran sobre todo motivo de fiestas, se combinaban frecuentemente con peregrinaciones y el soberano veía en ellas un medio de reunir a sus súbditos en fechas determinadas para hacerles conocer su voluntad. A menudo el lugar de la feria era a la vez un lugar de fiesta, un centro de devoción y un foro (4).

(1) El padre, que recibía para su hijo un *tupu* y por su hija medio *tupu*, salía favorecido si sus descendientes eran varones, pues no está probado que un muchacho coma 2 veces más que una niña.
(2) Como lo hemos visto en el cap. 5.
(3) "Historia", t. 3, lib. XI, cap. 7.— Santillán, "Relación", par. 4.
(4) Garcilaso distingue entre ferias y mercados y pretende que Pachacutec llegó hasta hacer cotidianos estos últimos ("Comentarios", lib.

Los principales artículos que se encontraban en las ferias eran, naturalmente, alimenticios: maíz, legumbres, carnes secas y también llamas, ya que la prole de la pareja atribuída a cada familia le pertenecía y el azar podía además en este caso dar nacimiento a desigualdades y a un excedente (1).

En suma, tal comercio, en un país donde cada uno tenía su lote de tierra, recibía su parte de materias primas y fabricaba por sí mismo los objetos indispensables a la existencia, no podía ser sino un comercio de lo superfluo y no tenía más que una lejana relación con el que existía en los países de propiedad privada donde reinaba la división del trabajo.

EL COMERCIO EXTERIOR

El documento capital de que disponemos es la relación de Juan de Sámanos, muy breve, pero que contiene la definición de una balsa de vela, procedente de la región de Túmbez, encontrada al Sur de Panamá por el español Ruiz, que exploraba el Pacífico por orden de Pizarro. La balsa llevaba cierta cantidad de mercancía: oro, plata, espejos, vasos, tejidos, piedras preciosas, conchas, y era manifiestamente una embarcación de comercio. Como en esta época

6, cap. 35). Letourneau cree equivocadamente que el gusto por el comercio no se ha desarrollado en América sino a instigación de los europeos; dice, por el contrario, con mucha razón, que el comercio interior en la época de los incas se reducía a "pequeños trueques entre particulares" (*"L'évolution du commerce"*, París, 1897, p. 201); Castonnet des Fosses escribe igualmente: "El comercio era insignificante..., las ferias se realizaban principalmente los días de fiesta" (*"La civilisation de l'ancien Pérou"*, p. 29). La aldea de Baños, en el alto Pastaza, en Ecuador, gracias a su situación comercial de primer orden en la desembocadura de la meseta y en los lindes de la selva oriental, gracias también a sus fuentes de agua caliente y a su virgen milagrosa, presenta el tipo de un lugar que es, a la vez, mercado, estación termal y lugar de peregrinación. En Baños, el indio puede purificar su cuerpo, santificar su alma y dedicarse a cambios comerciales ventajosos.

(1) Las materias primas podían servir también para el trueque; explicaremos este punto más adelante.

Túmbez estaba sometida al poder de los incas, hay que deducir de ello que éstos mantenían relaciones comerciales con los países extranjeros (1).

Dos explicaciones son posibles y ambas verosímiles. En un Estado socialista, todo comercio exterior es un comercio de Estado, dirigido por funcionarios especiales, como sucede en la República de los Soviets. También debía ser así en el Perú: el inca obtenía por vía de cambio ciertos objetos, especialmente las conchas, originarias de Centroamérica, como lo prueba la gran abundancia que de ellas había a bordo de la balsa de que acabamos de hablar. Esta hipótesis está confirmada por el hecho de que Dorsey ha descubierto en la isla de la Plata vasos quichuas sin objetos chimúes, de donde resulta que los soberanos del Cuzco comerciaban con los pueblos situados al Norte del imperio, independientemente de los chimúes de la costa peruana. Se trataba de un comercio imperial y no regional (2).

Pero al lado de estos cambios, forzosamente muy restringidos, existían otros, no ya centralizados, sino privados y al margen del sistema socialista. Las provincias de la

(1) Hanstein, hablando de la llegada de los españoles a Túmbez, donde el movimiento comercial era importante, se limita a observar, sin comentarios, que éste era un fenómeno contrario a las tradiciones incaicas. (*"Die Welt des Inka"*, p. 117). Hemos mencionado la "Relación" de Samaños en el cap. I.

(2) Dorsey, *"Archaeological investigations"*, ob. cit., p. 253.— M. Uhle, "La esfera de influencia...", p. 22.— Urteaga califica al comercio peruano en barcas como comercio regular, pero nada permite asegurar que esta denominación sea justa ("El arte de navegar entre los antiguos peruanos". "Revista histórica de Lima", 1913, t. 5). Hemos visto, en efecto, más arriba (cap. III), qué dificultades encontraban los navegantes. Los incas estaban igualmente en relaciones con las tribus del Chaco; la identidad de los términos empleados a gran distancia de la sierra lo prueba. Tal vez los peruanos conocieron el hierro antes que llegara Pizarro, por la importación de anzuelos europeos (Nordenskiold, *"Deduction suggested by the geographical distribution of some post colombian words used by the Indian of South-America"*, Goteborg, 1922, p. 87). Juan de Salinas encontró en 1557 en el Ucayali indios que habían ido antiguamente al Cuzco (Nordenskiold, ob. cit., p. 24). Según Montesinos, indios de las selvas orientales de la región ecuatoriana llevaron a los soldados perdidos del ejército de Viracocha al camino del Cuzco, que conocían perfectamente ("Memorias", cap. 25).

costa peruana y las provincias ecuatorianas habían sido recientemente conquistadas y subsistían las corrientes comerciales anteriores. Los cronistas aluden, en efecto, a "comerciantes" que visitaban diversas regiones del imperio, lo que no se explicaría en la hipótesis de cambios puramente locales o en la de un comercio de Estado concentrado en el Cuzco (1).

Este comercio era tanto más floreciente cuanto que el sistema centralizador era aplicado con menos rigor; por eso lo vemos mantenerse, sobre todo en las provincias que el inca había incorporado a su corona poco antes de la llegada de los españoles. Sancho de Paz y Ponce de León hablan de los comerciantes de la provincia de Otávalo, al Norte del Ecuador, como de una verdadera clase social privilegiada (2). Cieza de León cuenta que el soberano envió orejones disfrazados de comerciantes para explorar la región situada más allá del río Maule, al extremo Sur del imperio (3). Según Suárez, los habitantes de la isla de Puná, situada frente a Túmbez, realizaban un gran comercio de sal (4).

Prescott y Payne exageran cuando afirman que el comercio exterior no existía en el Parú (5); más prudente es A. de Beauchamp cuando escribe: "Los peruanos no tenían propiamente comercio" (6). La verdad es que el número y la importancia de las transacciones disminuían a medida que el

(1) Balboa hace alusión a esos comerciantes que recorrían las diferentes partes del imperio. (*"Histoire du Pérou"*, tr. fr., cap. 9). Los españoles conocieron en Panamá la existencia del imperio de los incas por los relatos de los mercaderes ambulantes que frecuentaban este país. (Prescott, *"Histoire"*, trad. franc., p. 210, N.o 2.)

(2) "Relacción y descripción de los pueblos del partido de Otávalo". "Relaciones Geográficas", t. 3, p. 111.

(3) "Crónica". Segunda parte, cap. LX.

(4) "Historia General", t. I, p. 123.

(5) Prescott, *"Histoire"*, tr. fr., t. I, p. 137.— Payne, *"Histoire"*, t. 2, p. 503.

(6) *"Histoire de la canqucte"*, t. I, p. 37. Suárez dice que no había comercio ("Historia General", t. I, p. 216), pero parece admitir, por otra parte, la existencia de un comercio local (t. I, p. 68).

sistema estatista se implantaba más profundamente en un país. Los habitantes perdían poco a poco el espíritu de iniciativa, tan necesario en este dominio, y el comercio entraba en decadencia (1). Las conchas, que servían de moneda, suministran indicaciones a este respecto: "eran mucho más comunes durante el período de la civilización de Tiahuanaco, y su número aumentaba constantemente en las tumbas hasta la época de los incas, demostrando que el comercio con América Central continuaba y se acrecentaba", *hasta la época de los incas solamente* (2).

Semejante regresión no era en modo alguno deseada por el inca. Se ve, en efecto, a Tupac-Yupanqui permitir a los comerciantes que circularan en todos los lugares y amenazar con castigos rigurosos a los que los molestaban (3). Pero la decadencia era una consecuencia fatal del plan que los soberanos trataban de aplicar. Este plan no era incompatible con todo sistema de cambio, pero era incompatible con un gran desarrollo comercial.

Estamos ahora en situación de examinar dos cuestiones embarazosas: las relaciones del Perú con México y la de los peajes; la primera a menudo discutida, la segunda silenciada siempre.

Prescott (4) sostiene que los aztecas y los incas ignoraban mutuamente su existencia; da como pruebas de ello

(1) "Antiguamente, escribe Ondegardo, las tribus de la meseta iban a las montañas a cambiar víveres por metales preciosos, pero este comercio se hacía antes que estuviesen subyugados por el inca, y desde entonces cesó casi por completo." (*"De l'état du Pérou*, trad. fr., cap. 2).

(2) M. Uhle, en Latcham. "El comercio precolombiano", p. 43.— Habiendo reprochado Robertson a los peruanos la falta de comercio, Velasco responde que, por el contrario, esto fué un beneficio ("Historia", t. I, p. 221). Estando organizado el imperio como una gran familia, los intercambios comerciales habrían perturbado su armonía. En las reducciones del Paraguay, lo mismo que en el Perú, el comercio privado no era prohibido, pero estaba muy restringido (M. Fasbinder, *"Der Jesuitenstaat in Paraguay"*, ob. cit., p. 108).

(3) Balboa, *"Histoire du Pérou"*, tr. fr., cap. 9.

(4) *"Histoire"*, trad. fr., t. I, p. 129-148 (n. 1), 160-200. En el mismo sentido: Friederici, *"Der Charakter der Entdeckung"*, ob. cit., p. 242.

que la patata, cultivada entre los segundos, era desconocida por los primeros; que la escritura jeroglífica mexicana no había penetrado en la América del Sur; que México tenía una moneda, mientras que el Perú no tenía ninguna, y que, inversamente, el Perú disponía de un sistema de pesos ignorado de México. Cierto que las dificultades de comunicación entre los dos países eran grandes a causa de la corriente de Humboldt y del carácter primitivo de las embarcaciones. Pero los hechos están ahí presentes, y la existencia de un comercio entre el Darién y el Perú, por un lado, y el Darién y México, por otro, no puede ser puesta en duda. Los argumentos de Prescott, por otra parte, pueden ser refutados. La escritura mexicana era demasiado complicada para ser de importación fácil y la moneda existía desde luego en el Perú, pero se la empleaba poco (1).

La existencia de puentes con sistema de peaje está certificada por los españoles que los vieron. Jerez explica que en Cajas, a la entrada de un puente, había una casucha donde residía un guardia encargado de hacer pagar un derecho de pasaje: el portazgo. Esta misma palabra es la que se emplea en nuestros días en España para designar el impuesto percibido a la entrada de los caminos de Navarra. Este derecho consistía en un gravamen sobre la mercadería transportada *(en la mesma cosa que llevan)*. Era, afirma siempre el mismo autor, una costumbre muy antigua, y Ataliba (Atahualpa) la suprimió en la medida en que se aplicaba a las cosas transportadas por sus tropas. Ningún individuo podía, bajo pena de muerte, entrar o salir de la ciudad con un cargamento por otra ruta que aquella en que estaba es-

(1) La economía peruana era completamente diferente de la economía mexicana. En México había grandes ferias y una verdadera clase de mercaderes ambulantes, que viajaban en grupos armados, con empleados. La moneda era de zinc, plata, oro, granos de cacao (Herrera, "Historia General", dec. 2, lib. 7, cap. 15). La lectura de los códigos nahua es difícil a causa de los elementos figurativos y fonéticos que encierran (Rivet, *"Les langues du monde"*, ob. cit., p. 711).

El oro y la plata no servían de moneda, "se los tenía por cosas superfluas, porque no podían ser comidos ni servir para la compra del alimento" (1). Eran, sin embargo, buscados por su belleza: "El uso de la moneda —dice Montaigne— era enteramente desconocido en el Perú (en esto, por otra parte, exagera) y, por consiguiente, su oro (el oro de los peruanos) se encontró reunido, al servir sólo para ostentación" (2). A pesar de la falta de toda demanda de orden monetario, los metales preciosos, en razón de ese empleo de que habla Montaigne, tenían ya un valor considerable; el soberano los distribuía a los jefes amigos cuya fidelidad debía asegurarse y a los capitanes enemigos a quienes quería corromper.

Otras causas permiten explicar la acumulación de los metales preciosos. En primer lugar, las fuentes de riquezas eran conocidas gracias a la obligación, impuesta a todos los que llevaban al mercado piedras o metales preciosos, de declarar dónde los habían encontrado (3). En segundo lugar, todos los objetos de valor eran dirigidos a la capital, bajo forma de dones o de tributos, ya que nadie, fuera del inca, tenía derecho de llevarlos como adorno sin autorización especial. Finalmente, el oro que entraba al Cuzco no podía ya salir de él (4).

Estas materias preciosas podían ser pesadas, porque para algunos de sus cambios los indios se servían de una verdadera balanza romana, señalada por Cieza de León Estete, Sámanos, Oviedo y Valdés. Rivet ha encontrado un peso cilíndrico de cuarzo verde en la costa ecuatoriana (5).

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 7. ¡Qué punto de vista más diferente al de los españoles! Cuando éstos llegaron al Perú, viendo los indígenas que los caballos mordían los frenos, creyeron que estos animales se alimentaban de metales y les ofrecieron oro y plata, que los jinetes se cuidaron muy bien de rehusar.
(2) *"Essais,* lib. 3, cap. 6.
(3) Sarmiento, *"Geschichte"*, p. 99.
(4) Herrera, "Historia General", dec. 99, lib. 3, cap. 13.
(5) Rivet, *"La balance romaine au Pérou". "L'Anthropologie"*, marzo

EL AHORRO Y EL REPARTO

Nos hallamos en pleno régimen socialista; todo está reglamentado por vía de autoridad, según un plan racional.

En el Estado socialista, "el déficit o la superproducción ocasionales de los productos sería compensado en relación con las necesidades, por una reserva guardada en los almacenes que serían verdaderos depósitos públicos" (1). Fué precisamente esto lo que sucedió en el Perú. No pudiendo ser asegurada, de manera perfecta, a pesar de las estadísticas, la adaptación de la producción al consumo, en razón de la intervención de fenómenos que escapan a la acción del hombre, tales como una sequía excepcional, los incas establecieron un sistema de graneros.

Los stocks acumulados no servían solamente de reserva de consumo: constituían un verdadero "capital de Estado", porque comprendían, además de efectos y de ropa, materias primas destinadas a ser repartidas como los productos.

Estos graneros *(pirua)* estaban situados, ya cerca de las ciudades y aldeas, ya a lo largo de las carreteras (2), de trecho en trecho. Los primeros se encontraban establecidos fuera de las aglomeraciones, en sitios frescos y ventilados, para evitar la humedad, y se componían de una serie de

de 1924.— Nordenskiold, *"Emploi de la balance romaine en Amérique du Sud avant la conquéte"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1921. "Cada balanza, escribe Rivet, debía tener su graduación y su peso especiales, pero estos pesos, diferentes uno de otro en valor absoluto, por consiguiente inintercambiables, equilibraban una cantidad de mercaderías iguales para todas las balanzas de una misma región." Tello y Miranda y M. Uhle han encontrado supervivencias de esta balanza en el Perú actual (*"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, t. 17, 1925, p. 335). En la época colonial, los indios usaban aún sus antiguos métodos de pesar (Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 2, cap. 16.— Salinas Loyola, "Relación y descripción de la ciudad de Loxa". "Relaciones Geográficas", t. 3, p. 218).

(1) Schaeffle, *"La quintessence du socialisme"*, p. 10.

(2) Encontraremos los segundos a propósito de los caminos.

pequeños edificios cuadrados, alineados con orden, en número de veinte, treinta, cincuenta o más, suficientemente alejados unos de otros, para que un incendio que pudiese declararse en uno de ellos no pudiera consumir a los demás (1). Unos contenían los productos destinados al sol, otros los destinados al inca, otros, por fin, el excedente que servía más especialmente de reserva para los casos de hambre (2). Esta especialización era, por otra parte, muy relativa, porque se tomaban provisiones de un almacén para llenar otro, y hasta los productos destinados al sol podían ser asignados al inca o a la población. La única regla era la voluntad del monarca (3).

Era tal la previsión del soberano, que estos almacenes tenían a veces víveres para diez años (4). Vigilantes y contadores eran nombrados para estos establecimientos. Cada tres años, el gobernador, *tucricuc*, hacía una inspección, y, en caso necesario, hacía tirar los productos deteriorados o distribuir los que se hallaban en número excesivo (5). Los graneros de las grandes ciudades desbordaban literalmente de mercancías de toda clase. "Los cristianos —cuenta F. de Jerez— se llevaron lo que quisieron y todavía las casas quedaron tan llenas que parecía no haberse tomado nada de ellas." (6). Este mismo cronista nos da testimonio de la sorpresa de sus compatriotas a la vista de los depósitos de Cajamarca, llenos de vestidos "apilados hasta los techos" y

(1) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 30.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 5.
(3) He aquí los emplazamientos de algunos almacenes de la sierra al Norte del Cuzco: Quito, Latacunga, Tomebamba, Cajamarca, Jauja, Vilcas; al Sur: Hatun-Colla, Paria (Payne, *"History..."*, t. 2, p. 541. No sabemos por qué pretende este autor que tales depósitos no existían sino en la sierra, cuando Ondegardo dice formalmente lo contrario. "Relación", p. 19).
(4) Ondegardo, "Relación", p. 19.— Tomás Moro en su "Utopía" prevé solamente aprovisionamientos para dos años (ob. cit., cap. 7).
(5) Las Casas, "De las antiguas gentes", p. 48.
(6) "Verdadera Relación", p. 334.

ordenados "como saben hacerlo los mercaderes de Flandes y de Medina del Campo" (1).

Junto con los vestidos, se encontraban en estos edificios maíz, quinua, chuño, charqui, legumbres secas, pescado, cuerdas, cabuya, lana, algodón, sandalias, armas, y hasta conchas (2).

Todos estos productos eran cosechados en las tierras del sol y del inca o llevados por los indios a título de tributo (3). El soberano operaba en seguida las distribuciones necesarias, de modo que quedase cubierto el déficit de los graneros situados en las provincias donde la estadística señalaba necesidades que debían satisfacerse, sin que ninguna regla general presidiese esta distribución (4).

Se hacían también cambios entre los graneros con objeto de variar las mercancías. Así, el inca suministraba a los habitantes de la costa productos de la sierra, y a la inversa, y estos productos cobraban un gran valor por este solo hecho (5).

Los graneros respondían, en definitiva, a cinco objetos diferentes: primero, servían de tesoro de guerra, correspondiendo este papel especialmente a los que se encontraban a lo largo de las rutas que permitían avituallarse a los ejércitos; en segundo lugar, suministraban a los incas, a su familia, a sus servidores, al clero y a todos los indios

(1) "Verdadera Relación", loc. cit.— Oviedo y Valdés, "Historia General", t. 4, lib. XLVI, cap. 8.

(2) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 30.— Pedro Pizarro, "Relación", p. 272.

(3) Un sistema análogo ha sido establecido por los misioneros en el Paraguay (Charlevoix, *"Histoire du Paraguay"*, París, 1757, t. 2, p. 53-54.— M. Fasbinder, *"Der Jesuitenstaat in Paraguay"*, ob. cit., p. 86). Véase p. 403.

(4) Santillán, "Relación", par. 41.— Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 30.— Pedro Pizarro cuenta haber visto un indio que desde su juventud llevaba cargas de maíz desde Cajamarca al Cuzco. Este indio debía ser alimentado en los depósitos y las cargas debían llegar completas al destinatario, bajo pena de muerte ("Relación", p. 271).

(5) C. de Castro, "Relación", p. 219. Los cronistas españoles han tomado a menudo estos movimientos de mercadería realizados por imposición de la autoridad como verdadero comercio.

que trabajaban por cuenta de estos funcionarios, lo que era necesario a su subsistencia; en tercer lugar, permitían al soberano hacer regalos a título de recompensa o con la mira de obtener un concurso útil; en cuarto lugar, servían de socorro: suministraban el alimento necesario a los indios que no habían podido obtener cosecha porque sus semillas se habían helado o por cualquier otra causa; finalmente, constituían reservas de materias primas y de productos de consumo.

Las materias primas eran distribuídas según los datos de las estadísticas: las semillas cada año, la lana y el algodón eran sacados cada dos años de los stocks almacenados, y repartidos por contingentes sucesivos entre los *hunu, varanca...*, etc., y, en fin, distribuídos entre las familias. Anotemos que se suponían iguales las necesidades de los jefes de familia y que no se tenían en cuenta las necesidades reales. Así, cuando un indio había recibido del inca llamas en propiedad, su parte en la distribución de la lana no era reducida por este motivo (1). Esta manera de obrar era razonable, ya que, si se hubiese procedido de otro modo, el mérito no hubiese obtenido su recompensa; pero nada muestra mejor el carácter de la organización incaica. El plan de distribución es abstracto y matemático. Que un indio tenga tres veces más lana de la que puede trabajar, poco importa; no por eso dejará de recibir su parte, y he ahí nuevamente una fuente de cambio. El comercio local va a aparecérsenos aquí como de primera necesidad. Ya que las distribuciones se efectúan por familia, por lotes equivalentes, sin preocuparse del número exacto de los miembros de estas familias ni tener en cuenta los bienes que algunas de ellas poseen ya, *el cambio privado tiene por objeto principal corregir lo que hay de artificial en el sistema de reparto administrativo.*

(1) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 29.— Ondegardo, "Relación", p. 27.

En cuanto a los productos de consumo, debían remediar el déficit de la producción en los años de hambre. *Así, los efectos destinados al inca o al sol volvían en gran parte, después de una larga vuelta, a las manos de los indios que los habían producido.*

Desde el punto de vista económico, es aquí donde aparece incontestablemente el papel esencial de los graneros. Si se rompe el equilibrio entre la producción y el consumo en una provincia, las otras provincias vienen automáticamente en su auxilio; si el déficit se extiende a todo el territorio, los excedentes de los años anteriores lo cubrirán al instante. De este modo, los habitantes del imperio son solidarios unos de otros en el espacio, y las generaciones, solidarias unas de otras en el tiempo. Con semejante previsión no es posible ninguna sorpresa, el porvenir está asegurado.

Es divertido comprobar que hoy, en Europa, en medio del desorden de la postguerra, hay quienes piensen estabilizar la producción mediante la acumulación de reservas en tiempos de abundancia y su reparto en tiempos de carestía, como lo hacían los incas (1).

EL SISTEMA TRIBUTARIO

"Los incas —escriben C. Tello y P. Miranda (2)— han establecido, no un sistema especial de gobierno, sino un sistema de tributo casi perfecto gracias a la estadística." Nada más natural; bajo un régimen socialista, el impuesto no es una contribución a las cargas públicas, proporcional a las posibilidades tributarias de los ciudadanos; es un instrumento para repartir las riquezas; la actividad económica está centralizada en manos de los funcionarios.

(1) Bacon, *"Stabilizing production by means of reserves"*. *"American economic review"*, marzo de 1924.
(2) *"Wallalo"*, cap. 3.

Era un principio absoluto el que *todo tributo consistía en servicios personales;* no se establecía ningún gravamen sobre los bienes de propiedad del contribuyente, sobre los productos del *tupu* o sobre los vestidos fabricados por el indio con la lana de sus llamas (1). El principal tributo consistía en el cultivo de las tierras del sol y del inca; su rendimiento no era jamás constante, ya que tenía la característica de cargar todos los riesgos a cuenta del beneficiario. Además, el indio debía efectuar una tarea que consistía, generalmente, ya en fabricar, por medio de materias primas suministradas por el Estado, objetos que venían a acumularse en los almacenes públicos, ya en permanecer por algún tiempo al servicio de la administración.

El inca fijaba en principio la forma y el monto de este último tributo, sin limitación ninguna (2); pero, en la práctica, no procedía arbitrariamente; enviaba a cada una de las cuatro parte del imperio a personas de confianza que le daban cuenta de las posibilidades de cada provincia; luego reunía la asamblea de los orejones y decidía a la vista de las estadísticas de población y de riqueza (3). Tenía en cuenta también la habilidad de los habitantes y sus disposiciones naturales; los chumbivilcas tenían el deber de enviar al Cuzco danzarines y los lucanas suministrar portadores para la litera imperial (4).

Los artesanos se liberaban ejerciendo su arte en provecho del soberano durante el período del año menos favorable al trabajo del campo.

Se tomaban todas las precauciones para nivelar el peso

(1) Ondegardo, "De la orden...", p. 102.— Falcón, "Representación...", p. 156. Este principio es anterior a los incas; los indios de la provincia de Vilca debían: "construir la casa, proporcionar las vestimentas y las semillas y guardar los rebaños" de sus curacas (P. de Carabajal, "Descripción fecha en la provincia de Vilcas Guaman", p. 149).

(2) "La voluntad del Ynca era la tasa" (Ondegardo, "Relación", p. 69).

(3) Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 18.

(4) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 33.

de los tributos. Si una provincia no tenía bastante tierra para alimentar a sus habitantes, el inca no se reservaba ninguna, pero pedía hombres para efectuar trabajos o fabricar ciertos objetos; si una circunscripción debía suministrar indios para hacer vestidos durante un año, otra lo suministraba al año siguiente, y así sucesivamente, por turnos (1).

El reparto de los tributos era fácil, ya que la población estaba dividida en decenas y múltiplos de diez. Así, para suministrar mil hombres, el jefe del *hunu* se limitaba a pedir cien a cada jefe de *varanca* colocado bajo sus órdenes; éste, a su vez, reclamaba cincuenta a cada jefe de *picha-pachaca*, y así sucesivamente hasta el decurión, el cual no debía suministrar más que un hombre. Este decurión llevaba, pues, a un indio donde su superior inmediato, el jefe de cinco decurias, quien, a su vez, se dirigía con los cinco hombres que había recibido a donde el centurión, etc. (2).

Finalmente, la percepción no se efectuaba en fechas uniformes (3); los productos eran colocados en los graneros y en gran parte llevados al Cuzco para la fiesta del Raymi (4).

En total, estos tributos eran considerables; se necesitaban indios para el servicio de los templos y de las tumbas, para el de los incas, para el correo, para el trabajo de las minas, para la custodia de los depósitos, la fabricación de los cables, la talla de las piedras, la construcción de los edificios públicos y el transporte de las mercancías; pero no olvidemos que los considerables recursos así obtenidos no eran destinados al inca solamente; servían para la manutención de toda la familia imperial, de la administración,

(1) Ondegardo, "De la Orden...", p. 103. Los stocks de vestimentas se hicieron pronto tan considerables que los incas se limitaron a exigir un vestido por cada contribuyente casado.— Santillán, "Relación", p. 73.— Castro, "Relación", p. 218.
(2) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 33.
(3) Rodríguez de Aguayo, "Descripción de la ciudad de Quito", pág. 96.
(4) Ondegardo, "Relación", pág. 63.

del ejército, de los indios ocupados en trabajos públicos; en una palabra, *constituían los ingresos del Estado.*

Por otra parte, los curacas y los altos funcionarios eran acreedores a ciertos tributos; a veces, estos tributos eran pagados por los contribuyentes de la división *hanan* a los jefes principales y por los de la divisón *hurin* a los jefes subalternos (1). Todos estos grandes personajes tenían derecho a un número de servidores igual a uno o dos por ciento de la cifra de sus administrados; además, las comunidades construían sus casas, labraban sus tierras y guardaban sus rebaños (2), sin que hubiese, a lo que parece, reglas precisas a este respecto (3).

En resumen, el tributo dado al inca, el tributo suministrado a los curacas y los trabajos ejecutados en provecho de los inválidos y los ausentes, corresponden a las tres formas de impuesto que encontramos en todos los Estados modernos: generales, locales y de asistencia (4).

Entre los tributos de Estado hay uno que merece fijar la atención en él; era exigido a los pueblos muy pobres, como el de los pastos, en las fronteras actuales de Colombia, o el de los quillacos, en Alausi, en el centro del Ecuador (5), y consistía en la remisión de cierta cantidad de piojos vivos. Sinsi-Roca pidió a los uros un cañón de pluma lleno de piojos, por contribuyente (6). Esta medida, que parece singular a primera vista, era en realidad muy sabia. Constituía, en primer lugar, una aplicación curiosa —hay que confesarlo—, pero al mismo tiempo efectiva, de aquel principio demasiado olvidado entre nosotros: el de que todos los habitantes de-

(1) Así sucedía con el *hunu* de Tacna. Cúneo-Vidal, "El cacicazgo de Tacna", ob. cit., pág. 311.
(2) Santillán, "Relación", par, 48.— Falcón, "Representación", pág. 153.
(3) C. de Castro, "Relación", pág. 218.
(4) Latcham, "La existencia...", pág. 64.
(5) Suárez, "Historia General", t. I, p. 48.
(6) Anello Oliva, "*Histoire du Pérou*", trad. franc., p. 42.

ben aportar al Estado su óbolo, por mínimo que sea (1). Era, además, una excelente medida de higiene, que estaría plenamente justificada en esos países todavía hoy (2).

Estaban exentas de toda carga: la *élite* (altos funcionarios, curacas, inca), las viudas, enfermos, impedidos y otros incapaces, los yanaconas que sólo debían trabajar para sus amos, los indios que se veían privados de tierra por circunstancias excepcionales (3).

El servicio de *tambos* era objeto de disposiciones especiales de que hablaremos ulteriormente (4).

El control estaba asegurado por los inspectores ordinarios y por inspectores especiales (5).

Todo este sistema fiscal fué destruído por la conquista, y cuando los españoles quisieron establecer otro, tropezaron con grandes dificultades y cometieron toda clase de injusticias involuntarias. Suprimieron el servicio personal y reclamaron a ciertas provincias productos que su suelo no podía suministrar. Se vió a indios que, para poder dar llamas como tributo, se veían obligados a adquirirlas por vía de cambio, y los que no tenían nada trocaban a sus hijas por estos animales (6). Ondegardo, en todos sus escritos, pre-

(1) Es el principio de nuestro impuesto.

(2) Los indios, explica Herrera, tienen la costumbre de aplastar los piojos con los dientes, no para comérselos, sino porque tienen las manos ocupadas en sujetarse el cabello, que usan largo y les cuesta trabajo separar ("Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 2). Esta costumbre, igual que las demás, subsiste actualmente en la sierra. El lector a quien estos detalles puedan parecer repugnantes hará bien en acordarse de que los piojos no son desconocidos en Francia. No solamente durante la guerra los tuvieron todos los combatientes, en las trincheras, sino que, incluso hoy, una de las preocupaciones esenciales de las maestras en las muchas escuelas maternales es limpiar a los niños de estos parásitos. En algunas escuelas de París, mujeres de la mejor sociedad van, por abnegación, un día a la semana a despiojar a los pequeñuelos.

(3) Santillán, "Relación", par. 50.— C. de Castro, "Relación", p. 217.

(4) Falcón, "Representación", pág. 158. Véase, pág. 318.

(5) Damián de la Bandera, "Relación", p. 100.— Santillán, "Relación", par. 15.

(6) Santillán, "Relación", par. 62.

tacionada la guardia (1). Estete, dirigiéndose a Pachacámac, encontró también puentes colgantes guardados por indios que exigían el pago de un derecho de pasaje (2), y, cerca de Huánuco, pasó por un puente de madera donde encontró un colector de peaje, "como es la costumbre" (3).

Estas afirmaciones serían incomprensibles si, verdaderamente, como tantos autores lo han afirmado, el Perú hubiese sido un Estado comunista. ¿Quién habría atravesado los puente sino los funcionarios? ¿Sobre qué se habría fijado el gravamen de los derechos, ya que nada era objeto de propiedad individual? En realidad, es el contribuyente el que va a cambiar el excedente de su producción en el mercado vecino, y tal vez, pero muy raras veces, el verdadero comerciante venido de países lejanos.

El corolario de la tesis que sostenemos aquí es que los peruanos podían obtener excepcionalmente permisos para circular. El principio que hemos planteado queda: nadie podía cambiar de domicilio, ni aun desplazarse momentáneamente, pero se podían dar autorizaciones para un tiempo bastante corto sin temor de perturbar las estadísticas, ya que el indio llevaba su alimento consigo. El equilibrio general de la producción y del consumo no era, pues, destruído. No hubiera sucedido lo mismo en caso de largos viajes, y la regresión del comercio no por eso dejaría de subsistir.

(1) Jerez, "Verdadera Relación", p. 326. Este pasaje ha sido copiado textualmente por Oviedo y Valdés, "Historia General", t. 4, lib. XLVI, cap. 3.

(2) "Tiene su portero que pide portazgo." Estete, en Jerez, "Verdadera Relación", p. 338. Raimondi cita este pasaje sin reparar en lo interesante que es ("El Perú", t. 2, p. 35). Fernando Pizarro hace alusión a los puentes de peaje en su "Carta" (Trad. ingl., p. 121).

(3) Estete, ob. cit., p. 342.— Gomara, "Historia", cap. CXCIV.— Morua, "Historia", p. 161. "Pagaban pontazgo", escribe Morua. Al emplear el vocablo pontazgo, en lugar de la palabra portazgo, el autor indica claramente que, según él, estos derechos eran percibidos solamente al pasar los puentes. Sin embargo, impuestos tales eran exigidos también en otras partes; por ej., en el lugar en que el camino del Sur atravesaba una muralla, cerca de Urcos, no lejos del Cuzco (Cieza de León, "Crónica". Primera parte, cap. XCVII).

LA MONEDA

La moneda sigue las vicisitudes del comercio. En un país puramente socialista desaparece; en un país de "socialismo de Estado" juega un papel de poca importancia. Los modos de cambio anteriores a los incas se perpetuaron; el trueque era lo más frecuentemente empleado; la moneda-mercancía consistía en pimiento, pescado seco, cobre, algodón, maíz, chuño, plumas de ave, sal y coca (1); finalmente, la moneda-signo no era despreciada, como lo prueban las numerosas conchas que transportaba la balsa encontrada por el piloto Ruiz, de la que hemos hablado. Y no hay que creer que la conquista española haya puesto fin bruscamente a este sistema de cambio, ya que en los tiempos en que escribía Cobo se empleaba frecuentemente el trueque y la moneda-mercancía más usada era el maíz (2). Todavía en nuestros días, entre los indios de la meseta, las ventas son escasas y los cambios frecuentes (3).

(1) Oviedo y Valdés, "Historia General", lib. 6, cap. 20, p. 206.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 15.— Acosta, "Historia Natural", t. I, cap. 19.— R. de Aguayo, "Descripción de la ciudad de Quito", p. 98.— M. Subercaseaux, en su obra reciente, "El sistema monetario y la organización bancaria de Chile" (Santiago, 1921), no consagra a la moneda precolombina sino un número reducido de páginas muy breves y de escaso interés. (L. Baudin, *"Notes sur l'Amérique du Sud"*. *"Revue d'économie politique"*, enero de 1925, p. 132). Los autores franceses del siglo XVIII, el abate Reynal, por ej., (*"Histoire philosophique"*, t. 2, p. 144), persuadidos de que los peruanos desconocían la moneda, los ponían como ejemplo para todos los pueblos, de lo que los incas habrían quedado muy sorprendidos, por cierto, pues seguramente no actuaban por amor a la virtud. Para estos escritores, como para muchos socialistas modernos, el dinero era la causa de todos los vicios. "Ellos (los antiguos peruanos) no tenían moneda, afirma A. Smith, y no habían establecido ninguna clase de instrumento comercial" (*Wealth of Nations*, lib. IV, cap. 7. Trad. fr., París, 1880, p. 178).

(2) "Historia", lib. XI, cap. 7. Hemos citado este pasaje *supra*, p. 165.

(3) V. Guevara, "Derecho consuetudinario", loc. cit.— Wrigley, *"Fairs of the central Andes"*, ob. cit., p. 65. En el Paraguay, en la época de las misiones, el mate, la miel y el maíz servían de moneda (Pablo Hernández, "Organización social...", t. I, p. 240). No sonriamos piadosamente: la dislocación de los cambios desde la guerra de 1914-1918 ha obligado a los grandes Estados modernos a volver al trueque, pues los tratados de compensación no son más que eso.

coniza la vuelta al principio del servicio personal y el mantenimiento del sistema del reparto. Según él, sólo el servicio personal era aceptado sin murmurar por los indios, que se creían más tiranizados cuando se les tomaba una simple porción de patatas que cuando se los forzaba a ir a trabajar quince días por cuenta de un tercero. Es una mentalidad que se encuentra todavía en muchos campesinos de la Europa Occidental (1).

La obligación del servicio personal podía ser también, desgraciadamente, origen de abusos, puesto que los trabajos impuestos por los encomenderos eran excesivos; por eso, los soberanos españoles, a pesar de las protestas de Ondegardo, dieron la orden de pagar las contribuciones en especie o en dinero (2).

En cuanto a querer establecer un impuesto por cuotas, era una idea seductora —porque permitía evitar la intervención del curaca, subrepartidor dispuesto a abusar de su poder—, pero impracticable, porque el curaca, que conocía perfectamente a los indios, era el único capaz de recoger los

(1) Igualmente en el Paraguay. P. Hernández, "Organización social", t. 2, p. 92.— El servicio personal no ha desaparecido en el Paraguay sino a principios del siglo XVII.

(2) Ordenanza real del 24 de nov. de 1601. "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 19, p. 151. En dos concesiones de encomienda, otorgadas por el licenciado De la Gasca, en 1550, se encuentran los tributos siguientes: pesos de oro, trigo, maíz, papas, ovejas (llamas), cerdos, aves, perdices, huevos, sal, madera, sandalias, vestimentas, indios para cuidar el rebaño, indios para el servicio personal, indios para cultivar las tierras ("Proveymiento de una encomienda por el licenciado Gasca". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 25, p. 1 y 17). En la misma España existía el tributo bajo la forma de servicio personal. Los campesinos de Navarra debían trabajar los dominios del rey y de los señores en días fijos. (F. Costa, "Colectivismo agrario", p. 68, n. 1). Teóricamente, el servicio personal ha sido abolido en el Perú en 1542 y de nuevo en 1549; de hecho ha subsistido hasta 1601. Una ordenanza complementaria de 1609 prohibió a un indio el ser condenado a servir a un blanco, ni aun como castigo de un crimen. La ordenanza de 1549 provocó el levantamiento de F. Hernández de Girón, por lo cual se suspendió momentáneamente la pena. El servicio personal reapareció a veces bajo otra forma: el cacique envió indios para alquilar su fuerza de trabajo a los españoles y el montante de los salarios recibidos sirvió para pagar el tributo en especies al encomendero.

impuestos. Solamente una vez admitido el principio de la repartición habría sido preciso modificar los contingentes conforme a las variaciones de la población, en forma de evitar que las provincias donde el número de habitantes aumentaba fuesen aliviadas en detrimento de aquéllas donde ese número disminuía, y habría sido preciso impedir, mediante un control y una represión severos, que los curacas presionasen a sus subordinados.

Incontestablemente, los tributos impuestos por el inca eran aplastantes, pero estaban tan acertadamente concebidos y tan ingeniosamente repartidos, que los indios los soportaban más cómodamente que soportaron después los impuestos españoles (1).

LA JUSTICIA

"Las leyes de los incas estaban hechas, no simplemente para asombrar a los súbditos, sino para ser observadas punto por punto."
(Garcilaso, "Comentarios", libro IV, capítulo 3.)

Sobre las reglas consuetudinarias, que variaban de un clan a otro, los incas injertaron su ley rigurosa y uniforme. Las primeras subsistieron en gran número, como es natural, en materia de derecho privado; la segunda, mucho más importante, constituyó un derecho civil y penal muy extendido.

La justicia era ejercida por los funcionarios que hemos enumerado; tanto en lo civil como en lo penal, estos dos dominios quedaban confundidos. El inca conocía en los conflictos que se suscitaban entre las provincias con respecto

(1) Santillán afirma que en su tiempo los tributos eran más pesados que en la época de los incas ("Relación", par. 66). El autor anónimo de la relación que figura en el t. XI de la "Colección de documentos del Archivo de Indias" bajo el título de "Provehimientos generales y particulares del Pirú" (sic) (p. 32) es de opinión contraria a la de Santillán.

a sus límites y conocía también en ciertos crímenes y delitos contra el Estado; juzgaba, además, a los orejones y a los funcionarios superiores, hasta los jefes de *hunu*, inclusive, haciéndolos comparecer ante su consejo (1). Los funcionarios superiores juzgaban, a su vez, a los funcionarios subalternos y resolvían los diferendos que ofrecían cierto carácter de gravedad. Finalmente, los funcionarios subalternos conocían de las otras causas y, en la práctica, los centuriones arreglaban la mayoría de las disputas e infligían la mayor parte de las penas.

Los curacas, que antiguamente ejercían funciones jurídicas en sus *ayllu* respectivos, una vez englobados en la jerarquía administrativa, veían su poder judicial confirmado, sin que pueda sostenerse que este poder fuese aminorado o reforzado, porque si bien las causas más importantes ya no dependían de ellos, en cambio ya no estaban obligados a tomar consejo de los ancianos de la comunidad, como debían hacerlo a menudo antes.

Cuando se trataba de una violación de la ley del inca, el juez debía aplicar la pena sin poder modificarla; gozaba, por el contrario, de cierta libertad cuando tenía que inspirarse en reglas consuetudinarias locales, que importaban poco a los poderes públicos (2).

No poseemos más que un pequeño número de informaciones relativas al procedimiento. Las sentencias debían ser pronunciadas dentro de los cinco días y no tenían apela-

(1) Morua, "Historia", p. 166.

(2) Así es como nos explicamos por lo menos las divergencias que existen entre los autores. Garcilaso, que tenía siempre a la vista la ley del inca y no concebía nada fuera de las reglas dictadas por el soberano, no podía expresarse como Santillán y C. de Castro, que estaban al corriente de las costumbres locales y tenían tendencia, sobre todo el segundo, a exagerar, por el contrario, la importancia de ello. (Garcilaso, "Comentarios", lib. II, cap. 13.— Santillán, "Relación", par. 13.— C. de Castro, "Relación", p. 215.)

ción. El inca tenía el derecho de gracia, como lo prueba el desenlace del drama *Ollantay* (1).

Los adivinos y los exorcistas podían ser llamados a pronunciarse sobre la inocencia o la culpabilidad del acusado y se empleaba la tortura para arrancar confesiones (2).

....

Inspectores especiales aseguraban el control; recorrían el imperio, informándose de las faltas cometidas y las sanciones aplicadas, y elevaban al monarca un informe detallado. En cuanto a las estadísticas, eran dirigidas al *tucricuc*, que las hacía llegar al poder central.

Las penas diferían según que se aplicaran a la masa del pueblo o a la *élite;* eran generalmente más suaves para la segunda que para la primera. Tal crimen era sancionado con la pena capital cuando era cometido por un indio ordinario y con prisión cuando su autor era un orejón. Este privilegio de la casta superior, chocante a primera vista, no se explicaba solamente por el hecho brutal de la conquista y por el "derecho del más fuerte"; reposaba sobre una base psicológica. El sufrimiento es una cosa subjetiva, y un determinado castigo que parecerá insignificante a un hombre grosero, será demasiado penoso para un espíritu cultivado. El primero, por ejemplo, será muy poco sensible a la censura, mientras que el segundo quedará muy mortificado por ella. Cobo dice, en términos acaso excesivos, que la reprobación pública era, para un inca de sangre real, una pena más terrible que la muerte para un indio vulgar (3).

De manera general, los castigos eran muy rigurosos

(1) Véase más adelante, p. 362.

(2) Aunque Prescott afirma lo contrario, "Historia", trad. fr., t. 1, cap. 2.— V. Cunow, *"Die Soziale Verfassung"*, p. 116.

(3) "Historia", lib. 12, cap. 26. Leadbeater pinta esta mentalidad en términos felices. "La vigilancia incesante en el cumplimiento de los deberes públicos se obtenía no tanto por efecto de la ley como por un sentimiento que era universal en la clase gobernante, algo semejante al sen-

(1); el más frecuente era la pena de muerte. Se aplicaba casi siempre en caso de reincidencia, lo que no debe sorprender, ya que la violación de la ley del inca podía parecer a los ojos del pueblo un verdadero sacrilegio, y porque hasta a los ojos de la *élite* el delito tenía un carácter social que hacía del delincuente un culpable para con el Estado. Ciertos autores hablan de una prisión situada en el Cuzco, "cuyo sólo nombre hacía temblar de espanto", donde estaban encerradas fieras a las cuales eran entregados los criminales (2); otros mencionaban el presidio en las plantaciones malsanas de coca, situadas al Este de los Andes; la exposición del culpable, cargado de un fardo; el castigo corporal, con piedra o vergajo; la censura; la destitución de los funcionarios; la confiscación de los bienes (3).

timiento del honor que tiene, sobre un hombre a carta cabal, mucho más fuerza que cualquiera ley exterior, porque es verdaderamente el efecto de una ley más alta que viene de dentro, el mandato del Ego que se despierta en su personalidad en un punto que conoce" (*"Le Pérou antique"*, p. 51). Es curioso observar que el sistema peruano se aproxima al que preconiza M. Garcon hoy día con el nombre de "penas paralelas". Teóricamente los dos sistemas no son idénticos. M. Garcon estima que es lógico y equitativo castigar con penas diferentes a las establecidas en nuestro código a los autores de crímenes y delitos cometidos bajo el imperio de un móvil no deshonroso y por medios que la conciencia no repruebe. Quiere tomar en cuenta, por tanto, los móviles que han determinado la voluntad del agente y los medios empleados para lograr el objetivo. (*"Les peines paralleles"*. *"Revue pénitentiaire et de droit penal"*, 1914, p. 863 y siguientes). Prácticamente, un sistema de esta especie equivale a condenar a la *élite* de la nación a penas diferentes de las que recaen sobre la masa, como en el Perú, pues móviles y medios tales son cosa de la *élite*; pero en los incas la división de la sociedad en castas hacía mucho más fácil la solución del problema que en las naciones modernas.

(1) Entre los chibchas los castigos eran también terribles. Piedrahita, "Historia General", lib. 2, cap. 4. En el Perú no eran, sin embargo, como la imaginaban los enciclopedistas: "Si alguien había ofendido al rey en la menor cosa, la ciudad de donde era originario o ciudadano era demolida o arruinada" (*"Grande encyclopédie"*, 1765, palabra: *Inca)*. Bushan escribe que los incas, para castigar a sus súbditos, les cortaban las manos, la nariz, las orejas o les sacaban los ojos, pero reconoce en seguida que las mutilaciones representadas en los vasos podían deberse muy bien a enfermedades (*"Die Inka und ihre Kultur"*, ob. cit., p. 422 y 447).

(2) Balboa, *"Histoire du Pérou"*, trad. fr., cap. 10.— Morua, "Historia", p. 172.

(3) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 26.— Las Casas, "De las antiguas gentes", p. 234.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 4.— "Relación anónima", en "Tres Relaciones", p. 203.

La responsabilidad colectiva de la comunidad, supervivencia que se encuentra en algún país europeo, existía solamente en el que se consideraba como el más grave de los crímenes: el haber tenido relaciones con una "esposa del sol"; en este caso, el pueblo de que era originario el culpable debía ser destruído y arrasado, pero esta sanción no se aplicó jamás, porque semejante crimen jamás fué cometido (1).

El padre era enteramente responsable por sus hijos y, en caso necesario, recibía la misma pena que ellos; por eso los vigilaba con el mayor cuidado. Por el contrario, las faltas de los padres no recaían sobre los hijos (2); cuando un curaca era destituído, su hijo ocupaba su lugar, siempre que la costumbre local admitiese la herencia del poder.

El propietario de un animal era responsable de los daños causados por éste (3).

De manera general, la reparación del perjuicio quedaba a cargo del que lo había causado; el que había incendiado una casa por imprudencia debía reconstruirla (4).

Algunos autores han creído poder resumir el derecho penal en cinco prohibiciones fundamentales: No seas mentiroso. No seas perezoso. No seas ladrón. No seas asesino. No seas libertino (5).

La regla admitida en caso de robo era particularmente notable. Si el ladrón había obrado por malicia o pereza, era castigado, cualquiera que fuese la clase a que perteneciera; si había obrado bajo el imperio de la necesidad, el cas-

(1) Cieza de León habla bien claro de 4 vírgenes del "Templo del Sol" que habrían tenido relaciones con los hombres y que habrían sido castigadas; pero su relato no tiene precisión ("Crónica", Segunda parte, cap. XI).

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. II, cap. 13.— Las Casas, "De las antiguas gentes", p. 181. Sin embargo, esta regla no se siguió cuando se instituyeron los yanaconas (véase, p. 139).

(3) Cobo, "Historia", t. III, p. 241.

(4) Rouma, *"La civilisation des Incas"*, p. 15.

(5) A. Villar y Córdova, "La educación incaica", ob. cit., p. 533.

tigado era el funcionario encargado de velar por su manutención (1).

Gracias a este conjunto de medidas, los crímenes o delitos eran muy raros en el imperio (2). Indudablemente que una virtud tan sorprendente era obtenida más por temor al castigo que por amor al bien; puede lamentarse esto desde el punto de vista moral, pero conviene recordar que todavía en nuestros días el temor sigue siendo el principal factor de mejora; hasta en la religión, donde la probabilidad del castigo se encuentra simplemente aplazada hasta un momento indeterminado. El hombre no es un ángel, y si se juzga el árbol por sus frutos, la sociedad de entonces nos parece muy superior a la de hoy, en que las medidas de clemencia son tan frecuentes. La bondad no puede reemplazar sin peligro a la justicia.

"El miedo hacía caminar a todo el mundo por camino derecho y no había ni ladrón ni vagabundo" (3). Las ideas humanitarias y la sensiblería, que son, según los teóricos del individualismo moderno, el signo de la degeneración de la *élite*, no habían penetrado todavía en el alma orgullosa de los incas.

Las cosas cambiaron completamente a la llegada de los españoles. La justicia rápida e inexorable del inca desapareció; se multiplicaron los procesos interminables; los jueces se mostraban llenos de mansedumbre hacia los criminales y los libertinos, y se vió en los mercados de las grandes ciudades indios que se ganaban la vida sirviendo de testigos (4).

(1) "Relación anónima", en "Tres Relaciones", p. 200, ley 23. Según Morua, cuando se trataba de un robo de poca importancia, no se aplicaba le pena capital, sino en el caso de doble reincidencia ("Historia", p. 164).

(2) Es absurdo decir: "sin dinero no hay crimen", como lo ha afirmado Bellamy (*"Looking backward"*. Boston, 1888). El crimen pasional no desaparecería si se suprimiera la moneda.

(3) Morua, "Historia", p. 165.

(4) El espíritu pleitista se desarrolló con gran rapidez entre los indios a causa de la deplorable costumbre que tomaron los españoles, cuando

LAS CARACTERISTICAS DEL SOCIALISMO DE LOS INCAS

El sistema peruano se sobrepuso a las comunidades agrarias antiguas sin destruirlas, como el culto del sol se sobrepuso a los cultos locales; el quichua, a las lenguas regionales, y el matrimonio por donación, al matrimonio por compra. La dualidad fundamental brilla a cada paso. Garcilaso lo indica, sin darse cuenta de todo su alcance, cuando expone que los gobernadores debían ejecutar primeramente las leyes del soberano y velar en seguida por los intereses particulares de su provincia (1). Las monarquías absolutas son especialmente favorables al establecimiento de un socialismo de Estado de esta clase, y tenemos ejemplo de ello en la historia, especialmente en el imperio romano y en el siglo IV de nuestra era (2), pero rara vez un pueblo fué tan lejos en esta vía como el Perú.

El imperio de los incas, igual que el colmenar o el hormiguero, semeja un individuo único, cuya célula fuesen seres vivientes.

A pesar de todo, el *interés personal* ocupaba un pequeño sitio. No solamente seguía siendo, bajo la forma de interés familiar, el móvil del trabajo de la tierra y de la fabricación de los objetos domésticos, sino además el inca se

juzgaban casos de escasísima importancia y cuando no lograban desentrañar los derechos complejos de la época de los incas, de dividir el litigio entre las partes. Resultaba de ello que un indio, aun no teniendo ningún derecho, siempre tenía interés en atacar a un vecino por la justicia, puesto que podía esperar sacar algún provecho de ello (Ondegardo, "Relación", p. 56). M. Trimborn ha estudiado recientemente el sistema penal peruano con mucha penetración: *"Straftat und Sühne in Alt-Peru, Zeitschrift für Ethnologie"*, 1925, p. 194.

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 36.

(2) "El siglo IV contempló el mayor esfuerzo que se ha hecho alguna vez para realizar la organización del trabajo por el Estado. ¿Cuál fué el resultado de esta memorable experiencia? El empobrecimiento universal" (Véase Duruy, *"Histoire des romains"*, t. 7, p. 209).

esforzaba por impulsarlo, distribuyendo regalos, otorgando públicamente elogios o censuras, concediendo permisos particulares, tales como el de tener una silla o hacerse conducir en litera; permitiendo, en fin, excepcionalmente, a los indios ordinarios, ocupar un rango entre los incas "por privilegio" (1).

El monarca no manifestaba ninguna hostilidad hacia la propiedad individual. Gracias a sus donaciones fué por lo que esta propiedad entró en la historia, al menos en el Perú, no como fruto de la expoliación o de la conquista, sino bajo la forma eminentemente moral de una recompensa atribuída al mérito. El inca no trataba tampoco de reducir los cambios, y si las riquezas circulaban por la vía de los tributos, de los repartos y las donaciones, acaso más que por la del trueque, por lo menos el imperio no era un *Estado cerrado,* porque había extranjeros, comerciantes o peregrinos que lo recorrían en todos sentidos. En las ciudades se les destinaban emplazamientos (2), había funcionarios especiales encargados de velar por su seguridad, de procurarles médicos y asegurarles sepultura en caso necesario (3).

Eran tan poco sectarios los soberanos, que respetaban en la más amplia medida las costumbres locales, como lo hemos visto; pero no deduzcamos de ello, como lo han hecho erróneamente tantos autores, que no inventaron nada y se limitaron a generalizar sistemas anteriormente existentes, lo que, por lo demás, sería ya un bello título de gloria. En realidad, crearon de arriba abajo un marco socialista de producción, de reparto, de consumo, y jerarquizaron la población en forma que todo el poder y toda la responsabilidad estuviesen en manos de los jefes. En este sistema

(1) Autorización para llevar un corte especial de cabello y de perforación de las orejas; lo que Wiener llama de manera pintoresca "decoraciones" (*"Essai"*, cap. 4).
(2) Zárate, "Historia", p. 470.
(3) Morua, "Historia", p. 163.

de inflexible matemática, el agricultor no conocía más que a su decurión y a su centurión, no salía de su valle, no tenía instrucción alguna y debía obedecer ciegamente a sus superiores bajo la amenaza de castigos severos; el centurión, a su vez, conocía varios valles y poseía algunas luces, y cuanto más ascendemos en la escala social, tanto más encontramos un aumento de poder, una ampliación de conocimientos, una depuración del concepto del deber. Las fuerzas materiales, intelectuales y morales estaban maravillosamente coordinadas.

Esta jerarquía social se apoyaba sobre una "superorganización" económica. Gracias a la estadística, la producción y el consumo parecían deber equilibrarse, y las reservas servían de volante al mecanismo.

Pero esta armonía no era tan perfecta como parecía. En las regiones recién conquistadas, el plan no se aplicaba inmediatamente; sus líneas, por mucho tiempo vagas, imprecisas, se precisaban sólo a la larga; por eso se encontraba en el imperio toda una gama de situaciones, desde los países completamente unificados hasta aquellos en que el poder del inca no se manifestaba todavía sino bajo la forma de la constitución de un dominio de Estado. Hasta es posible que un pequeño número de tribus, como los atacamas, no hayan sido súbditos de los peruanos, sino que les hayan pagado simplemente contribuciones (1); y es posible también que, en ciertas fronteras alejadas, algunos territorios hayan gozado de verdadera autonomía bajo la dirección de gobernadores orejones, que debían a veces causar inquietudes al soberano (2). En el Ecuador, donde los incas reinaron durante una generación, el plan racional fué menos

(1) De Créqui-Montfort, *"Fouiller de la mission scientifique francaise a Tiahuanaco". "14e Congres International des Américanistes".* Stuttgart, 1904, p. 564.

(2) De la Riva-Agüero, "Examen de los Comentarios...", ob. cit., p. 158.

exactamente aplicado que en Bolivia, que había estado más de dos siglos bajo la dominación del Cuzco. La flexibilidad de la legislación incaica constituía su fuerza. *El imperio no estaba socializado, estaba en vías de socialización.* Los miembros no estaban todavía íntegramente desecados en provecho de la cabeza, pero su vitalidad disminuía.

Aun en las antiguas provincias, el sistema conservaba algo de artificial; no se adaptaba jamás exactamente a la realidad, puesto que la consistencia de las divisiones administrativas cambiaba ligeramente con las variaciones de población, puesto que también los distribuidores ignoraban lo que ya poseían los que tenían derecho y repartían ciegamente los efectos y las materias primas, contando con que los cambios ulteriores operarían las rectificaciones necesarias. En cierta medida teórica, el plan permanecía abstracto; era, en cierto modo, un ideal al que uno se aproximaba sin cesar, sin tener la esperanza de alcanzarlo jamás. Pero, ¿podía ser de otro modo? Un sistema social racional, aun el más perfecto del mundo, no puede tener en cuenta todas las manifestaciones de la vida, y el pensador más genial perdería su tiempo al querer establecerlo. Todo marco rígido estallaría si se tratara de adaptarlo exactamente a una sociedad, aun cuando ésta fuese simplificada en exceso, y el todopoderoso señor del Cuzco mismo no habría conseguido imponerlo.

Capítulo undécimo

EL INSTRUMENTO DE UNIFICACION: LA CARRETERA

"A buen seguro esta obra (la construcción de carreteras) fué la más grande que el mundo haya visto jamás, porque sobrepasó, sin duda alguna, todas las obras de los romanos."

(Gutiérrez de Santa Clara, "Historia de las guerras civiles del Perú", t. 3., p. 539.)

SI, como se ha pretendido, es cierto que los caminos crean el tipo social, la sociedad peruana ha debido de ser muy civilizada, porque jamás nación alguna dispuso, antes del siglo XIX, de semejante red de vías de comunicación. Las carreteras de los incas han sobrepasado a las famosas vías romanas, en longitud y en solidez.

Contrariamente a las enseñanzas de la historia de los pueblos mediterráneos, el agua no jugó antiguamente en las regiones sudamericanas del Pacífico sino un papel de poca importancia. Mientras que hoy los viajeros, y sobre todo las mercancías, se sirven del barco para dirigirse de un punto a otro de la costa, los antiguos habitantes seguían los caminos trazados a lo largo del litoral.

Y, sin embargo, ¡cuántos obstáculos debían salvar estos caminos! Hay que haber viajado en América para comprender la sorpresa de los conquistadores a la vista de esas vías pavimentadas que tendían sus largas líneas a través de las soledades de la puna, los declives húmedos y resbaladizos de los Andes, las arenas de la costa y los lodos de las selvas tropicales. Los indios vencieron todas las dificultades:

elevaron muros de sostén en el flanco de las colinas, excavaron la roca, canalizaron las aguas de las vertientes, construyeron calzadas terraplenadas en las regiones húmedas. Las carreteras que trazaban eran verdaderamente esos "monumentos de la obediencia y de la industria humanas" de que habla Voltaire (1). Ellas iban franqueando, tan derecho como era posible, los obstáculos, más bien que tratando de evitarlos, escalando las montañas con grandes escaleras; porque, ¿para qué ingeniarse por obtener declives suaves cuando la rueda es desconocida, y lo importante, tanto para los soldados como para los correos, no es ir rápido? (2). En la sierra eran construídas de *pirca* (3); en las regiones fértiles estaban bordeadas por pequeños muros para evitar que los soldados en marcha pisotearan, por descuido, los campos sembrados; tenían de cinco a ocho metros de ancho en las llanuras: "Seis caballeros —dice Jerez— pueden galopar de frente" (4); pero Cobo hace notar que los cami-

(1) *"Essai sur le moeurs"*, t. 2, cap. CXLVIII.

(2) "Los caminos, dice Desjardins, corren por las pendientes más empinadas y no son utilizables a menudo sino para los peatones" (*"Le Pérou avant la conquete espagnole"*, p. 165), ¡y con razón! Ricardo Cappa va más lejos en sus "Estudios críticos acerca de la dominación española en América". ¡Considera excesiva la admiración manifestada por los cronistas españoles sobre los caminos peruanos, pretextando que las escaleras molestaban la marcha de los caballos! (De la Riva-Agüero, "Examen de los Comentarios", ob. cit.).

(3) Hemos indicado ya la composición de la *pirca*. Velasco, hablando de los restos de un camino que vió en Ecuador, se expresa así: "Lo que yo admiraba, sobre todo, es que los torrentes de agua que descienden de las cimas en la época de las lluvias habían roído diferentes partes del terreno situadas debajo de la vía, permaneciendo la calzada en el aire, como un puente muy sólido de una sola piedra, tan grande era la fuerza de esa mezcla" ("Historia", t. 2, p. 59). Estas hermosas vías han tenido sus detractores: "Los grandes caminos del Perú, dice el abate Raynal, eran solamente dos filas de estacas plantadas a cuerda y destinadas únicamente a guiar a los viajeros. Sólo el que llevaba el nombre de los incas y que atravesaba todo el imperio tenía un sello de grandeza" (*"Histoire philosophique"*, t. 2, p. 147).

(4) "Verdadera Relación", p. 326.— Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 556.— Beuchat, *"Manuel"*, p. 649. Los muros laterales habían sido construídos especialmente "2 leguas antes de la entrada de cada valle y 2 leguas después de la salida", para canalizar las tropas. (C. de Molina, "Relación de la Conquista", p. 128).

nos se estrechaban mucho en los valles, donde solamente podían caminar dos o tres hombres en estas condiciones (1). En las regiones escarpadas, plataformas con escaleras de acceso, de piedra, permitían descansar a los portadores de la litera real, "mientras que el soberano gozaba de un espectáculo maravilloso" (2). A veces, las distancias eran indicadas con mojones (3).

En la costa, los caminos estaban bordeados por árboles que daban al transeúnte su sombra y sus frutos, y canales que le permitían apagar su sed. En las regiones donde las arenas amenazaban con cubrir todo con su móvil oleaje, postes fijos en tierra indicaban la dirección que debía seguirse; postes que los españoles arrancaron para utilizarlos como leña (4).

.....

El inca exigía que todas las vías fuesen absolutamente planas, sin ningún desnivel, sin ningún guijarro, sin ningún obstáculo que pudiese hacer tropezar al viajero, porque las indias hilaban frecuentemente al caminar y no podían mirar donde pisaban (5).

El trazado de las carreteras era sencillo: dos grandes vías corrían, una sobre la meseta, la otra a lo largo de la costa; los conquistadores las llamaron, respectivamente, camino de la sierra y camino de los llanos. El primero descendía de Pasto por Quito, Latacunga y Tomebamba; se desviaba hacia el litoral en la región de Ayavaca; pasaba en seguida a Cajamarca, Huamachuco, Huánuco, Jauja, el Cuzco; atravesaba el nudo de Vilcañota, seguía a lo largo

(1) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 31.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 9, cap. 13.
(3) Notablemente en Collao. Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 15.
(4) Cieza de León, "Crónica", primera parte, cap. LX.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 9, cap. 13.
(5) Morua, "Historia", p. 187. Las vías romanas no alcanzaban esta perfección y eran a menudo bien estrechas. Véase, por ej., lo que queda de la Vía Latina cerca de Roma.

de la orilla occidental del lago Titicaca, y, dejando al Este Chuquiabo, terminaba cerca de Chuquisaca; el segundo camino venía de Túmbez, ponía en contacto las ciudades de la costa, Chimú, Pachacámac y Nazca; ganaba el Cuzco por Vilcas, volvía a descender a las orillas del Pacífico por Arequipa, Arica, Tarapacá, y llegaba hasta el desierto de Atacama (1).

Una serie de caminos secundarios ligaba entre sí a estas vías, atravesando la cordillera; otros, en fin, se desprendían de ellas para llegar hasta las regiones alejadas. Algunos se dirigían hacia el Este, hacia aglomeraciones hoy desaparecidas, reconquistadas por la selva.

En ciertas regiones populosas, un segundo inca había construído una nueva carretera al lado de la primera,

(1) Al comienzo del tomo 1.o de la "Historia de las guerras civiles del Perú", por G. de Santa Clara, se encuentran dos curiosos esquemas geográficos que difícilmente podríamos denominar mapas. En el segundo hay trazadas dos líneas dobles, exactamente paralelas, que representan los dos grandes caminos, y están encerrados por la cordillera por una parte y por el mar austral por la otra. Es verdad que este paralelismo estaba lejos de corresponder a la realidad rigurosamente; así, el camino de los llanos, a su partida en Túmbez, se aproximaba a la cordillera occidental y el de la sierra se aproximaba al océano en la misma región, al Noroeste de Huancabamba (Cieza de León, "Crónica", primera parte, cap. LVII). Vilcas era considerado como el centro geográfico del imperio (Cieza de León, "Crónica", primera parte, cap. LXXXIX). Numerosos son los errores y aun los absurdos que se encuentran en los autores tanto antiguos como modernos: G. de Santa Clara pretente que los caminos se componían de tres pistas yuxtapuestas; el inca y su escolta tomaban la vía del medio, las tropas y los servidores seguían las vías laterales ("Historia", t. III, p. 540). En la "Demarcación y división de las Indias" se mencionan dos caminos: uno proveniente de la meseta ecuatoriana; el otro, de la costa peruana, que se juntaban en Chile (sin fecha, "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 15, p. 489). Anello Oliva repite esta inexactitud y hace partir de Piura, al Sur de Túmbez, el camino del llano (*"Histoire"*, tr. fr., cap. I). ¡Según Las Casas, el camino de Chile finalizaba en el Estrecho de Magallanes! ("Apologética", cap. CCLIII). En nuestros días, C. Cantú cree que las dos grandes arterias unían al Cuzco con Quito (*"Histoire Universelle"*, trad. fr., París, 1867, t. 13, p. 201). Buschan hace partir el camino de la costa de Loja y descender el de la sierra del Cuzco a Chile por el lago Titicaca (*"Die Inka und ihre Kultur"*, ob. cit., p. 425). Por último, A. Deberle, sobrepasando toda medida, escribe: "Los caminos iban de una montaña a otra, pasando por encima de los valles, cuyas profundidades fué necesario llenar, y ni siquiera se desviaban para franquear los lagos" *"Histoire de l'Amérique du Sud"*. París, 1876, p. 29).

cuando el soberano había decidido emprender alguna expedición considerable. Esto era, por otra parte, cosa excepcional; se cita un ejemplo de ello en Vilcas, donde habían sido trazados tres o cuatro caminos, unos al lado de otros, llevando cada uno el nombre de un soberano (1).

Así quedaba formada una vasta red caminera; tela de araña que aprisionaba a las tribus más lejanas y cuyo centro era el Cuzco. Aquél era el lazo visible que unía las partes tan diferentes del inmenso imperio: el arma más poderosa del jefe, el instrumento más seguro de unificación.

Estratégicas ante todo, como las vías romanas, las carreteras peruanas respondían también a objetivos políticos y económicos, porque facilitaban los desplazamientos rápidos del inca, sus funcionarios, sus correos y el transporte de sus mercancías.

El paralelismo de las dos arterias principales sobre una gran extensión permitía una combinación ingeniosa: a cada provincia de la sierra correspondía una provincia de los llanos. Cada vez que el inca caminaba por la carretera de la montaña, los altos funcionarios de la provincia atravesada y los de la provincia correspondiente del llano se reunían en un lugar convenido, al paso del soberano; e inversamente, cuando el inca tomaba el camino de los llanos, los grandes personajes de la montaña descendían a su encuentro (2).

Las provincias mismas debían construir y mantener los trechos de carretera que las atravesaban. Si el mantenimiento era una tarea relativamente ligera, porque los únicos transeúntes —peatones y ganado— no estropeaban el camino, la construcción era, por el contrario, una empresa

(1) Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 15.

(2) Las Casas observa que esta combinación permitía al monarca recibir productos de la costa durante su viaje a la montaña y viceversa, y que obligaba a los habitantes de las diferentes provincias a tomar contacto entre sí ("Apologética", cap. CCLIII).

gigantesca. No se olvide, en efecto, que los indios hacían todo a fuerza de brazo, con cuerdas, piedras y palancas, sin la ayuda de carros ni de otros animales que las llamas.

En varias regiones del Perú y del Ecuador son todavía visibles vestigios de calzada, hacia Huamachuco, cerca de Huánuco y de Cajabamba (1); entre Cuenca y Loja (2); entre Quito y Riobamba (3); cerca de Lima (4), y en otras partes todavía.

No bastaba con crear la carretera; era preciso, además, ofrecer al viajero facilidades de avituallamiento. He ahí por qué, de trecho en trecho, se escalonaban los *tampu,* llamados por los españoles *tambos* (5). Eran vastos edificios, consistentes ya en una sola gran pieza, "sin ninguna división en departamentos, con tres puertas en un mismo lado, colocadas a distancia igual unas de otras" (6); ya en piezas compuestas de salas para los hombres y patios para las llamas; a las salas daban piezas más pequeñas que estaban, sin duda, reservadas a personas de distinción (7). En Paredones, entre los valles de Alausi y de Cañar, a más de 4.000 metros de altura, existen ruinas de un *tambo* de esta clase; hay otros, entre Cuenca y Deleg; y otros, entre Cuenca y Pucara (8).

Estos *tambos* encerraban a menudo provisiones abun-

(1) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 139.
(2) Wolf, "Ecuador", p. 38.
(3) Means, *"A study"*, p. 462.
(4) Means, *"A study"*, p. 464.
(5) A 4, 5 ó 6 leguas uno de otros según los cronistas. La legua ha valido, sucesivamente: 3.340 m., luego 4.175 m.; por último, en el siglo XIX, 5.572 m.; se la llama entonces legua castellana. (Paz Soldán, "Diccionario geográfico-estadístico del Perú", *ob. cit.*, p. XXV.) Los cronistas se sirven a veces de la legua india, que equivale a dos leguas españolas (Montesinos, "Memorias", cap. 7). Un gran número de aldeas de la meseta se llaman aún Tambo a Tampu.
(6) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 32.
(7) Squier, *"Peru"*, p. 400.
(8) Verneau y Rivet, *"Ethnographie ancienne"*, p. 77, 79. Velasco pretende que hay que distinguir entre la hostería propiamente dicha y el

dantes y constituían lugares de refugio; así se explica que se hayan descubierto vestigios considerables en regiones desérticas, como las de Jubones o del Azuay (1). Una tropa numerosa podía hallar abrigo y alimentos, vestidos y armas dentro de sus muros. Montaigne exagera apenas cuando escribe: "Al término de cada jornada hay bellos palacios provistos de víveres, vestidos y armas, tanto para los viajeros como para los ejércitos que van a asilarse allí" (2).

El encargado del servicio del *tambo* —suministrado a título de tributo por la provincia donde estaba situado dicho *tambo*— debía procurar alimento y bebida a todo funcionario, enviado del soberano o persona que trabajaba por cuenta del soberano, pero no estaba obligado a avituallar gratuitamente a los otros viajeros. Estos debían llevar siempre consigo víveres procedentes de sus propias tierras, u objetos que trocaban en los *tambos* por efectos que les eran indispensables (3).

Los españoles, al comienzo de la conquista, habían contraído el hábito de exigir para sí el avituallamiento gratuito; por eso los *tambos* se vaciaban frecuentemente (4).

granero del que hemos hablado más arriba, en el que se almacenaba una parte de los tributos debidos al sol y al inca ("Historia", t. 2, p. 57). Al contrario, Gomara los confunde ("Historia General", cap. CXCIV), y G. de Santa Clara también ("Historia", t. 3, p. 546). Es probable que estas dos clases de edificios, aunque constituídos por construcciones distintas, debían quedar colocados bajo la vigilancia de un grupo único de indios, cuando eran de pequeña importancia. En el centro del imperio se han hallado ruinas importantes de *tambos* a 3 leguas de Tampu, en el Vilcamayo (L. Valcárcel, "Estudios Arqueológicos". "Revista Universitaria de Cuzco", 1926, N.o 51, p. 23).

(1) Había dos *tambos* en el páramo del Azuay, uno a cada lado del nudo (Suárez, "Historia General", segunda parte, p. 168).

(2) *"Essais"*, lib. 3, cap. 6. Según Las Casas, los *tambos* eran grandes y pequeños, alternativamente ("Apologética", cap CCLIII). Los traductores de Algarotti llaman a estos edificios, bastante ridículamente, "hospitales para los viajeros", uno; el otro, "especies de caravaneras" (*"Saggio sopra l'imperio degl'Incas"*. Trad. franc., *"Mercure de France"*, p. 98, n. 2. *"Lettres sur la Russie"*, p. 307). Brandt emplea también este último término (*"Südamerika"*, ob. cit., p. 106).

(3) Santillán, "Relación", par. 97 y sig.

(4) C. de Molina, "Relación de la conquista y población", p. 115.

Fué para poner fin a estos abusos para lo que se dictaron las *Ordenanzas de tambos,* del 31 de mayo de 1543. Según los términos de estos textos, los *tambos* debían ser colocados bajo la custodia de encargados especiales, y provistos de alimentos, leña, agua y forraje; nadie podía pasar allí más de una noche; las mercancías debían venderse según las tarifas fijadas por el corregidor, y los corregidores debían asegurar la estricta observancia de estas disposiciones (1).

Los trabajos de arte más notables que exigía la construcción de las carreteras eran *los puentes.* Cierto que la mayor parte de los caminos estaban trazados de manera que pasaban más arriba de las fuentes, subiendo a lo largo de las cuestas andinas y atravesando los nudos o las planicies frías y elevadas, como la del Azuay, en Ecuador (2). Sin embargo, no siempre era posible evitar el paso de los ríos.

En cuanto a los torrentes de curso rápido y orillas escarpadas, se empleaba a menudo el puente de madera ordinario, de vigas y ramas atadas, que el tiempo ha hecho desaparecer (3); o, si el lecho del río era extremadamente angosto, con losas de piedra: tal era el puente de Chavin, formado por tres enormes monolitos de seis metros de longitud, colocados sobre pilares de albañilería (4).

(1) "Ordenanzas de Tambos". "Revista histórica de Lima", 1908. Véase la carta del marqués de Cañete, virrey del Perú, al emperador, de fecha 15 de septiembre de 1556 ("Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 4, p. 109).

(2) Humboldt, *"Vues des Cordilleres"*, t. I, p. 290.— Reiss, "Carta a S. E. el Presidente de la República sobre sus viajes a las montañas del Sur de la capital". Quito, 1873, p. 19.

(3) Estete, en Jerez, "Verdadera Relación", p. 342.

(4) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 561.— Según Rivero y Tschudi *("Antiquités péruviennes"*. Trad. franc., p. 140), existen aún puentes incaicos en la laguna de Lauricocha (Departamento de Junín) y en Compuerta (Departamento de Puno).— Reclus, en "El hombre y la Tierra" (t. 4, p. 409), reproduce una curiosa imagen del siglo XVI que indica diferentes medios de atravesar los ríos en el Perú.

El procedimiento más común era el de la *oroya,* que nos describe Garcilaso: se echaba un cable de una orilla a otra, sólidamente sujeto a árboles, rocas o pilares de piedra; de este cable colgaba, por un asa de madera, un canasto capaz de contener tres o cuatro personas y que estaba ligado a la orilla opuesta por una cuerda, de la que tiraba un indio de servicio. Era necesario, pues, que a cada lado del río hubiera permanentemente un encargado, suministrado por la provincia (1). Sin embargo, ciertos viajeros llegaban a pasar solos, tomando el cable con las dos manos, poniéndose de pie en el canasto y haciéndolo deslizar a lo largo del cable por un desplazamiento progresivo de las manos (2). Más simple todavía era el procedimiento conocido actualmente bajo el nombre de *tarabita;* el viajero no disponía de ningún canasto, era atado como un ave, suspendido del cable y halado por el indio de servicio; o bien pasaba solo, ayudándose con los pies y las manos (3). Nosotros hemos visto todavía una *tarabita* de esta clase en uno de los afluentes del Pastaza, en la cordillera oriental del Ecuador.

Se adoptaban estos procedimientos primitivos de tránsito allí donde se temía que los puentes bien hechos fuesen utilizados por los invasores.

Más raros eran los puentes colgantes o "puentes de

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 3, caps. 15 y 16.— Acosta, "Historia Natural", t. I, lib. 3, cap. 18.— Zárate, "Historia", cap. XI.— Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 13.— Velasco, "Historia", t. 2, p. 61.

(2) Wiener cree que existía una balsa aérea de este género en la Quebradonda (Quebrada honda), situada entre Cajabamba y Huamachuco, y calcula la economía de tiempo que permitía obtener ese modo de pasar. Para descender a la quebrada y subir de allí se necesitan dos horas y media; por la *oroya* se requerían 10 ó 15 minutos. (*"Pérou et Bolivie"*, p. 139).

(3) Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 13. El paso de una *tarabita* no es cosa fácil; la cuerda cede bajo el peso del viajero, de manera que, encontrándose en pendiente o descenso la primera parte del trayecto, es fácil de efectuar; pero la segunda es a veces muy penosa. Ocurre que en la mitad del cable, por razón de esta inflexión, el que pasa se hunde más o menos en el agua del torrente.

hamaca", como decían los españoles. Garcilaso habla del puente sobre el Apurímac; Cieza de León y Cobo, del de Vilcas; Calancha y Humboldt, del de Penipe (1). Tales puentes se componían de dos poderosos cables paralelos, de fibra de ágave, echados por encima del torrente y atados a las dos orillas, a rocas o a pilares de mampostería. A lo largo de estos cables colgaban cuerdas verticales que soportaban un piso hecho de ramas, cubiertas por un tablero de madera. Estos puentes debían ser rehechos todos los años; algunos alcanzaban una longitud de 60 m. (2), y su solidez era grande, ya que los caballos de los españoles pasaban por ellos, aunque con dificultad (3); pero la flexión del tablero bajo el peso de los pasajeros y su perpetua oscilación no podían menos que suscitar temores, aún entre los conquistadores más temerarios: "No se pasa sin inquietud por primera vez sobre estos puentes —confiesa Estete—, aun cuando no haya ningún peligro" (4). El movimiento oscilatorio podía, al menos, ser disminuído, atando cuerdas en medio del puente y fijándolas en las orillas, diagonalmente, después de haberlas tendido bien.

La sola vista del puente colgante que hizo construir el inca sobre el Apurímac llenó de tanto temor a las tribus vecinas, que se sometieron sin combatir al amo del Cuzco (5).

Los puentes de pilares eran muy raros; se ven todavía los restos de uno de ellos cerca de Ollantaytambo, sobre el

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 3, cap. 7.— Cieza de León, "Crónica", primera parte, cap. LXXXIX.— Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 13.— Calancha, "Corónica moralizada", t. 2, p. 186.— Humboldt, *"Vues des Cordilleres"*, t. 2, p. 187. Estos puentes son mencionados por gran número de autores, Estete, Gomara, Lizárraga, Pedro Pizarro, Las Casas, etc...

(2) Rouma, *"La civilisation des Incas"*, p. 48.

(3) Gomara, "Historia General", cap. CXCIV.

(4) En Jerez, "Verdadera Relación", p. 342.

(5) Garcilaso, "Comentarios", lib. 3, cap. 8.— Varios puentes colgantes fueron quemados por los indios para detener la marcha de los españoles (Pedro Sancho, "Relación", p. 148).

Urubamba; tres bloques rodados, colocados río arriba, impedían al agua minar la mampostería de los pilares (1).

Finalmente, existía otra clase de puentes rústicos, más o menos seguros, hechos de cuerdas y de bejucos, en los que sucedieron, sin embargo, accidentes durante la época colonial (2).

En los ríos tranquilos se utilizaba el puente flotante. El tablero del que atravesaba el Desaguadero, canal natural, situado al Norte del lago Titicaca, reposaba sobre flotadores de junco y de paja y tenía que ser reconstruído cada seis meses, porque se pudría (3).

Se utilizaba también, sea una balsa compuesta de varios troncos atados con cuerdas (balsa que era halada al lado opuesto por medio de un cable), sea un barquichuelo individual de junco que el pasajero, tendido boca abajo, dirigía sirviéndose de los brazos como remos o sobre el que se ponía a horcajadas, dejando colgar sus piernas en el agua, dando movimiento al barco como con una pagaya.

Los cronistas hablan, además, de calabazas reunidas sobre las que se colocaban pasajeros y mercancías y que los indios arrastraban con cuerdas, nadando, mientras que otros las empujaban por detrás; o bien, montados sobre la balsa, la hacían avanzar, apoyándose en el fondo del lecho del río con una pértiga (4).

A la entrada de los puentes había indios de guardia encargados no solamente de percibir derechos, como lo hemos visto, sino de asegurarse también de que los pasajeros

(1) Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 563.— P. Chalón, "Los edificios del antiguo Perú", ob. cit., p. 81.

(2) "Relación de D. L. de Velasco, Virrey del Perú, dado a su sucesor el Conde de Monterrey", 28 de nov. de 1604. "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 4, p. 429. *"Lettres édifiantes et curieuses"*, ed. de 1839, t. 5, p. 228.

(3) Raimondi, "El Perú", t. I, p. 208.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 3, cap. 15.

(4) Acosta, "Historia Natural", t. I, lib. 3, cap. 18.

estuvieren autorizados para circular y que no transportasen ningún objeto robado. Estos indios debían tener siempre a su disposición maderas y cuerdas, para efectuar pequeñas reparaciones.

El sentido de la jerarquía era tal, que, en algunos lugares, existía un doble puente: uno reservado al inca solamente, o a la *élite,* o a la *élite* y el ejército; las opiniones difieren sobre este punto (1).

Las carreteras eran recorridas por correos cuya organización era notable, pero que no podría ser comparada a la de nuestro servicio postal, porque estaba establecida en provecho exclusivo del inca (2).

Los correos o chasquis eran alimentados, desde su más tierna edad, con maíz tostado y entrenados para beber solamente una vez al día (3); aseguraban un servicio continuo de un mes, por turno; habitaban abrigos llamados por los españoles chozas o igualmente *tambos,* dispuestos a lo largo de las carreteras, a distancias variables unos de otros, según la topografía de los lugares; y estaban construídos sobre alturas, de tal manera que desde cualquiera de ellos pudiesen verse los alrededores inmediatos del abrigo precedente y del siguiente, si no estos abrigos mismos (4).

(1) Estete, en Jerez, "Verdadera Relación...", p. 338.— F. Pizarro, "Carta", trad. ingl., p. 121.— Pedro Sancho, "Relación", p. 148.— Gomara, "Historia General", cap. CXCIV.— Morua, "Historia", p. 182.— Román y Zamora imagina que había un puente para los hombres y uno para las mujeres ("Repúblicas de Indias", t. 2, p. 39).

(2) ¡Leadbeater hace de los correos reales verdaderos carteros encargados "de transportar gratuitamente las cartas de cualquiera persona que requiriera de sus servicios"! (*"Le Pérou antique"*, p. 373.)

(3) Morua, "Historia", p. 175.

(4). Los cronistas no están de acuerdo sobre las distancias que separan a las chozas entre sí; el autor anónimo del manuscrito sin fecha de la colección de documentos inéditos sacados de los Archivos de las Indias (t. 15, p. 489), A. Oliva (*"Histoire du Pérou"*, trad. fr., cap. I), y Cieza de León ("Crónica", segunda parte, cap. 21), hablan de media legua; Garcilaso ("Comentarios", lib. 6, cap. 7) y Santillán ("Relación", par. 38), de un cuarto de legua; Montesinos ("Memorias", cap. 7), de una legua india; G. de Santa Clara ("Historia", t. 3, p. 545), Acosta ("Historia Natural", t. 2, lib. 6, cap. 17) y Herrera ("Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 1), de una legua

Estas habitaciones primitivas, simples cabañas, estaban generalmente agrupadas de dos en dos, y en cada una de ellas vivían dos indios. Cada pareja aseguraba el servicio en una dirección (1). Los mensajes eran transmitidos de la manera siguiente: un correo partía, corriendo tan rápido como le era posible, por la carretera; uno de los correos de la posta siguiente debía estar a la espera en su sitio y observar esta carretera; apenas divisaba al indio corriendo, debía ir a su encuentro; luego, llegado cerca a él, volvía sobre sus pasos, acompañándolo y recibiendo el mensaje, sin dejar de correr, después de lo cual continuaba solo su carrera hacia la posta siguiente, donde se repetía la misma escena. Estos correos se llamaban chasquis, porque en el momento en que se juntaban dos de ellos, uno gritaba al otro: ¡chasqui!, es decir: recibe (el mensaje). Así, todo estaba combinado para no perder un segundo. Como había dos indios por cada posta, un segundo mensaje podía llegar inmediatamente después del primero y ser así transmitido sucesivamente (2).

Gracias a esta organización, los mensajes ordinarios tardaban, para ir de Quito al Cuzco, 15 días, según Moro; 10, según Ondegardo. Este último autor vió por sí mismo

y media; Velasco ("Historia", t. 2, p. 60), de 2 millas. Según Las Casas ("Apologética", cap. CCLIII) y Román y Zamora ("Repúblicas de Indias", t. 2, p. 38), había en cada legua tres refugios distantes mil pasos uno de otro, con dos indios en cada uno de ellos. Como los correos debían avistar o percibir la ruta a una gran distancia y entenderse por señales luminosas de fuego, la interpretación que damos al texto nos parece la más lógica.

(1) Es probable que, en los caminos de poca importancia hubiera un solo refugio en cada etapa con dos indios, y es posible que en ciertos trozos de gran camino hubiera habido tres refugios con seis indios, lo que explica que Garcilaso hable de 4 ó 6 indios y Las Casas y Román y Zamora de 3 refugios (loc. cit.).

(2) Guardando todas las debidas proporciones, este sistema recuerda al de los corredores en las trincheras durante la guerra, para permitir al jefe de unidad que transmitiera sus órdenes a las primeras líneas y recibiera los informes, aun cuando los hilos telefónicos fueran cortados por el bombardeo. Los corredores eran dos en cada etapa.

órdenes transmitidas en cuatro días de Lima al Cuzco, en su tiempo, por una carretera particularmente difícil (1).

Tomando como promedio de distancia entre dos tambos 5 Km., y suponiendo una carretera cuyos 2/3, o cuyos 3/4 están en la meseta, puede estimarse la velocidad de un corredor entrenado en 18 minutos por 5 Km. Nurmi, campeón del mundo, cubre esta distancia en 14 minutos 30 segundos, y Guillemot, campeón de Francia, en 15 minutos 8 segundos. Dado que la carretera de Quito al Cuzco debía de medir cerca de 2.400 Km., teniendo en cuenta el hecho de que tenía curvas, y tomando por base de cálculo 18 minutos para los 5 Km., se tiene que un mensaje podía ir en 6 días de una a otra de las mencionadas ciudades. Si se advierte, por una parte, que la carretera franqueaba los nudos y los contrafuertes de la cordillera, y, por otra parte, que la velocidad debía de ser menos grande de noche que de día, se ve que la cifra de 6 días es un mínimum, y que la de 10, indicada por Ondegardo, es verosímil (2).

Los mensajes eran orales o consistían en quipos, acompañados a veces de un signo de reconocimiento, tal como un hilo rojo de la borla del inca o un bastón, que llevaba ciertas señales (3). Los mensajeros, como nuestros funcionarios postales, estaban obligados al secreto (4).

(1) Morua, "Historia", p. 26.— Ondegardo, "Relación", p. 72 y 74.

(2) Son manifiestamente exageradas las afirmaciones de G. de Santa Clara y de Las Casas, que pretenden que los mensajes iban de Quito al Cuzco en 3 ó 4 días (G. de Santa Clara, "Historia", t. 3, p. 545.— Las Casas, "Apologética", cap. CCLIII). Este último autor habla de 1.500 correos escalonados entre el Cuzco y Quito; Velasco calcula que para una sola gran arteria el número de correos sobrepasaba los 4.000 ("Historia", t. 2, p. 60), pero todas estas cifras son sospechosas. Wiener estima que un indio robusto puede recorrer un kilómetro en 4 minutos. (*"Pérou et Bolivie"*, p. 559).

(3) Zárate, "Historia", lib. I, cap. 9.— Las Casas, "Apologética", cap. CCLIII.

(4) Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 21.

Además, al lado de cada refugio se levantaba una hoguera lista a ser encendida y que debía ser visible desde el refugio siguiente. En caso de rebelión, la noticia era transmitida por la señal del fuego con una increíble rapidez, y el inca preparaba inmediatamente la expedición de represión, aun antes de haber recibido informaciones detalladas.

A veces los mensajeros estaban encargados de transportar mercancías: piedras o metales preciosos, tejidos, vasos, frutos de los trópicos y hasta pescado de mar. Este último empleaba dos o tres días para ir de la costa al Cuzco (1). Uno de los dibujos del manuscrito de Poma de Ayala, descubierto en Copenhague, representa un chasqui tocando la trompeta y llevando un canasto de peces para el inca (2).

Es difícil formarse una idea de la importancia de la circulación en los caminos peruanos. Indudablemente, a la entrada de los mercados locales debía de reinar una gran animación, pero sobre las inmensas vías que atravesaban regiones desoladas, los viajeros debían de ser escasos: correos, comerciantes, peregrinos en pequeño número, autorizados para ausentarse cuando su trabajo no era ya necesario a la comunidad, mitimaes que se dirigían a su nuevo domicilio, ejércitos en campaña, sobre todo funcionarios, sea yendo al Cuzco para reunirse con el soberano, sea efectuando giras por provincias; y, en fin, el inca y su escolta. El monarca viajaba en una litera de oro macizo, permane-

(1) Acosta, "Historia Natural", t. 2, lib. 6, cap. 17.— Morua, "Historia", p. 26 y 118. Para ir de Lima al Cuzco, los correos españoles a caballo empleaban 12 a 13 días (Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 32). Wiener calcula que el pescado, obtenido muy de mañana en el Océano Pacífico, podía llegar en la tarde a Cajamarca para la comida del inca. Agrega que son necesarios 5 días para efectuar este mismo trayecto con buenas monturas (*"Pérou et Bolivie"*, p. 559, n. I).

(2) Means, *"Some comments..."*, p. 350. Además de los correos, el inca se servía a veces de mensajeros especiales escogidos entre los hombres de su guardia; estos mensajeros eran alimentados durante el camino por los superintendentes o administradores de los *tambos* (J. de la Espada, "Relaciones Geográficas", t. 2, App. I, p. x, nota b).

cía constantemente oculto a los ojos del vulgo por cortinajes y caminaba lenta y majestuosamente, no recorriendo más de cuatro leguas por día (1); los portadores, escogidos entre los indios de ciertas tribus y especialmente entrenados para este objeto, debían evitar el tropezar y caer, porque esto era un mal presagio, y toda caída era castigada con la pena de muerte; por eso, los gobernadores de las provincias por donde el cortejo debía atravesar hacían nivelar la carretera con el mayor cuidado (2).

Sólo algunos grandes señores estaban autorizados por el inca para circular en hamaca o en litera (3).

En tiempos de la conquista, el número de los viajeros creció prodigiosamente; los españoles se hacían seguir por un gran número de hombres y mujeres que llevaban sus equipajes. Las ordenanzas de *tambos* especificaron que un caballero no podía exigir en cada *tambo* más que 5 indios y un peatón tres indios, que estos portadores no debían sobrepasar el límite del *tambo* más próximo, que la carga de cada uno de ellos debía ser a lo sumo de 30 libras, que todos debían ser pagados. Nadie, en fin, estaba autorizado a viajar en hamaca, salvo enfermedad notoria (4).

Por lo demás, a pesar de todas las disposiciones legislativas, los caminos sufrieron mucho en la época colonial. Algunos fueron destruídos durante las guerras civiles (5);

(1) Cobo, "Historia", lib. 12, cap. 36.— Por esto es que los *tambos*, según Cieza de León, estaban tan próximos unos de otros ("Crónica". Primera parte, cap. LXXXII).

(2) Los autores no están de acuerdo sobre el número de portadores. Montesinos habla de 8 hombres, lo que parece ser un mínimo. Este número debía ser, en efecto, muy grande para que cualquier paso en falso pasara inadvertido. Jerez y Fernando Pizarro refieren que vinieron indios a Cajamarca a barrer el camino por donde debía pasar el inca. Los grandes personajes que en los desfiles precedían la litera real no vacilaban en tomar esta precaución (Jerez, "Verdadera Relación", p. 332.— F. Pizarro, "Carta", trad. ingl., p. 118.— Montesinos, "Memorias", cap. XXII).

(3) Morua, "Historia", p. 160.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 14.

(4) "Ordenanzas de Tambos", ob. cit., p. 468.

(5) Gomara, "Historia General", cap. CXCIV.

otros, muy frecuentados y deteriorados, no han podido ser suficientemente reparados, porque los indios de las regiones vecinas se evadían para eludir este trabajo, que consideraban excesivo (1). Los virreyes dieron vanamente orden de reconstruir los puentes, las carreteras y los *tambos;* los blancos no pudieron conservar lo que los rojos habían hecho.

Hoy día, en los Estados del Pacífico, los caminos son escasos y malos. En los valles donde el tráfico es intenso no existen más que pistas; en el resto no hay nada. Los caminos que unen entre sí a las grandes ciudades datan del tiempo de los incas (2). A fines del siglo pasado, Squier afirmaba que "los medios de comunicación del imperio de los incas eran infinitamente mejores de lo que son hoy" (3); y en nuestros días, P. Walle escribe a propósito del Perú: "En principio, puede decirse que no hay carreteras" (4).

Es verdad que, actualmente, ciertas regiones del interior están servidas por vías férreas, pero éstas no han sido establecidas sino en un número muy pequeño de puntos y sólo muy recientemente han podido los ingenieros vencer la cordillera. Es todavía menos costoso hoy importar carbón extranjero al Callao por vía marítima que hacer llegar carbón peruano de la vecina sierra (5).

Piénsese igualmente en el estado de los caminos en España en el momento en que los conquistadores descubrie-

(1) "Provehimientos generales y particulares del Pirú". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. XI, p. 29.
(2) Stiglich, "Geografía comentada del Perú", 1913. Lima, p. 85.
(3) Squier, *"Peru"*, p. 400.
(4) *"Le Pérou économique"*, p. 107. "No hay, creo yo, en ninguna parte del mundo, tan malos caminos como los que se encuentran en todas las provincias del interior del Perú." (Skinner, *"The present state of Peru"*, p. 364). Los gobiernos actuales hacen un gran esfuerzo; según una estadística reciente, habría en construcción más de 16.000 Km. de caminos en el Perú. En 1920, el legislador creyó volver a poner en vigor una antigua costumbre al obligar a las comunidades indias a contribuir gratuitamente a la ejecución de trabajos públicos (ley de conscripción vial); pero olvidaba que los trabajadores eran alimentados antiguamente a expensas del inca; por eso las comunidades protestaron contra esta medida (1.er Congreso Indígena de Lima, julio de 1921).
(5) Perú, *"Statist"*, 23 de enero de 1926.

ron las grandes vías peruanas. "En verdad —escribe Fernando Pizarro a propósito de estas últimas—, no se encuentran tan bellas carreteras en toda la cristiandad" (1). Y, ¿hay nada más melancólico que la confesión de Cieza de León, tan orgulloso, sin embargo, de sus orígenes: "Yo creo que si el emperador quisiese hacer construir otro camino real semejante al que va de Quito al Cuzco o al que parte del Cuzco para ir a Chile, a pesar de todo su poder, no podría conseguirlo"? (2). En esa época, en efecto, la gran carretera que ligaba Madrid con Irún era difícilmente practicable durante una gran parte del año y hubo que esperar las postrimerías del siglo XVIII para encontrar en la península caminos dignos de este nombre (3).

Por secundaria que fuese antiguamente la ruta fluvial y marítima, tuvo, sin embargo, cierta influencia sobre el desarrollo económico del imperio de los incas. También en esto los indios realizaron prodigios con medios sumamente primitivos. Utilizaban la piragua en las regiones de las selvas; la barca propiamente dicha, de caña *(totora)*, en el lago Titicaca, y en otras partes casi exclusivamente la balsa, tal como la encontrada por el piloto Ruiz de que hemos hablado. Esta balsa se componía de varios troncos de madera liviana, amarrados en haz mediante cuerdas y dispuestos de manera que el tronco del medio fuese el más

(1) "Carta". Trad. ingl., p. 121.

(2) Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 15. "Incredibili miraculo per quingenta passum millia parpetuam viam montanni tractus aequarunt" (Levinus Apollonius, *"De Peruviae regionis"*, p. 37).

(3) "En 1706, la reina demoró 18 días en ir de Madrid a Burgos... En 1740, D. Bernardo de Ulloa comprobaba aún que la ausencia de puentes obligaba a los viajeros a hacer grandes rodeos y los obligaba a menudo a esperar que el descenso o baja de las aguas hiciera vadeables los ríos" (Desdevises du Dézert, *"L'Espagne de l'Ancien Régime. La richese et la civilisation"*, París, 1904, p. 128). En España no se encontraban ni *tambos* ni puentes, y en el camino de Zaragoza a Barcelona, aldeas de 500 habitantes no tenían una posada. Aun en la Francia del siglo XVIII los grandes caminos eran interrumpidos por barrancos, los puentes eran muy raros y los caminos transversales eran a menudo impracticables. (Henri See. *"La France Economique et sociale au XVIIIe siecle"*. París, 1925, p. 113 y sig.).

largo, disminuyendo la longitud de los otros a manera de los dedos de una mano abierta (1). Por encima se colocaba un ligero piso, sobre el que había a veces un techado de caña destinado a la tripulación. Se fijaba un mástil en la embarcación, y algunas veces un doble piso permitía evitar que las mercancías se mojaran. La vela era de algodón; el ancla consistía en una gruesa piedra atada a un cable. Las grandes balsas podían llevar de 400 a 500 quintales (2); Pizarro se sirvió de ellas para transportar a los españoles, y, gracias a la clemencia del Pacífico, los indios pudieron aventurarse en ellas muy lejos de la costa. Fué una flota de balsas de éstas la que descubrió, bajo la dirección del inca Tupac-Yupanqui, las dos islas Avachumbi y Ninachumbi, que no han podido ser identificadas hasta hoy (3).

Los navegantes más hábiles eran, a todas luces, los indígenas que vivían a orillas del estuario del Guayas; surcaban esta vasta bahía numerosas balsas de comercio, de pesca y de guerra, y en varias ocasiones tuvieron lugar verdaderas batallas navales entre los insulares de Puná y los habitantes de Túmbez. El tirano de Puná, para conservar su independencia, tendía un lazo ingenioso a los conquistadores ex-

(1) Zárate, "Historia", lib. I, cap. 6.— Humboldt, *"Vues des Cordilleres"*, t. 2, p. 334. El inca Huayna-Cápac había hecho transportar almadías de Túmbez al lago Bombom para divertirse (Estete, en Jerez, "Verdadera Relación", p. 341). Este lago se halla situado en la meseta entre el lago Lauricocha y la aldea de Tarma.

(2) Urteaga, "El arte de navegar entre los antiguos peruanos". "Revista histórica de Lima", 1913-1917, t. 5. Un dibujo de almadía a vela figura en el libro tercero de la "Historia" de Benzoni.

(3) Sarmiento, *"Geschichte"*, p. 91.— Pietschman, *"Introduction"* en la *"Geschichte"* de Sarmiento, p. XXX y CX. Balboa, "Historia del Perú". Trad. fr., cap. 7. Varios historiadores modernos creen que se trata de las islas Galápagos; pero esta opinión, que era también la de Sarmiento mismo, no es fundada, pues los conquistadores trajeron un botín que no era originario ciertamente de esas islas (hombres negros, oro, un trono de cobre, una piel y un hueso de caballo). Estos trofeos fueron conservados en la fortaleza del Cuzco hasta la época de la conquista española. La duración del viaje, que fué de 9 a 12 meses, permite creer que el inca llegó a una isla de la Polinesia. Pero Sarmiento pretende que los peruanos habrían tenido conocimiento de esas tierras lejanas por los relatos de los mercaderes que venían de allí; ¿habría habido, pues, comercio marítimo entre la Oceanía y la América del Sur?

tranjeros que llegaban a la costa: les prodigaba demostraciones de amistad y les proponía transportar sus armas en las balsas que él tenía; en medio del estuario, los marinos del Puná desataban las cuerdas que sujetaban las maderas de estas balsas y todo el mundo caía al agua, pero los insulares, que eran buenos nadadores, se salvaban, mientras que sus adversarios se ahogaban. La primera vez que el inca quiso someter Puná, fué víctima de esta traición y perdió gran número de hombres; pero no se desalentó. Con una admirable paciencia, entrenó a sus indios en la navegación y, en momento oportuno, pasó a la isla y vengó su derrota. Los españoles habrían sufrido a su vez la suerte del ejército del primer conquistador peruano, si Pizarro, prevenido, no hubiera dado orden a sus soldados de ejercer una estrecha vigilancia sobre los indios para impedirles que desataran las cuerdas.

La embarcación designada por los españoles con el nombre de caballito de totora estaba exclusivamente reservada a la pesca. Consistía en un haz de cañas, unidas en forma de cigarro y levantadas en una extremidad. El pescador montaba sobre ella como sobre un caballo, con las piernas sumergidas, y la dirigía con una pagaya (1).

Finalmente, los changos utilizaban odres hinchados, sobre los que se colocaba una plataforma de madera. Frézier y Durret, a comienzos del siglo XVIII, y Stevenson y Lesson, a comienzos del siglo XIX, describen embarcaciones que vieron en las costas de Chile y que se componían de dos pieles de vaca marina infladas y cosidas juntas (2).

(1) Urteaga, "El arte de navegar", loc. cit.

(2) Frézier, *"Relation"*, p. 100. El hombre que conduce la embarcación se sienta a horcajadas en la popa y la empuja con un remo muy ancho en cada extremidad y que sostiene por el medio (Stevenson, *"Relation historique et descriptive d'un séjour de 20 ans dans l'Amérique du Sud"*. Trad. franc., París, 1826, t. 2, p. 223). Aunque los peruanos han estado muy atrasados en el arte de la navegación, se ve que no se puede decir que desconocían por completo este arte, como lo hace Algarotti (*"Saggio sopra l'imperio degl'Incas"*. Trad. franc., p. 117). "Para pescar se sirven de

una máquina llamada entre ellos *Barce:* está compuesta de dos pieles de lobos marinos cosidas, de 9 a 10 pies de largo, que al inyectárseles aire se hinchaban hasta adquirir el tamaño de un tambor; otro tanto hacían con otras dos pieles, luego las unían dejando entre una y otra un espacio de más o menos 2 pies de ancho, en donde colocaban una plancha cubierta con una piel de lobo de mar, sobre la cual se sentaban y bogaban con un remo de dos palas" (Durret, *"Voyage de Marseille a Lima"*, p. 190). "Dos cuerpos colocados uno al lado del otro, y unidos por ligaduras, componen el conjunto de este esquife o embarcación; cada uno de estos cuerpos está formado por un conjunto de pieles de lobos de mar... Estos dos odres o pellejos alargados son unidos por pedazos de madera colocados transversalmente y amarrados por fuertes correas. Vacía, esta embarcación apenas toca el agua, cuya superficie sólo roza, por decirlo así; con carga se hunde de 4 a 6 pulgadas" (P. Lesson, *"Voyage autour du monde entrepris par ordre du gouvernement sur la corvette La Coquille"*, París, 1838, t. I, p. 508).

Capítulo duodécimo

LA EXPANSION DEL IMPERIO

El rey: "Hay que llamar a los enemigos amigablemente antes de combatirlos, y hablarles con dulzura. Cuida de verter la sangre inútilmente y de inmolar inocentes".
("Ollantay", escena III.)

VARIOS sociólogos, y no de los menos importantes, han considerado el Perú antiguo como el prototipo de la sociedad militar, de un "Estado de conquista" (1). Unos se han complacido en presentar esta expansión del imperio como cosa fácil; según ellos, la primera confederación de tribus ha debido vencer fácilmente, por la fuerza del número, a las agrupaciones aisladas, y las expediciones de los soberanos del Cuzco no han sido más que paseos militares (2). Otros, poniendo de relieve la poca resistencia ofrecida a los españoles por los peruanos, pintan a los indios como a gentes sin valor, hasta el punto que el lector llega a imaginarse el Perú como un Estado singular, por una parte extremadamente militar, pero cuyos habitantes eran, por otra, sumamente pacíficos. Estas exageraciones están desmentidas por los hechos. Es verdad que los incas dispusieron de un ejército numeroso y bien organizado y

(1) Spencer, *"Principes de Sociologie"*. Trad. franc., t. 3, p. 773. Belaúnde, "El Perú antiguo", cap. 7.— Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 984.

(2) Era ya la opinión de Ondegardo (*"Report"*, p. 153). Cunow la ha vuelto a tomar exagerándola (*"Die Soziale Verfassung..."*, p. 50).

que sometieron muchos pueblos; pero sus conquistas han sido a menudo largas y difíciles, y si fueron fácilmente vencidos por los españoles, fué en razón de circunstancias especiales a que nos referiremos y que no tienen nada que ver con el valor de los indios.

La organización del ejército no ofrecía nada original. Todo hombre apto estaba obligado al servicio militar, probablemente de los 25 a los 50 años (1), bien como soldado, bien como portador. En cada aldea había maestros especiales que enseñaban la lucha y el ejercicio de las armas a los niños que tenían más de diez años; indicaban luego al *tucricuc* a los que se distinguían por su fuerza o su bravura y merecían ser soldados; los otros eran portadores (2). Se movilizaba por turno un décimo de la población de cada provincia durante períodos que en la costa eran siempre muy cortos, en razón del clima. El resto del tiempo, los indios que estaban en estado de usar armas se dedicaban a sus ocupaciones ordinarias y debían practicar ejercicios, en ciertos días, en presencia de los curacas (3).

El ejército estaba mandado por un generalísimo, hijo, hermano o tío del inca (4); estaba dividido en tropas de 10, 50, 100, 1.000, 10.000 hombres, teniendo cada una su jefe propio. Pero los soldados procedentes de las diferentes partes del imperio no eran mezclados unos con otros, pues todos los de una misma tribu permanecían reunidos bajo un mismo comando y los de *hanan* estaban separados de los de *hurin* (5). En medio de los combatientes iban los hombres y mujeres encargados del transporte de los víveres

(1) Santillán, "Relación", par. 49.— Hanstein, *"Die Welt des Inka"*, p. 88.

(2) Las Casas, "De las antiguas gentes", p. 35.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. XI.

(4) Velasco pretende que los jefes superiores del ejército eran siempre 2 ("Historia", t. 2, p. 50).

(5) M. Uhle, "Los orígenes de los Incas", ob. cit., p. 308. No sé muy bien cómo se puede conciliar este sistema con la división numérica. Como para la organización civil, las cifras son probablemente aproximadas.

que se aprovisionaban en los *tambos* del camino. Los ejércitos no tenían nunca nada que pedir a los habitantes; encontraban de todo en los almacenes: alimento, vestidos y armas (1). Un soldado que hubiese tenido la ocurrencia de exigir un grano de maíz de un habitante, o la de robarle, habría sido inmediatamente condenado a muerte. ¡Qué espectáculo el de esos grandes ejércitos que recorrían el imperio sin que la población tuviese que sufrir en lo más mínimo a su paso, y qué diferencia con los ejércitos europeos de otro tiempo y aun de ahora! (2).

Además del ejército regular, existía en el Cuzco la guardia permanente del inca, formada por indios del Cañar (3).

En total, según los cronistas, bajo el reinado de Huayna-Cápac, el ejército podía contar con cerca de 200.000 hombres de guerra, no comprendidos en esta cifra los portadores; pero esta cifra debe ser acogida con muchas reservas (4).

(1) Oviedo y Valdés, "Historia General", t. 4, cap. 17.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 16.— Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 7.

(2) Las Casas, refiriendo que miles de soldados pasaban por los caminos sin coger una sola fruta de los árboles, cree un deber agregar: "Esto no es fábula, sino verdad" ("Apologética", cap. CCLVI).

(3) Morua, "Historia", p. 157. Carta del virrey F. de Toledo, 24 de sept. de 1572 (J. de la Espada, "Relaciones Geográficas", t. 2, app. I, p. X). Esta guardia no ha debido existir sino en vísperas de la conquista española, habiendo sido unida tardíamente la provincia de Cañar al imperio por el inca Tupac-Yupanqui. Para castigar la fidelidad de los cañaris a su soberano legítimo Huáscar fué por lo que Atahualpa destruyó su capital, Tomebamba.

(4) Jijón y Caamaño, "Un cementerio incásico...", p. 84.— Santa Cruz Pachacuti, "Relación", p. 102.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 14. Este autor habla más allá de 300.000 hombres reunidos por Tupac Yupanqui para combatir a los Chancas, luego de 200.000 hombres bajo las órdenes de Huayna-Cápac en la guerra de Quito. Brehm y Hanstein reproducen la cifra de 300.000, que parece considerable y que a primera vista parece ser sospechosa, con tanta mayor razón cuanto los historiadores son muy propensos a exagerar en este punto. Se sabe lo que hay que creer de los ejércitos persas, romanos o aun de los de Carlomagno. Sin embargo, en este caso, dada la población del imperio, y sobre todo tanto el sistema de reclutamiento como las disposiciones tomadas para el avituallamiento, las tropas peruanas han podido ser realmente importantes. Estimando el número de los habitantes del imperio en 12 millones, el de los indios de 25 a 50 años de edad puede considerarse como un tercio de esta cifra, o sea, 4 millones, y la mitad de hombres en estado de cargar

Las armas de que disponían los peruanos eran ofensivas y defensivas. Entre las primeras, la más temible era ciertamente la honda. Los niños se ejercitaban desde la edad de 7 años en cazar los pájaros que devastaban los campos de maíz; por eso eran muy hábiles y muchos españoles fueron muertos por los honderos, como Juan Pizarro en el sitio del Cuzco. Las cuerdas de esta arma se hacían de lana, cuero o fibra de cabuya; eran frecuentemente tejidas o bordadas; la piedra era redonda; cuando estaba calentada al rojo blanco, inflamaba los techos de paja; fué así como se incendió el Cuzco (1).

Para lanzar las flechas los indios se servían del arco y de la estólica o propulsor. Este último se componía de un palo de 40 a 60 cm. de longitud, que tenía un reborde en su parte posterior y un gancho en su parte anterior. La flecha era colocada a lo largo del pedazo de madera, de manera que su punta descansara sobre el reborde y que su talón se alojase en el gancho. El soldado empuñaba el palo y des-

armas, en 2 millones. Es curioso observar que es esta cifra la que indica precisamente Anello Oliva: "Sinsi-Roca hizo ejecutar el censo general de los hombres en estado de cargar armas, y encontró que eran 2 millones" (*"Histoire du Pérou"*, trad. franc., p. 41). Pero es imposible que se haya alcanzado esta cifra en la época de Sinsi-Roca, en la aurora de la dinastía de los incas, cuando el imperio no contaba sino con un reducido número de tribus. Anello Oliva se equivoca seguramente en cuanto a la época del censo. Como los indios servían por relevo y eran llamados por décimas, se llegó fácilmente al total de 200.000 hombres; pero éste es un máximo grande y esta cifra comprende a los portadores. Los aztecas eran individualmente soldados más temibles que los quichuas, tenían mejores armas y un sentimiento patriótico más desarrollado; los peruanos los sobrepasaban, al contrario, por el número y por la disciplina (Friederici, *"Der Charakter der Entdeckung"*, ob. cit., p. 243).

(1) Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 31. Aun hoy día los indios son muy hábiles en el manejo de la honda. Durante la guerra de "Queta", en la provincia de Jujuy, en la República Argentina, un destacamento de 150 soldados del ejército regular fué aniquilado a hondazos por los indios (Boman, *"Antiquités de la région andine"*, t. 2, p. 453). Velasco atribuye las siguientes armas a los caras: la pica, la lanza, el hacha y la maza; no menciona ni la estólica ni la honda ("Historia", t. 2, p. 7). Bello Gayoso, al hablar de los cañaris, cita las hondas, las lanzas, las mazas, los propulsores ("Relación" en "Relaciones Geográficas", t. 3, p. 159). V. Urteaga, "El ejército incaico". "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", 1920.

cribía con el brazo un arco de círculo como si quisiese lanzar el instrumento, pero no lo soltaba y la flecha sola, abandonando el reborde y empujada por el gancho, partía hacia el blanco. La estólica era una simple prolongación del brazo, destinada a dar a la saeta una velocidad mayor (1).

Las puntas de las flechas eran de hueso, madera, sílex o metal, pero el inca, por un sorprendente escrúpulo humanitario, prohibía que se las envenenase.

El aillo (bolas de los españoles), utilizado sobre todo para la caza, estaba formado por una cuerda dividida en tres cordeletes, cada uno de los cuales llevaba en su extremidad una piedra o una maza de metal (2). Era lanzado a las piernas de los animales salvajes y se enrollaba alrededor de ellas a manera de un lazo. Los indios se sirvieron más tarde de este instrumento para tumbar a los caballos españoles. Los jinetes argentinos lo utilizan todavía hoy en la pampa.

Como armas destinadas al combate cuerpo a cuerpo, los soldados tenían la maza, de madera o de metal, que sostenían con ambas manos y sujetaban con correas al brazo izquierdo, previamente rodeado de algodón (3); se servían también del hacha de cobre, y algunas veces de plata o de oro, del dardo y de la lanza.

Las armas defensivas consistían en un casco de madera relleno de algodón, en escudos de madera y de algodón, a veces de gran tamaño y capaces de cubrir hasta a veinte

(1) M. Uhle, "La estólica en el Perú". "Revista histórica de Lima", 1907, p. 289. Los magdalenos conocían el propulsor (J. de Morgan, *"L'humanité préhistorique"*. París, 1921, p. 67).

(2) Bandelier, *"The Islands of Titicaca"*. Parte 4, n. 11.— A. de Vega, "Descripción que se hizo en la provincia de Xauxa", ob. cit., p. 85.— J. de Ulloa Mogollón, "Relación de la provincia de Collaguas", ob. cit., p. 45.

(3) F. de Jerez, "Verdadera Relación...", p. 334.

hombres (1), y en estos acolchados con algodón, destinados a proteger el cuerpo contra las flechas (2).

Todas estas armas, ofensivas y defensivas, se hallaban en gran número en los depósitos públicos que Beauchamp llama "arsenales" (3).

El inca llevaba un gran escudo cuadrado, de madera o de cuero, con una franja de tela, que tenía a la espalda una correa de cuero por la cual pasaba el brazo izquierdo; sostenía con la mano derecha una maza que terminaba en una estrella de bronce de seis u ocho puntas (4).

Este ejército poderoso, así organizado y equipado, sometido a una disciplina rígida, era un temible instrumento de conquista, pero los soberanos no se servían de él más que cuando fallaban los otros medios. Es notable que los peruanos, como tantos monarcas antiguos, no hayan invadido jamás, sin más consideración, los territorios vecinos y matado a los habitantes; por el contrario, los soberanos del Cuzco trataban primero de atraer a los pueblos, mostrándoles la situación floreciente del imperio, haciendo demostración de sus riquezas y ofreciendo regalos a los jefes de las tribus (5). Si la diplomacia fracasaba, los soldados entraban en escena, pero siempre y en todo instante los adversarios podían capitular; si no habían cometido traición, estaban seguros de no sufrir ninguna represalia. Jamás el inca se entregaba a actos de crueldad inútiles. Indudablemente no obraba así por espíritu humanitario; era simplemente un interés bien entendido; no ignoraba que uncía más sólidamente a los pueblos a su trono mediante un tratamiento

(1) Molina, "Relación de la conquista...", p. 143.— Marcos de Niza, *"Relation"*. Trad. franc., p. 290.

(2) Tal vez con placas de cobre, a veces. Montesinos, "Memorias", cap. 10.

(3) *"Histoire de la conquete et des revolutions du Pérou"*, t. I, p. 37.

(4) Markham, *"The Incas of Peru"*, cap. 9.

(5) Es lo que Garcilaso llama, con alguna exageración: ganarse vasallos por amor y no por la fuerza. ("Comentarios", lib. 3, cap. 15).

generoso que por una acción brutal, y con esto nos da la medida de su habilidad política (1).

Gracias a los cronistas, conocemos algunos detalles de cómo procedía el inca cuando quería conquistar un territorio (2). Se informaba primero de la situación general de la tribu que ocupaba ese territorio y de sus alianzas; se esforzaba en aislar al adversario obrando sobre los jefes de los pueblos vecinos mediante dones o amenazas; después encargaba a sus espías el estudiar las vías de acceso y los centros de resistencia (3). Al mismo tiempo, enviaba mensajeros en distintas ocasiones, para pedir obediencia y ofrecer ricos presentes (4). Si los indios se sometían, el inca no les hacía ningún daño; si resistían, el ejército penetraba en el territorio enemigo, pero sin entregarse al pillaje ni devastar un país que el monarca pensaba anexionar (5).

El orden de batalla era el siguiente: los honderos empeñaban el combate, luego los arqueros lanzaban sus fle-

(1) La mansedumbre del inca Tupac-Yupanqui, después de la batalla de Pomatambo, maravilla a los vencidos (Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 9).

(2) Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 18.— Santillán, "Relación", par. 8.— C. de Castro, "Relación", p. 207.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 12. Garcilaso refiere que habiendo recibido una población mensajeros del inca, consintió en recibir provisionalmente al soberano, con el compromiso de que el conquistador se retiraría si sus leyes no convenían a los habitantes. El inca aceptó; pero habiendo reconocido más tarde la población la excelencia del sistema peruano, se sometió definitivamente ("Comentarios", lib. III, cap. 15). Esta historia es muy sospechosa. Marmontel la reproduce (*"Les Incas"*, ob. cit., p. 245).

(3) El espionaje desempeñaba un gran papel en la preparación de las guerras. Los yanaconas eran considerados maestros en el arte en la época de los españoles. Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 6, cap. 5; lib. 10, cap. 1.— Anello Oliva, *"Histoire du Pérou"*, trad. franc., p. 114.

(4) Se sabe que en muchos pueblos antiguos la aceptación del regalo del soberano era un reconocimiento de autoridad y ligaba a las partes como un contrato (Véase Moret y Davy, *"Des Clans aux Empires"*, París, 1923, p. 108).

(5) La preocupación constante del rey de no verter sangre inútilmente se indica varias veces en el antiguo drama quichua: *"Ollantay"* (Escenas III y XIV). Pero ha ocurrido que jefes y enemigos han preferido suicidarse antes que someterse, tal como el cacique Pintac, en la Antisana, al Norte del Ecuador (Suárez, "Historia General", t. I, p. 193). A veces, el inca elegía como jefe al indio que venía a ofrecerle la sumisión de su tribu (Ondegardo, "Copia de Carta", p. 446).

chas y, finalmente, cuando se trababa la lucha cuerpo a cuerpo, entraban en juego las hachas y las mazas (1). No parece haber habido combinaciones estratégicas; sin embargo, el inca sabía tomar las disposiciones sugeridas por el terreno; cuando entró en las selvas del Este para combatir a los antis, dividió su ejército en tres columnas, indicando un punto de concentración en territorio enemigo. Los jefes, a lo que parece, usaban sobre todo tretas de guerra; por ejemplo, fingían huir y atraían al adversario hacia una emboscada (2).

Una vez terminada la campaña, el inca ordenaba poner a los prisioneros en libertad, distribuía regalos a los jefes vencidos, los confirmaba en el poder y organizaba el país como hemos visto. Solamente eran castigados los revoltosos y los traidores (3).

Los ejemplos de conquistas pacíficas son numerosos, como sucedió en el valle de Chincha (4), pero también muy a menudo las tribus independientes resistían desesperadamente, como los caras. Estas últimas habían formado una verdadera confederación con varias de sus vecinas del Sur —zarzas, paltas, cañaris—, pero los peruanos empezaron por desunir una a una a las naciones confederadas y los caras quedaron reducidos a sus propias fuerzas. La lucha que los

(1) Las Casas, "Apologética", cap. CCLVI. En la gran batalla contra los chancas, el mismo hijo del inca marchó a la cabeza de sus tropas e inició el combate (Garcilaso, "Comentarios", lib. V, cap. 18.— Montesinos, "Memorias", cap. 21).

(2) Lorente, "Historia Antigua", p. 268.— Markham, *"The Incas of Peru"*, cap. 12.— Montesinos, "Memorias", cap. 21. Los indios interrumpían las operaciones militares los días de luna nueva para celebrar ceremonias religiosas. Los españoles aprovecharon varias veces esta costumbre, que les permitía descansar y reorganizarse (Helps, *"The Spanish Conquest"*, t. 4, p. 33). Hoy día aun los trabajos de los campos son suspendidos durante los 3 primeros días de la luna nueva en varias regiones de la meseta andina.

(3) Los habitantes de una región de la costa ecuatoriana fueron condenados a que se les quebraran los dientes (Zárate, "Historia", cap. 6). Dos jefes rebeldes fueron muertos y sus pieles sirvieron para hacer tambores (Balboa, *"Histoire du Pérou"*. Trad. franc., cap. 8).

(4) C. de Castro, "Relación", p. 207.

incas emprendieron contra ellos se prolongó durante 17 años; fué dura y puso en claro los procedimientos de conquista completamente modernos de los peruanos. Estos procedían por etapas, consolidando sus progresos antes de realizar otros nuevos; organizaban económicamente cada parcela de territorio conquistado, construían depósitos, carreteras, plazas fortificadas, que servían de base para las operaciones futuras (1).

Se ve ahora cuán falso es pretender que los incas hayan extendido su imperio sin esfuerzo, por simples paseos militares. Hasta para afirmar su poder en la meseta peruana, los soberanos tuvieron que luchar contra confederaciones que los derrotaron a veces, como los chancas (2), y algunos de ellos corrieron el riesgo de morir en el combate, tal como el inca Roca, herido ante Ollantay (3). Al comienzo de la guerra con los caras, Tupac-Yupanqui fracasó ante Mocha, y su enemigo se apoderó de nuevo de toda la provincia de Puruha; más tarde, Huayna-Cápac fué derrotado por los caranquis, su hermano fué derrotado y muerto en el sitio de Otávalo, al Norte del Ecuador, y el inca no llegó a triunfar más que empleando una treta de guerra. Asimismo, las revueltas no fueron raras, a pesar de las precauciones tomadas por el monarca, y algunas pusieron en peligro la existencia del imperio; por ejemplo, la de los chancas y la del mismo Cuzco durante una ausencia de Viracocha (4). ¿Cómo pudo atreverse a escribir Cunow: "Esas descripciones

(1) Garcilaso ha contado la historia de la guerra de los incas y de los caras. "Comentarios", lib. 8, cap. 7.— Balboa, *"Histoire du Pérou"*. Tr. fr., cap. XI.

(2) Cieza de León, "Crónica", segunda parte, cap. 31.

(3) Sarmiento, *"Geschichte"*, p. 72. Parece que las poblaciones de la sierra han sido siempre más difíciles de someter que las de la costa. Según Fernando Pizarro, las primeras son más inteligentes que las segundas ("Carta". Trad. ingl. citada), y también más valientes, según Las Casas ("Apologética", cap. CCLVII).

(4) Sarmiento, *"Geschichte"*, p. 61.— Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 3, cap. 10.

superabundantes que nos cuentan las gloriosas victorias de los incas y nos muestran su superioridad guerrera sobre las otras tribus, su audacia y su bravura invencibles, no son más que leyendas (*nichts anderes als Märchen*). Una vez que los incas habían vencido a las pequeñas tribus vecinas, una mayor expansión no ofrecía ninguna dificultad... (1)"?

Los hechos refutan también la absurda acusación de cobardía hecha contra los indios por Robertson y Vilfredo-Pareto. Las batallas sostenidas entre los ejércitos de Atahualpa y de Huáscar, en Ambato (Ecuador), en Quipaypan, cerca del Cuzco, fueron encarnizadas. Se insiste sobre la poca resistencia ofrecida por los peruanos a los españoles; pero, como ya lo hemos hecho notar, en esa época los indios se hallaban en plena guerra civil; los del Perú, cuyo soberano legítimo, Huáscar, había sido destronado por el bastardo Atahualpa, veían a los blancos como a salvadores, les estaban agradecidos por haber hecho prisionero a ese usurpador y les hacían fiestas. Fueron indios del Cuzco los que marcharon bajo las órdenes de los españoles contra los indios de Quito. En suma, *la llegada de los blancos no fué más que un episodio en la gran lucha entre los incas y los caras* (2).

En cuanto al desastre del ejército de Atahualpa, una vez que éste fué tomado prisionero por los españoles, ello se explica muy bien. Hubo primero una verdadera traición, porque el soberano peruano recibía a los extranjeros como a amigos, sin haber intentado detenerlos en los desfiladeros de la cordillera, lo que le hubiese sido extremadamente

(1) *"Die Soziale Verfassung"*, p. 50.

(2) Hanstein observa con razón que si los españoles hubieran llegado algunos años antes, en la época en que reinaba Huayna-Cápac, no habrían conquistado tan fácilmente el Perú (*"Die Welt des Inka"*, p. 134). Agreguemos que sin la ayuda de los indios del Cuzco los españoles no habrían podido nunca, con los débiles efectivos que poseían, someter el reino de Quito.

fácil (1). Por otra parte, los indios, que no habían visto jamás ni caballos ni armas de fuego, estaban llenos de un temor supersticioso. Entre los otros pueblos de América, el espanto no fué menos grande (2). Finalmente, y sobre todo en razón misma de la centralización excesiva en el Perú, la pérdida del jefe llevaba al anonadamiento del ejército. La extraordinaria disciplina que reinaba en el imperio, tanto entre los civiles como entre los militares, había destruído a tal punto el espíritu de iniciativa individual, que los hombres no se atrevían y ni siquiera sabían cómo obrar cuando no estaban mandados. Prueba de ello es que los indios del antiguo reino de Quito, sometidos menos tiempo que los peruanos al poder del inca, resistieron valientemente a los españoles; quisquis y rumiñahuis lucharon desesperadamente contra Almagro y Benalcázar; uno de los hijos de Huayna-Cápac reconquistó Cajamarca; la batalla de Tiocajas, en la provincia de Riobamba, duró un día entero, y los españoles habrían tenido que retroceder si una erupción providencial del Cotopaxi no hubiese amedrentado a los indios, que se retiraron (3). Los mismos peruanos, cuando se

(1) Oviedo y Valdés, "Historia General", t. 4, lib. XLVI, cap. 4.

(2) Entre los chibchas, por ejemplo (Restrepo, "Los Chibchas", cap. 19). Hubo allí un efecto de terror místico; los blancos fueron considerados como divinidades; pero esto duró sólo poco tiempo. Recuérdese solamente ese episodio del ataque de un destacamento de caballería por los indios de la costa colombiana. Los españoles estaban en gran peligro, cuando uno de ellos, desmontado, fué lanzado a tierra. Se levantó para combatir a pie; pero los indios, que habían tomado a los conquistadores y sus cabalgaduras por centauros, al ver a las dos partes de un solo y mismo ser continuar viviendo separadamente, se atemorizaron y huyeron. Los españoles, dice Balboa, se presentaron a la imaginación de los peruanos como armados de cerbatanas que lanzaban fuego con ruido atronador y montados en grandes llamas (*"Histoire du Pérou"*, trad. fr., cap. 22). "Los que han acusado a los indios de miedo pueril deberían haberse fijado que los romanos temblaron ante los elefantes" (Marmontel, *"Les Incas"*, ob. cit., p. 18). Los compañeros de Pizarro tuvieron a veces también mucho miedo; por ej., en Cajamarca, cuando contemplaron el ejército del inca; F. de Jerez y Pedro Pizarro lo atestiguan en términos muy expresivos.

(3) Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 4, cap. 12.— Gomara, "Historia General", cap. CXXVIII.— Markham, *"The Incas of Peru"*, cap. 12.— Velasco, "Historia", t. I, p. 222.

dieron cuenta de que los españoles destruían sus instituciones y dilapidaban sus bienes, encontraron entre ellos jefes enérgicos y poco faltó para que los blancos no fuesen arrojados de la meseta. El inca Manco rechazó a Pizarro en el valle de Yucay y sitió el Cuzco en febrero de 1536. Este sitio fué fértil en rasgos de heroísmo: blancos y rojos se trabaron en lucha cuerpo a cuerpo, la ciudad fué incendiada y el capitán indio que defendía la fortaleza prefirió suicidarse antes que rendirse (1). Más tarde se multiplicaron las revueltas de indios, siendo algunas de ellas de suma gravedad, como la de Huraochiri en 1570 y la de Tarma en 1743. En 1780, Tupac-Amaru, a la cabeza de 60.000 hombres, no conquistó menos de seis provincias (2). Del Hoyo hace justicia a los soldados del inca cuando asegura que la debilidad de que hablan los autores españoles no existe más que en la imaginación de éstos (3). Los indios no eran cobardes; pero habían sido condenados, durante tanto tiempo, a una obediencia pasiva, que no eran valerosos más que cuando recibían la orden de serlo. Voltaire ha hecho notar con justeza que los peruanos, en lugar de aprovechar las disensiones que no tardaron en estallar entre los conquistadores, "esperaban, estúpidamente, a qué partido de sus destructores quedarían sometidos" (4). *Fué el*

(1) "Relación del sitio del Cuzco" (1535-1539). "Colección de libros españoles raros o curiosos", t. XIII, p. 1 y sig.

(2) Aun hoy día las revoluciones están, desgraciadamente, lejos de ser revoluciones de opereta, como lo suponen muy gustosamente los europeos. En la última guerra civil ecuatoriana de 1911-12, sólo en el encuentro de Yaguachi quedaron 1,500 hombres tendidos en el campo de batalla (L. Baudin, *"La révolution de 1911-12 en Equateur"*. *"Revue des études historiques"*, enero de 1925, p. 11).

(3) "Estado del Catolicismo", cap. 2. Par. 58. No olvidemos que los indios han soportado siempre con gran firmeza las peores pruebas, la tortura y la muerte; varios autores han rendido homenaje a su "valentía pasiva".

(4) *"Essai sur les moeurs"*, t. 2, cap. CXLVIII.

régimen socialista el que causó la pérdida del imperio, mucho más que los golpes de los "conquistadores" (1).

Sería igualmente exagerado mirar la guerra como una pasión dominante de los incas y suponer su país en estado de lucha perpetua. El esmero puesto por el soberano en recurrir con la menor frecuencia posible a la fuerza de las armas desmiente este aserto. Basta comparar la situación del imperio bajo el reino de Huayna-Cápac a la que existía antes, cuando las tribus o las confederaciones de tribus luchaban incesantemente entre sí, para medir el progreso realizado. "Paz en el interior, gracias a la guerra exterior", tal era, según Prescott, el lema del monarca (2).

Que esta expansión del imperio haya tenido móviles económicos, es lo que hemos tratado ya de demostrar, pero sería caer en un materialismo histórico detestable el mirar esos móviles como los únicos que hayan existido. La ambición, la sed de gloria, han jugado aquí su papel; sería difícil explicar por consideraciones económicas la lucha emprendida contra el reino de Quito, demasiado distante del centro del imperio, reino que no era en modo alguno indispensable a los peruanos y cuya conquista amenazaba con volverse un asunto desastroso, aun desde el punto de vista económico, en razón de la resistencia de los habitantes (3). Por el contrario, los móviles de orden religioso parecen haber estado ausentes, contrariamente a lo que piensa Lorente (4); los dioses de los vencidos eran llevados al Cuzco como rehenes y los cultos extranjeros eran respetados (5).

(1) El estado incaico ha desaparecido, no porque no existía, como dice Cunow, sino más bien porque existía demasiado.

(2) *"Histoire"*, trad. fran., t. I, p. 94.

(3) Velasco dice que los incas han hecho a veces la guerra por ambición ("Historia", t. 2, p. 47). Lorente observa que se han hecho conquistas para "satisfacer una nobleza belicosa" ("Historia Antigua", p. 264).

(4) "Historia Antigua", p. 264.

(5) Mencionamos aquí, como recorderis, la opinión de Robertson, difícilmente sostenible, de que los incas han hecho la guerra para difundir su civilización y dar a conocer sus artes a los pueblos bárbaros (*"The history of America"*, p. 308 de la ed. ingl. París, 1828).

El soberano no sólo tenía que librar guerras ofensivas; tenía también que defenderse. Las fronteras estaban perpetuamente amenazadas por tribus guerreras temibles, como los guaraníes al Este o los araucanos al Sur. Por eso existía todo un sistema de fuertes, plazas fortificadas y mercados militares (1).

El fuerte más famoso que conocemos es el de Saxahuaman, en el Cuzco, construído tal vez —en parte, al menos— en época anterior a los incas y que P. de Poo compara a las Pirámides y al Coliseo (2). Estaba formado por varios círculos concéntricos de piedras enormes; en el centro se levantaban tres torres, comunicadas entre sí por corredores subterráneos, y tenía un depósito lleno de agua traída por canales también practicados bajo tierra (3). Al lado de esta obra maestra del arte indio, los pucarás o cercos, apresuradamente construídos, y los *tambos* fortificados con muros de piedra pulimentada, parecen no haber tenido más que un débil valor defensivo.

Los grandes fuertes de defensa que cerraban las vías de acceso al imperio eran en realidad plazas fortificadas que debían bastarse a sí mismas. Cada uno de ellos encerraba en sus muros una ciudad entera con sus casas, sus templos y sus campos de cultivo. En caso de sitio, la resistencia podía prolongarse indefinidamente. Tales eran Pisac, "montaña entera transformada en fortaleza" que, según Squier, recuerda las antiguas plazas fuertes de las Indias inglesas (4), y Ollantaytambo, con sus palacios, sus casas,

(1) Así, después de un ataque de los guaraníes, Huayna-Cápac hizo construir fuertes de defensa (Nordenskiold, *"The Guarani invasion"*, ob. cit., p. 103).

(2) *"History of America before Columbus"*, Filadelfia, 1900, t. 2, p. 179.

(3) Garcilaso, "Comentarios", lib. 7, cap. 27. El severo Sarmiento mismo asegura que esto era "una cosa muy admirable de ver" (*Geschichte"*, p. 100).

(4) Squier, *"Peru"*, p. 530.— Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 374.

sus escaleras, sus cisternas, sus acueductos, sus terrazas y sus muros almenados de pórfido rojo (1). Pero la más notable de estas plazas era Machu-Pichu, descubierta recientemente por una misión norteamericana; Machu-Pichu, la ciudad de granito blanco que se eleva en el cañón del Urubamba, por encima de los precipicios. Sus muros, de piedras admirablemente ensambladas, han resistido al tiempo y los temblores; sus escaleras, talladas igualmente en granito, unen todavía entre sí a los edificios y a las terrazas escalonadas. Todo está construído de piedra: casas, templos, murallas, o labrado en la piedra: pilones, asientos, morteros. En torno de la ciudad corre una doble muralla, sobre la que se levantan enormes bloques listos para ser precipitados sobre el asaltante; en la extremidad de un espolón rocoso hay un puesto donde vigila el centinela y en el punto más elevado de la montaña se levanta la piedra sagrada "donde el sol está atado" (2).

En las fronteras del imperio existían verdaderas marcas militares con sistemas de fortalezas que dominaban los pasos. Así, la provincia de Cañar presentaba el aspecto de un campo atrincherado con los fuertes de Pucara, cerca del río Peluicay; de Pitaviña, sobre las orillas del río Jubones; de Incapirca, cerca de la confluencia de los ríos Silante y Huairapungo (3). Igualmente, el país comprendido al Sur del imperio, entre los ríos Choapa y Maule, estaba ocupado militarmente por puestos de avanzada, a fin de tener en jaque a los araucanos (4). Hemos visto que las guarnicio-

(1) Squier, *"Peru"*, p. 493.— Bingham, *"In the Wonderland of Peru"*, p. 401.—Markham, *"The Incas of Peru"*, cap. 10.—Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 336 y sig.—Grandidier, *"Voyage"*, ob. cit., p. 93. O. Schmieder ha descrito una de las fortalezas incaicas más meridionales del imperio, Cóndor Huasi, en el Sur de Bolivia (*"Eine befestigte Siedalug der Inkas in südlichen Bolivien"*. Pettermanns Mitteilungen, 1924, heft. 9-10, p. 229).

(2) Bingham, *"In the Wonderland of Peru"*, p. 416 y sig.

(3) Wolf, "Ecuador", p. 41-52.

(4) Joyce, *"South-American Archaeology"*, p. 221.

nes de estas plazas alejadas gozaban de privilegios especiales.

Más allá de las fronteras guardadas por los soldados del inca se extendían zonas donde la influencia peruana se dejaba sentir, zonas difíciles de delimitar, que comprendían una parte de las selvas brasileñas (1), de la Argentina (2), del Paraguay (3) y aun de Colombia (4).

El imperio irradiaba del Darien a la Araucanía y del Pacífico al corazón del Brasil, sobre la mayor parte de la América del Sur.

(1) Nordenskiold, *"Deduction sugested..."*, ob. cit.—De Morgan, *"La notion innée du progres dans l'esprit humain"*. *"Revue de synthese historique"*, junio de 1923, p. 29.

(2) M. Uhle, "Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina", ob. cit.—Boman, "Los ensayos de establecer una cronología prehispánica en la región diaguita". "Boletín de la Academia Nacional de Historia", Quito, 1923. Los incas llegaron tal vez hasta Tarija y Tucumán (del verbo quichua *tucuy*—terminar, siendo la provincia de Tucumán el Finisterre o *"Land's End"* de los peruanos. Cúneo-Vidal, "El Tucumán de los Incas". "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", 1920, p. 85.—J. Ambrosetti, "Notas de arqueología calchaquí". "Boletín del Instituto Geográfico Argentino", 1896, p. 177.—R. Leviller, "El Perú y el Tucumán", ob. cit., p. 10).

(3) El quichua era una de las once lenguas empleadas por los misioneros en ese país.

(4) El nombre de Cundinamarca es peruano y probablemente los chibchas aprendieron del Perú el uso de la coca (Uhle, "La esfera...", ob. cit.). Seler pretende que la cultura incaica se extendió muy lejos hacia el Sur, pero que hacia el Norte chocó con la influencia mexicana (*"Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach und Alterthumskunde"*, Berlín, 1902-1904, t. 2, p. 13).

Capítulo décimotercero

OJEADA SOBRE LA CIVILIZACION DE LOS INCAS

DESPUES del examen a que acabamos de proceder, nadie pretendería que los incas eran bárbaros. Pero estos grandes administradores, ¿habían sabido crear y desarrollar las formas superiores de civilización, las artes, las letras y las ciencias? Cuestión es ésta que no carece de interés, si uno quiere darse cuenta de la situación general del Perú, pero que no podemos tratar aquí sino de un modo muy superficial, porque exigiría un desarrollo considerable.

Sabemos que la técnica de ciertas artes industriales estaba muy perfeccionada, pero, ¿tenían los indios un verdadero *sentido estético?* Sin duda alguna; las cerámicas, los tejidos, los objetos cincelados que abundan en las tumbas suministran una prueba de ello; la orificación de los dientes de los habitantes de la costa ecuatoriana, los procedimientos empleados en el Perú para hacer crecer y ennegrecer los cabellos (1), el uso de afeites, la elección por el inca de sitios maravillosos, sea para residir allí, como el

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 13.— M. Saville, *"Precolumbian decoration of the teeth in Ecuador". "American anthropologist"*, vol. 15, 1913, p. 377.

valle de Yucay; sea para reposar en el curso de sus viajes, como las plataformas dispuestas a lo largo de las carreteras; sea para construir allí ciudades, como Machu-Pichu, todo atestigua una búsqueda constante de la belleza.

Hasta es probable que fuera para embellecer a sus hijos por lo que los indios deformaban los cráneos de los recién nacidos, apretándolos entre planchas colocadas por los habitantes del Collao a los lados de la cabeza, y por los habitantes de la costa en la frente y la nuca; entre los primeros, la cara era estrechada, y entre los segundos, ensanchada. "Los indios —anota tristemente el padre Cobo— no se contentaban con la cabeza que Dios les daba" (1). Se ha tratado de explicar estas deformaciones por motivos de otro orden, especialmente por el deseo de diferenciar las tribus según la forma de la cabeza, lo que hubiese sido verdaderamente llevar la manía de la clasificación a sus últimos límites (2). Se ha pretendido también que tenían por objeto desarrollar ciertas facultades intelectuales de los individuos, modificando su envoltura material, idea común a muchos primitivos, y no es imposible que haya sido así en ciertos casos, ya que Santa Cruz Pachacuti cuenta que el inca Loque Yupanqui ordenó apretar la cabeza de los recién nacidos, de modo que se volviesen obedientes (3). Pero, en general, el moldeado de las cabezas provenía verosímilmente del deseo de conformar a los niños a cierto ideal de belleza. Esta práctica, que se vuelve a encontrar en otros pueblos, por ejemplo entre los paltas del Ecuador —de

(1) "Historia", lib. 14, cap. 6.— M. Macedo, "Las deformaciones artificiales del cráneo en el antiguo Perú". "Revista Universitaria de Lima", año. 7, vol. I, enero de 1912.

(2) Las Casas pretende que los habitantes tenían en cada provincia una forma particular de cabeza. Esto es manifiestamente inexacto, pues ningún otro cronista señala este hecho notable ("De las antiguas gentes", p. 175).

(3) "Relación", p. 253.

cráneos aplastados— y entre los quimbayas de Colombia —de cabezas cuadradas—, fué prohibida por los españoles (1).

Todavía hoy los indios conservan el sentido de la forma y del color; gustan de los bellos vestidos y de los objetos bien trabajados; son pintores y cinceladores (2).

En cuanto al dibujo, es frecuentemente geométrico; en particular, en los tejidos, los animales y los vegetales eran estilizados, como si la simetría y el orden hubiesen obsesionado el espíritu de los peruanos, al punto de llevarlos a transportar en su representación de la naturaleza las concepciones que les habían guiado en la organización de su sociedad (3).

La *arquitectura* respondía, sobre todo, a objetos prácticos; he ahí por qué todos los monumentos destinados a un mismo uso eran concebidos según el mismo modelo. *Tambos,* palacios y templos, como lo dice graciosamente Rouma (4), parecen salidos de una manufactura que tra-

(1) Joyce, *"South-American Archaeology"*, p. 35. Cobo dice que "los collas se hacían una cabeza larga y puntiaguda" para que el gorro de lana les sentara bien (loc. cit.). Los caprichos de la moda no han llegado aún entre nosotros hasta tratar de adaptar la cabeza al tocado, en lugar de adaptar el tocado a la cabeza. Matienzo prohibió las deformaciones en la provincia de Charcas (Pietschmann, *"Aus den Gottingischen gelerhrten Anzeigen"*, ob. cit., p. 732).

(2) Según Bandelier, los aimaraes son muy inferiores a los quichuas a este respecto, (*"The Islands of Titicaca"*, p. 10.).

(3) El lector encontrará magníficos dibujos de alfarería y de tapicería en las obras de Uhle. *"Kultur und industrie Sudamerikanischer Volker"*, ob. cit., de D'Harcourt, *"La céramique ancienne du Pérou"* (París, 1924) y de W. Lehman, *"Kuntsgeschichte des alten Peru"* (París, 1924). A. Villar y Córdova califica al arte peruano de *cubista* ("La educación incaica", ob. cit., p. 510). H. Bingham cree descubrir en los antiguos peruanos el mismo prejuicio que existe entre los árabes contra la reproducción de la forma humana (*"The inca peoples and their culture"*, ob. cit., p. 254). Esta explicación no podría aplicarse a los pueblos del litoral; los artistas chimúes tenían, al contrario, tendencias realistas y reproducían hasta expresiones de fisonomía y de las deformidades físicas; los de Nazca practicaban la estilización; pero su tema preferido era también la cabeza humana (D'Harcourt, *"La céramique ancienne"*, ob. cit., p. 10, 19, 38).

(4) *"La civilisation des Incas"*, p. 44.

bajara en serie. Muy rara vez los escultores se ingeniaban para romper la monotonía de las fachadas y de los tejados (1).

La *cerámica* fué ciertamente el arte que alcanzó mayor desarrollo en el Perú, sobre todo, es verdad, porque sus elementos fueron tomados en su mayor parte a tribus extranjeras sometidas por los incas. Su estudio necesitaría por sí sólo una obra entera. Los vasos son de todas formas, de todos colores y con toda clase de decoraciones, desde los cubiletes de pequeñas dimensiones hasta las ánforas esbeltas de cuello estrecho y de fondo redondeado; desde las cerámicas monocromas de Chimú hasta las policromas de Nazca; desde los vasos zoomorfos —que dejan oír, cuando se vierte su contenido, el silbido de los animales que representan, gracias a un ingenioso sistema de escape de aire— hasta los grandes jarros que representan hombres en todas las actitudes (2).

En los vasos es donde puede apreciarse la *pintura;* combates, danzas, desfiles, son reproducidos en general, de manera rudimentaria, sin ninguna noción de perspectiva, sin ningún relieve, pero con un vivo sentido del color. En los objetos hechos con calabazas los dibujos son grabados por medio de un hilo metálico, calentado al rojo; se trata de un verdadero pirograbado.

Los artesanos de la costa eran particularmente versados en el arte de la cerámica; su imaginación había encontrado en el medio ambiente formas y colores con que alimentarse, mientras que la sierra no ofrecía a los habitantes de la meseta más que contornos de líneas simples y tonos uniformes.

Los *orfebres* habían llegado a adquirir una gran maes-

(1) Véase, p. 265.

(2) El barniz es desconocido, pero las paredes están pulimentadas con una paleta de madera. Los dibujos de los cántaros proporcionan maravillosos motivos decorativos en el arte moderno.

tría; sabían fabricar hilos de plata y de oro muy delgados, que servían para la ornamentación de los tejidos; conocían el trabajo del metal, el repujado, el damasquinado por superposición de metales, el enchapado, sea de oro o de plata sobre cobre, sea de oro sobre plata, sin que se sepa exactamente cómo podían obtenerlo (1).

Ha sido hallado en las tumbas un número muy grande de pequeños objetos de tocador o de adorno que atestiguan la habilidad de los que los han fabricado: tranchetes con mango *(tumi)*, agujas, grandes alfileres *(tupu)*, anillos, placas ornamentales, pinzas de depilación, pendientes de madera, metal o tierra cocida, collares de piedras preciosas, coral, granos o dientes de animales.

Finalmente, la práctica del *embalsamamiento* había llegado a un alto grado de perfección, como lo prueban las momias que se han descubierto (2).

Que el arte peruano permanezca, en general, conven-

(1) Lo obtenían sin duda por martilleo. Después de calcular el espesor de la capa de oro que cubre ciertos objetos, Verneau y Rivet escriben: "Si se admite que el embutimiento se obtenía por martilleo, hay que convenir que la habilidad de los obreros precolombinos se equiparaba, pues, a la de nuestros batidores de oro, que, con útiles mucho más perfeccionados, no pueden obtener prácticamente hojas de espesor muy notablemente inferior" (*"Ethnographie ancienne"*, p. 337). El embutimiento era conocido en Ecuador y en la costa peruana; pero se le desconocía en el Alto Perú y en Bolivia (Rivet, *"L'orfevrerie précolombienne des Antilles"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1923). Los orfebres habían llegado a fabricar mariposas de oro "cuyo centro de gravedad estaba tan bien establecido, que, cuando se las lanzaba al aire, revoloteaban durante un tiempo, antes de caer" (Wiener, *"Pérou et Bolivie"*, p. 586.—Beauchat, *"Manuel"*, p. 684). Hay en el museo de etnografía del Trocadero un vaso repujado muy bonito, de una sola pieza.

(2) Buffon habla de momias peruanas al citar a Garcilaso y Acosta (*"Oeuvres completes"*, 1833, t. 9, p. 88). Para las cabezas humanas momificadas, véase J. Tello. "El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas". "Revista Universitaria de Lima". N.o 13, 1918. Los peruanos sabían reducir las cabezas humanas a un volumen muy pequeño sin deformar los rasgos. Los jíbaros de las selvas vírgenes orientales del Ecuador acostumbran aún en nuestros días ejecutar tales reducciones, gracias a procedimientos cuyo secreto han guardado. El Gobierno ecuatoriano ha debido prohibir el comercio de estas obras de arte de género tan particular, muy solicitadas por los europeos.

cional, que "no hable al alma", como escribe Wiener (1), es exacto si esta alma es el alma complicada y atormentada que llevamos dentro de nosotros, pero la simplicidad y la monotonía de los temas y de las decoraciones no debían de desagradar seguramente a un pueblo cuya vida era en sí misma simple y monótona. Por otra parte, no debemos exagerar: los indios eran capaces de realizar muy bellas obras. Hay vasos que son verdaderos retratos destinados a acompañar a la tumba a los que les sirvieron de modelos (2).

Lo que no deja de ser inquietante es la pasión de los quichuas por la naturaleza artificial. El jardín del Cuzco, con sus árboles, sus pájaros, sus llamas y su pastor, todo de oro, nos deslumbra menos que nos sorprende, y tal acumulación de metal, aun muy bien trabajado, nos parecería hoy de un gusto detestable. Como decía muy bien el abate Genty, en respuesta a las críticas del abate Raynal: "Para estimar el grado de mérito de las obras de un pueblo semisalvaje (digamos más bien cuya civilización es diferente de la nuestra) hay que seguir los progresos lentos y sucesivos del espíritu humano y no razonar sobre su industria, según los descubrimientos de nuestras artes y los métodos ingeniosos que una larga práctica y la comunicación de las ideas han podido hacernos imaginar" (3). Si se objeta que el arte de los quichuas es, en realidad, sobre todo, fruto de los aportes de las civilizaciones del Norte y del Noroeste, quiteña o chimú, replicaremos que hay que felicitarse de que los soberanos del Cuzco no hayan destruído ningún centro de cultura, sino que, por el contrario, hayan sabido aprovechar la escuela de los vencidos.

(1) *"Pérou et Bolivie"*, p. 634 y 550, n. 1.
(2) Daniel Real, *"Un chef d'oeuvre de la céramique péruvienne"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1921.
(3) *"L'influence de la découverte de l'Amérique..."*, p. 23, nota. Sobre los gustos de los mexicanos por los objetos de metal que representan animales, véase Pierre Martyr, *"De Orbe Novo"*, trad. fr., París, 1907, p. 452.

La *música* merece un lugar aparte, en razón de su carácter popular (1). Los instrumentos más usuales eran los silbatos, las ocarinas, los cascabeles, y, sobre todo, la flauta vertical o quena, de hueso o de caña, perforada por tres o cuatro agujeros, "en general, muy cuidada y muy justa" (2), y la flauta de Pan o siringa, formada por tubos de caña, arcilla, piedra, madera, metal o pluma, de diferentes longitudes, yuxtapuestos, en número de 5 a 12 (3). En el ejército se hacía uso de la trompa de tierra cocida o de madera, rara vez de metal, y del tambor de piel de llama que se golpeaba con una sola varita (4).

Las melodías indias son generalmente tocadas hoy en una escala pentatónica, con un frecuente empleo del modo menor que les da acentos tristes, que armonizan perfectamente con el carácter de los ejecutantes.

Si los progresos artísticos de los peruanos parecen haber sido considerables, sus conocimientos *científicos* parecen haber permanecido muy rudimentarios y únicamente prác-

(1) V. R. y M. D'Harcourt, *"La musique dans la sierra andine"*. *"Journal de la Société des Américanistes de Paris"*, 1920, y la hermosa obra de estos mismos autores que acaba de aparecer: *"La musique des Incas et ses survivances"*. París, 1925. La lista de los instrumentos de música dada por Cobo ha sido confirmada por los descubrimientos arqueológicos (Cobo, "Historia", lib. 14, cap. 17.—Bandelier, *"The Islands of Titicaca"*. Parte 3, n. 131).

(2) "El hueso está perforado por agujeros colocados exactamente en donde deben encontrarse para que se tengan sonidos exactos" (Capitan y Lorin, *"Le travail en Amérique"*, p. 154). "En el imperio incaico es donde han alcanzado estas flautas sus formas más perfectas" (D'Harcourt, *"La musique des Incas"*, p. 87).

(3) Según su tamaño, las flautas correspondían a tonalidades diferentes de soprano, de tenor, de contralto y de bajo (Garcilaso, "Comentarios", lib 2, cap. 27). No había instrumentos de cuerdas (A. Villar y Córdova pretende que los antiguos indios tenían tales instrumentos; pero no da ninguna referencia. "La educación incaica", ob. cit., p. 536).

(4) La *tinya* era una especie de gran tambor vasco de doble membrana. Los huancas tenían la mala costumbre de hacer tambores con la piel de los guerreros vencidos; creían que los enemigos sobrevivientes, al oír el ruido de estos instrumentos, huirían espantados. Los incas aplicaban este bárbaro procedimiento solamente a los rebeldes.

ticos (1). El sistema decimal era empleado en la contabilidad; la *geometría* se reducía a nociones de agrimensura, de trazado de caminos o de tallado de piedras; la *geografía* se limitaba a la ejecución de mapas en relieve, con arcilla. Garcilaso cuenta haber visto una carta trazada de esta manera (2). Un cacique de Tomebamba suministró a Benalcázar el plano del camino que debía seguir para dirigirse al encuentro del general indio Rumiñahui (3), y hemos dicho ya que el inca Pachacutec se había servido de tales planos, sea para repartir las tierras, sea para reconstruir el Cuzco, sea para ordenar desplazamiento de mitimaes (4).

En *astronomía* los peruanos eran muy inferiores a los aztecas: calculaban los solsticios y los equinoccios observando las sombras proyectadas por una serie de pilares de piedra (5). Quito, situado bajo el Ecuador, era mirado como una ciudad santa, porque los pilares no daban ninguna sombra a mediodía en los días de equinoccio. El sol, se de-

(1) Este carácter práctico de la ciencia y en general de la civilización peruana ha sido bien estudiado y expuesto por Leadbeater, *"Le Pérou antique"*, p. 232-368.

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. I, cap. 26. Ondegardo hace alusión a esta carta. "Relación", p. 85.

(3) Suárez, "Historia General", t. I, p. 175.

(4) Betanzos, "Suma y Narración", cap. 12 y 16.— Sarmiento, *"Geschichte"*, p. 80.

(5) Habría cierta correspondencia entre el zodíaco de los incas y el de los aztecas y aun el de los pueblos asiáticos, lo que no tiene nada de sorprendente, dado el origen probable de los sudamericanos (Krum-Heller, "El zodíaco de los Incas en comparación con el de los Aztecas". *17.e Congres International des Américanistes"*, México, 1912). Ciertos autores modernos estiman que el equinoccio de primavera (21 septiembre) y luego el solsticio de verano (22 de diciembre), a pertir del reinado de Pachacutec, señaló el comienzo del año, y en conformidad a las indicaciones de Garcilaso, que se agregaba al año lunar el número de días necesario para hacerlo coincidir con el año solar. (G. V. Callegari, *"Conoscenze astronomiche degli antichi peruviani"*. *"Revista abruzesse"*, 1914). Betanzos, Balboa, Molina colocan el principio del año en épocas diferentes, pero, ¿tenía el año un comienzo? Nada más incierto. El pueblo contaba los años por cosechas, (J. du Gourcq. *"L'Astronomie chez les Incas"*. *"Revue Scientifique"*, 1893, p. 15 y sig.). Según Montesinos, a partir de cierta fecha, los peruanos habrían establecido meses de 30 días, divididos en semanas de 10 días ("Memorias", cap. 11).

cía, "gusta de sentarse en este lugar" (1). Por el contrario, los eclipses eran objeto de terror, y, lo mismo que en un gran número de pueblos primitivos, los indios hacían el mayor ruido posible para despertar al astro que se había dormido por un momento.

Sobre las *ciencias psíquicas* no sabemos casi nada. Como entre todos los grandes pueblos de la antigüedad, permanecían secretas, aun suponiendo que existiesen en el Perú. Sólo nos son conocidas sus formas más groseras, y los cronistas nos enseñan que los adivinos no gozaban de gran consideración (2).

Reina todavía incertidumbre en materia de *medicina* y de *cirugía*. Los indios sabían hacer masajes, sangrar con un sílex y tratar con hierbas medicinales; empleaban el tabaco como medicina, aspirándolo por la nariz como el rapé. Si ha de creerse a Morua, los remedios más frecuentemente empleados estaban al alcance de todo el mundo, porque consistían en la "temperancia y la dieta" (3). La

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. 22. Desjardins se equivoca cuando declara que la ciencia más perfecta en el Perú era la astronomía (*"Le Pérou avant la conquete espagnole"*. Es posible, sin embargo, que descubrimientos posteriores nos revelen en la *élite* conocimientos astronómicos extensos, absolutamente ignorados por el vulgo y por los conquistadores de la raza blanca. Nordenskiold cree poder decir ya que existía una gran diferencia entre el "calendario desarrollado del hombre médico (tradúzcase: el amauta) y el calendario primitivo del hombre común" (*"Le calcul des années et des mois dans les quipus péruviens"* ob. cit., p. 56).

(2) Leadbeater, especialista en la materia, declara que nada había en el Perú "que mereciera el nombre de ocultismo" (*"Le Pérou antique"*, p. 412). Sin embargo, es seguro que los indios tenían una magia de los números. La cifra 4, según Payner, la cifra 7, según Nordenskiold, eran consideradas como sagradas. Para saber si el año sería favorable, se contaban las papas que había en un saco (Payne, *"History"*, t. II, p. 283). Nordenskiold (*"Le calcul des années et des mois dans les quipus péruviens"*, ob. cit., p. 55). La cifra 4 era fatídica en México, en Guatemala y en Colombia (Helps, *"The Spanish Conquest"*, t. 4, p. 285). Los hechiceros no eran creídos sino en las clases inferiores de la población (Balboa, *"Histoire du Pérou"*, trad. fr., cap. 29).

(3) Morua, 'Historia", p. 114.— H. Valdizón, "Acerca de los orígenes de la medicina peruana", Lima, 1922. Nos cuesta creer que la ciencia médica de los peruanos haya sido muy importante, como lo dice Fidel López (*"Les races aryennes"*, p. 320).

penitencia se consideraba también como eficaz, porque la enfermedad era mirada como castigo del pecado y como algo que convenía ahuyentar por todos los medios; así se explica esa extraordinaria fiesta anual de la *Situa*, que nos describe Garcilaso (1). Los habitantes, después de un ayuno previo, se reunían a lo largo de las cuatro grandes arterias del Cuzco; sacudían sus vestidos y frotaban su rostro y sus miembros para desembarazarse de los malos gérmenes, arrojándolos al camino, y cuatro orejones blandiendo lanzas pasaban a la carrera por en medio de ellos, ahuyentando las enfermedades hasta una gran distancia, en el campo. Llegada la noche, los indios recorrían las calles llevando antorchas que hacían huir a las enfermedades, antorchas que eran arrojadas en seguida al río, para que la corriente arrastrase lejos todos los males.

Existían médicos especializados que eran suministrados a título de tributo por los collahuayas, pueblo establecido al Este del lago Titicaca. Los habitantes de esa región son los que recorren todavía hoy la América del Sur vendiendo yerbas medicinales y aplicando a los enfermos los remedios que describen los antiguos cronistas (2). Los amautas debían hacer también el papel de curanderos, pero éstos eran tal vez más teóricos que prácticos (3). Morua y Gutiérrez de Santa Clara sostienen que en el Palacio Real habitaban varios médicos y que el inca tenía siempre alguno cerca de sí (4).

(1) "Comentarios", lib. 7, cap. 5 y sig. Frazer ha reproducido este relato (*"The golden bough"*. Londres, 1922, p. 553). Esta fiesta recuerda la "caza de los espíritus" de ciertas aldeas negras. Muchos indios creen aún que las enfermedades son seres inmateriales malignos, como las viruelas, a las que llaman tayta-cápac.

(2) Wrigley, *"The travelling doctor of the Andes"*. *"The Geographical Review"*, 1917, t. 4.— Markham, *"The Incas of Peru"*, p. 158. La leyenda de los colcahuayas ha sido contada por Oliveiro Cezar, "Las leyendas de los Indios Quichuas". Buenos Aires, 1893, p. 34.

(3) Tschudi, "Contribuciones...", p. 69.

(4) Morua, "Historia", p. 116.— G. de Santa Clara, "Historia", t. 3, cap. 49.

¿Tuvieron estos especialistas conocimientos quirúrgicos? Se han descubierto en las tumbas cráneos que parecen haber sido trepanados y que llevan cicatrices más o menos avanzadas que atestiguan la supervivencia del paciente; es muy posible que la operación de la trepanación haya sido intentada con éxito en un país donde las heridas en la cabeza eran frecuentes a consecuencia del uso de las mazas, pero no estamos todavía completamente seguros sobre este punto (1).

En suma, los conocimientos científicos parecen haber sido mediocres. No olvidemos, sin embargo, que algunos de ellos han podido perderse, ya que eran poseídos solamente por la *élite*, y ésta ha desaparecido. Pero hay un hecho cierto y curioso que ha colocado a los indios en un estado de inferioridad manifiesta en relación con los demás pueblos de la antigüedad, y es *su incapacidad para utilizar la noción de círculo*. Concebían el círculo, ya que sus imágenes del sol y de la luna o sus vasos eran circulares, pero no lo aplicaban más que en un dominio extremadamente restringido, ya que no habían imaginado ni la rueda, ni el torno, ni la bóveda, ni la columna.

La *literatura* ha debido de alcanzar un gran desarrollo, si la juzgamos por los fragmentos demasiado escasos que han llegado hasta nosotros. El pueblo gustaba del canto, y todavía hoy el indio modula su queja al recorrer los senderos de la sierra. No había fiesta en que los poetas oficiales *(haravicu)* no celebrasen las virtudes de los antepasados,

(1) Esta trepanación puede haber tenido también por objeto, como en el antiguo Egipto, el poner a los sacerdotes en relación directa con la divinidad o de hacer salir el mal espíritu encerrado en el cráneo del enfermo. Se habrían descubierto en el valle de Chicama piernas amputadas, provistas de pies de madera artificiales (Vélez López, "Las mutilaciones en los vasos antropomorfos del antiguo Perú". *"18.º Congrés International des Américanistes"*, Londres, 1912, t. 2, p. 267 y sig.). En los 400 cráneos trepanados encontrados por el doctor Tello, 250 presentan cicatrices (Villar y Córdova, "La educación incaica". "Revista Universitaria de Lima", 1926, p. 56).

la gloria del soberano o amores imaginarios. Garcilaso da a conocer una de esas poesías que tomó de Blas de Valera y que está formada de versos de cuatro sílabas no rimados (1).

La pieza más curiosa en verso que poseemos es un drama, *Ollantay* (2), llevada al lenguaje escrito por un cura de Sicuani, llamado Valdés. Quizá la forma antigua haya sido profundamente alterada, a fin de adaptarla al gusto del tiempo: versos octosílabos, uso de la rima (3), disposición de las escenas; pero el fondo remonta ciertamente a la época precolombina (4). Como lo hace notar Markham, los caracteres de los personajes son completamente conforme a las tradiciones incaicas y no carecen de grandeza (5). La acción es vivamente conducida y los hechos se encadenan bien unos con otros. Detalle curioso: cuando una estrofa no es acabada por un personaje, su interlocutor no la termina. Finalmente, el enamorado no se encuentra jamás frente a frente con la dama de sus pensamientos, lo que bastaría para diferenciar profundamente el *Ollantay* de las tragedias clásicas europeas (6).

Estas piezas de teatro eran compuestas por los amau-

(1) Raurich, "Elementos...", ob. cit., p. 34-35.— Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. 27. ¿Por qué pretende Hanstein que los peruanos no cantaban? *("Die Welt des Inka"*, p. 78).

(2) Morua habla dos veces de piezas teatrales quichuas ("Historia", p. 24 y 114), y Santa Cruz Pachacuti da hasta el nombre de algunas de ellas; una comedia *anay sauca* (lo que quiere decir: qué divertido), una farsa *llama-llama*, tragedias *hanamsi y hayachuco* ("Relación", p. 268). Se ha citado a veces otro drama: *Usca paucar*; pero se ha reconocido que papeles enteros eran de origen español (Fidel López, *"Les races aryennes"*, p. 329).

(3) Garcilaso dice que los indios no empleaban la rima ("Comentarios", lib. 2, cap. 26 y 27). Esta ha sido introducida en el drama después de la conquista.

(4) Markham, *"The Incas of Peru"*, p. 148.— L. Cordero, *"Estudios de lingüística americana"*, Cuenca, 1901, p. 29.

(5) Introducción a la traducción de la segunda parte de la "Crónica", de Cieza de León, Colección Hakluyt, Londres, 1883.

(6) Véase la introducción de la traducción francesa de Pacheco Zegarra (París, 1878). La traducción española de José Barranca *("Ollantay"*, Lima, 1868) lleva como subtítulo: "O sea la severidad de un padre y la

tas y representadas por los grandes personajes (1). Los españoles prohibieron en 1781 toda representación de drama quichua, a consecuencia de una rebelión de los indios (2).

Una ojeada sobre las costumbres de la época nos hará comprender mejor que cualquier otro estudio el estado social del Perú precolombino. Se ha querido tomar a veces *la condición de la mujer* como medida de la civilización de un pueblo. Hay que reconocer que es difícil emitir un juicio a este respecto. Indudablemente, la mujer no realiza los trabajos más penosos: se limita a ayudar al agricultor a cultivar la tierra y al soldado a conducir los equipajes; está protegida por la ley; nadie puede tratarla brutalmente ni repudiarla a su antojo; indudablemente también, muchas indias reciben cierta instrucción en las casas de vírgenes y los hombres demuestran respeto hacia ellas. En los banquetes, las mujeres se ponen de cuclillas espalda a espalda

clemencia de un rey". He aquí el tema del drama: el valiente general Ollantay ama a la hija del inca, que responde al gracioso nombre de Cusi Cuylleu (Estrella de alegría), y es amado por ella; aunque no es de sangre real, se atreve a pedir la mano de la princesa al monarca. El soberano rehusa con indignación y hace encerrar a su hija. Ollantay, furioso y desesperado, huye del Cuzco, subleva las provincias montañosas del Este (Anti) y establece su centro de resistencia en la gran fortaleza de Ollantaytambo. El jefe indio Rumiñahui (Ojo de piedra) ataca al rebelde, pero es derrotado; emplea entonces una estratagema: fingiendo haber sido torturado por orden del inca, en castigo a su derrota, se presenta cubierto de heridas y clamando venganza delante de Ollantay, que lo acoge sin desconfianza. Luego, en un día convenido, mientras que los rebeldes celebran una fiesta, Rumiñahui abre las puertas de la fortaleza al ejército del inca. Pero éste, en un gran impulso de generosidad, perdona a Ollantay, le entrega a su hija en matrimonio y le confía un gran puesto. Varios caracteres están bien dibujados, especialmente el de Ollantay y el de su servidor, el bufón Piqui Caqui, que es el cómico de la pieza.

(1) Garcilaso, "Comentarios", lib. 2, cap. 27.

(2) Frézier habla ya al principio del siglo XVIII de una supresión del teatro, en el que se representaba la muerte del inca ("Relación"..., p. 250). En la edición de 1809 de los *"Voyages au Pérou"*, de M. Sobrevielа y Narcisso y Barcelo, figura una nota concebida en estos términos: "En la mayor parte de las grandes ciudades del Perú los indios rememoran la muerte de Atahualpa por medio de una especie de tragedia que representan en las calles el día de la Natividad de la Virgen... Los españoles no se encuentran entonces a salvo" (t. II, p. 374).

contra sus maridos, los sirven y comen al mismo tiempo que ellos (1), lo que no era admitido todavía en Francia en la Edad Media. La soberana toma parte en todas las fiestas; Huayna-Cápac consulta a su madre sobre los negocios del imperio, y es una mujer quien viene a implorar, a ese monarca, después de la revuelta de Chachapoya, y quien obtiene el perdón (2).

Pero, por el contrario, las mujeres son miradas en muchos respectos como mercancías. La mayor parte de ellas, afectadas a las necesidades del pueblo, constituye un mínimum necesario para asegurar la supervivencia de la raza; el resto es guardado en reserva y distribuído por el inca como los vestidos y las armas, según las necesidades de la política imperial. No se permite martirizarlas, lo mismo que no se permite despilfarrar los bienes. La mujer figura, en suma, como un objeto de consumo de orden superior, a disposición del Estado. Puede decirse que no es maltratada, pero sí sojuzgada (3).

Claro que el hombre es tratado también con pocos miramientos; se le desplaza, se le asigna una tarea sin preguntarle su opinión. Por esto no debemos considerar la condición de la mujer de entonces según nuestro punto de vista moderno, sino solamente examinar si los incas mejoraron la suerte de la mujer desde que comenzaron a reinar; ahora bien, no es dudoso que los hombres de las tribus sudamericanas vecinas a los quichuas trataron a sus compañeras muy a menudo como a esclavas, haciéndolas desem-

(1) Cobo, *"Historia"*, lib. 14, cap. 5.
(2) Garcilaso, *"Comentarios"* lib. 9, cap. 7.
(3) Letourneau, *"La condition de la femme dans les diverses races et civilisations"*, París, 1903, p. 199. "En el Perú, la mujer no era, ni un mueble, como en Oriente, ni una bestia de carga, como entre los pueblos salvajes; era propiedad del Estado, que disponía de ella a su voluntad, según el capricho del que mandaba" (Castaing. *"Le communisme au Pérou"*, p. 27).

peñar los oficios más penosos, lo que ciertamente no sucedía en el Perú (1).

Hombres o mujeres, todos los indios llevaban una existencia severamente reglamentada. *El niño,* desde su más tierna infancia, estaba sometido a una ruda disciplina: se le bañaba en agua fría y no era amamantado más que tres veces por día, "para no habituarlo a la glotonería", dice el cronista (2). Jamás la madre llevaba al pequeño en brazos; lo dejaba en su cuna de madera para acostumbrarlo a la dureza y se inclinaba sobre él sin tomarlo para darle el seno. Apenas el niño había alcanzado la edad de 2 años, se le cortaban los cabellos en presencia de los padres y amigos de la familia y se le daba un nombre; a los 8 años, este nombre era cambiado por otro, y se repetía este cambio a los 18 años, según Las Casas (3).

Las reuniones eran frecuentes; se efectuaban banquetes públicos en los días de fiesta, en presencia de los jefes locales, debiendo llevar cada uno su comida y cambiando a su antojo su alimento con el de su vecino, un poco a la manera de un picnic (4). En seguida, danzas y cantos alternaban con juegos de azar, algunos de los cuales han sobrevivido hasta nuestros días (5). Las danzas eran graves

(1) Por ejemplo, entre los araucanos, las mujeres eran verdaderas esclavas. (L. Pena, *"Histoire de Chili"*, París, 1927, p. 5). Los indios de las tribus de Madre de Dios dan todavía hoy a sus mujeres un trato como a bestias de carga (Saavedra, "El *ayllu"*, p. 87).

(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 4, cap. 12.

(3) Las Casas, "De las antiguas gentes", p. 45.— Brühl, *"Die Kulturvolker..."*, p. 346.

(4) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. XI. En las ceremonias de esta clase, los indios *hanan* y los *hurin* se acuclillaban frente a frente y brindaban unos con otros.

(5) Había también juegos "de ceremonia", que formaban parte de los ritos mortuorios. Nordenskiold, *"Spieltische aus Peru und Ecuador. Zeitschrift für Ethnologie"*. Cuadernos 2 y 3, 1918, p. 169. Karsten, *"Zeremonielle spiele unter den indianern Sudamerikas"*. *"Acta Academiae Aboensis Humaniora"*, Abo, 1920, t. I.

y sólo los hombres tomaban parte en ellas, dándose las manos entre sí (1).

Sobre este capítulo de las fiestas, los cronistas son inagotables. La gran fiesta del sol (Raymi), que se efectuaba probablemente hacia el mes de junio, no duraba menos de 9 días (2); los grandes funcionarios venían al Cuzco de todas las regiones del imperio para participar en ella. Debía de ser un bellísimo espectáculo el de todos esos indios que llevaban las cabezas adornadas con sus tocados e insignias distintivas de sus tribus, arremolinándose alrededor de los músicos y danzarines cubiertos de piel de puma y engalanados con plumas de ave (3), o saludando con sus gritos entusiastas el paso del soberano, montado sobre su silla de oro macizo, todo cubierto de oro y de pedrerías, con una corona de oro guarnecida de plumas sobre la cabeza y un disco de oro sobre el pecho, precedido de servidores que llevaban las armas reales y rodeado por una multitud de guerreros de vestidos multicolores.

Pero más impresionante todavía debía de ser la primera de todas las ceremonias del Raymi: el saludo al sol. El monarca, los príncipes y un gran número de habitantes, con los pies descalzos, se reunían antes de la salida de la aurora en una de las plazas del Cuzco, y, en el momento en que el astro del día aparecía por encima de las montañas, la multitud se ponía en cuclillas y besaba los rayos luminosos, mientras que el inca, levantando un vaso de oro, ofrecía de beber a su buen padre el sol (4).

(1) La célebre cadena de oro de Huayna-Cápac estaba destinada a las danzas. Los danzarines sostenían la cadena, en vez de enlazarse por las manos (Zárate, *"Historia"*, lib. I, cap. 14). Puede encontrarse un estudio de las danzas en R. y M. d'Harcourt, *"La musique des Incas et ses survivances"*, p. 91 y siguientes.

(2) Los autores no están de acuerdo sobre las fechas de las fiestas.

(3) Las danzas indígenas primitivas que los indios realizaban vestidos con pieles de animales y plumas han subsistido en ciertas regiones (R. Paredes, *"El arte en la altiplanicie"*, La Paz, 1913).

(4) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 21.

Entre las solemnidades más importantes figuraban también los triunfos militares: se sucedían los desfiles, las ceremonias religiosas, las danzas y cantos, y terminaban como terminan aún frecuentemente las reuniones de los indios: en una embriaguez general.

He aquí cómo describe Montesinos la entrada triunfal del inca Sinsi-Roca en el Cuzco, después de la derrota de los andahuaylas insurrectos: Los tocadores de trompeta abren la marcha; luego dos mil soldados avanzan en formación de combate, los jefes llevando en las cabezas adornos de plumas multicolores y placas de oro sobre los hombros y el pecho; los hombres van cubiertos con planchas de plata tomadas al enemigo. Algunos de ellos golpean sobre tambores de forma humana, en número de seis, hechos con las pieles de los jefes vencidos. Vienen en seguida, sucesivamente, soldados prisioneros con las manos amarradas detrás de la espalda, luego otra vez soldados con seis nuevos tambores, semejantes a los precedentes, después el soberano de los andahuaylas, tendido desnudo sobre una litera y rodeado de tambores hechos con la piel de sus parientes. Detrás de él marcha una tropa de voceadores, unos haciendo saber cómo el inca trata a los revoltosos, otros recordando las acciones cometidas por los andahuaylas. Tres mil orejones los siguen, ricamente vestidos y adornados de plumas, cantando un himno de victoria. Después de ellos vienen 500 muchachas pertenecientes a las primeras familias del imperio; danzan y cantan, con la cabeza coronada de guirnaldas, con follajes en las manos y cascabeles en las piernas. Un grupo de grandes personajes avanza después: unos quitando las piedras y briznas de paja que han quedado en el camino; otros, arrojando flores; preceden inmediatamente al inca, que va sentado en un trono de oro, llevado por cuatro orejones. El hombre-dios está protegido por dos quitasoles de plumas, que forman una especie de dosel, plu-

mas adornadas con pequeñas hojas de oro muy finas y esmeraldas; sostiene en su mano derecha un propulsor de oro y en su mano izquierda un bastón del mismo metal, que pretende haber recibido del sol. Sobre la frente lleva la cinta de lana roja y una corona de oro ricamente trabajada. Finalmente, cierran el desfile los miembros de la familia real y del consejo, y princesas cubiertas de ornamentos, transportados todos en literas (1).

Se ve cuán difícil es calificar el estado social de los incas (2). Muy atrasados en algunos respectos, muy avanzados en otros, los peruanos escapan a toda clasificación; tienen a la vez procedimientos técnicos primitivos y otros muy perfeccionados; tratan a los hombres como un rebaño, pero saben recompensar el mérito; hacen tambores con la piel de los revoltosos, pero dejan en funciones a los jefes enemigos vencidos, después de haberlos colmado de presentes; ignoran la rueda, pero representan piezas de teatro; no saben escribir, pero levantan impecables estadísticas. ¿Cómo puede decirse que el espíritu humano se desarrolla en todos los lugares en una misma dirección y que debe evolucionar fatalmente de la misma manera? El imperio incaico no podría ser comparado con ninguna de las grandes civilizaciones del Viejo Mundo.

(1) Montesinos, "Memorias", cap. 22.
(2) Joyce, muy confundido, llama a la civilización de los incas una barbarie magnífica (*"South-American Archaeology"*, p. 76).

Capítulo décimocuarto

UNA CAFILA DE HOMBRES FELICES
LA PURIFICACION DEL INDIVIDUO

"Y los hombres se han alegrado de ser conducidos como un rebaño"... (Dostoiewski, "Los hermanos Karamazov".)

¿ESTABA el indio satisfecho de su suerte? Tal es la grave cuestión a la que debemos responder si queremos emitir un juicio sobre el sistema social de los incas. Sabemos que el monarca suministraba a sus súbditos lo que les era necesario, pero la felicidad se resuelve en un estado de conciencia y no consiste en una acumulación de productos.

Nos detiene inmediatamente en nuestro examen un obstáculo: los cronistas hablan de ricos y de pobres (1). ¿Qué sentido debemos dar a estas palabras? Sabemos que no hay que considerar al Perú como a un Estado comunista; por eso, los indios que recibieron donaciones del inca pueden ser considerados como ricos; los que no han podido obtener cosechas a consecuencia de una helada, de una inundación o de una sequía, y que son alimentados con las reservas de los graneros, son verdaderamente pobres. Se llamaba, además, pobres a los viejos, inútiles y enfermos,

(1) Cieza de León, "Crónica". Primera parte, cap. LVIII.— C. de Castro, "Relación", p. 216.— Falcón, "Representación", p. 153.

mantenidos por las comunidades (1), y a los indios que no tenían hijos que les ayudasen a trabajar (2). En resumen, se aseguraba un mínimum de existencia a todo individuo: la desnudez absoluta era desconocida y las grandes desigualdades de fortuna eran excepcionales (3). El hombre no podía empobrecerse, pero llegaba rara vez a enriquecerse; las palabras riqueza y pobreza tenían, pues, un sentido relativo. "La igualdad en la pobreza hacía a todos los hombres ricos", dice Morua (4).

Claro es que el sistema incaico, así formado por supervivencias históricas y concepciones racionales, parece muy complejo; es desconcertante para el sociólogo, pero las formas de vida de los pueblos son rara vez sencillas. Por eso, los intentos de comparación hechos entre la economía peruana y las otras economías están destinados al fracaso. Según que se examine al Perú desde un ángulo u otro, se descubren en él analogías con tal o cual Estado; he ahí por qué vemos a los autores modernos comparar al Perú tanto con Inglaterra, en razón de su carácter agresivo y de su poder de adaptación y de asimilación (5); como con la Alemania de anteguerra, en razón del carácter del emperador (6); como con Turquía, a causa del mantenimiento de comunidades agrarias y de la concentración del poder político (7). El único gran imperio que existiera en la América Central precolombina en el momento de la llegada de los españoles, el de México, difería profundamente del Perú. Los aztecas vivían bajo un régimen semifeudal; sus guerras

(1) Cieza de León, "Crónica". Segunda parte, cap. 19.
(2) Garcilaso, "Comentarios", lib. 5, cap. 15.
(3) En el valle de Chincha, los curacas tenían tierras de tamaños desiguales, según la distribución que había hecho de ellas el inca Yupanqui, según C. de Castro ("Relación", p. 218).
(4) "Historia", p. 114. Lugones hace la misma observación con respecto a las reducciones del Paraguay ("El Imperio Jesuítico", p. 167).
(5) Squier, *"Peru"*, p. 575.
(6) Hanstein, *"Die Welt des Inka"*, p. 130.
(7) Philippovich, en Trimborn, *"Der Kollektivismus"*, p. 605.

y su culto eran sanguinarios, su comercio había tomado una gran amplitud y sus conocimientos científicos eran extensos.

En ningún pueblo del Nuevo Mundo encontramos, como entre los incas, una absorción lenta y gradual del individuo por el Estado. El veneno no es dado a los indios en dosis considerables, capaces de determinar una reacción, sino que se insinúa lentamente hasta determinar la pérdida de la personalidad. El hombre está hecho para el Estado y no el Estado para el hombre. He ahí un socialismo en el pleno sentido de la palabra, y es un gran error negarse a mirar el imperio peruano como un Estado socialista, bajo el pretexto de que es un Estado de conquista —como si el socialismo y el imperialismo no pudiesen ir aparejados—, o que su política está inspirada no por motivos de altruísmo, sino por el interés personal bien entendido del monarca, como si el socialismo y el altruísmo fuesen sinónimos.

¿Llevaba el veneno consigo su remedio? ¿Podía desarrollarse la cuasi propiedad constituída por donación? Quizá, si no hubiesen llegado los conquistadores españoles, habríamos asistido a una individualización progresiva de la *élite,* al mismo tiempo que a una socialización gradual de la masa, puesto que la fosa se abría cada vez más entre estas dos castas. Hay que reconocer, sin embargo, que el régimen no cayó por sí mismo. La guerra civil, que desolaba al imperio en la época del descubrimiento, no habría engendrado verosímilmente una modificación en el orden social si hubiese llegado a su término sin la intervención de los blancos.

No es dudoso que el sistema peruano haya sido impuesto a menudo por la fuerza; pero, gracias al apoyo que les prestaba la religión, y gracias a su hábil política, los incas realizaron el milagro de transformar el miedo en amor. Su carácter divino, testimoniado por las victorias de sus ejér-

citos y la magnificencia de su corte, los donativos que distribuían a los jefes tan liberalmente, el orden y la paz que hacían reinar, todo contribuía a hacerles ganar poco a poco el corazón de sus súbditos. El indio no tenía más que obedecer, y cualquiera que se haya habituado a una obediencia pasiva termina por no saber obrar ya por sí mismo y se acostumbra a amar el yugo que sufre. Nada es más fácil que obedecer a un amo, exigente tal vez, pero que reglamenta todos los detalles de la vida, asegura el pan cotidiano y permite apartar del espíritu toda preocupación: "Los incas fueron muy amados", declara Cieza de León (1). "Sin duda alguna, el respeto y el afecto que este pueblo tenía por sus incas eran grandes", afirma Acosta (2).

El resultado de la socialización aparece claramente; el Estado peruano supo impedir las pasiones destructivas del orden social, pasiones tendientes a tomar libre curso y restaurar la anarquía primitiva; hizo desaparecer los dos grandes factores de las revueltas: la *pobreza* y la *pereza*, y no dejó más que un pequeño campo a la avaricia; pero, al mismo tiempo, secó las dos fuentes del progreso: el *espíritu de iniciativa* y el *espíritu de previsión*.

¿Qué iniciativa podía tomar, en efecto, el indio, cuando una reglamentación minuciosa llegaba al punto de exigirle que se hiciese la chicha con maíz fresco y que no se

(1) "Crónica". Segunda parte, cap. 13. "Estos indios conservan muy caramente el recuerdo del último de sus incas y se reúnen de vez en cuando para celebrar su recuerdo. Cantan versos en su alabanza y tocan en sus flautas aires tan lúgubres y conmovedores, que excitan la compasión de los que los oyen..." (P. Morghen. *"Lettres édifiantes et curieuses"*, ed. de 1839, t. 5, p. 225).

(2) "Historia Natural", t. 2, lib. 6, cap. 12. Hoy día también, "servil y supersticioso, el indio termina por amar las tiranías que lo oprimen" (García Calderón, *"Les démocraties latines de l'Amérique"*, París, 1912, p. 330). Debemos desconfiar de las respuestas obtenidas por los españoles en las encuestas oficiales, pues los conquistadores tenían interés en hacer creer que los incas habían reinado por medio del temor y que sus súbditos soportaban impacientemente el yugo (Tschudi, "Contribuciones"..., p. 30).

comiesen las espigas todavía verdes de esta planta? (1). La administración pensaba y obraba por cuenta de él, y si ella suspendía su acción, la vida social se detenía. Esta inercia se traducía bajo el reinado de los incas en la regresión del comercio, que hemos anotado, en la falta de impulso y en la ausencia de originalidad en las artes, en el dogmatismo de la ciencia (2) y en la escasez de las invenciones, aun las más sencillas (3). Comprendemos ahora el motivo de la muerte de Atahualpa. Pizarro sabía que el inca, una vez libre, no tenía que hacer más que una señal para levantar un ejército de varias decenas de millares de hombres. Hiriendo la cabeza, el conquistador reducía el cuerpo a su merced (4).

Esta pasividad ha subsistido después de la caída del imperio, hasta el punto que los indios se desinteresan hoy de los movimientos políticos o económicos (5), y que, siendo incapaces de defenderse por sí mismos, eligen frecuentemente un cacique español, que hace el papel de los antiguos protectores de indígenas de la época colonial (6), o bien reconocen como jefe a aquel de los suyos que ha sabido imponerse por sí mismo, en virtud de su habilidad o de su fuerza (7). La ambición ha sido tan bien destruída, que el rojo, salvo casos excepcionales, trata rara vez de

(1) Ondegardo, *"De l'état du Pérou"*, trad. fr., cap. 12.

(2) El progreso de las ciencias quedó detenido por la imposibilidad de discutir (Cevallos, "Resumen", p. 162 y sig.).

(3) No existía, pues, un sistema cómodo para moler el grano, y por este motivo es por lo que el pan no era el alimento común (Garcilaso, "Comentarios", lib. 8, cap. 7; véase, p. 233. Los indios son grandes imitadores de lo que ven; pero muy limitados en sus inventos" (Frézier, "Relación", p. 240.).

(4) Pizarro no obraba sólo por pura crueldad; tenía conciencia de sus deberes, como lo prueba la carta que escribió de Jauja a Hernando de Soto en 1534, para recomendarle que tratara bien a los indios ("Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 42, p. 134).

(5) Means, *"Indian legislation in Peru"*, ob. cit., p. 526.

(6) Von Buchwald, "Propiedad rústica en tiempo de la colonia", ob. cit., p. 3.

(7) Como el mayoral de la región de Riobamba (Rivet, *"Etude sur les indiens de la région de Riobamba"*, ob. cit., p. 64.).

elevarse, en nuestros días, en la escala social, y deja a los blancos y a los mestizos el cuidado de ejercer las funciones públicas y de compartir los honores. "La ausencia casi absoluta de iniciativa y de decisión, tal es el rasgo característico del indio", escribe todavía Monier, en 1890 (1). Por el contrario, los peruanos tienen espíritu de imitación; han aprendido rápido a servirse de las armas españolas y a hacer la guerra a la europea (2).

El sentido de la jerarquía ha subsistido igualmente; no solamente los indios se dan jefes, sino que en varias regiones se ha constituído una verdadera gobernación menor, muy poderosa, casi no oficial, dirigida por el hacendado blanco, es decir, el propietario de una explotación agrícola que administra sus bienes con la ayuda de una serie de subjefes indígenas, llamados todavía curacas (3).

En cuanto al espíritu de previsión, ¿cómo habría podido desarrollarse en el hombre del pueblo, cuando los graneros públicos rebosaban de víveres y los funcionarios debían proveer, en caso necesario, a la subsistencia de sus administrados? "Hoy día —hace notar Ondegardo— los indios no piensan en hacerse un vestido nuevo sino cuando el anterior ya se ha convertido en andrajos" (4). "No piensan en el mañana", dice Cabeza de Vaca (5). En nuestros días, Grandidier y Bandelier hacen la misma comprobación (6), y cuando el indio, por excepción, trata de

(1) *"Des Andes au Para"*, ob. cit., p. 199. "El indio no tiene ambición por la riqueza", observa Frézier ("Relación", p. 240). "Cuesta recalcar cuánta indiferencia muestran (los indios) por las riquezas y aun por todas las comodidades" (P. Bouguer, *"La figure de la terre"*, p. 102.).

(2) Prescott, *"Histoire"*, trad. franc., t. 2, p. 214.

(3) Beans, *"Race and society in the andean countries"*. *"American historical review"*, nov. de 1918, p. 419.

(4) "De la orden...", p. 107.

(5) "Descripción y relación de la ciudad de La Paz", ob. cit., p. 72.

(6) "El indio no ve sino el presente, no piensa en el mañana". Grandidier, *"Voyage"*, ob. cit., p. 69. —Bandelier, *"The islands of Titicaca"*, p. 19 y parte 3, n. 56.

constituirse una reserva, la despilfarra inmediatamente. (1).

Pero lo más grave es que la substitución del individuo por el Estado en la organización económica destruye el espíritu de caridad. El indígena, al esperarlo todo del Estado, no tiene ya que ocuparse de su semejante y no debe acudir en su auxilio sino cuando la ley se lo exige. Los miembros de las comunidades deben trabajar tierras por cuenta de los incapaces, pero, una vez efectuado este trabajo, quedan liberados de toda obligación; deben socorrer a sus vecinos a la orden de sus jefes, pero no tienen que hacer nada por iniciativa propia: y he ahí por qué, en tiempos de la conquista española, los sentimientos humanitarios más elementales corrían el riesgo de desaparecer. "Así —escribe Ondegardo—, los hijos no estaban obligados a mantener a sus padres cuando eran demasiado viejos; nadie tenía que socorrer a los necesitados, lo que me parece ser una invención del demonio para arrebatar a los indios la caridad... Hoy día, si los indios encontraran a alguno de los suyos con la pierna fracturada, aunque fueran 21 y habitasen una aldea próxima, no harán otra cosa que dar aviso del hecho, a fin de que la comunidad envíe, para buscar al desdichado, a aquel a quien concierne la tarea" (2). Esta ausencia de espíritu de caridad acentúa el carácter utilitario de las instituciones peruanas. Todavía hoy la familia es mirada como una empresa de trabajo; los hijos, como capitales; el matrimonio, como un contrato de asistencia mutua (3). García Calderón anota un cierto "sentido concreto de las

(1) Así ocurre con las reservas de lana que forma el indio en ciertas regiones de la meseta (Volpaert, *"Des betes a laine des Andes"*, ob. cit., p. 44). El estado de servidumbre de los antiguos egipcios había matado también en ellos todo espíritu de previsión (Maspéro, *"Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique"*, ob. cit., t. I, p. 343).

(2) "Relación", p. 87.

(3) V. Guevara, "Derecho consuetudinario...", ob. cit.

cosas", como uno de los rasgos salientes del carácter indio (1).

Dulce y servil, tal se ha hecho el habitante de la meseta andina. La rudeza de las costumbres no ha subsistido sino donde el soberano no había podido establecer por largo tiempo su dominio. Los aimaraes del Nordeste del lago Titicaca, cuyo territorio está situado lejos de las vías naturales de inmigración y de conquista, han permanecido vengativos y crueles, muy diferentes de los quichuas (2). El inca ha dado a su pueblo una mentalidad de esclavo.

¡Qué tiene de extraño que este gran imperio geométrico sea tan monótono y tan triste! Cieza de León se excusa de repetir indefinidamente las mismas observaciones en el curso de su viaje. En la mayor parte de las provincias, los naturales se copiaban tan bien los unos a los otros que podía mirárseles a todos como "idénticos" (3). La uniformidad arquitectónica sorprende a Humboldt, así como la regularidad de la vida sorprende a Lorente. Todo es parejo, y los hombres mismos se parecen como hermanos (4). En cada cuenca aislada de la meseta, la existencia del indio del pueblo se desarrolla monótona, como el clima y el paisaje, y todo lo que se sale de lo ordinario, todo lo que es extraño e imprevisto, es divinizado y colocado entre los *huaca*, a los que se rinde culto. A este resultado es al que han llegado todos los grandes reformadores socialistas. En Utopía, como en Icaria, como en las reducciones del Paraguay, reina una desoladora uniformidad (5).

(1) *"Le Pérou contemporain"*, ob. cit., p. 17, nota 2.
(2) Bandelier, *"The islands of Titicaca"*, p. 13.
(3) Cieza de León, "Crónica". Primera parte, cap. LXXVIII.
(4) Prescott, *"Histoire"*, trad. fr., t. I, p. 160. "Los indios se distinguían más por el exterior que por el fondo, como los niños" (Lorente, "Historia Antigua", p. 326).
(5) "Concebido de esta manera, el socialismo aparece como el más insoportable sueño de mediocridad y de fealdad que la humanidad haya tenido" (Fourniére, *"Les théories socialistes au XIXe siecle."* París, 1904. p. 413). Bougainville indica la monotonía como la característica de la

El carácter indio, así analizado, se nos aparece a una luz poco favorable, aun teniendo en cuenta las exageraciones de muchos autores españoles: "El miedo es la única regla moral (del indígena)", dice Del Hoyo (1). Los naturales de la provincia de Collao "están tan acostumbrados a servir, que ejecutan por sí mismos todos los trabajos necesarios" (2). Gomara, que no es tierno para los vencidos, los califica de mentirosos, crueles, ingratos, gentes sin honor, sin pudor, sin caridad, sin virtud (3); y Morua, de perezosos, sucios, mentirosos e inconstantes (4). Por el contrario, el autor de una relación anónima prodiga los epítetos laudatorios: dulces, tiernos, pacíficos, misericordiosos, obedientes, leales (5). Hoy mismo, Bandelier y Bingham nos pintan a los habitantes de las orillas del lago Titicaca con colores absolutamente diferentes (6). Estas apreciaciones divergentes pueden extraviar el juicio, pero todos los demás autores reconocen el servilismo del indígena. Ahora bien, si eso es así, se debe al sistema incaico, pues Ondegardo observa que los únicos pueblos capaces de ser gobernados eran los que habían sido dominados por el inca, y que las expediciones punitivas no habían tenido éxito (7).

vida en las reducciones del Paraguay (Chinard, *"L'Amérique et le reve exotique dans la litterature francaise aux XVIIe et XVIIIe siecles"*. París, 1913, p. 373).

(1) "Estado del Catolicismo", p. 162.

(2) Pedro Sancho, "Relación", p. 198.

(3) "Historia General", cap. CXCV.

(4) "Historia", p. 142.

(5) "Relación de las costumbres", p. 205. Ulloa y De Pauw se obstinan en considerar al indio como un bruto; D'Orbigny se esfuerza, por el contrario, en rehabilitarlo (*"L'homme américain"*, t. I, p. 174). Hay grandes controversias durante todo el curso del siglo XVIII entre jesuítas y franciscanos, como en el siglo XVII entre franciscanos y dominicanos sobre las virtudes de los salvajes de América (*"L'Influence des Jésuites, considérés comme missionaires, sur les mouvements des idées au XVIIIe siecle"*. *"Mémoires de l'Académie de Dijon"*, 1874).

(6) Bandelier, *"The islands of Titicaca"*, p. 19. Bingham, *"Inca-Land"*, p. 102.

(7) *"De l'état du Pérou"*, trad. fr., cap. 12. García Calderón se pregunta si es el medio que ha permitido la creación del imperio, gracias a la debilidad y a la ignorancia de los hombres, o bien si es la raza de los

El carácter del indio ha persistido hasta nuestros días: pereza, o, más exactamente, indolencia, timidez, tendencia al alcoholismo, suciedad, por una parte (1); y también dulzura "a toda prueba" (2), sumisión, servilismo, resistencia a la fatiga y cierto espíritu utilitario. Son rasgos distintivos de una raza sojuzgada y embrutecida.

Fué al precio de esta degradación como se obtuvo un bienestar relativo. Que este bienestar no haya sido considerado por el inca como un fin, sino como un medio de obtener un mejor rendimiento de trabajo, una mayor gloria y mayores provechos para sí, es muy probable (3), pero es ya una prueba de inteligencia de su parte el haber comprendido que estaba en su interés obrar para el bien del pueblo entero.

Los defectos que hemos anotado son aún poca cosa al lado del vicio capital que comporta todo sistema socialista, ese vicio ante el cual han retrocedido sabios dispuestos a entrar en la ciudad futura, como Schaeffle (4); el socialismo, al matar el espíritu de iniciativa y de previsión individuales, detiene la marcha del progreso humano. La nación, encerrada en una red de reglamentaciones estrechas y definitivas, queda *cristalizada* (5).

incas la que llegó a disciplinar a los pueblos hasta darles un instinto de obediencia y de servidumbre (*"Le Pérou contemporain"*, ob, cit., p. 18). La resistencia desesperada de los caras, colocados en un medio idéntico al de los vencedores, establece lo bien fundado del segundo argumento.

(1) ¿Se puede decir, como lo hace García Calderón, que el indio se embriaga para olvidar el dolor de su existencia cotidiana, cuando ya en la América precolombina la inclinación inmoderada a la bebida era su vicio capital? (*"Les démocraties latines"*, ob. cit., p. 330).

(3) Como dice D'Orbigny (*"L'homme américain"*, t. I, p. 274).

(3) Ondegardo, "Copia de carta...", p. 460.

(4) *"La quintessence du socialisme"*, ob. cit., p. 51.

(5) Los súbditos del inca, según P. Chalón, no supieron realizar ningún progreso, en agricultura, ni en el trabajo de minas, ni en metalurgia, ni en joyería ("Los edificios del antiguo Perú", ob. cit., p. 94). Si los indios son refractarios a la cultura europea, lo deben, según el Dr. Carranza, a "la naturaleza estática de su carácter, sin analogía con la de ningún otro pueblo y raza humana, y a la civilización misma que alcanzaron bajo el régimen teocrático de los incas" ("Colección de artículos",

¿Pudieron evitar los incas este inconveniente constituyendo una *élite?* Puede suponerse, porque la especialización de la inteligencia se concibe tanto como la de la fuerza física o la de la memoria. Lo mismo que los *quipo-camayu,* habituados de padre a hijo, durante toda su vida, a recopilar, con exactitud, hechos y cifras, llegaban a una prodigiosa maestría en su arte; lo mismo debían los amautas desarrollar hasta el extremo sus facultades intelectuales (1). La inteligencia, se dice, no es privilegio de una clase, pero hace falta también que el medio y la herencia favorezcan su nacimiento, y es muy cierto que en la casta superior es donde tiene las mayores probabilidades de desarrollarse y no entre los súbditos ignorantes y embrutecidos. Por otra parte, los incas no reinaron bastante tiempo para que podamos registrar sus progresos, y las facultades inventivas de los amautas parecen haber permanecido muy mediocres. Los peruanos parecen haber tenido ante todo, y casi exclusivamente, *el genio de la organización.* Una dirección esclarecida y una disciplina inflexible aseguran mejor el bienestar de un pueblo, aun privado de facultades

2.a serie, p. 48, en Prado y Ugarteche, "Estado social del Perú durante la dominación española", ob. cit., p. 160). "Era... una estructura de conjunto, muy armoniosa en todas sus partes, una forma estática fuertemente equilibrada" (De Greef, *"Sociologie. Structure général des sociétés"*, t. 2, p. 39). Estas condiciones de vida de los antiguos peruanos contrastan con las de nuestra existencia actual, inestable y precaria. ¿Debemos considerar al imperio de los incas como un estado estacionario, en el sentido en que Stuart Mill tomaba estas palabras? (*"Principes d'économie politique"*, lib. 4, cap. 6. Suárez emplea este epíteto. "Historia General", t. I, p. 239). ¿Debemos creer que, al desviar a sus súbditos de la lucha económica, el monarca les permitía perseguir objetivos más elevados? De ninguna manera; el inca, al fijar el cuerpo, no ha liberado el espíritu; no ha substituído los deseos que limitaba por otros deseos de calidad superior.

Hagamos observar aún que el mismo estancamiento en la evolución, la misma cristalización se advierte en materia religiosa. No se encuentran en los indios ni misticismo, ni profundidad de devoción, ni impulsos de piedad (Helps, *"The Spanish Conquest"*, t. 3, p. 344).

(1) Tschudi, "Contribuciones", p. 69. Sin ir hasta admitir con Ribot la heredabilidad del genio, es necesario reconocer que un individuo de selección transmite en una cierta medida sus cualidades a sus descendientes.

inventivas, que los más bellos descubrimientos, cuando éstos son aplicados por apóstoles de la lucha de clases.

En cuanto al pueblo mismo, era y es extremadamente rutinario. Sus hábitos permanecen inmutables, y si hoy el hombre es libre, según la ley, sigue siendo siervo "por la permanencia de las costumbres autoritarias" (1).

LA HEREJIA DE LA FELICIDAD

> "¿Se olvida, pues, que él la ha reconocido hace un momento, a la ignorada, la nueva, la peligrosa, la herejía de la felicidad de que las otras no son más que velos?... ¡Herejía de la felicidad! ¡Herejía de las herejías!"
> (Louis Artus, "La casa del loco".)

Ahora podemos responder a la pregunta que hemos planteado: ¿Era feliz el indio? Puede creerse que sí, ya que añora tanto el pasado. Trabajaba con agrado para un amo a quien tenía por divino; no tenía más que obedecer sin darse el trabajo de pensar; si su horizonte estaba limitado, no se daba cuenta de ello, ya que no conocía otro, y si no podía elevarse en la escala social, no sufría en modo alguno por ello, ya que no concebía que tal ascensión fuese posible. Su vida se desarrollaba en la calma, entrecortada por fiestas en épocas determinadas, sembrada de acontecimientos: matrimonio, servicio militar, obligaciones de trabajo, todo estrictamente reglamentado (2). Tenía sus alegrías y sus penas a fechas fijas. Sólo la enfermedad y la muerte

(1) García Calderón, *"Les démocraties latines"*, p. 329.— Bandelier, *"The Islands of Titicaca"*, p. 77. Rouma cita numerosos ejemplos de la hostilidad del indio contra toda innovación y encuentra la causa de ello en el sistema de los incas. *"Les indiens Quichouas et Aymaras des Hauts Plateaux de la Bolivie"*, Bruselas, 1913, p. 60.).

(2) "El indio no tenía permiso de ser feliz a su manera" (Prescott, *"Histoire"*, trad. fr., t. I, p. 121). "Lo que hará la eterna gloria de este sabio gobierno es que la máxima fundamental del soberano era la de obligar a los súbditos a ser felices" (De Carli, *"Delle lettere americane"*, trad. fr., t. I, p. 202).

se obstinaban en escapar a las reglamentaciones del Estado.

Disciplina militar y método económico eran las dos manifestaciones de una misma tendencia; ambas trataban *de eliminar el azar* por vías diferentes, pero con el mismo rigor.

Pocas desgracias, pocas grandes alegrías; era una felicidad negativa. El imperio realizaba lo que D'Argenson llamaba una "cáfila de hombres felices".

No despreciemos desmesuradamente este resultado. No es poca cosa haber evitado los peores sufrimientos materiales, el del hambre y el del frío. Rara vez el Perú conoció la carestía, a pesar de la pobreza de su suelo, mientras que la Francia de 1694 y de 1709 sufría todavía crueles hambres (1). No es poca cosa tampoco haber suprimido el crimen y establecido, al mismo tiempo que un orden perfecto, una seguridad absoluta. "Esos reyes bárbaros —dice Acosta— habían hecho esclavos de sus súbditos y gozaban de los frutos del trabajo de éstos; ésta era su mayor riqueza. Y lo que mueve a admiración es que se servían de ellos con un orden y una organización tales, que esta servidumbre se transformaba en una existencia muy feliz" (2).

¿Cómo habría podido ser desgraciado ese pueblo que hemos visto trabajar cantando?

Creamos, pues, que los indígenas se sentían felices (3). La mediocridad de su situación importa poco; la felicidad es cosa subjetiva, y la única comparación que podía hacer el peruano con sus vecinos insumisos, sujetos a dificulta-

(1) Santa Cruz Pachacuti habla de una hambruna que habría durado 7 años y que habría hecho numerosas víctimas bajo el reinado de Tupac Yupanqui (*"An account of the antiquities"*, p. 97); pero esta información se hace sospechosa, pues este autor es el único que nos lo dice, y es sorprendente que un período tan largo de miseria, sobrevenido en una fecha próxima a la conquista, no haya permanecido en el recuerdo de los indios.
(2) Acosta, "Historia Natural", t. 2, lib. 6, cap. 15.
(3) En el mismo sentido, Brehm, *"Das Inka-Reich"*, p. 92.

des materiales, en lucha contra el hombre y la naturaleza, bastaría para hacerle sentir esa felicidad.

La aquiescencia misma al orden establecido, el exacto cumplimiento de la tarea impuesta, el sentimiento, avivado por los poetas, de ser la célula de un cuerpo admirable, eran fuentes de alegría que mantenían puras de todo fermento de envidia la separación de las castas y la limitación de los deseos (1).

En cuanto a la libertad individual, sólo podían echarla de menos los que la habían conocido en los países recientemente sometidos. Es tranquilizador sentir las fases de la vida corriente, ordenadas como un teorema, y basta con no tratar de romper las barreras para terminar a la larga por creerse libre.

Si el bienestar y la virtud, fuentes de felicidad, son el objeto de la vida, puede decirse que el inca realizó una obra maestra. El alma del indio se adormeció al ritmo monótono de una existencia demasiado bien reglamentada.

Pero si, por el contrario, es el desarrollo de la personalidad humana lo que se mira como el objeto de toda existencia, entonces el sistema peruano ha sido la más desastrosa de las experiencias sociales. El inca sumergió a sus súbditos en un sueño vecino de la muerte; les arrebató toda dignidad humana. Ciertamente, hay momentos en la existencia en que uno se siente fatigado de luchar, en que ni siquiera se querría tener que pensar en nada y en que se envidia a los que no tienen más que obedecer a una inteligencia más

(1) "El que envidia a otro se hace mal a sí mismo", decía el inca Pachacutec (Garcilaso, "Comentarios", lib. VI, cap. 36). Lo que lamentan hoy los habitantes de la meseta, aunque sus deseos son bien restringidos, es la época en que estos deseos eran más restringidos aún. Hemos oído la misma queja formulada en el Ecuador y en Marruecos: el extranjero ha dado a los indígenas deseos nuevos que son su tormento. En nuestros países civilizados los deseos crecen más ligero que los medios de satisfacerlos, y he aquí por qué tantos individuos que gozan de un bienestar más y más grande no dejan de lamentarse y son en realidad más y más desdichados por su propia culpa.

vasta que la suya; pero este deseo de destruirse a sí mismo para dejarse absorber en una masa no puede ser más que el fruto malsano de los momentos de angustia. La voluntad de superarse incesantemente, el esfuerzo constante de mejora, he ahí lo que importa: hoy día para el individuo lo esencial en la vida es la sensación de ascender.

Y para el soberano, la soberanía no consiste en haber encontrado un sistema perfecto, sino en buscarlo sin tregua. El que cree haber alcanzado su objeto está condenado por ese solo hecho.

En América no se obtuvo una supuesta felicidad más que a costa del aniquilamiento de la personalidad humana, y si se nos preguntara a cada uno de nosotros en qué país preferiríamos vivir: el Perú precolombino o España del siglo XVI, es indudable que muy pocos elegirían el primero de estos Estados (1). Entre los incas, la vida entera se refugia en la única clase dirigente y esencialmente en el jefe; fuera de él y de su familia, los hombres no son ya hombres, son piezas de la máquina económica o números de la estadística administrativa (2).

(1) Y, sin embargo, "el mundo actual se inclina, con el socialismo y la centralización, hacia una organización que no es muy diferente de la de los incas" (De la Riva-Agüero, "Examen de los Comentarios", ob. cit., p. 156). Hemos extraído de la experiencia peruana algunas enseñanzas en nuestra comunicación del 5 de julio de 1927 a la *"Société d'Economie Politique"* (*"Journal des économistes"*, 15 de julio de 1927, p. 506, y *"L'Economiste francais*, 23 de julio de 1927, p. 99).

(2) Prescott (*"Histoire"*, trad. fr., t. I, p. 177) y Lorente ("Historia Antigua", p. 328) pretenden que el sentimiento patriótico no existía en el Perú. Sin embargo, el Estado teocrático y socialista de las reducciones parece haber creado en el Paraguay una fuerte unidad nacional; se ha podido ver bien esto en la terrible guerra de 1866. "La nación se ha formado con las misiones", dice Sagot (*"Le communisme au Nouveau Monde"*, ob. cit., p. 113). Entre los incas, la ausencia de sentimiento patriótico se explica por el hecho de que el imperio era de fecha reciente y porque varias de sus partes no estaban aún unificadas (Jijón y Caamaño, "Un cementerio incásico", p. 83 y 89.— Suárez, "Historia General", t. I, p. 66).

Capítulo décimoquinto

LA ANTITESIS ESPAÑOLA
LA INVASION DE LOS BARBAROS

"Nuestro mundo acaba de encontrar otro, no menos grande, pleno y membrudo que él, y, sin embargo, tan nuevo y tan niño que se le enseña todavía su abecé; no hace ni 50 años que ignoraba las letras, los pesos, las medidas, los vestidos, los trigos, las viñas. Estaba todavía desnudo en el regazo y no vivía más que de los medios de su nodriza... Mucho me temo que habremos apresurado demasiado su declinación y su ruina por nuestro contagio y que le habremos vendido muy caro nuestras opiniones y nuestras artes. Era un mundo-niño." (Montaigne, "Ensayos", lib. 3. cap. 6.)

MIENTRAS que los dos hijos de Huayna-Cápac, Huáscar y Atahualpa, luchaban entre sí, Pizarro desembarcaba cerca de Túmbez y, a la cabeza de un puñado de hombres, se dirigió al asalto de la meseta. Choque formidable de dos civilizaciones diferentes, de los europeos individualistas, brutales y ávidos, pero llenos de iniciativa y de una maravillosa audacia, y de los indios, cuyo régimen socialista les había roto la voluntad. La fortuna sonrió a la temeridad y el imperio se derrumbó, pero el choque debía ser fatal tanto a los vencedores como a los vencidos, ya que los españoles llevaron consigo, junto con el oro de América, los gérmenes de la decadencia. Los acontecimientos históricos son muy conocidos y no nos toca contarlos una vez más, pero parece que los conquistadores españoles han sido a menudo mal juzgados.

Sería pueril querer comparar Estados tan diferentes como el Perú y España, uno con sus estadísticos y sus funcionarios, el otro con sus inquisidores, sus caballeros y sus mendigos. En uno, todo era orden y obediencia; en el otro, todo era impulso y orgullo. El imperio peruano se resumía

en un pequeño núcleo de inteligencias que absorbía la vida entera del país; España, por el contrario, era un hormiguero de individuos que se entrechocaban en luchas perpetuas. Es en esta España hirviente de vida donde ha nacido el tipo de hombre que reunía en sí, llevados al extremo, las cualidades y los defectos de su raza: el conquistador. Arrastrado por la pasión más que por una voluntad reflexiva; obediente al espíritu de camaradería más bien que al sentimiento de justicia; místico y sensual, ambicioso y astuto, valeroso y tenaz, es el más perfecto y representante de ese casticismo que concentra el valor y la virtud de toda Castilla (1). Mira la vida como una lotería, no calcula nada y arriesga su existencia en una tirada de dados; la conquista le atrae por lo que tiene de quimérico, y ello no es, como pudiera creerse, entusiasmo de juventud: Francisco Pizarro tenía cerca de 58 años cuando el descubrimiento del Perú, y su hermano Fernando, cerca de 60. Jamás una nación ya modernizada, como Francia o Inglaterra en tiempos del Renacimiento, habría de producir tales hombres, tan desmesuradamente confiados en sí mismos y seguros de su destino, "enamorados de gloria", semejantes a ese castellano cuya historia nos ha contado Enrique Larreta (2). Quien conozca los desfiladeros de la cordillera puede comprender el estado de espíritu de los que se atrevieron a cruzarla en número de menos de 200, en pleno país enemigo y desconocido.

Es equivocado ver en los conquistadores simples bandidos sedientos de oro y de placer. Indudablemente hubo en las huestes de Pizarro muchas gentes del hampa, y bastaría a probarlo el siguiente detalle: después de la captura del

(1) Altamira, "Psicología del pueblo español". Oviedo, 1902.—Unamuno, "En torno al casticismo", Salamanca, 1902.—Navarro y Ledesma, "Vida del ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra", Madrid, 1905.—Blanco Fombona, "El conquistador del siglo XVI", Madrid, 1922.

(2) En su célebre novela "La gloria de Don Ramiro".

inca, en Cajamarca, algunos soldados propusieron a su jefe cortar las manos de los prisioneros indios. Pero al lado de estos brutos se encuentra a F. de Jerez, Miguel Estete, Bartolomé Ruiz, Pedro Sancho, C. de Molina, J. de Betanzos, y muchos otros que han sabido observar y contar, y que eran otra cosa que "aventureros ignorantes" (1).

No es que los españoles no hayan cometido toda clase de crueldades. El testamento de S. de Leguizamo y las "Noticias Secretas", de Juan y Ulloa, son cargos abrumadores (2). Los crímenes han sido innumerables, desde el asesinato de Atahualpa hasta la violación de las vírgenes del sol, la destrucción de los palacios, el pillaje de los almacenes. Las riquezas fueron estúpidamente destruídas, sin provecho para nadie; para tomar la canela, se cortaba el árbol; para tener lana, se mataba la vicuña (3). "Los españoles —dice Ondegardo— hicieron más daño en cuatro años que el inca en 400". "Saquearon el país", añade Santillán (4).

Indudablemente los conquistadores tuvieron que ven-

(1) La expresión es de Robertson (V. Velasco, "Historia", t. I, p. 175). La raza de los conquistadores se marchitó rápidamente en América, dió origen a criollos impresionables, amables, caprichosos y supersticiosos, que no recordaban en nada a sus antepasados. "Parece que la desidia y la flojera hubieran arraigado en el país, tal vez porque éste es demasiado bueno, pues se observa que los que han sido educados en las normas del trabajo en Europa se vuelven flojos en poco tiempo, como los criollos" (Frézier, "Relación", p. 227). Hoy día, sin embargo, se podrían encontrar varios de los rasgos distintivos del conquistador en los caudillos sudamericanos, estos dictadores audaces que han hecho la América Latina moderna.

(2) Calancha, "Corónica moralizada", lib. I, p. 98.— Marcos de Niza (*Relation...*, trad. franc., p. 309 y sig.) habla con detalle de los crímenes de los españoles. Para los horrores cometidos durante la expedición a Chile, véase C. de Molina, "Relación de la conquista...", p. 166, y para aquellos cometidos en las costas del Ecuador, véase la carta de Diego de Almagro del 8 de mayo de 1534 ("Colección de documentos del Archivo de Indias", vol. 42, p. 104). Pereyra (*L'Oeuvre d'Espagne en Amérique*", p. 242) estima que las "Noticias Secretas" no podrían emplearse contra España, "pues ponen al desnudo los vicios de una sociedad, vicios independientes del lazo político de esta sociedad con España"; sin embargo, si el Gobierno de Madrid debe ser puesto fuera de causa, los españoles son harto responsables del nacimiento y desarrollo de estos vicios.

(3) Juan y Ulloa, "Noticias Secretas". Segunda parte, cap. 9.

(4) Ondegardo, "Relación", p. 272.— Santillán, "Relación", par. 60.

cer inauditas dificultades, luchar no solamente contra la naturaleza y el indígena, sino también contra sus propios compatriotas, intrigantes y envidiosos. Fué sólo después de la tercera tentativa y tras toda clase de experiencias trágicas cuando Pizarro llegó a Túmbez. La mayor parte de ellos tuvieron que soportar grandes sufrimientos: recordemos la expedición de Pascual de Andagoya a las costas de Colombia (1), la de Alvarado a través de las selvas ecuatorianas, la de Bahía de Caraques en Riobamba (2), la de Gonzalo Pizarro a las selvas vírgenes del oriente ecuatoriano, la de Almagro al desierto de Atacama, en Chile (3). Tales hombres, duros para los otros como para sí mismos, no retrocedían ante nada, y cuando se encontraban finalmente ante las riquezas soñadas, los invadía una verdadera embriaguez y perdían todo control (4).

El resultado fué desastroso: los españoles, sin comprender nada del sistema incaico, lo forzaron, incluso involuntariamente (5); las guerras civiles (6), las epidemias, las excesivas cargas de trabajo, la explotación de las minas, provocaron una rápida despoblación. Nada más triste que la lectura de ciertos capítulos de Cieza de León, describien-

(1) "Noticias biográficas del adelantado Pascual de Andagoya". Anónimo, ob. cit. p. 552.

(2) Marshall Saville, *"A letter of Pedro de Alvarado, relating to his expedition to Ecuador"*. Nueva York, 1917.

(3) Oviedo y Valdés, "Historia General", t. 4, lib. XLVII.— Herrera "Historia General", dec. 5, lib. 10, cap. 2.

(4) Para Juan Nuix, dadas las tentaciones a que estuvieron sometidos los conquistadores, es notable que los desórdenes no hayan sido peores ("Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias". Madrid, 1782, p. 225).

(5) Nicholson escribe: "El aporte de las ideas de valor de cambio (en el Perú) fué algo así como la introducción en un pueblo primitivo de una enfermedad de la que las naciones civilizadas no sufren ya, inmunizadas por una habituación prolongada" (*"The revival of marxism"*, ob. cit., p. 67). Esto no es exacto; pues, como lo hemos visto, existía un sistema de trueque y de moneda.

(6) Las luchas entre conquistadores por la reivindicación de tierras atribuídas por la corona y cuyos límites eran forzosamente muy inciertos, ya que el poder central ignoraba su situación geográfica exacta, son unas de las páginas más extraordinarias de la historia del mundo.

do el abandono de los valles antes ricos y poblados (1). Graves consecuencias resultaron de ello: las cargas soportadas por los indios se hicieron tanto más pesadas cuanto que el número de los contribuyentes disminuía (2); todos los indígenas de 15 a 60 años fueron declarados tributarios, mientras que antes de la conquista sólo los de 25 a 50 eran considerados como tales (3), y el tesoro español no recaudaba siquiera el monto íntegro de los impuestos, porque los recaudadores no se descuidaban de percibir comisiones indebidas (4). Además, habiéndose hecho muy numerosos los jefes indígenas (5), no sometidos ya al control del inca, y

(1) "Crónica". Primera parte, cap. LX-LXX-LXXV, etc. Los indios que no murieron huyeron en gran número a las montañas (Carta del Licenciado Gasca al Consejo de las Indias, 28 de enero de 1547. "Colección de documentos inéditos para la historia de España", t. 50, p. 27). V. P. de Rivera y A. de Chaves y Guevara, "Relación de la ciudad de Guamanga" ("Relaciones Geográficas", t. I, p. 110). Calancha, "Corónica moralizada", t. I, lib. I, cap. 16.— Bollaert, *"Antiquarium ethnological"*, p. 133.—Pereyra, en su deseo de disculpar a los españoles, va demasiado lejos. Pretende que la despoblación era inevitable, porque el indígena no podía soportar ningún trabajo, aun bajo el régimen más benévolo (*"L'Oeuvre de l'Espagne en Amérique"*, trad. fr., p. 328); si esta observación es verdadera para los habitantes de las regiones tropicales, en particular para las Antillas, a las cuales alude el autor, ¿cómo podría serlo para los quichuas de la meseta, habituados desde hacía mucho tiempo a ejecutar rudos trabajos? Juan Nuix va más lejos aún al negar la despoblación ("Reflexiones", ob. cit., p. 120 y sig.), pero funda su razonamiento sobre la situación de México. Hemos visto más arriba que la despoblación era un hecho innegable. Colmeiro, en su "Historia de la economía política en España" (Madrid, 1863, t. 2, cap. LXXVIII), expone la lista de las causas de esta despoblación: indica notablemente las epidemias y el sistema colonial mismo; pero este sistema no era de ninguna manera propio de los españoles; antes que ellos, los portugueses lo habían aplicado a los indios de Asia, y todas las naciones europeas habían seguido su ejemplo. M. Sobreviela y Narcisso y Barcelo insisten sobre los destrozos causados por las epidemias (*"Voyages au Pérou"*, t. II, p. 369). También Lozano ("Historia del Paraguay", Madrid, 1754, t. 1, lib. 1, caps. 13 y 14). Montesinos va hasta pretender que los antiguos soberanos habían prohibido la escritura porque las hojas que servían de tablillas propagaban las enfermedades ("Memorias", cap. 15).

(2) "Diez indios, véase, p. 302, son a veces tasados hoy día como lo eran 100 antiguamente" (Santillán, "Relación", 53).

(3) Herrera, "Historia General", dec. 5, lib. 10, cap. 8.

(4) Juan y Ulloa, "Noticias Secretas", 2.a parte, cap. 1.

(5) Santillán, "Relación", par. 25.— Los funcionarios españoles eran también demasiado numerosos (Juan y Ulloa, "Noticias Secretas", 2.a parte, cap. 7).

acostumbrándose, con el ejemplo de los españoles, a gustar del lujo y la diversión, comenzaron a tiranizar a los indios. "Hoy día —dice Santillán— cada cacique en su provincia se ha hecho un inca" (1). Se necesitaron órdenes formales del rey de España para que se fijase el monto de los tributos debidos a los caciques por sus súbditos (2).

Los españoles no son los únicos en haber cometido en sus colonias errores y crímenes; más crueles que ellos todavía, los ingleses exterminaron a los indios en América del Norte. No por eso deja de ser menos cierto que puede compararse la llegada de los españoles, en ciertos aspectos, a una invasión de bárbaros. Sólo que, para ser equitativo, no hay que olvidar, como se hace frecuentemente, que esa época de turbulencias fué de corta duración y que fué seguida por una era de calma y organización.

LA ORGANIZACION DE LA COLONIA

> "Más vale suspender una industria que causar a los indios el menor perjuicio."
> ("Recopilación de las leyes de los reinos de las Indias", lib. IV., título 26, ley 4.)

Desde hace ya largo tiempo, ciertos historiadores han tratado de hacer justicia a los españoles, protestando contra las exageraciones de los tres escritores que, a fines del siglo XVIII, falsearon el juicio de sus contemporáneos: el abate Raynal (1770), Adam Smith, el ilustre autor de la

(1) "Relación", par. 58. "Cuando un indio debe dos pesos, el cacique toma 8 ó 10" (Santillán, "Relación", par. 57). Igualmente escribe D. de la Bandera: "A la llegada de los españoles, cada cacique se arroga los poderes del inca" ("Relación", p. 99). "Los indios no sabían ni osaban rehusar a los caciques los bienes, mujeres e hijas que éstos pedían" (*"Mémoire de F. de Toledo, adressée a Philippe II"*, en "Relaciones Geográficas", t. I, app. 3, p. CLIII).

(2) *"Cédule royale du 27 nov. 1560"*. "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 18, p. 489.

"Riqueza de las Naciones" (1776) (1), y Robertson (1777); pero nadie los escuchaba, y es sólo hoy cuando empiezan a conocerce las "Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias", de Juan Nuix, escritas en italiano y traducidas al español, y el capítulo de Colmeiro a que hemos aludido antes (2). Finalmente, en nuestros días, algunas voces han logrado dejarse oír: Marius André en Francia (3), R. Altamira en España (4) y C. Pereyra en México (5), se esfuerzan por reformar los juicios ligeros que los más respetables autores creyeron deber emitir sobre la obra de España en América. Se dibuja, pues, una reacción contra los errores acumulados en los manuales escolares, reacción que, a su vez, parece excesiva en ciertos aspectos.

Ya no es permitido ignorar al presente lo que los vencedores han dado a los vencidos: los cultivos europeos (6), los animales útiles (7), los conocimientos científicos; ni desconocer tampoco los esfuerzos intentados por el rey, los altos funcionarios y el clero para mejorar la suerte de los indios. Los destinos de un pueblo han sido rara vez dirigidos por administradores tan grandes como el presidente La Gasca o el virrey F. de Toledo. ¿Y cómo no admirar a ese

(1) "El mismo Gobierno de España, a pesar de lo arbitrario y violento que es, se ha visto obligado, en muchas ocasiones, a revocar o modificar las órdenes que había dado para el régimen de las colonias, y ha cedido por temor de promover una insurrección general" (*"Wealth of Nations"*, lib. IV, cap. 7, trad. franc., ob. cit., p. 177). Sin embargo, Adam Smith reconoce los progresos producidos en las colonias españolas de América.

(2) Véase, p. 389, n. 1.

(3) *"La fin de l'empire espagnol d'Amérique"*. París, 1922. *"Bolívar et la démocratie"*. París, 1922. *"Les guerres civiles et le césarisme en Amérique espagnole"*. *"La revue universelle"*, 15 de diciembre de 1925.

(4) "Resultados generales en el estudio de la historia colonial americana, criterio *histórico* resultante". *"21.e Congrés International des Américanistes"*. La Haya, 1924, p. 425.

(5) *"L'Oeuvre de l'Espagne en Amérique"*, ob. cit. "Historia de la América española", 2 vols. Madrid, 1920-24.

(6) Como lo observa J. Prado y Ugarteche, no sería justo exigir que los españoles hayan hecho en beneficio de América lo que no habían hecho en su propia patria, y no hay que olvidar que en España la agricultura no era siquiera floreciente ("Estado social del Perú", ob. cit., p. 41).

(7) V. Friederici, *"Der Charakter der Entdeckung"*, ob. cit., pág. 426.

licenciado honrado y pobre, Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, que elaboró ese "monumento de justicia, de humanidad y de sabiduría" que se llaman las Leyes de Indias? (1) En cada provincia, un funcionario real llenaba las funciones de "protector de los indios", y la trata de negros no fué otra cosa que una medida humanitaria, destinada a evitar a los indígenas los trabajos más penosos (2).

Lo que es particularmente notable en la organización española es que se ha inspirado en muchos respectos en la antigua organización peruana. Toda la obra de Ondegardo es un vibrante alegato en favor de la vuelta a las instituciones precolombinas (servicios personales, repartimientos, reducciones, *suyu*). Matienzo, aunque hablando sin cesar de la tiranía de los incas, calca los artículos de las leyes que propone sobre las costumbres existentes antes de la conquista (3). Si el virrey F. de Toledo mereció ser llamado un "segundo Pachacutec" (4), es porque rehizo la obra de

(1) J. de la Espada, "Relaciones Geográficas", t. I. Introducción, p. LVIII.—"Recopilación de leyes de los reinos de las Indias" (Madrid, 1841.—Gomara, "Historia General", cap. CLI.—Véase una lista de las medidas protectoras de los indios: "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 6, p. 118, las instrucciones dadas a los corregidores en 1574 y en 1597 (la misma colección, t. 21, p. 301), el "Códice de leyes y ordenanzas para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los indios", 24 de sept. de 1571. La misma colección, t. 16, p. 376), la carta de protesta del obispo del Cuzco al emperador (la misma colección", t. 3, p. 92.), las "Ordenanzas que mandó hacer D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, para el remedio de los excesos que los corregidores de los naturales hacen en tratar y contractar con los Indios, y otras cosas dirigidas al bien de ellos", Lima, 1594.

(2) El protector de los indios fué suprimido, por lo tanto, en seguida, pues costaba muy caro a los mismos que tenía que defender (Cédulas de 1582 y 1584. "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 18, p. 533 y 540). Véase "Memorias de los virreyes que han gobernado en Perú, durante el tiempo del coloniaje español", ob. cit., t. 2, p. 98. Para la trata de negros, véase G. Scelle: *"Histoire politique de la traite négriere aux Indes de Castille"*. París, 1906, t. I, p. 135 y sig. Los indios, en las transacciones, eran considerados por la ley como mineros (Solórzano, "Política indiana", ob. cit., lib. 2, cap. 23.—Helps, *"The Spanish Conquest"*, t. 4, p. 246).

(3) Latcham, "La existencia...", p. 52, n. 1.

(4) Garcilaso, "Comentarios", lib. 6, cap. 36. Este virrey había pensado crear un Museo de las Indias, pero no pudo llevar a cabo este proyecto (J. de la Espada, "Tres Relaciones", p. XIX).

este monarca: juntó a los pueblos esparcidos, designó funcionarios, repartió los tributos, reglamentó el servicio de correos y de *tambos*.

Sólo que esta reglamentación llegó demasiado tarde, cuando los blancos no podían ya plegarse a la disciplina antigua; los reglamentos fueron imperfectamente aplicados y hasta desfigurados, y el conjunto del sistema tomó el aspecto de una caricatura más bien que de una copia del modelo antiguo. Pereyra, hablando de las Leyes de Indias, declara que "no faltaba a este caritativo repertorio más que una ley que permitiese la aplicación de las otras" (1).

Lo que ha subsistido sobre todo de la antigua organización es justamente lo que no era obra de los incas: la comunidad agraria. La conquista abatió el plan racional, la superestructura edificada por el legislador del Cuzco, y sólo el fundamento ancestral ha permanecido.

La "paz española" reinó en América. El virrey F. de Toledo rehusó emprender nuevas expediciones, alegando que vale más conservar y hacer fructificar sus dominios que conquistar nuevas tierras imposibles de explotar, a falta de hombres (2). Se establecieron colonias, prosperaron las ciudades, los españoles fueron cultivadores, ganaderos, constructores, sabios, y no solamente esos buscadores de oro que la leyenda y la poesía han descrito repetidas veces. Todavía en esto se dejó sentir la acción tutelar del Estado, apartando del continente americano a los indeseables, mediante prohibiciones de inmigración para los vagabundos, criminales, judíos o moros.

(1) *"L'Oeuvre de l'Espagne en Amérique"*, tr. fr., p. 242. Pero es seguro que en algunos casos los españoles, y particularmente los eclesiásticos, han caído en el exceso contrario; a fuerza de protestar contra la actitud de sus compatriotas, hicieron creer a los indios que toda percepción de impuesto era un robo ("Estado de un parecer del Doctor Vázquez sobre los repartimientos, encomiendas y aprovechamientos de las Indias". "Colección de documentos del Archivo de Indias", t. 4, p. 141).

(2) J. de la Espada, "Relaciones Geográficas", t. 4, app., p. CXIV.

Y así como el régimen colonial no fué un régimen de opresión sistemática, la guerra de la independencia no fué un movimiento de rebelión popular de los indios. La "mística revolucionaria" ha falsificado la historia. Fueron los grandes propietarios, el alto comercio y el clero los que condujeron la lucha, todos deseosos principalmente de autonomía, y fué un gran aristócrata, Bolívar, el que triunfó (1).

UN PUEBLO DE NIÑOS ENVEJECIDOS (2).

"Cristófolo Colombo, pobre Almi-
[rante,
Ruega a Dios por el mundo que des-
[cubriste."
(Rubén Darío, "A Colón".)

¿En qué han parado hoy los descendientes de los que adoraban al sol? Las estadísticas incompletas no permiten responder con precisión. Hemos visto que la población del territorio sometido antiguamente al inca alcanzó probablemente hacia 1914 la misma cifra que a la llegada de Pizarro; pero, ¿cuántos indios, mestizos y blancos hay en esta cifra? Aun cuando, por excepción, las estadísticas distinguen las razas, tales estadísticas son sospechosas, porque frecuentemente, en América del Sur, todo indio vestido a la europea y que hable español es clasificado como blanco por la administración.

Parece que, en total, los blancos, en los Estados andinos, se hallan en minoría, no solamente con relación a los rojos, sino también relativamente a los mestizos. El censo

(1) Jean Terral, *"L'Ouvre de l'Espagne en Amérique"*. *"Revue des études historiques"*, enero de 1926. Hubo guerra, no entre dos pueblos, ni entre indígenas y criollos, sino más bien entre dos políticas (R. Altamira, "Resultados generales...", ob. cit., p. 434).

(2) La expresión es de García Calderón, *"Le Pérou contemporain"*, ob. cit., p. 328.

de 1896 acusa 57.6% de indios puros en el Perú, y el de 1914, 50,9% de estos indios en Bolivia. Según Wolf, se cuenta solamente un blanco puro por 100 habitantes en los campos del Ecuador, y los indios puros representan el 50% de la población ecuatoriana (1). Según García Calderón, sobre la población total del Perú y del Ecuador, el elemento blanco no alcanza más que la débil proporción de 6% contra 70% del elemento indio puro (2). Means da para el Perú los porcentajes siguientes: indios puros, 50%; mestizos, 30 a 35%; blancos, 15 a 20%, de los cuales 5% son puros (3). Recientemente, M. V. Sapper ha estimado que más de 6 millones de indios puros viven en los países andinos (4); el doctor Rivet habla de 5 millones (5). Todas estas cifras son muy aproximadas. De manera general, puede decirse que los blancos ocupan la mayoría de las situaciones importantes en las repúblicas sudamericanas, que los mestizos constituyen la mayor parte de la clase media y que los rojos forman la masa de la población.

Inteligentes e imitadores, los blancos y los mestizos se inspiran en ideas democráticas incompatibles con su grado de civilización y se obstinan en mantener instituciones "a la europea", que no están hechas para ellos. Por eso, traban el desarrollo económico revoluciones incesantes, y los pueblos pasan por continuas alternativas de dictadura y de anarquía. La calma no se restablece más que en el mo-

(1) "Ecuador", p. 525.
(2) *"Les démocraties latines..."*, p. 332.
(3) *"Race and society in the andean countries"*, ob. cit., p. 419.— Del mismo autor: "Breves apuntes sobre la sociología campestre del Perú". "Mercurio Peruano", agosto de 1921, p. 45. Igualmente que en México, los indios y los mestizos forman la mayor parte de la población; se cuentan 3 millones de descendientes de españoles en un total de 13 ó 14 millones de habitantes ("Universal", 7 de dic. de 1924).
(4) *"Die Zahl und die Volksdichte der indianischen Bevolkerung in Amerika"*. *"21.e Congrés International des Américanistes"*, ob. cit., p. 103.
(5) Véase el cap. IV, p. 98, n. 2.

mento en que el poder cae en manos de esos jefes enérgicos, llamados caudillos, tales como Porfirio Díaz, Guzmán Blanco, García Moreno, el doctor Francia, el general Roca. Entonces el país puede entrar en la vía del progreso, pero en seguida se alza el clamor de los liberales indignados, el caudillo es barrido por la revuelta y el desorden vuelve a empezar (1).

En cuanto a la situación de la gran masa del pueblo, es la que fué siempre. Los últimos descendientes del inca, de la antigua *élite,* exterminada por Atahualpa y por los sepañoles, han caído en el olvido (2) y "los indios —como dice Tschudi— están hoy más atrasados que en el momento de la conquista española" (3). Siguen siendo sumisos, desconfiados y supersticiosos; la *pereza mental* constituye su característica más marcada y se traduce por la debilidad de la voluntad, el gusto del alcohol, la ausencia de higiene, la falta de alimento conveniente y de los conocimientos culinarios más rudimentarios, la insuficiencia de la habitación y del vestido (4). Ya mayor parte de ellos viven en cabañas de adobes y de paja, sin ventanas: continúan durmiendo vestidos, poniéndose de cuclillas en el suelo para

(1) Desde hace algunos años la situación ha mejorado mucho y parece haberse alcanzado por fin un estado de equilibrio. Una era de calma y de prosperidad se ha abierto para la América del Sur.

(2) Según Garcilaso, en 1603, menos de un siglo después de la conquista, los últimos descendientes de los incas presentaron una humilde petición a sus vencedores para pedir una reducción en los tributos que soportaban, y en esa época eran 567 ("Comentarios", lib. 9, cap. 40). Frézier cuenta que existía en Lima, a comienzos del siglo XVIII, una familia de la raza de los incas, cuyo jefe se llamaba Ampuero. El virrey, a su entrada a la capital del Perú, no dejaba de rendirle una especie de homenaje público ("Relación", p. 249).

(3) "Contribuciones...", p. 38. No pretendemos en ninguna forma que los indios no sean perfectibles; varios de entre ellos se han distinguido en las artes, en la ciencia o en la política, y se puede creer que la masa tomará un día conciencia de sí misma —a este respecto sería interesante saber si los incas eran de la misma raza que sus súbditos—, pero los rojos insisten hoy día en creerse a sí mismos inferiores a los blancos, a tal punto que los que han llegado a ocupar cierta posición social se apresuran muy a menudo a renegar de su pasado y a despreciar a sus hermanos de color.

(4) Means, "Breves apuntes...", ob. cit., p. 45.

comer, sirviéndose de escudillas, vasos, copas y cucharas como utensilios de menaje. No son atraídos por las grandes ciudades, y no forman, como tantos otros miserables de nuestros países, un proletariado urbano, salvo en Lima (1). Conducen sus rebaños de llamas como lo hacían sus abuelos, modulando en su flauta las canciones de otro tiempo. Su lengua es la de sus antiguos amos, el quichua; sus costumbres son las de sus antepasados; su derecho consuetudinario subsiste al margen del derecho escrito; hasta su cristianismo no es más que un paganismo disfrazado. Nuestra civilización ha pasado sobre su alma como el viento pasa sobre la cordillera. Así son hoy, así eran cuando acudían en multitud a lo largo de las carreteras para aclamar al hijo del sol.

Los europeos se imaginan que los indios no son más que un recuerdo, que existen solamente en las novelas de Fenimore Cooper, en los poemas de Longfellow o en esas "Reservas", donde los norteamericanos los han cercado como a animales curiosos. Y, sin embargo, son esos hombres rojos los que tienen en sus manos el porvenir de los Estados del Pacífico. El número de los de raza pura habrá disminuído, es verdad, en cerca de la mitad desde la conquista española, si ha de creerse a Von Sapper, pero la inmigración blanca es débil en estos países que permanecen separados del mundo "por las mismas barreras naturales que en los tiempos del inca" (2), y en el curso de estos últimos años la población indígena parece haber aumentado rápidamente (3).

En numerosas regiones, los indios y los descendientes

(1) C. Ugarte, "El problema agrario peruano". "Mercurio Peruano", sept. de 1923, p. 138.

(2) Payne, *"History"*, t. I, p. 247, n. 2.

(3) En Ecuador, el censo de 1915, indica un excedente de 16,4 por 1,000 habitantes de los nacidos sobre los fallecidos, cifra considerable que no es sobrepasada en Europa sino por Rusia, Rumania y Bulgaria (*"Annuaire international de statistique de la Haye"*, 1919, t. 4), pero los

de los españoles no tienen contacto entre sí, "espectáculo único de dos razas que viven una al lado de otra desde hace tres siglos sin fusionarse" (1). Desde la época colonial, las Leyes de Indias, al tratar de proteger a los indígenas mediante disposiciones particulares, han contribuído a mantenerlos apartados de los invasores (2). Este aislamiento ha persistido; en nuestros días los rojos oponen a los blancos una increíble fuerza de inercia. Hasta donde se producen fusiones, queda por saber cuál de las dos razas gana a la otra. ¿Hay que creer, con Payne y con Mendieta y Núñez, que los elementos mixtos retornan poco a poco al tipo indio (3), o, con Von Sapper, que en doscientos o trescientos años, la raza roja, a consecuencia de cruzamientos que no dejarían de producirse a la larga, a pesar de todo, habrá desaparecido enteramente? (4). Sea lo que fuere, actualmente el estatuto de los indígenas es, en los Estados andinos, la más grave cuestión que los gobernantes tengan que resolver, y, de tiempo en tiempo, las revueltas vienen a recordar a los descendientes de los vencedores que los hijos de los vencidos no han olvidado enteramente sus glorias antiguas (5).

censos en Ecuador no son sino avaluaciones, muy aproximadas forzosamente. Los matrimonios son generalmente fecundos entre los aimaraes y los quichuas, pero un gran número de niños perece a temprana edad, por falta de cuidados (Rouma, *"Les indiens Quitchouas et Aymaras"*, ob. cit., p. 59).

(1) Rivet, *"Etude sur les indiens de la région de Riobamba"*, ob. cit., p. 64.—J. Prado y Ugarteche subraya la "separación profunda" que existe entre la raza europea y la raza indígena ("Estado social del Perú", ob. cit., p. 160).

(2) E. Rabasa, *L'evolution historique du Mexique"*, tr. fr., París, 1924, p. 24.

(3) Payne,*"History"*, t. I, p. 246, n. 1.— Mendieta y Núñez, "Situación de las poblaciones indígenas de América ante el derecho actual", México, 1925, p. 9. "Se ha comprobado que el tipo de la madre aimará se mantiene mejor que el del padre español; después de varias generaciones sucesivas de uniones mixtas, se encuentra siempre al aimará bajo el pretendido hispanoamericano" (Reclus, *"Géographie Universelle"*, t. XVIII, p. 654).

(4) *"Die Zahl und die Volksdichte..."*, ob. cit.

(5) Por ejemplo, las revueltas de 1570, 1743, 1780, que hemos citado

Al final de la guerra de la independencia, en el Congreso de Tucumán, cierto número de delegados pidieron la restauración del imperio de los incas, con el Cuzco como capital. Era un bello homenaje rendido al pasado; pero, si el indio parece haber cambiado poco, el blanco y el mestizo han aportado a la vida social demasiados elementos nuevos para que la antigua organización pueda revivir sin ser deformada.

La sorprendente historia de los incas no puede tener ya continuación.

ya, la de Condorcanqui en el siglo pasado y las de Azángaro y de Huancane últimamente, en diciembre de 1923. Refiriéndose a tres congresos indígenas realizados en Lima, el diario "El Comercio" explica que el carácter de temor, timidez y de recelos o envidia del indio proviene de la explotación de que continúa siendo objeto por los blancos. Preconiza el establecimiento de una legislación especial para el indígena, basada en el respeto a las antiguas costumbres ("El Comercio", 27 de sept. de 1923). Means teme que estos pueblos, desprovistos de toda instrucción, se dejen contaminar por las ideas bolcheviques, razón sobrada para preocuparse de ellos activamente (*"Race and society..."*, ob. cit., p. 424).

CONCLUSION

Es al lector a quien conviene completar el relato que acabamos de hacer. De la sociedad precolombina no hemos podido más que dar una idea, bosquejar su armazón. Es posible que nuestra Europa moderna, impregnada de ciencia, sea tan incapaz de comprender el sistema peruano, como lo fué la España del siglo XV, enteramente embriagada de ardor místico y de codicia sensual.

Pero quedaremos complacidos si hemos podido hacer participar al lector, en medio de las preocupaciones de la hora presente, un poco de la agradable emoción que nosotros mismos hemos gustado al leer las páginas de los viejos cronistas, al participar en su asombro, al experimentar como ellos la sensación de descubrir un mundo nuevo (1).

(1) En el momento en que iba a aparecer nuestro libro, nos llegó un número de la "Revista chilena de historia y geografía", de enero-marzo de 1927, que contiene un importante artículo de Ricardo Latcham, titulado: "El dominio de la tierra y el sistema tributario en el antiguo imperio de los incas". El autor, cuyas opiniones se aproximan a las nuestras en un gran número de puntos, vuelve a tomar, para desarrollarlas, las ideas que ha expuesto en estudios anteriores. R. Latcham es uno de los escritores que han reaccionado con más vigor contra la tendencia de los historiadores antiguos de calificar de comunista el régimen peruano.

Recibimos igualmente la obra de Castro-Pozo: "Nuestra comunidad indígena" (Lima, 1924). Remitimos a este estudio muy concienzudo al lector deseoso de conocer las supervivencias de las antiguas costumbres que se encuentran en la meseta y que no podríamos pasar en revista aquí. Hagamos notar solamente que la división del trabajo no existe en la comunidad india actual; que el hijo es considerado aún como propiedad de la familia y que, a despecho de las leyes, es vendido frecuentemente como sirviente por su padre; que el matrimonio, si no es obligatorio, ha conservado por lo menos un carácter social, y son los padres los que deciden a menudo las uniones sin consultar a los futuros cónyuges. Se concibe que, fundada de este modo, más bien sobre el interés que sobre el sentimiento, la familia india sea poco atrayente y se explica el gusto de sus miembros por el silencio y la contemplación.

Mencionemos por último, como recorderis, un panfleto de una fantasía delirante, de A. Bontoux, titulado: *"Le régime économique des Incas"* (París, 1927).

Apéndice

A EJEMPLO DE LOS INCAS

La influencia ejercida por la civilización de los incas sobre los pueblos extranjeros después de la conquista ha sido muy débil. Ninguna de las colonias socialistas fundadas en América en el curso del siglo XIX, de las que han existido, solamente en los Estados Unidos, más de 50, se ha inspirado en los antiguos peruanos, y cuando el socialismo europeo ha penetrado en los Estados del Pacífico, a mediados del siglo último, se ha desarrollado sobre todo en los países de inmigración que no habían sido conquistados por los incas o no habían sido más que parcialmente sometidos: Chile y Colombia (1). La única gran tentativa de organización que pueda aproximarse a la que acabamos de estudiar es la de las *reducciones* del Paraguay. El abate Raynal dice expresamente que los jesuítas tomaron por base las reglas establecidas por los incas (2). En el Para-

(1) De Mazade, *"Le socialisme dans l'Amérique du Sud"*. *"Revue des deux mondes"*, 15 de mayo de 1852.

(2) *"Histoire philosophique..."*, t. 2, p. 277. El autor anónimo de una memoria de la Academia de Dijon del año 1874 (*"L'influence des jésuites considerés comme misionaires sur le mouvement des idées au XVIIIe siécle"*) dice también, al hablar de la organización establecida por

guay, las tierras eran distribuídas entre las comunidades indígenas y el Estado; los productos del dominio nacional *(propiedad de Dios)* eran conservados en almacenes públicos, servían para el mantenimiento del culto, de las viudas, de los huérfanos, de los inutilizados, de los altos funcionarios, y constituían reservas para los malos años. Toda la dirección económica estaba concentrada en manos de los misioneros, que asignaban a cada persona su papel; ninguna moneda circulaba en el interior, y el comercio exterior estaba restringido tanto como era posible, a fin de aislar a las *reducciones* del resto del mundo (1). La existencia en épocas diferentes en este mismo territorio sudamericano de dos comunidades socialistas, una teocrática, en el siglo XVI: *las reducciones;* la otra igualitaria, en el siglo XIX: *la colonia de Nueva Australia,* permite medir la diferencia de los resultados obtenidos. La primera fué próspera durante largo tiempo; la segunda periclitó casi inmediatamente (2).

Los españoles, que habrían podido sufrir la influencia peruana más que todos los demás europeos, se limitaron a estudiar el régimen agrario, y por añadidura siguieron, im-

los jesuítas en el Paraguay: "Tal vez encontraron el germen de ello en la antigua organización social del Perú" (Véase *"Lettres édifiantes et curieuses"*, ob. cit., t. 10, 11, 19, 23.—Lugones, *"El Imperio Jesuítico"*, ob. cit.—Pablo Hernández, *"Organización social de la Compañía de Jesús"*, ob. cit.—Charlevoix, *"Histoire du Paraguay"*, ob. cit.—Sagot, *"Le communisme au Nouveau Monde"*, ob. cit.— Demersay, *"Histoire physique, économique et politique du Paraguay"*, París, 1860-64.— Pfotenhauer, *"Die missionen der Jesuiten in Paraguay"*, tres vols., Gütersloh, 1891-93.— Gothein, *"Der Christlich-Sociale Staat der Jesuiten in Paraguay"*, ob. cit.— M. Fasbinder, *"Der Jesuitenstaat in Paraguay"*, ob. cit.— R. Lozano, "Historia del Paraguay", ob. cit.— F. de Azara, "Viajes inéditos desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay y a los pueblos de misiones", Buenos Aires, 1873.—C. Báez, *"Le Paraguay"*, París, 1927.

(1) El peso servía de moneda de cambio, los precios eran fijados aún en cifras invariables. Este sistema sólo ha podido subsistir gracias a la ausencia completa de minas en el Paraguay, por el aislamiento de las reducciones y por la escasez de los cambios privados.

(2) Droulers, *"Une colonie socialiste au Paraguay"*. *"Réforme Sociale"*, 1895, t. 2.—Saint-Grahame, *"Where socialism failed"*, Londres, 1912.

buídos, sobre todo, de los recuerdos de la historia romana o griega. El licenciado F. Murcia de la Llana en 1624, Floranes en 1797, Flórez Estrado en 1839, han buscado en el sistema incaico justificación a sus respectivas tesis (1).

Es curioso que la misma literatura española se haya inspirado tan poco en la América precolombina; apenas si se encuentran en el "siglo de oro" algunas piezas relativas a los incas, tal como la "Aurora en Copacavana", de Calderón de la Barca, tipo de drama religioso donde se ve a la idolatría aparecer en escena, en carne y hueso (2).

Más raro todavía es el hecho de que la mayor parte de los utopistas hayan descuidado a la América del Sur. Platón sigue siendo la fuente donde vienen a beber los constructores de ciudades futuras, siendo el primero de todos el propio Tomás Moro (3). Campanella y Morelly parecen ser una excepción; el primero tomó tal vez de los peruanos algunos de los elementos de su sistema, además del título mismo de su libro *"Civitas Solis"* (1630) (4); el segundo, que pretende tomar a los incas como modelo en su *"Basiliada"*, habla de cultivo en común, de almacenes públicos y aun de carreteras "bordeadas a distancias iguales por algunas habitaciones campestres", pero la sociedad que describe es comunista y vive en un país muy fértil, lo que la diferencia profundamente

(1) J. Costa, "Colectivismo agrario...", ob. cit., p. 76-192.

(2) Ningún poeta de talento ha cantado la conquista del Perú. "La conquista de la Nueva Castilla", publicada en París en 1848, y "La Lima fundada", de P. de Peralta Barnuevo (Lima, 1732), son obras sin valor. Mencionemos entre las piezas teatrales la "Trilogía de las hazañas de los Pizarros en el Nuevo Mundo y sus aventuras amorosas en la metrópoli", de Tirso de Molina, y el "Atahualpa", de Cortés (1784).

(3) La "Utopía" fué publicada en 1516; por consiguiente, antes del descubrimiento del Perú.

(4) Campanella ha podido conocer los relatos de Jerez, Gomara, Cieza de León, Zárate, Acosta (Mauss, *"Analyse et critique de l'ouvrage de De Greef sur l'Evolution des croyances et des doctrines politiques"*. *"Le Devenir Social"*, 1896, p. 370, n. 2). "Campanella debía de haber leído relatos sobre este extraño país (el Perú)". (P. Lafargue, *"Campanella"*. *"Le Devenir Social"*, 1895, p. 574).

de las sociedades precolombianas de la América del Sur (1). Francisco Bacon, en su *"New Atlantis"* (1627), menciona el Perú en varios pasajes, pero sin inspirarse en la organización peruana (2). Por el contrario, como es natural, encontramos en las obras de los utopistas concepciones que se realizaron en tiempos de los incas: en Vairasse d'Alais, que conoce los "Comentarios" de Garcilaso, encontramos un país donde todos los habitantes son ricos sin poseer nada propio y donde "nadie carece de las cosas necesarias y útiles a la vida" (3); en Bulwer Lytton (4), una desigualdad relativa de las fortunas, sin miseria verdadera; en Rétif de la Bretonne (5), comunidades agrarias; en Bellamy (6), un funcionarismo universal y una reglamentación de la producción; sin embargo, siguen siendo los Estados imaginarios de Moro, de Morelly (en su *"Basiliada"*Q (7), y de Cabet (8), los que, con su geométrico aparato, se aproximan más al imperio peruano.

Entre los historiadores y los filósofos son numerosos los que se han ocupado de las Indias de Castilla, en Francia especialmente. Pero han considerado sobre todo el punto de vista moral. Bodin se limita a demostrar, tomando por ejemplo el asesinato de Atahualpa, que en política el más fuerte encuentra siempre un pretexto para cumplir sus designios (9); Montaigne, que ha leído a Gomara, a Benzoni, y

(1) *"Naufrage des Iles flottantes ou Basiliade du célèbre Pilpai"*. Mesina, 1753, t. I, p. XLI, 4 y 105. Se puede decir, sin embargo, que es por medio de Morelly que el imperio de los incas, aunque mal conocido y mal comprendido, ha ejercido cierta influencia en el socialismo moderno.

(2) Edición de Cambridge, 1919, p. 1 y 17.

(3) *"Histoire des Séverambes"*, Amsterdam, 1677.

(4) *"The coming race"*, trad. franc., París, 1888.

(5) *"Découverte astrale"*, Leipzig, 1782.—L'*Andrographe*, La Haya, 1782.

(6) *"Looking Backward"*, Boston, 1888.

(7) En su *"Code de la Nature"*, Morelly prevé reglas estrictas de organización: matrimonio obligatorio, supresión de la propiedad individual, creación de almacenes públicos; pero se aparta del sistema peruano en muchos puntos: libertad de consumo, principio de elección, etc.

(8) *"Voyage en Icarie"*, París, 1840.

(9) *"République"*, lib. 5, cap. 6 (Edición de París de 1577, p. 369). Por más que Atabalippa, como escribe Bodin, pagase el rescate que se le

tal vez a Las Casas, elogia las virtudes de los americanos, y, al criticar a los españoles, apunta a toda la civilización de su tiempo (1). En españa misma, Guevara, en "El reloj de los príncipes" (1529), y Ercilla y Zúñiga, en "La Araucana" (1590), protestan contra los excesos cometidos por los vencedores (2).

En el siglo XVII, como en el XVI, los conquistadores españoles continúan siendo severamente criticados, a veces con un objetivo manifiestamente político. Los indios se benefician con el horror que inspiran sus verdugos y se transforman en modelos de virtud (3).

Fué en el siglo XVIII cuando los incas hicieron furor en nuestro país, pero son incas "buenos padres de familia", tales como pueden concebirlos los lectores de Garcilaso y de Las Casas. Aun cuando no estén tan a la moda como los "buenos salvajes" del Paraguay o de la isla de Tahití, figuran en buen sitio en las comedias y en los ballets. Las "Indias Galantes", de Rameau (1735), cuentan los amores de una hija de inca con un oficial español; Voltaire, que cita a Garcilaso, Herrera, Zárate y Las Casas, consagra a la conquista del Perú un capítulo breve y poco instructivo en su "Ensayo sobre las costumbres" (4); por el contrario,

pide y abrazase en seguida la fe católica, no por eso se libró de perecer. "Cuando ya no hay excusas, el más fuerte en materia de estado no deja nunca de ganarlo y el más débil deja de tener razón".

(1) *"Essais"*, lib. 3, cap. 6.— P. Villey, *"Les sources des Essais"* (t. IV de la edición Strowsky y Gebelin, Burdeos, 1919). Montaigne conoció una traducción francesa completa de Gomara de 1584 y la traducción de Benzoni de 1579; alabó sobre todo la elegancia y la ironía del primero de estos escritores (C. Pereyra, *"Montaigne et López de Gomara"*. *"Revue de l'Amérique Latine"*, 1.o de agosto de 1924, p. 404).

(2). Chinard, *"L'exotisme américain dans la littérature francaise au XVIe siecle"*, París, 1911, p. 224.

(3) Agrippa d'Aubigné, al excusarse de hablar de la conquista del Perú, se expresa así con franqueza: *"Je renvoye mon lecteur aux Espagnols qui en ont escript, meu de deux considérations. L'une que je ne scaurais entrer en ce discorus sans passions contre les cruautés et perfidies, ce qui serait soupconne d'un francais, et cette passion contre ma professions"*. (*"Histoire Universelle"*, París, 1616, lib. I, cap. 16).

(4) T. 2, cap. CXLVIII. Voltaire supone, y no sin razón, que Las Casas exagera, pero, sin embargo, toma las afirmaciones de este escritor.

escribe *Alzire,* drama que fué representado por primera vez el 27 de enero de 1736, y que obtuvo un éxito increíble. Según nuestro punto de vista, esta pieza está totalmente desprovista de interés, porque el autor no trató de documentarse en forma alguna acerca de la historia y las costumbres de los indios (1).

La invasión americana se agrava en la segunda parte del siglo XVIII. En la escena se suceden *La Peruana,* de Boisi (1748); *La Peruana,* también, de Rochon de Chabannes (1754; *Manco Cápac,* de Leblanc (1763) (2); *Azor o los Peruanos,* de Du Rozoi (1770). *Las Cartas de una Peruana,* de Mme. de Graffigny (París, 1752), en dos volúmenes, conocieron el éxito; hay en ellas una india que dirige por medio de quipos largas misivas en un estilo florido y ampuloso de la época (3).

J. F. Marmontel, en 1777, publica su célebre novela "Los incas o la destrucción del imperio del Perú", fantástica, fastidiosa y de un sentimentalismo desolador. Multiplica las inverosimilitudes y, circunstancia agravante, se refiere perpetuamente a las fuentes e insiste sobre el carácter histórico de su obra. Supone que un mexicano viene a contar a los peruanos las desgracias de su patria, y nos muestra al inca, en el momento en que el imperio está amenazado por todas partes, perdonando a un español por haber raptado una virgen del sol, crimen excepcionalmente grave,

(1) El abate Galiani critica espiritualmente a los personajes de esta pieza en su carta a Madame d'Epinay, del 20 de febrero de 1773: "Alvarez, débil y llorón, no tiene nada del valor y del orgullo castellanos... Alzire es una de las mejores teólogas de su siglo... Monteze ni es americano, ni español, ni salvaje, ni cristiano; no se sabe lo que es, si es que no es un imbécil."

(2) Llamado por La Harpe "una obra maestra de estupidez" (*Correspondance*", t. 4, p. 250).

(3) Turgot ha comunicado a Madame de Graffigny misma sus observaciones sobre *"Lettres d'un péruvienne"* (*"Oeuvres de Turgot"*, ed. Guillaumin, París, 1844, t. 2, p. 785). Entusiasmados con la lectura de la obra de Mme Graffigny, dos italianos han escrito una *"Apologie des quipos"*, llena de errores, de la que habla Skinner (*"The present state of Peru"*, p. 17, n.).

como sabemos. Todo está tan bien ordenado en el Estado que nos presenta, que uno se siente inclinado a admirar el desorden, y los habitantes son tan exageradamente virtuosos, que uno se siente casi tentado a lamentar la falta de vicios (1).

Finalmente, a pesar de su extrema brevedad, los desarrollos que figuran en la Gran Enciclopedia, en las palabras *Inca* y *Perú*, contienen también varios errores capitales. Al leerlos, tenemos el sentimiento de que los franceses del siglo XVIII podían dar impunemente libre curso a su imaginación cuando hablaban de la América del Sur; hallaban siempre un público dispuesto a creerles.

Ciertos espíritus más científicos han tratado del Perú en sus obras. Hemos citado ya al abate de Pauw; a pesar de su parcialidad y de sus exageraciones, uno se siente casi agradecido a este escritor paradojal por haberse atrevido a remontar "el torrente inagotable de glacial sensibilidad" (2) que arrastraba a todos sus contemporáneos. El abate Raynal, a quien conocemos igualmente ya, nos da, en su "Historia filosófica..." una obra muy característica del estado de los espíritus en ese fin de siglo en que no se quiere renunciar al ideal del "buen salvaje", y en que, sin embargo, después de los viajes de La Condamine y de Bougain-

(1) Marmontel se inspira en Garcilaso, en Las Casas y en Benzoni; las inexactitudes de detalle pululan en su obra. Veamos un solo ejemplo: escribe que el inca hace enarbolar el estandarte de guerra en una de las cimas del Illiniza (p. 238); pues bien, las dos cimas de esta montaña tienen 5,300 y 5,160 metros de altura, y el famoso alpinista inglés Whymper, vencedor del Chimborazo, ha debido retroceder ante una de ellas. Chateaubriand ha tomado de Marmontel una de las escenas más importantes de *"Atala"* (Chinard, *"L'exotisme américain dans l'oeuvre de Chateaubriand"*, París, 1918, p. 289).

(2) La expresión es de M. Lichtenberger, *"Le socialisme au XVIIIe siecle"*, París, 1895, p. 270. V. *supra*, cap. 1, p. 47. ¡De Pauw llegaba hasta considerar como signo de debilidad la falta de barba en los indios! Pasamos en silencio los autores de segundo orden, como el abate Lambert, que se limita a resumir a Garcilaso (*"Histoire générale, civile, naturelle, politique et religieuse de tous les peuples du monde"*. París, 1750, t. XIII, p. 225 y sig.).

ville, no se pueden ya acariciar ilusiones (1). El abate Raynal elogia y censura al Perú a la vez, sus ideas son numerosas, pero confusas, y sus conclusiones vagas.

En el libro VII del tomo II, este autor pinta un cuadro encantador del imperio incaico; luego, comprobando que la propiedad era colectiva, se pregunta cómo los peruanos, privados del estimulante del interés personal, no han caído en la miseria. Responde por un razonamiento singular: los incas, al no conocer la moneda, obligaban a los indios a cultivar sus tierras, a guisa de tributo, y "su patrimonio estaba tan confusamente mezclado al de sus súbditos, que no era posible fertilizar uno sin fertilizar el otro". El abate Raynal cree que los peruanos no se elevaron jamás por encima de lo más estrictamente necesario. "Se puede asegurar que habrían adquirido los medios de variar y de extender sus alegrías, si hubiese aguzado su ingenio la propiedad territorial comercial (sic) hereditaria." El célebre filósofo sostiene, además, que el comercio no existía, que las artes "de detalle" eran imperfectas, que los relatos de los españoles, relativos a las ciudades, a los monumentos, a las carreteras, a los quipos, son leyendas, lo que no le impide censurar a los que han tratado de fábulas los relatos hechos sobre el inca. En fin, según él, las leyes debían alterarse insensiblemente, en razón de la ausencia de escritura; pero, por fortuna, la ignorancia absoluta de las monedas de oro y de plata impedía al monarca el atesoramiento. En suma, el abate Raynal no admira sin reservas las instituciones peruanas y esconde una gran inquietud de espíritu bajo un entusiasmo ficticio (2).

(1) La Condamine, *"Relation abrégée d'un voyage fait dans l'interieur de l'Amérique meridionale"*, París, 1745.—L. A. Bougainville, *"Voyage autour du monde, par la frégate du roi la Boudeuse et la flute l'Etoile"*, París, 1772.

(2) En Chateaubriand, la inquietud llega a su máximo, pues el ideal de vida sencilla, que presentaban los americanos, aparece como inaccesible a los europeos. Un civilizado no podría volver a convertirse en salvaje.

Adam Smith, más breve que el abate Raynal, no ha estado mejor inspirado que él. Asegura que los indios de México y del Perú no han podido gozar de una civilización verdadera y concluye de ello que la población de estos dos imperios debía de ser muy débil. "Parece imposible— dice— que uno u otro de estos imperios haya podido ser civilizado ni tan bien cultivado como hoy, en que están abundantemente provistos de toda clase de bestias de Europa y en que el uso del hierro, del arado y de la mayor parte de nuestras artes se ha introducido entre ellos; ahora bien, la población de un país debe necesariamente estar en proporción al grado de su civilización y de su cultura (1). A pesar de la barbarie con que se ha destruído a los naturales de los países después de la conquista, verosímilmente estos dos grandes imperios están hoy más poblados que lo estuvieran nunca, y el pueblo es allí ciertamente de una naturaleza muy diferente, porque yo pienso que todo el mundo convendrá en que los criollos españoles son, en muchos respectos, superiores a los antiguos indios" (2).

Se ve que el ilustre economista inglés no estaba exento de prejuicios.

Contrariamente al abate de Pauw, el conde De Carli traza del Perú un risueño bosquejo, deformación grosera de la realidad, de la que Garcilaso es responsable. De creerle, el sistema peruano es únicamente la obra de los incas, está fundado sobre la diferenciación de la propiedad "natural" y de la propiedad "legal" y conduce a la felicidad absoluta. Sin embargo, De Carli no es autor que carezca de mérito; critica juiciosamente a De Pauw, que "ha considerado salvaje todo lo que no está en Berlín o en Breslau" y que, "por una extraña metamorfosis, parece haber heredado del alma

(1) Proposición inexacta; actualmente la natalidad tiene tendencia a decrecer a medida que la civilización aumenta.

(2) *"Wealth of nations"*, lib. IV, cap. 7. Trad. franc., ob. cit., 178. Se sabe que esta obra fué publicada en 1776.

del monje Vicente Valverde" (ese monje que, en Cajamarca, presentó los Evangelios al inca y dió la señal de la matanza); anota que el Perú no puede ser calificado de Estado conventual ni de reunión monástica, porque "esta forma de gobierno no podía tener efecto más que en límites muy estrechos"; indica con razón que la desaparición de las necesidades ficticias, consecuencia de la enérgica política de los incas, es, en toda sociedad humana, el fundamento de la felicidad (1). Concluye, en un arranque de entusiasmo, excesivo pero sincero: "Estoy tan plenamente impregnado de la idea del antiguo Perú, que yo mismo me creo realmente peruano. Me parece, al menos, que querría ver realizar un sistema semejante en cualquier parte del globo. Iría a gozar de una perfecta felicidad durante el tiempo que me queda de vida" (2).

En la víspera de la revolución, en 1787, la Academia de Lyón convocaba a un concurso sobre el tema siguiente: De la influencia del descubrimiento de América sobre la felicidad del género humano. Entre las obras presentadas bajo este título, sólo la del abate Genty merece retener nuestra atención (3).

Este autor, como el abate Raynal, admite a la vez que la propiedad entre los incas ha sido colectiva y que este pueblo ha sido muy feliz, pero considerando toda socialización como un mal, trata de salir, por sutiles razonamientos, del *impasse* en que se ha metido. Según él, la ausencia de propiedad individual es la causa de las imperfecciones que se advierten en la civilización peruana: "Los diversos monumentos y todas las producciones de arte no eran de-

(1) *"Delle lettere americane"*. Carta XVI. Trad. franc., t. I, p. 233-340.

(2) *"Delle lettere americane"*. Carta XIX. Trad. franc., t. I, p. 234.

(3) La memoria del marqués de Chastellux, sobre el mismo tema, es una crítica de la política española; pero muy general y sobre todo desde el punto de vista comercial.

bidos más que a esfuerzos prodigiosos de paciencia y de industria; la mayor parte de la actividad nacional se consumía inútilmente, a falta de instrumentos propios para dirigirla y para multiplicar sus efectos" (p. 23). Finalmente, si los peruanos eran felices, no se trataba más que de una felicidad temporal; los españoles llegaron en el momento en que la desgracia iba a nacer. La conclusión del abate Genty es decepcionante. El universo entero debía esperar "frutos inestimables" del descubrimiento de América, pero esos frutos "han sido transformados en venenos mortales por la furia de los conquistadores y la ambición de los reyes" (p. 294).

En suma, los autores buscan en el sistema de organización de los incas, tal como lo cuenta el pequeño número de cronistas que conocen, confirmación a su propia tesis política y económica. Hostilidad con respecto a los españoles, simpatía hacia los indios, creencia en la felicidad de los súbditos del inca; pero también creencia en la nocividad de la propiedad colectiva: tales son generalmente los dogmas que admiten. No solamente se forman una idea inexacta del sistema peruano, sino que su ignorancia de la misma geografía de América del Sur es sorprendente. ¿No vemos al abate Raynal imaginarse que la fertilidad del suelo y la suavidad del clima hacen fácil el trabajo a los habitantes? (T. 2, p. 142.)

En el siglo XIX no encontramos, al lado de novelas de pura imaginación, sino las obras científicas de que ya hemos hablado en el capítulo primero. A nadie se le ocurre ya poner a los rojos como ejemplo para los blancos.

Los incas han desertado hoy del teatro y de la literatura y su influencia está muerta. Cuando Gaston Leroux, en 1913, escribe su divertida novela *"L'épouse du Soleil"*, en la que hace revivir algunas grandes escenas del Perú antiguo —bordando con mucha fantasía sin duda, pero siempre

sobre una trama histórica cuidadosamente establecida—, por más que cite en sus notas a Garcilaso, Cieza de León y Sarmiento, el lector sigue desconfiado; los hechos que se le cuentan parecen demasiado fantásticos para ser dignos de crédito, y, no obstante las referencias suministradas por el autor, el lector no se deja convencer. Y es que nunca lo verdadero fué tan poco verosímil.

Anexos

TABLA DE CONCORDANCIA DE LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES DE LA COSTA Y DE LA MESETA.

(Según Means, introducción a las "Memorias antiguas", de Montesinos, trad. ingl. Londres, 1920, p. XLV.)

Costa.	*Meseta.*
Protochimú y protonazca.	Cerámica arcaica, construcción de piedras.
Cerámica, textiles, construcción de adobes.	
Chimú y Nazca.	Tiahuanaco.
Comercio con el interior, influencia de Tiahuanaco.	Influencia de la costa, progresos artísticos, cerámica.
Chimú y Nazca.	Decadencia, modificación del clima. — Nacimiento del imperio incaico.
Segunda época, progresos arquitectónicos, constitución de poderosos Estados.	
Conquista de la costa por los incas, 1531.	
Llegada de los españoles.	

LISTA DE LAS TRIBUS DEL IMPERIO INCAICO.

(Según Markham, *"On the geographical positions of the tribes which formed the Empire of the Yncas"*. *"Journal of the Royal Geographical Society"*. 1871, p 281).

I. Región de los incas: 1. Inca (Hanan Cuzco — Hurin Cuzco — Ayamarca — Quespicanchi — Muyna — Quehuar — Huaruc — Urco — Chincha — Rímac tampu — Papri — Masca — Chillqui — Poque — Mayu — Cancu).

2. Caña (Ayaviri — Caña — Canche — Caviña).
3. Quichua (Yanahuara — Chumbivilca — Cotanera — Cotapampa — Aimará — Umasuyu).
4. Chanca (Huancohuallu — Quiñualla — Utunsulla — Urumarca — Vilca — Tacmana — Pocra — Yquichano — Morochuco).
5. Huanca (Sausa — Huancavilca — Llacsapalanca — Pumpu — Chucurpu — Ancora — Huaylla — Yauyu).
6. Lucana (Lucana — Sora — Collahua — Huamanpalpa).

II. Región del Collao (lago Titicaca): Colla — Lupaca — Pacasa — Carangas — Uro — Collahuaya — Quillaca.

III. Región de Chincha-suyu. (Norte del Perú): Huanucu — Conchuco — Huamachucu — Casamarca — Chachapuya — Huacrachucu — Huancabamba — Ayahuaca.

IV. Región de los quitos. (Reino de los caras): Quitu — Llactacunca — Ancamarca — Hambatu — Tiquisambi — Mucha — Puruha — Lausi — Cañari — Palta — Zarza — Puritacu — Cullahuasu — Linguachi — Cayambe — Utaballu — Chimbu — Caragüe — Huancavilca — Manta — Cara — Tacami.

V. Región de los yuncas (costa): Colane — Etene — Catacao — Sechura — Morrope — Chimú — Mochica — Chango.

CUADRO DE LAS LENGUAS HABLADAS EN LOS TERRITORIOS QUE FORMABAN PARTE DEL IMPERIO DE LOS INCAS, A COMIENZOS DEL SIGLO XVI.

(Según el Dr. Rivet, en: *"Les langues du monde"*. Op cit., p 639 y sig.

Familia lingüística	*Tribus.*	*Territorios*
Chibcha	Cara, Latacunga	Meseta ecuatoriana, hasta el paralelo S.0° 31'.
Atallan	Manta, Huancavilca, Puná, Túmbez	Costa ecuatoriana.
Puruha	Puruha	Provincia ecuatoriana de Chimborazo.
Cañari	Cañari	Provincias ecuatorianas de Cañar y del Azuay.
Jíbaro	Palta	Provincia ecuatoriana de Loja.

Sec	Colan, Catacao, Sechura.	Costa peruana, entre 5.º y 6.º 30' de latitud meridional.
Yunca	Morrope, Eten, Chimú, Chincha	Costa peruana, entre 6.º 30' y 10' de latitud meridional.
Quichua	1.o grupo inca: Cana, Canche, inca, chumbivilca, aimará, quichua, chanca, huanca, lucana	Meseta peruana del nudo de Vilcañota, en el cerro de Pasco.
	2.o grupo chincha-suyu: Huanucu, Conchucu, Huamachucu, Casamarca, Chachapuya, Huacrachucu, Huancabamba, Ayahuaca, Lamista.	Del cerro de Pasco, a la frontera ecuatoriana.
	3.o grupo quiteño: las poblaciones caras conquistadas.	Meseta ecuatoriana.
	4.o grupo boliviano: las poblaciones bolivianas conquistadas.	Departamentos de Chuquisaca, Cochabamba y Potosí.
	5.o grupo argentino: las poblaciones diaguitas conquistadas (que hablaban en otro tiempo el cacan).	Región andina de la República Argentina.
Aimará	Colla, Lupaca, Collagua. Pacasa, Caranga, Charca, Quillaca, Cauqui (hablaban todavía aimará antes de la conquista incaica los canas, canches, chumbivilcas, aimará, chancas, lipes, chichas).	Región de los lagos Titicaca y Poopó y región de Huarochiri en el Perú.

Arawac	Uru, Chango	A lo largo del Desaguadero y de la costa chilena, entre Cobija y Copiapó.
Atacama	Atacama	Costa chilena, entre 19° y 24° de latitud meridional.

LISTA CRONOLOGICA DE LOS PRIMEROS GOBERNADORES Y VIRREYES DEL PERU.

1534	Francisco Pizarro	Gobernador
1541	Vaca de Castro	Id.
1545	Blasco Núñez Vela	Virrey
1546	Pedro de la Gasca	Gobernador
1551	Antonio de Mendoza	Virrey
1555	Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete	Id.
1561	Conde de Nieva	Id.
1564	L. García de Castro	Gobernador
1569	Francisco de Toledo	Virrey
1581	Martín Enríquez	Id.
1586	Conde Villar Dompardo	Id.
1590	García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete	Id.
1596	Luis de Velasco, marqués de Salinas .	Id.
1604	Gaspar de Zúñiga, conde de Monterrey	Id.
1607	Marqués de Montesclaros	Id.

Vocabulario
DE PALABRAS INDIGENAS

ACA.—Bebida indígena, hecha de granos de maíz que, una vez mascados por mujeres y ancianos, eran echados en agua, de procedencia preferentemente pantanosa, y luego, guardados en tiestos para su fermentación.

ALAU.—Dolor intenso que hace aullar.

AMAUTA.—Sabio encargado de interpretar las decisiones de los soberanos.

ANACONAS.—Se designa por este nombre a todos los indios empleados en el servicio doméstico voluntariamente. (Ver *mitayos.*)

ANACU.—Túnica que usaban las indias, cuya longitud alcanza hasta los pies y que era sujetada por un alfiler de cabeza grande.

ANTISUYU.—Parte Este del imperio. (Ver *Tavantinsuyu.)*

AUCAYPATA.—Etim. Lugar de regocijo.

AYLLO.—Boleadoras, usadas por los indios, consistentes en una cuerda dividida en tres ramas, con una piedra

o bola de metal en sus extremos; eran usadas por los indios como instrumento de caza y, después, de guerra.

AYLLU.—Clan; unidad social fundamental, formada por el conjunto de descendientes de un antepasado común, real o supuesto.

AYMAS.—Dominios propios de. Por ej.: *aymas* del Estado y *aymas* de la Iglesia.

AYRIHUA.—Palabra que significa cosecha y que señalaba el tiempo comprendido entre el 22 de abril y 22 de mayo.

CAY.—Idea abstracta que se agregaba para formar ciertos vocablos. Por ej.: *runa:* hombre; *runacay:* humanidad.

COLCAMPATA.—Campo consagrado al sol.

COLLASUYU.—Parte Sur del imperio. (Ver *Tavantinsuyu.)*

CONOPA.—Dioses protectores de la familia.

CONTISUYU.—Parte Oeste del Imperio. (Ver *Tavantinsuyu.)*

COYA.—Hermana mayor del inca, con la que casaba éste —aparte de las concubinas—, a fin de mantener la pureza de sangre de su raza.

CUNCA.—Quiere decir localidad, lugar.

CURACA.—Cacique, jefe de tribu.

CURIQUINGUE.—Pájaro que, según Garcilaso y Prescott, es muy raro, pero que el autor de esta obra dice haber cazado en los páramos de Cotopaxi. Sus plumas eran usadas por el inca.

CUSMA.—Especie de camisa, sin mangas.

CUTEC.—Modificado, cambiado.

CHACO.—Tschudi afirma que el nombre de Chaco procede de la palabra quichua *chacu,* que designaba el encierro de animales llevado a cabo por sus cazadores.

CHARQUI.—Carne cruda, cortada en trozos, salada y luego puesta a secar al sol.

CHICHA.—Ver *aca.*

CHINCHASUYU.—Parte Norte del imperio. (Ver *Tavantinsuyu.*)

CHONTA.—Especie de palmera de madera dura.

CHUÑO.—Harina obtenida de la patata, mediante un procedimiento consistente en mojar la papa, exponerla alternativamente al frío de la noche y al calor del sol y triturarla, con el fin de poder conservarla largo tiempo.

CHUMPI.—Faja ancha de género, que las indias se ponían a veces alrededor de la cintura.

CHUNCA-CAMAYU.—Decurión. Tenía poder sobre la decuria, formada por jefes de familia.

CHURKA.—*Tupu* hereditario por familia. (Ver *tupu.)*

ENCA.—Pequeño objeto —representando una llama— de piedra, hueco, en el que los indios depositaban una ofrenda de coca o de alcohol, y que es característico de la civilización inca.

GARUCHEC.—Etim. "Lo que hace correr un líquido"; los indios llamaban así al plomo, porque, adicionado a la plata calentada, permitía a ésta fundirse.

HANAN.—Parcialidad superior de la división administrativa que repartía a todos los habitantes del imperio, en particular los del Cuzco, en dos parcialidades: una superior (*hanan*) y una inferior (*hurin*).

HANANCUZCO.—Según Sarmiento, el Inca Roca, viendo que todos sus antepasados vivieron en la parte baja del Cuzco, ordenó que sus sucesores vivieran en la parte alta, creando así el partido de los *hanancuzco.*

HARAVICU.—Poetas oficiales, encargados de celebrar en las fiestas las virtudes de los antepasados, la gloria del soberano o amores imaginarios.

HATUNRUNA.—Hombre del pueblo; habitante de villorrios en la meseta.

HATUN POCOY.—Quiere decir "gran maduración", y designa la época en que madura el maíz (22 de febrero al 22 de marzo).

HIHUANA.—Nombre de ciertos guijarros muy estimados para ser utilizados como martillos, en razón de su dureza.

HILLU.—Palabra que significa alimento.

HUACA.—Término por el que los indios designaban todo aquello que salía de lo común y que consideraban sagrado por su procedencia divina.

HUAHUA.—Niño de pecho.

HUAIRA.—Hornos en forma de maceteros de flores, profusamente agujereados, donde se vertía el mineral para su fundición.

HUARACU.—Examen de carácter militar a que se sometía a los miembros de la *élite* para capacitarlos como jefes de ejército.

HUNU.—Designa un conjunto de diez mil familias.

HUNU-CAMAYU.—Designa al jefe que comandaba un *hunu.*

HURIN.—(Ver *hanan.)*

LAUTU.—Especie de borla, usada por el inca sobre su frente como la insignia del poder. Consistía en un estrecho cordón rojo, sujeto de cada extremo sobre las sienes.

LICLA.—Manto o chal, usado por las indias, echado sobre los hombros y cruzado sobre el pecho.

MAMA-COCHA.—Madre-Tierra.

MAMACUNA.—Concubinas del inca, extranjeras a la familia.

MARKA.—Ultima fase de evolución del *ayllu.* Por extraña coincidencia, esta palabra aimará es idéntica al vocablo alemán y designa más o menos lo mismo.

MASI.—Afijo que denota camaradería.

MINCA.—Ayuda prestada por los vecinos a las familias en el cultivo de sus tierras.

MITA.—Vocablo quichua que significa vez, turno. El sistema de la *mita* consistía en el establecimiento de un servicio personal obligatorio.

MITAYOS.—Trabajadores forzados, pero cuyo trabajo —si bien esto era sólo nominal— debía ser pagado.

MITIMAES.—Palabra derivada del quichua (*mitmak*), que quiere decir "hombre enviado a otra parte". En el texto se define exhaustivamente el término.

OELLA.—Mujeres que han hecho voto de castidad, pero que viven en sus propios hogares, si bien manteniendo dis-

tintamente su rango. A la menor falta al voto, las culpables eran quemadas vivas.

OROYA.—Especie de andarivel. Consistía en un cesto con capacidad para tres o cuatro personas, pendiente de un cable y tirado de una cuerda por un indio de servicio.

PACARISCA.—Ser que engendra.

PACHA.—Mundo.

PACHACA.—Centuria incaica.

PACHACA-CAMAYU.—Centurión.

PACHACAMAC.—Ser Supremo, de carácter abstracto.

PALLA.—Concubinas de sangre real.

PICHCA-CHUNCA-CAMAYU.—Decurión superior, con autoridad sobre cinco decuriones, *chunca-camayu.*

PICHCA-PACHACA.—Conjunto de cinco centurias, dependiente de un *capitán* (término este último de Garcilaso).

PIRHUA.—Reyes-pontífices que, según Montesinos, habrían existido antes de la invasión incaica.

PIRKA.—Mezcla formada de arcilla, guijarros y hojas de maíz, que servía para construir los cimientos en habitaciones de mayor importancia. También servía la *pirka* como cemento para unir.

PIRUA.—Graneros.

PONCHO.—Capote usado por los indios con posterioridad a la conquista española. Algunos autores hablan de *poncho* en tiempo de los incas.

PUCARA.—Lugares fortificados destinados a los indios que se habían retirado a lugares desolados.

PUNA.—Extensiones de clima frío. Es lo que corresponde, en Ecuador, al páramo.

PURIC.—Jefes de familia, tributarios.

QUENA.—Flauta vertical, de hueso o caña, de tres o siete agujeros.

QUIPO.—Especie de ayuda-memoria usado por los indios, consistente en cuerdas anudadas.

QUIPO-CAMAYU.—Hombres encargados, generación tras generación, de hacer las "anotaciones" correspondientes en el *quipo.*

RAYMI.—Gran fiesta ritual del sol, que tenía lugar probablemente en el mes de junio.

SINSI.—Jefes temporales, nombrados por los primitivos grupos sociales (*ayllu*), con un objetivo de caza, pesca o de guerra.

SIQUI.—Afijo que significa hábito. (Ej.: *hillu:* alimento; *hillusiqui:* glotón.)

SITUA.—Fiesta anual con sentido de conjuro, destinada a expulsar las enfermedades, perseguirlas y, luego, echarlas a la corriente de los ríos.

SORA.—O *vinapu:* bebida embriagadora, que estaba prohibida por los excesos que provocaba.

SUCRE.—Los *sucre* de los quichuas corresponden al término *andenes* de los españoles.

SUYO, SUYU.—Consisten en estrechas y largas fajas de tierra paralelas asignadas a los *hatunruna* en los dominios del inca y del sol. (Ver su diferencia con los *tupu.)*

SUYOYOC APO.—Citados por Sarmiento como gobernadores generales (dos), residentes el uno en Jauja y el otro

en Tiahuanaco. Tal vez sean los virreyes de *Chinchasuyu* y de *Collasuyu.*

TACLLA.—Especie de azada que servía de arado, consistente en un trozo de madera dura, de un metro más o menos, aplanado en uno de sus extremos.

TAMBO, TAMPU.—Vastos edificios, escalonados cada cierta distancia, que guardaban provisiones y constituían lugares de refugio, donde había víveres, vestimentas y armas.

TARABITA.—Sistema para cruzar los ríos. (Ver *oroya.*) El viajero era amarrado, "ni más ni menos que como una gallina" —escribe el señor Baudin—, suspendido al cable y tirado por el indio de servicio, cuando no se desplazaba por sus propias fuerzas.

TAVANTINSUYU.—Nombre del imperio, que quiere decir "las cuatro partes del mundo". Su capital se llamaba *Cuzco,* es decir, "el ombligo".

TAYTA-CAPAC.—Nombre de la varicela.

TINYA.—Gran tambor de doble membrana.

TOCO.—Ventana.

TOTORA.—Especie de anea o espadaña.

TSUPE.—Guiso compuesto de agua, sal, pimienta y, casi siempre, de patatas.

TUCRICUC.—Gobernador que mandaba a cuatro *hunu.* (Ver *hunu.*)

TUCUY.—Verbo quichua que significa terminar, acabar: de donde sale la palabra Tucumán.

TUMI.—Especie de tranchete o cuchilla de zapatero, con mango.

TUPU.—Palabra aimará que significa medida. Tomamos la definición del autor de esta obra: "El *tupu* es simplemente el lote de tierra necesario para la mantención de un matrimonio sin hijos".

UNA.—Significa agua. Agregando el afijo *cunca,* que significa localidad, se forma la palabra *unacunca,* que quiere decir estanque.

USUTA.—Sandalia que usaban los personajes importantes; consistía en una plantilla trenzada en cuero o fibra de *maguey* (pita), sujeta al pie por dos correas.

VINAPU.—(Ver *sora.)*

WARANCA.—Conjunto formado por dos grupos de cinco centurias, es decir, mil familias, dependiente de un jefe especial denominado *waranca-camayu.*

WARANCA-CAMAYU.—(Ver *waranca.*)

YACOLLA.—Capa, puesta sobre la *cusma.* Durante el trabajo las dos puntas de esta capa eran sujetas juntas en el hombro izquierdo.

YANACONA.—Según Cieza de León, los yanaconas eran "domésticos hereditarios", criados perpetuos.

YCHU.—Hierba de la *puna.*

YUNGA.—Palabra empleada de una manera general para designar a todas las regiones cálidas, tanto de la costa peruana como de la vertiente oriental de los Andes. Otro nombre de la gran civilización chimú.

Indice

BIBLIOGRAFICO

ACOSTA (J. DE), *Historia natural y moral de las Indias.* 6.ª ed., Madrid.

ADAMS (D.), *The land of the Incas and the City of the Sun, or the story of Francisco Pizarro and the conquest of Peru,* Londres, 1885.

ADLER (G.), *Geschichte des Sozialismus und Kommunismus,* Leipzig, 1899.

AGUAYO (P. RODRÍGUEZ DE), *Descripción de la ciudad de Quito y vecindad de ella,* Relaciones geográficas, t. III.

ALCEDO (A. DE), *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América,* Madrid, 1786-89, 5 vol.

ALGAROTTI (COMTE), *Saggio sopra l'imperio degl'Incas,* Liorna, 1764.

ALGUNOS RELIGIOSOS FRANCISCANOS, *Vocabulario poliglota incaico,* Lima, 1905.

ALTAMIRA (R.), *Psicología del pueblo español,* Oviedo, 1902. *Resultados generales en el estudio de la historia colonial americana, criterio histórico resultante, 21.º Congreso Internacional de Americanistas,* La Haya, 1924.

ALVAREZ (ENGELICA), *Ankcoccahua, Revista universitaria de Cuzco,* 1925.

AMBROSETTI (J.), *Notas de arqueología calchaqui, Boletín del Instituto Geográfico argentino,* 1896.

AMERICANA (BULLETIN), París, 1876-1901.

ANCHORENA (J. D.), *Gramática quechua, o del idioma del Imperio de los Incas,* Lima, 1874.

ANDRÉ (MARIUS), *La fin de l'Empire espagnol d'Amérique,* París, 1922.—*Bolívar et la démocratie,* París, 1922.— *Les*

guerres civiles et le césarisme en Amérique espagnole, La Revue universelle, 1925.

ANGRAND (P.), *Lettre sur les antiquités de Tiaguanaco, Revue générale de l'architecture et des travaux publics*, 1867.

ANNUAIRE *International de Statistique*, La Haya, 1919.

ANÓNIMO, *Arte y vocabulario en la lengua general del Perú llamada quichua y en la lengua española*, Lima, 1586.

ANÓNIMO, *Arte y vocabulario en la lengua general del Perú llamada quichua y en la lengua española*, Lima, 1614.

ANÓNIMO, *Demarcación y división de las Indias, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. XV.

ANÓNIMO, *Descripción geográfica, histórica, física y política de la Villa Imperial y Cerro Rico de Potosí y de los Partidos de Porco, Chayanta, Chichas o Tarija, Lipez y Atacama*, MS, 1789.

ANÓNIMO, *Información de las idolatrías de los incas e indios, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. XXI.

ANÓNIMO, *L'influence des Jésuites, considérés comme missionaires, sur le mouvement des idées au XVIII^e siècle, Mémoires de l'Académie de Dijon*, 1874.

ANÓNIMO, *Noticia biográfica del adelantado Pascual de Andagoya, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. XXXIX.

ANÓNIMO, *Provehimientos generales y particulares del Pirú, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. XI.

ANÓNIMO, *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú, Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid, 1879.

ANÓNIMO, *Relación anónima de las costumbres e usos de los Yndios de Sancto-Domingo, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. XXXV.

ANÓNIMO, *Relación de la religión y ritos del Perú, hecha por los primeros religiosos agustinos que allí pasaron para la conversión de los naturales, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. III.

ANÓNIMO, *Relación del sitio del Cuzco, y principio de las guerras civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro, 1535 a 1539, Colección de libros españoles raros o curiosos*, t. XIII, Madrid, 1879.

ANÓNIMO, *Relación sobre el servicio personal de las Indias, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. VI.

ARONA (J. DE), *Diccionario de peruanismos*, Lima, 1888.

ARRIAGA (P. J. DE), *Extirpación de la idolatría del Perú*, Lima, 1621.

AUBIGNÉ (AGRIPPA D'), *Histoire universelle*, París, 1616.

AYALA (LÓPEZ DE), *Memoria*, Madrid, 1896.

AYALA (POMA DE), MS., 1613 (Copenhague).

AZARA (FÉLIX DE), *Viajes inéditos desde Santa Fe a la Asunción al interior del Paraguay, y a los pueblos de misiones*, Buenos Aires, 1873.

BACON (FRANCIS), *New Atlantis*, Cambridge, 1919.

BAESSLER (A.), *Altperuanische Kunst, Beiträge zur Archäologie des Inca-Reichs*, Berlín, 1902-3, 4 vol., trad. ingl.: *Ancient Peruvian art, contributions to the archaeology of the Empire of the Incas*, Nueva York, 1902.—*Altperuanische Metallgeräte*, Berlín, 1904.

BAEZ (C.), *Le Paraguay*, París, 1927.

BALBOA (M. CAVELLO), *Miscelánea austral*, trad. franc., 3.ª parte, París, 1840.

BANDELIER (A.), *The island of Titicaca and Coati*, Nueva York, 1910.—*The ruins at Tiahuanaco, Proceedings of the american antiquarian society*, nuevas series, 1911.

BANDERA (DAMIÁN DE LA), *Relación general de la disposición y calidad de la provincia de Guamanga, Relaciones geográficas*, t. I.

BARNETT (M^me^ A.), *Etude technologique d'un tissu péruvien antique, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1909.—*A propos des cushma péruviennes, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1914.

BARRANCA (JOSÉ), *Ollanta*, Lima, 1868.

BARROS ARANA, *Biblioteca americana*, París, 1864.

BASTIAN (A.), *Die Kulturländer des alten Amerika*, Berlín, 1878-89, 3 vol.— *Die Rechtsverhaeltnisse bei verschiedenen Voelkern der Erde*, Berlín, 1872.

BAUDIN (LOUIS), *La loi économique, Revue d'économie politique*, 1924.—*La révolution de 1911-1912 en Equateur, Revue des études historiques*, 1925.—*Notes sur l'Amérique du Sud, Revue d'économie politique*, 1925.— *Le régime des terres au Maroc et la colonisation française, Revue des sciences politiques*, 1926.— *La formation de l'élite et l'enseignement de l'histoire dans l'Empire des Inka, Revue des études historiques*, 1927.—*Une expérience socialiste: Le Pérou des Inka, Journal des Economistes*, 1927.—*Une expérience socialiste: Le Pérou des Inka, L'économiste français*, 1927.— *La statistique au temps des Inka, Revue politique et parlementaire*, 1927.

BAYER (W.), *Reize naar Peru*, Amsterdam, 1773.

BEAUCHAMP (A. DE), *Histoire de la conquête et des révolutions du Pérou*, París, 1808, 2 vol.

BELAÚNDE (A.), *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, Lima, 1908.

BELLAMY (E.), *Looking backward 2.000-1887*, Boston, 1888.

BELLO GAYOSO (A.), *Relación que envió a mandar S. M. se hiziese desta ciudad de Cuenca y de toda su provincia, Relaciones geográficas*, t. III.

BENZONI (GIROLAMO), *La historia del mondo nuovo*, Venecia, 1572, trad. ingl. (Colección Hakluyt), Londres, 1857.

BERTONIO (L.), *Arte breve de la lengua aymará para introducción del arte grande de la misma lengua*, Roma, 1603. *Arte y grammatica muy copiosa de la lengua aymará*, Roma, 1603.—*Vocabulario de la lengua aymará*, Juli, 1612.

BETANZOS (JUAN DE), *Suma y Narración de los incas que los indios llamaron Capaccuna, que fueron Señores de la Ciudad del Cuzco y de todo a ella subjeto, Biblioteca hispano-ultramarina*, t. V, Madrid, 1880.

BEUCHAT (H.), *Manuel d'archéologie américaine*, París, 1912.

BEUCHAT (H.) y RIVET (P.), *Affinités des langues du sud de la Colombie et du nord de l'Equateur, Le Museon*, Lovaina, 1910.

BIBLIOPHILE *américain (Le)*, París, 1888.

BINGHAM (H.), *Inca-land*, Nueva York, 1922.—*In the Wonderland of Peru, The national geographic magazine*, 1913.—*The inca peoples and their culture, Proceedings of the XIX^th International Congress of Americanists*, Washington, 1917.

BLAS VALERA (obra perdida).

BLONDEL (S.), *Recherches sur les bijoux des peuples primitifs*, París, 1876.

BLUM (L.), *L'idéal socialiste, Revue de Paris*, 1924.

BODIN (J.), *République*, París, 1577.

BOISSI, *La Péruvienne*, París, 1748.

BOLETÍN *de la Academia nacional de historia.*

BOLETÍN *de la Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos.*

BOLLAERT (W.), *On ancient Peruvian graphic records*, s. l. n. d.—*Observations on the history of the Incas of Peru, on the Indians of South Peru and on some Indian remains in the province of Tarapaca*, Londres, 1854.— *Antiquarian ethnological and other researches in New-Granada, Equador, Peru and Chile, with observations on the preincarial, incarial a n d other monuments of Peruvian nations*, Londres, 1860.— *Introduction to the palaeography of America*, Londres, 1865.

BOMAN (ERIC), *Antiquités de la région andine de la Républi-*

que Argentine et du désert d'Atacama, París, 1908, 2 vol.— *Migration précolombienne dans le nord-ouest de l'Argentine, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1905.—*Los ensayos de establecer una cronología prehispánica en la región diaguita, Boletín de la Academia nacional de historia*, 1923.

BONPLAND (A.), v. HUMBOLDT (A.).

BONTHOUX (V. A.), *Le régime économique des Incas*, París, 1927.

BOUCTOT (J. G.), *Histoire du communisme et du socialisme*, París, 1889.

BOUGAINVILLE (L. A.), *Voyage autour du monde, par la frégate du roi la Boudeuse et la flûte l'Etoile, en 1766, 7, 8 et 9*, París, 1772, 2.ª ed., 2 vol.

BOUGUER (P.), *La figure de la terre, déterminée par les observations de MM. Bouguer et de la Condamine, de l'Académie royale des Sciences, envoyés par ordre du roy au Pérou, pour observer aux environs de l'Equateur, avec une relation abrégée de ce voyage, qui contient la description du pays dans lequel les opérations ont été faites*, París, 1749.

BOURGUIN (P.), *Les systèmes socialistes et l'évolution économique*, París, 1906.

BOWMAN (ISAIAH), *The Andes of Southern Peru*, Londres, 1920.

BRANDT (B.), *Südamerika*, Breslau, 1923.

BREHM (R.), *Das Inka-Reich, Beiträge zur Staats und Sittengeschichte des Kaiserthums Tahuantinsuyu*, Jena, 1885.

BRIDE (Mc.), *The agrarian communities of Highland Bolivia*, Nueva York, 1921.

BRINTON (D. G.), *The American race*, Nueva York, 1891.—*Religions of primitive people*, Nueva York, 1897.

BROWN (J.), *Biblioteca americana*, Providencia, 1865-1871.

BRÜHL (G.), *Die Kulturvölker alt Amerika's*, Nueva York, 1877.

BRUNHES (J.), *La géographie humaine*, París, 1912.

BÜCHER (K.), *Die Enstehung der Volkswirtschaft*, Tubingen, 1922.

BUCHWALD (OTTO VON), *Migraciones sudamericanas, Boletín de la sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos*, 1918.—*Propiedad rústica, Sociedad jurídico-literaria*, 1920.—*La lengua de la antigua provincia de Imbabura, Boletín de la Academia nacional de historia*. 1920. — *Die Kara, Globus*, 1908.

BUFFON (G. L. DE), *Œuvres complètes*, París, 1833.

BULWER LYTTON (E. G.), *The coming race*, trad. franc., París, 1888.

BUSCHAN (G.), *Illustrierte Völkerkunde*, Stuttgart, 1922, 3 vol.—*Die Inka und ihre Kultur im alten Peru, La cultura latinoamericana*, 1915-1918.

CABET (P.), *Voyage en Icarie*, París, 1840.

CABEZA DE VACA (D.), *Descripción y relación de la ciudad de La Paz, Relaciones geográficas*, t. II.

CALANCHA (ANTONIO DE LA), *Corónica moralizada del orden de San Agustín en el Perŭ con sucesos egenplares vistos en esta monarquía*, Barcelona, 1638.

CALDERÓN (GARCÍA), *Le Pérou contemporain*, París, 1907.— *Les démocraties latines de l'Amérique*, París, 1912.

CALDERÓN DE LA BARCA (P.), *La Aurora en Copacavana, Biblioteca de autores españoles*, t. XIV, *Comedias de P. C. de la B.*, t. IV, Madrid, 1850.

CALLEGARI (G. V.), *Conoscenze astronomiche degli atichi Peruviani, Revista abruzzese*, 1914.

CAMPANELLA (T.), *Civitas Solis poetica, idea reipublicae philosophicae*, Utrecht, 1643.

CAÑETE (MARQUÉS DE), *Lettre à l'Empereur*, 15 septiembre, 1556, *Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. IV.

CANTU (C.), *Histoire Universelle*, trad. franc., París, 1867.

CAPITAN (L.), *Les huakas des tombes péruviennes, 21.° Congreso Internacional de Americanistas*, Göteborg, 1924.

CAPITAN (L.) y LORIN (H.), *Le travail en Amérique avant et après Colomb*, París, 1914.

CAPRA (RICARDO), *Historia del Perú*, Lima, 1885.— *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, Madrid, 1889-91.

CARABAJAL (P. DE), *Descripción fecha de la provincia de Vilcas-Guaman, Relaciones geográficas*, t. I.

CÁRDENAS (F. DE), *Ensayo sobre la historia de la propiedad territorial en España*, Madrid, 1873-75, 2 vol.

CARLI (J. R. DE), *Delle lettere americane*, Florencia, 1780, 2 vol.

CARRANZA (F.), *Sinopsis histórico-científica de la historia minera en el Perú a través de los períodos incaico y colonial, Revista universitaria de Lima*, 1923.

CARRERA (F. DE LA), *Arte de la lengua yunga de los valles del obispado de Truxillo del Perú*, Lima, 1644.—*Arte y vocabulario de la lengua de los Chimu*, Lima, 1680.

CASTAING (A.), *Le communisme au Pérou*, París, 1884.

CASTELNAU (F. DE), *Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud, de Rio-de-Janeiro à Lima et de Li-*

ma au Para, París, 1850-59, 14 vol.

CASTONNET DES FOSSES (H.), *La civilisation de l'ancien Pérou, Revue des religions*, 1896.

CASTRO (CRISTÓBAL DE) y ORTEGA MOREJÓN (DIEGO DE), *Relación y declaración del modo que este valle de Chincha y sus comarcanos se gobiernaban antes que hobiese Ingas y después que los hobo hasta que los cristianos entraron en esta tierra, Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. L.

CASTRO POZO (H.), *Nuestra comunidad indígena*, Lima, 1924.

CAUBERT (L.), *Un essai de socialisme en Chine au XI^e siècle, Séances et travaux de l'Académie des sciences morales et politiques*, 1895.

CÉSAR (J.), *De bello gallico commentarii*, París, 1819-22, 4 vol.

CEVALLOS (FERMÍN), *Resumen de la historia del Ecuador desde su origen hasta 1845*, 2.ª ed., Guayaquil, 1886-89, 6 vol.

CEZAR (OLIVEIRO), *Las leyendas de los indios quichuas*, Buenos Aires, 1893.

CHALÓN (PABLO), *Los edificios del antiguo Perú, su descripción y clasificación cronológica*, Lima, 1884.

CHARLEVOIX (X. DE), *Histoire du Paraguay*, París, 1757, 6 vol.

CHASTELLUX (MARQUÉS DE), *De l'influence de la découverte de l'Amérique sur le bonheur du genre humain*, París, 1887.

CHERVIN (A.), *Aymaras and Quichuas, 18.° Congreso Internacional de Americanistas*, Londres, 1912.

CHINARD (G.), *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française aux XVII^e et XVIII^e siècles*, París, 1913.—*L'exotisme américain dans la littérature française au XVI^e siècle*, París, 1911.—*L'exotisme américain dans l'œuvre de Chateaubriand*, París, 1918.

CIEZA DE LEÓN (P. DE), *Parte primera de la Crónica del Perú, que tracta de la demarcación de sus provincias, la descripción dellas, las fundaciones de las nuevas ciudades, los ritos y costumbres de los indios, Biblioteca de autores españoles*, t. XXVI, Madrid, 1853.—*Segunda parte de la Crónica del Perú, que trata del señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación, Biblioteca hispano-ultramarina*, t. V, Madrid, 1880.—*Guerra de las Salinas, Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. LXVIII, Madrid, 1877.—*Tercero libro de las guerras civiles del Perú, el cual se llama la guerra de Quito, Nueva biblioteca de autores españoles*, t. XV, Madrid, 1909.—Trad. ingl. Londres, Colección Hakluyt: *The war of Quito*, 1913; *The war of Chupas*, 1918; *The war of Las Salinas*, 1923.

CIPRIANI (L.), *Comunicación hecha el 22.º Congreso Internacional de Americanistas*, Roma, 1926.

CISNEROS (BUSTAMENTE), *Las comunidades de indígenas en el Perú, Revista universitaria de Lima*, 1919.

COSO (BERNABÉ), *Historia del Nuevo Mundo*, Sevilla, 1890-95, 4 vol.

CÓDICE *de leyes y ordenanzas para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los indios, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. XVI.

COHEN (M.), v. MEILLET (A.).

COLECCIÓN *de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Madrid, 1864-84, 42 vol.

COLECCIÓN *de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, 1842, 103 vol.

COLECCIÓN *de libros y documentos referentes a la historia del Perú*, Lima, 2 series.

COLECCIÓN *de libros españoles raros o curiosos*, Madrid, 1871-96, 24 vol.

COLLINS (G.), *The origin and early distribution of maize, American Anthropologist*, nuevas series, 1921.

COLMEIRO (M.), *Historia de la economía política en España*, Madrid, 1863, 2 vol.

COLPAERT (E.), *Des bêtes à laine des Andes et de leur acclimatation en Europe, de la tonte des alpacas et du trafic des laines par les Indiens*, París, 1864.

COLSON (C.), *Cours d'économie politique*, París, 1918, 6 vol.

COMERCIO (EL), de Lima, 27 septiembre, 1923.

CONDAMINE (LA), *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*, París, 1745.

CONRAD (J.), *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, 1909-11, 8 vol.

CONTRERAS Y VALVERDE (V.), *Relación de la ciudad del Cuzco, Relaciones geográficas*, t. II.

CORDERO (LUIS), *Estudios de lingüística americana*, Cuenca, 1901.—*Breves nociones gramaticales concernientes al idioma quichua*, Quito, 1894.

CORDERO (OCTAVIO), *El quechua y el cañari*, Cuenca, 1924.

CÓRDOBA Y URRUTIA (J. M. DE), *Las tres épocas del Perú o compendio de su historia*, Lima, 1844.

CORTÉS, *Atahualpa*, Madrid, 1784.

COSIO (FÉLIX), *La propiedad colectiva del ayllu, Revista*

universitaria de Cuzco, 1916.— *Algunos síntomas de transformación jurídica, Revista universitaria de Cuzco*, 1926.

COSTA (JOAQUÍN), *Colectivismo agrario en España*, Madrid, 1898.

COULANGES (FUSTEL DE), *La cité antique*, París, 1872.

CRAWFORD (D. C.), *Peruvian textiles.— Peruvian fabrics, Anthropological papers of the American museum of natural history*, 1916.—*The loom in the New World, The American museum journal*, 1916.

CRÉQUI-MONTFORT (G. DE), *Exploration en Bolivie, Bulletin de la société de géographie*, 1902.—*Fouilles de la mission scientifique française à Tiahuanaco, 14.° Congreso Internacional de Americanistas*, Stuttgart, 1904.

CRÉQUI-MONTFORT (G. DE) Y RIVET (P.), *L'origine des aborigènes du Pérou et de la Bolivie, Compte rendu des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, París, 1914.—*La langue uru ou pukina, Journal de la Société des Américanistes de París*, 1925-1927.

CRONAU (R.), *Amerika*, Leipzig, 1892, 2 vol.

CÚNEO-VIDAL, *El concepto del ayllu, Boletín de la sociedad geográfica de Lima*, 1914. — *El cacicazgo de Tacna, Revista histórica de Lima*, 1919. — *El Collasuyo de los Incas; Revista chilena de historia y geografía*, 1914.—*El Tucumán de los Incas, Boletín de la sociedad geográfica de Lima*, 1920.

CUNOW (H.), *Die soziale Verfassung des Inkareichs, Eine Untersuchung des altperuanischen Agrarkommunismus*, Stuttgart, 1896.

DÁVILA (F.), *Tratado y relación de los errores, falsos dioses y otras supersticiones y ritos diabólicos en que vivían antiguamente los indios de las provincias de Huarochiri, Mama y Chaclla, y hoy también viven engañados con gran perdición de sus almas* (en inglés: *A narrative of the errors, false gods and others superstitions and diabolical rites in which the Indians of the province of Huarochiri lived in ancient times)*, Colección Hakluyt, Londres, 1873 *(Narratives of the rites and laws of the Yncas)*.

DAVY (G.), v. MORET (A.).

DEBENEDETTI (S.), *Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del Noroeste argentino, Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1912.

DEBERLE (A.), *Histoire de l'Amérique du Sud*, París, 1876.

DÉCHELETTE (J.), *Manuel d'archéologie préhistorique*, París, 1908.

DEMERSAY (A.), *Histoire physique, économique et politique*

du Paraguay et des établissements des Jésuites, París, 1860-64, 2 vol.

DESJARDINS (E.), *Le Pérou avant la conquête espagnole, d'après les principaux historiens originaux et quelques documents inédits sur les antiquités de ce pays*, París, 1858.

DESDÉVISES DU DÉZERT (G.), *L'Espagne de l'Ancien Régime. La richesse et la civilisation*. París, 1904.

DÍAZ DE LA CALLE (J.), *Biblioteca americana*, 1646.

DORSEY (G.), *Archaeological investigations on the island of la Plata, Ecuador*, Chicago, 1901.—*A bibliography of the anthropology of Peru*, Chicago, 1898.

DROULERS (C.), *Une colonie socialiste au Paraguay, Réforme sociale*, 1895.

DUPONT-WHITE (C. B.), *L'individu et l'Etat*, 3.ª ed., París, 1865.

DURKHEIM (E.), *Les formes élementaires de la vie religieuse*, París, 1912.—*La division du travail social*, París, 1893.

DURRET (S.), *Voyage de Marseille à Lima et dans les autres lieux des Indes occidentales, avec une exacte description de ce qu'il y a de plus remarquable tant pour la géographie que les mœurs*, París, 1720.

DURUY (V.), *Histoire des Romains, depuis les temps les plus reculés jusqu'à l'invasion des barbares*, París, 1878-85, 7 vol.

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA, Barcelona, 1924, pal. *Perú*.

ENCYCLOPÉDIE (GRANDE), París, 1765, pals., *Inca* y *Pérou*.

ERCILLA Y ZÚÑIGA (A.), *La Araucana*, Madrid, 1733-1735, trad. franc., París, 1824.

ESCOBAR (J.), *La condición civil del indio, Revista universitaria de Lima*, 1925.

ESMEIN (A.), *Cours élémentaire d'histoire du droit public français*, París, 1921.

ESPADA (JIMÉNEZ DE LA), *Relaciones geográficas de Indias*, Madrid, 1881-97, 4 vol.—*Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid, 1879.

ESPINOZA (LICENCIADO), *Lettre au Commandeur de los Cobos*, Panamá, 1.º agosto 1533; *Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. XLII.

ESTETE (MIGUEL), v. JEREZ (F. DE).

FALB (R.), *Das land der Inka, in seiner Bedeutung für die Urgeschichte der Sprache und Schrift*, Leipzig, 1883.

FALCÓN (F.), *Representación hecha en concilio provincial sobre los daños y molestias que se hacen a los indios, Co-*

lección de libros referentes a la historia del Perú, t. XI.

FASBINDER (M.), *Der Jesuitenstaat in Paraguay*, Halle, 1926.

FERGUSSON (J.), *History of architecture*, Londres, 1865-67.

FERRIS, *The Indians of Cuzco and the Apurimac*, s. l., 1916.

FOMBONA (BLANCO), *El conquistador del siglo XVI*, Madrid, 1922.

FOURNIÉRE (E.), *Les théories socialistes au XIX° siècle*, París, 1904.

FRAZER (J. G.), *The golden bough*, Londres, 1922.

FRÉZIER (A.), *Relation du voyage de la mer du sud aux côtes du Chily et du Pérou, fait pendant les annés 1712, 13 et 14*, París, 1716.

FRIEDERICI (G.), *Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europäer*, Stuttgart, 1925.

FRISANCHO (J.), *La propiedad agraria y el caciquismo, Inca*, 1923.

GALIANI (ABATE), *Lettre à M^me^ d'Epinay du 20 février 1773. Correspondance inédite de l'abbé Ferdinand Galiani*, París, 1818, t. II.

GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios reales que tratan del origen de los incas, reies que fueron del Perú, de su idolatría, leies y govierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas y de todo lo que fué aquel imperio y su república antes que los españoles pasaron a él*, Madrid, 1723.

GARÇON (E.), *Les peines parallèles, Revue pénitentiaire et de droit pénal*, 1914.

GASCA (P. DE LA), *Lettre au Conseil des Indes*, 28 enero 1547, *Colección de documentos para la historia de España*, t. L.

GAVILÁN (A. RAMOS), *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros é invención de la cruz de Carabuco*, Lima, 1867.

GENNEP (DE), *Internationale Wochenschrift für Wissenschaft, Kunst und Technik*, Berlín, 1909.—*Etudes d'ethnographie sud-américaine, Journal de la Société des Américanistes de París*, nueva serie, 1914.

GENTY (ABATE), *L'influence de la découverte de l'Amérique sur le bonheur du genre humain*, París, 1787.

GIDE (C.), *La Russie soviétique*, La Fleche, 1924.

GIDE (C.) Y RIOT (C.), *Histoire des doctrines économiques*, París, 1909.

GIDDINGS (F. H.), *The principles of sociology*, Nueva York, 1896.

GÓMARA (F. LÓPEZ DE), *Hispania Victrix, Primera y segunda parte de la historia general de las Indias con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron, hasta el año de 1551, Biblioteca de autores españoles*, t. XXII, Madrid, 1852.

GOTHEIN (E.), *Der christlich-sociale Staat der Jesuiten in Paraguay*, Leipzig, 1883.

GOURCO (J. DU), *L'astronomie chez les Incas, Revue scientifique*, 1893.

GRAFFIGNY (M^me^ DE), *Lettres d'une péruvienne*, París, 1752, 2 vol.

GRANDIDIER (E.), *Voyage dans l'Amérique du Sud, Pérou et Bolivie*, París, 1861.

GREEF (G. DE), *Sociologie, Structure générale des Sociétés*, Bruselas, 1908, 3 vol.— *Evolution des croyances et des doctrines politiques*, Bruselas, 1895.

GUALDO (DIEGO), *Arte de la lengua aymará*, 1612, s. l.

GUEVARA (V.), *Derecho consuetudinario de los indios del Perú y su adaptación al derecho moderno, Revista universitaria de Cuzco*, t. VIII.

GUEVARA (A. DE), *Libro llamado Relox de príncipes en el qual va incorporado el muy famoso libro de Marco Aurelio*, 1529.

GUIMARAES (E. DE), *Algo sobre los quipus, Revista histórica de Lima*, 1907.

HAMILTON GARDNER, *Cooperation among Mormons, Quarterly journal of economics*, 1917.

HAMY (E. T.), *Notes sur six anciens portraits d'Incas du Pérou conservés au Musée d'ethnographie du Trocadéro, Compte rendu à l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1897.— *Galerie américaine du musée d'ethnographie du Trocadéro*, París, 1897.

HANSTEIN (O. VON), *Die Welt des Inka*, Dresde, 1923.

HARCOURT (R. Y M. D'), *La musique des Incas et ses survivances, París*, 1925.— *La musique dans la sierra andine, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1920.

HARCOURT (R. D'), *Amérique avant Colomb*, París, 1925.— *Les tissus indiens du vieux Pérou*, París, 1924.—*La céramique ancienne du Pérou*, París, 1924.

HARRISSE (H.), *Bibliotheca americana vetustissima*, 1866-72.

HASSAUREK, *Four years among Spanish-Americans*, Nueva York, 1867.

HÉBERT, *Quelques mots sur les techniques des céramistes péruviens, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1903.

HELPS (A.), *The Spanish conquest in American and its relation to the history of slavery and to the government of colonies*, Londres, 1902, 4 vol.

HENGVART (P. E.), *Gramática de la lengua quichua*, Lima, 1907.

HERNÁNDEZ (PABLO), *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, Barcelona, 1913.

HERRERA (ANTONIO DE), *Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas i tierra firme de el Mar Oceano*, Madrid, 1730, 4 vol.

HERTZ (AMELIA), *L'Egypte sous les quatre premières dynasties et l'Amérique centrale, Revue de synthèse historique*, 1923.

HOLGUIN (GONZÁLEZ), *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua qquichua*, Lima, 1586.—*Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua qquichua o lengua del inca*, Lima, 1607.

HOLMES (W.), *Textile fabrics in ancient Peru*, Washington, 1889.

HOLSTEIN (OTTO), *Chan-Chan, capital of great Chimu, The geographical review*, 1927.

HOYO (J. J. DEL), *Estado del catolicismo, política y economías de los naturales del Perú que se dicen indios y medios simplísimos de corregir, Colección de libros referentes a la historia del Perú*, t. IV.

HRDLICKA (A.), *Some results of recent anthropological exploration in Peru*, Washington, 1911.

HUERTA (A. DE), *Arte de la lengua quechua general de los Yndios de este reyno del Perú*, Lima, 1616.

HUMBOLDT (A. DE) Y BONPLAND, (A.), *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent*, París, 1816-31, 13 vol.—*Vues des Cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, París, 1816-24, 2 vol.

HUMPHREYS (M.), *Dauer und Chronologie der Inkaherrschaft*, Rostock, 1903.

HUTCHINSON (J.), *Two years in Peru, with exploration of its antiquities*, Londres, 1873, 2 vol.

INCA *(Revista)*.

INFORMACIONES *acerca del Señorío y gobierno de los Ingas, hechas por mandado de Don Francisco de Toledo, virey del Perú, Colección de libros españoles raros o curiosos*, t. XVI, Madrid, 1882.

IRIGOYEN (P.), *Inducciones acerca de la civilización incaica, Revista universitaria de Lima*, 1909-10.

JAGUARIBE (D.), *O imperio dos Incas no Peru e no Mexico*, Sao-Paulo, 1913.

JEREZ (FRANCISCO DE), *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla, conquistada por Francisco Pizarro, Biblioteca de autores españoles*, t. XXVI, Madrid, 1853.

JIJÓN Y CAAMAÑO Y CARLOS LARREA, *Un cementerio incásico en Quito*, Quito, 1918.

JIJÓN Y CAAMAÑO, *Examen crítico de la veracidad de la historia del Reino de Quito del P. Juan de Velasco, Boletín de la sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos*, 1918.—*Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura de la República del Ecuador, Boletín de la sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos*, 1920.—*Puruha, Boletín de la Academia nacional de historia*, 1921.—*Los tincullpas y notas acerca de la metalurgia de los aborígenes del Ecuador, Boletín de la Academia nacional de historia*, 1920.

JOURNAL DE LA SOCIÉTÉ DES AMÉRICANISTES DE PARIS.

JOYCE (J.), *Archaeology of the South-American Continent, with special reference to the early history of Peru*, Londres, 1912.

JUAN (JORGE), v. ULLOA (A. DE).

KARSTEN (R.), *Zeremonielle Spiele unter den indianern Südamerikas, Acta Academiae Aboensis Humaniora*, Abo, 1920.—*The civilization of the South-American Indians*, Londres, 1926.

KIMMICH (PR.), *Pal. Perú, Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, Barcelona, 1924.

KOPPEL (B.), v. REISS (W.).

KRUM-HELLER, *El zodíaco de los incas en comparación con el de los aztecas. 17.° Congreso Internacional de Americanistas*, México, 1912.

LAFARGUE (P.), *Campanella, le devenir social*, 1895.

LAFUENTE (M.), *Historia general de España*, Barcelona, 1888, t. VII.

LAMBERT (ABATE), *Histoire générale, civile, naturelle, politique et religieuse de tous les peuples du monde*, París, 1750.

LARRABURE Y CORREA (V. C.), *Bref aperçu sur l'état financier et économique du Pérou*, Bruselas, 1914.

LARREA (C.), v. JIJÓN Y CAAMAÑO.

LARRETA (E.). *La gloria de Don Ramiro, una vida en tiempos de Felipe II*, París, 1911.

CASAS (BARTOLOMÉ DE LAS), *Apologética historia sumaria quanto a las cualidades, dispusición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condi-*

ciones naturales, policías, repúblicas, maneras de vivir e costumbres de las gentes destas Indias occidentales y meridionales, cuyo imperio soberano pertenece a los Reyes de Castilla, Nueva biblioteca de autores españoles, t. XIII, Madrid, 1909.—*De las antiguas gentes del Perú, Colección de libros raros o curiosos*, t. XXI, Madrid, 1892.

LASSALLE (F.), *Lettres à Rodbertus*, Berlín, 1878.

LATCHAM (R.), *El comercio precolombiano*, Santiago de Chile, 1909.—*La existencia de la propiedad en el antiguo imperio de los incas*, Santiago de Chile, 1923.—*La organización agraria de los antiguos indígenas de Chile, La Información*, 1926.—*El estado económico y comercial de Chile prehispánico. La Información*, 1925.—*El régimen de la propiedad entre los indios de Chile, La Información*, 1927.—*El dominio de la tierra y el sistema tributario en el antiguo imperio de los incas, Revista chilena de historia y geografía*, 1927.

LAVISSE (E.) Y RAMBAUD (A.), *Histoire générale*, t. IV, París, 1894.

LEADBEATER (C. W.), *Le Pérou antique, Le lotus bleu*, 1901-2.

LEBLANC (DE G.), *Manco-Capac*, París, 1763.

LEELAND LOCKE, *The ancient quipu, a Peruvian knot record, American Anthropologist*, 1912.—*The ancient quipu, The American museum of natural history*, 1923.

LEHMANN (W.), *Kunstgeschichte des alten Peru*, París, 1924.

LEROUX (G.), *L'épouse du Soleil*, París, 1913.

LEROY-BEAULIEU (P.), *Le collectivisme*, París, 1893.

LESSON (P.), *Voyage autour du monde entrepris par ordre du gouvernement sur la corvette La Coquille*, París, 1838.

LETOURNEAU (C.), *L'évolution du commerce*, París, 1897.—*La condition de la femme dans les diverses races et civilisations*, París, 1903.

LETTRES ÉDIFIANTES ET CURIEUSES *écrites des missions étrangères par quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus*, París, 1717-1773, 27 vol., y Lyon, 1819, 14 vol.

LEVASSEUR (E.), *La population française*, París, 1889-1892, 3 vol.

LEVILLIER (R.), *El Perú y el Tucumán en los tiempos prehispánicos*, Lima, 1926.

LEVINUS APOLLONIUS, *De Peruviae regionis inter Novi Orbis provincias celeberrimae, inventione et rebus in eadem gestis*, Amberes, 1566.

LICHTENBERGER (A.), *Le socialisme au XVII^e siècle*, París, 1895.

LINDNER (TH.), *Weltgeschichte seit der Völkerwanderung*, Stuttgart, 1901-5, 4 vol.

LIZÁRRAGA (R. DE), *Descripción breve de toda la tierra de Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile, Nueva biblioteca de autores españoles*, t. XV, Madrid, 1909.

LÓPEZ (FIDEL), *Les races aryennes du Pérou, leur langue, leur religion, leur histoire*, París, 1871.— *Dos cartas a propósito de arqueología peruana*, Buenos Aires, 1878.

LORENTE (SEBASTIÁN), *Historia antigua del Perú*, Lima, 1860.

LORIN (H.), v. CAPITAN (L.).

LOYOLA (SALINAS), *Relación y descripción de la ciudad de Loxa, Relaciones geográficas*, t. III.

LOZANO (R.), *Historia del Paraguay*, Madrid, 1754.

LUGONES (L.), *El Imperio jesuítico*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1908.

MACEDO (M.), *Las deformaciones artificiales del cráneo en el antiguo Perú, Revista universitaria de Lima*, 1912.

MALTHUS, *Essai sur le principe de population*, trad. franc., París, 1845.

MARKHAM (C.), *The Incas of Peru*, Londres, 1910.—*Cuzco and Lima*, Londres, 1856. — *Travels in Peru and in India*, Londres, 1862.—*Contributions towards a grammar and dictionary of quichua, the language of the Yncas of Peru*, Londres, 1864.—*The land of the Incas, Geographical journal*, 1910.—*On the geographical positions of the tribes which formed the Empire of the Yncas, Journal of the royal geographical society*, 1871.—*Introducciones y apéndices a diferentes traducciones inglesas de cronistas españoles aparecidos en Londres en la Colección Hakluyt.*

MARMONTEL (J. F.), *Les Incas ou la destruction de l'Empire du Pérou*, París, 1777.

MARSHALL (A.), *Principles of economics*, 4.ª ed., Londres, 1898, 2 vol.—*Money, credit and commerce*, Londres, 1923.

MARSHALL SAVILLE, *A letter of Pedro de Alvarado, relating to his expedition to Ecuador*, Nueva York, 1917.—*Precolumbian decoration of the teeth in Ecuador, American Anthropologist*, 1913.—*The antiquities of Manabi, Ecuador*, Nueva York, 1907-10, 2 vol.

MARTENS (O.), *Ein sozialistischer Grosstaat vor 400 Jahren die geschichtliche, soziale und politische Grundlagedes Inkareiches Tahuantinsuyu, das Staatswesen der Inkas auf dem südamerikanischen Hochlande*, Berlín, 1895, trad. franc.: *Un grand Etat socialiste au XV^e siècle*, París, 1910.

MARTINET (H.), *L'agriculture au Pérou*, París, 1878.

MARTÍNEZ (J.), *Vocabulario en la lengua general del Perú, llamada quichua, y en la lengua española*, Lima, 1604.

MARTYR (PIERRE), *De Orbe Novo*, trad. franc., París, 1907.

MASPERO (G.), *Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique*, París, 1895-99, 3 vol.

MATIENZO (J. DE), *Gobierno del Perú, Publicaciones de la sección de historia de la facultad de filosofía y letras de Buenos Aires*, 1910.

MAUSS (M.), *Analyse et critique de l'ouvrage de De Greff sur l'évolution des croyances et des doctrines politiques, Le devenir social*, 1896.

MAZADE (DE), *Le socialisme dans l'Amérique du Sud, Revue des Deux Mondes*, 1852.

MEAD (C.), *Old civilizations of Incaland*, Nueva York, 1924.

MEANS (P. AINSWORTH), *Some comments on the inedited manuscript of Poma de Ayala, American Anthropologist*, 1923.—*Aspectos estético-cronológicos de las civilizaciones andinas, Boletín de la Academia nacional de historia*, 1920.—*A study of ancient Andean social institutions, transactions of the Connecticut Academy of arts and sciences*, 1925.—*La civilización precolombina de los Andes, Boletín de la sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos*, 1919. — *Indian legislation in Peru, Hispanic historical review*, 1920.—*Las relaciones entre Centro-América y Sud-América en la época prehistórica, Boletín de la sociedad geográfica de Lima*, 1917.—*Race and society in the Andean countries, American historical review*, 1918.—*Breves apuntes sobre la sociología campestre del Perú, Mercurio peruano*, 1921.—Introducción a la trad. ingl. de las *Memorias antiguas*, de Montesinos, Londres, 1920.

MEDINA (J. TORIBIO), *Biblioteca hispano-americana*, Santiago de Chile, 1898-1902, 6 vol.—*Monedas usadas por los indios de América al tiempo del descubrimiento, 17.° Congreso Internacional de Americanistas*, Buenos Aires, 1910.

MEILLET (A.) Y COHEN (M.), *Les langues du monde*, París, 1924.

MÉMOIRE de *F. de Toledo à Philippe II, Relaciones geográficas*, t. I.

MEMORIAL *y relación de las minas de azogues del Pirú, Colección de documentos del Archivo de Indias*, t. VIII.

MEMORIAS *de los vírreyes que han gobernado en Perú durante el tiempo del coloniaje español*, Lima, 1859, 6 vol.

MENDIBURU (M. DE), *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, Lima, 1874.—*Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco*, Lima, 1902.

MENDIETA Y NÚÑEZ, *Situación de las poblaciones indígenas de América ante el derecho actual*, México, 1925.

MENÉNDEZ (B.), *Manual de geografía y estadística del Perú*, París, 1861.

MERCADO DE PEÑALOZA (P. DE), *Relación de la provincia de Pacajes, Relaciones geográficas*, t. II.

MERCURIO PERUANO.

METCHNIKOFF, *La civilisation et les grands fleuves historiques*, París, 1889.

MIDDENDORF (E. W.), *Peru, Beobachtungen und Studien über das Land und seine Bewohner Während eines 25 jährigen Aufenthalts*, Berlín, 1893-95, 3 vol.— *Die einheimischen Sprachen Perus*, Leipzig, 1890-92, 6 vol.

MIRANDA (P.), v. TELLO (J. C.).

MOIREAU (A.), *en Histoire générale*, de Lavisse y Rambaud, París, 1894.

MOLINA (CRISTÓBAL DE), *Relación de la conquista y población del Perú, Colección de libros referentes a la historia del Perú*, t. I, Lima, 1916.

MOLINA (CRISTÓBAL DE), *Relación de las fábulas y ritos de los incas, Colección de libros referentes a la historia del Perú*, t. I, Lima, 1916.

MONNIER (M.), *Des Andes au Para*, París, 1890.

MONTAIGNE (M.), *Essais*, Burdeos, 1906-1920, 4 vol.

MONTESINOS (F.), *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú, Colección de libros españoles raros o curiosos*, t. XVI, Madrid, 1882.

MOREJÓN (D. DE ORTEGA), v. CASTRO (CRISTÓBAL DE).

MORELLY, *Naufrage des Iles flottantes ou Basiliade du célèbre Pilpai*, Mesina, 1753, 2 vol.—*Code la Nature, ou le véritable esprit de ses lois*, París, 1910.

MORENO (R.), *Biblioteca peruana, apuntes para un catálogo de impresos*, 1896.—*Bolivia y Perú, más notas históricas y bibliográficas*, Santiago de Chile, 1905.—*Notes on the anthropogeography of Argentina, Geographical journal*, 1901.

MORET (A.), *Le Nil et la civilisation égyptienne*, París, 1926,

MORET (A.) Y DAVY (G.), *Des clans aux empires*, París, 1923.

MORGAN (J. DE), *L'humanité préhistorique*, París, 1921.—*La notion innée du progrès dans l'esprit humain, Revue de synthèse historique*, 1923.

MORGHEN (PADRE), v. LETTRES ÉDIFIANTES ET CURIEUSES.

MORUA (MARTÍN DE), *Historia del origen y genealogía real de los reyes incas del Perú, de sus hechos, costumbres, trajes y manera de gobierno, Co-*

lección de libros referentes a la historia del Perú, 2.ª serie, t. IV.

MORUS (THOMAS), *Du meilleur gouvernement possible ou la nouvelle isle d'Utopie*, trad. franc., 2.ª ed., París, 1789.

MOSSI (M.), *Manual del idioma general del Perú*, Córdoba, 1889.

MOSSI DE CAMBIANO (H.), *Gramática de la lengua general del Perú llamada comúnmente quichua*, Sucre, 1860 (1.ª ed. 1857).—*Diccionario quichua-castellano y castellano-quìchua*, Sucre, 1860.

MURPHY (R.), *The oceanography of the Peruvian littoral with reference to the abundance and distribution of marine life, The geographical review*, 1923.—*The sea coast and islands of Peru, Brooklyn museum quarterly*, 1920. — *Birds islands of Peru*, Nueva York, 1925.

NADAILLAC (MARQUÉS DE), *L'Amérique préhistorique*, París, 1883.

NARCISSO Y BARCELO, V. SOBREVIELA (M.).

NAVARRO (M.), *Vocabulario castellano-quechua-pano*, Lima, 1903.

NAVARRO Y LEDESMA (F.), *Vida del ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1905.

NELTRAY (J. DE), *Fouilles et voyages au pays des Incas*, Sens, 1886.

NESTLER (JULIUS), *Beiträge zur Kenntnis der Ruinenstätte von Tiahuanaco, Mitteilungen der K. K. geographischen Gesellschaft in Wien*, 1913.

NICHOLSON (J. S.), *The revival of marxism*, Londres, 1921.

NIZA (MARCOS DE), *Relation de la conquête du Pérou*, trad. franç., *Nouvelles annales de voyage*, 1842.

NODAL (FERNÁNDEZ), *Elementos de gramática quichua o idioma de los Yncas*, Cuzco, 1872. *Los Yncas del imperio Tahuantinsuyo*, París, s. d.

NORDENSKIOLD (E.), *Une contribution à la connaissance de l'anthropogéographie de l'Amérique, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1911.— *Exploration scientifique au Pérou et en Bolivie, Bulletin de la société de géographie*, 1905.—*The guarani invasion of the Inca Empire in the sixteenth century, The geographical review*, 1917.—*Le calcul des années et des mois dans les quipus péruviens, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1926.—*The secret of the Peruvian quipus, Comparative ethnographical studies*, Göteborg, 1925.—*Miroirs convexes et concaves en Amérique, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1926. —*The copper and bronze ages in South-America, Comparative ethnographical studies*, Göteborg, 1921.—*An ethnogeographical analysis of the material culture of two In-*

dian tribes in the Gran Chaco, id. Göteborg, 1919.— *Deduction suggested by the geographical distribution of some postcolumbian words used by the Indian of South-America*, id. Göteborg, 1922.— *Emploi de la balance romaine en Amérique du Sud avant la conquête, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1921.—*Spieltische aus Peru und Ecuador, Zeitschrift für Ethnologie*, 1918.

NUIX (JUAN), *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, contra los pretendidos filósofos y políticos*, Madrid, 1782.

OLIVA (ANELLO), *Vida de varones ilustres de la Compañía de Jesús de la provincia del Perú*, primera parte, Lima, 1895, trad. franc., París, 1857.

OLMOS (D. DE), *Gramática de la lengua general del Cuzco*, Lima, 1633.

ONDEGARDO (POLO DE), *Relación del linaje de los incas y cómo extendieron ellos sus conquistas, Colección de libros referentes a la historia del Perú*, t. IV, trad. ingl.: *Narratives and laws of the Incas*, Londres, 1873.—*Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulte de no guardar a los indios sus fueros, Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, t. XVII.—*De la orden que los Yndios tenyan en dividir los tributos e destribuyrlos entre sí, Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, t. XVII.— *Relación de los adoratorios de los indios en los cuatro caminos que salían del Cuzco, Colección de libros referentes a la historia del Perú*, t. IV.— *Los errores y supersticiones de los indios, Colección de libros referentes á la historia del Perú*, t. III.— *Copia de carta que según una nota se hallaba en el Archivo general de Indias, y que hemos rectificado, Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. XIII.— *Copia de unos capítulos de una carta del licenciado Polo para el Dr. Francisco Hernández de Liébana, Nueva colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. VI.—*De l'état du Pérou avant la conquête*, 8 *articles détachés des nouvelles Annales de voyages*, trad. Ternaux-Compans, París, 1844.

ONFFROY DE THORON (E.), *Grammaire et dictionnaire français-kichua*, París, 1886.

ORBIGNY (A. D'), *L'homme américain de l'Amérique méridionale, considéré sous ses rapports physiologiques et moraux, 2 vol.* París, 1839.

ORDENANZAS DE TAMBOS, *Revista histórica de Lima*, 1908.

ORDENANZAS *que mandó hacer D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, para el remedio de los excesos que los corregidores de los naturales hacen en tratar y*

contractar con los indios, i otras cosas dirigidas al bien de ellos, Lima, 1594.

OVIEDO Y VALDÉS (G. F. DE), *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Oceano,* 4 vol. Madrid, 1851-55.

PALENCIA (FERNÁNDEZ DE), *Primera y segunda parte de la historia del Perú,* Sevilla, 1571.

PAREDES (R.), *El arte en la altiplanicie,* La Paz, 1913.

PARETO (VILFREDO), *Systèmes socialistes,* París, 1902, 2 vol.—*Cours d'économie politique,* Lausana, 1897, 2 vol.—*Traité de sociologie générale,* París, 1917, 2 vol.

PARIS (J.), *Gramática de la lengua quichua,* Cuenca, 1924.

PATRÓN (P.), *La veracidad de Montesinos, Revista histórica de Lima,* 1906.

PAUW (ABATE C. DE), *Recherches philosophiques sur les Américains, ou mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espèce humaine,* París, año III, 3 vol.

PAYNE (E. J.), *History of the New World,* Oxford, 1892, 2 vol.

PAZ (SANCHO DE) Y PONCE DE LEÓN, *Relación y descripción de los pueblos del partido de Otávalo, Relaciones geográficas,* t. III.

PAZ SOLDÁN (M. F.), *Diccionario geográfico-estadístico del Perú,* Lima, 1877.—*Arte de la lengua yunga,* Lima, 1880.

PENA (LEONARDO), *Histoire du Chili,* París, 1827.

PEÑARANDA (X.), *Resolución universal sobre el sistema económico y político más conveniente á España,* Madrid, 1789.

PERALTA BARNUEVO (P. DE), *Lima fundada, o conquista del Perú,* Lima, 1732.

PEREYRA (C.), *Historia de la América española,* Madrid, 1920-24, 2 vol.—*L'œuvre de l'Espagne en Amérique,* trad. franc., París, 1925.— *Montaigne et López de Gómara, Revue de l'Amérique latine,* 1924.

PERRONE (CONDE G. M.), *Il Peru,* Roma, 1926.

PFOTENHAUER, *Die missionen der Jesuiten in Paraguay,* Gütersloh, 1891-93, 3 vol.

PIEDRAHITA (F.), *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada, Amberes,* 1688.

PIETSCHMANN (R.), Introducción a la *Geschichte des Inkareichs,* de Sarmiento de Gamboa, Berlín, 1906.—*Aus den Göttingischen gelehrten Anzeigen,* 1912.

PINELO (A. DE LEÓN), *Epítome de la biblioteca oriental y occidental, naútica y geografía,* Madrid, 1629.

PITTARD (E.), *Les races et l'histoire*, París, 1924.

PIZARRO (FERNANDO), *Carta a los magníficos señores, los señores oidores de la Audiencia real de S. M., que reside en la ciudad de Sto. Domingo*, 1533, trad. ingl., Colección Hakluyt, Londres, 1872.

PIZARRO (FRANCISCO), *Cartas diversas*.

PIZARRO (PEDRO), *Relación del descubrimiento de los reinos del Perú y del gobierno y orden que los naturales tenían, y tesoros que en ella se hallaron y de las demás cosas que en él han subcedido hasta el día de la fecha* (1571), *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. V, Madrid, 1844.

POHLMANN (R.), *Geschichte des antiken Kommunismus und Sozialismus*, Munich, 1901, 2 vol.

PONCE DE LEÓN (F.), *Representación en juicio de las comunidades indígenas, Revista universitaria de Cuzco*, 1926.

POO (P. DE), *History of America before Colombus*, Filadelfia, 1900.

POSNANSKY (A.), *El clima del Altiplano y la extensión del lago Titicaca*, La Paz, 1911.—*Die Altertümer von Tihuanacu, Zeitschrift für Ethnologie*, 1913.—*Nuevas investigaciones en Carangas, 21.° Congreso Internacional de Americanistas*, Göteborg, 1924.—*Guía general ilustrado para la investigación de los monumentos prehistóricos de Tihuanacu e Isla del Sol y la Luna*, La Paz, 1912.

PRADO Y UGARTECHE (J.), *Estado social del Perú durante la dominación española*, Lima, 1894.

PRESCOTT (W.), *History of the conquest of Peru, with a preliminary view of the civilization of the Incas*, Londres, 1847, 2 vol., trad. franc., París, 1861.

PRET (C. A.), *Les institutions sociales et la législation du Pérou avant la conquête, Bulletin de la société d'ethnographie*, 1901.—*Bibliographie péruvienne*, París, 1903.

PROPIAC (CHEVALIER DE), *Beautés de l'histoire du Pérou*, París, 1824.

QUESADA (E.), *Crónicas potosinas*, París, 1890.

QUIROGA (A.), *La evolución jurídica de la propiedad rural en Puno*, Arequipa, 1915.

RABASA (E.), *L'évolution historique du Mexique*, trad. franc., París, 1924.

RAIMONDI (A.), *El Perú*, Lima, 1874-79, 3 vol.

RAMBAUD (A.), v. LAVISSE (E.).

RAMEAU (J.), *Les Indes Galantes*, París, 1735.

RAMUCIO (G. B.), *Navigationi et viaggi*, Venecia, 1583-1613, 3 vol.

RANKING (J.), *Historical researches on the conquest of Peru, Mexico, Bogota, Natchez and Talomeco in the thirteenth century, by the Mongols*, Londres, 1827.

RATZEL (F.), *Völkerkunde*, Leipzig, 1885-88, 3 vol.

RAURICH (R. P.), *Elementos de gramática quechua*, Sucre, 1901.

RAYNAL (ABATE), *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, París, 1770, 2 vol.

RÉAL (D.), *Un chef-d'œuvre de la céramique péruvienne*, *Journal de la Société des Américanistes de París*, 1921.

RECLUS (E.), *Géographie universelle*, París, 1893, t. XVIII. —*L'homme et la terre*, París, 1905, t. IV.

RECOPILACIÓN DE LEYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS, Madrid, 5.ª ed., 1841, 2 vol.

REISS (W.), *Carta a S. E. el Presidente de la República sobre sus viajes a las montañas del sud de la capital*, Quito, 1873.

REISS (W.) Y STÜBEL (A.) *Das Totenfeld von Ancon, in Peru. Ein Beitrag zur Kenntnis der Kultur und Industrie des Inkareiches nach den Ergebnissen eigner Ausgrabungen*, Berlín, 1880-87, 3 vol.

REISS (W.), STÜBEL (A.), KOPPEL (B.) Y UHLE (M.), *Kultur und Industrie südamerikanischer Völker. Nach den im Besitze des Museums für Völkerkunde zu Leipzig befindlichen Sammlungen von A. Stübel, W. Reiss und B. Koppel*, Berlín, 1889-90, 2 vol.

RELACIONES GEOGRÁFICAS DE INDIAS, Madrid, 1881-97, 4 vol. V. AGUAYO (R. DE), BELLO GAYOSO (A.), CABEZA DE VACA (D.), CARABAJAL (P. DE), CONTRERAS Y VALVERDE (V.), ESPADA (J. DE LA), LOYOLA (SALINAS), *Mémoire de F. de Toledo à Philippe II*, MERCADO DE PEÑALOZA (P. DE), PAZ (SANCHO DE), RIBERA (P. DE), ULLOA MOGOLLÓN (J. DE), VEGA (A. DE), VILLASANTE (S. DE).

RENAISSANCE DE L'ART FRANÇAIS (LA), número especial de agosto de 1926.

RESTRERO (V.), *Los chibchas antes de la conquista española*, Bogotá, 1895.

RÉTIF DE LA BRETONNE (N. E.), *Découverte astrale*, Leipzig, 1782. — *L'Andrographe*, La Haya, 1782.

RÉVILLE (A.), *Histoire des religions*, París, 1885, 2 vol.

REVISTA HISTÓRICA DE LIMA.

REVISTA UNIVERSITARIA DE LIMA.

REVISTA UNIVERSITARIA DE CUZCO.

RIBERA (P. DE) Y CHAVES Y GUEVARA (A. DE), *Relación de*

la ciudad de Guamanga, Relaciones geográficas, t. I.

RIST (C.), v. GIDE (C.).

RIVA-AGÜERO (DE LA), *La historia en el Perú*, Lima, 1910.—*Examen de la primera parte de los Comentarios reales, Revista histórica de Lima*, 1906-7.

RIVERO (M. E. DE) Y TSCHUDI (J. D. VON), *Antigüedades peruanas*, Viena, 1851, trad. franc., París, 1859.

RIVET (PAUL), *Les origines de l'homme américain, L'Anthropologie*, 1925.—*Les éléments constitutifs des civilisations du nord-ouest et de l'ouest sud-américain, 21.° Congreso Internacional de Americanistas*, Göteborg, 1924.— *Les langues américaines*, en: *Les langues du monde*, de Meillet y Cohen, París, 1924. — *Etude sur les Indiens de la région de Riobamba, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1903, nueva serie, t. I.— *Les Indiens Colorados, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1905, nueva serie, t. II.—*La balance romaine au Pérou, L'Anthropologie*, 1924. —*L'orfèvrerie précolombienne des Antilles, Journal de la Société des Américanistes de París*, 1923.—V. también: BEUCHAT, DE CRÉQUI-MONTFORT, VERNEAU.

ROBERTSON (W.), *The history of America*, París, 1828.

ROCHON DE CHABANNES (J.), *La Péruvienne*, París, 1754.

RODBERTUS (C.), *Schriften von Dr. Carl. Rodbertus-Jagetzow*, Berlín, 1899, 3 vol.

ROMÁN Y ZAMORA (J.), *República de Indias, idolatrías y gobierno en México y Perú antes de la conquista*, Madrid, 1897, 2 vol.

ROMERO (C.), *El licenciado Polo de Ondegardo, Revista histórica de Lima*, 1913.—*El Padre Pablo José de Arriaga, Revista histórica de Lima*, 1919.—Introducción al t. III de la *Colección de libros referentes a la historia del Perú.*

ROSA (GONZÁLEZ DE LA), *Les Caras de l'Equateur, Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1908.—*Ensayos de cronología incana, Revista histórica de Lima*, 1909.

ROUMA (G.), *La civilisation des Incas et leur communisme autocratique*, Bruselas, 1924. —*Les Indiens quitchouas et aymaras des hauts plateaux de la Bolivie*, Bruselas, 1913.

ROUTLEDGE (MRS.), *The mystery of Easter Island*, Londres, s. d.

ROXO MEXÍA Y ACÓN (J.), *Arte de la lengua general de los Yndios del Perú*, Lima, 1648.

ROZOI (DU), *Azor ou les Péruviens*, París, 1770.

SAAVEDRA (B.), *El Ayllu*, París, 1913.

SABIN (J.), *Biblioteca americana*, Nueva York, 1868.

SAGOT (F.), *Le communisme au Nouveau-Monde*, Dijón, 1900.

SAINT-GRAHAME, *Where socialism failed*, Londres, 1912.

SÁMANOS (J. DE), *Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, sacada del códice número CXX de la Biblioteca Imperial de Viena, Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. V.

SÁNCHEZ DE MELGAR (E.), *Arte de la lengua general llamada quichua*, Lima, 1691.

SANCHO DE LA HOZ (P.), *Relación para S. M. de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla y de la calidad de la tierra, después que el Capitán Hernando Pizarro se partió y llevó a S. M. la relación de la victoria de Caxamalca y de la prisión del cacique Atabalipa, Colección de libros referentes a la historia del Perú*, t. V, Lima, 1917.

SANTA-CLARA (GUTIÉRREZ DE), *Historia de las guerras civiles del Perú y otros sucesos de las Indias*, Madrid, 1904-1910, 4 vol.

SANTA-CRUZ PACHACUTI YANQUI SALCAMAYHUA (J. DE), *Relación de antigüedades deste reyno del Pirú, Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid, 1879, trad. ingl. en: *Narratives of the rites and laws of the Yncas*, Londres, 1873.

SANTILLÁN (F. DE), *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los incas, Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid, 1879.

SANTO-TOMÁS (D. DE), *Grammática ó arte de la lengua general de los Reynos del Perú*, Valladolid, 1560.—*Lexicón o vocabulario de la lengua general del Perú*, id.

SAPPER (V.), *Die Zahl und die Volksdichte der indianischen Bevölkerung in Amerika, 21.° Congreso Internacional de Americanistas*, La Haya, 1924.

SARMIENTO DE GAMBOA (P.), *Segunda parte de la historia general llamada índica, Geschichte des Inkareichs*, Berlín, 1906.

SCELLE (G.), *Histoire politique de la traite négrière aux Indes de Castille*, París, 1906, 2 vol.

SCHAEFFLE (A.), *La quintessence du socialisme*, trad. franc., París, s. d. (Bibliothèque socialiste).

SCHMIDT (M.), *Die materielle Wirtschaft bei den Naturvölkern*, Leipzig, 1923.

SCHMIEDER (O.), *Eine befestigte Siedelung der Inkas in südlichen Bolivien, Petermanns Mitteilungen*, 1924.

SÉE (H.), *La France économique et sociale au XVIII^e siècle*, París, 1925.

SELER (D.), *Peruanische Alterthümer*, Berlín, 1893.—*Gesam-*

melte Abhandlungen zur amerikanischen Sprach und Alterthumskunde, Berlín, 1902-4.

SERRANO Y SANZ (M.), Introducción a la *Historia de las guerras civiles del Perú*, de G. de Santa Clara, Madrid, 1904.

SKINNER (J.), *The present state of Peru, comprising its geography, topography, natural history, the whole drawn from original and authentic documents*, Londres, 1805.

SMITH (ADAM), *Wealth of Nations*, trad. franc., París, 1830, 2 vol.

SOBREVIELA (M.) Y NARCISSO Y BARCELO, *Voyages au Pérou faits dans les années 1791 à 1794*, París, 1809, 2 vol.

SOLÓRZANO PEREYRA (J. DE), *Política indiana*, Madrid, 1736-39, 2 vol.

SPENCER (H.), *The principles of sociology*, trad. franc., 1878-91, 3 vol.

SPINDEN (H.), *Notes on the archaeology of Salvador, American Anthropologist*, 1915.

SQUIER (E. G.), *Peru, incidents of travel and exploration in the land of the Incas*, Londres, 1877.—*Quelques remarques sur la géographie et les monuments du Pérou, Bulletin de la Société de Géographie*, 1868.

STEFANI (C. DE), *Di alcunne propieta collettive nell' Appennino et degli ordinamenti relativi, Archivio per l'antropologia e la etnologia*, Florencia, 1888.

STEFFEN (H.), *Anotaciones a la historia índica del capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, Anales de la Universidad de Chile*, t. CXXIX.

STEVENSON (W. B.), *Relation historique et descriptive d'un séjour de 20 ans dans l'Amérique du Sud, ou voyage en Araucanie, au Chili, au Perou et dans la Colombie, suivie d'un précis des révolutions des colonies espagnoles de l'Amérique du Sud*, trad. franc., París, 1826, 3 vol.

STIGLICH (G.), *Geografía comentada del Perú*, Lima, 1913.

STUART MILL (J.), *Principles of political economy*, Londres, 1867.

STÜBEL (A.) v. REISS (W.).

STÜBEL (A.) Y UHLE (M.), *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco in Hochlande des alten Peru. Eine kulturgeschichtliche Studie auf Grund selbständiger Aufnahmen*, Breslau, 1892.

SUÁREZ (GONZÁLEZ), *Historia general del Ecuador*, Quito, 1890-92, 2 vol.

SUBERCASEAUX (G.), *El sistema monetario y la organización bancaria de Chile*, Santiago de Chile, 1921.

SUDRE (A.), *Histoire du communisme*, París, 1850.

SUMNER MAINE (H.), *Etudes sur l'ancien droit et la coutume primitive*, trad. franc., París., 1884.

TÁCITO, *Demoribus Germanorum*, París, 1820 (*Œuvres*, t. IV).

TARDE (G.), *Les transformations du droit*, 8.ª ed., París, 1922.

TATON (G.), *Foods animals of the Peruvian highlands, 21.º Congreso Internacional de Americanistas*, Göteborg, 1924.

TELLO (J. C.), *El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas, Revista universitaria de Lima*, 1918.

TELLO (J. C.) Y MIRANDA (P.), *Wallalo, Inca*, 1913.

TERNAUX-COMPANS (H.), *Catalogue des ouvrages relatifs à l'Amérique*, París, 1837.—Traducciones diversas.

TERRAL (J.), *L'œuvre de l'Espagne en Amérique, Revue des études historiques*, 1926.

TEZANOS PINTO (M. DE), *El impuesto único y la exención de impuesto a las mejoras*, Buenos Aires, 1923.

TIRSO DE MOLINA, *Trilogía de las hazañas de los Pizarros en el Nuevo Mundo y sus aventuras amorosas en la metrópoli, Nueva biblioteca de autores españoles*, t. 4 y 9, Madrid, 1906.

TOKUZO FUKUDA, *Die gesellschaftliche und wirischaftliche Entwickelung in Japan*, Stuttgart, 1900.

TOLEDO (F. DE), v. INFORMACIONES Y MEMORIA.

TORRES RUBIO (D. DE), *Arte de la lengua aymará*, Lima, 1616. —*Gramática y vocabulario en la lengua general del Perú, llamada quichua, y en la lengua española*, Sevilla, 1603. —*Arte de la lengua quichua*, Lima, 1700.

TRIMBORN (H.), *Der Kollektivismus der Inkas in Peru, Anthropos*, 1923-24.— *Straftat un Sühne in Alt-Peru, Zeitschrift für Ethnologie*, 1925.

TSCHUDI (J. D. VON), *Kultur historische und sprachliche Beiträge zur Kenntnis des alten Peru, Denkschriften der Kaiserl. Akademie der Wissenschaften, XXXIX, Viena*, 1891, trad. española: *Contribuciones á la historia, civilización y lingüística del Perú antiguo, Colección de libros referentes a la historia del Perú*, t. IX y X.—*Peru, Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842*, St.-Gallen, 1846, 2 vol.— *Die Kechua-Sprache*, Viena, 1853, 2 vol.—*Organismus der Kechua-Sprache*, Leipzig, 1884.—*Carta a F. Lopez*, en: *Dos cartas a propósito de arqueología peruana*, Buenos Aires, 1878.—V. también: RIVERO (M. E. DE).

TURGOT (J.), *Œuvres*, París, 1844, 2 vol.

UGARTE (C.), *Los antecedentes históricos del régimen agra-*

rio peruano, Lima, 1918, y el mismo título, *Revista universitaria de Lima*, 1923.—*El problema agrario peruano, Mercurio peruano*, 1923.—*The agrarian policy of Peru, Inter-America*, 1923.

UHLE (MAX), *Los orígenes de los Incas, 17.° Congreso Internacional de Americanistas*, Buenos Aires, 1910.—*Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina*, id.—*Peruvian throwing-sticks, American Anthropologist*, N. S., XI, 1909.—*La arqueología de Arica y Tacna, Boletín de la sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos*, 1919.—*Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna*, id.—*El ayllu peruano, Boletín de la sociedad geográfica de Lima*, 1911.—*Algo sobre los quipus, Revista histórica de Lima*, 1907.—*La esfera de influencia del país de los incas, Revista histórica de Lima*, 1909.—*La estólica en el Perú, Revista histórica de Lima*, 1907.—*Ancient South-American civilization, Harpers Magazine*, 1923.—*Los indios atacameños, Revista chilena de historia y geografía*, 1913. —V. también: REISS (W.) Y SÜBEL (A.).

ULLOA (A. DE), *Mémoires philosophiques, historiques, physiques, concernant la découverte de l'Amérique*. París, 1787, 2 vol.

ULLOA (A. DE) Y JUAN (J.), *Relación histórica del viaje a la América meridional hecho de orden de S. M. para medir algunos grados de meridiano terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la tierra, con otras varias observaciones astronómicas y phísicas*, Madrid, 1748, 5 vol., trad. franc.: *Voyage historique de l'Amérique méridionale, fait par ordre du Roi d'Espagne, ouvrage qui contient une histoire des Yncas du Pérou*, Amsterdam, 1752, 2 vol.—*Noticias secretas de América, sobre el estado naval, militar y político de los reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile, gobierno y régimen particular de los pueblos de indios*, Londres, 1826.

ULLOA MOGOLLÓN (J. DE), *Relación de la provincia de los collaguas para la descripción de las Yndias que S. M. manda hacer, Relaciones geográficas*, t. II.

UNAMUNO (M. DE), *En torno al casticismo*, Salamanca, 1902.

UNIVERSAL, 7 de diciembre de 1924.

URTEAGA (H.), *El antiguo Perú a la luz de la arqueología y de la crítica, Revista histórica de Lima*, 1909.—*El arte de navegar entre los antiguos peruanos, Revista histórica de Lima*, 1913-17.—*El ejército incaico, Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 1920.

VAIRASSE D'ALAIS, *Histoire des Séverambes*, Amsterdam, 1677.

VALCÁRCEL (L.), *El Cuzco precolombino, Revista universitaria de Cuzco,* 1924.— *Estudios arqueológicos, Revista universitaria de Cuzco,* 1926.

VALDEZ DE LA TORRE (C.), *Régimen de la propiedad durante los incas, Mercurio peruano,* 1920.

VALDIZÁN (H.), *Acerca de los orígenes de la medicina peruana,* Lima, 1922.

VALETTE, *Note sur la teinture de tissus précolombiens du Bas-Pérou, Journal de la Société des Américanistes de Paris,* 1910.

VALVERDE (V. DE), *Lettre à Charles Quint du 2 avril 1539.*

VEGA (A. DE), *Descripción que se hizo en la provincia de Xauxa, Relaciones geográficas,* t. I.

VEGA (J. DE), *Arte o rudimentos de gramática en la lengua indígena del Perú,* Lima, s. d.

VELASCO (J. DE), *Historia del Reino de Quito en la América meridional,* Quito, 1841-44, 3 vol.

VÉLEZ LÓPEZ, *Las mutilaciones en los vasos antropomorfos del antiguo Perú, 18.° Congreso Internacional de Americanistas, Londres,* 1912.— *¿Existió la escritura entre los Yungas? 12.° Congreso Internacional de Americanistas, La Haya,* 1924.

VERNEAU (R.), *Les collections anthropologiques équatoriennes du docteur Rivet, Journal de la Société des Américanistes de Paris,* nueva serie, 1907.

VERNEAU (R.) Y RIVET (P.), *Ethnographie ancienne de l'Equateur. Mission du service géographique de l'armée pour la mesure d'un arc de méridien équatorial en Amérique du Sud* (1899-1906), t. VI, París, 1912-1922.

VIDALÓN (C.), *El problema indígena, Revista universitaria de Lima,* 1922.

VIGNAD (H.), *Le problème du peuplement initial de l'Amérique, Journal de la Société des Américanistes de Paris,* 1922.

VILLAGOMES (P. DE), *Exhortaciones e instrucción acerca de las idolatrías de los indios del arzobispado de Lima, Colección de libros referentes a la historia del Perú,* t. XII, Lima, 1919.

VILLAR Y CÓRDOBA (A.), *La educación incaica, Revista universitaria de Lima,* 1926.

VILLASANTE (S. DE), *Relación general de las poblaciones españolas del Perú, Relaciones geográficas,* t. I.

VILLEY (P.), *Les sources des Essais,* Burdeos, 1919.

VIÑAS Y MEY, *El régimen de la tierra en la colonización española, Humanidades,* La Plata, 1925.

VINOGRADOFF (P.), *Principes historiques du droit*, trad. franc., París, 1924, t. I.

VOLTAIRE, *Essai sur les mœurs*, París, 1878, 3 vol.—*Alzire, Théâtre*, t. II, París, 1877.

WAGNER (A.), *Finanzwissenschaft und Staatsozialismus, Zeitschrift für die gesammte Staatswissenschaft*, 1887.

WALLE (P.), *Le Pérou économique*, París, 1908.

WARD (L.), *Sociologie pure*, trad. franc., París, 1906, 2 vol.

WEBB (B.), *Industrial democracy*, Londres, 1897, 2 vol.

WIENER (C.), *Essai sur les institutions politiques, religieuses, économiques et sociales de l'Empire des Incas*, París, 1874.—*Pérou et Bolivie, récit de voyage, suivi d'études archéologiques et ethnographiques et de notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes*, París, 1880.

WIESSE (C.), *Las civilizaciones primitivas del Perú*, Lima, 1913.

WOLF (T.), *Geografía y geología del Ecuador*, Leipzig, 1892.

WRIGLEY, *Fairs of the central Andes, The geographical review*, 1919.— *The travelling doctors of the Andes, The geographical review*, 1917.

ZÁRATE (A. DE), *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú, y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el venimiento de Gonzalo Pizarro y sus secuaces, que en ella se rebelaron contra Su Majestad, Biblioteca de autores españoles*, t. XXVI, Madrid, 1953.

ZEGARRA (PACHECO), *Ollantay*, trad. franc., París, 1878.

ZURKALOWSKI (E.), *Observaciones sobre la organización social del Perú antiguo, Mercurio peruano*, 1919.

Indice

DE MATERIAS

Introducción 7
CAPITULO I.— Las fuentes 13
CAPITULO II.— La hostilidad del medio . . . 65
CAPITULO III.— El indio y sus orígenes 75
El flujo. 81
El reflujo 84
CAPITULO IV.— El fundamento económico del imperio. El principio de población 97
CAPITULO V.— El fundamento social del imperio. El principio de jerarquía . . 115
El jefe 120
La élite 129
El pueblo 139
Los yanaconas 139
CAPITULO VI.— El elemento ancestral o la comunidad agraria 147
La propiedad colectiva del suelo . 153
La política agraria 156
El reparto del suelo 160
El reparto del ganado 167

La explotación del suelo . . . 169
El orden de los cultivos. . . . 171
Los modos de cultivo 173
Las huellas de propiedad individual. 176
La comunidad agraria después de la conquista española 186

CAPITULO VII.— El plan racional. El socialismo de Estado 197
La administración. 205
La estadística 213
Los desplazamientos de población. 225

CAPITULO VIII.— El socialismo de Estado (continuación). La limitación de la demanda 233

CAPITULO IX.— El socialismo de Estado (continuación). La reglamentación de la oferta 241
La obligación de trabajar . . . 241
La división del trabajo 246
Las medidas de previsión 247
La técnica industrial 251

CAPITULO X.— El socialismo de Estado (continuación). El equilibrio de la oferta y la demanda 275
El comercio local. 283
El comercio exterior 285
La moneda 291
El ahorro y el reparto 293
El sistema tributario 297
La justicia 303
Las características del socialismo de los incas 309

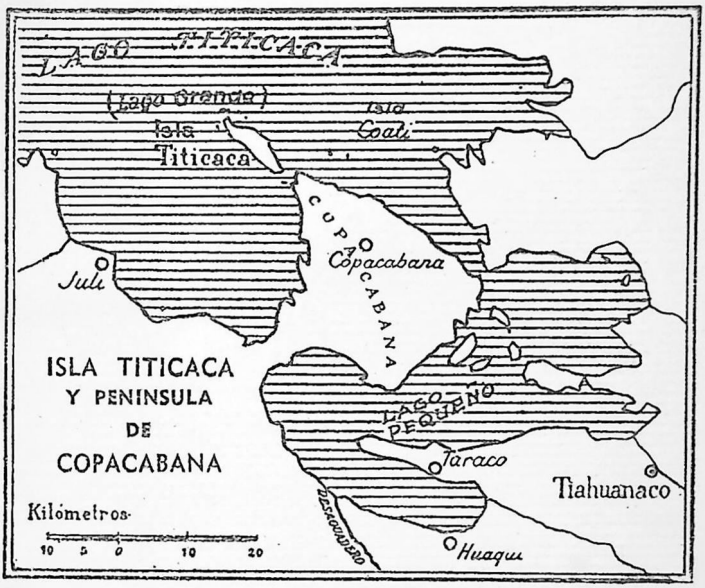
CAPITULO XI.— El instrumento de unificación: la carretera 313

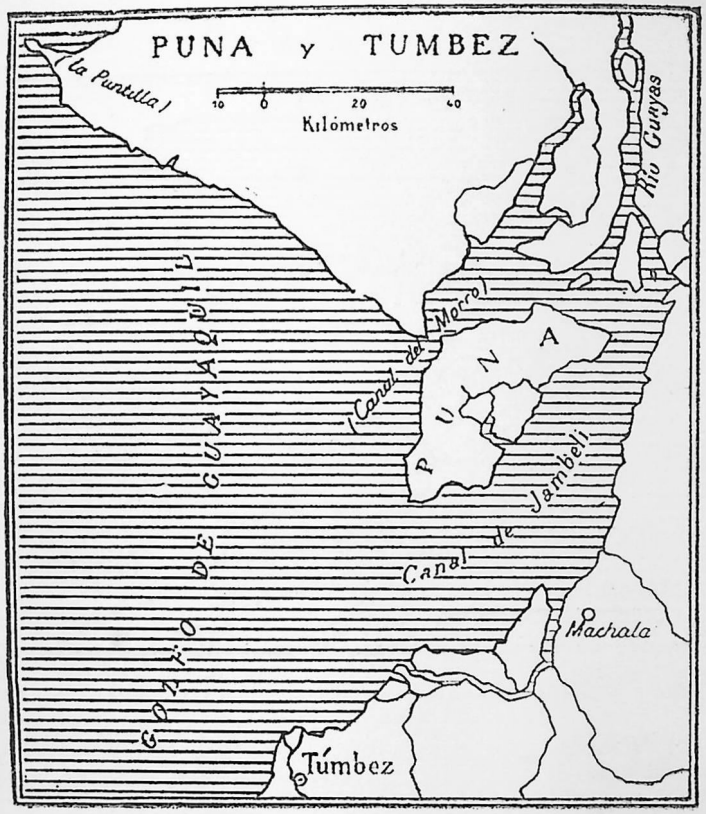
CAPITULO XII.— La expansión del imperio . . . 335

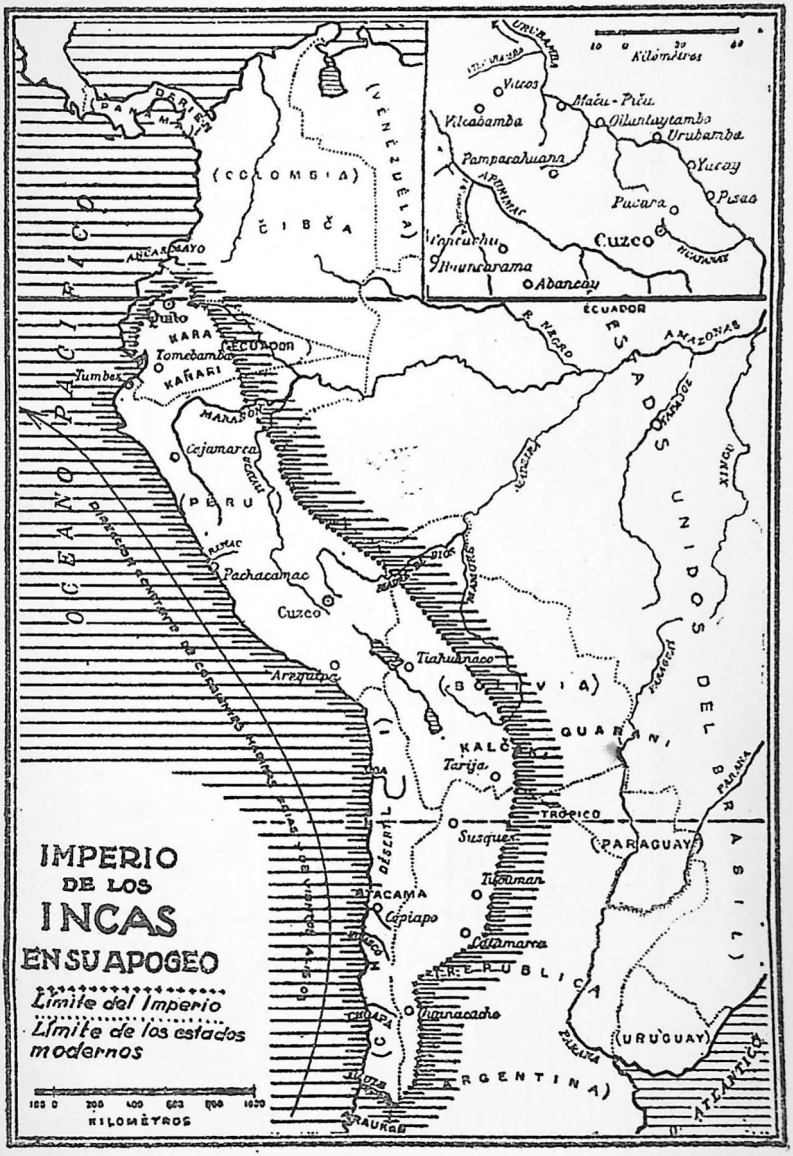
CAPITULO XIII.— Ojeada sobre la civilización de los incas. 351

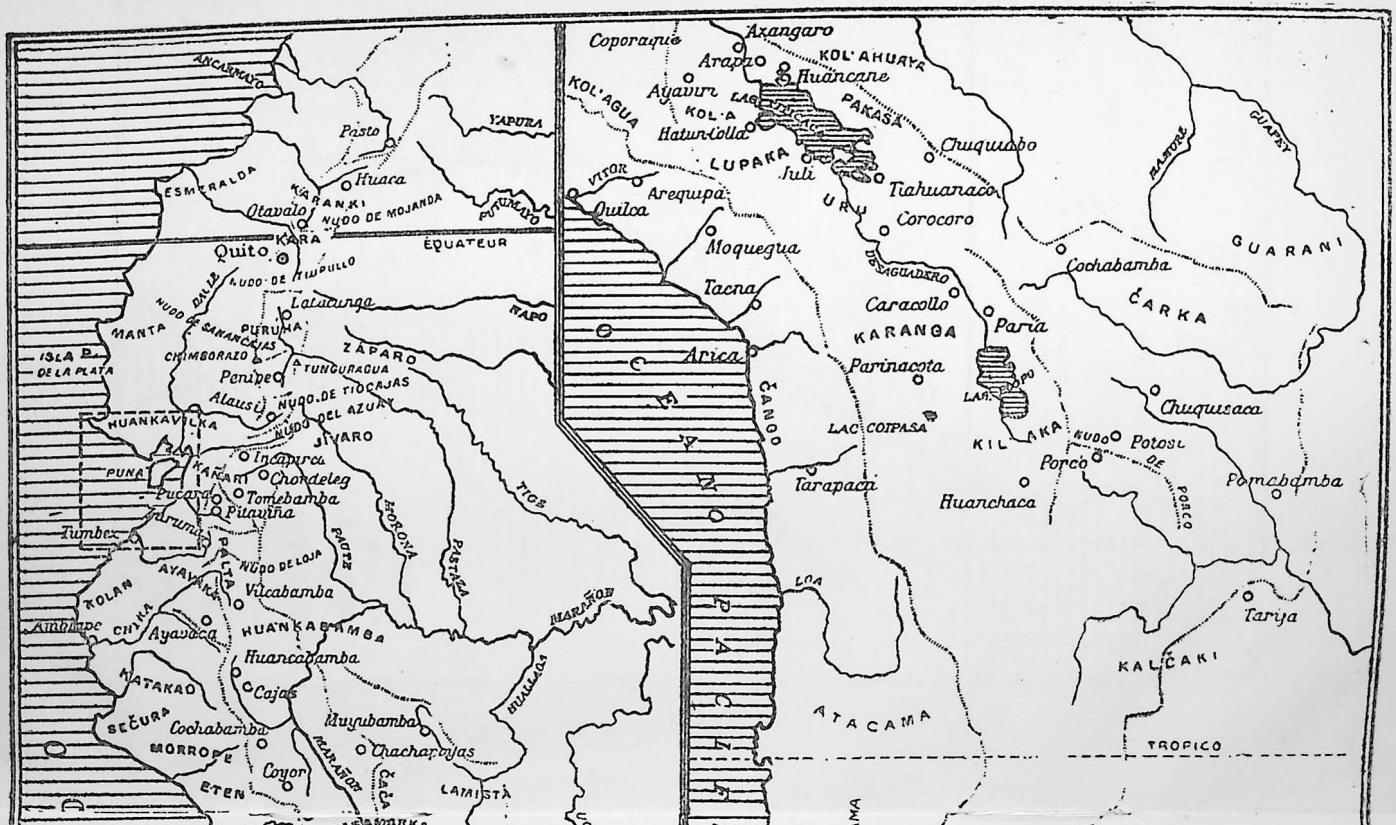
CAPITULO XIV.— Una cáfila de hombres felices. La purificación del individuo . 369
La herejía de la felicidad . . . 380
CAPITULO XV.— La antítesis española. La invasión de los bárbaros 385
La organización de la colonia . . 390
Un pueblo de niños envejecidos . 394
Conclusión. 401
Apéndice: A ejemplo de los incas 403
Anexos. 415
Vocabulario de palabras indígenas 419
Indice bibliográfico. 429
Cartas geográficas.

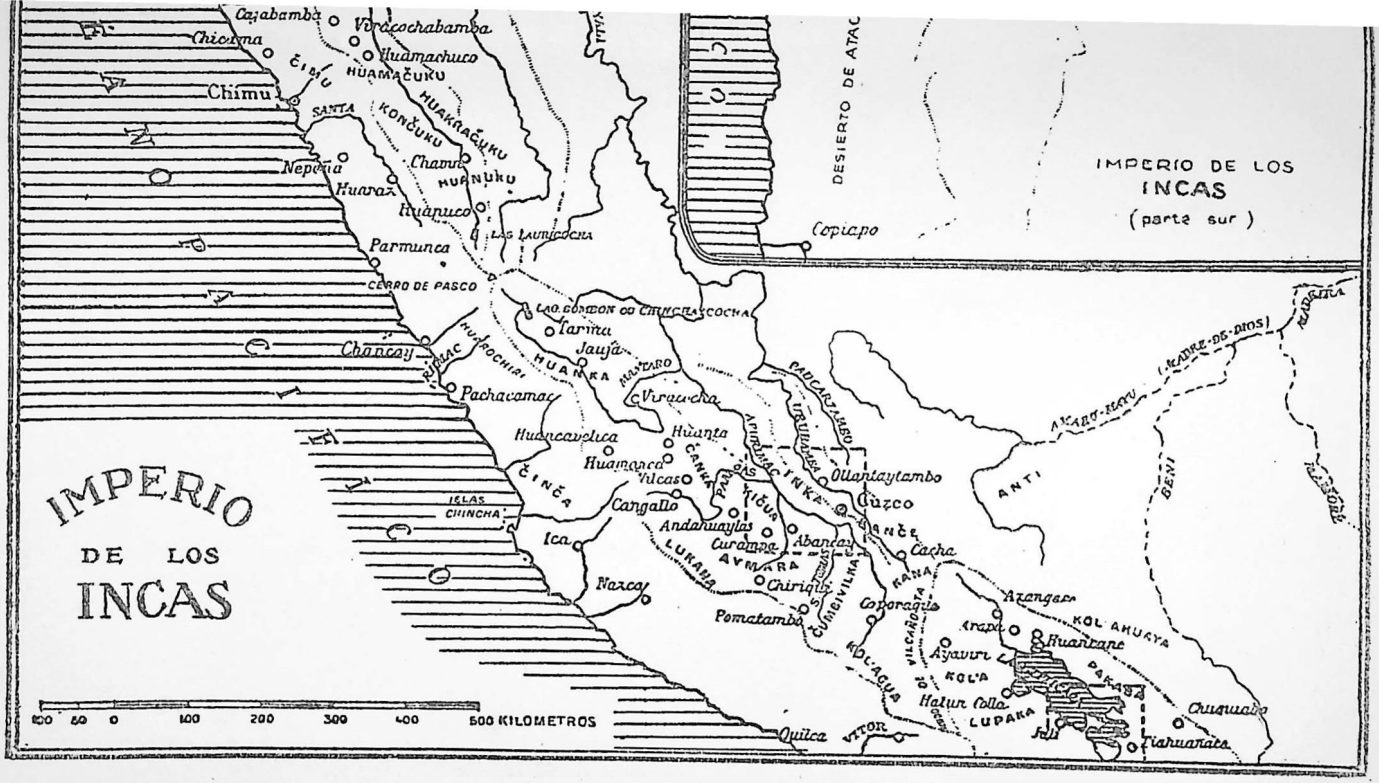
Cartas
GEOGRAFICAS


LAGO TITICACA
(Lago Grande)
Isla
Titicaca
Isla
Coati
COPACABANA
Copacabana
Juli
ISLA TITICACA
Y PENINSULA
DE
COPACABANA
LAGO PEQUEÑO
Taraco
Tiahuanaco
Kilómetros
10 5 0 10 20
DESAGUADERO
Huaqui


PUNA y TUMBEZ
La Puntilla
10 0 20 40
Kilómetros
Río Guayas
Canal de Morro
PUNA
Canal de Jambeli
GOLFO DE GUAYAQUIL
Machala
Túmbez


IMPERIO
DE LOS
INCAS
EN SU APOGEO
Límite del Imperio
Límite de los estados modernos
KILOMETROS
OCEANO PACIFICO
ATLANTICO
(COLOMBIA)
(VENEZUELA)
ECUADOR
PERU
(BOLIVIA)
(PARAGUAY)
(URUGUAY)
ARGENTINA)
ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL
Quito
Tumbez
Cajamarca
Pachacamac
Cuzco
Arequipa
Tiahuanaco
Tarija
Suzques
Tucuman
Copiapo
Catamarca
Tucapel
Valdivia
Vilcas
Vilcabamba
Pampachuanna
Vitcapuchu
Huancarama
Abancay
Machu-Picu
Ollantuytambo
Urubamba
Yucay
Pucara
Paucartambo
Cuzco
Pisac
Kilómetros


Coporaque
Axangaro
Arapa
KOL'AHUAYA
Huancane
Ayaviri
KOL'AGUA
KOL'A
PAKASA
Haturcolla
Chuquisaca
LUPAKA
Juli
Tiahuanaco
VITOR
Arequipa
Quilca
URU
Corocoro
Moquegua
Cochabamba
GUARANI
Tacna
DESAGUADERO
Caracollo
Paria
CARKA
KARANGA
Arica
Parinacota
Chuquisaca
LAC COTPASA
KIL AKA
Potosi
Porco
Tarapaca
Huanchaca
Pomchabamba
Tariya
KALCAKI
ATACAMA
TROPICO
ANCASMAYO
Pasto
YAPURA
ESMERALDA
Huaca
Otavalo
KARANKI
NUDO DE MOJANDA
PUTUMAYO
Quito
KARA
ÉQUATEUR
NUDO DE HUIPULLO
DALE
Latacunga
NAPO
MANTA
NUDO DE SARANCAYAS
PURUHA
ISLA DE LA PLATA
CHIMBORAZO
ZAPARO
Penipeo
TUNGURAGUA
Atausi
NUDO DE TIOCAJAS
NUDO DEL AZUAY
HUANKAVILKA
JIVARO
PUNA
Incapirca
KANARI
Chordeleg
Pucara
Tomebamba
Pitayina
Tumbez
Jaruma
PAUTE
NUDO DE LOJA
AYAVACA
Vilcabamba
ROLAN
CHIKA
Ayavaca
HUANKABAMBA
Huancabamba
Cajas
ZATAKAO
SECURA
Cochabamba
Muyubamba
MORROPE
Chacharpoyas
Coyor
ETEN
LAMISTA
CACA
MARAÑON
HUALLAGA
TIGRE
PASTAZA
ECUATEUR
PACIFIQUE
OCEAN
LOA


IMPERIO
DE LOS
INCAS
IMPERIO DE LOS
INCAS
(parte sur)
DESIERTO DE ATACAMA
OCEANO PACIFICO
Cajabamba
Chiotana
Huamachuco
HUAMACHUKU
Chimu
CHIMU
SANTA
KONCHUKU
HUAKRACHUKU
Nepeña
Chamu
HUANUKU
Huaraz
Huanuco
LAS LAUNICOCHA
Parmunca
Copiapo
CERRO DE PASCO
LAG. CHINCHAYCOCHA
Tarma
Jauja
Chancay
HUANKA
MANTARO
Pachacamac
Huancavelica
Huanta
CANAS
APURIMAC
INKAS
Ollantaytambo
Cuzco
ANTI
BENI
ISLAS CHINCHA
CHINCHA
Cangallo
VILCAS
Andahuaylas
Abancay
Ica
Curampa
AYMARA
Caxha
LUKANA
Nazca
Chiriguanas
KANA
Pomatambo
Caporaque
Arzangaro
KOL AHUAYA
Huancane
Ayaviri
KOL'A
Hatun Colla
LUPAKA
Chuquiabo
Tiahuanaco
Quilca
VITOR
600 60 0 100 200 300 400 500 KILOMETROS


ESCUELA de ENFERMERAS
Biblioteca
Carlos Van Buren

ESTE LIBRO DEBE SER DEVUELTO

EN LA ULTIMA FECHA TIMBRADA

26/11/15			

R. [redacted] n. 11495

939.9
B3381
1940

Baudin, Louis

El Imperio Socialista de los Incas.

c.1

Fecha del Préstamo	Nombre Lector
12.[redacted].77	Valenzuela Guilloux 103
25.V.78	Cortez M (Fum) ~~25.V.78~~
14.1.81	Roco M (M) 29.2.81
11.7.81	Fernandez T (M) 16.7.81
3/9/98	Teodoro Cubillos
26/10/15	al 26/11/15
	Daniela Gallardi

R. [redacted] n. 11495

939.9
B3381
1940

c.1

Universidad de Chile Facultad de Ciencias
Biblioteca
Valparaíso